COMPENDIO

DE LA

Historia Universal,

Ó

PINTURA HISTORICA

de todas las Naciones,

su origen, vicisitudes y progresos hasta nuestros dias.

DONATIVO DE FLORENTINO ZAMORA

Obra escrita en francés por Mr. ANQUETIL, miembro de varias sociedades literarias; y traducida por el P. D. Francisco Vazquez, Clérigo Reglar de San Cayetano.

Segunda Edicion,

corregida y aumentada con los sucesos ocurridos en Europa de veinte años á esta parte.

TOMO SEPTIMO.

CON LICENCIA: MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1830.

BIBLIOTECA AVELINO HERNANDEZ

BIBLIOTECA AVELINO HERNANDEZ

COMPENDIO

DE LA

Historia Universal.

VENECIA.

Un pueblo, que reconocido en cuerpo de nacion, cuenta 1100 años de antigüedad, bien pudiera llegar á los tiempos de la guerra de Troya, como suponen de Venecia algunos de sus analistas, aunque esta época es muy anterior al tiempo en que viniendo de la Tierra Firme empezó á habitar en las lagunas del Adriático; pero lo cierto es que sean algunos siglos mas ó menos, no pasan de mil años despues de Jesucristo. En el séptimo del tiempo de la república romana, ciertos hombres establecidos en la ciudad de *Adria* subsistian de su pesca: las hordas ó sean los pueblos de estas lagunas tenian cada uno su gefe llamado el *Tribuno*; despues se unieron para defenderse mutuamente, y eligieron un dux ó duque, y un consejo general ó senado. Desde entonces han sido la basa fundamental del gobierno estas dos incontrastables columnas, y todas las magistraturas que las acompañaban no eran mas que apoyos subsidiarios; pues las circuns-

tancias las creaban, destruian y restablecian; y así estas mutaciones, obra de la intriga ó de los alborotos, hacen la parte principal de la historia política de tan celebrada república.

Venecia, ciudad situada dentro del golfo Adriático, y en las lagunas, especie de estanques, en donde forman islas los canales, se levanta magestuosamente en medio de las aguas. Si estas fueran demasiado profundas, darian entrada á los grandes navíos. Si con las inmundicias se disminuyeran, llegarian á desaparecer y se hallaria Venecia unida á la Tierra Firme; y en ambos casos se veria espuesta á una invasion. Por esto los venecianos trabajan tanto para que las aguas no los abandonen, como los holandeses para no ser sumergidos. Cavan con cuidado sus canales, y aun han hecho grandes trabajos para estraviar los rios, que con el cieno y arena pudieran cegarlos. Contiene Venecia muchos hermosos palacios; pero no es lo mas admirable esta magnificencia: y así dijo un poeta comparándola con la capital del mundo: "Cese ya Roma de ensoberbecerse por sus magníficos monumentos; pues comparada con Venecia parece que á Roma la edificaron los hombres, y á Venecia la fundaron los dioses."

Los estados de Venecia, cuando entraron en poder del emperador de Alemania en 1800, se estendian por el Trebisano, el Paduano, el Friuli, la Istria, la Dalmacia, y algunas islas del Archipiélago. La opinion que debe elegirse es que los venecianos empezaron á habitar las lagunas huyendo del furor de los godos mandados por Alarico en 421, ó de los hunnos, bajo la conducta de
421. 452. Atila, por los años 452. Se conjetura que la pri-

mera isleta que poblaron fue Rialto, que hoy es el montecillo mas considerable entre los que salieron del seno del mar y se ven cargados de palacios, cuando antes no tenian mas que chozas con cobertizos de cañas. Los habitantes, aplicados á un tráfico moderado, y ocupados en la pesca, no conociendo el lujo ni la ambicion, eran recomendables por sus costumbres puras y sencillas, su zelo del bien público, y la piedad y union que entre ellos reinaba. A fines del siglo V todavía era su marina muy imperfecta, y apenas se atrevian á salir de sus lagunas. Lo que principalmente procuraban era la conservacion de las salinas: "Estas, les dijo un ministro del rey de los godos, estas son vuestros campos y vuestras casas: la sal es para vosotros la mas preciosa moneda, pues ella os surte de todas vuestras subsistencias." Siempre ha sido riqueza la mas segura, lo que sirve para socorrer las necesidades.

La primera guerra de los venecianos, cuya exacta data se ignora, fue la que tuvieron contra los piratas á principios del siglo VI: en ella se hicieron aguerridos y se pusieron en estado de que los buscasen los generales del imperio griego. El célebre Narses ó Narsetes admiró su situacion, y se interesó en reconciliarlos con los habitadores de Padua, rezelosos de su prosperidad. Ya hemos dicho que Rialto era el centro de aquellas isletas, de cuyo conjunto resultó la ciudad de Venecia. Tal vez afectaba ya su tribuno un dominio que los otros le disputaban; pero todos igualmente, habiendo degenerado de la virtud de sus mayores, dieron motivo para quejarse de su administracion. Aquellas pequeñas poblaciones, observadas por los

lombardos, para aprovecharse de sus divisiones, no hallaron mejor partido que tomar que el de nombrar un general ó dux que fuese cabeza subordinada del consejo de la nacion; pero se estableció que no habia de ser hereditario.

697. El primer dux, elegido á fines del siglo VII, era un ciudadano de Heraclea, llamado Juan Lucas Anafesto, generalmente estimado por su prudencia y providad, de la cual no degeneró en el trono. Así puede llamarse la silla ducal en la república de la importancia de Venecia, en donde el primer magistrado se decoraba con todos los atributos de la soberanía. Su diadema era un gorro, que por su forma se llamó el cuerno dúcal.

712. Marcelo, sucesor inmediato de Anafesto, imi-
727. tó sus virtudes; pero Urso, tercer dux, olvidado de que gobernaba una república, afectó la absoluta autoridad, y sublevándose los venecianos, le mataron cuando trabajaba por sosegar el motin. Mudaron de gobierno; y en lugar del dux eligieron un magistrado anual con el nombre de *Maestro de la milicia.* De estos hubo tres; porque al tercero le depusieron y le sacaron los ojos antes de haber acabado su año. Volvieron á elegir dux,
742. siendo el electo Teodato, hijo de Urso el asesinado, que tal vez se pudo contar por mas infeliz que su padre, pues los conspiradores, que le conservaron la vida, le dejaron sin ojos. Le reemplazaron con un tal Galla, que apenas hizo mas que
755. 756. pasar; y despues con Monegario, que era un hombre duro y absoluto; pero le pusieron dos tribunos que le moderasen; y no haciendo caso él de sus consejos, vino á parar en el mismo suplicio que Urso. Mas afortunados fueron los venecianos

en la eleccion de Mauricio Galbayo. Este se hizo 764.
amar y estimar de tal modo, que no le pudieron
negar la gracia de asociarle su hijo Juan, el cual
consiguió el mismo favor para su hijo Mauricio;
pero ambos degeneraron en cuanto á la virtud, el 787.
uno de su padre, y el otro de su abuelo. Fue su
reinado el de dos tiranos desenfrenados y crueles,
y acabó por la repentina eleccion de otros dos, que
ocuparon su lugar, y fueron Obelario y Beat. 804.

Casi todos los gefes que hemos nombrado vivieron en Malamanco, isla muy próxima á Rialto; y por ser la que está mas adentro del mar, los primeros esfuerzos de Carlo Magno cayeron sobre ella en una guerra con los venecianos, quedando arruinados casi todos sus edificios. Cuando ya la paz dejó tiempo á estos isleños para pensar en sus negocios, se acordaron de que hasta entonces la eleccion de sus gefes casi siempre habia sido tumultuaria, y se resolvieron á hacer otra que fuese mas regular. Dieron sus votos á Angelo 811.
Participacio; y trasladando este la silla de Malamanco á Rialto, se llamó *Venecia* la poblacion. No se atrevia la república á tenerse por independiente de los dos imperios de Oriente y de Occidente; pero en la necesidad de sujetarse al uno ú al otro, prefirió el de Oriente. Aunque el dux Participacio mereció la confianza de sus conciudadanos, le agregaron dos tribunos para precaver el abuso de la autoridad; y á pesar de la ley que prohibia que la dignidad de dux fuese hereditaria, le sucedieron sus dos hijos Justiniano y Juan. El 827.
reinado de Juan fue disputado por Obelerio, uno 829.
de los dos duxes electos tumultuariamente antes de Participacio; pero no le permitió Juan recobrar

su plaza, y sorprendiéndole hizo degollarle; pero tambien él, víctima de otra intriga, cayó en manos de los conjurados, los cuales cortándole la barba y el cabello, le aplicaron á los servicios menores de la Iglesia y murió en el tiempo de
837. estas turbulencias. Tradonico, su sucesor, hizo la guerra á los sarracenos, y retiró á los piratas. Dominaban entonces en la ciudad seis familias principales; y procurando evitar el dux declararse mas por una que otra, desagradó á todas, y le asesinaron. Sin embargo del gran poder de las familias culpadas, pidió el pueblo que se castigase el delito, y nombraron tres magistrados que hiciesen pesquisa de los delincuentes. Condenaron estos triunviros á algunos de ellos á muerte; pero el pueblo, sin dejarles llegar al cadalso, los hizo pedazos en el camino.

Restituida la calma, procedieron á la elec-
854. cion de nuevo dux: cayó esta en Urso Participacio, cuya familia habia dado hasta tres; y este se distinguió por su prudencia, piedad y gobierno moderado. Venció á los sarracenos y piratas: socorrió contra los esclavones á los de Istria, que aun no pertenecian al dominio de la república. Ya en este tiempo poseian los venecianos el arte de fundir, y enviaron á los griegos las primeras
881. campanas que estos tuvieron. El reinado de Juan Participacio, hijo de Urso, fue, digámoslo así, intermitente, porque dejó por su poca salud el tro-
887. no ducal, y se le cedió á su hermano Pedro. Murió este, y volvió á ocuparle en compañía de otro
912. hermano suyo llamado Urso. Uno y otro le dejaron voluntariamente por cesion hecha á Pedro Candiano, que á los seis meses perdió la vida en

una batalla contra los piratas. Todavía empeñaron á Juan Participacio á que volviese á tomar las riendas del gobierno; mas á los seis meses las puso en manos de Pedro Tribuno. Este fue el que con cadenas y estacadas que dispuso en las lagunas, puso la ciudad á cubierto de las irrupciones de los piratas. Tambien hizo retirar á los húngaros que asolaban la Italia; y murió despues de un reinado glorioso de veinte y tres años. Urso Participacio, que le remplazó, puso un intérvalo entre la muerte y los penosos trabajos del gobierno, porque le renunció en su vejez, y acabó en un monasterio sus dias.

El nombre de Pedro Candiano su sucesor, 932.
hijo de aquel cuya vida abrevió una gloriosa muerte en un combate, tiene cierta conexion con una fiesta que se celebró por largo tiempo. Era costumbre celebrar los casamientos de los ciudadanos principales en la víspera de la Candelaria, y en una iglesia adonde tenian que ir por las lagunas. Los piratas, que sabian esta costumbre, y estaban espiando la marcha de la comitiva, dieron de golpe sobre esta, y robaron los esposos con todas sus alhajas. En el instante juntó el dux todos cuantos hombres pudo, se entró en un navío, persiguió á los salteadores, los sorprendió repartiendo los despojos, hizo en ellos una grande matanza, y volvió á Venecia con los cautivos y sus tesoros; por lo que instituyeron una festividad, y la llamaron la fiesta de los *casados*.

Pedro Badoer era de la familia de los Partici- 939.
pacios, y su rama habia tomado este sobrenombre desde su ante-predecesor el dux Urso, que fue el primero que le usó. Como en su administracion

no hay cosa notable, se infiere que fue tranquila.

942. Pedro Candiano III impuso un tributo á los norentinos, piratas hasta entonces indisciplinables. A su tiempo, con corta diferencia, corresponde la data de las primeras monedas venecianas. Su hijo, llamado como él, y sujeto á la autoridad de su padre, se rebeló; pero se indignaron con su ingratitud el clero y el pueblo en tanto grado, que se empeñaron con juramento en no reconocerle jamas por dux antes ni despues de la muerte de su padre. Esta proscripcion no asustó tanto al rebelde, que no se aplicase con mayor actividad á hacer la guerra á su patria.

959. Murió el padre de pesadumbre; pero al hijo le salió bien su tenacidad, pues á pesar de los juramentos de escluirle para siempre del empleo de su padre, él fue su sucesor, y se llamó Pedro Candiano IV. Habia sido mal hijo, y fue mal esposo y mal padre; porque cansado de su muger, la repudió y obligó á hacerse religiosa, y á un hijo, cuyo mérito le hacia sombra, le precisó á abrazar el estado eclesiástico. Soltó despues la rienda á todos los vicios: aspiró á la tiranía, y tomó una guardia de estrangeros; pero esta precaucion, muy lejos de intimidar al pueblo, le hizo ver por el contrario cuanto debia temer la pérdida de su libertad. Fue pues en tropel al palacio; y no pudiendo forzar las puertas, las puso fuego: creció el incendio; y el dux, que se iba huyendo por diferentes sitios, llegó por último á un parage en donde se vió entre las llamas y el pueblo enfurecidos. Pidió gracia á lo menos para su hijo de poca edad, que tenia en los brazos; mas el pueblo, esclamando con el acento de la rabia: *muera el tirano,*

La Esposa de Pedro Candiano IV.

No contento Pedro Candiano IV. con repudiar á su desgraciada esposa, la violentó á tomar el hábito en un monasterio, con la abominable inconseqüencia de hacer esposa de Jesucristo á la que creia indigna de serlo suya. ¡Esposo detestable! pero ¿quantos padres, con la mas escandalosa impiedad, han convertido en horribles simas de despecho los santos y pacíficos asilos de las virtudes?

T. I. Enguid. de ap. fec.

Jf. Bonifaz. concl.

degolló á padre é hijo, y arrojó sus cadáveres á las aves de rapiña.

Habian hecho una escelente eleccion en la persona de Pedro Urseolo, hombre justo, generoso y arreglado en sus costumbres; pero una devocion mal entendida dejó á los venecianos sin el fruto de tan buenas prendas. Llegó del Rosellon á Venecia un abad de monges á visitar el cuerpo de san Hilario, que se veneraba en san Marcos, é inspiró al dux el horror al mundo y el amor al retiro con tal eficacia, que despues de haber empleado un año en meditar su resolucion y en tomar todas sus medidas para que su abdicacion no fuese tan perjudicial á sus súbditos, desapareció una noche, y fue á encerrarse en un monasterio sin haber dicho cosa alguna á su muger, sus hijos ni criados; y vivió en su retiro diez y nueve años. Tambien Vital Candiano, su sucesor, tomó el hábito monástico; pero fue con motivo de una enfermedad, y murió luego. La misma enfermedad padeció Tribuno, y se hizo monge; pero de este se sospecha que le precisaron, por no tener los talentos necesarios para restablecer la paz en la ciudad. 976. 979.

Se hallaba esta por entonces alborotada con las pretensiones y la rivalidad de muchas familias, entre las cuales se distinguian las de Caloprini y Morosini. En Urseolo II hallaron el hombre que buscaban, así para contener en lo interior las facciones, como para hacer floreciente por defuera la república. Este estendió el comercio de Venecia por toda la Grecia, Siria y Egipto; y consiguió, así de los emperadores como de los soldanes, los privilegios y exenciones que los negociantes necesitan. Urseolo agregó al dominio de los venecianos la Istria y la 991.

Dalmacia: sujetó los norentinos, é introdujo en los estados de Tierra Firme el género de gobierno que despues se practicó. Su mérito le dió la estimacion de los estrangeros: y el emperador Othon le hizo una visita de amistad. Quiso el dux que le asociasen su hijo Juan; pero aunque se lo concedieron los venecianos, murió este jóven antes que su padre.

1009. Le sucedió otro hijo llamado Othon, con los felices auspicios de perpetuar las virtudes de su padre; pero entre tanto que realizaba estas esperanzas, se apoderaron de su persona los conspiradores, le cortaron la barba y le desterraron á

1026. Constantinopla. Centranico, que se llamó tambien Barbalano, fue el electo; pero otra faccion mas poderosa le hizo quitar el cabello y le encerró en un monasterio. Pidieron á Constantinopla que les

1032. enviasen á Othon Urseolo; pero ya habia muerto. Creyó Domingo Urseolo, pariente suyo, que le bastaba tener este apellido para suceder en el dogato, y se apoderó de esta dignidad; pero perseguido por la faccion que habia puesto en el trono á Centranico, se vió precisado á huir. Cuando desterraron á Constantinopla á Othon Urseolo, se lisonjeaba Domingo Flabanico de que él seria quien le remplazase; y no erró el golpe despues de la desgracia de Centranico y la espulsion de Domingo Urseolo. A lo que parece tenia un odio irreconciliable á esta familia, que era de las mas ilustres de la ciudad; pues la hizo desterrar y que se la declarase haber para siempre decaido de sus honores, derechos y preeminencias; habiendo llevado hasta nuestros dias este oprobio, á pesar de los servicios que hizo al estado Pedro Urseolo. No obstante, debia haber muchas ramas de Urseolo, y

no á todas alcanzó esta ignominia. En tiempo de Flabanico se determinó abolir para siempre el uso peligroso de asociar al dux los hijos, hermanos ó parientes; y este decreto llegó á ser ley fundamental del estado.

Reinando Domingo Contareno, su sucesor, se terminó la diferencia entre los patriarcas de Aquileya y de Grado, que muchas veces habian inquietado la república. Este último quedó libre de la dependencia del primero, y se llamó despues *patriarca de Venecia.* Domingo Silvio, elegido despues de Contareno, fue infeliz contra los normandos, que rondaban hasta lo interior del Mediterráneo. Vital Falier, aprovechándose de la desgracia que los reveses de la fortuna causaron para con el pueblo á Domingo Silvio, logró que le depusiesen y le confiriesen á él su dignidad. En tiempo de Vital Michieli, que le sucedió, empezaron los grandes armamentos de los venecianos con motivo de las Cruzadas, y lograron sobre las costas de Asia los bellos establecimientos, que fueron el fruto y premio de sus armadas, sin contar la ganancia inmensa de los fletes, y el lucro del comercio; y aun se les vió desplegar sns banderas por fuera, y vencer á los pisanos y ferrareses. A estos rivales reprimidos añadió Odelufo Falier los paduanos; pero no fue tan feliz contra los húngaros, que habian entrado en Dalmacia; bien que si no llevó la palma de la victoria, un honorífico elogio hace sombra á su sepulcro por haber muerto en el campo de batalla.

Domingo Michieli pasó en persona al Oriente, y no fue su viage estéril, ni en cuanto á la gloria ni en cuanto al provecho de los venecianos, por-

1043. 1071. 1074. 1096. 1102. 1117.

que consiguió grandes privilegios en Jerusalen, y la propiedad de la tercera parte de Ascalon. Llevó este dux sus armas victoriosas á Rodas, Chio,
1130. Samos y otras islas griegas sobre la costa de la Morea, en donde se hizo fuerte; y Pedro Polani, su yerno, continuó sus hazañas. Siendo dux este humillaron los venecianos á los de Padua, y tuvieron la honra de dar socorro á los emperadores grie-
1148. gos que habian sido sus señores. Duró esta alianza reinando Domingo Morosini; pero ya la prosperidad de los venecianos y la estension de su comercio en Asia, hacia sombra al emperador Manuel
1156. Comneno durante el reinado de Vital Michieli II. Se valió el griego de astucias para engañar al veneciano, que de buena fe se entregaba á sus insidiosas proposiciones de paz; y así es que tuvo el dux el dolor de ver perecer, por la astucia de Comneno, una de las mas bellas flotas que los venecianos habian equipado jamas. No le perdonaron sus republicanos que se hubiese dejado engañar; pues á su regreso le llenó de injurias el pueblo, y le quitaron la vida en el tumulto.

Este atentado, de que ya habia otros egemplares, dió ocasion á los hombres prudentes para pensar en reprimir la estremada licencia del pueblo, dejándole menos influencia en los negocios. En Venecia no habia mas tribunal estable que el que llamaban la *Cuarantía*, porque se componia de cuarenta personas. Cuando murió Michieli tomó provisionalmente este tribunal las riendas del gobierno y estableció un gran consejo de ciudadanos escogidos, que sustituyó en lugar de las juntas generales, haciendo ver al pueblo que estas eran demasiado tumultuarias. A este gran consejo

se le conservó el nombre de *Pregadi*, que era el que tenia las juntas generales. Tambien creó la Cuarantía un senado sacado del gran consejo, y mudó la forma ordinaria de la eleccion de dux. Se nombraron seis consejeros que observasen la conducta de este, y bajo de estas condiciones eligieron á Sebastian Ziani. Muerto este, se mudó otra vez 1172.
la forma de eleccion, que á la verdad solo se habia anunciado como provisional; y se dió el gorro ducal á Orso Malipier, que no habia querido 1179.
admitirle antes de la eleccion de Ziani. Como solo pretendia la felicidad de la república, concurrió gustoso al establecimiento de los nuevos magistrados de policía, propios para consolidar el buen órden y la tranquilidad. Renunció Orso; abrazó el estado monástico, y le profesó hasta morir. Por este tiempo, con corta diferencia, se dió el nombre de *Señoría* al cuerpo del gobierno.

Entre los hombres de mérito que podian pretender la dignidad de dux, era uno Henrique Dan- 1192.
dolo; pero estaba ciego. A la verdad, la causa de su ceguera debió ser particular recomendacion para con los electores; pues le habia privado de la vista la pérfida crueldad del emperador Manuel, cuando se hallaba en Constantinopla embajador de su república. La penetracion de su entendimiento suplia con ventajas la falta de los ojos; y así nunca hizo la república papel mas brillante que en el tiempo de su administracion. Tuvo el placer de entrar como vencedor y conquistador en aquella capital del imperio griego, en donde habia sufrido tratamiento tan bárbaro. No quiso admitir la misma corona; pero se aprovechó del ascendiente, que por su mérito y servicios lograba entre los prínci-

pes armados, para procurar grandes ventajas á la república.

Muerto este dux crearon una magistratura muy útil, cuyos miembros, en número de seis, y con el título de *correctores*, tenian á su cargo examinar los abusos que podian haberse introducido durante el gobierno de cada último dux, y dar cuenta al senado para que este los corrigiese. Siempre tuvo lugar esta magistratura durante los interregnos. El que se siguió por muerte de Dando-
1205. lo, acabó por la eleccion de Pedro Ziani, que puso á los venecianos en posesion de las islas de Candia y de Corfú, y de parte de Negroponto. Candia dió bien que hacer á sus vencedores por haberse levantado en ella muchos alborotos; y no les dieron menos en que entender los genoveses y paduanos; pero Venecia triunfó de sus rivales sin que Ziani, mas propio para las negociaciones que para la guerra, contribuyese mucho á sus victorias. Lo
1229. mismo sucedió con Jacobo Tiepolo su sucesor. Ambos renunciaron por disfrutar algun reposo; pero uno y otro le gozaron pocos meses.

Mientras tuvieron la dignidad de dux Martin
1249. Morosini y Renario Zeno, tuvo la república guer-
1252. ra con Ezzelino, tirano de la Lombardía, que hizo teatros de horror las ciudades de Padua, Verona y Vicencia; pero su mayor irritacion era contra los paduanos; pues á cuantos caian en su poder les mandaba cortar los pies y las manos: mas los cremoneses y mantuanos reunidos le hicieron prisionero, y le dejaron morir en un calabozo sin darle otro castigo. En tiempo de estos dos duxes midieron sus fuerzas los genoveses con los venecianos; porque estos, segun parece, querian ser úni-

cos en el comercio de Levante; pero los genoveses por composicion lograron que se repartiese entre las dos repúblicas. Laurencio Tiepolo, sucesor de 1260.
Romeo, era fastuoso, ó tal vez solamente deseaba asegurar su poder. Casó un hijo suyo con una princesa, y él se casó con otra. Con esta ocasion el senado prohibió por una ley que se casase el dux, ó casase á sus hijos con estrangeras. Otra ley cerró en tiempo de Contarini á los hijos ilegítimos la entrada en el gran consejo. Renunció Con- 1275.
tarini, á causa de su mucha edad, y le reemplazó Juan Dandolo. Ambos tuvieron los talentos que 1279.
pide el gobierno civil, y el último reformó las magistraturas, que tenian á su cargo las subsistencias y las costumbres.

El mismo dia de las exequias de Dandolo se levantó en el pueblo un gran tumulto, pretendiendo que volviesen á ponerle en posesion del derecho de elegir dux; pues se le habian quitado, y no que- 1289.
ria admitir á Pedro Gradenigo á quien los nobles pusieron en la dignidad de dux. Mil voces confusas resonaban en invectivas contra la nobleza, y proclamaban á Jacobo Tiepolo. Era este un hombre tímido que por miedo de desagradar á los nobles si aceptaba el trono, ó al pueblo si no le admitia, se escondió; y de este modo dejó el campo libre á Pedro Gradenigo, hombre de firmeza y resolucion.

Conservó este dux resentimiento contra el pueblo por la eleccion de Tiepolo, teniendola por afrenta, aunque no se efectuó, y resolvió quitar á los populares la poca influencia que les quedaba en la eleccion de dux; y lo consiguió introduciendo mutaciones en la formacion del gran consejo.

Estas mutaciones llevaban al principio la apariencia de algunos respetos á los derechos del pueblo; pero cuando Gradenigo advirtió que conseguia sus fines se desembarazó de toda sujecion, y promulgó una ordenanza estableciendo que todos aquellos que componian por entonces el gran consejo le compondrian perpetuamente ellos y sus descendientes sin eleccion ni sorteo; y como no habia otros en el consejo que los nobles, logró que el gobierno quedase puramente aristocrático.

Por esta ley hubo una sublevacion del pueblo y de algunas familias nobles que no se hallaban entonces en el gran consejo. Contuvo Gradenigo al pueblo con su firmeza, y sosegó las familias nobles dejándolas con la esperanza de ser admitidas en caso de tener que suplir; mas no todas se deslumbraron con estas promesas. Los Quirini, los Badoer, los Baroci y algunas otras se unieron para restablecer el gobierno antiguo. Barjamont Tiepolo, hijo de Jacobo, á quien Gradenigo habia quitado la dignidad de dux, se declaró cabeza de esta pretension; pero se descubrió la empresa; y llamando Gradenigo tropas pelearon en la ciudad encarnizadamente, quedando vencida la faccion de Tiepolo, cuyo gefe fue muerto en el campo de batalla. Cortaron la cabeza á tres nobles cómplices, y colgaron sus cadáveres. Con este motivo se instituyó el terrible tribunal de los Diez, que ha sido el mas firme apoyo de la aristocracia en Venecia. Se cree que dieron veneno á Gradenigo.

1310. A este dux sucedió Marin Georgi, el cual murió de vejez á los diez meses de su reinado, que empezó á mas de los ochenta años de su edad, y dejó
1211. la memoria de religiosas virtudes. Juan Soranzo,

su sucesor, sostuvo gloriosamente la reputacion de las armas venecianas en los paises orientales, manejadas por Justiniano Justiniani, que hizo temblar á Constantinopla. Francisco Dandolo, que remplazó 1327.
á Soranzo, protegió en el Asia menor el comercio de Venecia contra la oposicion de los turcos, á quienes tomó muchos navíos en su tiempo Pedro Zeno, general de la república. Este ahorcaba á todos los turcos que caian en sus manos, como á piratas y bandoleros. Entonces empezó la Señoría á tener generales estrangeros para las fuerzas de tierra, observados por los llamados proveedores que les agregaba. Una gran carestía de víveres suscitó murmuraciones contra el gobierno de Bartolomé 1339.
Gradenigo su sucesor. Andres Dandolo recobró para 1343.
el comercio de los venecianos en especería y telas de Indias la ruta ventajosa de Egipto que los turcos habian interceptado. Para esto le fue preciso hacer un tratado con los infieles, lo cual entonces se miraba como una prevaricacion y estaba muy prohibida; pero el papa dispensó por cinco años. Envió la Señoría un cónsul residente en Alejandría; y las riquezas que por este medio sacó Venecia, la proporcionaron los medios de sostener contra Génova, en los mares de Constantinopla, una guerra, cuyas variaciones causaron grande alteracion en las dos repúblicas, y principalmente en Génova, que sufrió pérdidas muy importantes.

La aristocracia de Venecia se vió en gran peligro, siendo dux Marin Falier, que en odio de los 1354.
nobles, de quienes habia recibido algunos disgustos, formó el proyecto de restituir el poder al pueblo; pero uno de los cómplices hizo traicion cuando ya estaba para ejecutarse. Tomaron los nobles

las armas, y sin forma de proceso ahorcaron á diez y seis cabezas de los paisanos; pero al dux se le hicieron con toda formalidad; y habiendo confesado su delito, le degollaron en la sala del gran consejo. En el órden de los retratos de los que habian tenido la dignidad de dux, pusieron una pintura con un trono vacío, cubierto de terciopelo, y debajo estas palabras: *Este es lugar de Marin Falier, degollado por sus delitos.*

1355. Juan Gradenigo, que le sucedió, murió á los
1356. seis meses: Juan Delfino á los cinco años de rei-
1361. nado; y Laurencio Celsi á los cuatro. Durante la administracion de este último, hubo un grande alboroto en Candia, que continuó y se finalizó siendo
1365. dux Marco Cornaro, que reinó solos dos años. Por entonces enviaba Venecia flotas al Oriente á cargarse de sus tesoros, á combatir con sus envidiosos, y á sostener y aumentar su comercio. La hacian temible á sus vecinos y la adquirian nuevos estados, sus egércitos de tierra; pero mientras imprudente enviaba sus fuerzas del centro á las estremidades se presentaron los genoveses delante de las lagunas: las acometieron y penetraron en términos que estuvo Venecia en gran peligro, y esta fue la primera vez que tembló. Pasados algunos dias de consternacion renació el valor con las ex-
1367. hortaciones patéticas del dux Andres Contarini: se armaron todos con su egemplo: sacaron de la prision al valiente Pisani, á quien la ingrata república tenia castigado por una pérdida, y le restituyeron en su empleo de generalísimo de mar. Olvidó este grande hombre los agravios de su patria, la salvó, y murió. En este riesgo mostró el dux tanta prudencia como valor, porque supo emplear

á propósito todos los recursos del estado, el cual le debió en gran parte su salud. Por los servicios importantes que habia hecho mereció estraordinarias demostraciones al reconocimiento de sus conciudadanos en la distincion honorífica de haberse encargado á un noble que le hiciese públicamente la oracion fúnebre. Miguel Morosini, su sucesor, 1382.
no tuvo tiempo para realizar las esperanzas que todos habian concebido de su talento, porque le arrebató la peste á los cuatro años de su reinado.

Antonio Vernier, distinguido por sus bellas 1385.
calidades, estaba gobernando en Candia cuando le eligieron. Este hizo publicar un reglamento por el cual se prohibió á todo estrangero formar establecimiento en Venecia, ni adquirir en ella rentas sin licencia especial; y para conseguir derechos y privilegio de ciudadano se declaró necesaria la residencia de quince años. Por entonces era la posesion de Padua, ó su conquista, el objeto de la ambicion de los venecianos, y lo consiguieron despues de haber derramado mucha sangre reinando Micael 1400.
Steno. Esta ciudad, Verona y algunas otras vecinas habian pasado de los Lescalas, familia ilustre, á los Carraras, no menos distinguidos, y estos defendian sus dominios con valor; pero les faltaron las fuerzas. Hicieron prisioneros á Lescala el padre, y á dos hijos suyos; y para cortar de raiz toda pretension y reclamacion los hizo degollar la Señoría. Este rigor republicano encendió en ira á todos los príncipes de Europa á quienes llegó la noticia. Padua, como lo deseaban los venecianos, entró en el dominio de la república, que no perdia ocasion de engrandecerse; pero su poder nada añadia al del dux, antes bien parecia complacerse en humillarle.

Resistió Micael Steno algunos ataques desagradables; y por esto decidieron despues de su muerte que los abogados pudiesen citar al dux á juicio, y que él jamas contradijese á sus conclusiones. Tambien abolieron la costumbre de juntar el pueblo para que aprobase la eleccion del nuevo dux, contentándose con proclamarle; y de este modo perdió el pueblo enteramente lo poco que le restaba en los negocios del estado.

Las inmensas ganancias que adquirian los venecianos por el comercio, los pusieron en el reina-
1441. do de Tomas Mocenigo en estado de emplear, segun la ocasion ó la necesidad, los dos medios mas poderosos de engrandecerse, que son la fuerza y el dinero. Del primero se valieron con felicidad contra los turcos en la Morea, y contra muchos señores, cuyos estados invadieron en la Dalmacia y el Friul. Ya habian comprado á Patras y Zara, y tambien compraron á Corinto. El dux Mocenigo en un discurso que hizo al senado, nos ha dejado una idea del estado floreciente de la república en aquel tiempo de prosperidad. "Por la atencion, dice, que nos ha merecido el comercio, envia Venecia todos los años al estrangero un fondo de diez millones de ducados. Ganamos en solo el flete dos millones, y otros tantos en el tráfico de las mercaderías. Tenemos tres mil navíos, desde diez hasta doscientas toneladas, que emplean diez y siete mil marineros; trescientos navíos grandes, que ocupan á ocho mil; y cuarenta y cinco galeras, en las que hay hasta once mil. Todos los años enviais quinientos mil ducados á Tierra Firme, é igual cantidad á los otros lugares marítimos. El esceso se queda en Venecia como pura ganancia. De Florencia

estraeis anualmente diez y seis mil piezas de finísimos paños, que vendeis en Nápoles, en Sicilia, y en todas las escalas de Levante. Vuestro cambio sobre Florencia es de trescientos mil ducados por año. En una palabra, todo el universo contribuye á vuestra utilidad."

En tiempo de Francisco Foscari compraron 1423.
tambien á Tesalónica, y esta compra ocasionó contra los turcos, que decian ser los legítimos dueños, una guerra muy fatal para esta infeliz ciudad. La saquearon y la arruinaron los bárbaros, para que no fuese ni suya ni de los compradores. El dux hizo poco papel en las guerras que por entonces tuvieron los venecianos con Milan, Florencia, Genova, ó por mejor decir, con toda la Italia. Aliados y enemigos alternativamente de todas las potencias, pusieron por comandantes de sus fuerzas de tierra generales estrangeros, con la mira de que ningun noble, viéndose á la cabeza de un egército, adquiriese una autoridad peligrosa; pero les daban el mando en el mar, porque es mas dificil hacer circular proyectos de sublevacion de un navío á otro, que ganar los batallones, á quienes á cada paso se arenga. Siempre tuvieron buenos almirantes, y escogieron los generales de tierra entre los mas hábiles capitanes, que no eran pocos en Italia.

Los venecianos pagaban bien; pero no carecia de riesgo el servicio en una república espantadiza. En una guerra, que tenia entonces en movimiento á toda la Italia, creyeron haberles hecho traicion el célebre Carmañolo; y se la hizo en efecto, si así puede llamarse, cuando un general no se aprovecha de todas sus ventajas contra el enemigo. Este, á lo que parece, fue el mayor delito con que re-

convinieron al infeliz capitan. En su causa hubo una pérfida intriga confesada por el mismo duque de Milan su enemigo. Le hicieron con el mayor secreto el proceso; y aun se dice que ni le preguntaron ni le oyeron, y le llevaron al suplicio con una mordaza, imputándole, sin determinar ninguna, *haber cometido diversas traiciones contra la república, y maquinar otras nuevas.* De sus muchos bienes no dieron mas que una pequeña parte á su muger y á sus hijos. No se libró de sospechas el dux Foscari, implicado en los reveses que esperimentaron las armas venecianas; y atendiendo á su caracter virtuoso, se puede presumir que el color de injusticia que se advierte en el proceso de Carmañolo, ofendió su delicada conciencia; y por no ver los venecianos á un hombre que era su viva censura y reprension, procuraron deponerle; pero él desarmó su malicia ofreciendo sujetarse á juicio y renunciar. Agradó tanto esta dócil correspondencia, que no solo no aceptaron su renuncia, sino que le obligaron á jurar que jamas la haria.

Gobernó pues Foscari con tranquilidad, y aun con elogios, treinta y cuatro años; y al cabo de este término le poseyó tan gran melancolía por un fatal suceso que sobrevino á su hijo, el cual murió en un destierro, que jamas volvió á presentarse en ningun consejo, ni aun salió de su aposento. Era costumbre, que en caso de ausencia ó enfermedad del dux presidiese el consejero mas antiguo en calidad de vice-dux. En un tiempo de paz, como era aquel, pudieran haberse contentado con esta especie de gobierno, y dejar que gozase de los honores de su plaza un anciano octogenario, que estaba para bajar á la sepultura, y era benemérito de la re-

pública; pero el consejo de los Diez se puso sobre todos estos respetos, y congregó una junta de veinte y cinco senadores, que habiendo estado deliberando ocho dias, resolvió que seis consejeros fuesen al palacio del dux, y le empeñasen en hacer la renuncia; pues ya una vez la habia ofrecido, y muchas manifestado deseo de hacerla.

Pero cuanto mas anciano es el hombre, menos sufre que le adviertan la humana flaqueza. Respondió Foscari, que él se atenia al juramento que habia hecho de no renunciar jamas, y pidió la convocacion del gran consejo. La junta, previendo sin duda que pudiera la multitud moverse á compasion y serle favorable, decidió absolutamente que se le relevase de su juramento, que hiciese dimision, que se procediese al punto á la eleccion de sucesor, y se le señalase una pension y honores. Para todo esto no le dieron mas que tres dias; pero no necesitaba tantos, porque respondió tranquilamente: *Obedeceré gustoso al escelentísimo consejo de los Diez.* Entregó el anillo ó sello ducal, que allí mismo rompieron en su presencia: dejó el gorro de la dignidad y se puso otro regular. Dió orden para el transporte de sus efectos; y hecho todo con el mayor sosiego, salió de su palacio.

La forzada renuncia de Foscari escitó una mur- 1457.
muracion general, reprendiendo todos los ciudadanos el insulto hecho á un anciano que habia servido bien á la patria cuando debieran esperar á que muriese, pues no podia tardar. Abiertamente espresaban su modo de pensar; pero el consejo de los Diez prohibió, imponiendo pena, que se hablase del asunto; y encargó á los magistrados que le informasen contra los temerarios que osasen á con-

travenir á su prohibicion. Con esto callaron todos: se juntó el gran consejo, nombró electores, y estos dieron su voto á Pascual Malipier. Cuando Foscari oyó tocar las campanas de la ciudad para anunciar la eleccion, sintió una conmocion repentina que le puso en el sepulcro. "Fue mas benemérito de la república, dice un historiador, que ninguno de sus predecesores, y le trataron con menos atencion que á ninguno de ellos. Es preciso decir, añade, que los venecianos tienen el corazon hecho de diferente modo que los demas hombres, pues á vista de semejantes rasgos de ingratitud se conserva en ellos el amor á la patria, y se sacrifican por servirla." Pero yo preguntó: "¿El desear los puestos lucrativos y honoríficos proviene del amor á la patria?"

1462. En tiempo de Cristóbal Moro, sucesor de Malipier, tuvieron los venecianos guerra en Morea contra los turcos; y aunque los ayudó una cruzada no por eso fue feliz esta campaña; pero entonces empezaron los venecianos á concebir esperanzas de adquirir el reino de Chipre, y le lograron los su-
1471. cesores de Moro. El primero fue Nicolas Trono,
1473. que no hizo mas que pasar: le remplazó Nicolas Marcelo, cuyo reinado no fue mucho mas largo;
1474. y á este sucedió Pedro Mocenigo, famoso guerrero, y no menos hábil político.

Siendo almirante de la república habia ido á recibir las disposiciones de Jacobo Lusiñan, rey de Chipre, casado con una veneciana de la familia *Cornaro*. Habia adoptado la república á esta princesa, é hizo el papel de madre en su casamiento. La dejó Lusiñan en cinta, y ordenó en su testamento que si paria varon fuese para este todo el

reino, y que si paria hembra se dividiese entre la niña y la madre, siendo esta la tutora con Andres Cornaro su tio. Dió á luz un hijo, y Pedro Mocenigo sostuvo á la madre y al niño contra muchas facciones que se levantaron en Chipre, mirándolos como pupilos de la república.

La principal la fomentaba Alfonso rey de Aragon, que habia prometido su hijo á una hija natural del difunto rey Lusiñan, con el fin de adquirir derecho al reino de Chipre en caso de morir el hijo de la veneciana: y en efecto murió niño este príncipe. Entonces Andres Vendramino, sucesor de 1476.
Pedro Mocenigo, para quitar á la reina todo motivo de inquietud, hizo transportar á Venecia la prometida al hijo de Alfonso. Gozaba esta princesa en Venecia de alguna libertad; pero tuvo noticia el senado de que el rey de Aragon enviaba en un navío cargado de frutos un corto número de hombres determinados á robarla: y al punto el consejo de los Diez dispuso que la pasasen á la ciudadela de Padua, y publicaron que habia muerto de enfermedad. Sobre el género de enfermedad nadie se engañó; porque la reputacion de los venecianos en punto de buena fe y de religion, no era la mas escelente. Los escomulgó el papa por haber hecho una alianza con Bayaceto II. Sostuvieron soberbiamente esta desgracia; y á fuerza de victorias en Italia, se hicieron absolver. Adquirieron tambien con el dinero islas y ciudades: inquietaron á Nápoles, y abusaron de sus fuerzas contra la pequeña república de Ragusa, que no tuvo otro medio de conseguir que la hiciesen justicia, sino amenazar con que si no la trataban mejor se entregaria á los turcos. Juan Mocenigo, 1478.

que habia sucedido á Vendramino, era el alma de todos estos negocios; y con su muerte perdió la república un gran general y un gran político.

1485. 1486. Dos Barbarigos tuvieron el cetro ducal; Marcos, que apenas hizo mas que tocarle; y Agustin, que le mantuvo por largo tiempo, y en cuyo reinado se perfeccionó el asunto de Chipre. La Señoría, madre adoptiva de la reina Catalina Cornaro, habia quince años que solo dejaba á esta señora los honores de reina, reteniendose toda la autoridad. Temian los tutores que cansándose su pupila de la sujecion, tomase algun esposo que la pusiese en libertad; y para evitar este golpe resolvieron sacar de sus estados á la reina de Chipre llevándola á Venecia: y dejaron al cuidado de su hermano Cornaro el modo de conseguir que la agradase la proposicion. Se sorprendió Catalina al oirla, y no quiso acceder. ¿Cómo habia de dejar un reino rico, en el cual gozaba los honores de su dignidad, para confinarse en un lugar en donde no habia de tener clase ni estado? "Basta, respondió, que la república posea mi reino despues de mi muerte." Insistió Cornaro, y la hizo presente que si perseveraba en su negativa le culparian á él de no haber empleado para con su hermana todos los medios convenientes, y que entonces le esponia á él y á toda su familia al resentimiento del senado. "Bien está, dijo anegada en lágrimas la desconsolada princesa, si á tí te parece bien la proposicion, á mí tambien me lo parece, ó por lo menos procuraré vencer la repugnancia para que me lo parezca; pero la república de tí mas que de mí recibirá mi reino."

Partió de Chipre la reina con la muerte en

La Reyna de Chipre en Venecia.

Protegia Venecia á la Reyna de Chipre; pero sobre haberse abrogado en aquel reyno toda la autoridad, nada omitió hasta lograr de aquella soberana la mas violenta renuncia. La recibió despues en su capital la república con el mas brillante aparato, haciendola otros obsequios; pero la traia nada menos que un reyno: y así deslumbra siempre el ambicioso al miserable víctima de sus ardides.

T.L. Enguid.t de ag. fte. Jf. Fonseca conc.

el corazon. La hizo Venecia un recibimiento magnífico, dándola un bello palacio en el Trevisano, una gran suma de dinero contante, y una buena pension. Durante este tiempo se tremolaba el estandarte de san Marcos en Famagusta, y se enarbolaba en toda la isla que quedó aneja al dominio de la república: y á la verdad solamente la faltaba una corona para tener en la asociacion de los príncipes un rango igual con los otros potentados. Tenia Venecia el poder por sus riquezas; y como era tambien el centro de las negociaciones, enviaban allá los reyes y los príncipes sus embajadores, los cuales con su augusto senado formaban una especie de congreso perpetuo. Allí se concluyeron las ligas, y de allí salieron las resoluciones tan fatales para los franceses en las guerras de Italia del siglo XV.

Muerto Agustin Barbarigo tuvieron los venecianos un breve interregno para crear una nueva magistratura, que á unos parece admirable, y á otros monstruosa. Hablo de los inquisidores de estado, que tienen á su cargo dar movimiento á las espías, oir las delaciones, y sacrificar las víctimas que les parecen útiles ó necesarias á la pública seguridad. No son mas que tres jueces elegidos entre los senadores de mas integridad; pero son inexorables, y á nadie tienen que dar cuenta. Sus sentencias deben tener todos los tres votos conformes; cada uno de los jueces debe ser de diferente familia, y solamente ocupan su plaza por tiempo determinado. Por estas precauciones suponen que su poder solamente es peligroso para los malos: y los mismos venecianos aseguran que los inquisidores de estado no han prevaricado jamas; pero su-

puesto que á nadie dan cuenta de sus juicios, ¿ quién lo puede saber ? Estos magistrados renuncian sin duda á toda especie de sociedad, ó todos huyen de tratarlos ; porque ¿ quién habia de querer esponerse á los penetrantes ojos, ó á los atentos oidos de un hombre que tiene levantada el hacha á su voluntad sobre mi cabeza ?

1501. Leonardo Loredano, sucesor de Agustin Barbarigo, vió en su reinado combatida la república de una violenta tempestad, siendo el motivo de una casi general sublevacion su propia soberbia. Se coligaron para abatirla el papa, los franceses y los príncipes de Italia : repartieron entre sí los estados de Tierra Firme antes de conquistarlos, y pensaban en no dejarles mas que su ciudad con algunos paises pequeños confinantes con los turcos, y algunas islas ; porque todo cuanto correspondia á la Italia se habia de repartir entre los coligados. La Señoría, no creyendose con fuerzas suficientes para defender la Tierra Firme, resolvió al principio abandonarla, esperando que con este sacrificio evitaria el golpe que la amenazaba ; pero volviendo sobre sí de su primera consternacion, recobró nuevo valor. Algunas sumisiones, empleadas á tiempo, aplacaron al papa : las victorias dieron á la república algunos aliados ; y las intrigas, manejadas con destreza, introdujeron la discordia entre los confederados. Lo que mas tenian que temer era la furia francesa, y aun Luis XII, que conocia su nacion, prevía bien los efectos de su impetuosidad. Quisieron ponerle miedo con la prudencia, política y sagacidad del senado : y respondió : " Yo les daré tantos locos que gobernar, que con toda su sagacidad no puedan avenirse con ellos. " A la

verdad todo cedió desde luego á la nobleza jóven, valiente y aturdida, que hacia la mayor fuerza del egército frances; pero la flema veneciana fue amortiguando el choque, y despues de diez años de guerra se vieron las potencias beligerantes casi en el mismo estado que se hallaban en el principio, bien que muy gastados; y mas que todas la república, cuya estrema desolacion se prueba porque tuvo que vender las magistraturas. No obstante, como la firmeza de Loredano habia contribuido para hacer menos desastrados los sucesos de la guerra, restableció su discrecion el buen orden en el gobierno.

Veia Venecia sobre sus fronteras á Cárlos V y á Francisco I, que disputaron sus favores, y cada uno logró su parte; pero dispensados como los de las cortesanas que ella permite en su seno, esto es, no segun los deseos de los rivales, sino conforme á sus propios intereses, y á semejanza de aquellas mugeres venales no se preciaba la república de ser constante. No fue cosa rara en las guerras del siglo XVI ver al leon de san Marcos seguir al aguila del imperio, ó agarrarse á las lises de Francia con igual indiferencia. Del conflicto de las pretensiones de las partes beligerantes nació por aquel tiempo la ciencia diplomática que el genio italiano refinó. El conocimiento de los derechos respectivos, puesto en sistema, fue muy útil á los venecianos, que tenian siempre por gobernadores hombres familiarizados con el arte de la negociacion por la madurez de su edad, y la circunspeccion republicana.

Los sucesores de Leonardo Loredano se pueden comparar con las antiguas Sibilas, asi por la

1521. vejez como por las sentencias. Antonio Grimani tenia ochenta y siete años cuando le hicieron dux,
1523. y Andres Griti ochenta. Viendo este que en un tratado concluido en Cambray entre Cárlos V y Francisco I se habian despreciado los intereses de Venecia, no obstante las promesas que les habian hecho ambos príncipes para hacerlos de su partido, dijo estas palabras notables: "La ciudad de Cambray es el purgatorio de los venecianos, y el emperador y el rey los hacen espiar en él la culpa de haberse unido con ellos." En solos veinte años se
1539. ensayaron, por decirlo así, á llevar el gorro ducal,
1545. Pedro Lando, Francisco Donato, Marco Antonio
1553. Trevisani, Francisco Vernier, Lorenzo y Gerónimo Priuli. Estos dos últimos eran hermanos; y en una república zelosa y con leyes, que parecia reprobaban semejante sucesion, es buen testimonio de su mérito esta especie de herencia. Tambien permitió la república que en favor de Lorenzo Priuli se suspendiese la prohibicion observada por mas de cien años, de coronar á la esposa del dux; y Zilia Sendolo su muger, recibió este honor acompañado de una pompa magestuosa. Por entonces habia llegado el lujo á un punto, que despertó la atencion del senado, y dió motivo á que se hiciesen leyes represivas para contenerle.
1554.
1556.
1559.

Muerto Gerónimo Priuli costó á los electores gran trabajo estraer de la urna el nombre de su sucesor, pues en ello ocuparon trece dias. Ya
1567. por último salió Pedro Loredano, hombre de ochenta y cinco años, que jamas habia tenido la ambicion de ser dux, y pensaba tan poco en esto, que al salir del senado se volvia con gran tranquilidad á su casa; y fue preciso despacharle un se-

cretario que le hiciese á la memoria que acababa de ser electo dux. Si la edad no le hacia indiferente á los sucesos debió sentir las desgracias que amenazaban á la república, pues estaba para perder la isla de Chipre, que era la mas bella joya de su corona. Los venecianos se habian hecho dueños de esta isla con la astucia; los turcos la tomaron con la fuerza, y se han quedado con ella; bien que esta pérdida no se verificó enteramente hasta el tiempo de Luis Mocenigo, sucesor de Loredano. Ademas de los turcos tenia por enemigos á los uscoques, resto de los albanos, corsarios emprendedores y activos, retirados á la estremidad del golfo Carnero, cuyo fondo de poca agua, junto con las rocas, les servian de asilo y de defensa. Se veia la república precisada á mantener siempre navíos de observacion cruzando contra ellos. Muchas veces forzó á estos piratas á restituir sus robos; pero rara vez dejaban de quedarse con alguna parte. 1570.

En el año que reinó Sebastian Vernier vió dos sucesos importantes, el uno útil y funesto el otro. El primero fue el restablecimiento de la hacienda de la república con la reduccion de los intereses que habian subido á catorce por ciento, y con el ahorro de gastos. El segundo fue el incendio del palacio ducal; y este es notable, porque en él perecieron muchos monumentos de las artes y pinturas escelentes, que representaban los mas bellos pasages de la historia de la república. Esta pérdida irreparable entristeció tanto á Sebastian Vernier, que murió de pesadumbre. 1577.

Su sucesor, Nicolas de Ponté, habia enseñado la filosofía y las bellas letras, y habia pasado sucesivamente por todas las dignidades. Este egem- 1578.

plo de fortuna, que solo se halla en los estados electivos, anima mucho á los que se aplican á las ciencias. Sin duda no pretendieron mas que honrar su sepulcro, pues ya tenia ochenta y ocho años cuando le eligieron; pero todavia fue otros siete años por el camino de los honores, que le habia allanado su merito.

1585. Su sucesor, Pascual Cigoña, vió establecerse en su tiempo el Banco de Venecia, depósito abierto para los que quieren poner su dinero con seguridad y con intereses, afianzándole el estado: la fidelidad de la paga promete la perpetuidad. Entonces tambien se empezó el puente de Rialto de un solo arco sobre el canal grande, que divide á Venecia en figura de una *S*. En él se da todos los años un combate figurado entre los dos cuarteles opuestos, que nunca se concluye sin alguna desgracia. Por el mismo tiempo se adornó la plaza de san Pedro, que presenta habitualmente dos contrastes á la reflexion: por una parte las dos temibles columnas, entre las cuales caen con la hacha de la república las cabezas culpadas ó sospechosas; y se ven tambien las bocas infernales siempre abiertas á las delaciones que ellas devoran y entregan á los inquisidores de estado. Por otra parte estan los cómicos, bailarines, charlatanes, tocadores de instrumentos, danzas, cortesanas agasajadoras, y todo el esterior de alegría libre, con máscaras ó á cara descubierta, y muchas órdenes de tiendas provistas de cuanto puede lisonjear á la vista y á los ojos. En un parage separado y privilegiado, que hace sombra á esta pintura, se pasean los nobles y los senadores con sus ropas negras y el aire pensativo de hombres de estado que tienen á su cargo los in-

tereses del universo. El pueblo, en la eleccion de Marin Grimani, sucesor de Cigoña, se entregó á escesos de alegría por la afabilidad y benignidad de carácter de este dux. En su tiempo se suscitaron entre Venecia y la Santa Sede las querellas que con ventaja de la república se concluyeron en tiempo de su sucesor Leonardo Donato. 1595. 1606.

Reinando Marco Antonio Memo, y despues Juan Bembo, se renovó la guerra de los Uscoques, y se continuó con atroces escesos de estos bandidos. Se terminó en tiempo de este último dux, con la destruccion de las barcas de los piratas, la ruina de sus asilos, y la dispersion de los gefes, cuyo nombre está ya casi olvidado. Otras guerras en el Mantuano y el Friul ocuparon las armas de la república, é introdujeron entre ella y los españoles una indiferencia que parecia odio. Continuó esta en el tiempo de Nicolás Donato, que llegó á la dignidad de dux á los ochenta años, y la poseyó solo un mes; pero en tiempo de su sucesor Antonio Priuli rompió la animosidad de unos contra otros por una conjuracion, que se ha hecho famosa en manos de un escritor elegante. La conspiracion se tramó entre el duque de Osuna, virey de Nápoles por el rey de España, y el marqués de Vedmar, embajador de esta corona en Venecia. No se trataba menos que de apoderarse de Venecia, y arruinarla. Estaban tan bien tomadas las medidas, que solo pudieron desconcertarlas accidentes que era imposible prever. Fueron presos los egecutores subalternos, y castigados con la muerte; pero los dos cabezas negaron. Las pruebas del delito, que puede calificarse de traicion por haberse cometido en tiempo de paz,

1612. 1615. 1618.

eran evidentes; pero se contentaron los venecianos con remitir al embajador á la justicia de España. A este no le sucedió desgracia alguna; y aunque Osuna murió en prision, fue por otra causa.

1623. A Francisco Contarini, que sucedió á Priuli,
1624. le reemplazó á los dos años Juan Cornaro. Este pasó el dolor de ver á su primogénito reo de un asesinato, desterrado para siempre, y borrado su nombre del libro de oro, á pesar de la dignidad de su padre. Tal vez para consolarle se declaró que la dignidad de cardenal, que acababan de conferir al otro hijo, no debia tenerse por dignidad estrangera, ni por prohibida á los nobles venecianos; pero el haber condenado al hijo del dux el consejo de los *Diez* á perpetuo destierro, suscitó una fuerte tempestad contra aquel tribunal. Les pareció muy duro á los jóvenes patricios estar espuestos á semejantes procedimientos secretos y rigurosos; pero en una junta que se tuvo con este motivo prevaleció el parecer de los mas ancianos, probando que el secreto y la prontitud de aquel tribunal eran los únicos medios de contener una juventud ardiente, y muchas veces de poca reflexion. Quedó el tribunal confirmado en sus funciones y en su modo de obrar.

1630. Nicolás Contarini ayudó mucho á los cuidados de los senadores en aliviar á los venecianos invadidos de la peste que de Lombardía habia pa-
1631. sado á su ciudad. En tiempo de Francisco Erizzo, su sucesor, estuvo el senado empleado en tratar de la distincion de vestidos, del privilegio de poder llevar una ropa de mangas grandes, del vestido encarnado, y de la estrella y cinturon de oro, con tanta gravedad como se interesaria en alguna mo-

Rendicion de Candia.

Antes de rendir los Venecianos la capital de Candia volaron 484. minas, sostuvieron 20. asaltos, é hicieron 16. salidas; y los conquistadores, con pérdida de mas de 300. hombres, solo encontraron un monton de ruinas. Logró el Turco cantar el triunfo de su obstinacion; pero el honor reconocerá siempre en cada uno de aquellos Venecianos un héroe, y contará el numero de sus laureles por el de sus heridas.

Th. Enguid.r de ag. fec.

Jf. Garrido conc.

da nueva un consejo de mugeres. No hay duda que las distinciones de honor y las insignias son útiles así en las repúblicas como en los reinos, tanto para escitar la emulacion como para imprimir respeto en los inferiores; pero está la puerilidad en el modo afectado de muchos que por verse condecorados se desvanecen. Era Francisco Erizzo mas capaz de otra cosa que de arreglar un ceremonial. Aunque de edad de ochenta años le tuvo el consejo por útil para mandar, con el título de capitan general, las tropas que enviaba la república á socorrer la isla de Candia, atacada por los turcos. Cuando nombraron á este valiente anciano se vió brillar en sus ojos un generoso ardor, y dijo: "Estoy pronto á consagrar al servicio de la república los últimos momentos de una vida que la ha estado siempre sacrificada. Partiré con mucho gozo, porque estoy previendo que tendré el honor de morir por la patria." Consiguió este honor, aunque no con las armas en la mano, sino consumido con los trabajos, que le rindieron por disponer los preparativos.

Durante esta guerra desastrada se vieron los venecianos reducidos á solas sus fuerzas contra las de un grande imperio. No tuvo Francisco Molino, 1646.
como su antecesor, el cargo de capitan general con la dignidad de dux. Se quedó en Venecia para el consejo, mientras los almirantes se distinguian con gloriosas hazañas. Nunca los venecianos habian mostrado mas habilidad en la marina, mas intrepidez en los combates, mas moderacion en la victoria, ni mas constancia en las desgracias. Si hubieran dado con enemigos menos encarnizados, y menos resueltos á no abandonar la empresa co-

menzada, hubieran los venecianos conservado con sus negociaciones y ofertas razonables una parte á
1655. lo menos de la isla, y á esto tiraba Cárlos Contarini, sucesor de Molino, pues no puede decirse
1656. cuales eran las miras de su sucesor Francisco Cornaro, porque no vivió mas que un mes. Le reemplazó Bertucio Valier, cuyo consejo era que aceptasen la paz que ofrecian los turcos, con la condicion de que se les diese la isla entera. "Mejor será, decia el dux, hacer una paz, que á la verdad es poco ventajosa, pero con la cual los laureles de que se han coronado los generales de la república ocultarán nuestra vergüenza, que continuar una guerra que, despues de catorce años de duracion, acabaria de arruinar el estado."

1658. De contrario parecer fue Juan Pesaro, que ya muchas veces habia hecho valer su oposicion á la cesion de la isla. Tambien venció en esta ocasion, y tuvo mayor proporcion para sostener su pensamiento por haber muerto Valier, á quien él reemplazó; mas no vivió dos años. La pérdida de Candia se verificó en tiempo de su suce-
1659. sor Domingo Contarini; bien que puede decirse que los venecianos no fueron vencidos, sino oprimidos por los otomanos, cuyas fuerzas se renovaban continuamente. Cuando la capital, que da nombre á la isla, se rindió por último, no era ya mas que un monton de ruinas. Allí perdieron la vida mas de treinta mil turcos: los sitiados hicieron volar cuatrocientas ochenta y cuatro minas: sostuvieron veinte asaltos, é hicieron diez y seis salidas. La hacienda de la república estaba por lo menos en tan mal estado como la isla que cedia: se asegura que al fin de esta guerra

se hallaba Venecia empeñada en mas de sesenta y cuatro millones.

Descansó la república siendo dux Nicolas Sagredo, y despues Luis Contarini. En este tiempo sufrió algunas infracciones de sus tratados; porque los turcos, soberbios con sus fuerzas, no los observaban. Dormia el leon de san Marcos, pero despertó reinando Marco Antonio Justiniani, al ruido de una liga que se formó contra los turcos entre el emperador y el rey de Polonia, á la cual accedieron gustosos los venecianos, y ayudaron á los aliados, no solamente con sus fuerzas, sino tambien con la capacidad de Francisco Morosini. Este hombre grande, casi siempre vencedor de los turcos en la guerra de Candia, tenia tan bien sentada su reputacion, que cuando murió el dux Justiniani no se presentaron candidatos ó pretendientes; y este mismo silencio estaba indicando que seria para Morosini la dignidad. Estaba en la armada, teatro ordinario de sus triunfos; y el senado, por no privarse de sus talentos militares, no le llamó á la capital, y le envió el anillo y el gorro ducal, que él recibió entre los marineros y soldados, testigos y compañeros de sus hazañas. 1675. 1676. 1684. 1688.

Despues de su elevacion ya la victoria no siguió con tanta felicidad sus banderas, aunque no las abandonó del todo. Dos enfermedades peligrosas le precisaron á dejar la comandancia; y despues de haber ganado tanta gloria Morosini á la cabeza de las tropas, sentado el timon de los negocios, mostró la habilidad de un sabio administrador. Las pérdidas que esperimentaron las armas de la república, trajeron á la memoria las felicidades del dux; y creyendo la Señoría que solo de él las po-

dia esperar, le nombró capitan general por la cuarta vez. Una campaña de gran trabajo y fatiga alteró su salud, y apresuró su muerte. El senado hizo colocar su busto en la sala del escrutinio con esta inscripcion: *A Francisco Morosini el Peloponesiaco.*

Duró la guerra con mucha tenacidad siendo
1694. dux Silvestre Valier; y aunque las victorias de los venecianos se multiplicaban, no equivalian á sus pérdidas, por lo cual no debe estrañarse que suscribiesen á una paz con el turco, menos ventajosa de la que al parecer podrian prometerse. Se mantuvieron neutrales durante la guerra sobre la
1700. sucesion de España. La vió empezar Mocenigo, y fueron necesarias toda su flema y paciencia de aquel senado, para no ceder á los ataques indirectos que hacian las potencias beligerantes por sacar á Venecia de la indiferencia política que se
1709. habia prescrito. En tiempo de Juan Cornaro se promulgó una ley arreglando el vestido de las damas venecianas así nobles como plebeyas. Por ella se prohibió llevar perlas, diamantes, galones de oro y de plata, ni bordado alguno en la ciudad, y se las prescribió el color negro; por lo cual no pueden manifestar, sino en la forma, el talento de adornarse. Juan Cornaro vió renacer la guerra en-
1722. tre la república y los turcos, y su sucesor, Sebastian Mocenigo, la concluyó con un tratado que le
1732. valió la dignidad de dux. Muerto Cornaro reemplazó á Mocenigo Cárlos Razzini que murió á los
1735. ochenta y un años, y le sucedió Luis Pisani. A
1741. este se siguieron Pedro Grimaldi, Francisco Lore-
1752. dano, Marcos Foscarini, Luis Mocenigo, Paulo
1762. Renier, y finalmente Luis Manin, que fue el úl-
1763. timo dux.

Era tan complicado el juego de las ruedas en la máquina del gobierno veneciano, que quien no estuviese acostumbrado á él desde niño, necesitaba estudiar mucho para comprenderle.

El gran consejo se componia de todos los nobles que habian cumplido los veinte y cinco años; se juntaba todos los domingos y dias de fiesta; y nombraban todos los empleados, á escepcion de algunos que correspondian al senado.

El colegio le formaban el dux, seis consejeros sin los cuales nada podia hacer, la cuarentía criminal, cinco grandes sabios de Tierra Firme, cinco de las órdenes, y seis grandes sabios, sin ponderacion. Daba el colegio audiencia á los embajadores, á los generales ó diputados de las ciudades, y convocaba al senado.

El senado ó pregadi era la junta de trescientos nobles, entre los cuales apenas habia ciento veinte senadores, porque para completar el número de los trescientos se sacaban de los otros tribunales los restantes. El senado decidia de la paz y de la guerra: establecia los impuestos, fijaba el valor de las monedas, disponia de los altos empleos, y nombraba los embajadores. *El consejo de los Diez* juzgaba de todos los delitos de estado, y egercia suprema autoridad aun sobre el mismo dux.

Los inquisidores de estado, que eran tres, se tomaban de este último consejo, y eran los mas temibles, porque tenian autoridad hasta sobre los otros miembros del consejo de los Diez; y cuando todos tres eran de un mismo parecer, sentenciaban á muerte sin dar cuenta. Por todas partes tenian espías, y visitaban de noche el palacio de san

Marcos, habitacion del dux, adonde entraban y salian por puertas secretas, cuya llave tenian ellos. En sus espediciones tanto riesgo habia en verlos como en ser visto de ellos. A los que arrestaba el consejo de los Diez hacia el interrogatorio uno de los inquisidores de estado; y comunicadas las respuestas se les juzgaba sin concederles defensa de su causa, sin permitirles abogado, ni ver á sus parientes ó recibir cartas. Si estaban manifiestamente convencidos, se hacia la egecucion en público; si no en la misma carcel. El castigo mas comun era ahogarlos. Se dice que este tribunal tenia por máxima, que vale mas perder á veinte inocentes que salvar á un solo culpado. Parece que en esto hay ponderacion; pero es cierto que este tribunal se inclinaba al estremo de la severidad, y que en él era irremisible la menor falta en materia de estado.

Los abogados tenian á su cargo en cada tribunal provocar la egecucion de las leyes. Los censores, que son dos, velaban sobre las costumbres de los particulares, y sobre los asuntos de estos juzgaban la cuarentía criminal y la civil. Su denominacion indica el número y el empleo. Los procuradores de san Marcos tenian la superintendencia de los hospitales, bibliotecas y limosnas públicas. Tambien velaban en mantener el buen órden y la quietud de las familias.

El cancelario debia ser siempre un paisano ó ciudadano; y segun parece, se le daban el egercicio y la honra por desquite y reintegro del poder, que el pueblo de quien era representante habia perdido. Llevaba el sello del estado: tenia el título de escelencia, y asiento preeminente sobre los

senadores y magistrados, á escepcion de los consejeros de la Señoría, que pasaban por un solo cuerpo con el dux. La dignidad de canciller era de por vida: gozaba de todos los privilegios de la nobleza: asistia, pero sin voz deliberativa, á todos los consejos, á escepcion del de los Diez. Cuando le elegian hacia su entrada pública, y cuando moria recibia los mismos honores que el dux.

Tenia el dux toda la esterioridad de la soberanía; pero casi sin realidad alguna. Vivia en una perpetua sujecion, que resaltaba ó se estendia aun á su familia. No podia ausentarse sin licencia, ni hacer funcion alguna de esplendor sino como comisario de la república. No solo sus acciones, hasta sus palabras eran observadas; y si en algo faltaba, se esponia á duras reconvenciones. Su palacio estaba lleno de espías; pero aunque se cansara de esta sujecion, le estaba prohibido renunciar; y con todo eso se hallaban para esta dignidad hombres que no necesitaban de la fortuna. La iglesia de san Marcos era del dux, y nombraba todos los canónigos: tambien era superior de un célebre monasterio, en donde solo se admitian doncellas nobles las cuales gozaban mucha libertad bajo de su gobierno. El resto del clero estaba sujeto á la inspeccion del senado.

La república tenia en mas estimacion el servicio de mar que el de tierra, y siempre mantenia en los navíos y galeras cierto número de jóvenes nobles para que se instruyesen en la marina. Ademas de esto ordenaba á los negociantes de sus estados que echaban navíos al mar, que recibiesen y conservasen á su costa dos ó tres caballeros pobres, los cuales tenian el privilegio de cargar para

sí una pacotilla franca. Esta costumbre mantenia en la nobleza el gusto del comercio; y aunque no podia hacerle en su nombre, se interesaba en él con los ciudadanos; y esta necesidad recíproca tenia enlazados los órdenes, y contribuia á la tranquilidad. Las tropas de tierra en tiempo de paz se componian de miserables paisanos, y de toda la canalla de la Tierra Firme. Solamente se daba paga á los capitanes y sargentos; los demas se contentaban con el uniforme y algunas gratificaciones en las revistas; pero en tiempo de guerra tomaba la república estrangeros á su sueldo.

Los venecianos son muy sóbrios y rara vez tienen convites: la nobleza vive con mucha circunspeccion y ceremonia, y rara vez sucede que se case mas que un hermano. Ordinariamente viven juntos por economía, ó por gozar de la sosociedad de la cuñada, segun las calumnias que sobre esto les levantan. La vida de las mugeres en la ciudad era triste, pues ni se las permitian, como ya hemos visto, los adornos que quisieran; pero se desquitaban bien cuando pasaban á sus posesiones de Tierra Firme: allí es donde se veia á la nobleza veneciana en su esplendor.

En la ciudad se llevaban todo el tiempo los negocios, los consejos y las elecciones, y el que restaba era para el juego, cuyos escesos sufria la Señoría en los lugares destinados. Jugaban enmascarados y con silencio, y todo en general se hacia con esta precaucion; mas no engañaban con el disfraz á las espías que eran muchas. Las mas ordinarias y mas afectas á la república eran los gondoleros; y como es imposible pasarse sin ellos en una ciudad, atravesada de canales, sabian todos los

pasos, todas las horas de entrada y salida, las visitas, las citas, y en donde se juntaban, y de todo esto daban una cuenta fiel; y así el estado manejaba á esta clase del pueblo con cuidado particular. Otra especie de espías eran las cortesanas, en cuyas casas aun los hombres honrados se juntaban mas bien que entre las mugeres de honor, á quienes las costumbres, ó tal vez los zelos, tenian sujetas á su familia.

Si para concluir quiere alguno conocer las precauciones que se habian imaginado para prevenir ó desconcertar las intrigas en las elecciones, por las que empleaban en la eleccion del dux puede formarse idea de todas las demas. El gran consejo, que se componia, como queda dicho, de todos los nobles que habian cumplido los veinte y cinco años, se juntaba y sacaba cada uno su bolita de una urna. Treinta doradas daban derecho á los que las tenian de sacar nueve. Los nueve sacaban cuarenta, los cuarenta doce, los doce veinte y cinco, los veinte y cinco nueve, los nueve cuarenta y cinco, los cuarenta y cinco once, siempre por bolas doradas; y por último, los once cuarenta y uno, que eran los verdaderos electores. A estos se les encerraba; y despues de muchas precauciones y menudencias entre unos y otros, el dichoso mortal que juntaba á su favor veinte y cinco votos, llegaba á ser el esclavo coronado de la república.

Me ha parecido que convenia describir el mecanismo del gobierno veneciano ahora que debemos presumir que esta máquina, que ha durado mas de mil años, está al presente rota para siempre. Con la toma de Venecia, conquistada por los franceses con toda la Tierra Firme, huyó el dux

Luis Manin, que puede contarse por el último. Por algunos meses estuvo suspensa la suerte de esta antigua república; y últimamente, por el artículo 6 del tratado de paz firmado en Campo-Formio, cerca de Udina, en 17 de Octubre de
1797. 1797, entre el general Bonaparte y los plenipotenciarios del emperador, quedó Venecia cedida á este, el cual ha incorporado á sus estados esta posesion, importante por su situacion, pues le hace potencia marítima.

RAGUSA.

Ragusa, pequeña república, situada en la Dalmacia, puede considerarse como aneja á la de Venecia, pues estaba bajo de su proteccion, y la pagaba tributo; pero tambien el turco la protege bajo la misma condicion; y muchas veces cuando las dos potencias se hacian la guerra era reconocida por neutral. Su territorio es corto; pero goza de un buen puerto, que hace muy floreciente su comercio. Todo su gobierno consiste en un senado. Son los raguseos belicosos, buenos marinos, y á lo que se ve buenos políticos, pues saben sacrificar á tiempo su dinero para mantenerse libres, teniendo por vecinos un déspota y unos republicanos, no mas escrupulosos estos que el otro para invadir todo cuanto les acomoda.

TOSCANA.

El gran ducado de Toscana, hoy reino de Etruria, si estuviera mas bien cultivado, seria uno de los mas fértiles paises de la Italia. Como

que está situado al pie del Apenino tiene el riego suficiente, y produce granos, vino, aceite, miel, maná, limones, naranjas, y otras frutas de la mejor calidad. Por estar variado de montañas y llanuras goza de todas las comodidades de los climas mas felices. No obstante, no es tan poblado como prometen todas estas ventajas, aunque se ignora la causa. Allí hay minas de hierro, azufre, mercurio, y aun plata, alabastro, jaspe, bellos mármoles, lapizlázuli, ametistos, cornerinas, alumbre y borax, aunque tantas riquezas estan por la mayor parte sepultadas por falta de brazos y de industria. Las salinas se mantienen bien, y producen mucho: aguas termales ó calientes ofrecen saludable remedio de muchas enfermedades. Aunque no contiene Toscana todos los paises de la antigua Etruria, su príncipe es de los mas poderosos de Italia. En caso de necesidad se dice que pudiera armar treinta mil hombres, y poner en el mar veinte navíos y doce galeras.

Florencia, así llamada por estar situada en una posicion deliciosa y en una campiña muy florida, es la capital de Toscana, y la ciudad que, despues de Roma, merece en la Italia ser visitada: pues en ella se admira el célebre palacio de los Médicis, que han formado la mejor coleccion de esculturas, pinturas, joyas antiguas y modernas, y curiosidades de la naturaleza y del arte. Tambien pudieramos citar los nobles, que no se avergüenzan de tener allí tienda: pues tan poderosa es la opinion honorífica y la estimacion que se ha conciliado el comercio con el egemplo de los antiguos soberanos.

Pisa, que es la segunda ciudad, fue una re-

pública rival de Florencia, algunas veces victoriosa, mas al fin subyugada. La misma suerte corrió Siena, en la cual ha sentado su residencia mucha nobleza por el buen aire que en ella se respira, y de esta concurrencia ha resultado que allí se habla la lengua italiana en su mayor pureza. Liorna es un puerto franco, en donde hacen los judíos la mayor parte del comercio, y componen, con corta diferencia, la mitad de los habitantes. Se cuentan ademas de estas otras doce ciudades en el ducado, que antiguamente han sido célebres. Los toscanos tienen un gusto delicado y hereditario en punto de literatura, como le tenian los antiguos etruscos, á quienes debieron los romanos la religion, las ciencias y la policía. Despues del renacimiento de las artes ha sido Florencia como la patria de estas; y aun puede decirse que no debe menos la Europa moderna á los florentines, que la antigua Roma á los etruscos.

La Toscana siguió la suerte del resto de la Italia, pasando en la decadencia del imperio de una potencia á otra hasta Carlo Magno, de quien se cree que la dió sus primeros condes, marqueses ó gobernadores. Sin duda los términos y límites que señaló al fin del septimo siglo formaron la Toscana; y se hace juicio de que estos límites fueron de mayor ó menor estension, segun el mas y menos de ambicion y fuerzas en los que allí presidian. Regularmente la daban los emperadores á sus parientes ó á los grandes señores de su corte. Se hallan en la historia al mismo tiempo muchos duques de Toscana, sin duda porque los emperadores gustaban de multiplicar sus gracias con el repartimiento de ella. Algunos de aquellos señores

hallaron en diferentes tiempos el medio de hacer hereditaria en sus familias la parte que les dieron; pero casi siempre rendian homenage á los emperadores, de quienes parece recibian la investidura. Se conserva una serie bastante exacta de estos príncipes desde el año 828 hasta 1115, siendo emperador Enrique V, y por el espacio de casi trescientos años.

En el de 1115 murió la célebre condesa Matilde, que en 1077 habia hecho donacion de la Toscana á la Santa Sede. El emperador Enrique V, que entonces vivia, y sus sucesores, han reclamado contra esta donacion, diciendo ser hecha en perjuicio suyo; pues habiendo muerto sin hijos la última condesa, por derecho de devolucion debia entrar la Toscana en su poder como feudo del imperio; y por esto nombraron gobernadores de aquellos estados con el título de presidentes ó marqueses de Toscana. 1115.

No entraron los papas con facilidad en posesion del legado de Matilde, porque los presidentes defendieron, en nombre de los emperadores, los derechos que cedian en su propia utilidad; pero como la autoridad de los emperadores fue declinando en Italia, resultó la misma debilidad en los presidentes de Toscana; y los papas se aprovecharon de la ocasion, ayudándolos poderosamente las facciones que se levantaron en Italia á principios del siglo XIII, y sobre todas las de los güelfos y gibelinos, que duraron tanto tiempo, é hicieron grandes estragos.

El nombre y la fama de estas dos facciones empezó por los años 1198, con motivo de la rivalidad de Felipe de Suavia, y de Oton IV, com- 1198.

petidores del imperio. El primero, que descendia de la antigua casa de los gibelinos, tenia contra sí al papa, el cual favorecia á Oton, descendiente de la casa de los güelfos. Pulularon en Toscana las dos facciones con la ocasion de las pretensiones de los papas y de los emperadores, representados en sus presidentes. Las ciudades, que aspiraban á la libertad, se entregaban á los papas con la esperanza de que las ayudarian, y tomaban el nombre de güelfos; pero los nobles, que poseian feudos, seguian al emperador con el nombre de gibelinos. Duró esta lucha todo el siglo XII y parte del XIII; y en este intervalo se formaron las repúblicas, que por largo tiempo fueron en Italia el gobierno mas general.

No ha habido suerte de disposiciones que no esperimentase Florencia antes de hallar un asiento firme y asegurado. La historia de los esfuerzos que hizo para establecerse un gobierno empieza en el siglo XIII; porque hasta entonces habian obedecido los florentines á los emperadores con bastante docilidad. Federico II, que llegó al imperio en 1198, abusó de su autoridad en Florencia; y para que nadie le estorbase en su administracion tiránica, indispuso á la nobleza con el pueblo. Este espelió á los nobles; pero escarmentado con las exacciones del emperador, volvió á llamar á los que habia espelido. Eligieron de concierto doce magistrados, estrayendo dos de cada una de las seis tribus que componian la ciudad, y los llamaron los ancianos. Prosperaron los florentines con este gobierno casi paternal, y llegaron á ser como los legisladores de sus vecinos, los cuales recurrian á ellos en sus diferencias; pero les duró poco este feliz estado,

Los nobles irritados.

Desterrados de Florencia algunos nobles por haber aspirado á la dominacion de su patria, volvieron contra ella; y entrando con mano armada, cometieron imponderables desórdenes. Los que por nobles debian ser protectores de sus conciudadanos, creyendo su nobleza ofendida, quisieron desagraviarla con la conducta propia de hombres víles; pero tanto alucinan la ambicion, la cólera y el orgullo.

T. L. Enguid.t de ag. fte. Jf. Fonseca cont.

pues ellos mismos esperimentaron las inquietudes que sosegaban entre los otros.

Algunas familias poderosas, entre las que cuentan á la de Uberti que dió gefes á los gibelinos, quisieron dominar. Los desterraron, pero los mismos desterrados acometieron á su patria; y entrando con mano armada, cometieron tales desórdenes que volvieron á desterrarlos. Se prolongaban estas guerras porque los dos partidos opuestos de güelfos y gibelinos recurrian unos á los emperadores y otros á los papas para que les enviasen socorro; y el resultado eran el estrago y la ruina. Ya en 1266 se convinieron entre sí los florentines, cansados el pueblo y la nobleza de pelear contra sus conciudadanos. Repartieron la ciudad en cuerpos de oficios, y para cada uno de estos cuerpos nombraron un magistrado; pero todos reunidos conocian de las diferencias de los particulares, y manejaban los negocios públicos. No se ve que presidente dieron á este tribunal; aunque parece que la presidencia fue causa de desunion en el mismo cuerpo político. Los menos poderosos abandonaron con los de su partido la ciudad; y aunque despues pidieron entrar en ella, no los quisieron recibir. Medió el papa Nicolao III, y los puso en paz; porque en 1267 envió un hábil reconciliador, que hizo se abrazasen güelfos y gibelinos. Crearon una magistratura de catorce personas, siete de cada partido, y al papa por su derecho de árbitro le dieron algunos castillos. 1266.

En 1282 reformaron los florentines sus catorce magistrados, y nombraron presidentes de los cuerpos de oficios, cuyo número se aumentaba y disminuia segun las circunstancias. Tres presidian 1282.

alternativamente á los otros; y mientras duraba esta superioridad, que era de dos meses, no les era permitido mezclarse en otro negocio, ni aun ir á su casa, porque estaban como aprisionados en la casa comun, siempre prontos á responder á todos. Con esta administracion cultivaron los florentines con utilidad las artes amigas de la paz. Podian los nobles entrar á la parte, pero era preciso que se inscribiesen en la lista de los oficios.

Esta sujecion desagradó á muchos miembros de la nobleza, siendo así que habian adquirido con el comercio las riquezas que ocasionaban su orgullo; pero su opulencia les hacia sufrir con impaciencia estar sujetos á gentes á quienes miraban como viles artesanos. Algunos insultaron á estos ciudadanos, y despreciaban su autoridad, porque no la veian apoyada con la fuerza; pero los oficios dieron á su
1288. administracion lo que la faltaba, creando en 1288 un gefe militar, que llamaron Confalonero de Justicia, cuyo empleo consistia en llamar el pueblo al menor alboroto, bajo su *confalon* ó estandarte. Le señalaron cuatro consejeros y dos coroneles: mandaba por dos meses, y debia ser hombre del pueblo; y sus soldados, que eran mil, tambien debian ser del pueblo, sin que hubiese entre ellos un solo noble. La nobleza manifestó su descontento por esta esclusion, tan humillante como arriesgada para ella. De las murmuraciones llegó á las quejas, de las quejas á las armas; y despues de mucha sangre
1300. derramada, á una composicion que se hizo en 1300, y que acaso llegó á tener consistencia, porque mudó de objeto la discordia.

Ya la disension no era entre el pueblo y la nobleza, sino que egercitó sus furores en la clase

superior; pues desunidos los nobles por intereses de familia, se dividieron en *blancos* y *negros*, y se hicieron en la ciudad una guerra de robos y asesinatos. Los miraba el pueblo con bastante indiferencia, porque le importaba poco la preponderancia de los unos ó de los otros; y aun el conflicto de ellos le desembarazaba de los que miraba como á sus enemigos naturales. No se sabe si con este motivo, ó por restringir la autoridad de algun confalonero que abusó, confirieron gran parte de ella en 1306 á un magistrado con el nombre de *Egecutor de la justicia*; y para asegurarse mas de su imparcialidad establecieron que no fuese florentin ni aun toscano. 1306.

Todas estas variaciones vinieron á parar en sujetarse á un señor; y en 1313 se entregaron los florentines al dominio de Roberto, rey de Nápoles; pero advirtiendo despues el error en que habian incurrido sometiéndose á un príncipe que les empeñó en sus querellas y los llevó á una guerra estrangera, eligieron en 1321 doce ciudadanos encargados de moderar el poder que el rey de Nápoles daba á sus agentes en Florencia. Habian desterrado los napolitanos una parte de la nobleza, como mas capaz de oponerse á sus intenciones: la llamó el pueblo para reforzarse; y en 1325 nombraron magistrados, cuya eleccion se confió á los gefes de las tribus, y á los señores y consejos, en esta forma: Debian poner los electores en una urna los nombres de los que creyesen ser mas propios para los cargos, y sacarlos por suerte. Toda persona de cualquiera condicion podia entrar en la urna; pero es muy probable que los electores, cabezas de tribus, los señores y consejos, y por consiguiente 1313. 1321. 1325.

los primeros de la ciudad, se entendian entre sí para que no saliesen de la urna otros nombres que los que con corta diferencia eran de su clase. Pero este gobierno civil no impedia que Florencia reconociese siempre la soberanía de los napolitanos.

No se libró de su dominacion Florencia hasta
1329. el año 1329, cansada de las exacciones, y de ver salir las inmensas contribuciones que se llevaban. Con este motivo hicieron una nueva constitucion formando dos consejos, uno de ciudadanos, sacados únicamente del pueblo, y otro, que se componia de los nobles y de los ciudadanos notables. Estos notables distinguidos del pueblo hicieron como un tercer estado, y los dos consejos dos cámaras. Dicen que hubo una conjuracion contra este establecimiento; pero el modo con que nos la representan en la escena, da motivo para creer que la supuso el gobierno mismo con el objeto de deshacerse de algunos ciudadanos sospechosos: ardid que no carece de egemplares en las repúblicas.

1343. Las continuas mutaciones en la administracion eran causa de sentimientos en unos y de esperanzas en otros, y asi mantenian la inquietud en los espíritus, y la disposicion á los alborotos. El gobierno de los dos consejos, el uno todo del pueblo, y el otro noble y plebeyo, desagradaba al mismo pueblo, aunque tenia mas de democracia que de aristocracia. Se aprovecharon los consejos de una guerra contra Luca para persuadir al pueblo que no podia hallarse en su clase un general esperimentado, y que si este se tomaba de los nobles seria sospechoso: por consiguiente era necesario nombrar un estrangero. Hicieron que cayese la eleccion en un aventurero de Lombardía llamado Gautier, que

Gautier expelido.

Elevado á General de Florencia Gautier, se propuso apoderarse de la soberanía; y sirviéndose de la mas infame perfidia para deslumbrar á nobles y plebeyos, preparó el logro de su plan, y arrebató por fin la autoridad suprema. Pero sus tiranías irritaron muy pronto á los tres Estados, que sacudiendo su insoportable yugo, le expelieron. Grande afan por el mando es señal casi cierta de no merecerle.

T.L. Enguid.º de ag. fte. Jf. Bonifaz conc.

se titulaba duque de Calabria, imaginándose los nobles que pues les tenia obligacion les favoreceria. Cuando se vió en el empleo empezó á hacer la corte al pueblo, consintiéndolo la nobleza porque la daba á entender que solo tiraba á adquirir autoridad para repartirla con los nobles; pero lo mismo fue sentirse con fuerzas suficientes en 1343, que invadir la soberania.

A la verdad no la conservó por mucho tiempo; 1344.
pero esto mas fue por su culpa que por la constancia de los florentines, porque los trató Gautier tan tiránicamente, que el pueblo, tercer estado y nobleza, todos se revelaron igualmente, y le espelieron. Como todo lo habia destruido con pretesto de reforma, todo se halló en confusion; por lo que eligieron catorce personas que diesen forma al gobierno. Nombraron pues ocho ancianos ó señores, cuatro de la nobleza y cuatro del pueblo, y los revistieron de un poder casi absoluto. Al pueblo, que era mas numeroso, le chocó esta igualdad: se enfureció, y peleó con la nobleza: quedaron vencidos los nobles; y aquellos populares del tercer estado, llamados tambien *notables*, confirieron los primeros puestos del gobierno á los que entre ellos brillaban menos en sus gastos, y cuyo mérito no parecia muy temible. Bajo de este gobierno, puramente democrático, consiguieron los florentines varias victorias en las guerras contra sus vecinos, y restablecieron la hacienda. Por hallarse muy adeudados crearon sobre el estado obligaciones á favor de sus acreedores; y estas obligaciones podian negociarse, traspasarse, y segun iban los negocios del estado subian ó bajaban. De este modo entraron en el comercio los fondos de la re-

pública, y se vendian ó compraban como otras mercaderías; y este orígen tuvieron sin duda los papeles ó vales de crédito, que empezaron á ponerse en circulacion por los años de 1346.

1346.

Se hallaban tan bien los florentines con su gobierno democrático, que rezelosos de que padeciese alguna mutacion por la influencia de dos familias poderosas, los Albici y los Ricci, estableciéron en 1374, que ninguno que fuese de estas familias pudiese ser promovido á los empleos públicos; pero se escedieron en esta precaucion, queriendo que se declarase que los hijos de los nobles, que en otro tiempo habian sido proscriptos, serian inhábiles para poseer toda magistratura. Reclamaron los nobles, y entraron en su partido los *ancianos ó señores*, los cuales trataron con un poco de dureza á la plebe: venció esta, y creó confalonero á un cardador llamado Micael Lando.

1374.

Este supo acreditar que era hombre de talento y resolucion. Los que le habian elegido le pidieron con tono dominante algunas cosas que le parecieron injustas, y se las negó. El populacho furioso eligió tumultuariamente magistrados, y enviaron al confalonero diputados, que le hablaron con insolencia. Tiró Lando de la espada, y cruzando la cara á aquellos impertinentes representantes, hirió á uno, echó de sí á los demas, y tomando con una mano la espada, y con otra el estandarte, llamó á que le siguiesen los que tuviesen amor á la patria. Se le unieron algunos ciudadanos valientes, y avanzó con valor hácia donde estaban los magistrados que acababan de nombrar: halló la plaza desierta, porque los amotinados iban por otro camino á palacio. Lando los siguió, dió sobre ellos,

y á todos los dispersó. Mandó hacer otra eleccion, en la cual los nobles tuvieron la ventaja; y despues de haber humillado al pueblo volvieron por consejo del confalonero á hacer otra nueva disposicion que les satisfizo, porque los cuerpos de oficio fueron divididos en grandes y pequeños; y por ser estos mas numerosos, se les dieron cinco señores ó magistrados, y cuatro á los otros. De este modo quedaron los florentines naturalmente clasificados en notables, que eran los mas ricos; y en populares, que eran los mas pobres.

Parecian ya olvidados los nombres de nobles y de plebeyos; pero por los años 1380 se renovó 1380.
la animosidad entre las dos clases por varias calumnias que se esparcieron contra algunos nobles. Los acusaron de que querian entregar la ciudad á Cárlos de Duran, pretendiente al trono de Nápoles. Entró el pueblo en furor; y los nobles acusados, como que no les argüia su conciencia, se presentaron libremente al tribunal para ser juzgados. Los magistrados, despues de un maduro exámen, los declararon inocentes; pero el pueblo rodeó á los jueces, y los hubiera despedazado si no hubiesen vuelto á tomar el proceso y condenar á los acusados. Se puso la sentencia en egecucion.

Volvió el pueblo de su frenesí; y se avergonzó tanto, que se dejó poner el freno que la nobleza le presentó. Esta llamó á todos los desterrados: quitó al cuerpo de los oficios ciertos privilegios; solamente se dejó al pueblo la tercera parte de los cargos ó empleos, privándole de los de mas importancia, y del derecho de tener confalonero de su cuerpo. La nobleza, que se vió mas venturosa que lo que debia esperar, no pudo moderarse, y

fueron maltratados todos los notables que habian estado á favor de la última constitucion favorable al pueblo. Los grandes servicios que Micael Lando habia hecho á su patria no le libraron de la proscripcion, estendiéndola los nobles aun sobre aquellos que no habian mostrado á su satisfaccion el suficiente ardor para defender los privilegios de su orden. En medio de las pasiones que agitaban á las familias, habia una de estas que siempre se habia distinguido por su esacta imparcialidad. Era esta la familia de los Médicis, llamados á Florencia por la pública estimacion, y que antes habitaban en un territorio vecino adonde iban los florentines á consultarles en las circunstancias dudosas. Los llevaron á su ciudad en 1250, y desde entonces los habian igualmente respetado la nobleza y el pueblo, confiriéndoles indistintamente los cargos pertenecientes á los dos partidos. En cuanto podian se mantenian neutrales; pero algunas veces los precisaban á declararse, por lo que muchas veces se vieron espuestos á violencias.

1424. En 1424 fue preciso aumentar las contribuciones por los reveses de una guerra contra el duque de Milan. Se exigieron de modo que los ricos sufriesen la mayor parte: estos no se contentaron con el repartimiento; y como le sostenia el pueblo, interesado en aquella proporcion, se juntaron los nobles que tenian los cargos principales para pensar en los medios de hacer un nuevo catastro, y precisar al pueblo á admitirle. Los mas juiciosos y de mayor penetracion dijeron que seria imposible conseguirlo sin el consentimiento de Juan de Médicis, que por entonces no habia querido asistir á la junta. Todos convinieron en que era preciso

procurar ganarle; pero él respondió á los que le enviaron: Que nunca influiria por su parte en lo que quisiesen emprender con perjuicio del pueblo; pero al mismo tiempo consiguió que este se prestase á ceder algo en favor de la nobleza. De este modo se acercaron entre sí los dos partidos, y la prudencia de un solo hombre calmó la tempestad que amenazaba, tanto mas peligrosa, cuanto se trataba de dinero, causa ordinaria de las pasiones que turban la razon del pueblo, y le precipitan á los mayores escesos.

Murió Juan de Médicis en 1428, y de él se hace el elogio de que despues de *Atico* no ha habido hombre que supiese gobernarse con tanta habilidad entre las facciones opuestas, ni poseer tantos bienes, sin que nadie tuviese que decir. En las riquezas tenia una ventaja comun con la de los demas nobles, que las adquirian inmensas con el comercio; pero lo particular en Juan de Médicis fue la generosidad sin límites, y una caridad, que nunca se retardaba por detenerse á examinar. Jamas se informaba de las personas, sino de las necesidades; y lo mismo era llegar á su noticia, que socorrerlas. Nunca pretendió los cargos del estado; pero se los conferian casi contra su voluntad. La benignidad de su carácter no le permitia la venganza, y solamente le inclinaba á lastimarse de los que le ofendian. Desinteresado y sin ambicion, murió generalmente querido; y por un egemplo, muy raro en un estado popular, no debió su estimacion á su elocuencia, que no pasaba de mediana, sino á su rara prudencia. Su hijo Cosme heredó su crédito y sus bienes; y tal vez hubiera vivido tan tranquilo como su padre, sin haber as- 1428.

pirado á mayor poder, si la envidia de sus enemigos no le hubiese precisado, por decirlo así, á hacerse dueño de la república sin título aparente.

1430. Se gobernó Cosme, segun la máxima de su padre y de sus mayores, que era la de no declararse por ningun partido, obligando igualmente á todos, ganando los corazones con la liberalidad, y la estimacion con las virtudes. No obstante, no pudo persuadir, como su padre, que sus beneficios salian de un manantial tan puro como los de sus abuelos, y llegaron á sospechar que tenia miras ambiciosas. En Atenas le hubieran desterrado por el ostracismo, por ser tan temible por sus riquezas como por sus bellas calidades; pero en Florencia abusó la envidia, y dirigió contra él saetas mas peligrosas. Un ciudadano, llamado Reinaldo de Albici, que se vendia por franco republicano, se declaró abiertamente contra él: empezó á intrigar, y consiguió que eligiesen un confalonero de su gusto; y luego que tomó este posesion, le empeñó en que citase á su tribunal á Cosme de Médicis. Compareció este, y al punto le arrestaron: presentóse Albici armado, é hizo nombrar un consejo de doscientos que reformase el estado, é hiciese el proceso á Cosme.

El prisionero oia desde la torre en donde estaba encerrado, que aquel pueblo, que antes le era tan afecto, gritaba tumultuariamente en la plaza, diciendo unos que era preciso desterrarle, y otros que se le debia quitar la vida. Temia por otra parte el veneno, y se estuvo cuatro dias temblando, sin comer mas que el pan preciso para no morir de hambre. Desde el retiro de su prision halló medio de distribuir dinero al pueblo, y se contenta-

ron con desterrarle. En 1434 se retiró á Vene- 1434.
cia, y fue muy bien recibido. En el espacio de un año que duró su ausencia trabajaron sus amigos con tanta eficacia, que mudó el pueblo de opinion, y volvió á llamarle. Su vuelta pareció un triunfo, y entonces tuvieron Albici y sus partidarios que cederle el campo de batalla. Se hizo Médicis crear confalonero; y los destierros, las confiscaciones, las multas, la prision y la misma muerte, fueron el premio de los que le habian perseguido.

Perdonó á aquellos nobles y notables que no se le habian mostrado muy encarnizados enemigos: á algunos los dejó en la ciudad; pero los puso en la clase del pueblo; y distribuyó entre sus hechuras los bienes de los desterrados. En las elecciones no entraban en el escrutinio aquellos de quienes no habia seguridad. Los magistrados criminales se tomaron entre las cabezas del partido en número de siete, con poder de vida ó muerte sin apelacion. Como segun las antiguas leyes, el destierro debia ser por tiempo determinado, se estableció que los desterrados, en espirando su término, no podrian volver á entrar en el estado, sin que treinta y cuatro miembros de los treinta y siete que componian el colegio de los señores, diesen su consentimiento. Se prohibió toda correspondencia con los desterrados, y no se necesitaba mas que una palabra, un gesto, una señal, á la que se pudiese dar sentido equívoco, para ser tratado un hombre como sospechoso, y desterrado ó encerrado. No se ve que sujetasen á las mugeres á este rigor. En una palabra, se emplearon todos los medios imaginables para asegurar el gobierno, has-

ta hacer liga con el papa y los venecianos para defenderle contra los esfuerzos de los malévolos, y de este modo duró diez años sin inquietudes. Pa-
1444. sado este tiempo hubo un movimiento en 1444; pero se sosegó con la espulsion de los malcontentos, y el partido dominante se consolidó.

Quince años despues hicieron otro esfuerzo para derribar el edificio de Cosme; pero este grande hombre, asegurado de su solidez, dejó á los envidiosos é intrigantes que hiciesen cuanto podian contra su obra, persuadido á que volverian á sus reglamentos, y al gobierno que él habia trazado. Para disminuir su autoridad hicieron sus enemigos que se determinase un nuevo modo de elegir los magistrados; pero Médicis habia tomado tan bien las medidas, que no se hallaron elegibles mas que sus amigos. Los mismos envidiosos, frustrada su esperanza, imaginaron restituir al pueblo su antiguo poder. Apenas se vió este con la potestad, cuando abusó de ella; y los mismos que se la habian procurado, fueron á suplicar á Cosme que le hiciese entrar en la obligacion. Consintió en hacer de su parte lo posible, como fuese sin violencia, y lo consiguió. Por entonces era confalonero Lucas Pitti, hombre vano, de mucho fausto y poca riqueza. A este le daba Médicis con profusion con que satisfacer sus gustos, y sobre todo la pasion de hacer edificios, pues levantó dos soberbios palacios, uno dentro de la ciudad y otro fuera. Este último se llama el palacio *Pitti* que es de los mas soberbios de la Europa, y en el que despues siempre han vivido los grandes duques de Toscana, llevándose todavía la admiracion de los estrangeros.

Murió Cosme de Médicis de setenta y cinco

años, sin título en la república á la hora de su muerte; pero en el sepulcro le honraron con el de padre de la patria, al cual la posteridad añadió el sobrenombre de Grande, por las muchas riquezas que acumularon él y su familia. Se presume que los Médicis tenian conocimiento de algunos canales secretos para el comercio de las Indias, y que se les inutilizaron con el descubrimiento del paso por el Cabo de Buena Esperanza. Ninguno de los reyes y príncipes de su siglo, y lo mismo pudiera decirse de los siguientes, han gastado tanto como él y sus sucesores en edificios magníficos, en generosidades, en obras de caridad, y en animar las ciencias y las artes. Prestaba grandes cantidades al estado, y nunca le pidió el reembolso. Apenas habia ciudadano en Florencia á quien no adelantase sin ser suplicado. Sus fundaciones religiosas tienen un no sé qué de admirable, aunque en nada era beato, y antes bien solia decir: "Que á los hombres no se les gobierna con solo el rosario." Ademas de su palacio de Florencia tenia otros cuatro en diferentes sitios, que escedian á los de los monarcas. En medio de este lujo, digno de un rey, era Cosme modesto, y sin afectacion en su persona ni en sus costumbres. Siempre pareció un simple ciudadano. Casó sus hijas y sus nietas con los mas dignos entre sus compatriotas. No era hombre literato; mas no por esto dejó de ser el mayor protector de los sabios. A él se le debe el renacimiento de las artes en la Italia. No tenia mas pasion que la de hacer á su patria poderosa y magnífica.

Pedro su hijo, que entró en los derechos de su padre, se dejó engañar de un falso amigo, que era

realmente enemigo secreto de su familia. Viéndole algo embarazado en sus negocios le persuadió que pidiese á la república y á los particulares las cantidades cuyos recibos habia hallado entre los papeles de su padre. Esto, que no se esperaba, hizo muchos malcontentos: sobrevinieron considerables quiebras, y echaron la culpa á Médicis. Los malévolos imaginaron hacer contra él un libelo, que corriese entre sus partidarios, para conseguir las firmas ó signaturas; pero Médicis, que hizo correr otro opuesto, halló que muchos de los mismos nombres se hallaron en las dos protestaciones contrarias.

La eleccion de los magistrados era ordinariamente el momento en que se renovaban las cabalas. En 1466 se descubrió una que tiraba á abatir el gobierno y abolir el consejo estraordinario que Cosme habia establecido como solo provisional, cuyo término ya espiraba. Pedro, aunque enfermo, y debilitado con sus males habituales, se gobernó en esta ocasion con mucha fortaleza. Sostuvo el establecimiento de su padre: fueron desterrados sus contrarios, entre los cuales se hallaba Agnolo Acciaioli, que habia sido afecto á los Médicis. Cansado este de su destierro, escribió á Pedro, haciéndole presente su antigua conexion, y los servicios que su familia habia hecho á la patria; y diciendo tambien que si le habia sido contrario, no fue su ánimo hacerle daño, ni tuvo otra mira que la ventaja de la república. Pedro le respondió con fiereza: "Jamas persuadirás á ninguno que haya tenido de Florencia mas señales de buen afecto de parte de los Acciaioli que de los de Médicis. Vive pues en donde estás con oprobio, pues no quisiste vivir aquí con honor."

1466.

Esta misma firmeza de Pedro para con sus enemigos la esperimentaban igualmente sus mismos partidarios cuando abusaban de su confianza y de su nombre para cometer injusticias. Los hizo comparecer delante de la cama á que le tenia sujeto su enfermedad, y les reconvino por su ambicion y rapacidad; por haber repartido entre sí los despojos de los desterrados, apoderandose de las rentas del estado; y en fin por haber oprimido á los inocentes, vendiendo la justicia. "Si continuais, les dijo, yo me tendré que arrepentir de mi eleccion; pero tambien haré que os arrepintais de haber abusado de mi confianza." Se dice, que viendo que sus reconvenciones eran inútiles, pensaba en llamar á los desterrados para reprimir la insolencia de los que gobernaban cuando murió en 1472. Dejó dos hijos, Laurencio y Juliano, demasiado jóvenes para entrar en los negocios de estado; pero Tomas Soderini, amigo de su padre, los presentó á la asamblea del pueblo, como hijos de la república, y esta los recibió con aclamacion. 1472.

Aunque Cosme y Pedro de Médicis habian sido tan poderosos, no eran con todo eso gefes del estado por título que les diese autoridad legítima; porque los tribunales, consejos, confalonero y cabezas de los gremios existian como de ordinario, aunque todos eran del partido de los Médicis, y recibian de ellos tal influencia, que las otras familias, en donde no faltaban sugetos considerables, no tenian crédito, ó le tenian por sola tolerancia y proteccion de la familia dominante. Los Pazzi eran entre estos la familia mas importante; y resolvieron sacudir el yugo que llevaban con impaciencia, deshaciendose de los dos Médicis, que aunque jó-

venes eran mirados como cabezas de su familia.

Se supone que el amor hizo gran papel en la conspiracion de los Pazzi contra la vida de los dos hermanos. Julian de Médicis y uno de los Pazzi hacian la corte á una misma dama; y como Julian fuese preferido, agregó Pazzi á la venganza de sus parientes su odio personal contra su rival en el amor. Siempre el puñal de la envidia hirió con mas seguridad que el de la ambicion. Solo Julian cayó bajo el hierro de los asesinos, y el horror de muerte tan atroz se aumentó con una circunstancia que enternece. Mientras todos huian de la Iglesia, en donde acababa de cometerse el homicidio, una muger, que sería el objeto de los zelos de Pazzi, atravesó por la multitud: se arrojó sobre el cuerpo ensangrentado, le regó con sus lágrimas, llamó á Dios por testigo de que era su esposa, y que el niño que llevaba en su seno era fruto de su legítima union. No era necesario mas que este espectáculo para irritar la indignacion: persiguieron á los asesinos, los aseguraron, y los ahorcaron de las ventanas de las casas adonde se habian refugiado. Ordenaron que á Laurencio se le diese guardia; y así esta conjuracion, dirigida á aniquilar á los Médicis, les allanó el camino á la soberanía; bien que esta solo fue pasagera. Debe notarse que para asegurar este gran político su autoridad, se sirvió con sumo cuidado de un medio que casi siempre ha surtido buen efecto en el pueblo, y es el de no permitirle jamas que su atencion descanse. Tuvo casi continuas guerras, cuyos sucesos, por ser varios, distraian de los asuntos del gobierno los pensamientos. Mientras duraban las hostilidades no hubiera sido prudencia tratar de la administracion: esto lo conocia el pueblo;

La esposa de Julian de Médicis.

Asesinado en el templo Julian de Médicis, una jóven que de improviso se arrojó al cadaver y gritó con lágrimas ser su esposa, excitó de tal modo la compasion y cólera de todos, que saliendo varios en busca de los asesinos, los ahorcaron de las ventanas de las casas en que los hallaron. La voz del oprimido que humedece los ojos del hombre sensible, arma al mismo tiempo su brazo contra el opresor.

T. L. Enguid.ᵉ de 24. fec. Alex.ᵒ Blanco conc.

y entre tanto que su inquietud estaba enteramente ocupada en lo que sucedia fuera, no advertia las cadenas que le forjaban dentro.

Otro motivo de distraccion y escelente para el pueblo son los espectáculos y diversiones. Se hablaba de una fiesta, cuyos preparativos duraron cinco meses, y acudia á Florencia toda la Italia; porque las riquezas de aquella capital la hacian el centro de todas las gentes deseosas de divertirse. Fueron allá el duque y la duquesa de Milan, y los recibieron magníficamente. Ya la opulencia y la ociosidad habian afeminado á los florentines, cuya juventud principalmente daba en los mayores escesos de lujo; y se aumentó mas con la presencia de una corte galante cuyos recreos se procuraban. Habia emulacion de desórdenes entre los milaneses y florentines. Ya llegaron á preciarse de quebrantar las leyes de la cuaresma en sus convites, lo que jamas habia sucedido, y todo se sufria porque en esto tenian interes los Médicis. Por otra parte debe hacerseles la justicia de que nunca habia estado Florencia tan poderosa y tan magnífica como en el tiempo de su administracion; pues Laurencio hizo florecer las artes y las ciencias sobre todo cuanto se habia visto en ningun pueblo, á escepcion de los atenienses. Murió honrado con el título de *padre de las musas*; y todos los príncipes de Italia enviaron sus embajadores á hacer á la república los cumplimientos del *pésame*.

Su hijo se llamaba Pedro, y empezó su administracion con infelices auspicios, si así puede llamarse la simple preponderancia en una república. Por entonces hacia Cárlos VIII su invasion en Italia; y creyendo Pedro de Médicis que con la pro-

teccion de este jóven conquistador aseguraba su poder, fue, sin ser autorizado para ello, á concluir
1494. en 1494 un tratado, por el cual entregaba al monarca algunas fortalezas que le abrian el camino de Florencia; pero cuando volvió para hacer que se ratificase este tratado, le recibieron mal, y se vió precisado á ponerse en salvo. No por eso dejó Cárlos de avanzar hácia la ciudad, y fue necesario dejarle entrar; mas no hizo en ella todo lo que queria. Habia introducido soldados: se habian puesto los florentines sobre las armas; y se disputaba acerca de las condiciones, pues Cárlos pretendia dejar en la ciudad al salir de ella ciertos agentes con jurisdiccion, y con el título de *ministros de ropa larga*. Pedro Caponi, uno de los magistrados de Florencia, pareciendole demasiado duras las proposiciones que le leian como última resolucion, arrancó el papel de las manos del secretario, le hizo pedazos, levantó la voz y dijo: "Ahora bien, mandad tocar el tambor, que nosotros tocaremos las campanas." Creyeron los franceses que tanto atrevimiento estaba sostenido de fuerzas no conocidas para ellos, y se contuvieron. Por el tratado que despues se hizo se levantó la confiscacion de los bienes: se revocó el decreto de destierro publicado contra Pedro y sus hermanos; pero bajo la tácita condicion de que no habian de acercarse á la ciudad á treinta leguas de distancia.

Desde este punto se creyó libre Florencia, y solo pensó en disponer un gobierno. Antonio Soderini propuso este plan: "Que hubiese una junta general: que todos los oficiales y magistrados fuesen nombrados por esta asamblea permanente; y que la misma eligiese magistrados particulares, los

cuales hiciesen nuevas leyes, y arreglasen los negocios principales del estado, cuales son la paz y la guerra; y todo esto con independencia del consejo general, por ser puntos que piden frecuentemente las luces superiores, actividad y secreto, que regularmente no se hallarian en una asamblea general." A este llamaba Soderini gobierno democrático ó popular; pero Vespucci probó "que era una verdadera aristocracia, en la cual solo faltaba un dux; y que por otra parte era un plan quimérico, impracticable y que no podia acomodarse al carácter florentin; que Florencia, con un gobierno popular, en caso que lo fuese el de Soderini, no haria mas que pasar del estremo de la tiranía de los grandes al de la libertad desenfrenada, que es la peor de las tiranías." Vespucci citaba pruebas de la historia de Atenas y de Roma; no queria dejar al pueblo mas que la eleccion de los magistrados en su asamblea general; quedando la disposicion de los negocios para los magistrados elegidos por escrutinio, y solo por tiempo limitado, para que de este modo, concluida la eleccion, quedase el pueblo despojado de toda autoridad.

Mientras se ventilaban las dos cuestiones de si el pueblo, despues de la eleccion, habia de ser algo ó nada, cortó la dificultad Gerónimo Savonarola, religioso fanático, que con sus predicaciones habia adquirido grande reputacion en la ciudad, y para muchos pasaba por profeta. Este declaró era la voluntad de Dios que Florencia fuese gobernada por el pueblo. Adoptó el populacho tan generalmente el oráculo, que nadie se atrevió á contradecir, y se convino en que todos los ciudadanos tuviesen derecho al gobierno. No obstante, á fuerza

de esplicaciones privaron del voto en la asamblea general á algunas clases á las cuales por su pobreza, ó por otras razones, escluian las antiguas leyes; y para que el pueblo, despues de sus elecciones no perdiese toda influencia, se estableció que solo á él perteneciese aprobar las leyes dispuestas por los magistrados.

Savonarola, ídolo del pueblo, triunfó por algun tiempo, con el poder que habia procurado al pueblo mismo; pero el abuso que hizo de su crédito, inspirando al populacho para que se atreviese á luchar contra los magistrados, hizo tomar la resolucion de destruirle, oponiendole otro semejante predicador, que con su entusiasmo le quitó la mitad del séquito. Se desafiaron los dos rivales: prometieron los partidarios de Savonarola un milagro, y no le hicieron; con lo cual decayó su crédito sensiblemente, sucediendo el odio del pueblo á la adoracion. Los magistrados, que solo pretendian desembarazarse de él, deseaban que se pusiese en salvo; pero él no quiso. Le arrestaron, le pusieron á cuestion de tormento para hallarle delitos, y dicen que declaró haber abusado de las confesiones; y el pueblo desengañado, ó mas engañado que antes, vió con gran sosiego ahorcar y quemar á su favorito.

El gobierno popular, como lo habian bien previsto, no se contuvo en los límites que el establecimiento prescribia; porque el consejo general puso hombres sin talento á la cabeza de los negocios, y estos fueron perdiendo mucho en sus manos. En
1498. 1498 hubo una gran carestía de víveres; y á vista de esta y otras desgracias, empezaron á echar de menos el gobierno de los Médicis, y hubo á su favor

una conjuracion que no tuvo efecto, no tanto por la oposicion del pueblo, cuanto por la de algunas familias ilustres, que temieron verse eclipsadas con la presencia de ellos. Cuatro personas distinguidas, que se habian declarado por los Médicis, fueron castigadas con la muerte; pero esta catástrofe no espantó á los partidarios, antes volvieron á cargar con mas fuerza en 1512. Desde 1494, en que Pedro 1512.
habia sido echado de Florencia, andaba al rededor de esta ciudad, y no volvió á entrar en ella por haberse ahogado en el rio Garillan. Tenia dos hermanos todavía muy jóvenes; Juan, que ya era cardenal, y fue despues Leon X, y Julian. Por entonces se gobernaba la ciudad por el consejo general y un confalonero llamado Soderini; pero Juan conservaba con sus liberalidades el partido de su familia.

Soderini habia dejado tomar á los franceses la ciudad de Prato, despues de una pérdida que no le permitió defenderla. Esto, que no era mas que una desgracia y efecto de la inconstancia de la fortuna, se pintó como una traicion. Murmuró el pueblo, y mostró su indisposicion contra el confalonero. Todo estaba preparado para aprovecharse del primer movimiento de indignacion. Tres caballeros jóvenes, Veltori, Albici y Valori, amigos de los Médicis, se presentaron á la puerta del palacio, entraron sin oposicion, fueron derechos al cuarto del confalonero, le amenazaron con la muerte si al punto no salia de la ciudad, y le ofrecieron la vida si obedeciese. Soderini cedió y partió. Los conjurados juntaron á los magistrados, instandoles á que depusiesen con toda formalidad al confalonero; y aunque á su pesar, lo cumplieron. Hicieron entrar al car-

denal de Médicis, que estaba á las puertas: y él pidió solamente que su familia y los que habian seguido su suerte fuesen recibidos en su patria como simples particulares, y que se les permitiese recobrar en un tiempo estipulado los bienes que habia enagenado el fisco, reembolsando ellos á los compradores el principal y gastos.

La peticion era demasiado moderada para que se la negasen. "Dame, decia Arquímedes, un punto de apoyo, y yo levantaré el globo de la tierra." Lo mismo podemos decir: "Dejad que un ambicioso ponga el pie, y vereis cuán pronto vence todos los obstáculos." Previendo los florentines lo que podia suceder con el regreso de los Médicis, se armaron de precauciones contra los proyectos opresivos de esta familia. Habia un consejo de ochenta, que arreglaba los principales asuntos, y se renovaba cada seis meses. Se estableció que jamas fuesen recibidos en él sino los que hubiesen pasado por los cargos mas elevados, para que de este modo siempre se compusiese de sugetos de esperiencia y versados en los negocios de estado. Se añadió que el confalonero, que en el primer momento del entusiasmo habia sido declarado perpetuo, se eligiese todos los años.

Estas disposiciones de ningun modo convenian á las miras de los Médicis; pero el cardenal, y Julian su hermano á quien él dirigia, cuidaron muy bien de no hacer oposicion perceptible, dedicandose á ganar insensiblemente al pueblo con afabilidad y liberalidades, y á captarse la aficion de los jóvenes nobles facciosos, necesitados y apasionados al lujo, que vivian ociosamente en Florencia. Introdujeron secretamente soldados españoles: hicieron

convocar con algun pretesto la asamblea general; y mientras el pueblo deliberaba, se vió de repente acometido. Exigieron de él que nombrase quince personas en cuyas manos pusiese el pueblo todos sus poderes; y estaban ya tomadas las medidas para que todas quince fuesen amigas de los Médicis. Se calificaron estas con el nombre de *consejo supremo*, y restablecieron el gobierno segun estaba antes de la espulsion de los Médicis. Tomaron estos su asiento antiguo, gobernaron con mas imperio que nunca, y se les concedió tambien una guardia perpetua.

Fue Juan nombrado papa en 1513, y tuvo 1513.
que ceder toda su autoridad en Florencia á Julian II, el cual se propuso por modelo de su conducta la de su padre Laurencio, y con sus virtudes conquistó el corazon de sus conciudadanos. Murió jóven, y no dejó mas que un hijo llamado Hipólito, cuya legitimidad no estaba bien reconocida; y Leon X, por esta razon, ó por algun otro defecto, dispuso que reemplazase á Julian el hijo de su hermano mayor Pedro el desterrado, que ya estaba en edad de gobernar. A este príncipe, llamado Laurencio el Jóven, le dieron el sobrenombre de *Magnífico*. Este epíteto pinta en una palabra lo que se debe pensar de su reinado, que fue no obstante indolente. Murió en 1519 sin hijo legítimo; 1519.
pero reconoció como suyo al hijo de una esclava, con la cual dicen habia tenido comercio como otros muchos. Se llamaba este hijo Alejandro.

Se hallaba entonces arzobispo de Florencia y cardenal Julio de Médicis, hijo natural de Laurencio I. Este reunió en su persona, con la autoridad espiritual, la temporal, y la conservó hasta que le

1523. eligieron papa en 1523, con el nombre de Clemente VII; y entonces envió por sus tenientes á Hipólito, que ya era cardenal, y á Alejandro, hijo natural de Laurencio II. Lo llevaron á mal los no-
1527. bles; y en 1527 hubo entre ellos una violenta conmocion, en la cual tomó parte el pueblo. Negociaron Hipólito y Alejandro; y con sacrificios oportunamente manejados, apaciguaron á los envidiosos de su familia, y la hicieron recobrar la altiva disposicion que observaba cuando se vió en la precision de dejarla; pero volvieron á ceder con motivo de haber el condestable Borbon con su egército encerrado á Clemente VII en el castillo de Sant-Angel.

Pero todavía se les preparaba otro golpe mas funesto por el entusiasmo y poca destreza de una muger de su familia. Claricia de Médicis, muger de Felipe Strozzi, tia de Alejandro y de Hipólito, se dejó arrebatar del bello proyecto de restituir la libertad á su patria. Habia tomado grande ascendiente sobre su marido, que era muy bueno y demasiado dócil; y asegurada por esta parte, fue á verse con sus dos sobrinos, exhortandolos á que hiciesen á su patria el sacrificio de una autoridad que era injusta. No se duda que procedia de acuerdo en este paso con los cabezas de una faccion poderosa, que se valieron de ella para que Strozzi, comandante de las fuerzas de Florencia, no les estorbase en sus designios. Era Claricia de buena fe; y no habiendose propuesto otras miras que la libertad de su patria, no advertia que mientras ella estaba persuadiendo á sus sobrinos, les hacia perder un tiempo precioso, de que se aprovecharon sus enemigos. Con efecto, entre tanto que estos príncipes consul-

taban y trataban con ella y con su esposo, se juntó el consejo general, y anuló todo cuanto se habia hecho desde que llamados los Médicis, á peticion del cardenal, despues Leon X, se habia creado el consejo de los Diez y seis; y restituyó á la república la forma de administracion que antes tenia, esto es, un gobierno popular. Se declaró que podrian libremente permanecer en Florencia los sobrinos del papa, y aun con privilegios; pero ellos, creyendo que no estaban allí seguros, no se aprovecharon de esta condescendencia, y por consejo de Strozzi dejaron la ciudad. Al pueblo no le pareció bien que no los hubiese detenido su tio; y como viendose fuera se apoderaron de algunas fortalezas, empezó á decirse que habia connivencia ó inteligencia entre el tio y los sobrinos, y fue fortuna que Strozzi, objeto del furor popular, se pusiese en salvo. A Claricia, que tanto habia hecho por la libertad, y queria seguir á su marido, la detuvieron como en rehenes con su subrina Catalina, que despues fue reina de Francia. La sacaron de su palacio, temiendo que este sirviese de lugar de concurrencias; y de este modo Strozzi y su muger, primeros agentes de la revolucion, fueron sus primeras víctimas.

Estaban los florentines como embriagados de júbilo: no habia ventajas que no se prometiesen por haber vuelto á su libertad: decian que por último iban á ser dueños de su casa, y los árbitros de Italia, como lo habian sido: que ya no habria mas impuestos que los que ellos quisiesen admitir, cuando los Médicis les habian costado mas de quinientos mil ducados, espendidos en guerras, que no tenian por objeto á la república. De este modo

llegó á los últimos términos el encono contra los que miraban como á enemigos de la patria. Insultaban públicamente á cuantos creian de este partido: quitaron sus escudos de armas, y aun hubieran puesto fuego á sus palacios á no haber temido que se propagase el incendio á las otras casas.

Eligió el pueblo por confalonero á Nicolás Capponi, hijo de aquel que habia despedazado en presencia del rey de Francia el papel que contenia las orgullosas pretensiones del monarca. Era hombre prudente, que no incurria en los escesos del pueblo, al cual quiso reconvenir manifestando que no era razon dejarse arrebatar de un momento de prosperidad, y espuso que seria muy acertado no ofender al papa en la persona de sus parientes, siendo muy posible que el pontífice se concordase con el emperador y volviese sobre ellos; pero "¡sustos vanos! esclamaron todos, y temores pusilánimes de un hombre, que tal vez aconseja estas precauciones para encubrir proyectos de traicion ya premeditados." Se hizo Capponi sospechoso; y conociendo lo poco que debe confiarse de un pueblo ligero, turbulento é incapaz como aquel de renunciar á sus primeras ideas por mas razones que le propusiesen, se puso de parte de los nobles. El mayor número de estos habia entrado en la revolucion por envidia contra los Médicis; pero viendo que nada ganaban con ella, y que el pueblo, en vez de estimar su condescendencia los miraba siempre como á enemigos, se arrepintieron de su infructuosa connivencia con el pueblo, y Capponi los halló muy inclinados á unirse con él cuando sondeó sus disposiciones.

Habia pues en Florencia tres partidos bien de-

clarados: el de los Capponi y los nobles, que llamaban los *Optimatos*, el de los populares y el de los neutrales, que era el de aquellos ciudadanos juiciosos y moderados que desaprobaban los escesos de los otros dos; y no queriendo alistarse en uno ni otro, sufrian algunas veces el dolor de verse detestados de ambos. Los *Optimatos*, débiles todavía, no se atrevian á hacer frente á los empeños de los populares; pero censuraban las resoluciones, y ponian los obstáculos posibles á la egecucion sin esponerse. El pueblo, detenido en su marcha, tomaba, por decirlo así, impulso, y se arrojaba mas allá de los límites que tal vez se hubiera prescrito si no le contradijeran. Todo era desórden y confusion en la administracion de los negocios; de una parte y de otra con ninguno estaban contentos; y los reglamentos mas propios para exasperar los espíritus se adoptaban con mas entusiasmo.

Se habia establecido que se olvidase todo lo pasado. El pueblo se levantó contra este acuerdo, y nombró síndicos que descubriesen los fraudes cometidos en el manejo de los caudales públicos. Estas pesquisas caian sobre los ricos, y se hicieron con un rigor que no estaba exento de injusticia. Encargaron la cobranza de nuevos impuestos á otros síndicos, y estos se portaron con mucha dureza. Se dió órden para la venta de la décima parte de los diezmos de la Iglesia y otros lugares de piedad; se mudaban continuamente los magistrados de diferentes tribunales y sus cargos. Llamaron á los embajadores que tenia la república en diferentes potencias, porque eran, ó porque se sospechaba fuesen del partido de los Médicis. Se hicieron leyes rigurosas sobre la administracion de justicia,

y nunca estuvo peor administrada. Con pretesto de libertad se toleró el desenfreno en las costumbres, y contaban por principio recibido los estravíos de la imaginacion. Fueron tiranizadas las conciencias; y en una palabra, hicieron cuanto se necesitaba para eternizar las disensiones en lo interior y retirar el favor de las otras potencias.

Entonces, como lo habia previsto Capponi, se estaba concertando el papa con el emperador, el cual no puso dificultad en favorecer al pontífice, como que tenia interes en ganar su voluntad para echar enteramente de Italia á los franceses. Ya los florentines se habian privado del apoyo de estos, agregándose á la liga del emperador y los venecianos contra ellos: de suerte que se hallaron en la mayor confusion cuando vieron que reconciliado el papa con el emperador podrian ser abandonados del uno, y víctimas del resentimiento del otro. No obstante, observaron buen continente: reforzaron sus tropas; continuaron en juntarlas con las del emperador, como si contaran mucho con él; y al mismo tiempo trabajaban en las fortificaciones de su ciudad, en la cual reinaban siempre alborotos.

Capponi, que se habia hecho sospechoso porque no se sacrificaba ciegamente á la animosidad del pueblo contra los Médicis, ofreció en pública asamblea resignar su cargo de confalonero. No fue aceptada su dimision; pero á pocos dias le imputaron sus enemigos una carta de colusion entre él y los Médicis. Con bastante dificultad salió del peligro en que le puso esta calumnia. Le llevaron á una carcel, y despues de haberle tenido tres horas debajo del cuchillo, fue reconocida su ino-

cencia, y le condujeron á su casa con honor; pero no estuvo en ella mas tiempo que el necesario para preparar su retiro en el campo. En este se encerró con su muger y un solo criado, con absoluta separacion aun de sus amigos, para que no le afligiesen con la relacion de los males que amenazaban á su infeliz patria. Al principio de 1528 esperimentaron los florentines lo que un estado desunido debe esperar de sus aliados. El duque de Ferrara, de quien esperaban por momentos el socorro que habian pagado, guardó su dinero, y no les envió tropas. Los venecianos les enviaron en lugar de soldados exhortaciones para que lejos de desalentarse se preparasen á la defensa, pues no los abandonarian en la necesidad. El emperador les habló con mas claridad, haciéndoles entender que él miraba á Florencia como un feudo del imperio, de que podia disponer; y no les disimuló sino con frialdad que esta disposicion podria ser á favor de los Médicis. Ya no les quedaba que elegir sino uno de estos dos partidos, ó sufrir las cadenas de los Médicis, ó aventurarlo todo para quedar libres. Los florentines en su despecho contra el papa, que los sujetaba en sus lazos, habian llegado á los últimos términos; y el papa no cedia en su enojo. Unos y otros, en la guerra á que se preparaban, se disputaron el famoso capitan Malatesta; pero le hicieron los florentines proposiciones tan ventajosas, que le llevaron á sus banderas, dándole el mando de sus tropas. Con semejante general no habia felicidades que no esperasen; pero fueron derrotados: perdieron á Perusa, Arezzo, Cortona, y vieron con dolor y aturdimiento volver á entrar en sus muros las reliquias de sus batallones, que- 1528.

dando precisados á defender ellos mismos su ciudad, tomando Malatesta el mando.

1529. No tardaron en presentarse el papa, el emperador y otros confederados; y se empezó el sitio, aunque no se hizo con actividad. Segun parece querian dar tiempo á las negociaciones, y dejar madurar el cansancio de los florentines; pues en medio de las hostilidades se introdujeron proposiciones. Malatesta las oia, y parecia que todo lo comunicaba á los florentines. Cuando los veia alborotados contra condiciones demasiado duras, se acomodaba con su modo de sentir, hacia cantar misas, y exigia del pueblo y de las tropas el juramento de defenderse hasta morir. Cuando el pueblo cedia, se dejaba arrastrar de sus ideas, y se prestaba á no despreciar los medios indirectos de nuevas proposiciones; pero siempre las recibia mal el consejo del emperador, manteniéndose este en la resolucion ya anunciada de disponer de Florencia como de un feudo, sin esplicar cómo ni para quien. El papa respondia que nunca habia tenido intencion de oprimir la libertad de los florentines; y que al contrario, á no haber él solicitado suspender los esfuerzos del emperador, ya la habria perdido; pero que nunca consentiria en que tuviesen un gobierno sin fe, lleno de pasiones, que enarbolaba el estandarte de la proscripcion, y solo se sostenia con asesinatos: que ellos habian declarado por rebeldes á escelentes ciudadanos, á quienes habian maltratado de todos modos; y que á él mismo le habian insultado horriblemente, derribando sus efigies, y ahorcándole en estatua.

Los florentines, negociando siempre, se iban quedando sin las fortalezas de Pistoya, Pietra San-

Sitio de Florencia

Enemigos formidables, amigos debilísimos, un General traydor, y mas que todo un infundado orgullo arrastraron lastimosamente á Florencia no solo á graves pérdidas, sino á sufrir un sitio de cuyas resultas la menor de sus irreparables desgracias fué su humillacion. El debil que alucinado por su orgullo se arroja á las temeridades, no reconoce su debilidad hasta que llora inutilmente su oprobio.

T. L. Fuguid.e de ag. fte.

Alex.o Blanco conc.

ta y Prato, y todas estas pérdidas con un comandante como el valiente Malatesta. Este general, que á la verdad era conocido por interesado, tenia su muger, sus hijos y todos sus bienes en poder de los enemigos de Florencia; pero decian sus amigos en la ciudad, que era tan lleno de honor, tan delicado y valiente, y de pensamientos tan heróicos, que sospechar traicion en él seria hacerse injuria á sí mismo. Cuando Malatesta hablaba al pueblo no tenia mas palabra en la boca que la de *libertad*, y la llevaba escrita en la birretina. Si le proponian acciones de vigor ó de salidas, recibia el proyecto con entusiasmo: le seguia con calor; en todo queria hallarse, y no sufria que se disparase sin él un fusilazo. Las órdenes se daban maravillosamente; pero se egecutaban mal, unas veces por demasiado ardor en las tropas, otras por error en los gefes, y otras por contratiempos que seria imposible preveer.

El príncipe de Orange, que mandaba el sitio, sacó de las líneas la mayor parte de su egército para interceptar un socorro que les venia á los florentines. Los capitanes de estos exhortaron á Malatesta á que diese sobre las líneas mientras se hallaban sin aquella parte de su guarnicion. Despreció con aspereza tan imprudente proposicion; pero cuando supo que el campo habia estado por largo tiempo debilitado, se arrepintió amargamente de haber perdido tan bella ocasion. "¿Pero quién habia de creer, añadia suspirando, que un general tan hábil habia de desguarnecer sus líneas hasta esponerlas al riesgo de ser derrotadas?" El príncipe acometió y dispersó el socorro: impidió la entrada de los víveres; pero le mataron, y di-

cen que le hallaron una carta de Malatesta, en que este le decia que se dejase sin temor su campo, pues le prometia no atacar á los que dejase en las líneas.

Se iban consumiendo los florentines con la pérdida de las tropas, con la falta de víveres y municiones, y la disipacion del dinero con que todo esto se adquiere. Suplieron *el déficit* con una lotería de los bienes de los rebeldes, que produjo una grande suma. El gran consejo, despues de haber sido de diferentes opiniones por once veces, determinó que se llevasen á la casa de la moneda todo el oro y plata que se hallase entre los ciudadanos; y á escepcion de los vasos rigurosamente necesarios al servicio divino, cuanto hubiese en los lugares sagrados. Se vendió la pedrería de las reliquias: todo lo sacrificaban con gusto los florentines en defensa de su libertad, como que era su divisa: *pobres* y *libres*, y esta estaba escrita con grandes caractéres sobre las puertas de las casas, y sin duda profundamente grabada en los corazones. ¿Pero qué remedio hay contra la fuerza favorecida de la perfidia?

Por último, abrieron los florentines los ojos sobre las traiciones de Malatesta: quisieron despedirle, y tomaron la ocasion de que se obstinaba en una composicion que no les parecia ventajosa, y se negaba á hacer una salida que todos deseaban. El estilo con que le despidieron, aunque tan honorífico cuanto fue posible, no le agradó; y abrasado en una cólera fingida ó verdadera, cuando le intimaron la despedida, se arrojó con el puñal en la mano á uno de los comisarios, y le hizo muchas heridas. Los soldados, aunque pagados por los ciu-

dadanos, conociendo mejor que ellos á su general, se colocaron al rededor de este : salieron de sus líneas al mismo tiempo los sitiadores, tremolaron sus banderas, y amenazaron con el asalto. Toda la ciudad se halló en confusion, las mugeres se refugiaron aturdidas en las iglesias, y pidieron á gritos que se hiciese la capitulacion. Gran parte de los ciudadanos quisieron que se hiciese una salida contra los enemigos y morir con las armas en la mano ; pero en el horrible desórden en que estaba la ciudad, hubiera sido su ruina seguir esta resolucion. Los magistrados, los ancianos, y la gente de mas moderacion consiguieron que se acomodasen á la razon, principalmente la nobleza, que era la mas irritada. Consintieron pues en una composicion, y no fue menos dificil concluirla. Si la ciudad se rendia, todo lo recibian bien los sitiadores, como que estaban seguros de que despues cumplirian con lo que les pareciese ; y así no se negaron á que se pusiese por cabeza del tratado la garantía de la libertad en estos términos: "La forma del gobierno de Florencia será establecida por S. M. imperial en el espacio de cuatro meses, salva siempre la conservacion de la libertad de los ciudadanos." Los otros artículos eran de conveniencia ó de policía, y fueron egecutados segun las circunstancias.

En el delirio de la guerra, el bello nombre de libertad era como una venda que tapaba los ojos á aquellos republicanos para no ver toda la estension de sus males; pero ahora que todo lo habian perdido sin remedio, se veian abrumados con el peso de sus desgracias. Esta es la pintura que de su situacion hacen sus mismos historiadores: "Echa-

ban de menos, dicen, los caudales gastados en sostener una guerra larga y penosa que tan triste fin habia tenido; y veian la aniquilacion de su fortuna, el desórden de su comercio, sus rentas arruinadas, sus casas demolidas, la muerte de sus hijos y sus amigos, las locas discordias que los habian dividido, los escesos cometidos contra sus conciudadanos, la vergüenza que era lo que les habia quedado, el desprecio y burlas con que trataba á los nobles lo mas vil de la plebe viendo que todo la faltaba y acusándolos de la pública calamidad. En los ricos, el ver que lo poco que habian salvado era presa de un vencedor avaro y soberbio: en los pobres, el temor de morir de hambre; y en todos la vista de la presente miseria, y la perspectiva casi cierta de que habia de ser mas espantosa, los sumergian en la consternacion y desesperacion. Pálidos y trémulos, con un aire triste y sospechoso, con el rostro inclinado hácia la tierra, no se atrevian á mirar unos á otros."

Tal era la triste conquista que acababa de hacerse por la perfidia de Malatesta. Clemente VII no llevó á bien que el tratado dejase á Florencia á disposicion del emperador; y Malatesta, que pedia con exorbitancia, y se tenia por mal recompensado porque no se lo daban todo, se retiró con la vergüenza sola de su traicion. El gobernador que el emperador envió á Florencia, entre tanto que llegaba el gobierno prometido por el tratado, dió uno provisional y enteramente militar. Desarmaron rigorosamente á los habitantes, les impusieron grandes contribuciones; pero desde luego se advirtió que en la reparticion de estas se favorecia con especialidad á los partidarios de los Médicis.

Aunque se habia prometido perdon general, se recibieron órdenes secretas de perseguir sin compasion á los que se habian declarado por el gobierno popular. A seis de los principales los degollaron, á otros los encerraron en los calabozos de las fortalezas, y ciento veinte y ocho fueron desterrados. Presentaban los florentines al emperador memorial sobre memorial, para que les quitase aquel gobierno tiránico y los diese el que les habia prometido. Lo estuvieron pretendiendo tres años; y todo este tiempo se empleó en tomar medidas con el papa para que recayese la soberanía de Florencia en aquel de sus sobrinos á quien el mismo papa quisiese favorecer. Tenia dos, como se ha dicho, Hipólito hijo de Juliano, y Alejandro hijo de Laurencio. El primero tenia mas edad, y sin duda mas espíritu y talento; pero el preferido fue Alejandro. En 1531 le declaró Cárlos V duque de Florencia, y tuvo fin con esto la república. 1531.

En poco estuvo que no se restableciese luego al punto. No tenia Alejandro mas que veinte y dos años cuando llegó á la soberanía, con la falta de esperiencia de esta edad, sus propias pasiones, y los pensamientos de su tio. Este indicó á Alejandro los que habia de separar y proscribir, y él atormentó de todos modos á los ciudadanos á quienes la mansedumbre y el hábito retenia en la tierra de su nacimiento sin embargo de las vejaciones, y así se halló espuesto á conspiraciones; pero no fueron estas la ocasion de su muerte, sino la imprudencia de ir de noche sin precaucion á una cita de galantería. Le dieron de puñaladas á los veinte y siete años de su edad en 1536. 1536.

Por haber sido su muerte improvisa y repen- 1537.

tina hubo desde luego una horrible confusion, que paró en deliberar si volverian á formar la república, ó si nombrarian señor, y cuál habia de ser. Hubo vigorosos pareceres por la república; pero por haber pasado el tiempo de esta opinion, oyeron con mas gusto á un hombre que hizo presente que no interesaba á la patria que la restituyesen una libertad peligrosa, por ser una carga que Florencia no podia llevar. "El pueblo, decia, está demasiado indispuesto contra la nobleza para sufrir que esta se ponga á la cabeza de los negocios; y el gobierno popular ha puesto muchas veces á Florencia á dos dedos de su perdicion. Por ser mas mercantil que guerrera, siempre debe temer la ambicion de muchos grandes príncipes; y así en la imposibilidad de poner el gobierno en manos de los nobles, de los cuales se podria esperar mas moderacion y prudencia que del pueblo, será mejor elegir un soberano, que reprimiendo dentro los diversos partidos velará fuera sobre la seguridad del estado, que entregarse al capricho y á la tiranía de la multitud." Prevaleció esta opinion; y entre los Médicis de diferentes ramas, que hormigueaban en Florencia, eligieron á Cosme, que no era de raza bastarda como sus antecesores, sino descendiente legítimamente por su padre Juan, llamado el *Invencible*, de Laurencio, hermano menor de Cosme el Antiguo.

No tenia mas que diez y ocho años, y desde sus principios manifestó un juicio y prudencia superiores á su edad. Para dar alguna satisfaccion á los que tenian la autoridad demasiado absoluta, se determinó que Cosme no tuviese otro nombre que el de *cabeza de la república;* y se le nombró un

Niñez marcial de Castruccio.

Hijo de la fortuna, acogido por un Canónigo, y educado para su prebenda, no podia reprimir Castruccio su caracter, que le arrastraba á mezclarse y sobresalir en los juegos marciales de los otros niños; y desengañado el buen Canónigo cedió á su inclinacion, que luego le elevó á libertador de su patria. No hay ciencia, arte ó destino que no deba á la inclinacion los hombres extraordinarios.

T. I. Empud.do ag. fio.

Mex.o Marco sc.

consejo de ocho ciudadanos, cuyo poder, en caso de necesidad, pudiese contener el suyo; pero gobernó con tanto acierto, que este freno fue del todo inútil. Siguió respecto de los desterrados un sistema contrario al de su antecesor: pues no hubo medios dulces ni amorosos, buen tratamiento y favor que no practicase para procurar ganarlos, y lo hubiera conseguido si aquellos infelices, por confiar demasiado en las promesas de los príncipes á cuyas cortes se habian retirado, teniendo estos intereses en mantener los alborotos de Florencia, no se hubieran lisonjeado de volver por fuerza despreciando los caminos de conciliacion. Muchos de estos desgraciados tuvieron, por su infeliz suerte, que repartirse en los egércitos franceses, imperiales, españoles, venecianos y papales, á pelear unos contra otros. De este modo se destruyeron y confundieron lejos de su patria, retenidos por su obstinacion en la dolorosa necesidad de suspirar inútilmente por aquella patria que los hubiera recibido en su seno con toda voluntad.

Durante este tiempo reinó Cosme gloriosamente, y hasta haber pacificado sus estados no incurrió en la ambicion de aumentarlos; pero lo consiguió sin consumir á su pueblo con la guerra, pues con mas gusto compraba que combatia. No obstante, siempre tenia sus tropas en un pie respetable, y no hubo príncipe mas estimado y buscado de los otros. Feliz hubiera sido si hubiese gozado de la paz en lo interior de su familia; pero turbó su felicidad un accidente funesto, que le privó de sus dos hijos don García y don Juan.

Fuese envidia ó antipatía natural, continuamente estaban desavenidos estos hermanos; y en

una disension que tuvieron en la casa, don García, que era el mas violento de los dos, mató á don Juan de una puñalada. La mansedumbre grande del difunto, el candor de su alma, y lo arreglado de sus costumbres, pues era en todo esto verdadero contraste de don García, le habian hecho muy querido de su padre. Cosme, en la desesperacion de verse privado de un hijo á quien tiernamente amaba, hizo llevar su cadáver á palacio, y le presentó al agresor. Negaba este al principio; pero saltando del cadáver algunas gotas de sangre, le causaron tal confusion, que confesó su delito. Se arrojó á los pies de su padre; pero el inexorable Cosme dijo: "Muere infeliz;" y arrancándole el puñal con que habia muerto á su hermano, se le metió en el corazon. Se dice que este Cosme hizo dar veneno á su hija María, que se habia enamorado de un page; y á otra llamada Lucrecia, casada con el duque de Ferrara, la mató su marido descontento de su conducta.

Estas desgracias domésticas no impidieron que Cosme II fuese reputado por un gran príncipe. Tomó á Cosme I por modelo, y no le fue inferior en la magnificencia, generosidad, amor á las bellas artes, y gloria de protegerlas. Los soberbios edificios y magníficos monumentos con que adornó la capital y sus cercanías, dan testimonio de su gusto y su grandeza. Este fue el fundador de la famosa galería, que contiene la coleccion mas rica y numerosa de estatuas, bronces, medallas preciosas y antiguas pinturas, que sus sucesores han aumentado á cual mas. Cedió sus estados á su hijo en 1565; pero le dirigia en el
1574. gobierno, y murió en 1574.

A Francisco María, tercer duque de Florencia, le confirió el emperador el título de *Gran Duque* que se le habia disputado á su padre. Recibió una alma tranquila, amante de la paz, sin ambicion y sin pasiones violentas: se dice no obstante que le arrebató el corazon una hermosa veneciana, hija de Capello, y pinta la historia esta pasion con unos sucesos que pudieran formar una novela. Se insinuó el duque con todas las atenciones y demostraciones de ternura que pueden hacer impresion en una persona delicada y sensible. Con las continuadas visitas triunfó de un amante favorecido, por quien ella habia abandonado su patria; y muerta Juana de Austria su esposa, la entregó la mano. Se cree que Fernando su hermano, indignado por este casamiento, que miraba como indigna alianza, les dió veneno en 1588. Pero si Fernando subió al trono por medio de este delito doble, le espió; y si fuera posible hubiera hecho olvidarle su acertado gobierno. Le sucedió Cosme III su hijo en 1609. Era este de comprension débil; pero no le estorbó para que en un reinado corto se hiciese recomendable por su prudencia, por su amor á las bellas artes, y por haberlas animado mucho. 1588. 1609.

Como ya estaba decidido que los conocimientos humanos habian de deber su aumento á los Médicis, lograron la física, la química y la historia natural un esplendor hasta entonces no conocido, con Fernando II, que sucedió á su padre Cosme III en 1621. Estableció una academia en donde se cultivaban todas las ciencias, como que el mismo gran duque las practicaba y alentaba, siguiendole en esto la gran duquesa su esposa, hija de Gaston, duque de Orleans; pero 1621.

estos dos esposos no concordaban en otros muchos puntos, y así se separaron. Fue la gran duquesa á vivir en Francia, y el gran duque se entregó á la devocion; bien que se dice que esta por escesiva habia sido causa de su divorcio. Viviendo su muger recibió los sagrados órdenes por dispensa particular del papa.

En el arreglo de costumbres fue muy mal reemplazado por su hijo Juan Gaston, que le sucedió en
1670. 1670. Este príncipe pasó una vida mole y oculta en lo interior de su palacio; y viviendo él, previendo España, Francia y el Imperio que no tendria hijos, dispusieron, sin consultarle, de sus estados, los cuales pasaron por muchas manos segun
1737. los intereses de estas potencias. En 1737 quedó el gran ducado de Toscana difinitivamente anejo á la casa de Austria; y para que no padeciese detrimento por la ausencia del soberano, se gastasen en él las rentas y le vivificasen, se hizo como un mayorazgo de los segundos de la casa imperial.

El primero de estos príncipes de la casa de Austria de Lorena fue Francisco, á quien siguió
1765. su hermano Pedro Leopoldo José, y á este sucedió
1790. su hijo Fernando José Juan. Los dos primeros dejaron el gran ducado por el imperio; mas no sin sentimiento de ausentarse del delicioso pais de la Toscana. Por el tratado de Luneville de 8 de fe-
1801. brero de 1801, recayó con el título de *rey de Etruria* en Luis, hijo de Fernando, duque de Parma, Plasencia y Guastala; y por su temprana muerte es hoy rey de Etruria su hijo Cárlos Luis, por cuya menor edad, y como reina regente, gobierna María Luisa, su madre, hija de los reyes de España, Cárlos IV y María Luisa de Borbon.

PISA.

Pisa está una legua del mar, contiene en su territorio el puerto de Liorna, y desde la mas remota antigüedad se hizo famosa por sus hazañas marítimas. Ponen su poblacion despues de la toma de Troya por los arcades que salieron de Pisa, ciudad griega, y aun mas antiguamente por Pélope, hijo de Tántalo. De cualquiera modo que se señale su fundacion, y los progresos de su aumento, Pisa ya era una ciudad estimada en tiempo de los romanos; pues la contaron en el número de sus municipalidades amigas. Despues de la decadencia del imperio, no se quedó en comerciante, sino que llegó á ser conquistadora; pues en 1005 se apoderaron los pisanos de Córcega y Cerdeña; y en 1030 tomaron á Cartago, gobernada por un rey, al cual enviaron al papa para que le bautizase. Siempre fueron los pisanos muy afectos á los soberanos pontífices, y no solo rechazaron de sus costas á los sarracenos, sino que fueron á atacarlos en Sicilia; y de los despojos que llevaron edificaron su magnífica catedral. El cautiverio de un rey de Mallorca, á quien acometieron en su isla, es prueba de su valor; y la libertad que le restituyeron lo es de su generosidad. En 1318, y en tiempo de don Francisco, su arzobispo, enviaron socorros á los cruzados de Palestina; y el prelado á su vuelta, en lugar de las riquezas del Oriente, cargó sus embarcaciones de tierra de Jerusalen, y llenó de esta un cementerio de nueve pies de profundidad, que se llamó *el campo santo*: le cercó de pórticos, y le adornó con mármoles y pinturas, que le hacen un monumento curioso.

1005.

1030.

1318.

Se ignora qué especie de república era la suya. En 1282 tenian un conde, de quien se deshicieron como de un tirano; y aunque por la desgracia de este no se asustaron otros que sucesivamente se apoderaron del gobierno, la república recobró su autoridad. Hizo guerra á los genoveses, y se apoderó de Luca; pero la guerra principal de los pisanos siempre fue con los florentines. Se habian jurado estos dos pueblos el odio de vecinos; y las burlas, los insultos y desafios entre gentes que se conocian, llevaron en unos y otros el encarnizamiento á los últimos escesos.

La suerte de las armas abrió á los florentines el camino de Pisa, y la sitiaron en 1406. Algunas ventajas que los pisanos lograron los ensoberbecieron tanto, que habiendo quitado la vida á un soldado florentin, ataron el cadaver á la cola de un asno, y le arrastraron ignominiosamente por las calles; pero los compañeros del muerto mataron á todos los prisioneros para vengarle. De aquí nació una especie de rabia entre sitiados y sitiadores. Los primeros echaron de la ciudad, ya acosados del hambre, las bocas inútiles: el general de los florentines mandó rechazarlos, entregándolos al furor del soldado á presencia de sus conciudadanos, que los estaban mirando desde las murallas. A unos los ahorcaron, á otros los pusieron en unas barcas podridas, y las abandonaron sin remos ni gobierno á la corriente del Po. Se cuenta como moderacion y benignidad que se contentasen al fin los florentines con marcar á los hombres con un hierro ardiendo, y enviarlos con las mugeres á la ciudad; pero antes las cortaron las vestiduras hasta las caderas. Por último, les fue preciso á los pisanos ren-

dirse despues de una porfiada resistencia. La sumision desarmó el furor, y no tuvieron los vencidos motivo para quejarse de los vencedores, como no lo sea el haberse apoderado del gobierno; pero los pisanos volvieron á conseguir su libertad en 1494 con la proteccion de los genoveses. 1494.

No abandonaron los florentines el proyecto de sujetar á Pisa; y para esto se valieron de la fuerza, la astucia y el dinero; y con este último estuvieron ya para conseguirlo. Cárlos VIII, que siempre estaba atrasado en la hacienda durante la espedicion de Italia, daba oidos á las insinuaciones de los florentines, que le ofrecian una grande cantidad si les queria ayudar á recobrar su autoridad sobre Pisa. Entre tanto que resolvia el monarca, llegó á su campamento una multitud de pisanos, viejos, mugeres y niños, que arrojados á sus plantas le suplicaron con grandes clamores, y derramando abundantes lágrimas, que no los entregase á los florentines: hasta los mismos florentines, que componian parte del egército de Cárlos VIII, se compadecieron. Los oficiales desataron sus cadenas de oro, y se las ofrecieron al rey si necesitaba dinero. Una oferta tan generosa, de la cual no abusó el monarca, libró á los pisanos por entonces; pero su servidumbre se verificó pasados algunos años: porque los florentines hicieron que otros los asaltasen, y ellos tambien los asaltaron. Hasta tres sitios sufrió Pisa, y al fin se rindió en 1509 con unas condiciones que mas parecian alianza que sujecion. Desde entonces la gobernaron con estimacion los vencedores, hasta que unos y otros cayeron en el dominio de los grandes duques de Toscana. 1509.

No obstante, muchos de sus habitantes cuando se habian de entregar, y principalmente los nobles, prefirieron las desgracias del destierro á la humillacion de vivir dependientes de Florencia, y se fijaron en Sicilia, Roma, Génova, Venecia y en otras partes; y con esta desercion se disminuyeron mucho la poblacion y el comercio. Tambien padecieron uno y otro gran pérdida con la inútil
1609. tentativa de los de Pisa en 1609 para sustraerse de la dominacion de los grandes duques; pues aquel desgraciado esfuerzo les costó sus privilegios, y los tiene reducidos á unos treinta mil habitantes, entre los que se cuentan siete mil judios muy envilecidos, como en todas partes, los cuales se consuelan del desprecio con la opulencia. No hay ciudad en donde se hayan juntado tantos mármoles estrangeros y preciosos: todos son fruto de las conquistas de los pisanos, los cuales cuando volvian de sus espediciones cargaban los navíos de estatuas y columnas para adornar su ciudad. No solamente en los edificios públicos, sino en las casas particulares, se ven inscripciones, relieves y cornisas de aquel esquisito mármol griego, tan estimado por su finura y pulimento. Es muy creible que este gusto por las antigüedades haya hecho creer á los pisanos que un combate, que con maza y á puño cerrado se repite todos los años en un puente y entre los ciudadanos que el rio separa, es una imitacion de los juegos Olímpicos: pero nada se parece menos á aquel magnífico espectáculo de la antigua Grecia que los tumultuarios asaltos del populacho de Pisa. Mejor pudieran los pisanos presumir de alguna afinidad con aquella tierra por el buen gusto y el de las artes,

y por el trage elegante de las mugeres de sus campos. Estas adornan sus cabellos con flores naturales y artificiales, y los reparten en trenzas de un gusto muy singular: en todos sus atavíos se nota cierto toque despejado, que da realce á sus gracias, y hace á estas aldeanas muy atractivas.

LUCA.

Entre Florencia, Pisa y Luca hay la diferencia de que las dos primeras fueron repúblicas por muchos siglos, y al fin perdieron la libertad; y Luca, despues de haber pasado por muchas dominaciones, ha llegado á ser y permanece libre. Está situada á cuatro leguas de Pisa: se ignora su orígen; pero la estimaron mucho Roma república y los emperadores, y fue de una clase distinguida entre las ciudades de Italia. Sostuvo un sitio de siete meses contra Narsetes, á quien se rindió en 555. Entonces dicen que dejó de ser república, 555.
y estuvo sujeta á condes y marqueses, hasta que en 1115 recobró su libertad; pero se la quitó á 1115.
principios del siglo XIV un hombre, á quien la suerte estravagante señaló su propio lugar entre las clases mas humildes, y subió por su capacidad á las primeras.

Entre las familias nobles de Luca se contó por muchos años como una de las principales la de *Castracani*. Esta en 1320 estaba casi estinguida, 1320.
y solo habia quedado un buen eclesiástico, que vivia en su patria de la renta de un canonicato, con Dianova su hermana, viuda de mucha edad. Pertenecia á su habitacion un pequeño jardin; y paseando una mañana la buena viuda, oyó lastimo-

sos llantos. Se acercó á una cepa, de donde le pareció que salian los gemidos: apartó el follage de las vides, y vió un niño recien nacido envuelto en unos andrajos tan aterido de frio, que pedia el mas pronto socorro. Compadecida Dianova se lo llevó á su hermano: resolvieron criarle, y le hicieron bautizar dándole el nombre de Castruccio, que era el del padre de los dos hermanos.

Toda su complacencia la tenia el canónigo en el niño; y destinándole para su canonicato, le daba los correspondientes estudios y maestros. Se mostró Castruccio dócil hasta los catorce años; pero entonces, cansado de maestros y de libros, lo dejó todo, sin dar á conocer otra aficion que la de las armas; y buscando á los muchachos que manifestaban la misma inclinacion, los acompañaba en sus egercicios y sus juegos, aventajando á todos en fuerza y destreza. Grande era el desconsuelo del canónigo viendo que su protegido preferia un estado incierto y peligroso á la fortuna sin riesgos que él le preparaba; pero aunque le reprendia continuamente, el jóven militar no hacia caso, y seguia adonde le arrastraba la inclinacion.

Habia en Luca un noble llamado Cuinigi, que despues de haber servido con distincion entre los estrangeros, se habia retirado á su patria, en donde, ya que no hacia la guerra, procuraba á lo menos las apariencias, egercitando algunos jóvenes compatriotas escogidos. Las disposiciones que mostraba Castruccio hicieron que le deseáse Cuinigi; y el buen canónigo, aunque á su pesar, hubo de entregárselo; pero le consolaba de su sacrificio la reputacion que su discípulo iba todos los dias adquiriendo; pues en los torneos escedia en fuerza y

en destreza á los caballeros mas famosos ; y por su dulzura , amabilidad y modestia era tan querido en la sociedad como estimado de los militares. Encargó el duque de Milan á Cuinigi una operacion importante de guerra: llevó consigo á Castruccio , y se distinguió el guerrero novel con acciones tan brillantes , que de él solamente se hablaba. Al fin de la guerra murió Cuinigi sin dejar otro heredero que un hijo de trece años ; y confió á Castruccio la tutela con el manejo de sus bienes , que eran muchos.

El lucimiento que le daban las riquezas de su pupilo escitó la envidia de muchos nobles , y principalmente la de Jorge de Opizi. Este , por ser de la faccion de los güelfos , se habia declarado abiertamente contra los gibelinos , y habia obligado á gran número de ellos á salir de la ciudad. Se refugiaron estos en Pisa con Huguccion , que de general de la república se habia hecho soberano. Castruccio , viendo cuánto le molestaba Opizi , fue á buscar á los oprimidos, y les hizo presente la posibilidad de volver á su patria si Huguccion quisiese darles auxilio. Se le ofreció el Pisano con las esperanzas que los de Luca le daban de reconocer su autoridad en llegando á tomar la ciudad. Todo salió como lo habian proyectado; perdió Opizi la vida , y echaron de Luca á los güelfos. Huguccion, que se vió dueño , dió á su conquista un gobierno, en el cual se tomó la mejor parte; pero cedió á Castruccio lo suficiente para que no se arrepintiese de haber sugerido y facilitado la empresa.

Los güelfos, arrojados de Luca , se retiraron á Florencia , y movieron á esta república contra el tirano de Luca ; por lo que Florencia envió contra

él un egército. Durante las hostilidades enfermó Huguccion, y se vió precisado á confiar el mando de las tropas á Castruccio. Este ganó una ruidosa victoria en ausencia del enfermo; y los luqueses, reconociendo que la debian á la habilidad y valor de su compatriota, le hicieron los honores de una entrada triunfante. Envidioso Huguccion, así de la gloria de su teniente general como de la autoridad que podria lograr en su ciudad, despues de haber dado á su hijo la soberanía de Luca, le escribió que prendiese á Castruccio y le quitase la vida; pero no egecutó el hijo enteramente las órdenes de su padre, y solo le puso preso. El padre, conociendo las consecuencias de este paso, corrió á Luca á egecutar su perversa intencion. Cometió la imprudencia de entrar sin precaucion en la ciudad; y los luqueses pusieron en libertad á Castruccio, y le nombraron general de su república, poco despues príncipe, y por último soberano de Pisa, donde no habia podido Huguccion hacerse reconocer por tal. Le desterraron de Luca, y fue á morir obscuramente en Verona.

Hemos visto la parte mas bella de la vida de Castruccio. Parece que vista la inconstancia de la fortuna, pretendió fijarla con el terror. Durante su ausencia se habia sublevado la familia Poggio, una de las mas poderosas de Luca. Ya habia quitado la vida á su teniente, y se preparaba para hacer lo mismo con sus partidarios. Esteban Poggio, anciano respetable, corrió á verse con los conjurados, sosegó su furor, los desarmó; y cuando llegó Castruccio fue á visitarle, y á pedir el perdon para los culpados. Castruccio, con su semblante afable, dijo que todo lo olvidaba, y que se alegraba de te-

ner ocasion de manifestar su clemencia natural. A vista de tan buen recibimiento todos creyeron que no habia peligro, y fueron á dar las gracias á tan benigno soberano conducidos por Esteban Poggio; pero Castruccio mandó arrestarlos y entregarlos al suplicio, sin esceptuar al escesivamente confiado Esteban. A este tirano de Luca se le reprende de haber engañado á dos amigos hasta el término de hacer que se asesinase uno á otro; pero con esta infernal estratagema añadió la soberanía de Pistoya á las de Luca y Pisa. La fama de Castruccio es que jamas perdonó, y que hizo correr arroyos de sangre. Sin embargo, murió en su cama, y dejó todos sus bienes á Cuinigi, hijo de su bienhechor.

Su muerte, en lugar de dejar en libertad á los luqueses, los puso en manos de una tropa de alemanes, á quienes el emperador abandonó la ciudad en pago del sueldo que les debia. Ellos la vendieron á los florentines, á quienes despues la tomaron los de Pisa. A estos se la quitó Cuinigi en 1429; y estrechandole los florentines, invocó 1429.
el auxilio del duque de Milan, á pesar de los luqueses. Resentidos estos de que hubiese dado tal paso, le entregaron ellos mismos al duque de Milan, el cual le quitó la vida, se apoderó de la soberanía, y se la vendió á los florentines; pero no pudo entregarsela, porque Luca sostuvo un sitio que por su mucha duracion fue causa de un tratado entre las dos repúblicas, en virtud del cual volvieron ambas en el año 1465 al estado en que antes se ha- 1465.
llaban, sin otra diferencia que la de haberse empobrecido. En 1508 estrecharon mas los luqueses 1508.
y los florentines los lazos de su alianza; pero Luca, no fiandose de los tratados, se puso bajo la

proteccion de los emperadores Maximiliano y Cár-
1525. los V por los años de 1525. Desde esta época ha conservado sus privilegios; y aunque mirada como feudo del imperio, se ha mantenido en la independencia.

El gobierno de Luca es aristocrático, y menos complicado que era el de Venecia. Tiene un confalonero que ocupa la plaza de dux, y es llamado al escrutinio cada dos meses. El podestá, juez civil y criminal, debe ser siempre estrangero; pero los asesores son de la ciudad. Allí es muy exacta la policía: el puerto está bien defendido: el senado vigila sobre la felicidad del pueblo: previene sus necesidades, paga y mantiene los medios, no permite mendigos ni vagos, y provee de fondos á los ciudadanos honrados é industriosos que los piden. No se ha introducido el lujo, ni este altera las costumbres, ni choca con la igualdad republicana. Los nobles van vestidos de negro, y solo el confalonero puede llevar oro en sus ropas; pero las mugeres tienen sobre esto una absoluta libertad; bien que ellas no abusan. El territorio de Luca es fértil, y produce vino, aceite, trigo, castaña y toda especie de grano menudo: es abundante de pesca; y la multitud de moreras mantiene florecientes las manufacturas de seda. En esta república, por último, se cultivan las artes y las ciencias.

SENA.

Tambien Sena es república, si para merecer este título basta tener senado y su gefe electivo. No lo es si un estado pierde esta denominacion desde que reconoce alguna autoridad superior á la de sus

magistrados. Dicen haber sido colonia de los gaulas senoneses cuando hicieron la primera irrupcion en Italia; y despues colonia romana. Sin duda se gloriaba de esto, pues llevaba por blason una loba que daba de mamar á dos niños. Algunas nociones esparcidas en la historia nos enseñan que en la edad media, es decir, en la decadencia del imperio romano, fue Sena celebrada por su grande poblacion, su comercio, y sobre todo por su amor á la libertad.

Este amor, espantadizo y zeloso, fue muchas veces la causa de las desgracias de los seneses, armandolos á unos contra otros. Pobres y ricos, nobles y plebeyos, hermanos y rivales, ensangrentaron muchas veces el seno de su madre, principalmente á mediados del siglo XII. Ellos fueron los que dieron el egemplo, que despues imitaron diferentes ciudades, de llamar á un estrangero para que fuese con el nombre de podestá el juez civil y criminal. Los florentines quisieron por los años de 1160 privar de la libertad á los seneses, y renovaron esta empresa muchas veces no obstante la noble y vigorosa defensa de la ciudad acometida. Se gobernó por el *Consejo de los Nueve*, y no se sabe cuánto duró este, ni hasta qué punto era favorable á la libertad; pero al fin del siglo XV ya no existia. 1160.

Pandolfo Petrucci, hombre diestro y ambicioso, procuró restablecerle: lo consiguió en 1501, y se hizo nombrar uno de los Nueve. A poco tiempo se descartó de los otros ocho cólegas; y los que hicieron menos resistencia salieron solamente desterrados; pero los que se manifestaron mas tenaces fueron muertos, y él aseguró su poder por los medios mas violentos. Vivia Pandolfo en aquel tiempo en que los florentines, los milaneses, los vene- 1501.

cianos, y aun los papas, se disputaban la Italia. Ya se acogia á los unos, ya á los otros, y nunca guardaba mas fidelidad en sus empeños que la que convenia á su particular interes. Se le vió dejar á Sena para sosegar la envidia de los otros; pero sin despojarse de su autoridad, porque se la mantenia una buena guarnicion; y así volvió á entrar triunfante en tiempo mas oportuno. Muerto Pandolfo aparecieron Rafael, Francisco y Fabio Petrucci, todos mirando á Sena como á la presa que perseguian. Se la disputaron entre sí un papa y un duque de Urbino; y el pueblo y la regencia, poco acordes, hacian el juego á los competidores, hasta que mas políticos los Médicis, le ganaron, y á título de grandes duques de Toscana la incorpo-
1557. raron con sus posesiones en 1557; bien que los emperadores les daban la investidura.

Tiene Sena un senado, compuesto de un capitan del pueblo y de ocho senadores, llamados *Priores de la ciudad*; pero nada pueden decidir sin el consentimiento del gobernador del gran duque. Los seneses son ingeniosos, finos y célebres en el talento de decir de repente, pues en esto son los mas sobresalientes de Italia. Tienen varias academias con nombres contrarios á los que debieran tener, v. gr. la de los *Embotados*, la de los *Groseros*, y otros títulos semejantes. La academia de física da de cuando en cuando memorias muy estimadas. El comercio, que en otro tiempo era tan brillante, está reducido al de paños y otras telas de lanas que allí se manufacturan. Desde ahora la ciudad de Sena, como todas las que componian el gran ducado, tendrán que estar á las disposiciones del nuevo rey de Etruria.

República de San Marin.

La fama de virtud del devoto ermitaño Marin atraía muchas gentes á solicitar su intercesion; y aumentandose progresivamente este concurso, edificaron algunas casas, que con el tiempo formaron ya una aldea, y por último una ciudad, la qual dándose leyes á sí misma, se erigió en República. Es pequeña sin duda la de San Marin; pero es la única que puede gloriarse de tan recomendable principio.

T.L. Enguid.s de 49. fte.

Alex.o Blanco conc.

SAN MARIN.

San Marin es una republiquita que está en el estado eclesiástico y en un monte que muchas veces se cubre de nieve. No tiene fuentes ni pozos; y la falda de la montaña es de tal calidad, que solo á fuerza de un trabajo no interrumpido, ha conseguido de ella la fertilidad. La ciudad, aunque la dan dos leguas de diámetro, tendrá como seis mil habitantes. Esto es lo que llaman *la República de San Marin*, y la que ya cuenta mil y trescientos años de paz y felicidad. Sola esta observacion pudiera suplir por una historia; pero todos querrán saber cómo se fundó y por qué medios se perpetúa este sosiego.

Un albañil, natural de Dalmacia, llamado Marin, cansado del trabajo, y deseoso de ocuparse en el asunto importante de su salvacion, buscó un asilo, y le halló en este monte, edificando en él una choza. Esto se dice que sucedió en el tercer siglo. La devota vida del ermitaño llamó la atencion de los pueblos vecinos, que iban á encomendarse á sus oraciones; y viendo que sanaban algunos enfermos por este medio, lo atribuian á milagro. De este modo se fue estendiendo su reputacion de unos en otros, y una princesa, que era señora de aquel monte, se le cedió en propiedad. El concurso que cuando él vivia ya era grande, se aumentó despues de muerto venerando su sepulcro. Empezaron á edificar algunas casas, que al principio formaban una aldea, despues un lugar, y últimamente una ciudad. Esta se dió á sí misma leyes, y se erigió en república.

Edificaron dos fortalezas pequeñas, en donde principia lo escarpado de la montaña, comprando el terreno: la primera fue construida el año de 1000 y la otra el de 1170. Solamente tuvo un momento de ambicion cuando quiso estenderse hasta la mitad de otra montaña vecina; pero lo que habia conquistado, y pudiera conservar, lo restituyó sin violencia. Solamente hay una senda para llegar á la ciudad, y está prohibido con rigorosas penas buscar otro camino. Si algun enemigo del reposo de esta ciudad pensara en acometerla, hallaria una juventud bien armada, egercitada desde la infancia en las maniobras militares, y sobre todo inflamada en el amor á la libertad que le han dejado sus padres.

1000 y 1170.

El gran consejo, que solamente se junta para los asuntos estraordinarios, se compone de un representante de cada casa. Todos tienen que concurrir so pena de una multa, porque allí no se permite indiferencia sobre la suerte de la república. Los puntos regulares y diarios se controvierten en el consejo llamado de los *Sesenta*, aunque no son mas que cuarenta, la mitad nobles y la otra mitad plebeyos, porque aun allí se halla esta distincion; bien que estas dos clases por otra parte tan opuestas, se hermanan bien en San Marin. Para que prevalezca una opinion se necesitan las dos partes de los votos. El consejo de los Sesenta elige dos magistrados con el nombre de capitanes, y estos son en pequeño lo que los cónsules en la antigua Roma. El tercer oficial es el comisario, y este con los capitanes juzga las causas civiles y las criminales: debe ser estrangero, doctor en leyes, y solo dura por tres años. Igual término se le prescribe al

médico; debe tener á lo menos la edad de treinta y cinco años; y aunque sea escelente y se merezca la confianza de toda la ciudad, concluido el tiempo le despiden sin escepcion alguna; porque así se previene en las leyes fundamentales del estado. La eleccion de maestro de escuela es negocio de entidad en esta república; pues debe ser hombre de buena fama y costumbres, de buen genio y conocimientos. Sin duda estas calidades ventajosas son desde muy antiguo propiedad inseparable de sus doctores, si hemos de formar el juicio por los discípulos, pues por lo general son hombres de justicia, humanidad, hospitalidad y aun generosos.

Generosos se entiende segun sus medios, que son bien cortos; pues leyendose en el volúmen de los estatutos que cuando la república envie un ministro á algun pais estrangero le dará veinte y cuatro sueldos por dia para su subsistencia, no pueden darse embajadas menos dispendiosas. Cuando la república de San Marin escribia á la de Venecia, ponia este sobrescrito: *á nuestra querida hermana la serenísima república de Venecia;* y sin duda la república grande debia recibir de la pequeña esta salutacion con aquella sonrisa indulgente de una persona de alta talla cuando algun gracioso niño se empina por igualarla. ¡Dios quiera que esta montaña permanezca eternamente inaccesible á las tormentas que han producido las calamidades, que llenan los anales de los otros pueblos!

MONACO.

Despues de haber hecho la descripcion de la república mas pequeña, hablaré de la menor sobe-

rania, cual es el principado de Mónaco. Esta es una ciudad en el estado de Génova, situada en una roca que domina al mar, y tiene abajo un buen puerto. Sus poseedores suben por una serie no interrumpida hasta los principios del siglo XIII. Grimaldi, de quien
1218. se dice haber sido ya el décimocuarto, fue en 1218 almirante de una armada de cruzados; y serán raros los anales de aquel pueblo de Europa y aun del Norte, pero principalmente en el Mediodia, en que desde aquel tiempo no se halle algun Grimaldi general de sus egércitos, que se haya distinguido por sus hazañas. Tambien fueron todos muy fecundos; por lo que el nombre de Grimaldi se ha esparcido por todas las cortes: pues siendo muy escaso el patrimonio de sus padres, no tenian los hijos segundos otro recurso que el de ir á buscar su establecimiento en otras partes. Por quinientos y trece años se ha perpetuado la familia Grimaldi por la línea masculina, esto es, desde 1218 hasta 1731. En este año Luisa Hipólita, hija mayor de Antonio Grimaldi, que no tenia hijos varones, sucedió á su padre en la soberanía de los
1715. estados de Mónaco. Se habia casado en 1715 con Jacobo Francisco, cabeza del nombre y armas de la antigua casa de Goyon Matignon en Bretaña, con la condicion, espresa en el contrato matrimonial, de tomar el nombre y armas de Grimaldi. De este
1731. matrimonio nació Honorato Camilo, que en 1731 sucedió á su madre en los estados de Mónaco.

La debilidad de este principado le esponia á ser invadido de la Francia ó de la España al menor movimiento de guerra entre estas dos potencias; por lo cual Honorato II tuvo por conveniente asociarse para siempre con la Francia, poniendose bajo de su proteccion; y en consecuencia de un acuerdo he-

cho con Luis XIII echó de su ciudad la guarnicion española, y recibió la francesa. Desde entonces siempre han ocupado los franceses la ciudadela; pero sin derecho á la soberanía, la cual conservan los príncipes.

NAPOLES Y SICILIA.

Lo que actualmente compone los reinos de Nápoles y Sicilia está sembrado de ciudades, que por sí solas, ó reunidas, formaban repúblicas, unas de mas estension, y otras de menos. Los romanos las recibieron, por decirlo así, de manos de la naturaleza, y continuaron á unas los privilegios de gobernarse por sí, y á otras enviaron magistrados con el nombre de *pretores, propretores y procónsules*, condecorando á varias con el título de colonias ó de aliadas: honor que perdian por la menor falta contra la república grande, la cual las reducia entonces á la clase de sometidas. En la decadencia del imperio recobraron aquellas ciudades lo que pudieron de su antiguo esplendor; pero se le obscurecieron los godos, los lombardos y los sarracenos, apropiandose gran número de estas ciudades á pesar de los griegos, cuyos emperadores sostuvieron hasta el siglo IX en aquellos lugares asolados los derechos de un trono mal seguro.

Los gobernadores y oficiales lombardos, en los últimos tiempos de su monarquía tomaron nombres honoríficos que llegaron á ser títulos de soberanía en las ciudades cuya defensa tenian á su cargo; y así se vieron los condes de Amalfi, los duques de Nápoles y los príncipes de Salerno. En 1002 poseia este último principado el lombardo 1002.

Guimar, el cual procuraba defenderse, aunque con dificultad, contra los sarracenos, que tenian gran parte de Sicilia, y desde allí se estendian por la Apulla y la Calabria, arrasando inhumanamente estas provincias.

Cuando Guimar estaba para ceder á sus esfuerzos, le llegó un socorro no esperado, con haber arribado á sus costas los normandos que volvian de Tierra Santa, acaudillados por un caballero frances llamado Drogon. Hallaron á Guimar tratando con los sarracenos, ofreciendoles gran suma de dinero porque se alejasen de Salerno: pero cuando estaba ya para concluir el ajuste, los normandos, gratamente acogidos por Guimar, se opusieron; y dando sobre los sarracenos, hicieron en ellos grande carnicería, se apoderaron del botin de aquellos ladrones, y se retiraron á su patria cargados de sus riquezas y de los presentes de Guimar. El ver tantos bienes, que pudieran tentar la codicia aun de los que no fuesen normandos, y la relacion de las esperanzas que ofrecia la opulencia de aquellos paises, la benignidad del clima, comparada con el temperamento frio y nebuloso de la Normandía, movieron á otros normandos, y estos se alistaron bajo del mando de otro caballero llamado Drengot, para ir á probar fortuna.

Entraron á servir á varios príncipes griegos y lombardos; los cuales, despues de sus hazañas militares, les dieron en recompensa establecimientos. Aversa la normanda se edificó por entonces, y la dió el título de *condado* el duque de Nápoles, que fue el que les cedió el terreno. Se fueron multipli-
1018. cando las colonias normandas; y en 1018, Raoul, caballero normando, ayudó al pontífice á limpiar

el dominio de la Iglesia de los griegos que se habian entrado en él. En 1036, tres hijos del primer matrimonio de Tancredo, señor de Hauteville, cerca de Coutances, se agregaron á los príncipes de Capua y de Salerno. Estos tres valientes, llamados Guillermo *Brazo de Hierro*, Drogon y Humfroi, se señalaron con tales hazañas, que el emperador de Constantinopla, contra quien peleaban, hecha la paz con los príncipes de Capua y de Salerno, quiso que le sirviesen; y logró fácilmente de estos príncipes el permiso, como que se hallaban ellos en gran conflicto para recompensarlos. 1036.

Los envió el emperador á Sicilia para que echasen de aquella isla á los sarracenos; pero cuando habian conseguido los griegos por el valor de los normandos las ventajas que pretendian, no solo les negaron el premio sino que les quitaron su botin furtivamente. A los normandos de aquel tiempo con dificultad los ganaria otro en astucia, y así no se quejaron, pidiendo solamente que los restituyesen á Tierra Firme, de donde los habian sacado; pero mientras los griegos aseguraban su dominio en Sicilia, los normandos en desquite se apoderaron de las hermosas llanuras de la Apulla, y se fijaron en ellas. Guillermo, *Brazo de Hierro*, tomó el título de conde de la Apulla en 1043, y de cinco de sus hermanos menores que le acompañaron, Roberto Guiscard, que era el mayor, y Rugero, que era el mas jóven, se distinguieron sobre todos. 1043.

Guillermo repartió la Apulla, como cuanto poseia en la Calabria, entre sus hermanos Drogon y Humfroi, y entre los otros gefes normandos que le habian ayudado en su conquista; y cada uno de ellos fue soberano en su dominio. La ciudad de

Amalfi quedó en comun para celebrar en ella las dietas generales, cuando exigiesen su convocacion las necesidades del estado. De este modo la constitucion de aquellos normandos era una república aristocrática como la de Polonia, con corta diferencia, y Guillermo era la cabeza. En esta dignidad le sucedió Drogon su hermano, que en 1047 recibió del emperador Enrique II la investidura del ducado de la Apulla. Los originarios de aquellas provincias pretendieron sacudir el yugo normando, y formaron una conspiracion para asesinar á cierta señal á todos los normandos, aunque solo consiguieron matar á Drogon; pero Humfroi su hermano le reemplazó y vengó. Por su muerte Roberto Guiscard su sobrino sucedió en 1054 en los estados de su padre y de sus dos tios, y tomó el título de duque de la Apulla.

1047.

1054.

Con el fin de conseguir el favor del papa para la conquista de la Sicilia que premeditaba, se hizo feudatario de la Santa Sede en 1059. A Roberto le ayudó en su espedicion de Sicilia su hermano Rugero, á quien dió en aquella isla una buena parte con el título de conde de Sicilia, no sin habersele disputado y haberle hecho la guerra; pero se reconciliaron por su interes. Roberto, despues de añadir á sus estados los principados de Salerno, Benevento y otras tierras, despojos de los primeros señores normandos, murió en 1085. Le sucedió Rugero Bursa su hijo, y cedió su lugar en 1112 á su hijo Guillermo, que murió sin hijos en 1127. A Rugero, conde de Sicilia, que murió en 1101, le sucedió Simon su hijo primogénito, que solo reinó un año, y fue reemplazado por su hermano Rugero, el cual reunió en 1127 los es-

1059.

1085.

1112.

1127.

tados de la rama principal, que se estinguió por entonces; y en 1130 se hizo coronar rey de Si- 1130.
cilia, Apulla y Calabria.

Por este medio el nieto de un simple caballero normando llegó á formar una monarquía poderosa, y á sentarse entre los reyes. Casi al subir al trono estuvo para verle derribado por el emperador Lotario. Su desavenencia tenia por fundamento ó por pretesto la diferencia de opiniones con respecto á Inocencio II y el antipapa Anacleto. Sostenia Rugero á este último porque de él alcanzaba cuantos privilegios queria para su nuevo reino, en el cual no estaba del todo destruida la forma aristocrática introducida por Guillermo, *Brazo de Hierro*. Todavía duraban, con el título de *Barones*, los descendientes de los primeros compartícipes en las conquistas, y estos favorecian á Lotario, porque Rugero con los privilegios que lograba del antipapa, les vulneraba su autoridad. Su separacion le costó á Rugero el primer año mas de la mitad de su reino; pero reparó sus pérdidas, pues Lotario, emperador de Alemania, precisado á cuidar continuamente de sus estados, no era mas que enemigo pasagero, y para retirarle fue suficiente ganarle algunas victorias. Con los barones, enemigos interiores y mas temibles, se valió Rugero de las armas y la negociacion. Se le sometieron con diferentes condiciones, que, por no ser iguales ni bien esplicadas, fueron en el tiempo de sus sucesores la semilla de nuevos alborotos.

Se reconcilió este príncipe con los papas legítimos; y para no tener que hablar mas de los privilegios, será suficiente decir que los reyes de Nápoles y de Sicilia se condecoraron con el título de

legados apostólicos en todo su reino; y aunque esto no parecia mas que una distincion honorífica, con el tiempo establecieron los monarcas sicilianos un tribunal de legacía ó consejo, por el que tenian que pasar las bulas apostólicas.

Viéndose Rugero libre de la guerra doméstica, llevó sus armas al Africa contra los sarracenos, antiguos enemigos de sus estados, é hizo varias conquistas: sacó mucha riqueza, y algunos príncipes le pagaban tributo. Tambien fue contra los emperadores de Constantinopla, y logró varias felicidades, aunque mezcladas con desgracias; pero borró la vergüenza y deshonra de estas con el honor que le resultó de haber salvado á Luis el jóven, rey de Francia, de las manos de los griegos, que estaban para hacerle prisionero cuando volvia de la Tierra Santa: ventaja muy lisonjera para el nieto de un caballero frances; bien que Rugero mostraba grande afecto á sus antiguos compatriotas.

Le tachan de haber sido en estremo deseoso de guerras y conquistas, vengativo, aficionado al dinero, cruel, implacable, y de que se escedia en la justicia hasta los términos del rigor. A un príncipe de Barri, reo de varios crímenes, le hizo juzgar, y que sus mismos cómplices le colgasen de la horca, mandando despues cortar las orejas á unos, y sacar á otros los ojos. En el trato particular era Rugero tan afable y dulce, cuanto parecia duro y áspero en el público. Gustaba de los literatos, y se atrajo con mucha complacencia todos los sabios y artistas que pasaban por escelentes en su género. Estableció el buen órden en su reino, hizo sabias leyes, é instituyó los cargos de los principales oficiales de la corona, condestable, almiran-

te, canciller, todo á imitacion de la Francia. Habia tenido este monarca un hijo, llamado tambien Rugero, y le hizo reconocer por rey; pero este príncipe, la mas dulce esperanza de su padre, murió, y no dejó mas que un hijo, á quien se le disputó la legitimidad. Su esposa, muerto su marido, dió á luz una princesa que se llamó Constanza.

Pasó pues la corona á Guillermo, hijo segundo de Rugero. Tuvo, como su padre, desave- 1155.
nencias con los papas, y á estos se agregaron los barones de la Apulla, siempre prontos á aprovechar la ocasion de disminuir la autoridad de sus soberanos; pero en esta especie de guerras solo ganaba el pontífice; pues siempre obtenia algunos derechos en las condiciones de la paz, al paso que los barones, despues de haber declarado con altivez sus pretensiones, podian contar por felicidad quedarse como estaban.

El suceso mas sobresaliente del reinado de Gui- 1158.
llermo es la conjuracion de Mayon, hijo de un tratante en aceite y natural de Barri. Es preciso notar esta circunstancia de su nacimiento, porque se aumenta la admiracion al ver que un hombre de tan baja esfera concibió el proyecto de hacerse rey de Sicilia, y estuvo para conseguir su intento. Pareciéndole á Rugero que tenia este sugeto verdadero mérito, le ascendió desde secretario del consejo á vicecanciller, y despues á canciller. Reinando Guillermo llegó á ser almirante, primer ministro, y en una palabra, era los ojos, los oidos y el único confidente de su señor. Por estos medios vino Mayon á apoderarse del monarca, en tales términos, que separaba de él á cuantos pudieran instruirle en los

negocios, y le tenia rodeado de estrangeros aduladores, y cobardes esclavos, sujetos á sus órdenes, sepultándole así en la pereza, displicencia y absoluto desvío de todo lo concerniente al gobierno.

Al mismo tiempo abrumaba Mayon al pueblo con impuestos: cometia ó hacia cometer en nombre del rey mil vejaciones é injusticias, para que resaltando el descontento contra el monarca, todos le abandonasen cuando el pérfido ministro diese el golpe que premeditaba. Se habia asociado en su proyecto con el arzobispo de Palermo, llamado Hugo, que no le cedia en ambicion; pero no le habia revelado mas que la mitad del secreto, á saber: que era preciso asesinar á un rey afeminado é indigno del trono, y colocar en este á su hijo Rugero, tomando ellos, durante su menor edad, la tutela y la regencia, que prometia repartir con el prelado. No le habia confiado Mayon que su intencion era deshacerse de padre é hijo para sentarse él mismo en el trono.

Los malvados no son por mucho tiempo amigos. Estos opinaron diversamente acerca de la regencia, y el arzobispo empezó á hacer separadamente su partido, para el cual ganó á Mateo Bonelo, jóven de distinguido nacimiento. Tambien Mayon procuró atraerle con honores, y la promesa de darle su hija por esposa. No sin razon desconfiaban los traidores uno de otro; pues mientras el arzobispo hacia sus preparativos para que asesinasen á Mayon, ya este le habia dado á él veneno. No murió al punto el prelado; porque el efecto que hizo la ponzoña fue solo presentar síntomas de enfermedad. Acudió Mayon á visitarle, y como si se interesara mucho en su salud le proponia re-

Prision del Rey de Sicilia.

Abandonado Guillermo I. á su favorito Mayon, descuidaba absolutamente del reyno; y muerto Mayon, no disimuló su resentimiento contra el asesino y sus partidarios; pero estos, á pretexto de la indolencia en que continuaba el Rey sumergido, resolvieron deponerle, y con este fin le prendieron. No hubiera experimentado Guillermo I. tan miserable suerte si hubiese cuidado mas de la de sus vasallos.

T. I. Esquid. de aqua fe. J. Benfaz coc.

medios, que tal vez serian una dósis mayor. Hugo le dió afectuosamente las gracias, compitiéndose ambos en cortesanías; y mientras el prelado entretuvo con ellas á Mayon avisó á Bonelo, advirtiéndole que Mayon estaba con él sin defensa. Fue allá Bonelo sin detenerse, le mató á puñaladas; y al dia siguiente murió el arzobispo con el consuelo de que antes habia muerto su cómplice.

Se irritó mucho el rey con la muerte de su favorito, y no se sosegó hasta que le mostraron las insignias reales que Mayon tenia preparadas, ó que tal vez supusieron. Todavía no se enmendó el rey con esta leccion, y continuó viviendo en su indolencia, y conservando un secreto resentimiento contra Bonelo y los que le habian ayudado. No le disimuló tanto que no le advirtiesen: pensaron pues en destronar á un príncipe que ya habia bastardeado, y á quien miraban como indigno de la corona, y encerrarle por el resto de sus dias, poniendo en el trono al hijo. Todo estaba bien dispuesto, y entraban en el plan un tio y dos hermanos naturales del rey.

Los primeros esfuerzos debian salir de las prisiones que estaban en el palacio, en las cuales se hallaban varios señores arrestados como sospechosos, despues de la muerte de Mayon. Solo se esperaba á que volviese Bonelo de una espedicion á que habia ido á la Apulla; pero la indiscrecion de uno de los conjurados precipitó la egecucion, y se hizo tumultuariamente con la mayor confusion. Prendieron al rey, y le pusieron en un cuarto con buena guardia; pero contra la intencion de los cabezas, se entregaron los subalternos á los mayores escesos: saquearon, degollaron, y en la embriaguez de sus

escesos no perdonaron á las damas y mugeres que servian á la reina. Bonelo, aunque le llamaron con reiterados mensages, no llegó hasta el tercero dia de estos desórdenes. Ya habian paseado á Rugero, el hijo mayor de Guillermo, en un caballo blanco por las calles de Palermo, y le habian saludado rey de Sicilia. Le recibió el pueblo con las aclamaciones ordinarias; pero el triste silencio de los principales daba á entender que la conspiracion no lograba la aprobacion general.

Bien fuese por esto, ó bien por compasion de Bonelo hácia su soberano, á quien halló temblando, y ofreciendo hacer la dimision, porque sin duda entonces no se mostraria muy avaro de promesas; indignado el mismo Bonelo con los escesos cometidos en su ausencia, se reconcilió con el rey, y le restituyó á su trono. La mayor parte de los conjurados, no fiándose del perdon de Guillermo, ni de las gracias que les hacia, se retiraron á Grecia; y Bonelo, por menos prudente, llevó todo el peso de la venganza; pues con pretesto de otra nueva conspiracion le hizo el rey sacar los ojos, cortar los nervios de los pies, y encerrarle en un subterráneo, en donde vivió muy poco. ¡Triste egemplo de los que se mezclan en conjuraciones! La desgracia es que no sean muchos los que escarmienten. Todavía rompió otra conspiracion de los que estaban presos. Llegaron á tiempo los soldados, y los quisieron entrar otra vez en las cárceles; pero ellos se defendieron con el mayor valor, y todos quedaron en el sitio; prefiriendo la muerte á las cadenas y á estar esperando el suplicio. Libre Guillermo de estos peligros, continuó, á pesar de sus promesas, en abandonarse á la ociosidad y á

la indolencia; á la cual añadió la avaricia, la crueldad y otros vicios, que le dieron el sobrenombre del *Malo*. En un acceso de envidia mató de una patada en el estómago al jóven Rugero, su hijo mayor, porque le veia amado de los sicilianos.

Heredó la corona Guillermo II, que era el mayor de los dos hermanos que quedaron, y reinó bajo la tutela de su madre Margarita de Navarra. No se dejó de sospechar de esta princesa en la pretension de Mayon; y así la acusan algunos autores de haber conocido, favorecido y apoyado el proyecto de asesinar á su marido, y casarse con el asesino; pero si la hemos de juzgar con imparcialidad, mas parece haber sido una muger débil que mala. Era crédula, dócil con esceso, indolente, susceptible á recibir las impresiones de los que la rodeaban, é incapaz de remediar los desórdenes de una corte. Là de Sicilia, cuando murió su marido, ofrecia un espectáculo de desolacion: ministros codiciosos, injustos opresores de los pueblos, privados ambiciosos, cortesanos torpes, pérfidos, sin honor, ocupados solamente en engrandecerse: prelados sin reserva, sin vergüenza en sus desórdenes, vanos, ambiciosos, y en fin, cuantos vicios deshonran y envilecen á los que por su clase y nacimiento debieran ser los primeros modelos de virtud para los pueblos. 1166.

La menor edad de Guillermo II fue una continua agitacion de alborotos, y perpetua mutacion de ministros. Solo uno tuvo la regenta bueno, que era francés. Se llamaba Esteban de Rostrou: su padre era el conde de Perche. No tenia otro defecto para que no le pudiesen ver los sicilianos sino el

ser estrangero. Hizo la reina cuanto pudo por defenderle de las persecuciones; pero se vió precisada á abandonarle; y al fin él se retiró, sin llevar consigo mas que la estimacion. Tampoco pudo defender otra eleccion suya, que no la hacia tanto honor. Era esta la de un eunuco, llamado Pedro, á quien elevó á la clase de ministro; pero cuando depuesto partió, precisado por una faccion contraria, fue cargado de oro á gastarle entre los sarracenos, á quienes tenia muy obligados, porque durante su ministerio los habia favorecido á costa de la Sicilia.

Todo mudó de aspecto cuando tomó Guillermo II las riendas del gobierno. Admira mucho ver que un príncipe jóven, criado en una corte corrompida, y teniendo á la vista tantos y tan perversos egemplos, pudiese resistir al torrente del vicio, y llegar á ser un modelo de virtud. Sus vasallos le llamaron el *Bueno*, epíteto que por habérsele dado libremente, y despues de haberle esperimentado, vale por todos los elogios. Una sola falta le notan, y es la de política, que verdaderamente es muy grave, pues por sola ella envolvió á la Sicilia en guerras dilatadas y ruinosas. Todo consistió en haber casado á Constanza, su tia, con Henrique, rey de romanos, que fue despues emperador. Tenia esta princesa treinta y dos años, y la alternativa de su casamiento ó de su celibato era materia digna de deliberacion muy importante: porque el buen Guillermo no tenia esperanzas de tener hijos á causa de la esterilidad de su muger, y era un príncipe nieto del rey Rugero y sobrino de Constanza, aunque de mas edad que esta, la cual no dejaria de presentarse para heredar el trono.

1189. Así fue; porque Tancredo, hijo del príncipe

Rugero, cuya muerte tanto sintió el rey Rugero, su padre, suponia que se habia celebrado matrimonio entre el príncipe y la hija del conde de Lech, su madre, que por consiguiente era legítimo, y que como á tal le pertenecia el trono por representar á su padre, hermano mayor de Constanza; pero Guillermo habia puesto obstáculo á sus deseos, haciendo reconocer á Constanza su tia por heredera cuando la casó con Henrique.

Al punto que el sepulcro encerró las virtudes de Guillelmo el Bueno, y no el sentimento de sus vasallos, empezó á declararse la disputa sobre quien le habia de suceder. Los principales barones, viendo que entre ellos y el trono no habia mas que una muger y un ilegítimo, todos aspiraban á la corona. Con dificultad reunió Tancredo á su favor los suficientes. Muchos por altivez, desdeñandose de sujetarse á un príncipe de nacimiento equívoco, ó porque preferian obedecer á un príncipe que tenia léjos de allí su residencia, se declararon por Henrique: otros se quedaron neutrales. Se vió Tancredo reducido á resistir con fuerzas muy inferiores á casi todas las de Alemania, que cayeron sobre él. Tenia á su favor el deseo de los pueblos, y el voto de los hombres de bien, que habia ganado con sus bellas prendas. Se puso la victoria de parte de sus banderas constantemente, y él jamas abusó. Teniendo en su poder la suerte de su tia Constanza, porque se la entregaron los habitantes de Salerno, y siendo esta señora la única concurrente que podia temer, se la remitió al emperador su esposo colmada de honores y regalos.

No se duda que hubiera asegurado su corona, y la hubiera transmitido á su posteridad, si no le

hubiese arrebatado una muerte temprana. Le consumió la tristeza de haber perdido en su primogénito un jóven de gran valor y nobles prendas, al fin hijo digno de su padre. Este le habia coronado, y le perdió en la flor de su edad. Tuvo Tancredo tres hijas y un hijo; pero aunque usó la precaucion de poner en cabeza del hijo la corona, era demasiado jóven para sostener el peso.

1194. El emperador Henrique se declaró rey de Sicilia por el derecho de su esposa Constanza, y no tuvo quien le hiciese oposicion sino un rey en su menor edad, bajo la tutela de la reina su madre. Militaban en favor de Henrique y contra Guillermo la infidelidad de los barones, la inercia de los pueblos y alemanes aguerridos, con los recursos de la astucia y la mala fe. Mas le valieron al emperador estos dos medios que la fuerza. Ganados los grandes con promesas se vió la reina con su familia encerrada en un castillo, en donde pudiera haberse sostenido mucho tiempo; pero el artificioso Henrique la sacó de aquel asilo, ofreciendola el principado de Otranto para el rey su hijo, si este renunciaba el trono: y á ella la propuso darla tierras, dinero de contado para casar su hija, y pensiones. En el estado de desesperacion en que la reina se hallaba, eran estas unas condiciones ventajosas. Fue el jóven monarca llorando á poner su corona á los pies del vencedor, y á este nada le movieron las lágrimas de su sobrino. Así este reino, fundado por los descendientes de *Tancredo de Hauteville*, de las manos de los normandos, que le poseyeron como ciento y veinte años, pasó á los príncipes de Alemania de la casa de Suabia

1195. en 1195.

En un solo año manchó Henrique su reinado con cuantas crueldades pudieran cometerse en otro muy dilatado, porque faltó á todas las palabras dadas á la familia de Tancredo. A madre, á hijas, á hijo, y á todos los hizo llevar á una prision de Alemania. Al hijo apenas llegó á la adolescencia le sacaron los ojos, le hicieron eunuco, y murió en el mismo año. El castigo mas del gusto de Henrique eran estas dos crueldades juntas. Se las hizo sufrir á hombres ya hechos; y no contento con esto se complacia en dar otros tormentos como el de arrastrarlos atados á la cola de un caballo, y el de colgarlos cabeza abajo. En tan bárbaro tormento vivió dos dias un cuñado de Tancredo. Hizo el emperador desenterrar los cadáveres de Tancredo y de su hijo Rugero, para arrancarles las coronas, y las hizo clavar en las cabezas de dos zelosos partidarios de estos príncipes. Por estas horribles acciones le llamaron el *Neron de Sicilia.* Allí murió generalmente detestado, y se cree que le aceleraron la muerte con veneno; y la historia no deja de indicar alguna sospecha contra su esposa Constanza. 1195.

Poco le sobrevivió esta princesa; pero al morir declaró tutor de su hijo Federico y regente del reino al papa, señalando para esto la cantidad que se debia dar todos los años al pontífice, que era á la sazon Inocencio III, el cual cuidó bien de lo perteneciente al pupilo, y manejó su casamiento con Constanza hija de Alfonso II rey de Aragon, con la condicion de que este monarca habia de asistirle con todas sus fuerzas contra sus enemigos, y la de que si moria Federico sin tener hijos de Constanza, la corona de Sicilia seria de Fernando, hermano de esta princesa. 1197.

Pero durante la vida de Inocencio le pareció á este muy terrible el poder de Fernando, que ya era emperador, y le instó para que entregase el reino de Sicilia á su hijo Enrique, á quien habia hecho coronar, aunque sin haber abandonado él su autoridad. La desavenencia entre el Sacerdocio y el Imperio se hizo negocio de la mayor seriedad en tiempo de Gregorio IX. Hizo Federico algunos sacrificios para que el pontífice no procediese contra él; y aunque le escomulgó, tomó la cruz, y fue al viage de Tierra Santa para cumplir el voto que tenia hecho, no obstante las contradicciones que le habian suscitado. Tan temida era la escomunion, que entre los prelados que le acompañaban no hubo uno que se atreviese á ponerle en la cabeza la corona de Jerusalen, y le fue preciso tomarla de sobre el altar y coronarse á sí mismo.

1250. Se reconcilió Federico con el papa Gregorio, y despues se desavino con Inocencio IV, que le depuso en el concilio de Leon de Francia, y murió en la escomunion. Ademas de seis mugeres legítimas, tuvo muchas concubinas, y en sus espediciones militares llevaba consigo un serrallo de mugeres sarracenas. Le habian gustado mucho los viages de Levante por el lujo y delicias asiáticas. Por otra parte le agradaban los sabios, y era liberal, valiente, generoso y condescendiente con los enemigos que cedian; pero con los otros era soberbio, altivo y furioso. Le atribuyeron esta blasfemia: "Si el Rey de los Judíos hubiese visto el reino de Nápoles, no hubiera ponderado tanto la tierra de promision." Fundó Federico varias academias, y la famosa escuela de medicina en Salerno; hermoseó la ciudad de Nápoles, que los prín-

cipes de la casa de Suabia habian elegido para capital de los dos reinos, y de tantas mugeres no dejó mas hijos legítimos que Conrado y Enrique. Murió este último poco despues que su padre; y este para el caso de que los príncipes no tuviesen sucesion ó faltase su posteridad, habia llamado á Manfredo que le nació de una dama mas querida que las otras.

En los cuatro años que vivió y reinó Conrado, Manfredo, su hermano natural, tuvo el mas duro aprendizage de docilidad, porque aquel no le escaseaba disgustos, ni aun las afrentas. Todo lo sufria Manfredo con una paciencia que admiraba y le conciliaba los corazones. Tenia mas edad que Conrado, el cual murió de enfermedad á los veinte y seis años. Ya habia tenido grandes debates con los papas, y dejó un hijo en la menor edad, al que vulgarmente llamaban Conradino. Cuanto se habia hecho bueno en los reinos de Nápoles y Sicilia, era obra de Manfredo; y así Conrado, á pesar de su envidia, no pudo menos de emplearle en la guerra y en los negocios; por lo cual cuando murió el padre de Conradino estaban todos tan á favor de Manfredo que los estados le declararon tutor del príncipe.

Tuvo Conradino un contrario terrible en Ino- 1254.
cencio IV, el cual sin detenerse en regencias ni tutelas, declaró que los dos reinos eran de la Santa Sede, alegando en cuanto á la Sicilia la escomunion en que habian incurrido Conrado y Federico su padre; y en cuanto á la Apulla y la Calabria, que acababan de hacer juramento de fidelidad en manos de su legado, que se habia presentado con armas. Es verdad que el mismo Manfredo se ha-

bia prestado al homenage por no poder mas; pero luego que se vió con tropas hizo una valerosa resistencia, y ganó algunas victorias. Como Inocencio IV habia creido que ya era señor de los dos reinos, sintió tanto aquellos reveses de la fortuna, que murió de pesadumbre. Sostuvo Manfredo, y aun aumentó sus ventajas en el pontificado de Alejandro VI.

Hasta entonces habia peleado Manfredo como regente, y para librar la corona de caer en manos
1258. del pontífice. En 1258 se esparció la noticia de que Conradino habia muerto en Alemania, adonde le habia llevado su madre la princesa de Baviera. Manfredo, sin detenerse á mas examen, tuvo por cierta la noticia, de la cual no falta quien le suponga autor, y se hizo declarar rey de Nápoles y de Sicilia en virtud del testamento de Federico. La viuda de Conrado envió á decirle que su hijo estaba vivo, y que así dejase el cetro que tenia usurpado; pero Manfredo respondió que el reino le pertenecia legítimamente; pues le habia costado tanto quitársele á los enemigos, que de lo contrario le tendrian todavia; pero que sin embargo podria la reina enviar á Nápoles á Conradino, para que estando á su lado se diese á conocer en el pais, y se fuese haciendo á sus usos y costumbres. Hizo muy bien la reina en no aceptar el convite, si es cierto que Manfredo habia asesinado á los embajadores que le dirigió, y á los que enviaba al papa.

Con este motivo declaró Inocencio á Manfredo privado del reino, no como injusto detentador de la corona de su sobrino, sino como usurpador de unos estados que pertenecian á la Iglesia. Dejó esta pretension en manos de Urbano IX su sucesor;

y este, conociendo que Manfredo no se aterraria con la escomunion, pensó en tomar otro camino. Sus antecesores habian ofrecido la corona de Nápoles y Sicilia á varios príncipes persuadiéndose que la conquistarian. ¡Estraña preocupacion la de aquellos tiempos, pues daban estimacion á un regalo semejante! Ya el rey de Francia no le habia admitido, y Enrique III de Inglaterra tampoco quiso recibirle para su hermano ni para su segundo hijo. Cárlos, conde de Anjou, no se hizo de rogar y le aceptó.

En 1265 se concluyó el tratado entre Urbano y este conde, estipulando la renuncia del futuro rey á la soberania de todos los dominios poseidos por la Santa Sede en ambos reinos, y reversion de la corona á la corte romana en caso de faltar heredero legítimo. Cada tres años debia dar en homenage á la Santa Sede cierta cantidad considerable, y una hacanea blanca, presentada por el condestable del reino. En cada nuevo reinado habia de hacer juramento de fidelidad el rey, en Roma y por sí mismo, si esto se exigiese; y á estas condiciones se seguian cláusulas de socorros de dinero y de tropas en caso de necesidad, asegurando que no se tocaria á las inmunidades eclesiásticas. Por último se concluia exigiendo de Cárlos la promesa de reconocer y jurar él y los señores que le acompañaban, en la mas auténtica forma, conquistado que fuese el reino, que le tenia y sus sucesores le tendrian por pura liberalidad y gracia de la Santa Sede. 1265.

Firmadas estas condiciones, hizo Cárlos al punto sus preparativos: se le juntó una multitud de señores franceses, creyendo que iban á ganar el

cielo; porque habia publicado Urbano una cruzada contra Manfredo; bien que el papa, ademas de esto, procuró manejar para su protegido ciertas inteligencias en el mismo reino que habia de conquistarse. Le coronó pues en Roma, y le envió con algunos batallones á poner guerra á un rey bien establecido, cuyas tropas hasta entonces siempre habian triunfado. Pero nada resistió á la furia francesa.

Animados todos por la religion y el deseo de fama arruinaron las ciudadelas y escalaron las plazas; y aun se dice que en las que se rindieron no procedieron como buenos cristianos, y desagradaron mucho al papa. Ya por último se pusieron los dos egércitos á la vista uno de otro. Manfredo, por ser inferior en fuerzas, no debiera dar la batalla, pues ya empezaban á faltar los víveres al enemigo; pero creyó que si se detenia mas su egército, compuesto de sarracenos, sicilianos, pisanos, lombardos y alemanes, tropas mercenarias, se iria disipando; y se determinó á presentar el combate. El éxito fue muy funesto, pues pereció él, despues de haber hecho esfuerzos heróicos, y se halló su cadáver sobre un monton de muertos. Cárlos le trató indignamente, y le privó de los honores de la sepultura como escomulgado.

Vemos que los príncipes de aquellos tiempos se valian de las escomuniones para rebajar de los ánimos de los pueblos la opinion de sus rivales, y
1266. este fue un medio poderoso de que se sirvió Cárlos de Anjou contra otro competidor, que era temible por sus derechos, su valor, y el favor de los pueblos debido á las gracias de su juventud. Mientras Manfredo disputaba su reino con el protegido del

Cadaver de Manfredo.

Con fuerzas muy inferiores, y solo por recelo de la desercion de sus tropas, se arrojó Manfredo á dar batalla á Carlos de Anjou; pero no solo perdió en ella la corona de Nápoles y Sicilia, que habia usurpado á su sobrino, sino tambien la vida, habiendose encontrado su cadaver en un monton de muertos. Ciega la mala causa en la eleccion de medios para sostenerse, y la consequencia ordinaria es un precipicio.

T. I. Enguid. de ag. fec.

Jf Bonifaz con.

papa, iba creciendo Conradino en el palacio de Oton de Baviera, su abuelo materno, y daba esperanzas de que algun dia se le veria restablecer la gloria de la casa de Suabia. Los napolitanos, tratados con dureza por el feroz Anjou, empezaron á desear el renuevo de una familia cuyo gobierno, por moderado, echaban menos, y suspiraban por verle en el trono. Isabel, su madre, asustada con los riesgos á que su hijo habria de esponerse, hizo cuanto pudo para detenerle.

Conradino, mas sensible á los gritos de la fama que á las lágrimas de su madre, se arrancó de las delicias de la corte de su tio á los diez y seis años con Federico de Austria su amigo, y de la misma edad; y fue con intrepidez á acometer al vencedor de su tio Manfredo hasta en el centro de sus estados. Se puso en marcha con un egército de seis mil caballos, y con la esperanza de que al punto que pusiese el pie fuera de Alemania se aumentaria su egército con grande número de malcontentos. Aunque halló una bula en que el papa le escomulgaba si ponia el pie en Italia, no se detuvo el jóven príncipe; pero muchos de sus soldados se asustaron y le dejaron. Prosiguió Conradino con los que le habian quedado, proporcionándole su misma perseverancia nuevos soldados, y con algunas ventajas que logró acudieron otros á sus banderas. Engruesado su egército atravesó como vencedor la Lombardía, la Toscana, y fue recibido en Roma. El papa, que se habia retirado á Viterbo, viendo pasar al jóven príncipe por delante de los muros de esta ciudad, dijo por presentimiento: "Ahí va una oveja que llevan al matadero."

No obstante, si se hubiera de juzgar por lo

que parecia entonces, debiera haberse profetizado en favor de Conradino; porque el valor, la humanidad, la afabilidad, la persona y gracias del jóven príncipe, con sus prendas sólidas y brillantes, tenian interesada en su favor á toda la Italia. Su egército, lleno de ardor, era al doble mas numeroso que el de su rival. Cárlos, poco seguro de sus vasallos, apenas podia contar mas que con los franceses que le habian ayudado á triunfar de Manfredo; pero se habian disminuido mucho; mas sin embargo de su inferioridad, buscó la accion con ansia.

1268. Se dió la batalla en 1268, víspera de san Bartolomé. Al principio huyeron por todas partes las tropas de Cárlos; y los alemanes creyendo tener ganada la victoria, perseguian confusamente á los fugitivos, ó se ocupaban en despojar á los muertos. Conradino, Federico y los gefes principales se desarmaron; y sentándose sobre la yerba en un vallado, contemplaban desde allí muy gozosos á sus soldados que se apresuraban á gozar del fruto de la victoria. De repente vieron que los mismos soldados refluian vivamente perseguidos hácia donde ellos estaban, porque unos escuadrones enemigos, ocultos detras de un cerro, los habian sorprendido desordenados con la alegría, y los llevaban por delante. En vano procuraron los príncipes juntar y ordenar sus tropas; inútiles fueron sus esfuerzos, pues tambien fueron arrastrados con ellas; y dispersado el egército fue general la carnicería. Conrado y Federico, despues de haber andado errantes algunos dias, cayeron en manos de Cárlos.

No era la clemencia la virtud favorita de este príncipe: en todas las ciudades se levantaron por

orden suya cadahalsos, y todos los partidarios de Conradino de quienes pudieron apoderarse pasaron por los filos del cuchillo de los verdugos. Un año se estuvieron consumiendo los dos príncipes jóvenes encerrados en un castillo y reservados para el último acto de la tragedia. Todos los reyes de la Europa se interesaron en su suerte. Isabel, madre de Conradino, ofreció á Cárlos cantidades de dinero que pudieran haber reducido á un monarca que estaba en continuas urgencias por la falta de caudales; pero él permaneció inflexible, é hizo condenar á muerte á los prisioneros como reos de lesa magestad, perturbadores del reposo público y enemigos rebeldes de la Iglesia.

No pasaban estos príncipes de diez y siete años; les mandaron confesar igualmente que á otros muchos señores destinados á morir con ellos; les hicieron asistir al oficio y misa de difuntos en una capilla vestida de negro; estuvieron oyendo una larga predicacion llena de invectivas y anatemas; y los llevaron á la plaza del mercado de Nápoles. Cuando se vió Conradino en el cadahalso habló al pueblo demostrando la injusticia de la sentencia que le quitaba la vida y el reino que le pertenecia. En señal de la cesion que hacia de sus derechos tiró á la plaza el guante para que le levantase aquel que le quisiese vengar; y volviéndose á su amigo Federico le pidió perdon de haberle admitido á ser compañero en su desgracia. El amigo no le dió mas respuesta que arrojarse á sus brazos abrazándose tiernamente. Puso Conradino con valor la cabeza en el tajo: cayó esta: la tomó Federico en sus manos, la besó, la regó con sus lágrimas, y presentó la suya al verdugo, que se la cortó al primer golpe.

Sus últimas palabras fueron estas: *¡Ay madre mia! ¡Ay qué pesadumbre será la de mi madre por mi muerte!* La infeliz Isabel no desesperando de mover el corazon de Cárlos se habia embarcado con grande suma de dinero, capaz de haber tentado su avaricia; pero supo en el camino que ya era tarde. Se mudaron por su órden pabellones y velas, empavesando todo el navío de negro, y con tan lúgubre aparato llegó á Nápoles. Suplicó al rey que la permitiese levantar á su hijo un mausoleo, y aun este triste consuelo la negó: pues Cárlos habia determinado que su cadáver y los de los compañeros de su suplicio, careciesen de sepultura en tierra bendita, alegando que habian muerto escomulgados. A fuerza de empeños se consiguió que los sepultasen cerca del mar, en un sitio en que despues edificó el hijo de Cárlos un convento para espiar la crueldad de su padre. Así acabó la ilustre casa de Suabia. Esta catástrofe funesta puede mirarse como un castigo de las crueldades de la familia de Suabia contra la de Tancredo; pero está la desgracia en que el castigo cayó sobre un inocente.

Esta sangrienta egecucion aseguró el reino á Cárlos, el cual tomó el título de *defensor de la Iglesia;* y con efecto reconcilió con Roma á sus vasallos, á quienes habia separado Manfredo; mas no por esto los hizo por su parte mas felices. Horrible es la pintura que de su reinado hacen los historiadores; pues dicen que los pueblos estaban cargados de impuestos, y pisados del rey y de sus ministros: que hechos el blanco de la tiranía y las exacciones, gemian bajo del mas pesado yugo: que al mismo tiempo que la codicia de una

multitud de estrangeros favorecidos del monarca los despojaba de sus bienes, y con su insolencia los ultrajaba en las personas y en la honra, se cometia impunemente toda especie de injusticias: que corrian arroyos de sangre; y que en la mayor parte de las ciudades y villas estaban preparadas las horcas y cadahalsos. Cada familia, consternada y cubierta de luto, temia, entregada al dolor, cuando daria alguna víctima á los verdugos.

Por estos escesos dieron el epíteto de *tirano de las dos Sicilias* al que se llamaba el *defensor de la Iglesia.* Siempre, como sucede á los tiranos, andaba pálido, con el miedo de la venganza de los oprimidos, y no daba un paso sin ir acompañado de los egecutores de sus voluntades, interesados en la conservacion de su persona. El menor movimiento se prevenia con el rigor de los suplicios. De este modo esperimentaron los pueblos de las dos Sicilias, bajo la dominacion de los franceses, el justo castigo de la inocencia con que habian abandonado la casa de Suabia; pero tambien los franceses fueron á su tiempo castigados por sus exacciones; y Cárlos, que los introdujo en aquel pais que empapó en sangre, fue el primero que sufrió la pena de su barbarie en las desgracias que llenaron su corazon de amargura en los últimos años de su vida.

En su reinado se aumentó la ciudad de Nápoles: despreció la Sicilia y Palermo, que habia sido la corte mas favorecida de sus predecesores; y los sicilianos, que por estar mas distantes no eran observados en su conducta como los napolitanos, se atrevieron á una accion, que aunque no es única en la historia, no por esto es menos ter-

:

rible. Juan, señor de la pequeña isla de Prócida, y zeloso partidario de la casa de Suabia, se abrasaba en deseos de vengarla. Se conocia su intencion, y Cárlos hizo que espiasen todos sus pasos; pero Juan engañó su vigilancia, y se libró del hierro de los asesinos. Recorrió, disfrazado de religioso, la Sicilia; fomentó el descontento, y encendió en todas partes el fuego de la sedicion y el espíritu de venganza contra los franceses. Para que Roma, tan poderosa en aquel reino, no se opusiese á sus designios, supo ponderar varias faltas del monarca, en términos que el papa se mantuvo neutral. Fue á buscar enemigos contra Cárlos en Constantinopla y en Aragon. Pedro, su rey, se habia casado con Constanza, hija de Manfredo, y este fue un título para levantarse contra Cárlos. Conradino, primo de Constanza, cuando tiró el guante á la plaza desde el cadahalso, habia nombrado á Pedro, y á este se le entregó un caballero aragones, que fue el que le recogió: circunstancia de que se sirvió Juan hábilmente para encender al rey don Pedro en el noble deseo de vengar al desgraciado pariente de su esposa.

Asegurado con estos ausilios estrangeros para apoyar los esfuerzos interiores, todo lo fue disponiendo con el mayor secreto. El dia de Pascua
1282. de 1282, al toque de las campanas que llamaban á los fieles á vísperas, se sublevó el pueblo, fue corriendo por las calles, y derribando las puertas de las casas entró degollando á todos los franceses, sin perdonar á los niños, ni aun á las mugeres casadas con los tales estrangeros y embarazadas de ellos. Igual carnicería se egecutó en las demas ciudades al oir la misma señal, y por esto se dió

á esta matanza general el nombre de *Vísperas Sicilianas.* Un frances, llamado Guillermo de Porcelet, gobernador de una pequeña ciudad, fue el único esceptuado en consideracion á su virtud y probidad generalmente reconocida. A este le dieron una embarcacion para que se restituyese con su familia á su patria; pero todos los demas quedaron sacrificados al odio y á la venganza de los sicilianos. Se dice que escedió de ocho mil el número de las víctimas.

Estaba todo tan exactamente concertado, que dos dias despues de esta sangrienta egecucion llegó con tropas don Pedro, rey de Aragon. El tiempo fue el mas oportuno, porque los sicilianos empezaban á asustarse de su propio atrevimiento, y hablaban ya de recurrir á la clemencia de Cárlos, que era el mas desapiadado de los hombres. Recibido el monarca aragones con las mas alegres aclamaciones, se hizo coronar en la catedral de Palermo; y en aquel punto quedó el reino de Sicilia separado del de Nápoles, viviendo todavía el que los habia unido bajo de su cetro. Desde esta época tambien es la data del principio de las largas guerras, que costaron á la Francia tanto dinero y tanta sangre. Desde este tiempo fueron los pueblos de Nápoles y Sicilia el juguete de la ambicion de los príncipes, dándolos ó quitándolos segun por entonces convenia á su interes; y de aquí provenia que tratados mas como esclavos que como vasallos, no se aficionaban sinceramente á ningun soberano, ni habrá tal vez habido pais alguno en donde las revoluciones y alborotos hayan sido tan frecuentes. Un escritor que compuso la historia de sus sublevaciones, puso este título

á su obra: *Historia de las treinta y cinco sublevaciones del fidelísimo pueblo de Nápoles.*

Cuando Cárlos supo la horrible carnicería de Sicilia, la mas impetuosa y violenta que los hombres han visto, estuvo por algun tiempo sin poder pronunciar una palabra: ¡tan embargado le tenia la cólera! Mordia con movimientos convulsivos el baston que de ordinario llevaba, y se volvia hácia todas partes con espantosas miradas. Al punto hizo que se diese á la vela una escuadra, que antes habia destinado para Constantinopla. Desembarcaron sus tropas delante de Mesina; pero sus esfuerzos fueron infelices. Cayó en manos de sus enemigos su hijo, el príncipe de Palermo, despues de una derrota casi total. Le llevó el almirante aragones delante de Nápoles, y amenazaba con que iba á cortarle la cabeza si no le entregaban la princesa Beatriz, hija de Manfredo, á la cual despues de la muerte de su padre habian tenido encerrada en un castillo con su madre y un hermano todavía niño. Ya la madre y el hijo habian muerto de hambre ó de veneno; pero Beatriz, que les sobrevivió, entró en el navío victorioso, que llevaba cautivo al hijo del perseguidor de su familia. A este le encerraron en un fuerte castillo; pero debió la vida á la reina Constanza, que le libró de la rabia de los sicilianos, los cuales le pedian para darle la muerte. Cárlos, en los tres años que pasaron desde la separacion de la Sicilia hasta que murió, no esperimentó mas que desgracias. Oprimido de pesadumbres y disgustos, rendido al peso de sus infortunios y á la desesperacion que interiormente le roia, al fin de algunos dias de enfermedad espiró entre la cruel

incertidumbre de la suerte de su familia, de la cual el príncipe estaba en una prision. Algunos dicen que Cárlos de Anjou se ahorcó: digno fin de un tirano.

Estaba en una cárcel Cárlos II, llamado *el Cojo*, y gobernaban el reino de Nápoles los regentes, que su padre habia nombrado, todo el tiempo que duró su cautiverio, que fueron cuatro años. Salió de la prision casándose con una hija del rey de Aragon, y renunciando con toda formalidad el derecho á Sicilia en favor de un cuñado suyo. Murió la aragonesa, y Cárlos II casó con una princesa de Hungría: ocupándose únicamente en procurar la felicidad de los pueblos de Nápoles y de la Provenza, mayorazgo de la casa de Anjou. Viviendo él vacó el trono de Hungría, y Cárlos Martel, primogénito de Cárlos, fue llamado á este por el derecho de su madre. Murió, dejando un hijo llamado Charoberto, al cual pasó la corona. Viendo Cárlos II que ya aquel hijo tenia cetro, dejó en su testamento el de Nápoles á Roberto, duque de Calabria, que era el hijo segundo despues de Cárlos Martel. 1285.

Aunque no agradó á Charoberto esta division, no se atrevió á significar con demasiada claridad sus pretensiones durante la vida de su tio. Reinó Roberto gloriosamente: se hizo poderoso en Italia: llegó á ser el soberano de Génova; pero no le salieron bien muchas tentativas que hizo contra Sicilia, la mas rica joya arrancada de su corona, y poseida por Federico, hermano de don Jayme, rey de Aragon. El comandante en aquellas espediciones era el duque de Calabria su hijo, que aunque no gustaba de guerra la hacia con valor. Era 1309.

hombre que no podia ver sin afliccion los estragos que arrastra la comitiva de los héroes, aun los menos sanguinarios. Su padre descansaba en él de los cuidados mas penosos del gobierno. Supo establecer con tanto acierto la paz en todas las provincias, arreglando intereses que parecian hasta entonces incompatibles, que en el monumento que le erigieron le representaron con un grande vaso á sus pies, bebiendo juntos en él un lobo y un cordero. La muerte de este hijo, tan querido y tan amable, fue para el corazon sensible de Roberto un golpe cruel. A este monarca le llamaron *el Bueno* y *el Prudente.*

Habia dejado el duque de Calabria una niña llamada Juana; y su abuelo, que no tenia otro hijo, procuró darla una educacion digna de sus altos destinos. Con el fin de impedir las guerras que pudieran sobrevenir por las pretensiones de la rama de Hungría, resolvió unir los derechos, y envió una embajada á Charoberto su sobrino, pidiendole su hijo segundo Andres para esposo de su nieta.

Se desposaron los dos niños á los siete años de edad; y aunque se criaron juntos, no creció con ellos el amor. A Andres le gobernaba un religioso llamado fray Roberto, que su padre le habia dado por preceptor; pero era tan rústico que le hizo conservar los modales húngaros, incompatibles con los de la corte de Nápoles, en donde brillaba la galantería francesa, afinada con la delicadeza italiana. Cárlos el Bueno, y demasiado bueno, toleró esta educacion tan contraria á la de su nieta. Aunque desde luego se advirtió la indiferencia entre los dos, se procedió al matrimonio como que le

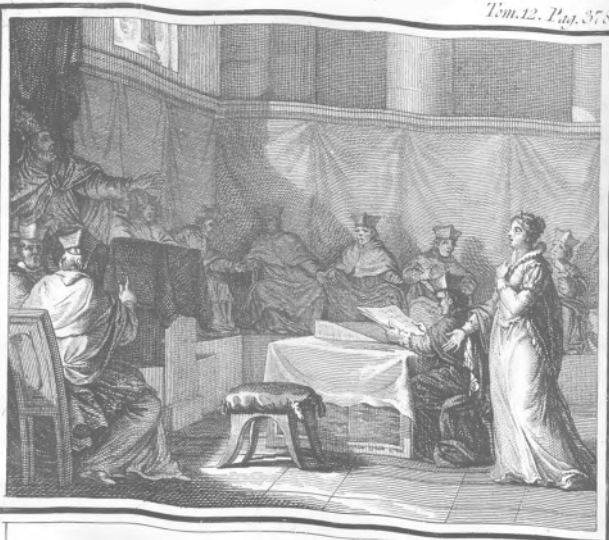
consideraban de necesidad política. Se celebró el himeneo con magnificencia y grandes demostraciones de alegría; pero el rey estaba interiormente afligido por haber tenido tan mala eleccion, y por haber sido el que unió el corazon y la suerte de una nieta que daba las mas bellas esperanzas, con un hombre tan grosero y sin mérito. Llevó consigo á la sepultura esta pena y el temor de las disensiones que habian de suscitarse despues de su muerte, por mas precauciones que habia tomado; habiendo sido una de estas que solamente su nieta fuese reconocida por reina. Para esto la nombró un consejo compuesto de los príncipes de su sangre y de las personas mas instruidas en la ciencia de gobernar y mas afectas á su familia, con la condicion espresa en su testamento de que su esposo, aunque llamado entonces duque de Calabria, no tendria parte en la autoridad.

Juana I, heredera de Nápoles, de Sicilia, de 1344.
los estados de la casa de Anjou en Provenza, y con el título de reina de Jerusalen, así que subió al trono hizo que se sentase en él contra la disposicion de su abuelo su esposo Andres. A pocos dias se hallaron con todo el poder fray Roberto y los húngaros. No obstante, como solamente habian coronado á la reina, pretendieron que tambien debia ponerse la corona en la cabeza de Andres, como que era heredero por su abuelo Cárlos Martel. Tal vez la reina, por ser mas inclinada á los placeres que á los negocios, se hubiera empeñado menos en gobernar por sí sola si hubiese tenido un esposo cuyo genio simpatizase mas con el suyo; pero mientras ella se hacia amable por sus gracias, y estimable por su penetracion, todos aborrecian y

despreciaban á su marido por sus modales groseros, por la pesadez de su limitado entendimiento, y por su vida ocupada en vagatelas, ó en diversiones que le envilecian.

Luis de Hungría, hermano de Andres, solicitaba vivamente con el papa (porque entonces se creia que sin él nada se podia) que permitiese coronar al marido de Juana. Sabiendo los señores napolitanos que llegaba la bula, y temiendo que la coronacion diese una autoridad absoluta á un príncipe á quien tenian por indigno, resolvieron prevenirse. La conjuracion tramada parece haberse egecutado por personas afectas á la reina, ó por Filipina, una de sus damas, el hijo de esta, una nieta suya, y dos caballeros calabreses. Le dijeron al príncipe Andres, que estaba en el cuarto de su esposa, que fray Roberto le esperaba para un asunto que urgia. Salió pues, y en medio de una galería, que era preciso atravesar, le echaron un lazo al cuello, y le ahogaron, arrojando el cadáver por una ventana.

Fray Roberto y sus húngaros estaban temblando que les quitasen la vida; pero se contentaron con despedirlos. Al ver el susto de la reina, que no tenia mas que diez y ocho años, y la incertidumbre de sus medidas, aunque el delito fue de sus criados, se hace juicio que no fue cómplice; y lo mas que se puede decir es que con la demostracion, demasiado clara de su aversion al marido, se animaron los que la servian de cerca á una maldad que les pareció debia agradarla. El rey de Hungría, á quien Juana despachó embajadores para justificar su conducta, no formó tan buena opinion de su inocencia; por mas que su cuñada, lejos de oponer-



Juana I. ante el Papa.

Fugitiva de su propio reyno Juana I. de Nápoles, como supuesta cómplice en el asesinato de su esposo, obtubo del Papa audiencia en Consistorio público; y en ella defendió con tal energia su inocencia, que declarada esta por sentencia, recobró con el amor de sus vasallos su trono. Mendiga el orador á favor del culpado frases seductoras, mientras el inocente vierte en cada palabra un convencimiento.

T.I. Engnid.s de 44. ftc.

Alex.s Blanes conel.

se á que se buscasen los culpados, hubiese hecho poner en la cárcel á los sospechosos y empezar el proceso. Declaró Luis altamente que habia de vengar la muerte de su hermano, y empezó á prepararse para efectuar su amenaza. Creyendo Juana que no podria resistir por sí sola á la tempestad, se casó pasado un año, con Luis, príncipe de Tarento, su pariente, que estaba como ella en la flor de su edad, y lleno de actividad y zelo; pero poco acreditado con los grandes y barones, que por sus feudos, y por el género de gobierno, tenian en su mano las principales fuerzas. Cuando llegó pues la tempestad, viendose Juana y su marido casi solos, y creyendo que no podrian resistir, cediendo á las circunstancias se retiraron á la Provenza.

Luis, rey de Hungría, entró en el reino de Nápoles como monarca irritado, y todo se rendia á su presencia. Recibió con mucha sequedad á los grandes, que le salieron al encuentro, y miró con desden al pueblo que se le postraba. Acercandose á la capital llevaba en la vanguardia de su egército un estandarte negro, en que estaba representada la muerte trágica de su hermano. Entró en la ciudad con el capacete en la cabeza; mandó quitar la vida á los señores convencidos de alguna condescendencia, y que espirasen los homicidas en los suplicios; justo rigor á que habia faltado la reina Juana.

Esta señora tenia muy en su corazon el deseo 1348.
de justificarse; y así fue á Aviñon, en donde estaba el sacro colegio, y suplicó á su Santidad que la diese audiencia en consistorio público, y abogó por su causa con elocuencia. Era jóven, hermosa, y desgraciada; y así se compadeció aquel tribunal de ancianos. Lo cierto es que no se vió prueba algu-

na contra ella. La sentencia declaratoria de su inocencia hizo impresion en su reino; y habiendose retirado de él Luis de Hungría, despues de haberle castigado, llamaron los deseos generales á Juana. Hizo el papa las paces entre ella y su cuñado, y este la dejó gozar tranquilamente de su reino con el esposo que habia elegido.

1355. Los quince años que pasó Juana con el príncipe de Tarento, á quien ella habia hecho rey, fueron los mas felices de su vida. Floreció el reino de Nápoles con su gobierno, y pudo hacer por la reunion de la Sicilia algunas tentativas, que aunque fueron infructuosas, siempre dejaban señalados los derechos y las esperanzas. Quedó viuda de treinta y seis años de edad, sin hijos que la sobre-

1362. viviesen, y celebró el tercer himeneo con el infante de Mallorca, príncipe jóven, y cuyo valor igualaba á su mucha gracia. Poco tiempo estuvo con ella: fue á socorrer á su padre, porque el rey de Aragon acometia á su isla: le hicieron prisionero; la reina le rescató; volvió á la guerra; le repudió su esposa; y se cree que murió en la misma guerra.

1370. Entonces, no sintiendo ya deseos de casarse, adoptó Juana, y declaró por heredero de los estados de Nápoles á Cárlos de Duras, esposo de Margarita, que era hija de su hermana María; pero fuese por haberse desavenido con este príncipe, ó porque reflexionó que en la edad de cuarenta y cinco años todavía pudiera ver su posteridad, se casó de cuartas nupcias con Oton, duque de Brunsvik, de la línea imperial, y de edad proporcionada á la suya. Para no asustar á Cárlos de Duras ni á su sobrina, á quienes habia adoptado y declarado sus herederos, puso por condicion que el nuevo es-

poso no tomaria el título de rey, contentandose con el de príncipe de Tarento.

Pero no agradó al hijo adoptivo un matrimonio que, si no paraba en darle rivales directos, podria por lo menos disminuir el afecto de su madre, y aquella parte de autoridad con que le habia lisonjeado. Esta fue la primera causa de entibiarse; y los favores de toda especie, los grandes bienes, y el total poder que dió á su esposo, fueron el segundo motivo de descontento. El rey de Hungría, á quien roia el corazon un antiguo rencor contra Juana, escitaba los zelos de Duras; y le ofreció tropas para que se hiciese confirmar irrevocablemente en los derechos que creia le habia de quitar la reina. De esplicaciones, reputadas por amigables, llegaron á otras mas agrias, y por último á las armas. Cayó Juana en la imprudencia de dejarse encerrar en el castillo del Huevo; é intentando Oton ponerla en libertad fue hecho prisionero.

Los provenzales, fieles á su soberana, se em- 1381.
barcaron para socorrerla; pero llegaron demasiado tarde, y cuando ya la tenian presa. Ofreció Duras restituirla á la libertad, si queria declararle heredero, no solamente de Nápoles sino tambien de sus estados de Provenza. Fingió Juana que consentia en la proposicion para hacer una visita y conferenciar con los capitanes de sus galeras. En la conferencia retractó la adopcion de Duras: declaró á su pariente Luis, duque de Anjou, heredero de Nápoles y de Provenza, mandando que le reconociesen, y diciendo: "Id pues á alistaros bajo de sus órdenes, pues de este modo me dareis pruebas de que estais agradecidos á los buenos oficios que siempre he hecho por vosotros, y de que os compade-

ceis del deplorable estado á que me veo reducida."

Al fin de la conversacion entró Cárlos en la sala, y en el continente que observó en la reina y sus vasallos, adivinó sus disposiciones, si es que no la estuvo escuchando secretamente. Hizo pues llevar á Juana á un castillo y allí la mandó ahogar con un género de muerte semejante á la del infeliz Andres, y aconsejado por el rey de Hungría. Juana I es el egemplar de las funestas consecuencias de su primer yerro. Desde la muerte de Andres, á la que no contribuyó, aunque tal vez la deseó, no pudo volver á ganar la estimacion de sus vasallos, que es el escudo principal de la soberanía. Su vida, mientras se gobernó por sí misma, es una cadena de inconsecuencias; sus frecuentes casamientos imprimieron en su reputacion cierta mancha de incontinencia; y sus variaciones, respecto de Cárlos de Duras, la nota de genio inconsiguiente. Su carácter principal fue la inconstancia; y la última prueba que dió, revocando la adopcion de Duras, cuando este príncipe la tenia bajo de su llave, mereció la catástrofe en que acabó sus dias; pero no disculpa á este príncipe del delito de ingratitud.

1382. No fue esta la última crueldad que Cárlos cometió, pues hizo degollar á su suegra María, hermana de Juana, á quien pertenecia la corona, y retuvo á Oton en un duro cautiverio. Las contribuciones de dinero que impuso á la nobleza dieron á esta clase espantadiza temores de vivir sujeta á un rey exactor. Tambien se desavino Cárlos con el papa, aunque le habia ayudado mucho á poner la corona en su cabeza. Cuando el nuevo rey de Nápoles se hallaba en estas circunstancias, se presentó Luis I, duque de Anjou, en las fronteras del rei-

no para sostener el derecho de adopcion que él tenia de Juana I. Le protegia el papa, bien que parece que no intentaba tanto hacerle triunfar como conseguir mas ventajas del rey amenazado.

Con efecto, luego que dió Cárlos al papa Urbano el principado de Padua, Caserta, Nocera y otros dominios, se puso el papa de su parte; pero aunque amenazó á Luis con la escomunion, si proseguia en su empresa, siempre iba Luis adelantandose. La muerte le detuvo sin embargo en el curso de sus victorias, y tal vez impidió que hubiera destronado á su rival. En consecuencia ya no se detuvo Cárlos en desavenirse de nuevo con el papa Urbano; pero tuvo este la fortuna de huirse de una ciudadela, en la cual le tenia sitiado Cárlos, poco escrupuloso y poco condescendiente. 1384.

Ya hemos visto que Cárlos estaba muy unido con Luis, rey de Hungría. Dejó este príncipe al morir, por no tener hijo varon, la corona á María su hija mayor, bajo la tutela de su madre Isabel de Bohemia; y los húngaros, teniendo por indecoroso obedecer á dos mugeres, llamaron á ocupar su trono á Cárlos, rey de Nápoles, á quien conocian; y este, sintiendo cierto rubor de faltar abiertamente á la gratitud que debia á su difunto amigo, quitando el trono á su hija, se presentó desde luego como gobernador del reino. Duró poco el disimulo, y así preparó una sublevacion, cuyo resultado fue pedirle por su rey el pueblo y la nobleza. Dijo pues á las dos reinas que él no apetecia la dignidad; pero que llamandole toda la nacion, podia ser muy peligroso resistir á aquel general deseo. 1385.

La princesa jóven declaró con toda firmeza

que nunca cederia una corona que habia heredado de su padre. La madre, mas prudente, aplacó á su hija; ambas fueron á llevar la diadema al usurpador; y este se la ciñó delante de ellas para que su coronacion fuese mas auténtica. ¡Estraño efecto de la inconstancia del pueblo! Cuando los húngaros vieron humilladas sus reinas, y precisadas á honrar con su presencia el triunfo del opresor, se apoderó de toda aquella junta una silenciosa tristeza. A las preguntas reiteradas por tres veces, segun la fórmula, de si reconocian á Cárlos por su rey, ninguno respondió. Ya esto era mucho; pero lo que despues se siguió debiera dar que pensar al usurpador para que tomase sus precauciones. Todos le miraban mal; todos huian de él; y por el contrario la multitud del pueblo, apresurandose al rededor de las reinas, cuanto mas groseramente las habian abandonado mas deseaban manifestarlas su sentimiento. El mas seguro testimonio del arrepentimiento hubiera sido restituirlas al trono, de donde se las habia hecho bajar; pero esto no podia ser sino precipitando al usurpador. Despues de alguna dilacion se resolvieron; y el homicida de Juana su bienhechora, el ingrato opresor de la familia de su amigo, Cárlos de Duras, fue herido de un golpe mortal en la habitacion de las dos reinas.

1386. Le sucedió en el reino de Nápoles Ladislao su hijo bajo la tutela de su madre Margarita. Esta le casó con una princesa amable, llamada Constanza de Clermont. Se divorciaron por razones políticas. Volvia entonces Luis de Anjou á Italia, reclamando los derechos heredados de su padre, y el papa prometió á Ladislao lanzar sus rayos contra su competidor. Ladislao, aunque dejó á Constanza, no la

quiso hacer infeliz, y así la casó con un señor jóven, á quien se la suponia inclinada; pero aunque esta inclinacion quedase satisfecha, no quiso Constanza que ignorase el monarca el vivo resentimiento que conservaba por la afrenta que la hacia; y al dar su mano al nuevo esposo, le dijo: "Andres de Capua, bien puedes contar que eres el caballero mas dichoso del reino, pues vas á tener por concubina la legítima esposa del rey Ladislao, tu señor."

A Luis de Anjou le sostenia el papa, que tenia su silla en Aviñon; mas á pesar de esto se vió precisado á abandonar sus proyectos sobre el reino de Nápoles, y solo quedó soberano de la Provenza. Reinó gloriosamente Ladislao: fue llamado á la corona de Hungría: no hizo, por decirlo así, mas que probarsela; pero conservó el título, y le transmitió á sus sucesores. En el conflicto que causó entre los papas el grande cisma, se apoderó Ladislao por tres veces de Roma con las armas en la mano. Sin embargo, mas le ocupaba Venus que Marte, pues hay pocos egemplares de príncipes tan entregados como él á los placeres del amor, á no ser Juana II su hermana, que le sucedió. A los treinta y ocho años la dejó el trono su hermano; y para esplicar la enfermedad de consuncion, que le quitó la vida, basta su incontinencia desenfrenada, sin recurrir á cierta composicion con que dicen se frotó una de sus damas con la esperanza de que aquel misto amatorio le haria inseparable de ella; y se asegura haberla proporcionado uno de los enemigos que querian deshacerse del rey aquel específico envenenado, que con el placer introdujo la muerte en las venas del rey.

1414. A ser de inferior clase Juana II, sería su vida la de una despreciable ramera. Subió al trono, ya viuda, mas no sin un favorito declarado, llamado Pandolfo, su mayordomo mayor, y con otro menos público, que se llamaba Esforcia. Se desavinieron los dos rivales; pero se reconciliaron presto, teniendo por conveniente no hacerse daño por unos favores que podian repartirse entre los dos. Pensaba no obstante Juana en el matrimonio, porque le juzgaba necesario para mantener su autoridad; y se casó con Jacobo, conde de la Marca, de la casa de Francia, aunque conservando sus galanes. Halló el marido medio de deshacerse de ellos, y dispuso que observase la conducta de su muger un escudero frances anciano, que no la perdia de vista. Para aprovecharse de esta especie de entredicho impuesto á la reina, y hacerse dueño absoluto, hubiera sido necesario tener ganados á los napolitanos, porque no llegaba á aborrecimiento el desprecio que hacian de Juana; pero hizo Jacobo el desacierto de desagradar á los italianos, repartiendo pródigamente las gracias á los franceses. El interes despertó la condescendencia en el corazon de los vasallos, y estos sacaron á su reina de la sujecion en que estaba. Auxiliada de un nuevo favorito, llamado Serciani, á quien hizo su senescal mayor, puso ella tambien con buena guardia á su esposo; y este no consiguió la libertad sino con la condicion de volverse á Francia. Partió con efecto, y no volvió á verla.

Todo el resto de la vida de esta princesa es un conjunto de inconsecuencias, desórdenes y caprichos que no merecian recopilarse, á no haber tenido influjo en la suerte de una monarquía. El

que nombró para que supliese por Serciani, que estaba ocupado en una comision distante, llamó á Luis de Anjou, nieto del enemigo de Cárlos de Duras. La intencion de este favorito era conseguir apoyo contra Serciani, que ya volvia; pero este á su vuelta tomó mayor ascendiente, porque la misma ausencia habia hecho que la reina sintiese el aprecio y estimacion en que le tenia. La aconsejó pues que á Luis le opusiese á Alfonso rey de Aragon y de Sicilia. 1417.

Adoptó pues á este príncipe; y viendo que el adoptado queria adelantar su autoridad mas allá de los límites que Juana le prescribia, revocó la adopcion. Dejó Alfonso á la reina, y se restituyó á Sicilia, de donde le habia llamado. Perseguida por Luis de Anjou, se valió contra él de las armas de la adopcion; pero se desavinieron, y sumergida por su mala conducta en nuevas dificultades, renovó la adopcion de Alfonso. Volvió otra vez á Luis; y por último murió, habiendola precedido á la sepultura Serciani, de quien tambien se habia disgustado, y á quien luego que se supo su desgracia habian quitado la vida. 1435.

Luis III, contando como título seguro la adopcion de la reina, y muriendo antes que ella, habia legado este derecho á su hermano Renato de Anjou, y Juana confirmó esta disposicion en su testamento; por lo que en su muerte salieron tres competidores, á saber: este Renato, Alfonso y el papa Eugenio IV. Pretendia este que por la estincion de la posteridad de Cárlos de Duras, y en virtud de lo tratado con este príncipe, pertenecia el reino de Nápoles á la Santa Sede; pero como los barones no hicieron aprecio de un derecho arrancado

:

por la necesidad, se dividieron unos por Alfonso, y otros por Renato. Por un efecto de las guerras que los principales vasallos se hacian en Francia, se hallaba Renato prisionero del duque de Borgoña cuando el mayor número de los señores napolitanos fue á Francia á ofrecerle la corona. Isabela su esposa se embarcó en el instante para ir á sostener el derecho de su marido; mas el tiempo que se perdió mientras se negociaba la libertad de Renato, proporcionó á Alfonso los medios de fortificarse; y así se hizo dueño de Nápoles y de la mayor parte del reino; y aun estuvo en muy poco que no hiciese prisionero al de Anjou. Este, cediendo á su desgracia, se restituyó á Francia, y llevó á Provenza su benignidad, su bondad, su aficion á las letras, y otras amables prendas de que se aprovecharon los provenzales; y aun las han celebrado por largo tiempo, conservando en sus canciones la memoria de las virtudes del buen rey Renato.

En el reinado de Alfonso se unió la Sicilia á Nápoles, habiendo estado separada por mas de ciento sesenta años. Ya hemos visto que Pedro, rey de Aragon, juntando los derechos de su esposa Constanza, hija de Manfredo, con los de Conradino, sacrificado por la ferocidad de Cárlos de Duras, habia entrado en Sicilia en 1282 sobre los cadáveres de los franceses, muertos en las Vísperas Sicilianas. Se sostuvo contra Cárlos y contra las fuerzas de la Francia llamadas en su socorro. Le sucedió su hijo Jayme en 1285. Por las disposiciones políticas habia puesto la Sicilia otra vez bajo el yugo de Nápoles; y los señores sicilianos, temiendo la pesadez de este yugo, ofrecieron la corona en 1296

1282.

1285.

1296.

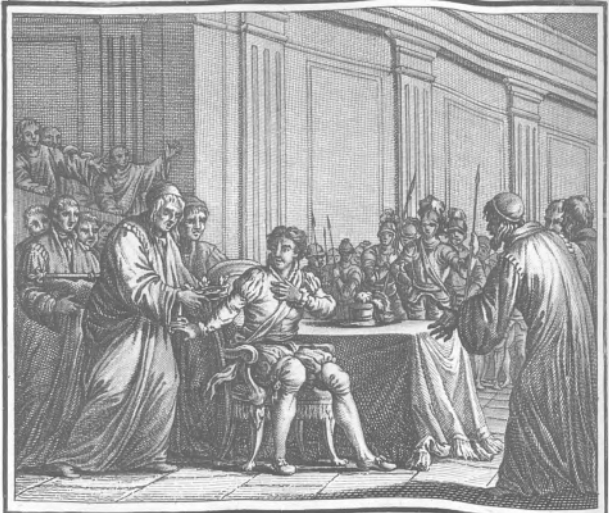
á Federico II, hermano de Jayme, y la aceptó; pero tuvo que combatir no solo contra el rey de Nápoles, sino tambien con su mismo hermano Jayme de Aragon, que tomó las armas para sostener la cesion que habia hecho.

Cuarenta años de guerra entre estos príncipes, guerras de familia, como los pleitos entre parientes, fueron interrumpidas con tratados de paz, cuyo fundamento eran las circunstancias mas que la justicia; y así se cumplieron mal. Por un tratado de estos, y el mas célebre, se permitió á Federico que pudiese tomar el nombre de rey de Tinacria, y que con este título poseyese la Sicilia hasta que el rey de Nápoles pudiese procurarle la Cerdeña, el reino de Chipre y otros estados: pues Federico en este caso deberia dejar la Sicilia, y esta por ningun acontecimiento podia pertenecer á sus hijos. No obstante, contra el tenor espreso del tratado, la dejó en 1337 á su hijo Pedro, príncipe de limitado entendimiento. Dos insolentes favoritos, llamados los *Palizas*, abusaron de su corto talento para alejar del rey á los que podian darle buenos consejos: pero este mismo defecto fue para ellos funestísimo cuando necesitaron la proteccion del monarca para librarse del furor del pueblo indignado con su arrogancia: pues el rey los abandonó; y Juan, hermano del rey, á quien habian querido perder, los salvó. Tomó este la tutela de su sobrino Luis, el cual en 1342 sucedió á su padre. 1337. 1342.

Lo que resta que decir de los príncipes de Aragon, como soberanos de Sicilia, apenas es mas que una crónica. Luis, todavía muy niño, fue reconocido por rey, y todo fue bien mientras vivió Juan su tio; pero muerto este, sucedió al buen órden una

general anarquía. Se vieron tan embarazados para reemplazar el tutor, que fueron á buscar una abadesa hermana de este, y la entregaron las riendas del gobierno. Pasó el primer entusiasmo de estimacion que les habia hecho buscar la monja, y se burlaban de ella. Volvióse á su convento, y la sa-
1355. caron otra vez, nombrandola en 1355 tutora de Federico, sucesor de su hermano Luis, que murió sin dejar hijos á los diez y siete años. Federico, despues de un reinado tempestuoso, en el cual fue envilecida la magestad real, murió en 1367, y no dejó mas que una hija llamada María.

Los que se interesaban por ella, tuvierón por conveniente transportarla á España para sustraerla de los peligros que la amenazaban en su isla, llena de facciones y cábalas. Se casó en España con Martin, príncipe de Aragon; y regresados los esposos á Sicilia, murieron allí despues de un corto reinado. El rey de Aragon heredó de su hijo Martin la
1409. Sicilia en 1409; pero le duró el cetro solo un año; pasando por su muerte á Fernando de Castilla, su sobrino y heredero, y despues á Alfonso su hijo mayor, á quien la adopcion de Juan II hacia ya rey de Nápoles. De este modo la guadaña de la muerte hizo desaparecer á todos los competidores á fuerza de abatir cabezas, y dejando solo una, en la cual se colocó la corona de los dos reinos. Pocos príncipes han sido tan dignos de llevarla como Alfonso I, llamado el *Magnánimo*. A un valor distinguido reunia un fondo de humanidad capaz de inmortalizar su memoria, por ser su deseo habitual hacer felices á todos los hombres. Para esto daba con mucho agrado, y negaba con pena y sentimiento; y no pasó dia en que no hiciese algun



Pundonor de Federico.

Los conjurados contra Fernando II. y su primogénito Alfonso, respetando las virtudes del segundogénito Federico, le ofrecieron la corona; pero él mirando como afrenta que le hubiesen creido capaz de usurpar los derechos de su padre y hermano, la despreció con indignacion. Sabía que la corona en las sienes del usurpador dexa de ser signo de la suprema autoridad, y baxa á serlo de la mayor vileza.

T.L. Enguid.t de aq. fte.

Jf. Fonseca conc.

bien. Gustaba este príncipe de las ciencias, y por consiguiente protegia á los sabios. Le reprenden la pasion que tuvo á Lucrecia de Alagno tan ambiciosa como bella; pero merece observarse que su amor, con ser tan vivo, no pudo vencerle á que condescendiese en repudiar á la reina, siendo así que para con esta se hallaba mas que indiferente. Lucrecia suponia que no pudiendo conseguir casarse con su amante, habia hecho con él siempre el papel de la famosa romana, cuyo nombre tenia. De otra dama tuvo Alfonso un hijo llamado Fernando, al cual hizo criar á su vista, legitimó, y dejó en su testamento la corona de Nápoles.

Sostuvo este príncipe con valor y firmeza los 1458.
asaltos que dieron á su trono Renato y Juan de Anjou, que pretendieron resucitar con mano armada los derechos de su casa. Las primeras victorias no dejaron de inquietar á Fernando; pero despues se hizo superior á ellos, puso en fuga á los dos competidores, y aterró al partido frances. Habia dejado Alfonso el gobierno á su hermano Juan, que vivió hasta los ochenta años, y murió en el de 1479. 1479.

Por todo este tiempo dejaba Fernando II reinar en Nápoles mas que él á Alfonso su hijo, con todos sus vicios; porque como al padre no le faltaban, condescendia con el hijo. Provocaron con sus desórdenes una conspiracion; y los conjurados, haciendo justicia en medio de su odio, creyeron que no debian comprender en el castigo á toda la familia, y así ofrecieron la corona á Federico, hijo segundo de Fernando, príncipe moderado, afable y arreglado en las costumbres; pero despreció la oferta con indignacion, persuadido á que

le hacian una afrenta en creerle capaz de faltar á su padre y á su hermano. Con esto se agriaron los corazones de los malcontentos, y tomaron las armas; pero las dejaron á instancias de Fernando, que les hizo las mas bellas promesas. Cuando él se vió mas fuerte, ninguna cumplió, y mandó quitar la vida á los conspiradores. Gobernaba por entonces la Sicilia un virey, bajo las órdenes de Fernando II rey de Castilla.

1494. No fue Alfonso en el trono mas moderado que su padre, ni mas circunspecto en sus desórdenes; pero tenia grande interes en ganar la estimacion de sus vasallos, porque se le iba obscureciendo el horizonte, y por la parte de la Francia le amenazaba una gran tempestad. El buen rey Renato de Anjou, transfiriendo al morir sus derechos al conde de Mayne, su sobrino, los hizo pasar á Luis IX por una serie continuada de familia. A la verdad este Monarca no tomó empeño en hacerlos valer; pero Cárlos VIII su hijo no los miró con la misma indiferencia. Era jóven deseoso de gloria, y pasó los Alpes; sus banderas, acompañadas de la victoria, tremolaban soberbiamente en Roma, y llegaron hasta los muros de Nápoles. El vicio, por lo comun, es cobarde; y Alfonso, aunque no estaba destituido de todo recurso, viendo tan cerca al enemigo, renunció en favor de su
1495. hijo Fernando. Este príncipe sufrió la pena de las culpas de su padre, porque no halló en sus vasallos mas que indiferencia y frialdad. Sin embargo los desórdenes de los franceses en su conquista, la partida de Cárlos VIII á la Francia, y su muerte, dieron alguna energía al partido de
1496. Fernando; pero este príncipe murió cuando em-

pezaba á concebir justas esperanzas, y dejó la corona á su tio Federico, el mismo á quien los malcontentos habian querido en otro tiempo colocar en el trono en perjuicio de su padre y de su hermano.

El no haber querido aceptar la corona habia dado de él una idea poco ventajosa, y radicado contra él mismo un desprecio, que no pudo vencer por mas que hizo. El afecto de sus vasallos se repartió entre los reyes de Francia y de España, Luis XII y Fernando rey de Aragon. Estos monarcas hacian subir sus derechos hasta las variaciones de la inconstante Juana II, que habia sucesivamente adoptado las casas de Anjou y de Aragon. Sostenian aquellos príncipes, así el uno como el otro, que Federico, descendiente de Fernando, hijo legítimo de Alfonso, no tenia derecho alguno á las coronas, que eran de ellos. El desgraciado Federico viéndose casi abandonado, se puso en manos de Luis XII, por parecerle el mas generoso entre los competidores; y este admitiéndole en Francia con su esposa y sus hijos, les concedió una fortuna que pudiese satisfacerlos, si es que hay algo capaz de consolar en la pérdida de un reino.

El frances y el español se repartieron los estados de Federico en 1505; y Fernando, que era el mas sagaz, suponiendo que en el repartimiento habia dado mucho mas á Luis, pidió que en resarcimiento se le confiase la custodia de la viuda y de los dos hijos de Federico, que murió poco despues. Luis XII, cuya debilidad no admite escusa, exhortó á la viuda á que pasase á España, diciéndola que segun lo convenido entre él y Fernando 1505.

no la daria cosa alguna para su subsistencia si no lo hacia. No la pareció á esta princesa que debia confiar sus hijos á Fernando, cuya política estaba interesada en deshacerse de ellos; y así se retiró á Ferrara, en donde vivió pobremente.

1516. Por el tratado entre los dos reyes, se vieron los napolitanos y los sicilianos como las ovejas encerradas en un redil; pero los pastores, siguiendo la comparacion, mudaron varias veces los límites de la cerca de sus dominios, y por último se vió que Fernando tenia la mejor parte. Debió todas sus victorias á Gonzalo Fernandez de Córdoba, el *gran Capitan*, á quien este príncipe, poco guerrero, habia enviado, no solo para que defendiese sus posesiones contra los franceses, sino tambien para que las adelantase en perjuicio de estos. Lo egecutó tan felizmente aun antes de la muerte de Luis XII, que fue muy poco lo que les dejó en aquel reino; por lo cual Fernando tomó casi sin contradiccion el título de *rey de Nápoles y de Sicilia*.

Gobernó los dos reinos por medio de vireyes, y lo mismo hicieron sus sucesores. Regularmente se elegian estos vireyes de los principales señores de España, y necesitaban de grande habilidad para gobernar estados tan incoherentes: porque la nobleza napolitana y la siciliana, iguales en clase, riqueza y orgullo á los vireyes, siempre estaban dispuestas para medir su obediencia, y para exasperarse con las órdenes que las parecia atentaban ó derogaban sus privilegios, ó que se les intimaban sin los miramientos debidos. En casi todas las ciudades habia cuerpos municipales revestidos de alguna autoridad, y aun algunos con honores de senado. El pueblo, compuesto de franceses,

italianos, españoles y alemanes, que tenian por tan largo tiempo inundado aquel infeliz pais, no conocian entre sí principio alguno de confraternidad; y como eran hijos de soldados, conservaban la propension al robo y la ociosidad; por lo cual las rebeliones eran frecuentes, se propagaban rápidamente, y rompian con escesos que jamas se contenian sino con la fuerza y los castigos. Cárlos V gobernó á los napolitanos y sicilianos con un teson que ya parecia escesivo, porque en nada condescendia con los deseos de los pueblos y los grandes. Sostuvo vireyes conocidamente duros, codiciosos y aun desarreglados; y por negarse á retirarlos fue causa de las sediciones que tuvo que castigar severamente. No obstante, no pudo introducir la Inquisicion, que despues estableció Felipe II, porque se sublevó el pueblo con tal furor, que el emperador no sosegó el tumulto hasta que envió una carta satisfactoria, cuyo sobrescrito decia: *Al fidelísimo pueblo de Nápoles.*

Como los reyes de España que despues tu- 1555.
vieron el cetro de Nápoles, no hacian mas que mostrarle desde lejos á aquellos vasallos, la historia debe ocuparse mas en los representantes que en los representados; y así indicaremos los primeros. En tiempo de Felipe II obtuvo el duque de Alba la dignidad de virey en ocasion muy delicada; porque Paulo IV queria entregar Nápoles á la Francia, y el duque conservó para la España este reino, mereciéndose el título de *libertador de la patria.* La prudencia, vigilancia y discrecion, caracterizan el gobierno del duque de Alcalá su sucesor, el cual protegió el comercio, é hizo construir caminos reales, puentes, y otras obras mag-

níficas y preciosas. Granvela, con ser cardenal, no siempre aprobó los derechos que alegaba la corte de Roma; y luchó valerosamente contra ella en favor de la autoridad real, de que era depositario. El marques de Mondejar hacia beneficios; pero de un modo que no se los agradecian; y aunque le tributaban estimacion, nunca llegó á ser amado. De don Juan de Zúñiga se conserva en memoria el rasgo de humanidad con que estableció enfermerías en las cárceles. Despues de su vireinato, que no se daba hasta entonces por limitado tiempo, se redujo á tres años. Las agudezas del duque de Osuna resuenan todavía en la boca de los napolitanos, porque tuvieron en él un protector incorruptible; pero no le amaban los grandes de aquel reino. Ningun otro despachó los negocios con mas prontitud, sagacidad y discernimiento. El conde de Miranda, gran justiciero, limpió el reino de malhechores. Al conde de Olivares llamaron los españoles el *Papelista*; porque siempre estaba rodeado de cartas y memoriales, y no cesaba de revolver papeles. Era de carácter austero, y suprimió las fiestas y diversiones que sus predecesores concedian al pueblo; pero daba audiencia á todas horas. Don Garcia de Toledo fue demasiado tarde al socorro de Malta por espresa órden del rey Felipe; fue castigada su lentitud por aquel mismo que la habia ordenado; pero ninguno se engañó: y así la vergüenza de la tardanza vino á recaer sobre el monarca. Palermo debe al marques de Pescara una academia de bellas letras.

1598. Don Fernando Ruiz de Castro, conde de Lemus, disipó en el reinado de Felipe III una con-
1600. juracion peligrosa, tramada en 1600 por Tomás

Campanela, que vendiendose por astrólogo, sembraba principios de insubordinacion. Estaban el pueblo y los nobles generalmente descontentos con los impuestos escesivos, y juntó Campanela hasta mil ochocientos bandidos, á los cuales habia de favorecer un bajá turco, comandante de muchas galeras cargadas de tropas. Se descubrió la conjuracion; y tuvo Campanela tal destreza, que pasó por loco, y solo le condenaron á prision; pero se huyó de la cárcel. Dió el conde de Lemus mucho lustre á la universidad de Nápoles, levantando magníficos edificios, y arreglándolo todo con la mejor disposicion para el adelantamiento de las ciencias. El segundo duque de Osuna forjó en Nápoles las cadenas con que pretendia sujetar á Venecia; y habiéndose malogrado la conjuracion, fue desaprobada, aunque no castigada, su conducta.

En tiempo del segundo duque de Alba y del duque de Alcalá, los reinos que gobernaban como vireyes á nombre de Felipe IV, fueron asolados con temblores de tierra, y con multitud de impuestos, no menos terribles que las plagas de la naturaleza. El conde de Monterey y sus sucesores, don Ramiro y don Alfonso Enriquez, estuvieron continuamente ocupados en mantener la balanza entre las exacciones de la corte y las facultades de los contribuyentes. El duque de Arcos, que les sucedió en 1647, viéndose igualmente apurado para satisfacer al fisco español, cargó un impuesto sobre las legumbres y las frutas, alimento principal del pueblo de Nápoles. Empezó á murmurar este, y se juntaron los magistrados en el palacio del virey; pero mientras conferenciaban sobre el modo de sustituir otra contribucion y suprimir aquella, 1621. 1647.

se sublevó el pueblo, y eligió de la clase mas baja un gefe llamado Tomas Anielo. Este subió á un cadahalso haciendo que le sirviese de trono. Llevaba una espada en lugar de cetro; y rodeado de cincuenta mil hombres, enviaba desde la plaza del mercado destacamentos que fuesen por las calles despojando y robando. Hizo significar al virey cuales eran sus pretensiones, y todas se las concedió; pero soberbio con el buen éxito, redobló su arrogancia hasta cansar con su jactancia y sus caprichos á los mismos que le habian elegido. Como el pueblo no se detiene en los medios, y Anielo no le agradaba, le quitó la vida: clavaron su cabeza en un poste, y parecia que el pueblo se estaba saciando placentero con aquel espectáculo; pero al dia siguiente le hizo magníficos funerales.

No se sosegaban los amotinados: pidieron al virey que les entregase los castillos; y negada esta peticion, se prepararon á sitiarlos. Se ofreció á dirigir sus operaciones el príncipe de Masa, que estaba secretamente de acuerdo con el virey; pero como suspendia con diversos pretestos el ataque, sospecharon de su inteligencia, y le asesinaron, eligiendo en su lugar á Genaro Aneso, hombre de bajo nacimiento, pero criado en la profesion de las armas, y conocido por sugeto diestro y atrevido. Noticioso de aquellos movimientos el rey de España, envió tropas mandadas por su hijo don Juan de Austria. Se colocaron estas en los puestos principales y empezó á tronar la artillería sobre la ciudad. Ya se iba apoderando del pueblo el terror, cuando advirtiendo los sediciosos que faltaba la pólvora, volvieron á tomar aliento. Abatió el pueblo las banderas del rey, pisó su retrato, saqueó

las casas de los que tenia por afectos al gobierno, y proclamó dos edictos. Por el primero abolia las gabelas; por el segundo prohibia que los barones y señores de título se hallasen muchos juntos, y puso precio á algunas cabezas.

En estas circunstancias Enrique, duque de Guisa, que se hallaba en Roma, y era muy á propósito para aventuras, creyó que podia aprovecharse de este estado de crisis para conseguir la corona de las dos Sicilias, á que creia tener derecho como descendiente de la casa de Anjou. Hizo que hablasen á Aneso y le dijesen que no podria sostener su empresa sin un socorro estrangero, prometiendole el de Francia como si le tuviera seguro. Aceptaron la oferta, y entró el de Guisa en Nápoles como caballero aventurero y esforzado, llevandole en una barca, y atravesando la escuadra española; pero procedió como hombre mas arrojado que prudente. Tomó el título de duque de Nápoles entre tanto que lograba el de rey, cuya pretension daba á entender; y presentándose con esplendor en las ceremonias públicas, eclipsó á Aneso, le dió zelos y se desavino con él. Llegaron los franceses; pero sin ponerse de acuerdo con el de Guisa, porque no le queria bien Mazarino. Entró la discordia entre auxiliares y rebeldes cuando solo pudieran haberse salvado con la union. Se retiraron los franceses casi sin haber hecho tentativa; Aneso hizo la paz y entregó los castillos. El de Guisa, abandonado del pueblo y de la nobleza, cansados todos de aquellos alborotos, pretendió fugarse, pero le arrestaron, y espió su atrevimiento con muchos años de prision. Despues sucedió lo que es regular en tales casos, pues se prometió el

perdon y hubo castigos; se obligaron los napolitanos á ser fieles y luego que pudieron faltaron á su palabra.

1664. Parecia que entre Sicilia y Nápoles habia emulacion sobre rebelarse; porque cuando cesaba la sublevacion en Nápoles empezaba en Sicilia. Las rebeliones eran intermitentes como las erupciones del Vesubio y el Etna ó Mongibelo, volcanes que causan terremotos en los dos reinos, y los cubren de fuego y de cenizas. En tiempo de Cárlos II, año 1672. de 1672, se sublevaron los de Mesina, inducidos á la sedicion por la malicia de su gobernador, que reprimido en sus manejos de hacienda por el senado, creyó destruirle por medio del pueblo, al cual se lisonjeaba de dominar á su arbitrio. Para lograr su objeto causó el hambre en Mesina cargando la culpa á los senadores. El pueblo quitó á muchos de estos la vida en el primer movimiento de su furor; pero abrió al fin los ojos: reconocieron los mesineses las traiciones de su gobernador, é irritados de ver que los habian inducido á tan cruel error, se ofrecieron á Luis XIV. Los recibió este manifestando que los admitia, no porque pretendiese estender sus dominios ni adquirir nuevos vasallos, sino por compasion y con el fin desinteresado de que sacudiesen el odioso yugo de los españoles. No obstante, no rehusaba el gusto de añadir á este beneficio el de darles un nuevo soberano, que como descendiente de sus antiguos reyes se acomodaria á sus usos y costumbres, y levantaria entre ellos el trono que sus mayores habian visto con dolor trasladar á Aragon y á Castilla. No espresaba Luis quien era el Salvador que les prometia, pero puede creerse que seria Felipe,

Los mesineses en Francia.

Desengañados los mesineses del error con que habian procedido en su rebelion; y temerosos de que el Rey de España castigase con la merecida severidad sus excesos; se aprovecharon de la rivalidad de la Francia, entregandose á Luis XIV. que los recibió benignamente. Someterse á otro soberano fue continuar la traicion; y és harto despreciable la seguridad que se compra con nuevos delitos.

T. L. Enguid.º de ag. fic.

Jf. Fonseca conc.

hijo segundo del delfin, y el mismo que por una feliz concurrencia de circunstancias llegó á ser rey de España, y por consiguiente de Nápoles y Sicilia.

Es verdad que no disfrutó sus derechos sin oposicion; porque la casa de Austria, que disputó á la de Borbon la corona de España, le envidiaba al mismo tiempo la de Nápoles y Sicilia. Halló partidarios, y se formó una conjuracion que puso á Nápoles en manos de Cárlos, hijo del emperador Leopoldo, competidor de Felipe. Por las condiciones de la paz general se le dió Nápoles á Felipe, y separándose la Sicilia, fue entregada al duque de Saboya; pero este monarca por sus miras políticas quiso mas la corona de Cerdeña; y en 1719 cedió la Sicilia al emperador Cárlos VI, 1719.
que se habia apoderado de Nápoles, y que reinó allí hasta el año 1734, en el cual don Cárlos, hijo 1734.
de Felipe V de España, por los derechos de su padre, que aun vivia, conquistó los dos reinos, y se estableció en ellos.

Habia dos siglos que los soberanos residentes á mucha distancia tenian agotados de hombres y de dinero estos dos reinos, hasta que la presencia de un rey tan benigno y económico como lo fue don Cárlos, llevó á ellos la prosperidad; pues con reformas útiles dió vigor á las manufacturas; reanimó el comercio de Levante, que estaba casi abolido; estableció una policía esacta; y puso la justicia y la hacienda en un orden no conocido en aquellos paises. Con tan sabias instituciones mudó la faz de los reinos de Nápoles y Sicilia; y en 1759 1759.
los dejó muy florecientes á su hijo Fernando IV cuando él, por muerte de su hermano Fernando VI, rey de España, partió á tomar posesion del trono

español. Fue en aquella monarquía (esto es, en la española) el tercer rey de su nombre; y mereciendo el amor de sus vasallos, dejó la mas grata memoria.

SUIZA Ó HELVECIA.

La Helvecia, pais de lagos y montañas, fue, á lo que parece, poblada por los habitantes de las Galias y la Alemania, que costeando el Ródano y el Rhin, subieron hasta las cumbres en que tienen sus principios estos y otros rios. Algunos sabios laboriosos dan en sus memorias eruditas orígen griego á los indígenas, creyendo que los hubo antes de las colonias alemanas ó de los gaulas; y se fundan en que en los restos de ciudades antiguas se han hallado inscripciones griegas, y en que muchas palabras de la lengua antigua helvética tienen carácter griego. Pero es muy posible que estos fragmentos del idioma los llevasen á aquellas cumbres los que fueron allá de Marsella ó del Golfo Adriático, y en este caso no descenderian los helvecios de los griegos inmediatamente, sino que la nacion primitiva recibiria en su seno algunos griegos. Sea lo que fuere de aquellos principios obscuros, ya desde el tiempo en que los romanos penetraron por las Galias tenian los helvecios una numerosa poblacion.

La primera irrupcion algo conocida la cuenta César, que fue el que detuvo sus esfuerzos. Cansados de la aspereza de sus montañas y de la esterilidad de su pais, se reunieron muchos pueblos con intencion de establecerse en las Galias, cuya fertilidad los convidaba. Destruyeron pues sus ciudades, lugares y las casas esparcidas por el campo: mataron los ganados que no podian llevar: se car-

garon con el trigo y toda suerte de provisiones, y partieron como trescientos sesenta y ocho mil, entre los cuales habia noventa y dos mil combatientes. Noticioso César, los esperó bien atrincherado en el desfiladero de sus gargantas. Fue violento el asalto que le dieron: titubearon las legiones romanas; pero al fin rompieron aquella formidable masa, la dividieron, y persiguieron á las asombradas colonias. Despues de haberlas hecho pedir humildemente la paz, las abrió el vencedor el camino de su patria y volvieron á entrar en ella hasta ciento y diez mil helvecios. El pais de donde habian salido, que era parte de la Helvecia, se llamó la Galia Céltica.

Por el retrato ó pintura que de los antiguos helvecios hacen los historiadores, se parecen bastante á los actuales suizos: pues dicen que eran de grande talla, robustos, laboriosos, hombres de buena fe, adheridos á sus antiguas costumbres, decentes en su sencillez, castos en sus casamientos, nada sóbrios en sus convites, y que estos tenian para ellos un atractivo invencible. No conocen otras riquezas que el producto de sus tierras y ganados. Aunque son flemáticos y frios, es fácil ponerlos en movimiento. Nada estiman tanto como la libertad; y sin embargo dejan gustosos su pais, en donde esta reina, por muy pocas ventajas que hallen en otros mas felices; pero jamas estinguen en su corazon el amor á la patria. No ha habido pueblo mas belicoso: su comercio y su industria ha sido la guerra.

Desde que se hace mencion de los suizos en la historia, ya se les ve repartidos en cantones ó territorios, presididos por justicieros, capitanes con

diferentes nombres, segun el tiempo y las circunstancias. Estos gefes estaban subordinados á la nacion congregada, siendo esta el verdadero soberano. El que se atrevia á tocar en la libertad, ídolo el mas querido de la nacion, era condenado al hierro sin remision alguna como sacrílego. Pero aunque tan vigilantes contra los esfuerzos intentados por sus compatriotas para sujetarlos, no fueron tan precavidos ó tan poderosos contra las empresas de los príncipes vecinos. Los reyes de Francia, de la primera y segunda línea, les dieron gobernadores; y los primeros emperadores de Alemania egercieron igualmente este poder supremo. Aquellos gobernadores, llamados duques, condes y marqueses, llegaron á ser hereditarios cuando el imperio de Alemania se hizo electivo. Alternativa necesaria; pues á proporcion que el principal poder se debilita, crecen las fuerzas de los otros.

Esta forma de gobierno dió grande autoridad
1204. á la nobleza. En 1204 se contaban en Helvecia no menos que cincuenta familias condecoradas con el título de condes: ciento cincuenta barones; mil caballeros; y una multitud de nobles ambiciosos, independientes y opresores, repartian con el clero todos los bienes del campo: de suerte, que apenas habia quedado al pueblo mas que algunas propiedades en las villas.

En esta situacion no era dificil para un ambicioso, que afectando compasion de la miseria de los oprimidos, lograse atraerlos y servirse de ellos para facilitar sus proyectos. Apenas podemos dudar que esta maniobra fue la política de Rodulfo, conde de Haspurg, señor de un castillo y algunas tierras al rededor en la alta Alemania, que á fines

del siglo x se hizo famoso por su valor, por su capacidad, y su espíritu de conciliacion.

Se habian establecido en el pueblo el compatriotismo, y en la nobleza la confraternidad, que siendo dos confederaciones rivales prueban que habia en la Helvecia una levadura pronta á fermentar. Tenian á los emperadores por soberanos; pero la autoridad de estos era poco respetada de una nobleza indómita y altiva. Favorecieron pues los emperadores á los del compatriotismo, y les abrieron un asilo en las ciudades que llamaron imperiales, y á las cuales dieron varios privilegios. En ellas se sostenian el comercio y la industria; pero como estos putativos soberanos aunque ponian gobernadores, no les daban tropas suficientes para reprimir las vejaciones, las confraternidades nobles, á pesar de los rescriptos imperiales, egercian toda especie de robo contra los vasallos, y usurpaban impunemente las posesiones que les parecian convenientes. En tan molesta situacion estaban prontos los helvecios á entregarse al que quisiese y pudiese protegerlos. En algunas circunstancias los cantones de Uri, Underwal y Schwifts habian recibido asistencia de Rodulfo contra los nobles, y estaban enamorados de su justicia y popularidad. En 1277 le tomaron por cabeza, y casi al mismo tiempo, por haberle elegido emperador, pudo estender á toda la Helvecia sus miras, reducidas hasta entonces á los tres cantones. El nombre de Suiza, que se da á todo el pais, viene del de Schwifts. 1277.

Si de las intenciones de Rodulfo ha de juzgarse por las de su hijo Alberto, se creerá que á la sombra de la popularidad, tuvo el padre contra la libertad de los suizos el proyecto que el hijo quiso

realizar con la fuerza. Alberto pues, fundador de la casa de Austria, pidió que los cantones, que habian proclamado á Rodulfo por cabeza, se reconociesen vasallos suyos. A los comisarios que les envió, respondieron, mostrando un rollo de diplomas y cartas, diciendo: "Ved aquí nuestros bienes y la sagrada herencia que tenemos de nuestros padres; depósito inalienable que nos entregaron nuestros mayores, del cual hemos de dar cuenta á nuestros hijos, y estos á las generaciones futuras. Estos decretos y diplomas aseguran y confirman nuestros privilegios y nuestra libertad. No somos siervos ni vasallos de príncipe alguno particular. Somos ciudadanos del imperio y miembros del cuerpo augusto, que reconoce al emperador por su gefe. Con este gefe estamos unidos, y sería en nosotros bajeza reconocer y rendir homenage á otro. Nos despreciariamos nosotros mismos si por temor ó debilidad nos envileciesemos hasta renunciar unas prerogativas que nos son tan amables como el honor y aun mas que la vida."

Tan altiva y valerosa respuesta inflamó la cólera de Alberto. Tenia este como emperador el derecho de enviar á los cantones jueces, con el nombre de *bailíos*, y hasta entonces se habian dado estos empleos á condes del imperio, tan distinguidos por su probidad como por su nacimiento. Alberto hizo lo contrario; eligió tres nobles, conocidos por su perversidad en todo, desacreditados por sus malas costumbres, hombres sin honor y cargados de deudas. Estos fueron Landemberg, Griszler y Wolfenschiese, á cada uno de los cuales señaló su habitacion en castillos muy fuertes con buenas guarniciones, y situados en los cantones que de-

bian sujetar de todos modos á la voluntad del ambicioso Alberto.

Imagínese lo que pueden hacer tres malvados con autoridad: robos, vejaciones, violencias contra la libertad de los hombres y contra el honor de las mugeres; y todavía no se formará idea suficiente de los horrores de que están llenos los anales helvéticos de aquel tiempo. Solas dos atrocidades, que dieron movimiento á la revolucion, nos harán juzgar de todas las otras. Enrique Meltchal, anciano respetable, estaba trabajando en su campo: llegó uno de los satélites de Landemberg á quitarle los bueyes: se quejó, y respondió el brutal: "Un rústico como tú ha nacido para tirar del arado por sí mismo." El hijo del buen viejo, que presenció la violencia, se arrojó al insolente, le hirió, le puso en fuga, y él se huyó. Hizo el bailío que arrastrasen con Meltchal á su fortaleza, y le amenazó con que le sacaria los ojos si no decia en dónde estaba el hijo. Lo ignoraba el anciano; y aun cuando verisímilmente lo supiese, se hubiera guardado bien de descubrirle; pero el tirano, irritado con su silencio, le hizo sacar los ojos. Supo la horrible barbaridad el hijo, que estaba en casa de un amigo llamado Furts, se sintió consternado, y concertó con su amigo los medios de vengarse.

Amaba Furst á su patria; y mientras los dos desgraciados gemian, uno por las calamidades públicas, otro por sus propias desgracias, llegó otro tercero, cuya paternal ternura acababa de esponerse á la prueba mas cruel. El feroz Griszler, que era uno de aquellos hombres que no se contentan con la autoridad sino irritan y exasperan la paciencia, habia mandado poner en la plaza de Al-

torf su sombrero colgado de una percha, ordenando que cuantos pasasen le saludasen y doblasen la rodilla. Guillermo Tell, hombre altivo, atrevido, é indignado por semejante órden, pasó y repasó delante del sombrero sin la menor señal de sumision. Le hizo Griszler traer á su presencia, y le preguntó: "¿Por qué no has obedecido á mis órdenes?" Y Tell respondió: "Porque yo soy libre, y tus órdenes son para esclavos, como tus mandatos son de tirano." "Traigan aquí á su hijo, replicó el bailío;" y colocando al muchacho á grande distancia, mandó á Tell, que pasaba por el mas hábil flechador de toda aquella tierra, que derribase con una saeta una manzana que puso sobre la cabeza del hijo sin herir á este. Toda la altivez helvecia se abatió con este mandato. Se arrojó Tell á los pies de Griszler, y le suplicó que le dispensase de tan horrible esperiencia. El bailío inexorable le amenazó con que si no obedecia moririan él y su hijo en los suplicios. El triste padre tomó dos flechas: guardó una debajo de la ropa, puso la otra en la cuerda del arco, disparó, y derribó la manzana sin tocar á su hijo. Advirtió Griszler que llevaba otra flecha, preguntandole para quién la destinaba: "Para tí, monstruo, le dijo Tell, y te hubiera pasado el corazon si hubiera tenido la desgracia de matar á mi hijo." Mandó el bailío prenderle, y que atado le pusiesen en un barco para llevarle él mismo por el lago de Altorf á su fortaleza, en donde esperaba que pagase su atrevimiento con el cautiverio ó la muerte.

Apenas habia pasado la mitad del camino, cuando una furiosa tempestad sublevó las olas del lago. Se turbaron los marineros, abandonaron la ma-

El sombrero de Griszler.

Griszler, Baylío en Suiza, mandó poner su sombrero en la plaza de Altorf, y que todos al pasar le saludasen doblando la rodilla; pero Guillermo Tell pasó repetidas veces sin dar señal alguna de sumision. El que abusando de su autoridad impone, en vez de justos preceptos, humillaciones viles, lisonjea su orgullo en la obediencia del tímido para estrellarle en el desprecio del generoso.

T.L. Enguil.^d de 44 fec.

Jf. Fonseca conc.

niobra, y ya iba el barco á despedazarse contra las rocas cuando Griszler, tan abatido en el peligro como habia sido arrogante cuando no tenia que temer, suplicó á Tell, que pasaba tambien por el barquero mas hábil del canton, que le librase; y le desató por sí mismo. Se puso Tell al timon, dirigió el barco hácia una roca, se arrojó á ella, y rechazando con el mismo movimiento el barco hácia el lago, huyó y se ocultó.

Calmó entre tanto la tempestad: abordó Griszler, y llegó tan cerca de su fortaleza, que Tell, que habia tomado un rodeo, le disparó una flecha cuando ya iba á entrar en ella, le pasó el corazon, y fue á buscar á Meltchal y Furst. Entre las meditaciones de su rústico retiro, proyectaron estos tres hombres librar á su patria de la servidumbre; y fueron cada uno á descubrir su intencion á sus amigos. En el dia señalado tomaron las tres fortalezas en que habitaban los baillos. Ya á Griszler, como hemos visto, le habia quitado la vida Guillermo Tell: Wolfenschiesse habia caido bajo la de un marido á cuya muger acababa de deshonrar. Landemberg que parecia menos malo, pero que en el fondo era tan malvado como los otros, fue conducido á la frontera sin hacerle mal alguno, por respeto al emperador. Los conjurados, considerando que no tenian que esperar gracia de Alberto, se preparaban para la defensa, cuando fue asesinado este príncipe, y con su muerte se levantó un cisma en el imperio. Al abrigo de aquellas divisiones los tres cantones de Uri, Underwal y Schwifts tremolaron la bandera de la libertad en 1308. 1308.

Tomando Federico el cetro del imperio, se

valió contra los que él llamaba rebeldes de dos armas muy temidas: los borró de la lista del imperio, hizo que el papa los escomulgase; y lo peor de todo fue que al mismo tiempo envió contra ellos tropas mandadas por su hermano Leopoldo, encargandole que entrase en el pais, llevandolo todo á fuego y sangre. No podia penetrar sino por un desfiladero llamado Morgartin: se encargaron mil y trescientos suizos de su defensa contra el nublado de Alemania; se apostaron en las montañas, y desde allí echaban á rodar trozos de rocas, que destruyeron con mucho estrépito la caballería enemiga. Bajaron impetuosamente: dispersaron la infantería, y Leopoldo huyó asustado, dejando multitud de muertos en el campo de batalla, sin mas pérdida de los cantones que catorce hombres. Ganaron
1315. los suizos esta victoria en 1315; y por haber pasado la accion en el canton de Schwifts, y haberse señalado sus habitantes entre los de los otros, la confederacion que despues se formó tomó el nombre de *Suiza.*

Nada mas sencillo que las condiciones que sirvieron de basa para la asociacion de los tres primeros cantones, y fueron estas: "Se auxiliarán recíprocamente en caso de ataque. No reconocerán otra dominacion, proteccion ó señorío que el del imperio. No contraerán alianza con alguno sin el permiso de los otros. No reconocerán los estados juez que no sea su conciudadano. Siempre que haya diferencia entre los cantones, se arreglarán por árbitros; y el que no se conforme con la sentencia, será obligado por los otros dos á conformarse. Por último, los malhechores, los incendiarios, los ladrones ú otros delincuentes, una vez juzgados y

condenados en un canton, se tendrán por juzgados y condenados en los otros, y no será permitido darles asilo." Este es el fundamento de una de las mas sabias y felices repúblicas que ha habido. Segun vayan uniéndose las demas partes del todo que hoy forma esta república, las iremos dando á conocer, por el órden del tiempo en que cada una se ha unido. Los tres cantones de Uri, Underwal y Schwifts estan limítrofes, y rodeados por los de Berna, Lucerna, Zug, Glaris y algunos bayliages italianos, y muy zelosos católicos. El pais de Uri hace una vista estraña por los horrores de sus montañas, y la hermosura de los caminos construidos en parages que parecia haber hecho la naturaleza impracticables para siempre. Allí está el monte de san Gotardo, que es el paso de Italia á Alemania, cuyo derecho de peazgo produce una renta considerable. Los otros dos cantones tambien están erizados de montañas, cortados de arroyos, rios y lagos, y presentan asímismo sus horrores y sus bellezas. Las riquezas principales son los ganados y su producto: sus caballos, sobre todo, son vigorosos, y propios al mismo tiempo para la carga y la guerra.

Un viagero, que quiera admirarse con el contraste de las costumbres, debe visitar estos cantones: pues en ellos hallará la sobriedad de los antiguos espartanos, su educacion militar, el gusto y la costumbre de trabajar, el respeto á los ancianos, la fidelidad en los matrimonios, la rectitud en los tratados, la sencillez en el trato, la confianza de la confraternidad, y un grande amor á la patria. Allí el soberano es el pueblo; y las juntas se tienen en campo abierto, estando en el cen-

tro los magistrados á caballo, presididos de un gefe, llamado el *Land-Amman*, con la espada en la mano. Su dignidad no dura mas que dos años, y un jóven á la edad de diez y seis tiene derecho de votar; pero ordinariamente da el voto que le mandan sus padres. No hay egemplar de que la juventud haya causado alboroto en estas respetables asambleas, en las cuales no se arenga, sino que espuesta la proposicion en términos claros, levanta cada uno la mano, ó la tiene oculta. Si se duda de la pluralidad, fijan dos lanzas, que en la parte superior se tocan por el hierro. El número mas grande de esta parte ó de la otra de dichas lanzas es el que determina la decision. En las elecciones no hay partidos: los empleos de administracion y sus egercicios se aceptan para ser útil á la patria; porque como no hay sueldo no se solicitan; siendo la estimacion y el respeto los únicos emolumentos. Allí no hay ni escribanos ni notarios: por consiguiente apenas hay pleitos; y los que ocurren se despachan sin gastos, siendo las mismas partes las que alegan. En la menor riña se hace magistrado todo ciudadano, y su órden basta para cerrar la boca abierta para las injurias, y suspender la mano pronta para el golpe. La desobediencia se castiga con dos multas, una para el fisco por haber despreciado la ley, otra para el ciudadano por el agravio de no escucharle cuando egercia oficio de magistrado. La igualdad, y la inocencia su compañera, se mantienen en estos tres cantones, porque allí no se conoce el lujo. Dichosos pueblos si nunca entrare en ellos.

La firme asociacion de los tres cantones, los aseguraba contra las pretensiones, siempre subsis-

tentes, de los hijos y herederos de Alberto de Austria, que no perdian la esperanza de sujetar aquella república en sus principios; pero no atreviéndose á dirigir contra ella abiertamente sus tentativas, procuraban envolverla en trabajos para que pereciese por sí misma. A las ciudades vecinas, que todavía sufrian el yugo austriaco, las prohibieron el comercio con los cantones; lo cual fue causa de una hambre que sobrellevaron por su sobriedad y constancia; pero esto mismo desagradó á los que cumplian la ley contra su voluntad. Le pareció mal á la ciudad de Lucerna que la mortificasen en su comunicacion con los cantones, y se quejó á los príncipes austriacos, herederos del insaciable Alberto, de los cuales se vió vasalla casi sin saberlo, como que su sujecion fue efecto de un convenio con el emperador, que cedió el canton de Lucerna á la casa de Austria.

Este tratado es muy conocido por el discurso de Gautier Malter, magistrado de Lucerna, á sus conciudadanos: "dos avaros mercaderes, dijo, el uno vendedor y el otro comprador, han traficado sin vergüenza sobre esta ciudad, sobre nuestros templos, murallas, senado y derecho de ciudadanos: sobre nuestras personas y bienes; y para la última humillacion sobre nuestros privilegios y libertad. Estos dos mercaderes convinieron en el precio: hicieron y firmaron un contrato sin noticia nuestra; y cuando menos lo esperábamos, se nos vino á decir que habiamos mudado de señor." La conclusion de Malter fue, que no habia otro medio de redimirse de la infamia, sino juntarse con los tres cantones, y hacer con ellos causa comun contra la casa de Austria. Aceptaron todos

á una voz la proposicion. Solicitó Lucerna vivamente la alianza, y la consiguió con facilidad; obligándose á las condiciones que formaban el lazo de los tres cantones primeros. Se añadió tambien que en el caso en que los tres estados fuesen de diferente parecer, Lucerna se agregaria al lado de
1335. la pluralidad. Entró en la liga en 1335, y los tres cantones la cedieron el primer asiento, sin que se pueda dar para esto otra razon que las atenciones de urbanidad y deferencia.

El canton de Lucerna confina con Berna, Seleure, Basilea, Zurich, Zug y Schwifts. Es católico, y su territorio tendrá quince leguas de largo y siete de ancho. La ciudad se levanta en anfiteatro, y está en las primeras montañas de los Alpes: tiene al pie el lago de su nombre, que lleva muchos peces, y es uno de los mas grandes de la Suiza. Debe Lucerna su orígen á un monasterio, filiacion de la célebre abadía de Murbach en Alsacia. Su gobierno es aristocrático, y solas las casas nobles ó patricias tienen entrada en el senado, que consta de cien senadores, y se llama el gran Consejo. Los asuntos particulares se despachan en el pequeño Consejo, compuesto de treinta y seis; pero cuando se trata de asuntos generales, como alianzas, impuestos, compras y ventas de los bienes públicos, ó declaracion de guerra, tienen voto todos los ciudadanos; y en estos casos es el gobierno aristo-democrático.

Las vejaciones continuas de la casa de Austria, acostumbrada entonces á imponer pesado yugo á los que reconocian su dominio, dieron un nuevo aliado á los cuatro cantones. Ya Zurich habia salido en gran parte del yugo por la refor-

ma del gobierno; y un caballero, llamado Roberto Brann, le hizo democrático, á pesar de los nobles, á los cuales dejó escluidos. Debe notarse que al mismo tiempo introdujo un panadero el mismo gobierno en Strasburgo. Los zuriqueses nobles imploraron la proteccion de la casa de Austria; y esta no se negó á enviar socorros que pudiesen aumentar su poder en aquellos paises que echaba de menos. El nuevo senado de Zurich, asustado con los preparativos, recurrió á la liga helvética, fue recibido en ella en 1350; y como si fuera prerogativa haber llegado los últimos, dieron el primer lugar á los zuriqueses. Por ser su ciudad la chancillería de la república, acuden á ella en los asuntos comunes á todo el cuerpo, y los comunica á los demas cantones. Cuando se celebra la dieta en lugar perteneciente á todos ellos, presiden los diputados de Zurich; pero cuando se convoca en alguna dependencia esclusiva de un canton, el representante de este es el que preside. Zurich convoca á las juntas generales: recibe los embajadores y los ministros estrangeros. 1350.

Está Zurich entre el Turgaw, Schwifts, Zug, los bayliages libres y el Rhin. Es una de las ciudades mas opulentas y comerciantes de la Suiza, situada en un pais fértil y agradable á las orillas de un gran lago: tiene muchas manufacturas, y una academia en donde se cultivan felizmente las bellas letras: por último, tiene vastos arsenales con toda especie de armas. Rara vez sirven los zuriqueses á los estrangeros, pues aprenden la guerra entre sí y para sí. El territorio es de veinte leguas de ancho, y otras tantas de largo. La religion protestante es la única que allí se profesa.

En este canton, el mas poblado de la confederacion helvética, es el gobierno aristo-democrático en esta forma: Cuando falta un magistrado se juntan por curias los ciudadanos, y eligen otro: en este punto es soberano el pueblo, pero estos magistrados son perpetuos, y egercen absoluto poder; y en este sentido viene á ser una aristocracia. La forma de la eleccion es como se sigue: El gefe de la tribu ordena á uno de los miembros, sin haberle antes prevenido, que nombre el sugeto que tiene por capaz de desempeñar la plaza: este hace lo mismo con otros cuatro, y á los cinco propuestos debe dar toda la tribu su voto por escrutinio. Los asuntos diarios se deciden en un pequeño consejo, compuesto de cincuenta y ocho, sacados del cuerpo del senado; pero solo con que dos miembros juzguen que es asunto de gravedad, se remite sin mas exámen al gran consejo.

Sin embargo de la ventaja que lograban los zuriqueses por su alianza con los cuatro cantones libres; por la molestia de una guerra ruinosa, aceptaron una mediacion para terminar sus diferencias con la casa de Austria. Cortaron los árbitros por una cosa que no se habia sujetado á su juicio, decidiendo en general que ningun pueblo de la alta Alemania pudiese en adelante hacer alianza con los vasallos de la casa de Austria. Justamente eran los pueblos de la alta Alemania los cantones que se habian hecho libres; y por consiguiente se prohibia á la república, compuesta de cuatro cantones, que pudiese aumentar el número con la alianza de otros estados. Despreciaron pues con indignacion esta ley prohibitiva, y no contentos con despreciarla, obraron directamente contra ella.

Cerca de los estados de Schwifts y Uri, está el pequeño canton de Glaris, situado en medio de los Alpes. El único pais habitable que tienen es un delicioso valle de nueve leguas de largo, muy estrecho: le limita un lago, y está rodeado de altas montañas cubiertas de perpetuo hielo. Los exactores austriacos no cesaban de egercer en él las mismas vejaciones que habian causado la desmembracion de los cantones republicanos. Estos, viendo que Glaris era la mejor muralla contra las invasiones alemanas, levantaron allí el estandarte de la libertad, y los pueblos maltratados le siguieron con entusiasmo y suma gratitud. De este modo en 1351, año en que la república helvética se enri- 1351.
queció con la opulenta ciudad de Zurich, se fortificó con el sesto canton de las rocas de Glaris. La ciudad es una de las mas grandes y mas bellas de la Suiza: su comercio en ganados, queso y telas es seguro y considerable. Su gobierno es democrático en la misma forma que el de los tres cantones primeros. Allí se profesan igualmente la religion católica y la protestante; pero esta tiene un tercio mas de secuaces. Unos y otros hacen los oficios en las mismas iglesias, sin que la diversidad del culto cause la menor disputa. Los tribunales se componen de católicos y protestantes por mitad: no se permiten controversias en Glaris, porque en la sociedad se prescinde de ser católico ó protestante, y los habitantes no tienen mas nombre que el de conciudadanos.

En 1352 se aumentó la liga helvética con el 1352.
canton de Zug, que fue el séptimo, debiendo los otros seis estos nuevos aliados al despecho de verlos muy afectos á la casa de Austria. Por ser tan

decidida esta inclinacion resolvieron los republicanos la invasion de este pais, temiendo que la casa de Austria se sirviese de su afecto para penetrar por los demas cantones. Pusieron sitio á la ciudad; se defendieron los habitantes con valor; y viéndose estrechados, pidieron, antes de rendirse, que se les concediese la gracia de ir á esponer su infeliz estado al soberano, y de ver si tenia intencion y poder para auxiliarlos. Alberto de Austria oyó á los diputados con tanta indiferencia y frialdad que, indignados los habitantes de Zug, se rindieron con la condicion precisa de ser admitidos á la confederacion, y se les concedió. Este pequeño canton, situado parte en los Alpes y parte en una llanura entre Zurich, Lucerna y Schwifts, es fértil en trigo y vino. Sus habitantes son zelosos católicos: su gobierno ni es democrático ni aristocrático: es una confusion de leyes, costumbres y abusos tan estravagantes, como mal entendidos. Entre ellos hay comunidades soberanas; las hay sujetas, y todo esto se conforma.

El indiferente Alberto, no bien habia perdido á Zug, por su culpa, cuando se enojó en estremo, y envió sus egércitos contra los zuriqueses para tomar venganza. Pusieron sitio á su ciudad; pero las hostilidades se convirtieron en negociaciones, que terminaron en un tratado, al cual faltó el duque de Austria en todos los puntos. Se habia figurado que con sus intrigas conseguiria disminuir la república de los suizos; y sucedió tan al contrario, que esta se redondeó con otro estado mas, que es el canton octavo.

Los estados de Berna se habian formado en aquella parte de los Alpes que ocupaban en forma de

república, y era por sí sola mas poderosa que la mitad de los siete cantones reunidos. A los principios hacia oposicion á esta ciudad una liga de los señores vecinos, de algunas ciudades envidiosas y del mismo emperador. Viéndose Berna acometida recurrió á la confederacion helvética, y esta la envió tropas; pero el egército de Berna, á pesar de este socorro, se hallaba muy inferior en el número al de los coligados. Los berneses, estrechados de cerca, habian elegido un dictador, llamado Rodulfo de Erlach, el cual, aunque tenia menos fuerzas, rosolvió dar la batalla; y en el momento de llegar á las manos, hizo á sus soldados la siguiente arenga báquica y militar.

"Amigos y camaradas: todos los que aquí estamos nos hemos hallado muchas veces en la alegría de los convites, diversiones y bailes, y podemos darnos mútuos testimonios de que siempre hemos quedado como valientes. Hoy se trata de un asunto algo mas serio; pero si me creeis, le manejaremos con la misma alegría. No hay duda que en este juego envidamos lo mas amable que tienen los hombres, esto es, la honra, la libertad y los bienes: el punto está en asegurar la suerte con el valor. Solo se trata de repartir muchos golpes y no temerlos; y de ser mas honrados que ese nublado de buitres, que solo se han juntado aquí para proporcionarnos mas despojos y mas gloria. Yo tomo sobre mí todos los riesgos de la aventura: esta es la sesta vez que me hallo en semejante apuro, y siempre, gracias á Dios, he salido victorioso, aunque mas por la buena voluntad que por el gran número de mis auxiliares. Espero pues, generosos conciudadanos, que en este dia dareis á

conocer que los berneses no cuentan sus enemigos antes de la batalla; y yo por mi parte os haré ver que soy digno de mandar á los berneses." Dicho esto, el arcipreste Teobaldo, que tenia en una mano el Santisimo Sacramento, y en otra la espada, les dió la bendicion. Tocaron al ataque; dieron sobre los enemigos; y la victoria mas completa coronó las esperanzas del valiente Erlach.

Dió esta victoria á Berna algunos territorios que se pusieron bajo su proteccion. Tenian estos por vecinos otros protegidos por la confederacion helvética. Hubo entre los habitantes diferencias que interesaron á las dos repúblicas en sus querellas, que estaban ya para degenerar en hostilidades; pero conocieron que mas valia tratar que pelear, y que la union seria el medio de procurar una paz pronta y constante á aquellos pueblos limítrofes, los cuales no teniendo quien los auxiliase en sus pequeñas disensiones, ellos mismos se concordarian. Estas consideraciones determinaron á los de Berna para desear que la liga helvética los admitiese, y á esta para recibirlos.

El aumento de este octavo canton, tan considerable, dió mucho incremento al poder de la confederacion; y todavía se distinguen estas ocho repúblicas con el nombre de los ocho antiguos cantones. Aunque Berna fue el último que se agregó, le cedieron el paso seis de los otros, colocándose por este orden: Zurich, Berna, Lucerna, Schwifts, Uri, Underval, Zug y Glaris, que son los que por ciento veinte y cinco años formaron el cuerpo helvético. Estos hicieron juntos muchas conquistas: se les ofrecieron asuntos comunes y negocios que unian tan frecuentemente sus intereses, que

Alienta Erlach á los Berneses.

Estrechados los Berneses por vecinos poderosos, eligieron Dictador á Erlach el qual resuelto ã dar batalla, aunque inferior en fuerzas, arengó con tal oportunidad á sus compatriotas, que alentados extraordinariamente, y recibida la bendicion de su obispo, corrieron al enemigo, y lograron la mas completa victoria. No hay valor comparable al que infunde la persuasion de justicia.

T. L. Enguid. de ag. fte. Jf. Garrido concl.

creyeron deberse juntar en dieta por medio de diputados en tiempos fijos. Los príncipes, que han tenido que hacerles algunas proposiciones, se han habituado á enviar sus ministros á estas juntas, que por costumbre han llegado á ser el centro de las negociaciones.

El territorio de Berna contiene, con corta diferencia, una tercera parte de la Suiza entre Lucerna, Uri, Underval, señorío de Basiléa, Franco Condado, Neufchâtel, los estados de Austria, Soleure, la Saboya, Ginebra y el Valés. Por estos puntos de contacto se advierte la influencia que puede tener la determinacion de Berna, cuando se tratan intereses de la Saboya, la Italia, la Francia y la Alemania. El canton de Berna es muy fértil, bien poblado y con ricas ciudades. No permite otra religion que la calvinista; pero sus habitantes son muy tratables, opulentos sin fausto, poderosos sin soberbia, y nobles sin presuncion. Los primeros maestros de sus hijos son los mismos padres, y lo primero que les enseñan es el amor á la patria y la sobriedad: pues allí se estima tanto la economía, que el ciudadano pródigo que disipase su patrimonio, se espondria á que el senado le castigase con el destierro; y al hombre tan vil que es mal padre de familia, se le mira como mal ciudadano. Tiene Berna una academia, ricos hospitales bien administrados, arsenal bien provisto, y suntuosos edificios. Todas las fachadas de las casas pertenecen á la república; y uniformemente están decoradas con arcos y soportales, que en todo tiempo ofrecen abrigo contra la lluvia y los ardientes rayos del sol.

El gobierno es aristocrático: y hay una lista de blasones de las familias patricias, que son las

únicas que tienen derecho á la entrada en el senado ó gran consejo; cuerpo que no debe tener menos que doscientos miembros, ni mas de trescientos. Se juntan dos veces á la semana, y deciden los asuntos grandes; porque los otros corresponden á un tribunal de veinte y siete, sacados del gran consejo, que se congregan todos los dias á escepcion de los domingos. Cesan estas autoridades los tres dias últimos de la Semana Santa. Entonces se establece un consejo de cuatro bannereros de la república, y diez y seis comisarios, que examinan la conducta de los miembros del consejo de los doscientos, y deben escluir á los que les parecen indignos; pero se dice que solamente se deshonra de este modo por desórdenes demasiado notorios, y que muchas veces prevalecen las consideraciones personales ó de familia sobre el rigor republicano. Ademas de los tribunales establecidos para los diversos géneros de negocios, hay en Berna un magistrado encargado de velar sobre las costumbres, que propone las leyes suntuarias, y hace egecutarlas. Este es la cabeza del consejo, llamado de Reformacion, que se ocupa sin cesar en el cuidado de oponerse á la introduccion de la frivolidad de las modas, de los adornos escesivamente vanos, de los grandes gastos de la mesa, y de los juegos de envite. Es famoso el senado de Berna por el secreto de sus deliberaciones, y la prontitud de la egecucion.

Cincuenta años se pasaron en combates y treguas con la casa de Austria; porque, segun parece, no se dignaba de honrar á la liga helvética con una paz constante, ni con una guerra sostenida. No se pasó este tiempo sin intrigas, que al

fin llevaron al cadahalso á algunos traidores á la patria, que se dejaron seducir con promesas ó dinero. Merece notarse en el año 1370 la primera lucha de los suizos con los franceses. Empezó con motivo de que Enguerrando de Couci, entrando en los derechos de su madre, nieta del emperador Alberto, reclamaba algunas tierras invadidas, como él decia, por los suizos en tiempo de su abuelo. Defendieron los suizos con felicidad sus posesiones; y despues de una sangrienta batalla, echaron de su territorio á los auxiliares de Couci. 1370.

De estas alternativas de paz y de guerra sacaron los suizos la ventaja de tomar en todo sus precauciones, y se impusieron una disciplina militar, digna de los espartanos. La ordenanza de 1393 les prohibe con pena de muerte que en ninguna de las circunstancias en que se hallen en la guerra se atrevan á violar la santidad de las iglesias ó atentar al honor de las mugeres. Tambien les manda defenderse unos á otros, y socorrerse como hermanos, aun cuando anteriormente hayan tenido entre sí alguna contienda, y por grande que sea el riesgo á que los esponga este auxilio recíproco. Nunca dejarán sus filas en los combates por ningun pretesto, aun cuando se sientan heridos mortalmente. Jamas el suizo saqueará para sí solo, y se le manda llevar á la masa comun el fruto de la victoria. Por último, se obligaron los cantones á no emprender guerra alguna, que antes no se hubiese propuesto en deliberacion en una Dieta general, y resuelto por consentimiento comun. Para evitar las sorpresas establecieron señales de montaña en montaña, que en un instante ponen en armas toda la república, y llaman á todos los 1393.

hombres á los puestos indicados de antemano, á los cuales llegan con las armas y provisiones necesarias, y sobre todo familiarizados con los egercicios militares, y abrasados de puro amor á la patria.

Los intervalos de descanso, ó suspension de hostilidades con la casa de Austria, sirvieron tambien á los cantones para fortificarse, no con la agregacion de nuevos estados á su liga, sino con la proteccion que concedieron á los estados vecinos dándoles el derecho de compatriotas. Este derecho los aficionaba á la liga helvética, la cual los protegia sin otra dependencia que la deferencia y respeto de parte de los protegidos; pero sin abatimiento de sumision: tales fueron los valles de Appenzel, vasallos, pero vasallos oprimidos de la abadía de san Gall.

El territorio de esta abadía se estiende entre Zurich, Schafusa, el lago de Constanza y el Rhin. Su fundacion se retira hasta fines del siglo X. Un buen escocés edificó una hermita en este canton, y fue creciendo por la reputacion de su virtud y la de los solitarios que se le juntaron. Sigeberto, rey de Austrasia, se habia casado con una muger impertinente y pendenciera: creyó su esposo, ó fingió creer, que estaba energúmena, y la hizo llevar á san Gall para que se librase del espíritu inquieto que la poseia. Sea cual fuere el medio de que se sirvieron los monges para esta curacion, restituyeron la reina ya benigna y condescendente. Tuvo Sigeberto aquella mutacion por un grande milagro, y les dió una estension de terreno considerable al rededor de su ermita, siendo los valles de Appenzel la parte mas rica de esta donacion. Los monges no supieron conducirse bien con los

habitantes: se sublevaron estos, y con el auxilio de los suizos se hicieron libres en 1418; pero no fue reconocida su independencia absoluta hasta mas de cincuenta años despues.

Friburgo entró con el mismo título de proteccion y confraternidad en la alianza de los cantones; pero estos adquirieron, con título de soberanía, la baronía de Ostranges, que compraron en 1410. Por este mismo tiempo se pusieron los estados de Neufchâtel bajo la proteccion inmediata de Berna. Este principado, que está al pie del monte Jura, en la orilla del hermoso lago de su nombre, confina con Basiléa, el Franco-Condado, y los cantones de Berna y Friburgo: tendrá seis leguas de ancho por doce de largo, y está poblado de habitadores diestros, industriosos y cultos. 1410.

No hay constitucion semejante á la de Neufchâtel, porque es al mismo tiempo principado y república; y aunque la república se dice estar sujeta, realmente no tiene en ella el príncipe autoridad alguna, pues solo le deja los honores con algunas demostraciones de poca importancia. Ella es la que envia sus embajadores: se trata de igual con los soberanos, y se gobierna por un consejo compuesto de cuatro nobles, cuatro alcaldes del campo, y cuatro del pueblo. Este consejo está subordinado al senado, que se llama los tres Estados. El gobernador, que representa al príncipe, asiste cubierta la cabeza; pero allí no tiene derecho de opinar. Este principado pertenece al rey de Prusia, y de este modo el monarca mas absoluto de Alemania tiene por vasallos los ciudadanos libres y soberanos de Neufchatel, cuya constitucion y leyes debe respetar. Allí solamente se habla el fran-

cés, y á escepcion de la baronía de Landeron, no se permite otra religion que el calvinismo.

El Valés se unió tambien con los suizos en
1421. 1421, ó por mejor decir, se hizo filiacion del canton de Berna. Dicen los valesianos que despues de haber sido libres, reconocidos por tales aun en tiempo de los romanos, y gobernados al principio por el obispo de Sion, que es su capital, se dejaron, con el transcurso del tiempo, dominar como vasallos; y aumentándose el poder temporal con la fuerza que le añadia el poder espiritual, se hubieran visto oprimidos á no haberlo estorbado los barones de Razen, casa la mas considerable del pais. Por desgracia llegó á ser obispo de Sion el hijo de un baron de Razen; persuadió á su padre que le dejase libre el curso de sus pretensiones, y entonces se vieron los valesianos espuestos á perder la poca libertad que les quedaba.

Habia entre ellos una costumbre particular. Cuando algun habitante se habia hecho enemigo, ó muchos ciudadanos le tenian por pernicioso, ó culpado contra la patria, presentaban en cada casa una masa en que, los que tenian á tal ciudadano por digno de proscripcion, fijaban un clavo, y la masa guarnecida de clavos suficientes la ponian delante de la puerta del proscripto. Esta señal valia por una sentencia: y advirtiendo por ella el valesiano que le restaba poco tiempo para arreglar sus negocios, se ausentaba cuanto antes del pais. Si tardaba, los mismos que habian fijado los clavos se juntaban, tomaban las armas, y arruinaban la casa; cuando no les parecia mejor venderla al que mas diese, y repartirse el precio.

No atreviéndose los valesianos al que hacia

cabeza de la casa de Razen ni al obispo, fueron poniendo sucesivamente la masa delante de las puertas de los partidarios de aquella familia: y cuando ya vieron estos disminuido su poder con los destierros forzados, hallándose como aislado el obispo, tambien huyó; y animados con el buen éxito pusieron los valesianos la masa delante de un asilo, en donde la viuda del baron de Razen, y madre del obispo, se habia retirado á vivir tranquilamente con sus hijos sin mezclarse en los negocios. Esta madre, asustada, fue á dar sus quejas en Berna, en donde su difunto marido se habia hecho compatriota, y á vista de una persecucion tan injusta y porfiada se irritó la indignacion de los berneses. Entraron de mano armada en el Valés, y lo llevaron todo á fuego y sangre. Otros cantones protegieron á los valesianos, á los cuales resultó una ventaja que no habian previsto: pues llegaron á formar una república, que sin ser uno de los miembros constituyentes del cuerpo helvético, tiene no obstante con él la union mas estrecha.

Su territorio consiste en un valle de treinta leguas de largo sobre una anchura muy mediana, entre el canton de Uri, la Saboya, el Milanesado y el canton de Berna. Le atraviesa por toda su longitud el Ródano, y le coronan altas montañas cubiertas de nieve, de las cuales nace este rio. En la falda de estos montes, en donde cesa aquel invierno perpetuo, hay deliciosas frutas, abundantes cosechas y vinos de superior calidad que consumen los mismos habitadores. Gustan de una vida acomodada, no tienen comercio ni industria, y profesan la religion católica. El gobieruo es demo-

crático; pero el obispo de Sion, que es el primer magistrado con el nombre de conde ó prefecto del Valés, recibe todos los honores como el dux de Venecia, aunque tan sin autoridad como este. Le elige el pueblo, cuyos diputados forman un consejo supremo, que egerce el poder legislativo y decide en los negocios públicos y en las causas particulares.

Los cantones, despues de haber ayudado á los valles de Appenzel á sacudir el yugo de la abadía de san Gall, recibieron en su alianza, por los
1450. años de 1450, á la misma ciudad de san Gall. Ya entonces vivia poco sujeta á la abadía, y tenia un gobierno aristo-democrático, ó compuesto de los nobles y del pueblo, con un gefe llamado *el Burgomaestre*, que se muda todos los años. El territorio de esta republica solo es de seis leguas colocadas en las tierras de la abadía. Este monasterio es magnífico: eligen los monges el abad, y de este modo el que antes era un simple religioso, se ve repentinamente hecho un soberano opulento. Habita en un palacio, y tiene una corte espléndida de caballeros que tienen empleos en su palacio. Los monges que logran alguna dignidad, como son los secretarios, tesoreros y otros, participan de la suntuosidad, aunque unos mas que otros; y habrá como ochenta religiosos del órden de san Benito. La república, que consiste únicamente en la ciudad, es respetable por la prudencia de su constitucion, la autoridad de su policía, la vigilancia sobre las costumbres, la escelencia de las leyes suntuarias severamente observadas, siendo así que su comercio la da hombres millonarios. Sus diputados en las dietas helvéticas tienen la segunda clase en-

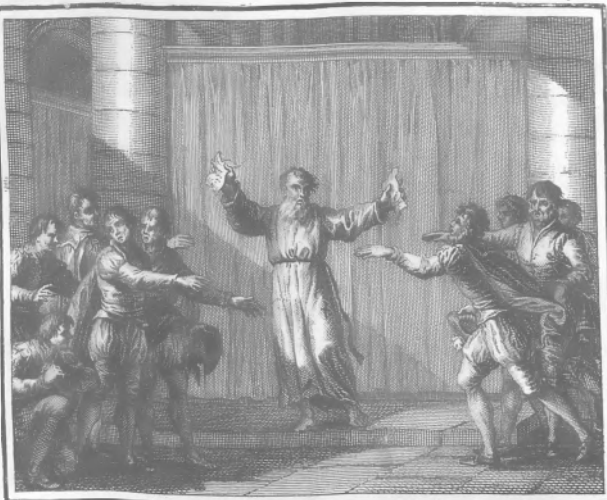
tre los estados coligados de la Suiza. El abad se sienta inmediatamente despues del canton décimotercio.

En 1453, y en tiempo de Cárlos VII, se halla el primer tratado de los suizos con la Francia, el cual ha servido de basa á cuantos despues se han seguido. Se obliga el monarca á no serles jamas contrario por sí ni por sus vasallos, y á no dar auxilio, socorro ni consejo á los que intenten molestarles. Los habitadores y demas personas, de cualquiera calidad que sean, podrán siempre pasar por toda la Francia con sus equipages, bagages y armas, sin que se les impida ni perturbe, y comerciar en ella libremente. Luis XI se sirvió oportunamente del crédito que le daba este tratado entre los suizos para ponerlos en armas contra Felipe el *Atrevido*, duque de Borgoña, y deshacerse de este enemigo terrible. Debieron los suizos á su buena disciplina las tres victorias que consiguieron contra este príncipe. En la batalla de Grandson en 1476 resistió su firmeza, sin que pudiesen desordenarla los esfuerzos de un formidable cuerpo de caballería que pretendió romper sus filas. En Morat, y en el mismo año, atacaron los suizos de firme á un egército mas fuerte que el suyo, marchando á paso muy sosegado por un terreno, que con motivo de una fuerte lluvia estaba muy resvaladizo, sin apartarse un punto por los ataques que sobre sus flancos hacian los cuerpos de tropas apostados. Por último, pereció el de Borgoña, enemigo irreconciliable, en el año de 1477 en la batalla de Nanci, en la cual los suizos no eran mas que auxiliares, pero mas numerosos que los soldados del duque de Lorena. 1453. 1476. 1477.

Luis XI pagó estos servicios indirectos con

grandes privilegios á los suizos militares y á sus viudas, y con exenciones de toda contribucion ó impuesto. Por entonces gozaban los suizos de la mayor estimacion, y se presentaban en sus dietas los embajadores de los papas y de los emperadores de la casa de Austria, que habia renunciado á poder llamarlos vasallos suyos. Ellos eran los que dictaban los tratados é imponian la ley; pero tambien empezaron entonces á mostrarse codiciosos del dinero; las potencias que mas les daban contaban con mayor seguridad con ver aumentarse sus egércitos; y su fidelidad á los soberanos, que los daban sueldo, era proporcionada á la exactitud en la paga estipulada.

En el tiempo de sus victorias se habia reforzado la liga helvética con dos cantones católicos, el de Friburg y el de Soleure: el primero de los cuales está entre el pais de Vaud, Neufchâtel, Berna y Sion; y el segundo confina con el Franco Condado por las gargantas de Porentrui, con Basilea, Lucerna, Berna y Neufchâtel. Se efectuó
1480. esta admision en 1480, por medio de un ermitaño nombrado el hermano Nicolás. Le llamaron á que decidiese sobre la legitimidad de una alianza entre Friburg, Soleure y el canton de Berna. El hermano Nicolás rompió el tratado, y sentenció que Friburg y Soleure, en lugar de ser aliados de Berna, debian ser recibidos como partes integrantes del cuerpo helvético. Se puso en egecucion su sentencia, y entraron como noveno y décimo canton, con las mismas condiciones de union é intereses en paz y guerra que los ocho primeros, y conservaron su gobierno particular, como casi todos los otros, de aristocracia y de democracia.



Friburg y Soleure.

Deseosos de aliarse con el canton de Berna los de Friburg y Soleure, consultaron con el hermano Nicolas su tratado; pero rompiéndole este ermitaño, decidió que fuesen admitidos como partes integrantes del cuerpo helvético; y así se llevó á efecto. Mas político que ellos el ermitaño les hizo ver que el influxo de alianzas parciales nada es en comparacion de la union general de fuerzas é intereses.

T. I. Enguid.º de 49. fte.

Alex.º Blanco conc.

La flema alemana es la que con grande admiracion nuestra hace subsistir sin alborotos esta mezcla entre todos los cantones; bien que á pesar de esta buena inteligencia, que parece sobrenatural, se han visto algunas veces los efectos de la antipatía inestinguible entre los dos gobiernos; porque los cantones, en donde dominaba la aristocracia, han manifestado para con los monarcas que los solicitaban una inclinacion que sobresaltaba á los demócratas. Sin division interior han tomado partido, segun sus pasiones, en las guerras estrangeras hasta el año 1499, en el que advirtió la liga helvética que no debia pelear sino por su pais y su libertad; y así la guerra, llamada de Suabia, escitada por Maximiliano de Austria, fue la última que los suizos sostuvieron fuera de sus límites en cuerpo de egército. 1499.

En 1501 formaron Basilea y Schafusa los cantones once y doce, ambos protestantes. El primero confina en Schafusa, Lucerna, Soleure y la Alsacia, corriendo el Rhin entre los dos. El segundo es limítrofe de Zurich, estando por medio la Tergobia, principado soberano, que se han sorbido insensiblemente los dos cantones que le tenian en medio. Lo mismo ha sucedido con otros pequeños estados, los cuales se han tenido por felices en verse aliados ó compatriotas de esta república cuando antes eran vasallos de algunos príncipes. Cuatro años antes los valles de Appenzel, que solo tenian la proteccion, se habian asociado á la liga, y formaron el último canton. 1501.

La resolucion tomada por la confederacion helvética de no mezclarse en guerras estrangeras, solo miraba al cuerpo de la república; y cada can-

ton era libre en permitir que sus suizos se alistasen en otras banderas, ó que juntasen sus estandartes con las de las potencias beligerantes que mas les conviniese. Las guerras de Italia entre los franceses, los venecianos, los papas, los emperadores, los milaneses, los genoveses y otros, abrieron una gran puerta á esta libertad de los suizos de vender su valor, y consiguieron en aquellas espediciones inmortal renombre. Siempre será famosa la batalla de Marignan, sostenida por dos dias enteros entre
1516. ellos y los franceses. El resultado fue, en 1516, un tratado de alianza perpetua, cual debe concluirse entre naciones que se estiman. No obstante, debe notarse que todas las cláusulas útiles son á favor de los suizos, los cuales nunca han dejado de aprovecharse de sus ventajas.

Es muy del caso proponer el cuerpo helvético como se hallaba á los principios del siglo XVI, y la naturaleza de los lazos que unian las diferentes partes; porque la constitucion que entonces tenia se ha conservado hasta nuestros tiempos. Se compone desde luego de trece cantones; y ademas de asociados, de confederados, de los que gozan privilegio de compatriotismo, que no todos gozan del mismo grado de consideracion en el cuerpo principal. A algunos no los consultan en los asuntos generales: otros son llamados á las dietas, se sientan y deliberan. Entre estos los de mayor importancia son los grisones, los cuales ocupan el pais, conocido antiguamente por el nombre de Rhetia, entre Glaris, el Tirol, el estado de Venecia y el de Milan. Estos forman una república poderosa por sí misma, la que dividida en dos partes, sin que se mande una á otra, y con dos gobiernos diferentes, conserva una

union inalterable. La liga de los grisones está unida por lazos de conveniencia y amistad con la liga valesiana, que como los grisones se divide en dos asociaciones bajo una cabeza elegible que la representa en las dietas. Mulhausen, Viena y Ginebra, de villas imperiales han llegado á ser aliadas de los suizos. Neufchatel, no obstante la soberanía del rey de Prusia, goza tambien de este privilegio, y no sin utilidad suya. Otros pequeños paises se mantienen por diferentes eslabones unidos á la liga helvética, que es la diosa tutelar de su libertad.

Los movimientos que mortificaron á la Europa en el siglo XVI se sintieron tambien en la Suiza. En él se levantó el herege Lutero; y cuando ostentaba algun bien al género humano, librandole de los que él llamaba errores, causó mucho mayor mal, haciendo con su heregía degollarse los hombres: antes le habia precedido Zuinglio, cura de Zurich, con el pretesto de las indulgencias. Se escitó su indignacion y quiso persuadir que el dogma de fe era erróneo. De aquí se empezaron las dudas sobre el poder de los sumos pontífices que las promulgaban; y despues se siguieron las disputas de disciplina, principalmente sobre la naturaleza y obligacion de los votos. Las primeras discípulas, prosélitas de Zuinglio, fueron unas religiosas de Zurich, que en testimonio de su confianza en la doctrina de este predicador de novedades, salieron de su convento, y las mas jóvenes se casaron. Zuinglio, aunque sacerdote, y hombre de bastante edad, ó incomodado con el yugo del celibato, ó por animar con su egemplo, se casó tambien.

Estas novedades, que ya tocaban en la policía, merecieron la atencion del magistrado. Los de Zu-

rich aprobaron la conducta de su cura y sus discípulos, y no solamente les pareció bien que sus opiniones se esparciesen en su territorio, sino que miraron mal á los de los otros cantones, que con leyes prohibitivas retardaban los progresos de lo que ellos llamaban *reformacion*. Tomaron el recomendable nombre de *Evangélicos*, porque suponian que entre ellos se hallaba la pura doctrina del Evan-
1523. gelio. Ya desde el año 1523 habian ganado los zuriqueses á los grisones, y á muchos particulares, en los cantones vecinos. Los de los católicos, adonde no habia penetrado la supuesta reformacion, creyeron que se debian tomar vigorosas medidas contra el contagio que les amenazaba. Como eran mas numerosos declararon por escluidos del cuerpo helvético á los cantones que profesaban ó en adelante profesasen la nueva religion. Caia este anatema sobre Zurich, Berna, Basilea, Schafusa y Appenzel, en los cuales ya se hallaban muchos *de los no conformistas*.

Con razon se les podia llamar así, porque acometiendo sucesivamente aquellos reformadores los puntos de la verdadera doctrina y de la disciplina eclesiástica, á medida que les iba desagradando, ni se conformaban entre sí sobre los principios, ni en el modo de probar y defender; porque Lutero no estaba de acuerdo en muchos artículos con Zuinglio; pero el reformador de Alemania rindió su carácter fogoso y activo por conseguir de los suizos alguna condescendencia en las proposiciones en que se diferenciaban; y Zuinglio, siempre tenaz, por creerse justamente persuadido, así como Lutero lo era por orgullo, nunca quiso convenirse con él. Las dos nuevas iglesias siem-

pre se quedaron divididas en un punto esencial, enseñando Lutero la presencia de Jesucristo real y permanente en la Eucaristía; y no admitiendo Zuinglio mas que una presencia de opinion y momentanea, que él llamaba *Sacramental.* Con esta palabra eludia todo argumento sobre una presencia, que realmente no sería presencia.

Por otra parte tuvieron estas dos sectas el cuidado de no atormentarse mucho; y cada una desde su pais dirigió los esfuerzos principales contra la Iglesia romana, enemiga comun de las heregías. Sobresaltados los suizos al ver la discordia que nacia entre ellos por la diversidad de opiniones, tuvieron la bondad de creer que la conferencia entre los doctores de los dos partidos les restituirian la paz. Por el contrario, como si los que comienzan por disputas acabaran por aborrecerse, este solo fue el fruto de la conferencia de Marpourg en 1630, y del congreso de Brangarten. Mientras disputaban los doctores se estaban amenazando con los ojos los discípulos, y prometiendose convencer con las armas á los porfiados que no querian ceder á la que miraban como evidencia presentada por sus maestros; y con efecto, no tardaron mucho en llegar á las manos. Hubo en Cappel una batalla sangrienta de berneses y zuriqueses contra cinco cantones, y murió en el combate Zuinglio. Sus partidarios, puestos en fuga, dejaron muchos muertos en el campo. 1630.

Este fue el único acto de notable violencia, que la diversidad de religion ocasionó entre los suizos; y como avergonzados de semejante irritacion entre hermanos, volvieron de repente á sus sentimientos pacíficos, y casi en el instante que dejaron el campo de batalla, hicieron un reglamento que nunca

han violado. Establecieron pues que los cantones católicos y los protestantes jamas se mezclarian de modo alguno en lo que pasase entre unos y otros en punto de religion: que en los cantones en donde hubiese las dos religiones vivirian juntos con buena inteligencia; que tendrian los reformados su templo, y no perturbarian á los católicos en sus fiestas y ceremonias. Los ministros reformados y los católicos se abstendrian de ponerse nombres injuriosos. Por último, todo aquel que por causa de religion insultase á otro con palabras ó con hechos, sería puesto en la cárcel á pan y agua por tres dias y tres noches, pagando una multa; y los que no pudiesen pagarla estarian seis dias. Las mugeres cumplirian con la mitad del castigo. No dudo que el ayuno á pan y agua, tan eficaz entre los suizos, pudiera serlo tambien en otros paises.

Ha habido pocas diferencias entre las coronas en los siglos XVI y XVII y hasta nuestros dias, en que no se hayan hallado los suizos, no como partes principales, sino como auxiliares y aliados reclamados por las potencias beligerantes. Ninguna de estas deja de desear tener en sus egércitos batallones suizos, aunque los paga caros, y por esto los acusan de que trafican con su vida y venden su sangre; pero injustamente es reprendida una nacion, que por su constitucion prudente, su situacion y la naturaleza del pais, jamas ve en él mas que la sombra de la guerra; y para estar acostumbrada, en caso de realidad, va á aprenderla entre los otros pueblos. La nacion helvética es una de las mas felices del mundo: gracias á su valor, á la sabiduría de sus leyes, á su amor á la libertad, y gracias sobre todo á su moderacion. Como

están fortificados los suizos por sus rocas, lagos y desfiladeros, acostumbrados á las armas y son de carácter guerrero, si se vieran acometidos, pudieran defenderse contra todas las fuerzas reunidas de la Europa. Solo deben temer un enemigo, desconocido y despreciado en los pasados siglos, del cual se dice que ya empieza á contagiarlos con sus funestas influencias. Este peligroso enemigo es el lujo, que aseguran haberse introducido en los cantones; y en llegando á corromper las costumbres, causará la ruina de la república, si los suizos dejan de oponerle su antigua sencillez, prudencia y moderacion.

La Suiza, bajo la influencia de los franceses, va dando actualmente una nueva forma á su gobierno, el cual cesa de ser federativo sin perder nada de la esencia republicana.

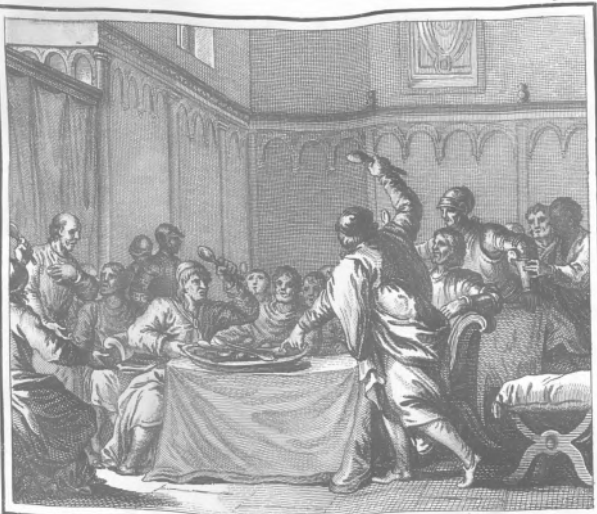
GINEBRA.

La república de Ginebra es una sola ciudad con muy corto territorio. Está situada en un promontorio en donde el Ródano sale del lago Leman. Su historia ha dado provision á muchos volúmenes; pero cercenando lo que no puede importar sino á solos los ciudadanos, se reduce á intrigas interiores y á querellas con los vecinos, de las cuales estraeré los hechos que por su singularidad ó por otros motivos interesan y merecen la atencion.

Ginebra existia antes de Julio César, y era ya célebre y rica por ser paso frecuentado de los gaulas para Italia. De los vándalos y otros invasores del bajo imperio pasó á los borgoñones. En 1620 1020.
la dió Clotario cierta forma de gobierno; y á fi-

nes del siglo VIII celebró en ella Carlo Magno una junta de todos sus estados. Por entonces tenia condes y obispos, y los primeros no eran mas que condes del territorio, y así se intitulaban condes del Ginebrino. Gobernaba un senado la ciudad, y este se valió muchas veces de la intervencion del obispo contra las empresas de los condes, lo cual dió á los obispos tal poder en sus consejos que llegó á convertirse en potestad de autoridad. La sucesion de los obispos es conocida desde el siglo XI, y muchas veces se verificó contra ellos la reaccion de los condes, oponiendolos el senado á los prelados cuando estos se propasaban á empresas. Algunas veces dieron los duques de Saboya la investidura de estos condes á sus hijos segundos. Vivian estos príncipes en la ciudad con mas honor que poder, y con solo esto se contentaban.

Senado, duques, condes, obispos: un gobierno tan repartido y complicado no pudo menos de producir muchos alborotos en el transcurso de los siglos; pero ninguno omitió el historiador de Ginebra. Este, si se le consulta, dirá, que cuando empezó la religion protestante á apuntar en Génova, hubo partidos opuestos que se dieron nombres de facciones. Los católicos, sacrificados á la Saboya, fueron llamados *mamelucos*, sin duda por alusion á la antigua soldadesca egipcia, que siendo libre en su orígen se habia hecho esclava de los sultanes. Los protestantes se llamaron *einots*, palabra alemana, que significa confederados por juramento, y de ella se formó el nombre de *hugonotes*; y así esta denominacion, que se ha esparcido en toda la Europa, viene de una mediana ciudad situada al pie de los Alpes. El mismo historiador



Los Caballeros de la cuchara.

Sorprendidos y burlados por los genoveses algunos malcontentos ginebrinos á quienes hallaron comiendo la sopa con cucharas de palo, juraron obligar á lo mismo á sus burladores; y asociandose para ello, adoptaron por insignia de su confraternidad una cuchara al cuello, llamandose Caballeros de la cuchara. *Las burlas impertinentes rara vez han dexado de producir sérias conseqüencias.*

T. I. Enquis.t de ag. fic.

Jf. Bonifaz. conc.

habla de los *caballeros de la cuchara*, asociacion de algunos malcontentos, que sorprendidos por los genoveses en un dia de campo, comiendo la sopa con cucharas de palo, y burlados por ellos, juraron que habian de precisar á los burladores á que hiciesen lo mismo, y llevaban una cuchara al cuello en señal de confraternidad. El duque de Saboya los llevó á su partido despues de los mamelucos; pero no tuvo consecuencia aquella especie de caballería.

Un motivo de mas peligrosos disgustos circulaba entre los ginebrinos. Su situacion entre la Suiza y la Francia ha hecho que las nuevas heregías, esparcidas en los dos estados, se hayan detenido entre ellos al paso, fijando allí su domicilio, en términos que ya se llamaba Ginebra la capital de la reforma. Conservan precisamente los nombres de sus primeros apóstoles, Guillermo Farel y Antonio Saunier, que se introdujeron en Ginebra por intervencion de los berneses, zelosísimos reformadores, y Antonio Floment, hombre jóven y divertido, que con el pretesto de enseñar á leer y escribir logró la introduccion en las casas, y tenia talento particular para insinuarse con las casadas y las doncellas.

Fingian los magistrados no estar contentos con tales maestros; pero se sonreian de ver sus adelantamientos, y así los desterraban y los dejaban volver. No estaba el clero contento con una conducta tan equívoca, armó á los mas zelosos, y ya estaba para llegar á las manos; pero con la mediacion de los magistrados todo se apaciguó. El convenio que hicieron favorecia mas á los reformados, pues no los echaron de la ciudad; y no cerrar la puerta

á los introductores de novedades es lo mismo que abrirla y convidarlos. Acudieron en tropel, principalmente de la Francia, en donde los perseguian. Se hicieron en Ginebra tan poderosos, que viendose el obispo en la ciudad, casi sin ovejas, la dejó, y se llevó el cabildo á Gex. Este fue el pretesto del duque de Saboya para querer sorprender á Ginebra y apoderarse de ella; pero sin otra intencion, decia, que la de restablecer el prelado. Despues se ha conocido que estos príncipes en sus tentativas trabajaban mas por sí que por la religion. Los obispos trasladaron su silla á Anneci, en donde todavia permanecen.

Entre los predicantes, que fueron de Francia, se hallaba el famoso Juan Calvino; y apenas llegó cuando dió á conocer su carácter dominante. Las disputas que tuvo con sus cohermanos dieron nueva energía á los católicos; y cansados los magistrados de las contiendas de sus nuevos doctores, se volvian á la antigua religion, y espelieron á todos los introductores de novedades indistintamente. Se retiró Calvino á Strasburgo, en donde juntó una pequeña Iglesia muy sumisa admiradora de sus opiniones; y así sintió dejarla cuando mudada la faz de los negocios en Ginebra, le volvieron á
1539. llamar en 1539. Tomó en aquella ciudad absoluto imperio, y llegó á ser como el dictador de la república. Nada se hacia sin consultarle; y con su severa disciplina cerró las tabernas, suspendió los juegos, interrumpió los bailes, y prohibió los espectáculos. Si solo se le considerara como político sería preciso alabarle; pues manteniendo correspondencia con los protestantes mas distinguidos de Europa, por la estimacion que le daban estas co-

nexiones, atrajo á Ginebra las mas útiles manufacturas, los artistas mas industriosos, y aumentó considerablemente el comercio de la ciudad.

Tambien pudiera mirarse por el lado de la política la intolerancia de Calvino; porque su pensamiento fue, que una república tan estrecha, y de tan poco poder por sí misma, no podria mantenerse mientras conservase en su seno la semilla de la disension en la diferencia de religiones; y así le pareció que no habia otro medio para estipar estas raices sino el estremo rigor. No obstante, en el castigo de Miguel Cerbet, aquel catalan que fue quemado como ateista, se reconoce la influencia del carácter de Calvino, que le tenia duro, tenaz é inflexible, como le tienen ordinariamente los hipócritas. Este patriarca del calvinismo murió en Ginebra en 1564, habiendola hecho centro de su falsa religion, y erigido en ella el famoso colegio de ciencias, en donde fue profesor él mismo. 1564.

Desde el fin del siglo XVI han sido frecuentes las empresas de los duques de Saboya sobre Ginebra, ya por medio de conspiraciones tramadas en secreto, y ya con fuerza abierta. De las primeras se libraron los ginebrinos con una exacta vigilancia, y de la fuerza con el auxilio de la Suiza y de la Francia. Algunas veces tuvieron bastante con sus propias fuerzas, y castigaron severamente los atentados contra su libertad. En 1602 intentó el duque de Saboya escalar á Ginebra con las medidas tan bien tomadas que debian asegurar el buen éxito, y no lo consiguió por una especie de prodigio. Ahorcaron los genoveses sin misericordia, como á ladrones, á todos los soldados y oficiales de quienes pudieron apoderarse, y entre ellos hubo 1602.

muchos hombres distinguidos. Este fin han tenido hasta ahora todas sus tentativas.

La constitucion de Ginebra ha sufrido infinitas variaciones. Sobre este punto se ha escrito mas de lo que se necesitaria para gobernar una grande monarquía. Se puede decir que su gobierno es aristocrático, y al mismo tiempo democrático y aristocrático, porque gobiernan dos consejos compuestos de familias privilegiadas; y es democrático por ser el pueblo el que elige y nombra los consejeros. El último reglamento que ha fijado la forma de las elecciones, y los límites del poder de todas las ma-
1768. gistraturas, es el de 1768, bajo la garantía de la Francia y de sus laudables potencias, el cuerpo helvético.

El ginebrino es activo, ingenioso, propio para las ciencias y las artes: obrero, industrioso, médico, económico, y muy sutil para todo género de ganancias. El genio republicano sigue á los ginebrinos en todos estados y en todos los períodos de su vida. De aquí es que la inspiran á cuantos tratan con frecuencia, y si llegan á tener empleo de gobierno en algun reino, procuran hacer que domine este mismo espíritu. Nacen compatriotas como los judíos, se socorren unos á otros en todas partes, vuelven muchas veces como ellos los ojos á su Jerusalen, y la ven con mucho gusto; pero van á disfrutarla á otras partes. Los ginebrinos por lo general, aunque están colocados entre los franceses, los italianos y los suizos, nada toman de estas tres naciones, porque hacen otra aparte; y esta misma singularidad será tal vez una de las principales causas de la duracion de su república. Ultimamente, acaba de incorporarse con la Fran-

cia, y es parte de ella con título de *Departamento.*

ALEMANIA (COMO IMPERIO).

Entre todas las regiones de Europa es la Alemania la que ofrece las mas interesantes variedades, y aun las mas complicadas, especialmente en lo político. Se diferencia estraordinariamente de lo que fue en la antigüedad. Estaba cubierta de bosques, y no tenia mas que cabañas dispersas y cierta especie de madrigueras, en las cuales vivian mezclados habitantes y animales; pero al presente abunda de ciudades opulentas, llenas de pueblo muy numeroso y civilizado.

En Alemania se hallan todos los climas, todas las producciones de la naturaleza y sus variedades. Son los alemanes, por lo general, vigorosos, de alta estatura, sencillos, laboriosos, fieles, valientes, propios para la guerra; pero al mismo tiempo se dice que son mercenarios y dados al pillage. Son firmes en la religion que abrazan, lentos en los consejos y constantes en la amistad: disimulados en sus enemistades, desconfiados, sospechosos, apasionados por los placeres de la mesa, y mas indiferentes á los del amor. Las mugeres son tan naturalmente castas, como si lo fuesen mas por hábito que por virtud.

Los alemanes adelantan en las ciencias, tanto por su aplicacion como por su ingenio: son poco vivos, de mucha paciencia y compiladores infatigables. No les es estraño objeto alguno de los humanos conocimientos. Tienen universidades, academias, sociedades literarias, y la medicina, bo-

tánica, cirugía y metalurgia les deben muchos descubrimientos y progresos.

En las artes útiles perfeccionan muy bien, pero inventan poco: son trabajadores tan aplicados, que no les asustan ni detienen las tareas mas penosas y de la mayor duracion. No les faltan las artes agradables, como la pintura y la escultura; su música tiene estimacion. La situacion de la Alemania en el centro de la Europa, y los rios que la atraviesan, llaman á ella el comercio; pero algunas veces se entibia por la variedad de lenguas, y los muchos estados pequeños, cuyos intereses se oponen.

A la Alemania llaman el imperio por escelencia: el imperio romano, aunque Roma no pertenece á él; y por último el imperio germánico. Despues de la conmocion que padeció la Europa en la disolucion del imperio romano, no se consolidó el de Alemania, no tuvo límites fijos, ni dió regularidad á su gobierno hasta principios del siglo VI. Hasta entonces habia estado en forma de monarquía en manos de los descendientes de Carlo Magno, y despues ha quedado una república federativa de soberanos; y entre los muchos estados que la componen, unos son mas poderosos que otros. Algunos hay casi imperceptibles que se confunden en la multitud, y no existen libres sino por la proteccion; mas por ser menos conocidos no son menos felices. La religion es mista, la católica y la protestante dominan; pero se hallan allí todas las sectas. En los estados católicos, la Iglesia y la nobleza son casi los únicos propietarios, y los paisanos son siervos, ó se ven obligados á unas ocupaciones que se acercan á la servidumbre; y por con-

secuencia de este abatimiento de los pueblos los nobles son imperiosos, zelosos de sus prerogativas, infatuados en su nacimiento, grandes genealogistas, infatigables cazadores, é inexorables en el castigo de los que sin permiso se atreven á disfrutar este placer, porque le miran como privilegio esclusivo de su órden.

Desde el año 919 es electiva la corona; pero ha habido mucha variedad en la forma de la eleccion. Esta pertenece actualmente á nueve electores con esclusion de los otros príncipes. La dieta de eleccion se celebra en Francfort, y la coronacion, si se puede, en Aquisgran. Si el emperador no tuviera soberanía en propiedad, sería su poder muy poco; porque no solo los electores, sino casi todos los príncipes, gozan en su casa de los derechos de soberanos sin apelacion. Entre ellos el emperador no es mas que como un magistrado supremo, conservador de las leyes. Sus chancillerías son los depósitos de ellas, y las dietas y cámaras imperiales; pero los órganos son los consejos áulicos. Se presentan en ellos los negocios con formalidades tan simétricas, que hacen las decisiones en estremo lentas. Si este coloso cayera en masa sobre los estados vecinos, pudiera oprimirlos á todos; pero es difícil que las partes que componen este grande cuerpo se reunan con toda prontitud; por lo que se le puede oponer una resistencia suficiente y rechazarle á sus límites.

Los reyes de Francia, sucesores de Carlo Mag- 912.
no, conservaron el derecho de sucesion hasta la muerte de Luis IV en 912, y entonces salió el imperio de la casa de Francia por la debilidad de Cárlos el *Gordo*, que reducido á un corto dominio

no pudo hacer valer sus derechos sobre la Germania. Juntandose pues los príncipes y nobles alemanes en Worms, dieron la corona á Oton, duque de Sajonia: este no la admitió á causa de su mucha edad; y por una generosidad, que no es comun, propuso con recomendacion á Conrado, duque de Franconia y de Hesse, con quien estaba desavenido, pero á quien miraba como á un príncipe de mérito: y el voto de Oton ganó todos los otros para Conrado. Su reinado padeció inquietudes por la desobediencia de algunos señores, á quienes sujetó, y por las pretensiones de Enrique, hijo del duque de Sajonia, su bienhechor. Sin embargo de sus desavenencias no dejó Conrado de reconocer el mérito de este príncipe, así como respecto de él lo habia hecho Oton. Estando para morir le recomendó á los príncipes y estados congregados, como la persona mas propia para sucederle. Aprobaron su eleccion; y Conrado antes de morir envió, por medio de su hermano, á Enrique la corona, el cetro, la lanza, la espada y los ornamentos imperiales.

919. A este Enrique le llamaron el *Pajarero*, porque gustaba mucho de la caza de volatería; pero mejor hubiera sido darle un sobrenombre que indicase su moderacion y su talento para conciliar los espíritus. Por su moderacion no quiso recibir la honra que el papa le ofrecia de coronarle en Roma. Para sujetar los pueblos de Italia, si no rebeldes á lo menos poco dóciles, necesitaba enviar allá grandes fuerzas; pero tuvo por mas acertado emplearlas en restablecer su autoridad en Alemania. Su talento de conciliacion se vió en que se valió mas de la persuasion que de las armas. Se por-

tó tan bien que los grandes le prometieron, que muerto él, pondrian en el trono á su hijo Oton, y 936.
le cumplieron la palabra; pero este hijo no les dió motivo para arrepentirse. Siendo ya las circunstancias mas favorables, fue á coronarse en Roma, é hizo respetar su autoridad, no solo en aquella capital del pueblo cristiano, sino tambien de toda Italia. No le faltaron á Oton I pesadumbres domésticas; pues por instigacion de malos consejeros se sublevaron su hermano Enrique, y Ladolfo su hijo menor, á quienes venció y perdonó. Antes de su muerte tuvo influjo para hacer que nombrasen para el imperio y coronasen á su hijo mayor Oton II.

Al padre de Oton le habian llamado el *Grande*; pero á él le dieron el nombre de *Sanguinario*, 973.
porque jamas economizaba la sangre cuando se creia autorizado para derramarla. Hizo correr con abundancia la de los beneventinos y romanos, que le abandonaron en una empresa contra los sarracenos, porque trató de traicion su desercion, y la castigó cruelmente. Su reinado se pasó en guerras contra los esclavones, los dinamarqueses, los polacos, los suecos y los húngaros, naciones apostadas á las fronteras, como los combatientes, que en las barreras de una palestra están prontos para entrar así que se abre. Contuvo sus asaltos Oton, y los rechazó. En esto le imitó Oton III su hijo, llamado 985.
el *Niño*, porque subió al trono á los doce años de su edad. Este tuvo una muger libertina, que picada por haberla despreciado un señor, á quien solicitaba, le acusó en despique de haber atentado contra su honor. El marido, por falta de exámen, condenó precipitadamente al galan á muerte; pero ha-

biendo reconocido su error, hizo quemar viva á la calumniadora. Quedó viudo, y faltó sin embargo á la palabra dada á una viuda, á quien habia seducido con promesa de matrimonio. Ella se mató con veneno, y él murió jóven sin sucesion.

1002. Por voto de los electores le sucedió Enrique, duque de Baviera, en cuyo tiempo se vió el primer egemplar de príncipes borrados de la lista del imperio, por no haber obedecido á los decretos de la dieta Germánica. Las guerras que le fue preciso sostener le cansaron de tal modo, que por dos veces quiso renunciar el imperio. En la primera continuó á solicitud de sus vasallos; pero en la segunda llevó mas adelante su proyecto de abnegacion, y determinó hacerse monge. El abad, á quien se dirigió, manifestó prestarse á su deseo, y le recibió en calidad de hermano lego, con la condicion de que le obedeceria en todo: lo prometió así el emperador, y entonces dijo el abad: "Ahora bien: yo os mando que continueis en manejar las riendas del gobierno del imperio." Acerca de la emperatriz, su esposa, merecen notarse dos cosas: La primera, que la tuvo por sospechosa de infidelidad, y ella se purificó por la prueba del fuego: la segunda, que estando el emperador para morir, llamó á los parientes de la princesa, y les dijo: "Vírgen me la entregasteis, y vírgen os la vuelvo." Si por tan buena conducta mereció el nombre de Santo, tambien se le debe este título por la piedad con que donó á la Iglesia muchas riquezas.

1024. Sucedió por eleccion Conrado, duque de Franconia, y le llamaron el *Sálico* por haber nacido en las riberas del rio *Sala*. Habiendose hecho coronar en Roma para conservar el cetro imperial

en su casa, se coronó tambien en Aquisgran su hijo Enrique III, por sobrenombre el *Negro*. Este, muerto ya su padre, egerció la autoridad soberana en Roma; pero allí se vió reducida á estrechos límites por la destreza de san Gregorio VII, en cuyo tiempo era corriente la opinion de que al papa debian estar sujetos los tronos.

Tuvo Enrique IV una juventud desarreglada 1056.
y fogosa; y habiendo perdido la estimacion pública en sus primeros pasos, no pudo recobrarla despues en edad mas avanzada, sin embargo de haber sido valiente, buen general, y versado en los negocios.

Cuando ya se habian vinculado en las prelacías fundos de tierra, los titulados que llegaban á verse tales por eleccion ó de otro modo, puestos en posesion del egercicio de sus funciones espirituales por la potestad eclesiástica, para gozar de los bienes de su título, necesitaban la investidura de lo temporal, dada por la potestad civil; y la costumbre era poner á los arzobispos, obispos ó abades en posesion de sus propiedades, con la entrega del báculo pastoral y el anillo. Se presentaba pues el electo, y en audiencia pública se le entregaban estas señales características de su dignidad, que significaban el pleno goce de sus emolumentos y derechos útiles. Esto es lo que se llamaba *dar y recibir la investidura.*

Pareciéndoles á algunos prelados que presentarse para esta ceremonia á los emperadores era profanar su carácter, no quisieron conformarse con el uso; y los emperadores lo miraron como prerogativa de su corona. Se suscitaron por esta causa muchos debates en Italia; pero mas en Alemania.

Todos terminaban regularmente en perjuicio de los prelados, porque los condenaban á alguna multa para el fisco, ó ellos para entrar pacíficamente en la posesion útil hacian presentes al emperador y sus ministros; y por estas retribuciones eran muchas veces acusados de simonía, tanto los prelados que las daban como los príncipes que las recibian.

San Gregorio VII, con motivo de las quejas de algunos prelados, cuyos bienes permanecian en manos del emperador Enrique IV, porque no se habian sujetado á esta ceremonia, mandó que Enrique los entregase al electo, sin darle la investidura, prohibiendo al mismo tiempo á los prelados que la pidiesen. Reclamó el emperador contra este decreto, amenazando que sostendria su reclamacion con las armas: le escomulgó el sumo pontífice: rompió el fuego de la guerra en toda la Alemania con el furor que es regular en estos casos: y empezó á titubear la fidelidad de los pueblos con la esplosion del rayo. Ya se vió Enrique á punto de ser abandonado; y creyó que no podria preparar la eleccion de otro emperador si no daba algun paso de humillacion. Convocó pues á los señores á Oppenhin, y en asamblea pública confesó las irregularidades de su juventud, pidiendo á los asistentes que las olvidasen, y prometió portarse mejor en adelante; pero insistiendo siempre en dar las investiduras, san Gregorio VII reagravó la escomunion. Enrique, para deponer á san Gregorio VII, puso en su lugar un anti-papa; pero con este escándalo le abandonaron de tal modo sus vasallos, que se vió precisado á ceder al pontífice, y pedirle personalmente perdon en el castillo de Ca-

nosa con las ceremonias de la antigua penitencia pública.

¡Estraña es la inconstancia de los pueblos! Los mismos que le habian abandonado, porque no se sujetaba al papa, y hasta los mismos italianos se alborotaron por su humillacion, y no pudo ganar sus corazones sino revocando, por decirlo así, su arrepentimento. Entonces san Gregorio hizo elegir emperador á Rodulfo, duque de Suabia. Este Rodulfo murió en una batalla: echaron de Roma á san Gregorio, y murió fuera de su capital. No por esto fue Enrique mas venturoso; porque aunque derrotaron á Herman, conde de Luxemburgo, á quien favorecian los afectos al pontífice, no faltó quien suscitase contra Enrique á Conrado, su propio hijo; pero el emperador creyó dar un gran golpe de política, oponiendo á aquel hijo ingrato á Enrique su hijo segundo, y haciéndole elegir rey de romanos. Este hijo menor, mas peligroso que Conrado, que ya habia muerto, se entregó á los enemigos de su padre, é instigado por ellos tomó el gobierno con título de rey de romanos, y con el pretesto de la opinion que entonces corria de que los pueblos podian negar la obediencia á su rey escomulgado, y que el imperio estaba espuesto á caer en confusion por la anarquía.

Muchos señores no adoptaron estas razones de tranquilidad pública, que el hijo procuraba esforzar para reinar en lugar de su padre, y se unieron con el emperador. Viéndose con pocas fuerzas el rey de romanos fue á Coblentza á pedir perdon á su padre, y este se le concedió; pero él tuvo ardid para persuadir al crédulo Enrique que despidiese su egército; y viéndose el pérfido con supe-

riores fuerzas, hizo arrestar á su padre, y le puso con buena guardia en el castillo de Berguenhein, cerca de Maguncia. Mientras le tenia preso congregó una dieta de sus partidarios, y mandó declarar solemnemente la deposicion de su padre. Los arzobispos de Maguncia y de Colonia fueron diputados para ir á notificarle la sentencia y pedirle la corona y demas ornamentos imperiales.

Sorprendido el anciano emperador preguntó por qué le trataban así; pero ademas de recordarle su mala conducta, empezando por su juventud, le dieron en rostro con que habia introducido un cisma en la Iglesia, eligiendo un anti-papa, y con la simonía de haber puesto en venta los obispados: "¿Yo, dijo el emperador, he puesto los obispados en venta? decidme ¿qué es lo que yo os he pedido por las dignidades que ahora gozais, con ser los mejores beneficios que estaban á mi disposicion? Bien sabeis que poniéndolos en venta pudiera haber llenado mis cofres; pero os los dí gratuitamente. ¿Así correspondeis á mis beneficios? ¿Quereis ser del número de aquellos ingratos que levantan sus manos contra su señor natural, con desprecio del agradecimiento que le deben? Ay de mí, que empiezo á rendirme al peso de los años y del dolor. Ya estoy para concluir mi carrera mortal; dejadme acabar en paz el poco camino que me resta, y no terminen la vergüenza y la miseria una vida en otro tiempo tan gloriosa."

Los prelados, constantes en su resolucion, insistieron en que el emperador les dejase cumplir con su comision en todas sus partes. Se revistió pues de los ornamentos imperiales: tomó asiento en una silla ostentosa, y les habló así: "Ved aquí

las insignias de la soberanía que recibí de Dios y de los príncipes del imperio. Si provocais la indignacion del cielo, y la eterna censura de los hombres, hasta el término de atreveros á poner las manos en vuestro soberano, podreis despojarme violentamente de estos ornamentos porque me hallo sin fuerzas para rechazar este insulto." Los obispos le quitaron la corona y el cetro, le hicieron bajar de su silla, y le despojaron de las vestiduras reales.

Durante esta escena de abatimiento esclamó el emperador, bañados sus ojos en lágrimas: "Gran Dios, tú eres el Dios de las venganzas, y castigarás este ultraje. Confieso que he pecado, y que he merecido esta vergüenza por los estravíos de mi juventud; pero no dejarás de castigar tanta ingratitud é insolencia." No contento el jóven Enrique con esta renuncia forzada, hizo que su padre compareciese en una junta de príncipes adictos á sus intereses para exigir de él una resignacion que pareciese voluntaria, y que hizo por no ser posible dejar de hacerla. Confesó sus culpas como otras veces, concedió que le hacian descender del trono justamente, pidió perdon á los asistentes, y arrojándose á los pies del legado apostólico, le suplicó que le absolviese y le relevase de la escomunion. El legado respondió: "Que no tenia potestad para ello, por ser este derecho reservado al sumo pontífice." Alcanzando á ver entre las gentes á Gerardo, á quien acababa de nombrar obispo de Spira, le suplicó Enrique que para su subsistencia le concediese un canonicato en su catedral. Aquella catedral la habian edificado y dotado sus mayores; y no obstante dijo Gerardo: "No os

le puedo conceder hasta tener permiso del pontífice." A esta respuesta empezaron á caer de sus ojos abundantes lágrimas, y dijo á los circunstantes: "Ay de mí, queridos amigos, compadeceos de mí, que me hallo herido de la mano de Dios."

Para colmo de su desgracia le mantuvo preso el nuevo emperador; se huyó de la prision, y pasó á Flandes, en donde pudo levantar un egército; pero antes de conseguir algun suceso decisivo, murió en Lieja en el mismo año de su deposicion, y fue enterrado magníficamente en la catedral. Su hijo, fiel á sus principios, le hizo desenterrar porque estaba escomulgado, y depositarle por gracia en una pequeña capilla. Era este príncipe inclinado á la clemencia; y aunque de carácter vivo, fue en sus desgracias un modelo de paciencia y resignacion; y perdida una vez la estimacion de sus vasallos, nunca pudo recobrarla. Egemplar terrible de la influencia que sobre toda la vida tienen algunas veces las culpas de la juventud.

1106. En sus primeros años se portó bien Enrique V con el clero; pero sin ceder en el punto de las investiduras, que fueron motivo de la disputa entre él y Pacual II. Procuró atraer al papa á una conferencia en que todo se arreglase; pero temiendo el pontífice que le armasen algun lazo, se puso bajo la proteccion de la Francia, adonde se retiró; y con las seguridades convenientes volvió á Italia. Le siguió Enrique allá, precediendo una magnífica embajada, que ofrecia al soberano pontífice un concordato ventajoso. Le recibió el papa en Roma, y se acomodó á la voluntad de Enrique; pero los prelados italianos sublevaron al pueblo. El emperador, que habia entrado en Roma casi solo, ha-

mó su egército, prendió al papa y á los cardenales, y despues empezaron á tratar. Se ratificó el concordato en una misa solemne, y en señal de reconciliacion el papa dividió la hostia en dos partes, y consumiendo la una, comulgó á Enrique con la otra. De este modo consiguió el emperador cuanto deseaba sobre las investiduras; y como habia privado á su padre de los honores de sepultura eclesiástica, por lo mismo que él habia disputado, pasó por Lieja, y dispuso hacerle magníficos funerales. Aunque despues en Roma los cardenales y obispos dieron por nulo el tratado que concedia al emperador las investiduras, el papa Pascual no quiso firmar esta resolucion. Volvió Enrique á Italia, creó anti-papa á Burdino, arzobispo de Praga, y se hizo coronar emperador por sus manos; pero llamándole á Alemania algunos alborotos, dejó al infeliz intruso á discrecion de Calisto, sucesor del pontifice Pascual, que le hizo encerrar.

Por último, cansados ya todos de estas disputas entre el Sacerdocio y el Imperio, llegaron á una seria composicion, y quedó arreglado que en adelante diesen los emperadores la investidura de lo temporal, no por medio de la cruz, el báculo pastoral y el anillo, sino presentando al provisto su cetro, y tocándole y besándole este respetuosamente. De este modo tuvo fin esta discordia, que pudiera muy bien haberse cortado así antes de inundar de sangre la Italia y la Alemania. Enrique V no sobrevivió mas que tres años á esta composicion. No puede negarse que era gran politico; y á no ser por la conducta que observó con su padre, conducta desnaturalizada y falta de toda piedad, de que dicen se arrepintió despues, se le pudiera

poner en la clase de los emperadores que honraron la diadema.

1125. Escogieron los electores, despues de él, á Lotario, duque de Sajonia, el cual tuvo por concurrentes á dos sobrinos del difunto emperador, á quienes él obligó á abandonar sus pretensiones. Reconquistó Lotario los dominios de Italia, que se habian sustraido del imperio, y fue coronado en

1137. Roma. Reinando Conrado su sucesor, se halla el orígen de las palabras Güelfo y Gibelino, tan famosas en la Italia y la Alemania. Si no se supiera que muchas veces pelean y se matan los hombres mas por las palabras que por las cosas, no podria menos de admirarse el mundo de las muertes y estragos que estas dos palabras causaron. Güelfo, hermano de un duque de Baviera, que estaba en guerra con el emperador, sitiado en el castillo de Weinsberg, dió por palabra de órden á sus soldados su propio nombre *Güelfo.* Federico, duque de Suabia, general del emperador y hermano de este, dió á los suyos la palabra *Gibelino*, nombre de un lugar de Suabia, en donde le habian criado. De este modo la casualidad llegó á destinar estas dos palabras á ser el distintivo de dos poderosas facciones muy enconadas, y cuyo encono duró mas de dos siglos. Regularmente los güelfos seguian al pontífice, y los gibelinos al emperador; pero muchas veces sucedió, que sin afecto particular al papa ni al emperador, los señores que estaban en guerra contra otros, tomaron estos mismos nombres para aumentar sus tropas, juntándose con uno los gibelinos, y con otro los güelfos, siempre prontos á combatirse.

En el castillo de Weinsberg, se defendió Güel-

Las esposas fieles.

En la capitulacion del castillo de Weinsberg prohibió el Emperador sacar otra cosa de precio que lo que pudiesen llevar las mugeres; y ellas, temiendo por la suerte de sus maridos, abandonando toda otra riqueza, los sacaron en hombros, y los presentaron al Emperador, que conmovido con tan tierno espectáculo, trató á todos benignamente. ¿Quien, á vista de tal generosidad, no había de ser algo generoso?

T. I. Enguid.s de ag. fte.

Jf. Fonseca conc.

fo hasta el estremo; y cuando ya no pudo mas, envió diputados al emperador. Este príncipe le perdonó, como tambien á sus partidarios, encerrados con él; pero mandó que no saliese del castillo cosa alguna preciosa, sino solamente lo que las mugeres pudiesen llevar. Aunque por la capitulacion se habia concedido á los hombres la vida, sabiendo que el emperador estaba muy irritado contra ellos, y temiendo algunas siniestras interpretaciones, cargaron las mugeres con sus maridos sobre sus hombros, y salieron agoviadas con tan honrosa carga. El emperador, enternecido con aquel espectáculo, trató benignamente así á las tiernas esposas, como á los esposos que habian sabido hacerse amar tanto. Tan peregrino suceso hizo famoso en aquel tiempo el nombre de Güelfo, y tal vez esta celebridad dió la fama tambien al de Gibelino, por ser el opuesto suyo. Verdad es que no podemos menos de reconocer que hay mucha incertidumbre por otra parte sobre el orígen y aplicacion de estos dos nombres; y no deberá admirarnos si en Italia y en Alemania hubieren tenido muy diversa acepcion.

Conrado, cuando murió, recomendó á Federi- 1152.
co, duque de Suabia, su sobrino, el cual fue electo, y es el tronco de la casa de Suabia en el trono imperial. Este príncipe célebre, con el nombre de Barbaroja, merecia ser mas conocido *por el de padre de su pais*, porque mostró mucho afecto á su patria, y un deseo invariable de la gloria del imperio; pero tuvo muchas diferencias con los papas: se convino con estos; se desavinieron de nuevo, y volvieron á hacer la paz. En estos intermedios visitó Federico amigablemente

al pontífice, y se hizo coronar en Roma.

Por entonces ocupaba la silla de san Pedro Alejandro III; y por mas que Federico le oponia anti-papas y favorecia los cismas, venció Alejandro con sus escomuniones. Por último, se reconciliaron con bastante sinceridad. Para entender cual podia ser la causa de tantas disensiones, debe tenerse presente que en aquel tiempo en todo entraba la religion, dispensas, casamientos, elecciones legas y eclesiásticas, deposiciones, castigos, y hasta en la legitimidad de la injusticia de las guerras. En todo se mezclaba la jurisdiccion eclesiástica: los papas y los obispos estaban persuadidos á que tenian derecho de juzgar en todo, y para escomulgar á los refractarios á sus juicios. Tambien se desavino Federico con los sucesores de Alejandro; aunque no tanto, pues se advierte que en tiempo de estos volvió el emperador á tomar los derechos de soberanía en el patrimonio de san Pedro.

No obstante, cedió en tiempo de Gregorio VIII en una conferencia que tuvieron los dos en Venecia. No se sabe si por penitencia que el papa le impuso, ó si por zelo, Federico se empeñó en una cruzada á los setenta años, y dispuso los preparativos con gran órden, resuelto á mandarla en persona; y por haber sido mas perniciosa que útil en otras empresas de esta especie la multitud, prohibió que se alistase ninguno que no pudiese gastar tres marcos de plata. Empezó el emperador su espedicion con principios tan brillantes, que derrotó á los turcos en muchas batallas, y daban sus victorias grandes esperanzas á los cristianos; pero el rio Cydo, que por poco no fue fatal á Alejandro el Grande, lo fue realmente para Federico, pues ba-

ñándose en él le arrebató la rapidez de las aguas, y se ahogó. Tal vez muy á buen tiempo para no esperimentar los contratiempos, que despues de sus victorias sufrieron los príncipes que entraron en la funesta carrera de las Cruzadas.

Antes de su partida, la prevision de Federico 1190.
dejó arreglada su sucesion en Alemania, haciendo coronar rey de romanos á su hijo Henrique, de suerte que heredó de derecho la corona. Un competidor, que fue Henrique *el Leon*, duque de Sajonia, le incomodó algo; pero él le sujetó con la fuerza, y fue á coronarse en Roma con su esposa la emperatriz Constanza. Armado con el derecho de esta princesa, heredera de las coronas de Nápoles y Sicilia, hizo la guerra á Tancredo que se habia apoderado de ellas. Constanza se hizo embarazada á la edad de casi cincuenta años; y para quitar toda sospecha de impostura, parió un niño en una tienda de campaña, y en un campo cerca de Palermo, á presencia de una multitud de pueblo. Este príncipe, llamado Federico como su abuelo, nació con los mas felices auspicios, destinado al salir á luz para el reino de Nápoles, y creado desde la cuna rey de romanos en una junta de príncipes que Henrique convocó. Esforzó este emperador las razones para probar que el único medio de evitar las guerras que en las elecciones causaban era hacer hereditario el imperio en su familia. Dieron á entender que estaban persuadidos; pero en el fondo se acomodaron á su sistema mas por miedo que por conviccion. Henrique mucho mas que á los asuntos de Alemania se dedicó á los de Italia, en donde habia adquirido tan apreciable corona. Censuraron á este príncipe de ava-

DONATIVO

ricia; y en prueba de esto dicen que repartió con el duque de Austria el rescate de Ricardo rey de Inglaterra, á quien el duque habia hecho arrestar cuando pasaba este monarca para Austria de vuelta de una cruzada. Dicen tambien que Henrique VI era cruel por los rigurosos castigos que dió á los partidarios de Tancredo, por lo cual, suavizando los historiadores de Alemania el sobrenombre, le llamaron *Severo*; pero los de Nápoles le conservan el de *Cruel*. Por otra parte era prudente, penetrativo, elocuente, valiente y activo.

1193. Nombró al morir por tutor de su hijo á Felipe su hermano; pero Inocencio III, que no era afecto á la casa de Suabia, hizo elegir rey de ro-
1208. manos á Oton, duque de Sajonia. El partido de Suabia, para dar mas autoridad al tutor del jóven Federico, le dió esta dignidad al mismo Felipe, y de este modo se vieron al mismo tiempo tres reyes de romanos. El primero, que fue Federico, nombrado en la cuna, no fue por largo tiempo mas que una sombra. Oton, el protegido del papa, hizo su papel con la proteccion de su tio Ricardo, rey de Inglaterra; pero ya que un rey de Inglaterra sostenia un concurrente, se hacia preciso que el rey de Francia favoreciese á otro, y este era Felipe el tutor, que sacaba por otra parte grandes socorros de la Italia, en donde todo lo podia por el niño Federico su pupilo, y rey de Nápoles. Aunque el papa escomulgó á Felipe, no por eso dejó de ganar este á muchos señores, ni de hacerse coronar en Aquisgran. Cedió Oton el terreno, y se refugió á Inglaterra. Felipe, cuando estaba pronto á reconciliarse con el papa, fue asesinado. Oton, que entonces habia vuelto de Inglaterra, y

y levantado de nuevo el estandarte contra Felipe, no tuvo en el asesinato la menor parte; y así los amigos del difunto, conociendo su inocencia, se reunieron gustosos con él. Para conciliar los intereses en cuanto era posible, se casó con la hija de Felipe su rival, y fue coronado en Roma.

Pero se levantó otro competidor, que fue Federico, el príncipe coronado en la cuna; y apenas habia salido de las fajas de la infancia, aspiró al cetro que habia tenido su padre. Los príncipes alemanes, amigos de la fortuna como de la juventud, le prefirieron á Oton, que era ya viejo y devoto. Poco fue lo que este luchó contra una proteccion declarada, y así se retiró á Brunsvick, en donde todavía vivió cuatro años, consagrando sus dias á las obligaciones de la religion. Ambos rivales, Felipe y Oton, tuvieron cada uno sus virtudes: en Oton sobresalia la piedad, obscureciendo todas las otras; pero esta misma piedad en Felipe dejaba advertir que era prudente, afable, elocuente, liberal é intrépido.

Federico II, sobrino de Felipe, halló bellos 1215.
modelos en su familia, y se propuso principalmente el de su abuelo Federico I. Muchas veces le escomulgaron los papas, y se reconcilió con la Iglesia. Creó anti-papas, y los sostuvo; pero despues los abandonó, y de este modo fue coronado en Aquisgran y en Roma. Por último, tomó la cruz, y emprendió el viage ultramarino; mas no parece que fue sinceramente, pues estando ya en la ribera del mar dilataba su embarque con diversos pretestos. No obstante, amenazado del pontífice, desplegó sus velas: casi á la vista del puerto le sobrevino una tempestad, y le sirvió de motivo para re-

gresar. Volvió el papa á escomulgarle, y entonces se hizo de buena fe á la vela; pero como no le habian alzado la escomunion, los cruzados de la Tierra Santa no quisieron reconocerle por gefe ni obedecerle. Se veia obligado á hacer que sus órdenes pasasen por medio de los tenientes, como no emanadas de él, y así no permaneció allí largo tiempo. Con motivo de algunas ventajas que tuvieron los sarracenos concluyó con ellos una tregua, y se volvió á sus estados.

Demasiado pronto llegó á ellos para encontrar pesadumbres domésticas. Henrique su primogénito, convencido de sublevacion, fue encerrado en una prision y allí murió. Hizo elegir rey de romanos á Conrado su hijo II; é Inocencio IV, descontento por la conducta del emperador en Tierra Santa, anuló esta eleccion en 1495, é hizo sustituir á Henrique landgrave de Turingia, deponiendo en la misma asamblea al emperador. Este príncipe no habia asistido en persona; y cuando supo la novedad, se apretó la corona como queriendo asegurarla sobre su cabeza, y dijo: "Yo antes de esta disposicion era obediente al papa y á las leyes de la Iglesia; pero ahora que sobre este artículo me ha dispensado de mi obligacion, permaneceré emperador á pesar suyo."

Con efecto, sostuvo su dignidad contra el landgrave de Turingia, y contra Guillermo conde de Holanda, á quien el papa habia dado la corona de rey de romanos por muerte del landgrave Henrique. Luchó Federico constantemente contra todos los obstáculos que le oponian, hasta que cansado de salir de uno para entrar en otro partió de Alemania, y se retiró á su reino de Nápoles dejando

la madeja para que la desenredase su hijo Conrado. Murió Federico de calentura, y se cree que á no haber sido por la guerra y las intrigas hubiera sido muy útil á la Alemania. No obstante, en cuanto pudo estableció en ella sabias leyes, pues era muy capaz, y tenia grande talento para la administracion. Sabia Federico seis lenguas, y poseia las ciencias de un soberano como conviene saberlas. A su mucho valor y fuerza de espíritu juntaba por desgracia demasiada violencia, y la crueldad en las venganzas. El escesivo amor á las mugeres deslustró su reputacion; pero llevaba por máxima fundamental de su conducta no dejar para el dia siguiente lo que podia hacer en el mismo dia.

Despues de su desercion se apoderó de la Ale- 1250.
mania un horroroso alboroto, y se siguió á su muerte un dilatado interregno. Durante su vida hubo cuatro reyes de romanos: Conrado su hijo, Henrique landgrave de Turingia, Guillermo conde de Holanda, y Ricardo duque de Cornwallis. Este último fue electo emperador en Francfort, y coronado en Aquisgran; pero fue muy poco el ascendiente que estas dos ceremonias le dieron sobre sus rivales. Despues de algunos combates, todos, unos por muerte y otros por dimision, cedieron el campo de batalla á Alfonso el *Grande*, rey de Castilla, el cual nunca llegó á Alemania, y á quien la vanidad de que le llamasen emperador, hizo desear la corona del imperio, aunque no la llevó mas que en España.

Por entonces no presentaba todo el imperio mas que una escena de muertes, de confusion y de anarquía. Cada uno de los señores estaba en

guerra con su vecino: los parientes mas cercanos, sin respetar los lazos de la sangre, se quemaban unos á otros los castillos: saqueaban á sus vasallos y destruian sus familias. El pueblo estaba oprimido de los nobles, los soldados cometian los mayores escesos; y como los gefes no podian pagar las tropas, se veian precisados á condescender con aquellas violencias. Durante este interregno sufrió el imperio las calamidades de un pais sacrificado á todas las plagas. En vano convocaban los príncipes á junta para remediar los males: porque como no habia autoridad soberana que fijase el objeto de las deliberaciones entre unos convocados que se miraban como iguales en el mérito, y lo eran en el nacimiento y el poder, se consumian las dietas en debates inútiles, y algunas veces paraban en sangrientas batallas.

Este interregno fue bueno para muchas ciudades así de Italia como de Alemania, que se erigieron en repúblicas, y tomaron el título de ciudades libres, porque se gobernaban por sí mismas. La mayor parte se quedaron aisladas sin dependencia ni conexion entre sí; y esto fue lo que produjo las repúblicas de Italia, reducidas á un territorio de mas ó menos estension; pero en el norte de la Alemania se formó una asociacion de ciudades, que por la palabra *hanse*, que significa union, fueron llamadas ciudades *Hanseáticas*. Los fines principales de su coligacion fueron el comercio, la seguridad, y la libertad de los caminos y vecinos mares. Tenian un consejo comun para tratar estos puntos, tesoro, tropas y embarcaciones al servicio de la liga. Entraron en esta setenta ú ochenta ciudades de Alemania, del Norte y de los Paises

Bajos, que reconocian por capitales á Lubec, Brunsvick, Danzick y Colonia.

La Hansa teutónica, llamada así, no gozó del esplendor y poder que la hizo célebre, hasta el año de 1370, casi cien años despues que tuvo principio. Les vino á propósito á estas ciudades el interregno de que hablamos, para formar su establecimiento, pues si hubieran tenido sobre sí la vigilancia de los emperadores, no les habria sido posible conseguir la solidez necesaria. Cuando estos príncipes recobraron su autoridad, pretendieron examinar los privilegios que se habian dado á sí mismas las ciudades ansiáticas, y aun hicieron cara á querer revocarlos; pero ofrecieron ellas dinero, y este metal, que todo lo rectifica, apartó de la vista de los emperadores el peligro de la asociacion. Del mismo espediente se valieron las ciudades de Italia: llegaron los mismos emperadores á ofrecerlas que las dejarian libres por dinero, y muchas veces no se peleó sino por el cuanto mas ó menos. Rodulfo, que dió fin al interregno, abrió sobre esto público mercado, y envió su canciller á Italia para concluir la venta y recoger el precio.

Diez y siete años estuvo el imperio sin cabeza, 1273.
contando desde la renuncia de Ricardo de Cornwall, que conservó seis años el título de emperador; pero contando la realidad de la anarquía duró veinte y tres años. Entonces Gregorio X, compadecido de los males de la Alemania, amenazó á los príncipes diciendo: "Que si cuanto antes no elegian emperador, él proveeria por sí mismo. Juntáronse pues en dieta en Francfort; y á pesar de los peligros que rodeaban la corona, todavía su resplandor escitó partidos. Entre los pretendientes

unos ostentaban sus riquezas, otros sus vastos dominios y el poder anejo á ellos, diciendo que era el medio mas eficaz para restituir al imperio su antiguo esplendor; pero mas prudentes los electores juzgaron que un príncipe juicioso, valiente y esperimentado podria desempeñar sus miras mejor que otro cuya recomendacion principal fuesen su opulencia y poder. Con este fin y con esta esperanza eligieron á Rodulfo conde de Hapsbourg.

Criado este en la corte de Federico II, se habia hecho tan recomendable con sus grandes calidades, que llegó á dar zelos; y así se retiró á la corte de Bohemia, en la cual tuvo varios cargos, y despues á la alta Alemania, en donde estaban sus bienes patrimoniales, egerciendo una especie de policía sobre los señores, cuya mayor parte usurpaban una autoridad tiránica en los territorios que hoy ocupan los suizos; y consiguió la reputacion merecida de justo y valiente. Gozaba allí Rodulfo del imperio de las virtudes cuando le llamaron al de toda Alemania. Inmediatamente fue á Francfort, y de allí á Aquisgran, en donde recibió la corona imperial.

Su primer cuidado fue impedir las rapiñas, hurtos y muertes que por tanto tiempo se habian cometido con impunidad. En solo la Turingia destruyó sesenta castillos, que servian de guarida á los bandidos, y en poco tiempo se vieron restablecidas por todas partes la seguridad y la paz. Correspondiendo á las esperanzas que de él habian concebido, no sufrió que la magestad del imperio fuese violada con la desobediencia: no solo por los vasallos, pero ni por los mismos príncipes, que eran miembros, aunque llevasen corona. Otocaro,

La altivez humillada.

Rehusaba Otócaro, Rey de Bohemia, rendir el debido homenage al Emperador Rodulfo; é insistiendo este en exigîrle, se reduxo por fin Otócaro á prestarle en un pabellon cerrado; pero en el momento de la ceremonia, cayendo de repente las cortinas del pabellon, vieron todos á Otócaro á los pies del Emperador. El que altivo rehusa las justas sumisiones, merece el escarmiento de una humillacion publica.

T. L. Fingaud.e de ag. fic. Alex.o Blanco conc.

rey de Bohemia, que le habia dado asilo, rehusaba rendir homenage á un hombre que en otro tiempo habia sido oficial en su corte: Rodulfo exigia esta señal de sujecion, y contra el deseo de Otocaro procuró que fuese pública. Se redujo el rey de Bohemia á pedir que le permitiese rendir el homenage en un pabellon cerrado; pero en el momento de la ceremonia cayeron de repente las cortinas del pabellon, y dejaron ver al monarca á los pies de su soberano.

Con los sumos pontífices se sirvió de la mayor política viviendo con ellos sin indiferencia y sin intimidad. En una visita que hizo á Gregorio X, prometió cruzarse, y recibir en Roma la corona imperial; pero ganó tanto al pontífice con los honores que le hizo, que pudo sin riesgo dispensarse de cumplir en ambos puntos su palabra. Sin embargo de las atenciones con que trataba al pontífice, no se olvidó de sus derechos sobre la Italia. Envió allá, como hemos dicho, á su canciller, para tratar con las ciudades sobre su libertad, y se la vendió lo mas cara que pudo, queriendo mas bien exigirlas el dinero que hacerlas la guerra. Tuvo este príncipe, entre otros hijos, seis bellas princesas, con las cuales contrajo alianzas, que procuraron á su posteridad grandes estados y reinos. En él empezó la felicidad de la casa de Austria, de la cual fue cabeza, y por su felicidad dijo un poeta de la casa de Austria: "Deja Austria la guerra para otros, que tu felicidad pende de los casamientos." Venturoso en las demas empresas, murió con el dolor de no haber conseguido de los electores que nombrasen para el imperio á Alberto su hijo mayor, duque de Austria. Era Rodulfo alegre,

franco, amable, sencillo en su trage, y se prestaba con mucho gusto á la chanza.

1293. A pesar de las solicitudes de Alberto, despues de la muerte de su padre, se llevó los votos Astolfo, conde de Nassau; pero mostró que no los merecia mucho, pues acometió intempestivamente á los príncipes del imperio. Le desacreditaron sus desgraciados sucesos, y por otra parte observaba una conducta muy reprensible. Le dieron en rostro en pública dieta con que habia envilecido el imperio, dejando perder sus derechos; y con que daba sus órdenes con arrogancia como una ley suprema, robando codiciosamente á los grandes y al pueblo, violando sus promesas, condescendiendo á los robos, y participando de ellos. Le acusaban tambien de vergonzosos escesos, mezclados de barbarie; de haber arrebatado doncellas, casadas, viudas, y hasta religiosas, y de haberlas quitado la vida despues de satisfecha su brutalidad. No hubo en la dieta quien se atreviese ó se dignase de defenderle. Le depusieron, y eligieron á Alberto. Se pusieron en campaña los dos rivales: se buscaron, se encontraron presto; pelearon en medio de sus soldados como en un campo cerrado, y Astolfo fue vencido y muerto.

1298. Un príncipe desgraciado aparece siempre delincuente. Ya Astolfo habia muerto, y fue castigada su memoria. No quiso permitir su sucesor Alberto que le enterrasen en la sepultura de los emperadores; pero él se hizo elegir segunda vez, y que le coronasen en Aquisgran. Pidió para esta ceremonia, y con grandes súplicas, la condescendencia de Bonifacio VIII, reduciéndose á cuanto pidió el pontífice aquel Alberto, á quien llamaron el

Triunfante. A egemplo de muchos grandes que se desquitan con los inferiores de las humillaciones que han sufrido, tambien el austriaco hizo sentir á sus vasallos el peso de su altivez. Sus modales imperiosos, su inflexibilidad en las resoluciones y la dureza de su caracter, le hicieron perder la confianza de los helvecios, cuya amistad tenia tan ganada su padre, y prepararon la revolucion que quitó la Suiza á la casa de Austria.

Ademas de tres hijas tenia Alberto seis hijos que colocar. ¡Poderoso estímulo para invadir todo cuanto le pareciese! La hacienda de sus parientes mas cercanos no estaba libre de su codicia; y al fin le costó la vida este vicio. Hallándose tutor de Juan, sobrino suyo, hijo de su hermano Astolfo, duque de Suabia, se habia apoderado de algunos castillos que le acomodaban; y aunque el sobrino los reclamó por ser de su patrimonio, daba el tio tan evasivas respuestas que manifestaban su intencion de no restituirlos. Juan lo tomó por dicho, se unió con otros tres cómplices, sorprendió á Alberto y le quitaron la vida. A uno de los asesinos, preso inmediatamente, le castigaron con la muerte; Juan y otro pasaron una vida larga y humillada en un monasterio; el cuarto, oculto en trage de pastor, vivió en un lugar treinta y cinco años ocupado en guardar ganados, y no se descubrió hasta la hora de la muerte. ¡Qué vida esta para un cortesano criado entre las delicias! ¡y á cuánto no obliga el miedo de la muerte! Se dice que Alberto era brutal, y que solo su aspecto imprimia terror. Este defecto no es incompatible con las calidades que le atribuyen de mucho valor, destreza en la negociacion, escelente juicio, y amor

á la verdad. Pero una avaricia estremada y una codicia insaciable contrabalancearon demasiado todas las demas prendas. Aborrecia la lisonja y la murmuracion, y decia que tres suertes de personas le merecian particular respeto: las mugeres de honor, los hombres de valor, y los eclesiásticos buenos y piadosos.

1308. No debe sorprender que el hijo mayor de Alberto diese pasos por conseguir el trono. No le salieron bien, porque se declaró pretendiente Felipe el *Hermoso*, rey de Francia; y aunque no adelantó cosa alguna, su concurrencia apresuró la eleccion de otro. Iba el monarca á Aviñon para suplicar á Clemente V que le proporcionase los votos: reflexionó el pontífice, que un rey de Francia, hecho emperador, podria hacer valer las pretensiones de sus mayores á la Italia, y así escribió á los electores que cortasen la disputa de los concurrentes. Para que estos no se quejasen de la preferencia, salió electo Enrique, duque de Luxemburgo, que se hallaba en Aquisgran, y le coronaron inmediatamente.

Su reinado no fue mas que una especie de paseo en Italia, adonde fue á peticion del papa, el cual creyó que así podria restablecerse en Roma la autoridad papal, oprimida por la residencia de los pontífices en Aviñon. Hizo Enrique pomposas entradas en las ciudades grandes, y sacó de ellas dinero; dando á entender que le importaba poco egercer allí autoridad permanente. En la misma Roma, admitido en la mitad de la ciudad, no procuró que le recibiesen en la otra, la cual estaba dominada por la faccion de los Güelfos, opuesta entonces á los emperadores; y asi no pudiendo lle-

gar á la iglesia de san Pedro, se hizo coronar en san Juan de Letran fuera de los muros; pero no habiendo hecho á los romanos las liberalidades ordinarias, se vió espuesto á sus burlas, y con este motivo hubo una especie de alboroto, en el cual los alemanes no fueron los mas fuertes. Murió Enrique VII de enfermedad en Italia. Era justo y afable, y gustaba de la representacion.

Se verificaron despues de su muerte disputas, 1314.
semejantes á las que habian precedido al nombramiento de Enrique VII, entre dos primos hermanos, Luis de Baviera y Federico de Austria, nietos ambos de Rodulfo de Apsbourg. Uno y otro rival fueron electos y tomaron la corona; pero despues de muchos combates se quedó Luis con ella. Con este motivo recobró muchos dominios el papa Juan XXII; pero Luis, pasando por encima de las amenazas y anatemas, juró que él era quien tenia la razon.

Marchó á Roma, creó en ella un anti-papa, y se hizo coronar de su mano. A Juan XXII, que se habia puesto en salvo, le hizo el emperador degradar y condenar á muerte como herege y desertor de su rebaño, como si las ovejas de san Pedro no se hallasen por todo el mundo. Escomulgó Juan al anti-papa, y dispuso tan bien las cosas, que precisó al emperador á dejar la Italia. Despues se levantaron muchos príncipes alemanes, que depusieron al emperador Luis, y eligieron á Cárlos de Luxembourg. Ya estaba dispuesto Luis para vengar esta injuria cuando murió de una caida de caballo. Gustaba mucho de los torneos; era de caracter alegre, y de modales muy cultos; pero lo particular es que estando cargado de escomunio-

nes, le dieron el sobrenombre de *Cristianísimo.*

1348. Se atravesó de nuevo la casa de Luxembourg á la de Austria acerca del trono imperial. Cárlos IV era nieto de Enrique VII, y por su madre rey de Bohemia. Se habia criado en la corte de Cárlos el *Hermoso*, rey de Francia, y siempre mostró mucho mas afecto á la Bohemia que al imperio. A pesar de los derechos que le daban la disposicion y muerte de Luis y su propia eleccion, se le presentaron dos competidores. No los auyentó Cárlos, como sus antecesores, con las armas, sino á fuerza de dinero, empeñándolos con grandes sumas á desistir de sus pretensiones. Tambien se diferenció de otros emperadores, en que se concilió la amistad de los pontífices con algunas condescendencias de que murmuraron los alemanes, delicados sobre el honor del imperio. Hasta los mismos italianos le manifestaron mas que indiferencia en un viage que hizo á Italia. Entró públicamente en Roma, pero á favor de una procesion que hizo desde su campo, en donde dejó sus tropas, á la ciudad, en la cual le coronaron. En otras circunstancias no se le permitió ostentar en Roma la pompa imperial, entrando *de incognito* acompañado de algunos señores; porque en la Semana Santa se le concedió que visitase las iglesias para ganar las indulgencias. Sin duda sentiria Cárlos esta mortificacion, porque gustaba mucho de las ceremonias.

1356. En 1356 presentó é hizo aceptar en la dieta de Nuremberg la famosa bula de oro, que arregla el número, la clase, las funciones de los electores, y la forma que siempre se ha seguido despues en las elecciones de los emperadores, salvas algunas escepciones por las circunstancias. Tuvo Cárlos el

gusto de hacer que se egecutase á su vista el ceremonial que él acababa de prescribir.

Se hizo coronar con la emperatriz durante la misa solemne, segun los nuevos ritos, en una junta general convocada en Metz. En medio de la plaza del mercado se levantaba un magnífico aparador cargado de los preparativos de un suntuoso convite. Se presentó Cárlos con su esposa: iban desfilando por delante con gravedad, montados en sus hacaneas, los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, archicancilleres de Alemania, de las Galias y de Italia, con el sello pendiente sobre el pecho, y una carta en la mano. Del fondo de la plaza corrió á galope el duque de Sajonia, archimariscal con una medida de avena. Como tambien tenia el cargo de arreglar las clases, echó pie á tierra para colocar á cada uno en su lugar. El marques de Brandembourg, gran maestre de palacio, dió agua manos al emperador y la emperatriz. El conde Palatino, caballerizo mayor, puso los platos sobre la mesa; y en lugar del rey de Bohemia, copero mayor, el duque de Luxembourg, que le representaba, echó de beber á sus magestades. El marques de Misne y el conde de Schwartzembourg, cazadores mayores, dieron durante el convite, al son de la corneta, el espectáculo de la muerte de un ciervo y de un oso: y se terminó la fiesta con magníficos presentes distribuidos por el emperador á los convidados.

A escepcion de esta famosa bula, y de algunos prudentes reglamentos, por los cuales es justo hacer honor á Cárlos IV, no podemos menos de reconocer que no se interesaba mucho en las cosas del imperio; y así los grandes, convocados para el

bautismo de su hijo, juzgaron conveniente hacerle reconvenciones por su negligencia, representándole que debiera haber juntado dietas, y visitar las provincias para restablecer en ellas el buen órden; pero él les respondió francamente: "¿Pensais vosotros que yo debo gastar las rentas de Bohemia en el cultivo de vuestro imperio, y en adelantar el esplendor de la dignidad imperial?" Esto era lo mismo que decirles, que si querian un gefe mas aplicado y mas aficionado, era preciso señalarle con que poder tratarse mejor. En efecto, lo que la dieta de Alemania contribuye al emperador es tan poco, que á no tener el recurso de propiedades personales, le seria imposible sostener su dignidad.

Pero Cárlos sabia bien desquitarse, porque privilegios de ciudades, derechos de ciudadanos, libertades, honores, gracias y empleos, todo lo vendia. Es verdad que daba del mismo modo que recibia. Principalmente fue liberal en dominios con los papas; y en atencion á las grandes sumas que dió á sus competidores para que renunciasen á sus pretensiones, se dijo: "Que habia comprado el imperio por mayor, y lo habia vuelto á vender por menor, y con pérdida." Sin embargo de esta conducta, consiguió que eligiesen rey de romanos á su hijo Wenceslao. Hizo Cárlos, poco antes de morir, un viage á Francia por solo el gusto de volver á ver un reino que siempre le habia gustado, y en donde le habian dado la mejor educacion. Hablaba cinco lenguas, y era un príncipe, ó muy afortunado ó muy hábil, porque todo le salió bien. Trayendo á la memoria sus negocios y ventas para conseguir el imperio, puede decirse, que los medios de que se valia no eran siempre los mas no-

bles; pero tampoco se le puede dar en rostro con que emplease los crueles y odiosos.

Wenceslao su hijo le imitó en su descuido 1370.
acerca del imperio; porque aunque residió por algun tiempo en Aquisgran, con motivo de la peste que asolaba la Bohemia, luego que cesó esta plaga pasó allá y fijó en ella su corte. Durante su ausencia estaba perturbado el imperio con una infinidad de desórdenes, á que él mismo contribuia, escediendo mucho á su padre en la venta de toda suerte de privilegios, hasta dar patentes en blanco firmadas y selladas para que las llenasen á su placer los corredores. Los electores y otros príncipes, imaginando que si consiguiesen tenerle en medio de ellos lograrian corregirle de esta perniciosa codicia, le enviaron una embajada á Praga suplicándole que fuese á residir en el imperio; pero él respondió: "Amados embajadores, todo el mundo sabe que aquí está el emperador; si hay alguno en Alemania que desee verle, puede venir á Bohemia, en donde le daremos audiencia con mucho gusto." Regresaron con esta respuesta, que tiene cierto aire de ironía, y que les hizo tomar el partido de gobernarse por sí mismos. Puede decirse que estuvo el imperio sin cabeza veinte y dos años.

¿Y qué hacia Wenceslao en este intérvalo? Pasó por todas las pruebas que puede hacer sufrir una suerte inconstante y estraordinaria. Dos veces le dieron veneno sin que pueda señalarse otra causa para estos delitos que el miedo que inspiraban sus vicios, y sus malas disposiciones demasiado conocidas. Le salvaron los remedios; pero le dejaron un calor y una sequedad que le era preciso aplacarla bebiendo frecuentemente. Contrajo

con este motivo el hábito de la embriaguez, y algunas veces le inflamaba de furor esta hasta tal punto, que era peligroso hallarse á su lado. Es preciso que en sus desórdenes hubiese algun principio que le hiciese digno de compasion, respecto que halló amigos y protectores aun entre los príncipes, sin embargo de los vergonzosos escesos con que se envilecia, y los actos de horribles crueldades. Entre otras le acusan de haber hecho asar vivo á un cocinero porque le habia hecho un guisado malo; haber condenado á muerte al confesor de su muger, san Juan Nepomuceno, porque no le quiso revelar la confesion de esta princesa; y haber degollado en un dia, sin forma de proceso, á los magistrados del primer tribunal de Praga.

Sufrieron por algun tiempo estas locuras, pero se cansó la paciencia, y los señores de Bohemia, con el permiso de Segismundo su hermano y rey de Hungría, encerraron á Wenceslao. Despues de muchos meses de una prision bastante rigorosa, consiguió el infeliz príncipe licencia para que le llevasen al rio á bañarse, y llegando á ver una barca, se entró en ella con una muger, que era la compañera que le habian dejado. Abordaron desnudos al otro lado del rio, y á una fortaleza que á prevencion habia edificado para que le sirviese de asilo en caso necesario. Desde allí parlamentó con sus vasallos, y estos le dejaron volver á tomar las riendas del gobierno; pero á pesar de sus promesas las manejaba tan mal, que su hermano Segismundo tuvo que ir allá desde Hungría, llamado por todos los votos, le declararon regente, y encerraron á Wenceslao en un castillo.

Todavía se huyó; y en tan favorables circuns-

tancias, que recobró su autoridad, y aun hizo despues un papel importante en los asuntos generales: asistió á muchas dietas del imperio; y trabajó no sin discrecion en la estincion del gran cisma de Occidente. Wenceslao en un viage á Francia mereció el aplauso de esta nacion, lo cual es muy notable, porque el voto de ella no se adquiere fácilmente á favor de un príncipe estrangero. Continuando sin embargo en venderlo todo en Alemania, y trastornarlo todo con su mala conducta, fue depuesto, y esclamó: "Doy gracias á la Providencia, pues así tendré mas lugar de gobernar mi reino de Bohemia." Con efecto, como ya la edad habia amortiguado sus pasiones, se portó en él con bastante prudencia.

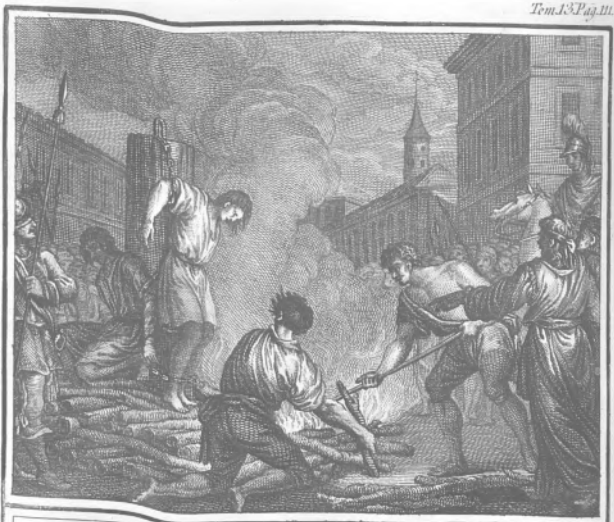
Le habian dado por sucesor en el imperio á 1400.
Federico, duque de Brunswick, que inmediatamente fue asesinado por un enemigo secreto, y reemplazado por Roberto conde de Palatino. Algunas ciudades permanecian fieles á Wenceslao, y Aquisgran se dejó borrar de la lista del imperio, antes que recibir á su rival dentro de sus muros. Los ciudadanos de Nuremberg supieron acomodar su interes con su conciencia; pues Wenceslao, por un buen regalo de vino, los alzó el juramento de fidelidad, y le prestaron á Roberto. Tuvo el nuevo emperador que combatir con las instancias de los grandes de Hungría y de Bohemia, y las del rey de Francia, en favor del emperador depuesto, bien que los esfuerzos de todos no pasaron los términos de reconvencion.

El reinado de Roberto es mas notable por la justicia y la clemencia que por las belicosas hazañas. Tenia mucha penetracion y gustaba de las le-

tras. No se halla en su carácter otra tacha que el escesivo amor al dinero. Despues de su muerte fue electo con regularidad José, marques de Morabia; pero su promocion fue competida por la de Segismundo, rey de Hungría, hermano de Wenceslao. Tres meses despues de haber sido coronado murió José, que habia sido reconocido en pocos lugares.

1410. Cuando Segismundo subió al trono del imperio ya habia adquirido la esperiencia en el de Hungría, que le habia venido por su muger. Esperimentó en este una y otra fortuna: se vió precisado á huir de su reino, y le volvieron á llamar: le tuvieron preso por demasiado rigoroso en sus venganzas, y le restituyeron la libertad: usó de ella con tanto acierto en el reino de Hungría, que necesitando los estados del imperio de gefe hábil, le eligieron. Mucho le dieron que hacer los alborotos en punto de religion; y deseoso de sosegarlos, concurrió con el pontífice Juan XXII á la convocacion del concilio de Constanza. En este se trataron dos grandes asuntos: los medios que se debian tomar para terminar difinitivamente el gran cisma, y para detener los progresos de la heregía de los husitas.

El heresiarca Juan Hus, era profesor de la universidad de Praga, y esparció en ella una doctrina errónea, bebida en los escritos de Wiclef, principal del colegio de Oxford. Este ingles, desdeñandose de dar asenso á algunas partes de la creencia católica, combatió á bulto la infalibilidad y primacía del papa, el poder temporal y las riquezas del clero, las órdenes mendicantes, la confesion auricular, el misterio de la Eucaristía, sin omitir dar de paso sus golpes contra los Sacramentos y los



La obstinacion castigada.

Llamados á Constanza, y armados con un salvo-conducto del Emperador, concurrieron el heresiarca Juan Hus y su acalorado discípulo Gerónimo de Praga, resueltos á defender y propagar allí sus errores; pero negándose obstinadamente á la retractacion que les prescribió aquel Concilio, fueron quemados vivos. Nunca es tan necio, y nunca tan obstinado el hombre como en la presuncion de sabio.

T. L. Enguid.e de ag. fte.

Jf. Benifas. conc.

artículos de fe. Anduvo Juan Hus escogiendo entre las heregías de Wiclef, y fue inspirando las que le agradaron á muchas personas de su universidad. Gerónimo de Praga, maestro de artes, y discípulo ardiente, propagaba con zelo las sentencias de su maestro. Fueron llamados los dos á Constanza, y llegaron allá armados con el salvo conducto de Segismundo, creyendo que iban á esplicar su doctrina; pero los padres del concilio dijeron que no debian disputar sino someterse á la doctrina católica. No quisieron retractarse; y á pesar de su salvo conducto fueron condenados á ser quemados vivos, como se egecutó. El punto del cisma se juzgó con todo rigor diciendo que hiciese dimision Juan XXII, como medio el mas útil para el bien de la Iglesia, y mas propio para restablecer la paz. Renunció Juan XXII la tiara; pero las llamas de la hoguera de Juan de Hus y de Gerónimo de Praga encendieron en Bohemia tan grande incendio, que Segismundo, ya rey de aquel pais por muerte de Wenceslao su hermano, tuvo mucho que hacer para apagarle.

De las heregías de Juan Hus y sus adherentes adoptaba el pueblo lo que agradaba á sus ojos, y los grandes lo que les parecia útil; y así estos tuvieron por escelente doctrina la que los autorizaba para apoderarse de los bienes del clero. El pueblo, movido de la esterioridad, se acomodó tanto á la comunion en ambas especies, que cuando se quiso impedir en Praga los progresos del uso del cáliz, que se iban estendiendo, se alborotó por sola esta razon el populacho, y quitó la vida á los magistrados. Se aumentó el número de inquietos con la agregacion de las gentes del campo, llama-

das á la ciudad; y por mas esfuerzos que se hicieron para disiparlas, se formaron en bandos, y se reunieron en cuerpo de egército, bajo la conducta de un hábil general, llamado Juan Zisca.

En la primera batalla que ganó contra Segismundo, el único estratagema que merece notarse es el siguiente. Colocó sus tropas detras de unas alamedas, de modo que la caballería del emperador, que era la mayor fuerza de su egército, no pudiese obrar sin apearse de los caballos. Las mugeres, que eran muchísimas las que habian concurrido, salieron, segun las órdenes de Zisca, de aquella especie de atrincheramiento, con unos paquetes de lienzos que parecian niños envueltos; y dando á entender que los ofrecian como en rehenes por sus maridos, las dejaron acercarse avanzando para empezar el ataque; pero ellas, mezclandose con la caballería, desplegaron las fajas, y empezaron á voltearlas, de modo que las enredaban tan bien en las espuelas, que aquellos soldados caian sin poder desprenderse, ni hacer uso de sus armas. Saliendo entonces de repente Zisca destrozó una porcion: puso á las otras en fuga, y logró una victoria completa, la cual sin embargo no fue mas que un preludio de otras muchas que ganó al mismo emperador; y no hay duda en que si Zisca hubiera querido sentarse en el trono lo hubiera conseguido. La peste libró á Segismundo de tan peligroso enemigo; pero los husitas hicieron de su piel un tambor, cuyo sonido parecia renovar en ellos á cada instante el valor de su gefe. Fueron asolando como furiosos, no solamente la Bohemia y su propio pais, sino la Hungría, la Polonia y la Austria, con los nombres de *Taboritas* y *Huérfanos*. El primero le

tomaron del monte Tabor, cerca de Praga, que por largo tiempo les sirvió de fortaleza. El nombre de huérfanos aludia á haber perdido á Zisca, á quien miraban como padre.

Otro segundo padre hallaron en *Procopio Tonsurado* recomendado por Zisca, que les pareció igual á este en valor, capacidad, crueldad, entusiasmo y fortuna. Se publicó contra estos furiosos una cruzada, y cayendo sobre ellos toda la fuerza del imperio, esperimentaron terribles pérdidas, y se introdujo la division entre los gefes, uno de los cuales se llamaba *Procopio el Pequeño*, para distinguirse del *Tonsurado*. Habia entre ellos un partido llamado los *calistinos*, porque eran mucho mas entusiasmados que los otros sobre el uso del cáliz en la comunion. A estos los ganaron primero concediendoles lo que pedian, y sirvieron para derrotar á los taboritas y los huérfanos. Estos, no teniendo ya gefes, porque se los habian muerto, se rindieron; y el emperador alistó el resto de aquellas valientes tropas, empleandolas con felicidad contra los turcos.

Se cree que á Segismundo le dieron veneno á la edad de setenta años. Su enfermedad fue bastante larga para dar lugar á las intrigas en que la emperatriz, llamada Bárbara, se vió enredada. No se dice, sin embargo, que esta señora contribuyese á envenenarle, aunque por el temperamento que se la conoce no habria motivo de admirar que buscase modo de salir de un marido anciano. Muerto su esposo, y rodeada de cortesanos jóvenes que la servian en sus placeres, la llamaron la *Mesalina del Norte*. Se chanceaba con las personas de su sexo, y principalmente con las religiosas, diciendo: "Que á su parecer era ridículo el pudor que sujeta al fre-

no de la continencia." Una señora la hizo presente el egemplar de la tórtola, que cuando pierde el compañero jamas vuelve á tomar otro; pero ella respondió: "¿Y por qué no me citas las palomas y gorriones, cuyos placeres no tienen interrupcion?" Tenia Segismundo un aire magestuoso, era generoso y liberal; y como sabio, versado en muchos conocimientos, protegia á los hombres de letras y les manifestaba particular estimacion. Se hallaba á su lado, como hay muchos en las cortes, un hombre que, desvanecido por su nacimiento y la calidad de caballero, faltó á ciertos respetos á otro muy recomendable por su ciencia; pero Segismundo le dijo: "Ten presente que yo puedo crear mil caballeros en un dia, y no puedo crear un sabio en mil años." Este emperador era mas feliz en el gabinete que á la cabeza de los egércitos, sin embargo de no faltarle valor ni habilidad militar.

1438. Despues de su muerte volvió el imperio á la casa de Austria por Alberto su yerno. En el mismo año recibió este príncipe tres coronas, la de Hungría, la de Bohemia y la de Alemania; y al año siguiente, todas tres cubiertas de fúnebre luto, fueron encerradas con él en la sepultura. Alberto, de un temperamento vigoroso, en la flor de la edad, y por sus bellas calidades digno de mas larga vida, murió de una indigestion de frutas refrescantes, que en los grandes calores comió con esceso. Le llamaron el *Grave* y el *Magnánimo*.

1440. Le sucedió su primo hermano Federico de Austria; y en los cincuenta y dos años que duró su reinado no fue el instrumento, pero sí el centro de los movimientos del imperio. Todos los príncipes se alborotaban al rededor de su corte; y fue-

se por indolencia ó por negligencia, él conservaba la tranquilidad en medio de aquel torbellino. No obstante se advierte que algunas veces salió de su inaccion, cuando llegó á creer que podia serle útil alguna actividad, y así no se debe conjeturar sino que la indiferencia, acerca de los sucesos, no era en él tan esclusivamente dominante, que no oyese al mismo tiempo la voz del interes; pero mas egemplares hay de sus sueños políticos que de sus desvelos.

Los bohemos, alborotados entre sí despues que murió el emperador Alberto, ya tomaron reyes, ya administradores; y Federico, llamado repetidas veces por mediador de sus querellas, les dió muy buenos consejos, que no siguieron, por lo cual los abandonó el emperador á su tenacidad. Sin que las divisiones le moviesen á aprovecharse de ellas, propuso, durante el concilio de Basilea, los medios de reconciliacion entre Eugenio y Felix. Papas y concilios no admitieron sus proposiciones; y Federico, sin tomar partido alguno, les dejó concertarse como les pareciese. No se manifestaba mas vengativo que ambicioso. Alberto su hermano y duque de Austria, no contento con la parte que le habia tocado, levantó tropas y empezó la guerra. A este le llamaban el *Pródigo*, que quiere decir que se le pudiera reducir á dejar las armas dandole dinero para satisfacer á su pasion. Federico le dió dineros y le añadió dominios; pero él se quedó arruinado, y desentendiendose de ello, decia: *que el olvido era el remedio mejor para los males irreparables*: máxima bien funesta para los pueblos maltratados.

Que el rey de Dinamarca y el duque de Hols-

:

tein se desaviniesen: que la Polonia se diese á sí misma un rey: que la Hungría tomase gobernadores sin consultarle: que un simple caballero se apoderase de la corona de Bohemia: que dos pretendientes se disputasen peleando los reinos de Suecia y de Noruega, siendo así que todo esto pasaba al rededor y en los límites del imperio, le importaba muy poco al descuidado Federico. Pero hubo alborotos en Italia: al punto vió que podria recobrar en ella algunos estados, y hacer reconocer los derechos del imperio; y lisonjeandole esta perspectiva se puso en marcha, entró en Roma, y se hizo coronar allí con su esposa la emperatriz. Este fue el fruto de su viage, y el haberle negado las sumisiones, lo cual él no castigó. No menos indulgente con los habitantes de Viena, les perdonó una sublevacion, en que él habia corrido peligro de perder la vida.

Ninguno, ni aun Luis XI, rey de Francia, conoció mejor los defectos de Cárlos *el Temerario*, duque de Borgoña, y ninguno supo mas bien aprovecharse de ellos. Lisonjeó la vanidad de este príncipe, prometiendole hacer reino su ducado, y recibido el homenage, que debia ser el precio de aquella ereccion de monarquía, con pretesto de algun negocio urgente partió en el mismo dia destinado á la ceremonia, pero seguia con la vista los movimientos del *Temerario*. Vió que se iba debilitando en una guerra contra sus vasallos: le vió chocar con la Francia, acometer á los suizos, perecer en una batalla, no dejando mas que una hija, María de Borgoña, que era la heredera mas rica de la Europa. Esta era la circunstancia mas á propósito para el diestro Federico. Ganó á los flamencos,

y consiguió que le diesen su duquesa para esposa de Maximiliano su hijo, á quien hizo tambien crear rey de romanos.

Desde este punto encargó á este príncipe los cuidados del imperio; aunque si se ha de juzgar por la conducta de Federico, no habian sido para él un grande peso. Murió á los setenta y nueve años, y en esta edad se sujetó al dolor de la amputacion de una pierna ulcerada. ¿Qué es lo que no hace sufrir el deseo de prolongar la vida? Durante la calentura, que se siguió á la operacion, y le llevó al sepulcro, dijo esta sentencia: *Que un paisano con salud vale mas que un emperador enfermo.* Le llamaron el *Político.* No se detenia mucho en formar una queja; pero cuando advertia que podia parar en guerra, todavía se detenia menos en proponer la paz. Abria tambien fácilmente dietas y conferencias, y siempre tenia pronta una razon para cerrarlas cuando preveia que no saldria la decision como él deseaba. Por esto le acusan de haber sido un príncipe sin resolucion. Mas por ventura, ¿es falta de resolucion saber ocultarla? Tambien se ha dicho que no tenia basa política, valor, ni generosidad; pero á la verdad su política sin ser ruidosa era sólida. Tampoco buscaba las contingencias de los combates; pero sin huirlos sabia presentarlos á tiempo. Si es verdad que en sus liberalidades atendia tambien al ahorro, ese es un mérito mas. Tambien le censuran de que rara vez pedia consejo, y era porque sabia pasarse sin él. Las riquezas y el poder que dejó á la casa de Austria manifiestan que no necesitaba consejo de nadie para saber gobernarse. La sobriedad de Federico fue tanta, que dicen haber sido su vida un ayuno continuo. Era de

un aspecto agradable y de un continente magestuoso, sencillo en sus vestidos, moderado en sus pasiones, y enemigo de toda especie de escesos.

Si hubiera de atenderse siempre al juicio de la propia familia, pudiera con razon la posteridad formar una opinion poco ventajosa de la rectitud de
1493. Maximiliano I. No se fiaba de él su hijo Felipe, y le miraba como un hombre, cuyo disimulo se acercaba á la perfidia. Lo odioso de esta opinion no se salva con el nombre de hábil político que consiguió Maximiliano. Ya su hijo Felipe poseia la Flandes por su madre María de Borgoña, que murió jóven, y todavía le procuró la corona de España, casandole con la princesa doña Juana, sucesora de aquel reino; y de este matrimonio nació Cárlos V, cuya tutela no quiso confiar Felipe á su padre cuando murió, como tampoco la educacion. Por otra parte los flamencos, poco prevenidos en favor del emperador, no hubieran consentido en reconocer su autoridad.

Al ver la multitud de tratados que hizo Maximiliano, así en lo interior como en lo esterior de la Alemania, se cree que, á egemplo de su padre Federico, contaba por lo menos tanto con la negociacion como con las armas. Tuvo el singular proyecto de hacer que le eligiesen papa, idea que pareció bien estravagante; mas no carecia de fundamento, pues tal vez hubiera sido el medio mas fácil y mas corto de que volviesen á la dominacion imperial todas las posesiones que la habian separado en Italia; ni tampoco es un absurdo decir que tenia estas miras el disimulado Maximiliano.

El modo con que dió parte de este proyecto á su hija Margarita, gobernadora de los Paises Ba-

jos, tiene cierto aire de chanza; pero algunas veces se suele hablar en tono de burla con los amigos sobre proyectos quiméricos, que se conocen tales; y sin embargo no deja de proseguirse á todo trance en las diligencias para su logro. Parece que la princesa le aconsejaba que volviese á casarse, pues la respondió: "Hemos resuelto en nuestra deliberacion y voluntad no ver ya otra muger, y enviamos á decir al papa que vea cómo puede tomarnos por coadjutor, para que muerto él podamos asegurarnos el pontificado, hacernos sacerdote, y despues ser santo, para que despues de mi muerte me adores, de lo que yo me alegraré mucho." Sus tentativas fueron serias, pero inútiles. Era Maximiliano valiente, y tan modesto, que nunca le vieron sus gentes si no cubiertas suficientemente sus carnes. Nunca se le olvidó el nombre de las personas que habia visto, ó de quienes habia oido hablar. Su imaginacion era viva; gustaba de la poesía; era escelente ginete y cazador infatigable. Algunas veces sucedió que en las montañas del Tirol fue preciso sacarle de los precipicios con cuerdas, y medio muerto de hambre.

No hay esfuerzos que no hiciese Maximiliano 1519.
por lograr para su nieto Cárlos la admision en el colegio electoral, como archiduque de Austria, y con el título de rey de romanos; mas no lo consiguió. Despues de la muerte de su abuelo se declaró Cárlos pretendiente del imperio: se halló al frente con Francisco I, rey de Francia; pero él le obtuvo. De esta rivalidad provino el odio entre los dos concurrentes. Hizo Cárlos el aprendizage del gobierno en la administracion de la Flandes, cuya posesion habia recaido en él por muerte de su pa-

dre; y tambien se ensayó en España, en donde por la demencia de su madre Juana tuvo que tomar las riendas antes que ella muriese. Llegó pues al trono del imperio con toda aquella esperiencia que los alborotos de Alemania, escitados por puntos de religion, pedian en él como necesaria.

Hubo momentos en que el emperador se lisonjeó de mantener la balanza entre los católicos y los luteranos; pero sus diplomas de neutralidad, como los de la confesion de Ausburg, no produjeron efecto, ni tampoco los congresos, las conferencias, los rigores, el perdon y los otros medios de conciliacion que pudo imaginar. Era violento el calor que abrasaba á los contrarios: de suerte que ademas de la guerra perpetua contra Francisco I, que en todas las fronteras le suscitaba dificultades, se veia en la precision de mantener otra muy animada en lo interior del imperio. Francisco I, que hacia quemar á los hereges en Francia, los protegia en Alemania contra su rival; y Cárlos, que los combatia en Alemania, no los perseguia en Francia.

Pocos príncipes de los que han llevado la diadema han contado mas prosperidades ni mas ruidosas. La fortuna le puso en sus manos á Francisco I, y Cárlos disimulaba afectando compasion hácia el monarca preso, prohibiendo que se hiciesen fiestas ó regocijos, diciendo: "Las victorias sobre los cristianos nuestros hermanos, mas deben causarnos tristeza que alegría." En las duras condiciones que pidió por su libertad, logró toda la ventaja posible. Cuando su egército, mandado por el condestable de Borbon tomó á Roma, y la saqueó, sabiendo que habia puesto preso al pontífice, se afligió mucho y ordenó rogativas públicas por su libertad.

La ocasion en que no pudo disimular fue cuando le fue presentado en el campo de batalla Juan Federico, elector de Sajonia, precisado á rendirse despues de la derrota de su egército. Habia este príncipe renunciado públicamente á la obediencia del emperador, é intentado que le depusiesen. Al llegar á la presencia de su vencedor, le dió Juan Federico el título de magestad imperial, y Cárlos le dijo en tono irónico: "¿Con que ya me conoceis por vuestro emperador? Yo os trataré como mereceis:" y con efecto, á escepcion de la muerte, no hubo castigo sensible para un príncipe que no le hiciese sufrir. Le detuvo en una estrecha prision, y dió á Mauricio de Sajonia, primo hermano de Juan Federico, los estados de este; no atreviendose á privar de aquellas posesiones patrimoniales á la familia.

Se vengó de Felipe, landgrave de Hesse, compañero en armas y en sublevacion de Federico. Habia pedido el landgrave salvoconducto para ir á tratar de paz con el emperador, y este cuando llegó le mandó arrestar. Reclamó que el salvoconducto decia que no lo pondrian en prision alguna; pero en aleman, la palabra alguna, mudando una letra sola, significa perpetua, y en el salvoconducto se hallaba esta mutacion. Por mas que le instaron á que arrestase á Lutero, que habia ido á la dieta de Wormes con salvoconducto, le dejó retirar libremente; siendo así que la detencion de Lutero hubiera sido muy ventajosa para la religion católica. Por esto muchos cuentan el haber perdido esta ocasion entre las faltas políticas de Cárlos V. Las demas faltas son una espedicion infructuosa que hizo á la Africa, contra el parecer de los ancianos,

en el rigor del invierno, cuando aquellos mares estan mas desenfrenados, y así fue una jornada muy ruinosa: el no haber por lo menos conservado á Tunez, y defendido la goleta, como á pesar de su desastre lo pudiera haber egecutado: el haber elevado en Italia el poder de la casa de Médicis, que tan pernicioso fue á la de Austria: el haber firmado condiciones poco honoríficas, con el fin de conseguir la mano de María reina de Inglaterra, para Felipe su hijo; pero si este casamiento hubiera producido las ventajas que razonablemente debieran esperarse, nunca habria sido muy costoso: el haber hecho elegir rey de romanos á su hermano Fernando en lugar de su hijo Felipe, bien que este tenia ya demasiados estados: haberse espuesto á atravesar la Francia sobre la palabra de Francisco I, á quien él habia tratado mal, aunque no le sucedió daño alguno; y así los que llaman hombres de estado juzgaron que en aquella ocasion fue Francisco I menos político que él. La última falta suponen que fue haber renunciado todas sus coronas.

Pero antes de condenarle sobre este artículo convendria pensar sus causas. El mismo las espuso á la crítica del universo en la ceremonia solemne de su renuncia. Hecha esta ruidosamente, siendo Alemania el teatro, partió á España con una compañía escogida; y al entrar en este reino, se postró, y besó la tierra, esclamando: "¡Oh tierra, y tierra muy amada! El cielo derrame sobre tí abundantes bendiciones: aquí salí desnudo del seno de mi madre, y quiero volver desnudo á tí, pues te miro como una segunda madre. Yo te consagro mi carne y mis huesos, que es lo único que en el dia

Carlos V. arriba á España.

Efectuada por Carlos V. la célebre renuncia de sus dominios, se hizo á la vela para España; y desembarcado en Laredo, se postró, besó la tierra, y colmó de bendiciones á esta su siempre amada península en que recibió el ser,* en que había resuelto morir, y donde, mas que antes su poder, asombraron al mundo su humildad y retiro. ¡Felíz España, elegida para digno teatro de la mayor victoria del mayor héroe!

* Nació en Gante; pero acababan de llegar de España sus padres.

T. L. Esquivel de ag. fic. Jf. Fonseca con.

puedo ofrecerte." Retirado al monasterio de Yuste vivió en él como cualquiera otro religioso. Si se supieran las reflexiones que le ocupaban entre las bayetas fúnebres cuando sobre ellas bajó vivo al sepulcro, tal vez se juzgaria que en un anciano no era estravagancia ni falta de política haber adelantado por algunos momentos el abandono de un cetro que iba á huirse de sus manos; la caida de una corona, que ya estaba temblando; y que volviendo sobre *sí*, harto de honras, cansado de grandezas y de su nada, debe permitirse á un monarca reservar algunos dias para sentir los trabajos que se ha tomado por gobernar á los hombres, que tan poco lo agradecen. Gustaba Cárlos V de la lectura; era sencillo en el vestir, y familiar con sus domésticos. Usaba con gusto particular de espresiones equívocas; mostraba paciencia grande en sus audiencias, y era en sus acciones muy circunspecto. Aunque no le desagradaban las mugeres, ocultaba con cuidado esta pasion como debilidad y flaqueza, por no autorizarla con su egemplo. 1558.

Cuando Fernando subió al trono imperial, no era príncipe pobre ni necesitado; porque llevaba los dominios de la casa de Austria en Alemania, que Cárlos su hermano le habia cedido, y adornó las dos cabezas de la águila imperial con las coronas de Bohemia y de Hungría. Tardó el papa en reconocerle; porque así la dimision de Cárlos como la exaltacion de Fernando, se habian hecho sin su anuencia; pero esta indiferencia del pontífice no tuvo consecuencias funestas. Se hizo estimar Fernando en los ocho años que gobernó por renuncia de su hermano, así por su prudencia como por su justicia, y se hizo amable por su clemencia y libe-

ralidad. No estuvo en su mano que el concilio de Trento se concluyese con mas ventajas para la religion. Deseaba Fernando que el clero de Alemania se reformase á sí mismo, pareciéndole eficaz medio este para reducir á los hereges á la razon. Se preciaba de la mayor fidelidad en cumplir su palabra, y aun pudiéramos decir que se escedió en esta exactitud, dando cierto premio á un oficial, que despues de la promesa le habia desmerecido: "Yo debo atender mas, dijo, á mi palabra, que al mérito de aquel á quien la he dado." Pero con este principio, recompensados el vicio ó el delito, pueden tomar atrevimiento.

1564. Maximiliano, hijo de Fernando, habia sido ya electo rey de romanos en vida de su padre, y se interesó como él con ilustrado zelo en la paz de la Iglesia; pero el papa juzgó que sus máximas de tolerar á los hereges, favorecian demasiado á los protestantes. No por esto las dejó Maximiliano, y así concedió libertad de conciencia á sus estados heréticos; porque le pareció que estos asuntos no podian concluirse bien con la espada. Prefirió siempre los caminos de la benignidad á los medios de la violencia, mirando como enemigos de la paz, y peligrosos para la tranquilidad pública, á los que eran de opinion contraria; aunque no por esto dejó de ser sinceramente católico. Inútilmente se buscarian vicios en este buen príncipe, pues jamas se quejó alguno de haberle oido una palabra dura, ni de haber salido descontento de su audiencia. Cada accion de su vida tenia una hora fija: despues de comer podia llegar hasta el menor de sus vasallos, y presentarle su memorial. Padre tierno, esposo fiel, amigo de la verdad, casto, y enemigo

de los desórdenes: sus virtudes influyeron visiblemente en las costumbres de Alemania, la cual nunca estuvo mas tranquila que durante su reinado.

Habia tenido la precaucion, que llegó á ser comun en la casa de Austria, de que eligiesen rey de romanos á su hijo Rodulfo. Tuvo este príncipe mucho de la benignidad de su padre; pero poco de sus talentos para el gobierno. No obstante, como ya Maximiliano habia dado el impulso hácia la concordia en el imperio, subsistió la paz interior reinando Rodulfo, con tanta mas razon respecto que el interes comun de contener las empresas de los turcos reunia los espíritus. Este fue el principal asunto de su reinado, aunque debe añadirse las diferencias que tuvo con su hermano Matías; pero estas las sosegó concediendo á la ambicion de este hermano ya una cosa y ya otra. A no ser por un poco de envidia, vicio ordinario de las almas pequeñas, viéndose Rodulfo sin hijos, hubiera tal vez cedido el imperio á Matías, que abiertamente le deseaba. El gusto mas decidido que se conocia al emperador, era por las joyas, la química, la mecánica y los caballos. Aborrecia la ostentacion, huia de la multitud, y no gustaba de ser visto. Pasaba dias enteros con los artífices, contemplando las joyas que trabajaban, de las cuales dejó una rica coleccion á su sucesor. 1576.

Todos los siguientes emperadores de la casa de Austria han tenido el sistema uniforme de engrandecer su casa, y han sido tan felizmente servidos por las circunstancias, que ha criado para ellos la fortuna escelentes generales, y ministros de rara capacidad. Ella ha estinguido familias antiguas dejando sus tronos vacantes, y se ha apoderado de

ellos. Añadiendo á la fortuna su industria, hacian los príncipes de Austria hereditarias las coronas que se les habian conferido á título de eleccion, y que recayesen en ellos sucesiones muy distantes, legitimando, en caso de necesidad, los derechos con las armas. Dos cosas hay todavía que notar, y son: que han tenido el talento de entusiasmar á los pueblos en favor de su dominacion, y tenerlos prontos para combatir con todo el universo, si fuese necesario, por servirles en su ambicion; y que han sabido interesar en su grandeza á los monarcas vecinos, y hacerla sostener por la Europa entera.

A pesar de estas precauciones, que casi presagiaban duracion eterna, se han marchitado sucesivamente los numerosos renuevos de esta familia: y solamente ha quedado una rama, que injerta en un trono estrangero, la va revivificando con su jugo. Todavía hace sombra al trono imperial, y produce bajo otro nombre todas las prerogativas de la casa de Austria.

Estos últimos emperadores austriacos poco han hecho por sí mismos fuera del Gabinete; y sus trabajos, aunque muy útiles para ellos, no tienen aquel esplendor que da lustre á la vida de los monarcas: por lo que nos contentaremos con ir recogiendo algunos hechos propios para interrumpir la monotonia de las datas.

1612. Muerto Rodulfo, Matías, que ya era anciano, recibió de su hermano la corona, que habia deseado con ambicion: pero él tenia ya la de Bohemia. En él es preciso reconocer el espíritu de conciliar, y el talento para la negociacion. Por el primero mantenia la paz entre los príncipes del imperio: por el segundo repartió entre los persas y los mos-

covitas el peso de la guerra contra los turcos. Por no tener hijos confirió la corona de Hungría á su primo Fernando, archiduque de Austria, y le hizo elegir rey de Bohemia; pero esta eleccion causó una guerra, que por treinta años estuvo asolando la Alemania. Al aceptar el cetro Fernando atentó contra los privilegios de los bohemos, y se declaró contra los sectarios, que eran muchos en aquel reino. Decia la corte de Viena que esto era para sostener á los católicos; pero ya estos advirtieron que el fin de Fernando era debilitar á los unos con los otros para concentrar en sí mismo todo el poder, y borrar hasta el derecho de eleccion que los estados gozaban. Tomaron pues las armas: sostuvo el emperador á su primo, é introdujo en Bohemia los egércitos alemanes, que hicieron en ella grandes estragos. Los bohemos por su parte se defendieron con vigor, y balancearon muchas veces la victoria, lo cual no sirvió mas que para hacer la guerra mas viva y mas sangrienta.

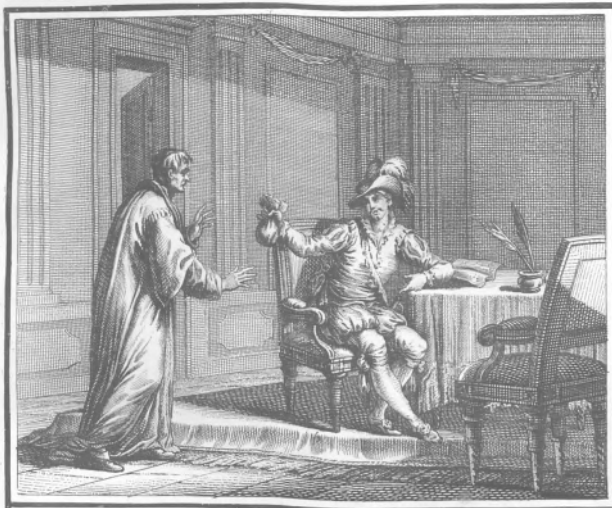
Entre los mejores generales de los bohemos se cuenta el valiente Mansfeld, que merece lugar en la historia. Era este un bastardo del conde de Mansfeld, gobernador de Luxembourg, y se habia criado en la corte de Bruselas, de la que salió por mal contento. Se arrojó al partido de los que la corte de Viena llamaba los sublevados de Bohemia, con los cuales se habian unido los protestantes de la Silesia y de la Hungría. Algunas veces vió Mansfeld bajo de sus estandartes numerosas tropas: otras veces muchas menos, como sucede en esta especie de guerras. Su audacia suplia entonces por la fuerza, y en sus victorias mostraba tanta magnanimidad, como constancia en los con-

tratiempos. Sembrada está su vida de pasages raros; pero solo citaremos dos.

Tenia Mansfeld un confidente llamado Cazel: este le hacia traicion; y habiendo descubierto su vileza, le dió cierta cantidad de dinero, y una carta para aquel general enemigo, á quien Cazel daba las instrucciones. La carta estaba concebida en estos términos: "Supuesto que Cazel mira por vuestros intereses mas que por los mios, os le envio para que os oprovecheis de sus servicios." En otra ocasion dijo á un boticario, que habia tomado á su cargo darle veneno: "Amigo, apenas creo que un hombre, á quien jamas he hecho mal, me quiera quitar la vida; pero si la necesidad te ha hecho aceptar el oficio de asesino, ahí tienes ese dinero para que con él puedas vivir como hombre de bien."

Dió tanto que hacer Mansfeld al emperador Matías, que murió este príncipe de pesadumbre, porque no podia triunfar de los bohemos tan completamente como quisiera. Al morir recomendó á su primo Fernando la siguiente máxima, creyendo que era escelente regla de conducta. "Si quereis que vuestros vasallos vivan felices con vuestro gobierno, no les hagais sentir toda la fuerza de vuestro poder." Mas por ventura, sin la demostracion del poder ¿podrá contarse con la obediencia de los pueblos, cuando si no conocen que hay quien los gobierna se alborotan frecuentemente, y de este modo se hacen ellos mismos infelices?

1619. No añadió este Fernando al archiducado de Austria, y á sus dos coronas de Bohemia y Hungría, la del imperio, sino porque no la admitió Maximiliano, duque de Baviera, á quien la ofre-



Generosidad de Mansfeld.

Viéndose á solas en su quarto el General Mansfeld con un boticario que se había encargado de darle veneno, le dixo: Amígo, apenas creo que hombre á quien jamas hice mal quiera quitarme la vida; *y entregándole un bolsillo añadió:* pero si la necesidad te ha hecho aceptar el oficio de asesíno, toma para que puedas vivir como hombre de bien. *Ni aun castigar sabe sin generosidad el hombre generoso.*

T.L. Engmd.r d. 29. fb. Alex.o Blanco conc.

cieron, pero que temió llamar contra sí, aceptándola, todas las fuerzas de la casa de Austria, y no solo las alemanas, sino tambien las flamencas y las españolas. Renunció discretamente, pues apenas se habia sentado Fernando en el trono imperial cuando se vió acometido por el de Bohemia, pretendiendo los de este reino que no podian estar en una misma cabeza la corona imperial y la suya, y dieron esta á Federico, elector Palatino. Tambien los húngaros emprendieron sustraerse del dominio de Fernando, y se sujetaron al de Bethléem Gabor, vayvoda de Transilvania. Esta rebelion provenia del temor que inspiraba á los luteranos y otros sectarios de aquellos reinos el mucho zelo de Fernando, siempre rodeado de jesuitas.

El duque de Baviera y el elector de Sajonia se declararon contra el palatino; y aunque abrazaron la causa de este los reyes de Suecia y Dinamarca, ya fue tarde, porque le derrotaron mientras esperaba los socorros que ellos le preparaban. Sin darle tiempo para negociar en su favor, ya le habia borrado el emperador de la lista del imperio, privado de sus estados, gratificando al duque de Baviera con el título de elector. Gabor, reconocido por Fernando en un momento desgraciado, sintió las resultas de la derrota del Palatino, y empezó á temblar en su trono de Hungría. El rey de Dinamarca, despojado de sus posesiones de Alemania, huyó delante de Walstein, que le estrechó en sus antiguos límites. Mansfeld, abandonado de una parte de su egército, y viendo que la otra iba muriendo de enfermedad, oprimido con la pesadumbre de que los mal contentos de Hungría acep-

taban las falsas proposiciones que les hacia el emperador, murió de tristeza y consuncion.

Tantas ventajas anunciaban á Fernando un triunfo completo. ¡Engañosa ilusion! pues del seno de la seguridad nació una tempestad espantosa. Empezó á temblar la Alemania de verse sujeta y esclava de la casa de Austria, siendo los protestantes los que mas se asustaron. Richelieu, siguiendo el sistema que habia concebido de abatir á la casa de Austria, avivó entre sus vasallos el miedo y la inquietud ofreciendoles el auxilio de la Francia, procurandoles el de Inglaterra, y fomentando el descontento de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, poco favorecido del emperador.

Se precipitó este héroe por la Alemania como un torrente, aumentó sus fuerzas con las de Pomerania, el Brandembourg y la Sajonia, arrastrándolas á seguir su curso contra su voluntad. En vano los imperiales, mandados por el escelente general Tilli, se esforzaron á romper su ímpetu en los campos de Leipsick, pues fueron derrotados y dispersos. El infeliz Gustavo, siguiendo una nueva victoria en los campos de Lutzen, cayó herido de un golpe mortal casi debajo de los trofeos de Leipsick, y aun dicen que fue asesinado. Ya iba Fernando á pedir la paz; pero este suceso le determinó á continuar la guerra. Nació la discordia entre los aliados: la nacion sueca, privada de su rey, se prestó á una composicion; pero sus tropas, bajo diferentes gefes capitanes de Gustavo, se vendieron á las potencias beligerantes, y continuaron en causar inquietudes al emperador. Muy vivas fueron las que le ocasionó Walstein, uno de sus mejores generales, que creyéndose mal premiado,

amenazaba con una desercion ó una rebelion. Decidió el consejo de Viena, que si no se le podia prender, era preciso quitarle la vida; y se verificó la alternativa, porque cayó Walstein con el hierro de los asesinos. Todas las desgracias de una guerra civil, cuyo fuego no puede dudarse haberle encendido el orgullo, la ambicion y el zelo indiscreto de Fernando II, no impidieron la eleccion de su hijo para rey de romanos, aventurándose á ver perpetuar bajo de su mando el incendio.

Por fortuna, en el reinado de Fernando III 1637.
la mayor parte de las hostilidades pararon en negociacion; pero estas disposiciones, pacíficas en lo interior, no impidieron que la infeliz Alemania sufriese estragos en sus fronteras, principalmente por el lado de Francia. Con la capacidad de los generales se perpetuaron las calamidades de los pueblos. Jamas se olvidaron en la historia los Weimars, Bonniers, Tortenson, Picolomini, Merci, Lamboy, Urangel, y otros muchos. Hallando los príncipes recurso en la habilidad de estos grandes capitanes, les asustaba poco una derrota, y volvian gustosos á la lid, con gran detrimento de los pueblos. Entre tanto se juntaban dietas, se hacian reglamentos, y se tomaban las medidas para retirar ó disminuir las calamidades. Prescindiendo de la ambicion, los emperadores austriacos pasan con justicia por buenos monarcas. Tambien se les pudiera censurar el lujo, el fausto, la gravedad y una etiqueta mortificante para todos los que se les acercaban. Rara vez mandaron sus egércitos, aunque estuvieron casi siempre en guerra; porque el descanso de los palacios ha tenido ordinariamente para ellos mas encantos que la actividad de las campañas.

1658. A pesar del derecho, antes poco disputado, que daba el título de rey de romanos para la corona imperial, tuvo dificultades en su eleccion Leopoldo, hijo de Fernando, porque se opuso la Francia. Al subir al trono se vió en precision de defenderse contra los turcos, á los cuales derrotó Montecuculi en san Godar. Leopoldo se halló despues entre dos fuegos, estrechándole por una parte Luis XIV, por otra los húngaros sublevados, y auxiliándole poco los príncipes del imperio, como que no les disgustaba ver espuesto el poder invasor de la casa de Austria. No se contentaban los turcos con inspirar desde lejos el temor, y asi llegaron hasta Viena. El emperador huyó con toda su corte; pero Juan Sobieski, rey de Polonia, llamado á su socorro, de concierto con Cárlos, duque de Lorena, hizo levantar el sitio que tenian puesto á Viena los turcos. En la visita que se hicieron los dos monarcas, nada disminuyó la magestad imperial de su altivez ordinaria, y anduvo regateando Leopoldo los honores que habia de hacer al vencedor. Fue preciso medir los pasos, y aun arreglar las acciones y las palabras. Al ver tantas ceremonias, apenas se podia adivinar de parte de cual estaba el servicio y de cual el reconocimiento.

A pesar de los obstáculos llegó por último Leopoldo á conseguir lo que mucho tiempo habia sido el objeto de los deseos de su familia, esto es, hacer en ella hereditaria la corona de los húngaros. Estos eligieron por la última vez al archiduque José, y en su coronacion renunciaron para siempre el derecho de elegir, y aseguraron el hereditario á la casa de Austria. Este era el tiempo de las fortunas, pues el mismo príncipe fue elegido rey

de romanos: el duque de Hannóver recibió el título de elector: el duque de Sajonia consiguió la corona de Polonia: el elector de Brandembourg se hizo reconocer rey de Prusia, y por este mismo tiempo iba la casa de Borbon adquiriendo la corona de España. Leopoldo fue testigo de estas mutaciones de escena durante su reinado, que duró cuarenta y siete años. No causó mucho sentimiento cuando desapareció del teatro del imperio, en el cual personalmente no habia hecho el papel mas brillante; pero no se ha hablado mal ni de su carácter ni de sus costumbres.

La actividad que faltaba á Leopoldo se vió en José su hijo, el cual con mucha ambicion y orgullo era ardiente, emprendedor é infatigable. Ningun emperador habia gobernado la Alemania con tanta altivez y despotismo. Cuando ya era célebre por sus felicidades en la guerra, y daba con sus distinguidos talentos mucho que temer ó que esperar, le arrebató la muerte en la flor de su edad. El colegio electoral no estaba muy dispuesto á favorecer á su hermano el archiduque Cárlos; pero el elector de Maguncia le proporcionó todos los votos por esta razon concluyente: "El imperio, dijo, es una señora de alto nacimiento, exige para su subsistencia grandes gastos, y sola la casa de Austria tiene suficientes rentas para mantenerla." 1705.

Se hallaba el archiduque Cárlos en España disputando la corona á Felipe V, y su eleccion al imperio facilitó que se terminasen las diferencias entre los dos competidores, y se restableciese la paz general, cuyas comodidades gozó la Europa despues de una larga guerra, que atormentó á la Alemania, en el tiempo de los cuatro últimos 1711.

emperadores. Carlos VI es el autor de la famosa pragmática que adjudicó todos los bienes de la casa de Austria á la archiduquesa, la grande María Teresa, su hija. Hizo afianzar este órden de sucesion por los estados del imperio, por todos los príncipes que le podian inquietar, y entre otros por la
1742. Francia. En su muerte esta potencia, sin oponerse directamente á las disposiciones de la pragmática que habia aprobado, apoyó ó tal vez suscitó las pretensiones de otra rama de la casa de Austria, las cuales, despues de haber consentido en aquella especie de pacto de familia, se levantaron contra ella, y de aquí nació una guerra que abrasó toda la Europa. María Teresa, que se habia casado con Francisco Esteban, duque de Lorena, sostuvo valerosamente los derechos que la daba la pragmática, y rechazó con ventajas los esfuerzos del emperador Carlos elector de Baviera, á quien habia hecho elegir la influencia de la Francia.

1745. Bien caro pagó el duque de Baviera la honra de llevar la corona imperial. Despues de cinco años de guerras desgraciadas, murió privado de casi todos sus estados; y la archiduquesa María Teresa, reina ya de Hungría y de Bohemia, logró colocar á su marido en el trono del imperio, que habian ocupado los príncipes de la casa de Austria sus mayores. Desde entonces empezó la casa de Austria-Lorena.

A Francisco I, tronco de esta casa, le sucedieron dos hijos, el uno inmediatamente despues del otro. José II, que apetecia toda suerte de gloria, tuvo la de medir sus armas sin pérdida con el gran Federico, rey de Prusia. En Francia se le vió visitar con atencion los puertos y arsenales, seguir

el método de las artes, y entregarse con aplicacion á adquirir todos los conocimientos que le pudieran ser útiles para el gobierno de su monarquía. Aunque se casó dos veces no dejó hijos. Le sucedió Pedro Leopoldo su hermano; y á este le reemplazó á los dos años Francisco II, el cual, despues de una guerra muy desgraciada con Francia, todavía en un tratado con los franceses, tuvo la fortuna de realizar el proyecto, que habia deseado ver efectuado la casa de Austria, de hacerse señora del golfo Adriático, incorporando en sus dominios á Venecia, y gran parte de los estados que pertenecian á esta república en la Tierra Firme. 1790. 1792.

Aunque la Hungría no es del cuerpo germánico, puede mirársela en algun modo como un anejo del imperio por la influencia que recibe de los emperadores; y así pondremos aquí su historia antes que la de los estados que componen la confederacion del imperio de Alemania.

HUNGRÍA.

La Hungría fue poblada por los hunnos, que Carlo Magno destruyó ó sujetó. Esta era su ordinaria alternativa. Abunda este país de todo lo necesario para vivir: tiene minas y bosques, y sobre todo vinos, entre los cuales el mas nombrado es el de Tokai. La caza es tanta, que para que no haga estragos, no solo se permite cazar por todas partes, sino que aun se estimula á que cacen. Los húngaros son de buena talla, y conservan el valor de los hunnos, de quienes descienden. A sus soldados de caballería los llaman *húsares*, y los de infantería *heyduques*. La nobleza es altiva y vengativa, pero

fiel y generosa. Casi todos los húngaros, hasta los paisanos, hablan dos lenguas, la esclavona y la alemana. La religion católica es la mas comun. No tienen carácter distintivo, á no estimarse como tal la severidad en los principios y costumbres.

989. Hicieron los húngaros en diferentes tiempos irrupciones fatales á la Italia y á la Alemania, porque las asolaban, incendiaban y saqueaban. No se sabe qué leyes, qué costumbres y qué gobierno tenian por entonces. Sus costumbres debian ser feroces, su código el de los bárbaros, y sus reyes unos gefes de aduares sin disciplina. El primero de estos príncipes, que profesó el cristianismo, se llamaba Geysa, y le pone la historia por los años 989. Los vasallos paganos no gustaron de esta mutacion de religion, y se le sublevaron; pero si no los convirtió, por lo menos los precisó á que permitiesen iglesias, monasterios, obispos y sacerdotes, á los cuales hizo ricos presentes. Esteban su hijo esperimentó la rebeldía de aquella parte de sus vasallos que se habia quedado pagana; pero aunque llamaron en ausilio de sus ídolos á un tio de su rey, príncipe de Transilvania, le venció Esteban, y redujo á los vasallos á su deber. Tambien libertó á la Hungría de una invasion de los búlgaros.

1038. Pedro su hijo incurrió en el odio de los húngaros por su aficion declarada á los alemanes que llamó á su corte. Le depusieron los señores, colocando en su lugar á Aba, que era uno de ellos. Viéndose este asegurado en el trono, procedió con tanta crueldad, que se hizo odioso. Volvieron á llamar á Pedro, y quitaron la vida á Aba; pero Pedro, que no habia escarmentado con su desgracia, empezó de nuevo á favorecer á los alemanes; y

porque murmuraban, desterró y proscribió, sin esceptuar á los mas principales señores. Uno de estos, llamado Andres, y que era de la familia real, volvió con su hermano Bela, y destronando á Pe- 1047.
dro, hicieron sacarle los ojos. Murió de resultas de este tormento; y se desavinieron los dos hermanos porque Andres declaró único sucesor á la corona á 1061.
su hijo Salomon. De esta desavenencia resultó una guerra en que mataron á Andres; y Bela murió por la casualidad de haber caido sobre él una pared.

Habia dejado Andres dos hijos, Geysa y La- 1063.
dislao, los cuales disputaron la diadema á Salomon; y despues de haber peleado, se reconciliaron, repartiendo entre sí el reino. Murió Geysa, y se apoderó su hermano Ladislao de la parte que les
era comun, aunque Geysa dejó dos hijos, Colo- 1064.
mano y Almo; y estos, bien fuese de acuerdo con el tio, ó por haber este muerto, reinaron por su turno; pero el primero hizo sacar los ojos al segundo. En tiempo de estos dos príncipes, en el de
su tio Ladislao y de su padre Geysa, los chunos, 1077.
nacion pagana, habitadora de la Valaquia, hicieron grandes estragos en Ungría: los alemanes y rusos se derramaron por ella: infestaron los normandos las costas de la Dalmacia; y al mismo tiempo se hacian guerra interior la religion pagana y la cristiana. Venció esta última en términos que salió de Hungría un enjambre de cruzados; y durante la menor edad de Esteban, hijo de Colomano, se veian los obispos empleados con los nobles en el gobierno del reino. Su pupilo al principio se aprovechó poco de las lecciones, y no se manifestó muy penetrado de las máximas benig-

1095. nas del cristianismo. Fue duro y severo; pero tambien fue guerrero esforzado, que llevó el terror de sus armas á Bohemia y á Rusia, y se hizo temer del gobernador de Constantinopla. Le llamaron el *Trasquilado*, porque cuando murió envolvió todos sus laureles en un hábito religioso. Sus virtudes, y este acto de humildad, le merecieron el título de *Santo*, no menos que su piedad y generosidad para con la Iglesia.

1131. No teniendo hijos Esteban, nombró por sucesor á su primo Bela, hijo de Almo. Este, despues de haber esperimentado sublevaciones, y vencido á los alemanes, que habian avanzado hasta su ca-
1141. pital, dejó su reino sosegado á su hijo Geysa III, que por no tener hijos fue reemplazado por Esteban III su hermano, el cual nombró por sucesor á
1173. otro hermano Bela III, por haber muerto sin sucesion. A sus predecesores les habian hecho la guerra los venecianos por la posesion de la Dalmacia, y esta guerra se renovó en su tiempo con ventajas de su parte, pues aquella provincia quedó reunida á la Hungría. Tuvo dos hijos, Emerico y Andres. El menor pensó en invadir el trono del mayor, y levantó tropas; pero cuando ya estaban los dos ejércitos uno en frente de otro, y para llegar á las manos, dejó Emerico su armadura; entró por los batallones de su hermano, y les dijo: "Soldados, ¿cuál de vosotros se atreverá á manchar sus manos con la sangre de su rey? ¿Cuál de vosotros os hará violar en mi presencia la dignidad de san Esteban? Yo soy su sucesor y vuestro rey por unánime consentimiento de los estados: aceptad el perdon que aquí os ofrezco, y reconoced á vuestro Monarca." Le salió bien este arrojo, porque á los

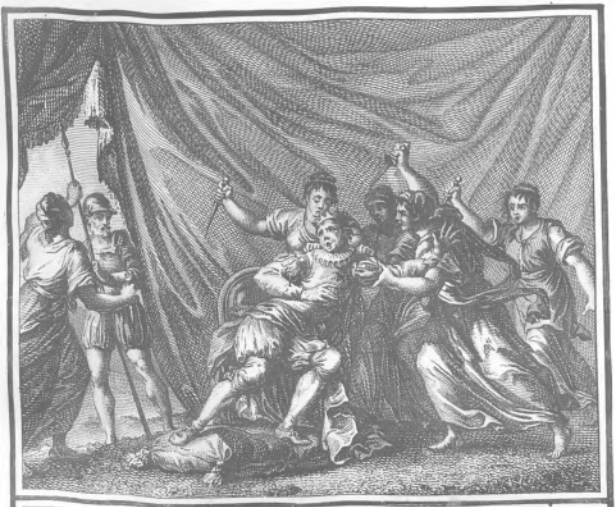
rebeldes se les cayeron las armas de las manos, y no vió despues en sus vasallos sino obediencia y sumision. Por su muerte colocaron en el trono á su hijo Ladislao, á quien arrebató una enfermedad á los seis meses. 1203.

Este Andres, que habia querido arrancar la diadema á su hermano Emerico, la recibió sin violencia por muerte de su sobrino Ladislao, y se puso al frente de una cruzada; dejando por su ausencia el cuidado del reino en manos de un señor llamado Banchano. La reina Gertrudis, que era alemana, se quedó en Hungría Fue á verla un hermano suyo, y se dejó llevar de una violenta pasion á la muger de Banchano. Gertrudis le ayudó á satisfacerla violentamente; y Banchano, que por su misma esposa supo la afrenta que le habian hecho, quitó la vida á la reina, salió del palacio humeando todavía la espada, publicó su accion, y dijo que iba á Constantinopla á ponerse en manos del rey para que le castigase si lo merecia. Partió con efecto; y Andres, que estaba contento con lo hecho por Banchano, no quiso oirle: le volvió á enviar para que continuase en su administracion, diciendole que le juzgaria en donde habia cometido la accion. Volvió pues á Hungría, examinó el punto, declaró que la reina era culpada, perdonó al homicida, y le premió espléndidamente por su buen gobierno. La confianza de Banchano en la justicia del rey es lo que mas honra á este príncipe. Volvió de la Tierra Santa mas cargado de reliquias que de laureles. 1224.

En el reinado de Bela su hijo, perseguieron los tártaros á los cumanos, nacion sármata, y estos se entraron en Hungría. Les concedió el rey tierras; pero no agradó á sus vasallos esta condescendencia, 1235.

y con razon; porque los nuevos habitantes, en lugar de servir de barrera á los antiguos contra los tártaros, se unieron con estos, y asolaron en comun la Hungría. Bien fuese en castigo de esta falta de administracion, funesta para sus pueblos, ó bien por otros motivos, desterraron á Bela de su reino, y sufrió todas las desgracias del destierro; porque anduvo errante, arrojado de un pais á otro, y aun puesto en prision por el soberano de Austria, adonde se habia refugiado. Huyó de sus cadenas; y despues de muchas aventuras le restablecieron en su trono los caballeros de Rodas. Resistió con mucho honor á Otocaro, rey de Bohemia, que le habia declarado la guerra; se vengó del cautiverio que habia sufrido en Austria, y empleó los últimos años de su vida en sacar á su reino del triste estado á que los bárbaros le habian reducido.

1272. Su hijo Esteban peleó tambien felizmente contra el rey de Bohemia; y á Ladislao, hijo y sucesor de Esteban, estaba reservado librar la Hungría de este enemigo, pues murió Otocaro en la batalla. Pero á los estragos de los bohemos se siguieron los de los cumanos; porque de suplicantes que eran en el reinado de Bela, se habian convertido, como ya se habia previsto, en temibles huéspedes reinando Ladislao. Tenia tal reputacion de torpeza este príncipe, que el papa y el emperador su cuñado tuvieron por conveniente hacerle reconvenciones, y darle algunos consejos, bien que fueron inútiles. Segun parece en uno de los intérvalos de treguas dió á entender á algunas mugeres de los cumanos sus deseos; y despreciándolos estas, usó de la violencia; pero ellas le mataron á puñaladas en su propia tienda.



Venganza de las cumánas

En uno de los intervalos de la guerra á que obligaron á Ladislao, Rey de Hungría, los estragos hechos por los cumános en este reyno, declaró sus torpes deseos á las esposas de algunos de ellos; y porque resistieron noblemente se atrevió á servirse de la violencia; pero ellas le mataron á puñaladas en su propia tienda. Ultrajes del honor encuentran siempre prontos á su venganza el plomo ó el acero.

T. L. Enguid.t de ag. fic.

Alex.o Blanco conc.

Como no dejase hijos se vió la Hungría ob- 1290.
jeto de la ambicion de muchos pretendientes. Rodulfo, emperador de Alemania, la reclamó como feudo del imperio. Cárlos, rey de Nápoles, se presentó con los derechos de su esposa María, hermana de Ladislao, y sin esperar la decision, hizo proclamar y coronar en Nápoles á su hijo Cárlos Martel. El papa se unió con el napolitano, que se llamaba soberano de Hungría, y ordenó al emperador que renunciase á sus pretensiones. En medio de estos debates, indignados los húngaros de que otros se abrogasen el derecho de darles rey, eligieron al nieto de Andres II, que habia nacido póstumo en Venecia, llamado tambien Andres y por sobrenombre el *Veneciano*; pero á este, durante su reinado, se le opuso el napolitano Cárlos. Murieron los dos competidores casi al mismo tiempo: el veneciano no tuvo hijos; y el napolitano dejó uno, llamado Cárlos Roberto, de cuyos dos nombres salió el de Caroberto. Durante su menor edad fueron los húngaros á Bohemia á buscar rey, y Wenceslao les dió por soberano á Ladislao su hijo; pero les privó de este príncipe jóven, y le retiró cuando supo los alborotos que agitaban á Hungría. Dieron su corona á Oton, duque de Baviera, el cual pasó su reinado en procesiones y fiestas de iglesia, hasta que renunció. Ya el jóven Caroberto, hijo del napolitano, se hallaba en edad competente para mandar, y empuñó el cetro; pero convidado con el de Nápoles, escogió, y prefirió este, dejando por rey de los húngaros á su hijo Luis.

Fue Luis un príncipe valeroso, que sujetó la 1342.
Transilvania rebelada, socorrió al rey de Polonia

contra los lituanos; y rechazó á los tártaros, los croatos y los sármatas, enjambres de bárbaros encarnizados contra la Hungría. Llevó Luis el terror de sus armas á Nápoles, en donde vengó la muerte de su hermano Andres, asesinado por su esposa Juana, y se hizo temible en toda la Italia. A sus prendas belicosas añadia la prudencia, la generosidad, el amor á las letras, y las hizo florecientes en su reino. A este le llamaron el *Grande*;
1382. y reconocidos los húngaros, no duraron, muerto él, en proclamar á María su hija, con el título de rey. Deseaba ella que asociasen á su esposo Segismundo en su potestad soberana; y en parte á fuerza y parte por voluntad, se lo concedieron; pero muerta
1392. María, y habiendo esperimentado Segismundo una gran derrota de parte de los turcos, llamaron los húngaros á Ladislao, príncipe de la rama napolitana. Segismundo se levantó de su caida tan felizmente, que llegó á ser emperador y rey de Bohemia. Temeroso de su poder Ladislao, renunció; y fue tanto el imperio que tomó Segismundo sobre la nacion, que consiguió la corona para su yerno
1438. Alberto de Austria. Reinó poco este príncipe; y su muger, á quien habia dejado en cinta, dió á luz un hijo, que se llamó Ladislao; y fue coronado á los cuatro meses. Agitados los húngaros con alborotos
1452. civiles y religiosos, ofrecieron su corona á Ladislao rey de Polonia; y aunque la tomó con el título de protector, tambien admitió el de rey, y manifestó que le merecia, pues sacrificó su vida contra los turcos en defensa del pueblo que le habia puesto á su frente. Se habia criado el jóven Ladislao en Alemania, adonde le habia llevado su madre, por librarle de los peligros que rodeaban su trono. Le

pidieron de nuevo los húngaros al emperador Federico, y volvió á enviarsele. Durante su menor edad, el célebre Corvino, húngaro noble, hizo felizmente la guerra contra los turcos, y preparó la fortuna de su hijo Matías. Murió Ladislao en el vigor de la edad, arrebatado de un cólico violento.

El emperador se suponia rey de Hungría, por- 1458.
que poseia la corona de san Esteban, que la madre de Ladislao habia llevado á Alemania cuando fue allá con su hijo; pero este título no le detuvo á Matías, hijo de Corvino, elegido por los estados. No obstante, creyó que en una nacion supersticiosa no debia despreciar aquella preocupacion; y habiendo ganado muchas victorias al emperador, exigió la restitucion de esta reliquia, y se hizo coronar con ella. Reinó gloriosamente, siendo recomendable por sus talentos militares y por su amor á las letras. Juan Corvino, su hijo natural, que se presentó á reemplazar á su padre, no fue recibido de los húngaros, los cuales prefirieron á Ladislao rey de Bo- 1490.
hemia, que dejó su corona á Luis, su hijo único, 1516.
príncipe jóven, que pereció en la funestísima batalla de Mohats contra los turcos.

Por la muerte sin sucesion de este príncipe se presentaron los concurrentes, Fernando, archidu- 1527.
que de Austria, y Juan Zapolski, señor húngaro. Combatieron por algun tiempo, y se concordaron por último, con la condicion de que el húngaro mantuviese, durante su vida, una parte del reino que habia conquistado, la cual, despues de su muerte, volveria á la Austria. Pretendia él que le pertenecia la corona de derecho por haberse casado con Ana, hermana del desgraciado Luis; pero sin embargo, le pareció necesario añadir á este derecho

el de una eleccion que procuró conseguir.

1563. Maximiliano su hijo se hizo coronar solemnemente en Presburg, y procedió en todo como si esta ceremonia supliese por la eleccion. Lo mismo
1572. hicieron sus dos hijos y sucesores, Rodulfo y Ma-
1608. tías; pero no sin reclamaciones, acompañadas muchas veces de una resistencia armada de los húngaros. Estas reclamaciones eran mas ó menos peligrosas para la casa de Austria, segun los gefes que los malcontentos escogian. Fernando, puesto en posesion de la corona de Hungría por la cesion que en él hizo Matías su primo, que no tenia hijo, se halló con la oposicion de Bethlcem-Gabor, príncipe de Transilvania. Su hijo, llamado tambien Fernando, tuvo que defenderse contra Jorge Ragostski, príncipe tambien de Transilvania; y ambos fueron poderosamente favorecidos por los protestantes. A pesar de las fuerzas de Alemania, de las cuales disponian estos dos Fernandos como emperadores, el segundo tuvo que hacer con los malcontentos una paz poco ventajosa. A costa de algunos sacrificios dejó la Hungría bastante sosegada á su hijo, otro Fernando que gozó pacíficamente de la corona.

1665. Por falta de hijos pasó el cetro á manos de Leopoldo Ignacio su sobrino, hijo de Fernando III, el cual consiguió que la corona de Hungría se declarase hereditaria en la casa de Austria el año
1687. de 1687, y la puso sobre la cabeza de su hijo el archiduque José, que llegó á ser emperador. Murió este sin hijos varones, y dejó una viuda con poca capacidad para sostener los derechos de sus hijas, de suerte que se entregó la corona al em-
1712. perador Cárlos de Austria, por una composicion

entre la viuda y los malcontentos presididos por Ragostski.

En 1723, y en una dieta solemne celebrada en Presburg, hizo Cárlos declarar hereditaria la corona en favor de su descendencia, comprendidas las hembras á falta de varon. En virtud de este decreto, María Teresa su hija, entró por muerte de su padre en posesion del trono de Hungría sin oposicion alguna; y por su afabilidad, dulce trato, y otras escelentes prendas, supo ganar el corazon de los húngaros, y sacar de ellos abundantes socorros así en dinero como en hombres para las guerras, que duraron gran parte de su reinado, y que siempre sostuvo gloriosamente. Hoy goza de esta corona su posteridad, con la ventaja de hallar á los húngaros, como María Teresa, prontos á dar, en caso de necesidad, muestras de su fidelidad y de su afecto. 1723.

Entre las naciones bárbaras, que por larga serie de siglos inundaron este pais, parece haberse conservado en la nobleza la casta indígena y propia de los antiguos húngaros y esclavones, con la rústica virtud de aquellas naciones belicosas. El pueblo es un compuesto de cumanos, rascianos, judíos, rusos, valacos, griegos, turcos; soldados valientes, pero dificiles de disciplinar. Estos son los que de ordinario van delante de los egércitos alemanes; y por su feroz esterior inspiran desde lejos el susto y el terror.

ESTADOS DEL IMPERIO.

El cuerpo del imperio se compone de electorados eclesiásticos y seculares. Los primeros son

tres, el de Tréveris, el de Maguncia, y el de Colonia: los segundos son actualmente seis: los reinos de Bohemia y Brandembourg, el Palatinado del Rhin, la Sajonia, la Baviera y el ducado de Hannóver. Son tambien del cuerpo Germánico otros muchos estados, obispados, abadías, ciudades, ducados, condados y principados, y algunos, como el archiducado de Austria, son muy considerables. Aunque la mayor parte de estos estados, en sacándoles de la línea del interes general, ofrecen pocos hechos importantes, conviene darles algun lugar en la historia para que nada falte á su continuidad.

BOHEMIA.

La Bohemia, situada en medio de la Alemania, pertenece á la confederacion imperial por ser electorado; pero no depende de ella con respecto á su gobierno. Es un reino rodeado por todas partes de montañas y dilatados bosques, que son un resto de la célebre selva de Hercinia, y la forman resguardos naturales. Su terreno es fecundo en todas las cosas, y se hallan en él hasta diamentes, que aunque son muy inferiores á los de Asia, tienen su mérito. Conserva su lengua particular, y en ella, como en el resto de la Alemania, el paisano puede decirse que casi es esclavo, y el noble casi soberano. Los hombres son de alta estatura: las mugeres de una fuerza, que sin embargo no carece de gracia. Generalmente los bohemos hacen poco caso de las letras: estan reducidos á su comercio interior, y son buenos pastores y buenos cultivadores.

La tradicion nos dice que hasta Carlo Magno

Modestia de Primislao.

Elevado Primislao, por su matrimonio con Lybusa, desde el arado á la supremacía de la Bohemia, hizo sacar de su choza el calzado y vestido rústicos, y mandó colocarlos en un sitio oportuno de su palacio para que continuamente le recordasen su primer estado; y acaso la excelencia de su gobierno se debió á este principio: pues saber humillarse en la elevacion es abrirse el camino de los aciertos.

habitaron este pais los boyanos, gaulas de orígen: se introdujeron despues los marcomanos, y la invadieron los esclavones, colonia sármata, que hicieron dominar allí su lengua y costumbres, parecidas á las de los scitas errantes. El primer gefe que se conoce, llamado Ezequías, no tomó mas título que el modesto de gobernador; pero juntó los pueblos esparcidos y les dió leyes, á las cuales dió estabilidad Croco, su sucesor por eleccion. Muerto este, confirieron los bohemos la potestad á Lybusa, la mas jóven de sus hijas, la cual, instada á casarse, eligió por esposo un labrador jóven llamado Primislao, que fue un gobernador escelente. Este sacó de su choza el calzado y vestido rústico, y los colocó en un lugar oportuno de su palacio, para tener sin cesar presente su primer estado. Estando para morir dispuso que se colocasen estos despojos en un lugar sagrado, de donde los sacasen para esponerlos á los ojos del público en cada eleccion que se hiciese. Aun en tiempo de sus reyes se observó por muchos años esta costumbre.

Siete gobernadores, cuyos nombres se han conservado en los anales, nos llevan hasta Botzivoy en 890. Tuvo el título de duque, y fue el primer 890.
soberano que abrazó el cristianismo. Ya en aquellos remotos tiempos se nota el deseo que manifestaron los bohemos de que entre ellos se celebrase el oficio divino en lengua vulgar; y no dejaron de lamentarse cuando mandaron los sumos pontífices que se celebrse en latin, aunque prevaleció esta resolucion. Renunció Botziboy por devocion, y consiguió que diesen la sucesion á su hijo Spilígneo, 902.
el cual murió á los dos años, dejando dos hijos bajo la tutela de Drahomira su madre, la cual era

:

enemiga de la religion cristiana, siendo así que su esposo habia sido muy cristiano. Wenceslao, su hijo mayor, le imitó, y fue muy fervoroso en las prácticas religiosas. Su madre, enojada con esta devocion, llevó á bien que Boleslao, el hijo menor, asesinase al primogénito; pero convirtiéndose Boleslao al cristianismo procuró borrar la memoria de su delito, y que todos olvidasen el sobrenombre de *Cruel*, que le quedó sin embargo. Su hijo, tambien Boleslao, fue llamado el *Piadoso*; y su nieto, del mismo nombre, tuvo por renombre el *Ciego*, aunque no se sabe si lo era de cuerpo ó de espíritu. Haya sido la que fuese su ceguera, se declaró incapaz de gobernar y renunció. Jaromiro su hijo fue suplantado por su tio Udalrico; y á los dos sucedió Bresislao, y á este Spilígneo, cuya madre era alemana. Sin duda habia introducido esta en la corte muchos de sus compatriotas que causaban alborotos, pues á todos los espelió Spilígneo, sin esceptuar á su madre.

1061. Wratislao su hijo, tomó parte en las desavenencias de los emperadores Enrique III y Enrique IV. Vencedor de su padre el hijo, reconocido á los servicios que el duque de Bohemia le habia hecho, y en recompensa de las grandes cantidades que le habia prestado, le condecoró con el título

1086. de rey en 1086. Su hijo mayor Boleslao, desterrado del reino por desobediente, se hallaba presente á la muerte de su padre; pero la corona fue dada al hijo menor Conrado, el cual no la tuvo mas que siete meses. Muerto él volvió Boleslao á entrar en sus derechos y tomó el cetro que transmitió á su hermano Botzivoy: este se vió en la precision de abandonarle á Suantapluc su primo; y por su

muerte, que fue violenta, y á los dos años de su reinado, cayó la corona en Uladislao, hijo tercero de Wratislao, el cual se vió precisado á dividir la autoridad con Sobreslao I su hermano menor.

A Uladislao sucedió Sobreslao II, no su her- 1135.
mano que ya tenia una parte del reino, sino su propio hijo. Este último tuvo por sucesor á su sobrino Uladislao II. Los conciertos secretos, la fuerza y la proteccion de los emperadores de Alemania pusieron en el trono de Bohemia, y por cincuenta años hicieron bajar de él á varios tios, hermanos, hijos, sobrinos, hasta que cansados los bohemos de estas alternativas dieron su cetro á un buen obispo de la familia de su príncipe, llamado En-
rique. Los gobernó con mucha prudencia, y antes 1193.
de morir puso la corona en manos de los Estados. Estos la entregaron á Uladislao, que habia procurado quitársela á Enrique su pariente; pero sus esfuerzos le habian privado de la libertad. De la prision en donde le tenian le hicieron los bohemos pasar al trono. Con esta noticia acudió Primislao 1196.
su hermano mayor, á quien la miseria, ó tal vez la necesidad de ocultarse, tenia reducido al estado de peon de albañil en la ciudad de Ratisbona. Por composicion entre los dos hermanos se contentó Uladislao con la Moravia, y Primislao se quedó con la Bohemia. Este hizo coronar en vida suya á
su hijo Wenceslao, á quien dió el sobrenombre de 1278.
Otocaro ó *Victorioso*, y le traspasó á Primislao su hijo. Este príncipe fue rey de Polonia, y no quiso la corona de Hungría, que hizo pasar á la frente de Wenceslao IV su hijo; pero este quiso mas la de Bohemia. Se sabe que fue asesinado; pero la historia no dice la causa, ni nombra el reo de este

1305. delito. Wenceslao V fue el último de los descendientes directos de Primislao, cuya posteridad reinó unos quinientos años.

Procuraron los bohemos perpetuar en su trono esta familia, que apreciaban, y dieron la corona á Enrique, duque de Carintia, casado con la hermana de su último rey. Se la disputó Rodulfo, hijo del primer emperador de este nombre, y tronco de la casa de Austria, y á quien muchos señores habian elegido, pero murió; y aunque dejó vacante el trono á Enrique, no supo este monarca mantenerse en él, pues por sus desórdenes se le quitaron; pero los bohemos, fieles siempre á la sangre de sus antiguos reyes, todavia llamaron para su trono á otro cuñado de Wenceslao, llamado Juan, de la casa de Luxembourg. Este poseia bastantes y muy buenos estados en Alemania, y estos le ocuparon mas que la Bohemia. Tenia por otra parte un genio aventurero, que apenas le permitia fijarse en cosa alguna. Para entregarse mas libremente á sus intrigas y correrías, fió el cuidado de la Bohemia á Cárlos su hijo, que no pasaba de los diez y seis años; bien que este jóven lo desempeñó tan perfectamente que zeloso su padre volvió á tomar el gobierno. Despues se le entregó á Cárlos; y fue tanto lo que trabajó él mismo con los príncipes alemanes, entre los cuales vivia siempre, que consiguió que eligiesen rey de romanos á este mismo hijo; y él, arrastrado de su aficion á las aventuras, fue á buscar la guerra en Francia, y murió en la batalla de Créci.

1347. Añadió Cárlos la corona de Bohemia á la imperial, y debe ser amable para los bohemos su memoria; porque, al contrario de su padre, prefirió

su reino á los demas estados. En él tuvo su residencia, y allí consolidó cuantos establecimientos útiles pudo, y dió principio á otros que dejó encomendados á Wenceslao su hijo para que los con- 1378.
tinuase. Pero este príncipe, siempre ocupado en sus diversiones, cuidó muy poco de cumplir con las intenciones de su padre; y su vida, como lo hemos visto en la historia del imperio, fue un conjunto de sucesos estravagantes. Dos veces le pusieron en una prision sus vasallos por no poder sufrir sus desórdenes: dos veces se huyó; y no solo subió de nuevo al trono de Bohemia, sino que fue elevado tambien al del imperio. Le derribaron de este y no lo sintió mucho; porque así quedaba con mas libertad para abandonarse al lujo y otros escesos. En estas miserables ocupaciones le sorprendió la muerte.

Le sucedió su hermano Segismundo, que ya era rey de Hungría, y fue tambien emperador; pero le costó trabajo asegurar en su cabeza la corona de Bohemia, porque temiendo su religioso zelo los discípulos de Juan de Hus y de Gerónimo de Praga, le opusieron muchos competidores, de los cuales le desembarazaron las armas y el dinero. En cuanto al pueblo, que era sectario, habiéndole abandonado los gefes, se hizo en él una horrible carnicería. Por este rasgo se podrá formar juicio de las crueldades que con ellos se egecutaron. Atrajeron muchos á una granja con pretesto de una conferencia, en la cual se habia de tratar del asunto; y cuando los vieron juntos, pusieron fuego á la granja.

Estas crueldades, en vez de destruir á los hu- 1438.
sitas parecia que los multiplicaban; y así dieron

bien que hacer al sucesor de Segismundo, que fue Alberto de Austria su yerno. Este príncipe, consumido con las fatigas y los placeres, no duró mas que dos años. Le sucedió Ladislao, que nació póstumo, y tuvo por tutores á dos ministros, uno católico y otro husita. Prometia un reino feliz; pero un esceso de intemperancia en la comida le arrebató en la flor de su edad, y con su muerte se abrió la palestra á la concurrencia de muchos príncipes. Se presentaron dos austriacos, un sajon, un rey de Polonia, y un hijo de Francia; pero á todos los desecharon los bohemos, y saludaron rey á
1458. Jorge Podiebrado, de su nacion, el cual sostuvo con valor la eleccion de sus compatriotas contra los competidores y las facciones internas.

Por su muerte volvieron los bohemos á dar el cetro á un estrangero, y llamaron á Uladis-
1471. lao, hijo de Casimiro, rey de Polonia. Tenia ya la corona de Hungría; y ausentándose muchas veces de Bohemia, fue acostumbrando á estos vasallos á sufrir la regencia de gobernadores. Sucedió
1516. á este príncipe su hijo Luis, que murió por desgracia en la batalla de Mohats, que presentó imprudentemente á los turcos; y los bohemos dieron
1525. la corona á Fernando, archiduque de Austria, y despues emperador, que se habia casado con Ana, hermana única de Luis. Desde este tiempo ya el reino de Bohemia no ha salido de la casa de Austria, como tampoco el de Hungria, á título de hereditarios, y han tenido los mismos monarcas.

AUSTRIA.

Aunque la Austria no hace parte del imperio como electorado, me ha parecido colocarla aquí, despues de la Bohemia, precedida de la Hungría, para que se vean seguidas las principales posesiones de la casa de Austria en Alemania. Despues de la estincion de una familia, que gobernó á la Austria desde 928 hasta 1240, cayó en manos del emperador Rodulfo, como feudo del imperio, y se la dió á uno de sus hijos. Por consiguiente la casa de Apsbourg dejó su nombre y tomó el de Austria, que ha conservado siempre. En 1477 dió Federico á la Austria el título de Archiducado.

En la Austria se hallan granos, vino, escelentes frutas, abundancia de pastos, agradables sitios, y aires saludables. Los habitantes son espirituosos, cultos, y aficionados á las artes y ciencias. Siempre han sido felices bajo el mando de sus soberanos; y estos príncipes, por afecto á este estado patrimonial y hereditario, han procurado que refluyan á él las ventajas que sacan del imperio y de otros dominios: de suerte, que conservada el Austria con cuidado, y preservada de irrupciones, en cuanto ha sido posible, se halla rica, y se conocen poco los vestigios de las plagas consiguientes á la guerra. La historia de sus príncipes se incluye en los anales generales de Alemania.

BRANDEMBOURG.

Brandembourg es el título de un electorado, que los reyes de Prusia han adornado con una co-

rona. Los gobernadores que Enrique I, rey de Germania, puso en 926 para rechazar á los bárbaros del Norte que infestaban sus fronteras, se hicieron hereditarios con el nombre de Margraves; pero por mucho tiempo necesitaron el consentimiento de los emperadores, los cuales le negaron varias veces y nombraban á señores de sus cortes, ó á aquellos príncipes á quienes querian gratificar.

El Margraviato de Brandembourg fue incorporado al imperio por los años de 1142 como principado, y en 1298 como electorado. En 1415 el emperador Segismundo, atrasado en la hacienda, vendió este electorado á Federico, Burgrave de Nuremberg, que es el tronco de la casa reinante. Desde los principios del siglo x hasta Federico III, que en 1701 añadió al electorado la dignidad de rey de Prusia, se cuentan cuarenta y un Margraves, todos guerreros, y muy atentos á aumentar sus primitivas posesiones, añadiendo á ellas las vecinas que les parecen convenientes. Este es el título con que cayó en sus manos la Prusia; pero sucesivamente y por partes, como con un trabajo constante de muchos siglos, en los cuales han tenido el título de marqueses, condes y duques, ya de una y ya de las dos Prusias.

PRUSIA.

La Prusia, en una situacion ventajosa para el comercio, produce mucho trigo: tiene un terreno ligero y propio para las hortalizas. En él crecen con abundancia los árboles frutales, y en otro tiempo eran el objeto de un comercio útil; pero se van disminuyendo los grandes bosques, y aumen-

tándose á proporcion los prados llenos de una multitud de vacadas: no son raros los caballos y la caza: se coge allí cera, pez, miel y cáñamo. El mar con los vientos de Oriente y de Norte, arroja á las costas mucho ambar. Por largo tiempo se ha ignorado la naturaleza de esta sustancia; pero se ha llegado á descubrir, que es el producto de una espuma biliosa que arroja el cachalote, pez semejante á la ballena.

Los prusianos fueron idólatras hasta el siglo XI, en el cual empezó á introducirse entre ellos la religion cristiana; pero á paso muy lento. Por entonces no tenian forma de gobierno; comian la carne cruda; bebian la sangre de los animales; adoraban las culebras, los árboles, principalmente la encina, los metéoros, vientos y tempestades, y sacrificaban los prisioneros. Permitian la poligamia; quemaban á los adúlteros, y mataban por piedad á los enfermos, de cuya vida perdian las esperanzas.

Despues de mucho tiempo se dividió la Prusia en Real y Ducal. La primera estaba bajo la proteccion del rey y no de la república polaca, sin dependencia, y como un estado libre, que pretende probar su gratitud con demostraciones de deferencia y una ligera retribucion. La Prusia Ducal, entregada á los caballeros del orden Teutónico, con el fin de que en ella floreciese la religion cristiana, llegó á ser dominio y posesion de los mismos.

Cuando en el siglo XII emprendió Federico Barbaroja una cruzada para ir á librar la Tierra Santa del poder de los infieles, llevó consigo gran número de caballeros alemanes. Murió en el Oriente, y aquellos voluntarios eligieron por su gefe á Federico duque de Suabia, distinguiéndose tanto

con este general, que considerándolos el rey de Jerusalen y el patriarca como muy útiles y aun necesarios para conservar los santos lugares, pensaron en unirlos con un lazo que los hiciese inseparables; y de este modo formaron un orden militar con el nombre de *Santa María.* Los religiosos de este orden debian ser todos caballeros alemanes ó *teutones*, que asi se llamaban en aquel tiempo.

1190. Eligieron su primer gran maestre en 1190, y se obligaron, como los caballeros de san Juan, á defender y conservar la Tierra Santa. A pesar de su valor no pudieron librarse de ser lanzados de aquel pais, como los de san Juan sus émulos; pero así como estos hallaron asilo en Rodas, y despues en Malta, á los teutónicos los recibió un duque de Moravia, el cual les ofreció la Prusia, que aun era pagana, si querian retirarse á ella.

No les pareció que mudaban de instituto: pues pelear contra los sarracenos ó contra los idólatras prusianos, todo era trabajar por la estension de la religion cristiana. Entraron con su armada mision por aquellos paises bárbaros, y se hicieron soberanos de lo que ahora se llama Prusia Ducal. No fue siempre el zelo religioso el que les puso las armas en la mano, pues tuvieron muchas guerras contra suecos, dinamarqueses y polacos, y aun acometieron á los alemanes tan cristianos como ellos. Desde esta parte de la Prusia que se les habia cedido, ya se habian adelantado por la que se llama Real, y no querian rendir homenage á la Polonia. Alberto de Brandembourg, su gran maestre, antes que someterse á esta ceremonia, quiso mas bien renunciar y abandonar todas las posesiones de su orden en esta provincia; y el rey de Po-

lonia, en recompensa, le dió en propiedad la Prusia Ducal. Cabe la sospecha de que esta pretendida delicadeza de Alberto sobre el punto de honor con respecto al homenage, fuese tal vez un arbitrio concertado entre el rey de Polonia y él para hacerse propietario de la Prusia Ducal. Desde que se vió en posesion no quiso ya sufrir compañeros de su soberanía, y se dedicó á escluir los caballeros. Estos se retiraron á Franconia, y despues se dispersaron. Tuvo fin el gobierno teutónico de Prusia por los años de 1500; pero todavía subsiste en 1500.
muchos territorios asi de Alemania como de Italia, en donde hay en el dia encomiendas con el título de Bayliages. Hay unos comendadores católicos, y otros protestantes: los católicos estan obligados á cierto rezo y al celibato. Se elige el gran maestre en capítulo de la orden, y recibe la investidura del emperador. Carlos Alejandro de Lorena, condecorado con este título por el emperador en 1769, 1769.
hizo elegir por coadjutor al archiduque Maximiliano.

PRUSIA MODERNA.

La Prusia moderna es un reino hecho á mano, que se ha ido formando sucesivamente de las partes que se estienden irregularmente desde la Polonia al Rhin, con el cual toca por el ducado de Cleves. Pocos estados de consideracion hay en Alemania, con que el elector de Brandembourg y rey de Prusia no confine por algunos puntos: y esta circunstancia la hace muy importante respecto de la mayor parte de príncipes alemanes, de los cuales teme y es temido. Poblaron estos paises los sue-

vos, los venetos, los sajones y los vándalos, y por consiguiente estuvieron largo tiempo sin costumbres uniformes. Al presente han adoptado en general las de los alemanes. Los habitantes son libres en su creencia; pero la corte profesa el calvinismo y el luteranismo. Hay allí colonias de franceses refugiados, que hacen florecer las artes. Aunque viven sujetos á un gobierno militar y absoluto, son bastante felices.

La casa de Brandembourg es la que ocupa el trono, que ella misma se ha construido y consolidado. Se llama esta familia Hohenzollen, y su origen se pierde en la antigüedad; pues desde el
800. año 800 se halla un Hohenzollen, conde de Brandembourg, por sobrenombre *Tasillon*, cuyos descendientes se señalaron en todas las guerras de Alemania. A mediados del siglo XIV fueron redondeando sus estados estos príncipes, cosiendo los retazos que quitaban á los paises vecinos. Las piezas de mas importancia son las dos Prusias, que los caballeros del órden Teutónico adquirieron para la religion cristiana, y sujetaron á su dominio. A fuerza de ir cercenando han llegado los príncipes de Brandembourg á quitarselas enteramente á este órden militar, del cual ya se habian hecho grandes maestres, y por último le destruyeron para
1415. aprovecharse de sus dominios. En 1415, como ya hemos dicho, la dignidad electoral se confirió á los marqueses ó margraves de Brandembourg.

1417. El primero que tuvo esta dignidad se llamaba Federico, grande político y guerrero; pero le es-
1440. cedió en ambos talentos su hijo Federico II, llamado *Diente de hierro*, por sus muchas fuerzas, y mas honoríficamente el *Magnánimo*, porque no

quiso las coronas de Polonia y de Bohemia, por no poder apropiárselas sino con injusticias. Muchos sucesores de este tuvieron sobrenombres que pintan en una sola palabra su carácter, como Alberto el *Aquiles*, Juan el *Ciceron*, Joaquin el *Nestor*: todos se fueron engrandeciendo, unos por conquistas, otros por alianzas ó por aventuras políticas. Joaquin II fue el que introdujo en sus estados la religion luterana: su hijo Juan Jorge fue amante de la paz: á Joaquin Federico le llamaron el *Prudente*. Juan Segismundo aumentó sus estados con los ducados de Cleves y de Juliers. Jorge Guillermo su hijo se vió, á pesar suyo, empeñado en las guerras de sus vecinos, que eran mas fuertes que él, y así sus estados fueron perpetuamente asolados por los egércitos imperiales y los suecos; por lo cual los dejó disminuidos, descantillados y debilitados á Federico Guillermo, llamado el *Grande Elector*.

1469. 1486. 1555. 1572. 1619.

Este tomó posesion de los estados de su padre á los veinte años de su edad; y el valor y prudencia que entonces manifestó no se desmintieron en todo el discurso de su vida. Era prudente, advertido, insensible á los engaños del amor, reducido á sola su esposa, agradable en la sociedad, buen convidado, vivo y pronto; pero fácilmente se sosegaba. Era al mismo tiempo benigno y humano, y solo por necesidad hizo la guerra. Se le mira como restaurador del poder de su casa, y fundador de su gloria: le dieron el sobrenombre de *Grande*.

Viéndose su hijo Federico III con una autoridad bien establecida, asegurada con buenas tropas, y apoyada con abundante hacienda, emprendió colocar una corona sobre la insignia electoral; y lo

1701. consiguió, porque en 1701 le concedió el título de rey el emperador Leopoldo, el cual nada añadió á su poder, y no hizo mas que contentar su vanidad, y satisfacerle en su gusto por las ceremonias.

Sofía Carlota de Hannóver, su esposa, se distinguió no menos por su mérito literario que por las virtudes de su sexo. Esta llevó á Prusia el espíritu de sociedad, la verdadera cultura, y el amor á las ciencias y á las artes. A esta debe su fundacion la Academia de Berlin, para la que llamó muchos sabios, y entre otros á Leibnitz. Con ser tan metafísico le cortó muchas veces Sofía con sus cuestiones y preguntas. El la solia decir: "Señora no hay medio para contentaros, quereis saber el por qué del por qué." En su última enfermedad no quiso recibir un ministro de su religion, sin duda porque no se hubiera conformado con él; y á las instancias que la hacian respondió: "Dejadme morir sin disputar." A una de sus damas de honor, que lloraba junto á su cama, la dijo: "No me llores, porque ahora voy á satisfacer mi curiosidad sobre los principios de las cosas que Leibnitz no me ha podido esplicar acerca del espacio, el infinito, el ser y la nada. Tambien preparo al rey mi esposo el espectáculo de una pompa fúnebre, en el que se le ofrece la ocasion de desplegar su magnificencia." Con efecto, fueron soberbios los funerales que la hizo. Este príncipe, tan cuidadoso en aparentar, era muy contrahecho, y la reina le llamaba su *Esopo*. De él se decia que era grande en las cosas pequeñas, y pequeño en las grandes; pero tuvo la habilidad de conservar en paz sus estados, mientras á los vecinos los asolaba la guerra, lo cual es mas que mediano mérito. Tie-

ne la desgracia de verse colocado en la historia entre un padre y un hijo, cuyos superiores talentos le han eclipsado.

Este hijo fue Federico Guillermo, segundo rey de Prusia, que subió al trono en 1713, á los veinte y cinco años de su edad. Llegaba ya á su fin la famosa guerra sobre la sucesion de España; y la paz que tardó poco, le proporcionó á Federico la facilidad de ocuparse con acierto en la prosperidad de su reino. En su vida privada tomó un método contrario al de su padre, siendo de gran parsimonia, y tan enemigo del fausto, cuanto el otro habia sido amigo del lujo y de gastos. En su corte era austero: su muger y sus hijos esperimentaron algunos rasgos de severidad, que en un particular se hubieran justamente reprendido. No se le conoció liberalidad sino respecto de sus tropas: en este punto era pródigo, y empleó grandes cantidades en formar un regimiento de hombres de talla desmesurada: esta era su manía. Pero si en esto fue reprensible, tambien se le debe alabar por haber dado á la Europa el egemplo de aquella disciplina, y de aquella manutencion que provee á todas los necesidades del soldado, pero que nada le perdona. 1713.

Para que no importunase al paisano la estancia del egército le distribuia por las ciudades, y de cuando en cuando los juntaba en el campo para hacer las evoluciones generales, y que con estas asambleas se les hiciesen mas familiares las maniobras. Pudieran debilitar á los pueblos las levas ó quintas numerosas, y por esto tenia órden cada capitan de reclutar los que pudiese en el imperio; bien que cada prusiano nace soldado como

en la Suiza. Federico Guillermo favoreció al comercio, á las manufacturas y á las artes, alentándolas con premio. La hidropesía, que le atormentó por seis años, no le impidió ocuparse en los negocios del gobierno hasta el último instante de su vida. Examinaba como físico los progresos de su enfermedad, y señaló sin asustarse el término. Cuando murió dejó un egército de setenta mil hombres, manteniéndolos con su economía, sin gravar á los pueblos; y ademas de esto tenia lleno su tesoro, y habia establecido un órden maravilloso en todos los puntos.

1740. Federico II su hijo subió al trono á los veinte y ocho años de su edad. Aunque se habia criado como cualquiera particular, y sin ser iniciado en ciencia alguna, fue tal la fuerza de su ingenio, que todas las aprendió, cultivándolas como rey, sin que este gusto le dominase tanto, que le quitase un momento de los que tenia destinados á su obligacion. Por haber querido sustraerse del imperio despótico de su padre, corrió peligro su vida, y no se libró absolutamente del suplicio, pues le obligaron á presenciar el de un jóven su amigo, compañero de su fuga y de su desobediencia: y cuando el hacha fatal iba á caer sobre el cuello de aquel desgraciado, estaban cuatro granaderos teniendo la cabeza del príncipe mirando hácia el cadahalso. Le dejó su padre por algun tiempo en la prision, y le hizo trabajar en las secretarías de guerra y hacienda, sin distinguirle de los otros empleados. No le concedió libertad alguna hasta que estuvo casado, y aun no tomó sobre sí el yugo de himeneo por su gusto sino por la voluntad de aquel padre inflexible y absoluto.

Severidad de Federico-Guillermo.

Intentó Federico substraerse del imperio de Federico-Guillermo, su padre; pero este le obligó a presenciar con circunstancias de gran humillacion el suplicio del jóven su amigo, cómplice de su desobediencia y su fuga. Hizo ver Federico-Guillermo que no sacrificaba las obligaciones de Rey al amor de padre; y que en sus dominios ni el sucesor del trono violaba inpunemente las leyes.

T. I. Enguid.t de ag. fte.

Jf. Garrido con.

En el retiro de ocho años que se siguió á su casamiento, empleó el tiempo Federico en profundas meditaciones sobre todos los asuntos del gobierno, y principalmente sobre la guerra, mirandola como esencial para mantener su reino. Viendose cercado de vecinos poderosos y envidiosos, bien fuese por entretener su egército, ó bien por hacerle aguerrido, se vendia ya al uno, ya al otro, y de este modo balanceaba la mala voluntad de todos. Por este medio se puso en estado de resistirles, cuando cansados de sus variaciones, que ellos llamaban sus infidelidades, se reunieron para oprimirle. Pasmó á sus enemigos el rey de Prusia con una táctica sabia y nueva, y con la presteza de sus movimientos. Bajo de sus órdenes parecia, no que marchaban los egércitos enteros, sino que volaban. El mismo, ganada una victoria en una frontera de sus estados, aparecia dos dias despues á la cabeza de otro egército, y ganaba otra en la frontera opuesta. Tenia por principio que solo consigue el que porfia, y así se le vió dar á un campo atrincherado hasta siete asaltos en un dia y ganarle. A Federico II se le podia aplicar aquel dicho casi intraducible del poeta: *Deliberata morte ferocior.* Determinado á vencer ó morir inspiraba terrible valor á sus soldados; pero cuando ya estaban hechos los preparativos, se restituia al sosiego de un hombre libre de todo cuidado. De él se conservan cartas y piezas en verso, compuestas en su tienda la noche que precedia á una batalla decisiva, y ninguna de ellas se resiente de la turbacion de la campaña, ni de las inquietudes indispensables en aquel momento.

Los trabajos literarios del filósofo de Sans-Sou-

cis, que es el nombre de su palacio de descanso, así como son motivo de admiracion ahora, pasmarán á la posteridad; porque los hay útiles y los hay agradables. Los útiles son una historia de la casa de Brandembourg, trazada en grande como de la mano de un rey: el Código-Federico, notable por la imperiosa brevedad de sus leyes: sus principios de gobierno, consignados de un modo que le hace honor en su *Contra Maquiavelo;* y sus propios anales, que pueden compararse con los de César, á quien lleva la ventaja de haber puesto en verso en un poema *sobre el arte de la guerra* los preceptos que practicaba. Los dió en frances, que era su lengua favorita; pero no obstante la pureza y correccion que afectaba, se le deslizaron algunos germanismos. Sintió mucho la censura de estos pequeños defectos. Quiso Federico luchar con el impío Volter; y este poeta imprudente, por no haber querido ceder á quien tenia batallones á su disposicion, esperimentó algunas desgracias, fuera de que el príncipe le era infinitamente superior, porque le escede mucho siempre que los dos tratan de materias políticas ó intereses de príncipes, y sobre todo de la religion. Si el monarca trata de la necesidad de arreglar las opiniones de sus pueblos, habla con tal moderacion que hace un contraste singular con el amargo zelo y el odio entusiástico de aquel impío poeta y mal filósofo.

1786. Murió Federico II en 1786, á los setenta y cuatro años de su edad. No dejó hijos ni de su esposa ni de otra muger alguna, bien que á su esposa la trataba como á una simple conocida. Los calumniadores hallaron vicios en esta indiferencia con el otro sexo; pero hasta que llegó á una

edad avanzada, toda su diversion, despues del trato con los hombres de letras, era la música, en la cual era escelente.

No sería fácil hallar otra vida mas ocupada que la suya; porque todos los asuntos y negocios pasaban por su mano. Desde las cinco de la mañana en invierno y en verano iban sus secretarios al trabajo en presencia suya; y continuó sus ocupaciones hasta en la penalidad dolorosa de su última enfermedad, que fue una hidropesía. "Conservaba, dice un testigo ocular, un aire sereno y tranquilo, sin hablar de su mal ni de la muerte. Nos trataba, prosigue, del modo mas razonable y cordial: siempre la conversacion era de los asuntos del dia, de literatura, de historia antigua y moderna, como que las poseia muy bien; pero mas principalmente hablaba del cultivo de los campos y del de las huertas, como que no cesaba de favorecerle."

Los objetos principales de sus reflexiones eran el gobierno de su reino, el alivio de los pueblos fatigados con las guerras: de esto trataba en sus últimos dias. No cesó de ser rey hasta que dejó de ser hombre. Era Federico el Nestor de los monarcas de su siglo. Aunque habia nacido débil, llegó con la fatiga y el trabajo á formarse un temperamento robusto. Lo que en él censuran es el despotismo, y algunas acciones de dura severidad, que le son consiguientes. Indiferente, como hemos dicho, para el mirto de Venus, mereció los laureles de Apolo y Marte; y dejó al hijo de su hermano un reino floreciente, con fuerzas capaces de hacerle el árbitro de la Europa.

SAJONIA.

La Sajonia, repartida en muchos círculos, contiene una multitud de principados. Es fértil en toda especie de producciones, y famosa por sus minas. Por atravesarla muchos rios grandes, y rematar en las riberas del Báltico, está en ella en su vigor el comercio. El elector de Sajonia posee tambien la Misnia. Los sajones son altos, robustos, sociables, y gustan de la buena mesa. La nobleza no sufre casamientos desiguales; y para castigarlos no se contenta á veces con el desprecio y la esclusion de su cuerpo, pues ha habido familias que han perseguido hasta la muerte á los delincuentes en esto. No es estraño que allí sea el luteranismo la religion dominante, siendo un pais que vió nacer á Lutero, y le vió igualmente favorecido por el duque de Sajonia en la propagacion de su secta. En ninguna parte se habla la lengua alemana con mas gracia y pureza.

Por el valor hereditario de los sajones se ha creido que descienden de los macedonios, y otros, por sus nombres, los juzgan originarios de los saxôs, tribu de escitas. En los tiempos mas remotos los gobernaban doce campeones, al parecer los mas ilustres de sus guerreros. Carlo Magno se dice que hizo infelizmente famosos á los sajones, quitando la vida á los que no se convertian. Esta nacion entonces se estendia hasta las riberas del Rhin: y su gefe Witikind peleó por mucho tiempo, aunque al fin se sometió. Los soberanos de Sajonia siempre se han tenido por descendientes de aquel hombre ilustre, y la casa que hoy reina se precia de tener es-

te orígen. Cuenta muchas hombres grandes con los sobrenombres de *el Grave*, *el Pacífico*, *el Constante*, *el Piadoso*, *el Magnánimo*. Algunos tuvieron coronas, y otros no quisieron admitirlas. Desde la mitad del siglo IX en que empieza la serie de los duques de Sajonia, se cuentan hasta treinta y seis, casi sin interrupcion alguna, por lo cual se ve que la mayor parte de estos príncipes llegaron á una edad muy avanzada, no obstante que la mayor parte de ellos vivieron en medio de las guerras. Federico Augusto, que murió en 1763, tuvo de su esposa, María Josefa de Austria, once hijos vivos, por medio de los cuales se enlazó con las primeras casas de Europa, casandose las hijas con los príncipes, y los hijos con las princesas.

BAVIERA.

En otro tiempo tuvo Baviera el título de reino, y sus límites se estendian mucho mas que los actuales. La moderna contiene ciudades considerables, y algunas, á título de imperiales, están exentas de la jurisdiccion del Elector. En el siglo XIII un duque de Baviera llamado Luis II, que habia reunido todas las posesiones de sus mayores, las repartió entre sus hijos Rodulfo y Luis: al primero le dió el Palatinado del Rhin, al segundo la Baviera, y hubo entre estas dos ramas un pacto de familia para asegurarse las sucesiones y reversiones recíprocas. Estos mismos estados, despues de haber pasado varias veces de una rama á otra, se reunieron en 1777 en Cárlos Teodoro, elector Palatino; y el electorado de Baviera se ha quedado por ahora suprimido despues de haber contado desde el siglo X

cuarenta y dos duques. La religion dominante de Baviera es la católica.

PALATINADO.

El nombre de Palatinado viene de los condes de Palacio, á quienes los reyes de Alemania confiaron la administracion de diferentes provincias. Eran originariamente los primeros oficiales de los palacios de aquellos príncipes, y así hubo condes palatinos de Franconia, de Suabia, de Sajonia, de Baviera y de otras partes de Alemania, en la decadencia del imperio de Carlo Magno. Difícil sería individualizar los pueblos de cada Palatinado, esto es, indicar su respectivo orígen. La confusion de lenguas que reinaba en aquellos paises es una prueba de la confusion de las naciones. Los gaulas, los romanos y los germanos de todas castas y denominaciones se acercaron, y se separaron de las riberas del Rhin en perpetuo flujo y reflujo. Por la necesidad de entenderse tuvieron que adoptar recíprocamente unos de otros palabras, que ya se han hecho comunes entre ellos, de las cuales se ha formado la lengua *romance*, que se usa en el norte de la Francia, y se llama así porque su basa es la lengua latina; pero ya el tudesco, ó antiguo aleman, ha sobresalido, y se ha conservado hasta nuestros dias entre los alemanes que están á los dos lados del Rhin, aunque menos pura que en el centro de Alemania.

Segun parece fueron abolidos los Palatinados á fines del siglo x, no quedando otro que sea notable sino el del Rhin, que tenia su silla en el palacio de Aquisgran, en donde guardaba el palatino

los ornamentos imperiales, por lo que se ha creido que en caso de vacante tenia el vicariato del imperio. Se conserva una lista de aquellos oficiales ó príncipes palatinos, desde 993 hasta 1214, en que el Palatinado cayó en la casa de Baviera, la cual ha tenido muchas dinastías. La primera se llamaba Rodulfina: la segunda, que fue la Robertina, acabó en 1410: la tercera, llamada Electoral de Heydelberg, duró hasta el año de 1559: la cuarta, que era la de Simmeren, se estinguió en 1585. Federico III, de esta misma rama, aunque le llamaron el *Piadoso*, estableció el calvinismo en sus estados. A esta sucedió la quinta de los príncipes de Neubourg, que subsistió hasta el año 1772, en que Cárlos Teodoro, de la rama de Sultzback, elector ya de Baviera, unió á esta el Palatinado, y por su muerte pasó, segun las antiguas convenciones, á la rama de *Dos Puentes*.

En los paises por donde corre el Rhin, ó en los inmediatos, es difícil hallar castillos ó fortalezas, cuyos bastiones medio abiertos no indiquen esfuerzos facinerosos, ni ciudades que no se hayan fundado sobre las cenizas de sus antiguos edificios, ni campos que no hayan sido regados con sangre humana. Recientemente, en el reinado de Luis XIV, esperimentó el Palatinado todos los horrores de la devastacion. Parece que este infeliz pais en todos tiempos ha sido sacrificado á la carnicería y los incendios. En 1452, y en el gobierno de Federico II, uno de sus príncipes, fue cruelmente saqueado por diez y ocho príncipes vecinos, que se habian coligado contra él; pero los venció. Cayeron en sus manos una multitud de nobles y tres príncipes. A estos ilustres prisioneros dió Federico en su casti-

llo de Heydelberg un magnífico convite, en que sirviendose todo con abundancia, faltó el pan; y pidiendole los convidados, respondió el príncipe: "Es justo que los que venis á asolar las campiñas, á destruir las cosechas, á quemar las granjas y graneros, á arruinar los molinos, y reducir los inocentes labradores á la mendicidad, sepais lo que es la falta del pan." Desde el principio del siglo x hasta ahora se cuentan treinta y ocho príncipes Palatinos, que se cruzan y confunden con los de Baviera.

BRUNSWICK-HANNÓVER.

La casa de Brunswick, que posee el electorado de Hannóver y la casa de Este, que posee los estados de Este en Italia, reconocen por tronco comun al marques Azzan, soberano de Génova, Milan y muchos paises de la Lombardía, á fines del siglo x. Cunegunda, heredera de los Güelfos, que era entonces la casa mas poderosa en el centro de Alemania, le llevó los dominios de su familia en Germania y en Baviera.

De Azzan procedieron dos ramas florecientes, que han poseido vastos estados en Alemania y en Italia, y se ve que la rama de Lunebourg tomó á principios del siglo XIII el nombre de Brunswick. Debe advertirse que el príncipe Guillermo, tronco de esta rama, nació por una casualidad bien singular del siglo XII, de una inglesa y en Inglaterra, habiendo de tener sus descendientes la corona de este reino seis siglos despues. Otra particularidad fue que á fines del siglo XVI, viendose la rama de Lunebourg cargada con siete hermanos, convinie-

ron entre sí en que para no debilitar el poder de su casa esponiendose á dejar demasiados herederos con derecho á que se repartiesen los estados, solamente se casaria uno. El electorado de Hannóver es el mas moderno de todos. Creado en 1708 para Jorge I, está en la rama de Brunswick Lunebourg, que ha añadido á sus estados la corona de Inglaterra; pero ya antes de ser electorado reconocia aquel pais desde los últimos años del siglo X treinta y cuatro príncipes. El último de estos es Jorge Guillermo III, que sucedió en 1760 á Augusto I, hijo del primer elector.

OTROS ESTADOS DE ALEMANIA:

MAGUNCIA, TRÉVERIS Y COLONIA.

Todo cuanto pudieramos decir de los tres electorados eclesiásticos, Maguncia, Tréveris y Colonia, interesaria muy poco á los que no son de aquellos paises. La Alemania está llena de principados, obispados, abadías, así de hombres como de mugeres, que gozan de soberanía. Las familias poderosas, y casi todas enlazadas entre sí, poseen los estados que podemos llamar *legos*, con el título de *duques*, *condes*, *marqueses*, *margraves*, *landgraves*, *burgraves*, *ringraves* y otros nombres mas ó menos conocidos. Todos han tenido famosos guerreros ó sugetos estimables por otras calidades. En un pais de esclavitud se llaman humanos y benignos los príncipes que no agravan demasiado el peso del yugo de la servidumbre, el cual es mucho mas suave en los territorios sujetos á los eclesiásticos.

Todos estos príncipes, grandes y pequeños, ecle-

siásticos y legos, gozan de todos los derechos de soberanía, acuñan moneda, y levantan tropas; y esta diversidad de monedas, por el nombre y la calidad tan diferentes, causan mucho estorbo para el comercio. El derecho de peazgo, sobre pasar de un dominio á otro, pone igualmente trabas. Tiempo hubo en que estos príncipes, mandados por los diplomas imperiales, llevaban en persona sus vasallos á la guerra; y así se vieron obispos, abades y aun abadesas, que dejando el báculo pastoral tomaban los bastones de comandantes. De estas tropas, y de las ciudades imperiales, las cuales no envian los ciudadanos mas ricos ni los mas valientes, se compone lo que llaman el *contingente del imperio*, el cual se junta con tanta lentitud, se presenta en campaña tan tarde, y la deja tan temprano.

El gobierno de las ciudades grandes es generalmente aristocrático, mezclado con mas ó menos democracia, y está espuesto á muchos alborotos. Se prestan mútuamente el servicio de enviar tropas para sosegar las inquietudes que nacen en su propio seno, y algunas veces el emperador y los propios vecinos se interesan en sus debates, ó porque los llaman ó porque quieren. Pero estas intervenciones, aunque con mano armada, en nada perjudican á la soberanía de las ciudades auxiliadas; porque si estos protectores pensasen en aprovecharse de la ocasion para restablecer su dominio, se reunirian todas contra el opresor. En estos casos se arreglan los medios, á lo que se llama *derecho público de Alemania*, que es una ciencia muy complicada, y pide mucho estudio, y así los doctores que la poseen están con ella muy ufanos. Debe confesarse no obstante, que estas leyes, aunque estimables en el

fondo, siempre se parecen á las demas, que ingeniosamente se comparan á la tela de araña, *porque detienen á las moscas pequeñas, y dejan pasar á los moscardones.*

HOLANDA.

El nombre de Paises-Bajos que dan á la Flandes denota su situacion hácia donde corren las aguas de Alemania. Las tierras de la parte Septentrional, estrechadas por el mar que rechaza los rios, siempre parece que amenazan una inundacion general, en la que van á quedar sumergidas, ó por las espumosas olas del vasto mar que algunas veces dan contra los diques con furor, ó por las olas mas pacíficas de los rios, que robando sordamente aquellos terrenos, se van introduciendo y formando cavernas. Por esto á toda aquella parte del pais se la da el nombre de Holanda, que quiere decir tierra hueca.

Aquellas tierras, poco levantadas sobre el nivel del agua que las cerca y las empapa, bañadas con densos rocíos, se cubren de un verdor, que rara vez se marchita con los ardores del sol, porque los debilita una atmósfera espesa. En aquellos abundantes pastos andan lentamente errantes numerosos rebaños, que con el jugo y abundancia de sustento estan pesados, y por lo mismo son tambien muy fecundos. Esta es la riqueza natural, á la cual la industria añade la opulencia de un comercio activo de grande estension. Los holandeses son tenidos por poco escrupulosos en punto de ganancias, y así se dice por chiste: "Que en su pais el demonio del oro está coronado de tabaco, y sentado sobre un trono de queso."

Entre los diversos pueblos que habitaron aquellas lagunas en los remotos tiempos, fueron los mas famosos los bátavos. La historia nos enseña que aunque acometidos muchas veces por los romanos, nunca estos los vencieron; pero llegando á ser sus amigos, les merecieron estimacion, así por su valor como por su probidad. Los emperadores mantenian un cuerpo de bátavos para su guardia. No han degenerado de sus mayores los modernos; pues la sangre que corre por sus venas ha hervido siempre con el valor mas noble cuando se ha atentado á su libertad. El nombre de patria, que algunas veces parece haber hecho milagros, es muy poderoso entre los holandeses en todos los órdenes del estado, y es el que hace respetar las leyes, y soportar las cargas sin murmurar.

No puede contarse la liberalidad entre las virtudes de los holandeses, pues su economía degenera muchas veces en avaricia. Gustan de cubrir las paredes de sus casas con mármoles y loza fina, y adornarlas con espejos sobre preciosas tapicerías, y pinturas de los principales maestros, y de pisar soberbias alfombras y esteras finas, cargando sus bufetes de pirámides de la mas preciosa china, y gustan de contemplar esta magnificencia. Sus mugeres lo disponen todo para que haga buena vista; pero rara vez presentan estas cosas en la mesa, pues por costumbre en esta se observa la mas estrecha frugalidad. Rara vez ofrecerá un holandes alguna de aquellas superfluidades, por las cuales mendiga en cierto modo nuestra admiracion, cifrando todo su gusto en que nos pasmemos de verlas.

El aseo de los holandeses pasa por manía; pe-

ro es una juiciosa precaucion que el aire húmedo en que viven hace necesaria. A lo menos una vez cada semana lavan las casas de arriba abajo: cada dia se limpian fuertemente las maderas, y las repintan muy á menudo; y por estos medios consiguen que no se propaguen con la humedad los insectos. En el menage de un holandes estan muy brillantes los utensilios de cocina; y los vasos que sirven para las maniobras de la leche, limpios y relucientes. Comunmente cuidan las mugeres menos de su persona que de sus muebles. Son imperiosas y castas. Las doncellas se permiten algunas galanterías; pero se abstienen de ellas severamente en casándose. En la república se ha conservado la nobleza; pero como no tiene privilegios figura poco. El populacho de mar es brutal: el de las ciudades grosero y sórdidamente codicioso. El ciudadano holandes es el hombre mas flemático, triste hasta en los mismos placeres.

Los romanos llamaban Bélgica á los paises situados al Norte de los gaulas, y reconocian dos contiguas. La primera contenia lo que hoy se llama Brabante y sus anejos: la segunda consistia en las provincias mas cercanas al mar, y son las que hoy componen la Holanda. A lo que parece se gobernaron desde luego estos paises por reyes mas ó menos poderosos; y uno de ellos, llamado Civil, ganó muchas victorias á Cereal, general romano. El carácter soberbio y belicoso de estos pueblos puso á los emperadores en precision de mantener grandes guarniciones en las riberas del Rhin. Despues de verse envueltos en los alborotos del imperio, cayeron los bátavos bajo la dominacion de Carlo Magno y sus descendientes; y cuan- 851.

do se estinguió esta familia, esperando aquellas provincias un gobierno estable, esperimentaron revoluciones interiores. Algunas veces se separaron, y estuvieron independientes las unas de las otras: en otros tiempos formaron un solo estado bajo una cabeza, ó se dividieron en ducados ó condados. La Frisa fue reino; Brabante y la Güeldres, ducado; Flandes y Holanda, condado. Los obispos de Utrech, como algunos de sus vecinos, fueron soberanos, y unos prelados, que mas veces manejaron la espada que el báculo pastoral.

Todos aquellos príncipes reclamaban con frecuencia en sus rivalidades la intervencion de los reyes de Francia, y estos por otra parte miraban aquellas provincias con cierto sentimiento, porque antes habian estado sujetas á su imperio. Trataban á los flamencos como vasallos; exigian de ellos tributos, segun las circunstancias les permitian estender, ó les obligaban á reducir sus pretensiones. La historia hace mencion de dos batallas memorables ganadas contra los flamencos por Felipe y Cárlos el *Hermoso*. Por su situacion tomaron necesariamente partido estos pueblos en las disensiones de la Francia y de la Inglaterra.

La guerra, este azote destructor por todas las demas partes, no pudo impedir que la Flandes floreciese. Estaba prodigiosamente poblada respecto de su estension, y cubierta de opulentas ciudades. Ya era célebre por su comercio y su industria cuando saliendo de la primera casa de Borgoña, descendiente del rey Roberto, que ya se habia estinguido, cayó á principios del siglo XV en la segunda, cuya cabeza fue Felipe, hijo del rey Juan. Gobernaron estos príncipes con suavidad.

Observando atencion con la nobleza, y respetando los privilegios de las ciudades, vivieron espléndidamente en medio de sus pueblos, sin cargarlos de impuestos ni contribuciones. Si la Flandes habia sostenido su esplendor, aunque algunas veces y á su pesar hubo de entrar en el torbellino de intrigas y de guerras de los primeros duques, ¿qué floreciente no estaria con un gobierno pacífico y casi paternal? Así se vió en aquel tiempo que su industria, la variedad de las manufacturas, la elegancia de las obras en oro, lana y plata que de allí salieron, pusieron en contribucion al lujo de los otros paises, y amontonaron inmensas riquezas en su patria.

Un matrimonio dió á la casa de Austria estas 1348.
opulentas provincias. El emperador Maximiliano casó con María de Borgoña, hija y única heredera de Cárlos *el Temerario*, último duque de esta casa. Fue esta princesa madre de Felipe *el Hermoso*, el cual por su casamiento con doña Juana, princesa de Castilla, llegó á ceñir aquella corona. Murió jóven, y dejó todos sus estados á su hijo Cárlos V. Cuando este se presentó, muchas provincias de las que ahora componen la Holanda reclamaron una especie de independencia; pero el poder de Cárlos y sus recursos políticos las hicieron volver presto á la obediencia.

Felipe II, hijo de Cárlos V, recibió la Flandes por renuncia de su padre, y se persuadió demasiado á que, pues aquellos pueblos habian dado algunos disgustos á Cárlos V, eran amotinados y asustadizos; y en vez de procurar ganarlos con la suavidad, tuvo por mejor hacer mas pesado el yugo de su gobieno. Los flamencos, tratados con du-

reza, y recibidos siempre con austera gravedad, se persuadieron á que Felipe no les tenia amor; y desconfiaron tanto de sus intenciones, que todas las acciones de este rey eran para ellos sospechosas. Siempre estuvieron observándole como á un enemigo; y estas disposiciones de una y otra parte pueden considerarse como el principio de la revolucion, que arrancó las Provincias Unidas del imperio de la casa de Austria.

Las relaciones comerciales de los flamencos con la Francia y Alemania habian introducido entre ellos la heregía de Lutero y la de Calvino. Publicó Cárlos V edictos rigurosos contra los sectarios de las nuevas heregías en todos sus dominios, y quiso hacerlos egecutar en Flandes. Su hermana Margarita, reina de Hungría, á quien él mismo habia puesto por gobernadora de los Paises Bajos, suavizó, con anuencia de su hermano, la severidad de sus órdenes; pero Felipe II su sobrino, cuando se vió dueño de aquellas provincias, se mostró inflexible; y resolvió establecer allí la Inquisicion para que velase mas de cerca sobre los reformados, y detener sus progresos. Partiendo para España, en donde habia resuelto fijar su residencia, nombró por gobernadora de los Paises Bajos á María, duquesa de Parma, su hermana natural; pero con subordinacion, por no decir sumision entera, á las órdenes del cardenal de Grandvela, que sabia el secreto del rey.

Aplicó este ministro los primeros cuidados al establecimiento del tribunal de la Inquisicion. No pudieron los flamencos ver estos preparativos sin espresar su horror. Asustada la gobernadora con los movimientos que ya se manifestaban, advirtió á su

hermano que corria peligro de una sublevacion general, y él respondió: "Que mas queria no tener vasallos que reinar sobre hereges." No obstante llamó al cardenal, y suavizó los edictos á representacion del conde de Egmond, señor flamenco, muy querido y respetado, á quien habia enviado la duquesa á España para que hiciese presentes los deseos del pueblo.

Pero á la sombra de la fingida mitigacion de la ley continuaba el tribunal en sus egecuciones. Conoció el pueblo que le engañaban: se sublevaron los habitantes de muchas ciudades: violentaron las cárceles, y arrancaron á los reos de mano de los verdugos. En 1560 se formó una confederacion, 1560
que se empeñó y obligó á no sufrir jamas aquel tribunal en ninguna de las formas que quisiesen darle, bien fuese procediendo por via de denunciaciones, de visitas domiciliarias, de prisiones clandestinas, ó por juzgados públicos. Esta obligacion la firmaron todos los protestantes, y una multitud de católicos, nobles, ciudadanos, negociantes, artesanos y habitantes de los campos. Al mismo tiempo enviaron diputados á Madrid; y como Felipe II no estaba preparado, oyó las representaciones con bastante benignidad: pero estaba disponiendo al mismo tiempo un formidable egército compuesto de los mejores soldados alemanes, italianos y españoles, con oficiales de esperiencia, al mando del famoso duque de Alba. El carácter activo y cruel de este general esparció el espanto y el terror.

Llegó á principios de 1567: mostró sus órde- 1567.
nes; y viendo la gobernadora que no la dejaban mas que una sombra de autoridad muy precaria,

:

se retiró. Se apoderó el duque de todas las fortalezas: dió á la Inquisicion un poder sin límites: estableció un consejo de doce personas encargadas de conocer sobre los últimos alborotos, y de castigar rigurosamente á los sospechosos en punto de religion. Llamaban á este tribunal: *el tribunal de la sangre.* A todos los que habian pedido la mitigacion de los edictos se les trató como traidores. Los magistrados, que por fuerza habian tolerado las juntas de los protestantes, fueron castigados como hereges. Cayeron bajo la cuchilla del cruel duque de Alba la cabeza del conde de Egmond y la del de Horn, sin mas culpa que la de haberse compadecido de la miseria de los pueblos sin haberse prestado á sublevacion alguna; pero eran temidos, y asi para que sirviesen de escarmiento murieron en un cadahalso. Citó el gobernador á su tribunal otros señores principales flamencos: bien que procuraron huir para evitar sus pesquisas. Felipe de Nassau, príncipe de Orange, que era uno de los mas distinguidos, se retiró á Alemania, y levantó tropas sobre su crédito.

1568. En 1568 las hizo entrar en Flandes por muchos lados, con el fin de dividir las fuerzas españolas; y aunque lograron algunos felices sucesos, que empezaban á prometer seguridad á las gentes del pais y á alentarlas, juntó las suyas el duque de Alba en un solo cuerpo; y derrotando á las del príncipe de Orange, á ninguno dió cuartel, y el de Orange logró huir casi solo en una barca. De las reliquias del egército formó otro, y empezó á inquietar con él al del general de Felipe II; y como tenia á su favor el afecto de sus compatriotas, el conocimiento de aquellos parages, la certidum-

Fuga del príncipe de Orange.

Quando mas ufano se lisonjeaba el príncipe de Orange de derrotar las tropas del Gran Duque de Alba, batió con ellas este en tales términos á los rebeldes, que derramados con el mayor susto, precipitacion y desorden para libertarse del cuchillo y la infamia, el principe de Orange tubo á dicha poder huir casi solo en una barca. ¡Con que facilidad destruye el prudente los proyectos del orgulloso!

T. I. Fagund.s de ag. fte.

Jf. Fonseca conc.

bre de que le servirian en los ataques y protegerian en las retiradas: todo le salia bien á Nassau en este género de guerra; mas la falta de dinero le precisó á despedir los soldados. En aquel mismo tiempo hacia igual guerra en Francia el almirante Coligni, y decia: "Un egército es un monstruo que se forma por el vientre": aconsejó pues al príncipe de Orange que pusiese en práctica este principio; y algunas felices circunstancias le facilitaron los medios.

Los primeros que hicieron presentes tumultuariamente sus quejas á la gobernadora, se presentaron mal vestidos, por lo cual los cortesanos los llamaron *mendigos*; pero ellos, lejos de sentir que les diesen este nombre, quisieron honrarse con él, y tomaron por divisa una cucharita de palo que llevaban al pecho. Prohibió el duque de Alba esta señal de union, y empezó á perseguir á los que se obstinaban en llevarla. Muchos tuvieron que abandonar el pais para evitar la crueldad; y los mas pobres y desesperados se retiraron á los bosques, y se acostumbraron á vivir de rapiñas. Al primer ataque que dió el príncipe de Orange salieron de sus retiros, se juntaron con él; y como conocian los desfiladeros, los vados, y los pasos por aquellas lagunas, causaron increible daño á los españoles. Fabricaron barcas, y de los canales en donde estaban ocultos salian contra las embarcaciones enemigas, apresando muchas asi al desembarco como en alta mar, adonde avanzaban atrevidos. Con esta especie de piratería juntaron un rico botin; y el príncipe de Orange, por consejo de Coligni, les dió un comandante que los disciplinase. Las cantidades que le prestó esta especie de pira-

tas le sirvieron para pagar las demas tropas, y de este modo debe decirse que los mendigos fueron como los fundadores de la república de Holanda.

En otro sentido puede decirse que al duque de Alba se le debe mirar como causa de la libertad de los holandeses, pues parece que se empeñó en emplear todos los medios posibles para escitarlos á sacudir el yugo español. A todos los prisioneros quitaba la vida con hierro, agua ó fuego, añadiendo á estos horrores el orgullo de triunfar á la vista de los que eran infelices víctimas de su crueldad. En la ciudadela que construyó en Amberes, mandó erigir una estatua suya, pisando las figuras que representaban á los magistrados del pueblo en una postura humilde. A estos emblemas añadió las tristes realidades, cargando á los flamencos de contribuciones por mas recursos que hicieron los estados. No obstante, se las pagaban mal; y todo lo contrario sucedia con las que el príncipe de Orange pedia por medio de sus agentes secretos: porque como estas eran voluntarias se cobraban con facilidad, y contribuian con abundancia.

Presto tomaron forma legal estas contribuciones subrepticias; porque los estados, en vez de juntarse en la Haya como el duque de Alba lo habia mandado, se convocaron, á pesar suyo, en Dordect, en donde hicieron reglamentos de disciplina y de hacienda. Declararon al príncipe de Orange general de la confederacion: determinaron que sin su consentimiento no se hiciese cosa de importancia, y que no pudiese el príncipe hacer la paz con el rey ni con sus gobernadores sin el permiso de los estados: y se asignaron despues fondos para mantener el egército, empeñándose cada provincia

en contribuir segun sus fuerzas. Entonces, es decir, en 1571, se hizo una especie de demarcacion entre los estados que quedaron sujetos á la monarquía española y los que se separaron. Empezaron estos últimos desde la Zelanda, estendiéndose hasta la Güeldres inclusivamente, y prolongándose por el Ems hasta la Ostfrisia, que es lo que todavia con algunas adiciones por la parte de Lieja, se contiene en las siete Provincias Unidas, llamadas *los Estados generales.* 1571.

Pero este repartimiento no adquirió de una vez su consistencia, pues de Bruselas, en donde habia empezado la libertad, ha avanzado ó retrogradado segun las circunstancias, hasta tanto que invariablemente se fijó en las provincias en donde hoy habita. Sus pasos han sido sangrientos. ¡Cuántas convulsiones dolorosas padecieron los holandeses antes de llegar al estado en que hoy se hallan! Como un enfermo impaciente anda mudando de médico, así ellos ya se gobernaban por sí mismos, ya se sujetaban al poder español: despues sacudieron este yugo, y reconocieron príncipes estrangeros, hasta tanto que la circunscripcion natural de sus provincias, la policía de las ciudades, independientes unas de otras, la necesidad de socorrerse y ayudarse las fue llevando á la union federativa.

La corte de España, convencida de que las crueldades del duque de Alba no habian conseguido mas que ulcerar los corazones y agriar los espíritus, le llamó con todas las apariencias de desgracia, y puso en su lugar á don Juan Luis de Requesens. El nuevo gobernador derribó la estatua de la ciudadela de Amberes, monumento del or-

gullo y la insolencia del duque. Se mostró popular, y procuró sosegar á los mal contentos con una amnistía ó perdon general; pero como este era condicional y limitado no produjo efecto alguno. El príncipe de Orange, que no se incluia en él, continuó sus operaciones militares con felicidades y pérdidas; y estas alternativas produjeron lo que se llamó *la paz de Gante.* Esta fue una confederacion de todas las provincias para espeler á los soldados estrangeros, restablecer en la junta de los estados la antigua forma de gobierno, sujetar los asuntos de religion al examen y á las leyes de cada provincia, y reunir para siempre en intereses comunes las quince provincias de Flandes á la Holanda y la Zelanda, proclamando por gobernador al príncipe de Orange.

Para sostener estas decisiones, que no podian agradar al rey de España, solicitaron los flamencos la proteccion y auxilio de Isabel, reina de Inglaterra. Don Juan de Austria, que sucedió á Requesens en 1576, tuvo por mas prudente poner la paz de Gante bajo la autoridad inmediata del rey de España, que bajo la garantia de una potencia estrangera. La firmó pues con el nombre de edicto perpetuo, y empezó su cumplimiento licenciando las tropas españolas.

Se ha sospechado que este príncipe tenia intencion de hacerse grato á los flamencos con esta condescendencia para llegar á ser soberano de Flandes; pero no tomó bien las medidas, porque las gracias concedidas á los españoles que componian su corte, daban que rezelar á los flamencos. Por otra parte su blandura en la egecucion de algunas órdenes rigurosas dió que sospechar á la corte de

España, y se congetura que murió envenenado.

Un historiador representó la Holanda en esta época como una novia rica, cuya alianza envidiaban muchos rivales. El príncipe de Orange, como mas diestro que todos, ofrecia este casamiento á los otros príncipes, y le reservaba para sí. Se creyó que habia contribuido mucho con sus malignas observaciones para que advirtiesen los defectos que apartaron de don Juan de Austria los corazones de los holandeses. Libre ya de este pretendiente propuso el príncipe de Orange al archiduque Matías, hijo del emperador; y no hallándole dócil ni agradecido, le hizo despedir.

Mientras la soberania de la Flandes era el cebo que atraia protectores al príncipe de Orange, los diputados de los estados de Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Groninga, Over-Issel y Güeldres, se juntaron en Utrecht con motivo de algunas infracciones contra la paz de Gante, y se unieron con unas condiciones que hacian su lazo indisoluble. En 1581 se abrieron paso, declaran- 1581.
do haber caido Felipe II, rey de España, de la soberanía sobre los Paises Bajos; y por consejo del príncipe de Orange la dieron á Francisco, duque de Alenzon, hermano de Enrique III rey de Francia. Le reconocieron solemnemente por duque de Brabante en 1582. No hubo hombre de mas li- 1582.
sonjeras esperanzas: los flamencos le recibieron con entusiasmo: la reina Isabel le envió socorros desde Inglaterra, y no solo le lisongeó con la esperanza de conseguir su mano, sino que aun le dió algunas prendas.

Entre tanto se hacia la guerra con variedad de sucesos; pero si alguien hubiera podido resti-

tuir á Felipe II la soberanía de las Provincias Unidas lo habria conseguido Alejandro Farnesio, duque de Parma, que sucedió á don Juan de Austria en el gobierno; y con el talento de gran general, juntaba la capacidad de hombre de estado, la benignidad, afabilidad, y el amor á la justicia. Estas prendas contribuyeron á mantener las demas provincias bajo el dominio español; pero sus aciertos, aunque públicos y bien sostenidos por muchos años, apenas pudieron hacer efecto en las siete Provincias Unidas.

Instantes hubo en que creyó Alejandro que la discordia entre los aliados le daria lo que no conseguia con las armas. Se introdujo entre ellos por sí misma, ó la introdujeron maliciosamente los agentes de España, valiéndose de la ocasion de las contribuciones que cada provincia tenia que poner en la caja de la confederacion. Volvieron á la buena inteligencia por interesarse el príncipe de Orange, y por respeto á los buenos servicios; pero una vez que llegó á romperse la paz entre este príncipe y el duque de Alenzon, que ya lo era de Brabante, no pudo jamas restablecerse. Le habian inspirado al frances rezelos contra el flamenco; y no solamente cesó de seguir los consejos del de Orange, sino que se atrevió á empresas sin él y contra sus espresadas intenciones. Henrique III, hermano de Alenzon, la reina Isabel, y todos los interesados en disminuir el poder español, y por consiguiente en la libertad de Flandes, procuraron concordarlos; pero sus diligencias fueron inútiles.

Queriendo el duque de Alenzon salir, como el decia, de la tutela en que le tenia el príncipe de Orange, intentó apoderarse de las principales ciu-

dades á viva fuerza. Los paisanos, escitados por Guillermo, tomaron las armas, y echaron ó mataron las guarniciones francesas. El duque de Brabante, alcanzándole las desgracias de sus tropas, volvió lleno de vergüenza á Francia, y murió en 1585. Se creyó que el príncipe de Orange, muy lejos de sentir la poca destreza de este príncipe, le habia animado en sus desaciertos para sucederle en el goce de la potestad de duque de Brabante; y tal vez hubiera conseguido no solo el título sino la realidad, á lo menos respecto de las siete provincias; pero el hierro de un asesino abrevió sus dias en 1584. 1584.

Federico Guillermo se llevó al sepulcro la estimacion y el sentimiento de los pueblos de la confederacion. Le habian reconocido por Stadhouder de Holanda y de Zelanda; y esta dignidad, que hasta entonces tenia sus límites en la autoridad civil, se estendió para él á la comandancia de los egércitos de mar y tierra. Dejaba tres hijos, Felipe Guillermo, Mauricio y Federico Henrique. El mayor se hallaba prisionero en España; y aunque no tenia Mauricio mas que diez ocho años, le confirieron los estados el título de padre; pero como su edad, aunque él daba grandes esperanzas, no permitia contar con sus talentos, ofreció la confederacion la soberanía á la reina Isabel. Esta no la admitió; pero á peticion de los estados nombró un gobernador que estuviese al timon de los negocios, hasta que Mauricio pudiese gobernarlos por sí mismo. Este fue el conde de Leicester que pasaba por su favorito, y con efecto procedia como hombre que tenia bien asegurado su empleo; es decir, que prorumpió en golpes de autoridad y resoluciones arbitrarias, que solamente se le toleraron por aten-

1587. cion á la reina. Le llamó esta en 1587, y cayó el peso de la administracion sobre el jóven Mauricio.

Manifestó este una capacidad que le mereció la confianza; y las felices circunstancias le pusieron en estado de hacer frente á los españoles. Las operaciones del duque de Parma, á quien regularmente no hubiera podido Mauricio resistir, se inutilizaron porque Alejandro Farnesio recibió órden de ir desde los Paises Bajos á levantar el sitio de París, que Henrique IV estrechaba muy de cerca. Se aprovechó Mauricio de su ausencia, y se apoderó de muchas ciudades de importancia. Farnesio volvió, y todavía hizo una campaña gloriosa; pero las enfermedades que contrajo con la fatiga de su espedicion á Francia le obligaron á renunciar el mando, y dejó los Paises Bajos despues de haber merecido la reputacion de administrador prudente y general consumado.

Envió despues Felipe II al Archiduque Ernesto su primo, esperando que un príncipe aleman sería mas grato á los flamencos, que un español ó un italiano; pero Ernesto no pudo conseguir que le
1595. amasen, y se retiró en 1595. Le dió la corte de España por sucesor al conde de Mansfeld, aunque solo como interino. Habia concebido Felipe II para sosegar la Flandes un sistema, de que esperaba el mejor éxito. Era este separar los Paises Bajos de la corona de España, y darlos en dote á la infanta Isabel su hija, pensando casarla con el Archiduque Alberto su pariente, y así envió de antemano á este príncipe á gobernar las provincias que le destinaba. Se lisonjeaba Felipe II con que el nacimiento y los modales de Alberto, ale-

man de orígen, el carácter afable de Isabel, y la presencia de los esposos, contribuiria mas bien para vencer la tenacidad de sus vasallos, que el rigor que habia usado al principio. Con efecto, este fue el medio de que las diez provincias no se uniesen con las otras siete, y se conservasen para la casa de Austria.

Se celebró el casamiento en 1595, y continuó Alberto la guerra contra las siete provincias, cuyas tropas mandaba Mauricio con inteligencia y valor. Se dieron sangrientos combates: las ciudades eran tomadas y saqueadas: las campiñas destruidas esperimentaban todos los horrores de una cruel asolacion. Los pueblos, aun los reformados, en los cuales empezaba el entusiasmo á entibiarse, suspiraban por la paz; y este deseo hacia escuchar proposiciones, y tener conferencias en medio de las hostilidades. Por último, Alberto y su esposa, contentos con sus diez provincias, creyeron que no les convenia fatigarse mas, ni privarse de las dulzuras de una vida tranquila, porfiando en volver al yugo unos pueblos que habian jurado sacudirle ó morir. Bastante y aun demasiada sangre se habia derramado. Se determinaron pues los esposos á tratar con los holandeses como con un pueblo libre, condicion la mas importante, y casi la única que pedian. Alberto concluyó con ellos en esta suposicion una tregua de doce años en 1609, á pesar del dictamen contrario de muchos señores flamencos, que con la paz sentian verse privados de sus comandancias, y de otras ventajas que les proporcionaba la guerra. Tambien Mauricio proponia grandes dificultades, temiendo que con la paz se disminuiria su poder; pero Barnevelt, gran pen-

sionario de Holanda, las allanó todas, y consiguió que los estados firmasen la tregua.

No perdonó el stadhouder al pensionario el ascendiente que habia tomado en esta negociacion: por otra parte sospechaba que Barnevelt era interiormente enemigo de la casa de Orange, y como le daba tanto poder la dignidad de pensionario, que es como primer ministro de los estados, conocia que tenia los suficientes medios para oponerse al engrandecimiento de su casa. Probó pues si podria ganarle; pero no consiguiéndolo, resolvió perderle: y las disputas de religion favorecieron su proyecto.

Habia en Leyden un profesor llamado Arminio, que fue juntando discípulos con opiniones atrevidas, en las que se descartaba de todos los misterios de la religion cristiana, acercandola mucho al puro deismo. Contra él se declaró otro profesor llamado Gomar, y de estos dos antagonistas tomaron el nombre los gomaristas y los arminianos. Contaba Arminio entre sus sectarios á muchos literatos de Holanda y de Alemania, y Gomar casi á todo el pueblo muy afecto á la doctrina de Calvino, y así los gomaristas eran los mas numerosos. Por esta razon, y porque el gran pensionario se declaraba arminiano, se manifestó el stadhouder gomarista, con lo cual los intereses opuestos levantaron las disputas de escuela á la dignidad de facciones y partidos.

Acaloraron al pueblo; y aunque no hay cosa que menos se parezca al catolicismo que la secta de los arminianos, echaron la voz de que estaban coligados con los jesuitas, y que trabajaban de concierto para sujetar la Holanda á la casa de Aus-

tria. El zelo que Barnevelt habia mostrado por la conclusion de la tregua, contribuia á hacer verisímil la calumnia. Aparentó Mauricio que estaba convencido del peligro de la república: hizo obrar á todos sus partidarios, y estos amotinaron al pueblo contra Barnevelt. Acusaron al gran pensionario ante los estados, cuyo órgano solia ser él: le acusaron como á Sócrates de impiedad: le condenaron á muerte como á él, y tuvo la misma suerte que aquel filósofo, sufriendola con la misma constancia.

Este homicidio político es una mancha en la vida de Mauricio, el cual por otra parte es recomendable por muchas prendas eminentes. Le miran como el mayor hombre de estado, y el mejor guerrero de su siglo: tenia gusto para las bellas artes: era escelente en las matemáticas y en el arte de fortificacion, siendo su campo la escuela de los oficiales que aspiraban á distinguirse. Se dijo por él que algunas veces obscureció la ambicion su mérito; pero jamas le ocultó del todo, y semejante á una nube que se pone delante del sol, templaba, pero no borraba el resplandor de su gloria.

Sucedió el príncipe Henrique á su hermano en todos sus títulos y empleos. En tiempo de su gobierno tomó vuelo la potencia de Holanda, y se dió á conocer en el mundo político. De suplicante de la Francia llegó á ser su auxiliar. Las fuerzas que desplegaba por fuera, la venian de sus hazañas marítimas. Ya hemos visto que empezaron por las piraterías en sus propias costas; pero ya las ricas presas que consiguieron en Asia contra españoles y portugueses, les proveyeron para grandes armamentos. Se presentaron los holandeses como con-

quistadores en aquellos mares distantes, y se apoderaron de los establecimientos mas ventajosos. Si no quitaron del todo á sus enemigos el comercio de aquellos opulentos paises, se fortificaron de tal modo en ellos que todos presagiaban la preponderancia que habian de tener. Esta misma preponderancia la hicieron esclusiva, apoderandose de las islas en donde se crian las especerías, cuyo comercio han convertido en monopolio. El prudente y moderado gobierno del príncipe Henrique contribuyó mucho á esta felicidad. Los mismos arminianos se resintieron de su benignidad; y siendo una secta, que podia mirar como enemiga, la contuvo sin perseguirla. Siempre ha subsistido esta secta como un partido opuesto á la casa de Orange, y tal vez ha sido políticamente útil á la república una faccion, cuyos rezelos tienen continuamente abiertos los ojos sobre los pasos que dan los que pudieran atentar á la libertad de la patria.

El stadhuderato del príncipe Henrique se señaló con rasgos muy brillantes; porque hizo desear á la Francia y la Inglaterra la alianza de la Holanda; concluyó la que se hizo con la Suecia; dominó en el mar por los talentos del célebre almirante Tromp, y en la tierra por los suyos propios. Su salud se fue consumiendo de un modo pasmoso en los últimos años de su vida, y lo que le hace honor es que esta debilidad se atribuyó á la continuacion, actividad y solicitud con que velaba sobre los intereses de la república. Todavía le dan otro elogio no menos notable, y es el de que aborrecia toda impostura, y estaba distante del doblez que comunmente se censura en los hombres de estado, sin que por esto dejen de tenerle por un profundo político. Gus-

taba de las virtudes morales, acariciaba las ciencias, recompensaba el mérito, mantenia la armonía entre las provincias, y daba á los soldados egemplo de valor y de paciencia. Por último, cumplia al mismo tiempo con las obligaciones de general, de magistrado, de amigo, de patriota y de padre de familias; pero es preciso confesar, que no se le parece este retrato en los últimos años de su vida, cuando las enfermedades agudas cambiaron su humor y alteraron su carácter; aunque, como dicen los historiadores, el respeto debido á la memoria de hombre tan grande, nos obliga á correr la cortina sobre sus defectos, que fueron menos suyos que de la humana flaqueza.

Le reemplazó dignamente Guillermo II su hijo, 1647.
que manifestaba grandes prendas. Le habia casado Henrique con la hija de Cárlos I, rey de Inglaterra, y tal vez fue esta alianza la que le inspiró deseos ambiciosos y peligrosos en una república; bien que el hecho no se ha probado todavía; pero si tuvo intenciones contrarias á la libertad de la patria, se desbarataron sus proyectos con la muerte trágica del suegro, y por haber él muerto de viruelas á los veinte y cuatro años de edad.

La princesa de Inglaterra, entre mil penas y 1651.
sentimientos por haber muerto su padre en un cadahalso, por las desgracias de su familia, y la pérdida de su esposo, parió ocho dias despues un hijo, á quien llamó Guillermo Henrique. Este nacimiento causó alegría universal, y aunque la ambicion que se sospechaba en su padre podia dar algun rezelo, no por eso fue menor el contento de ver un príncipe, en quien se prometian la continuacion de la familia de los fundadores de la república. Mani-

festaron los estados tan tierna aficion al niño, que le dieron el título de Stadhouder, y todas las dignidades de que era susceptible su edad, bajo la tutela de su madre, asistida de un consejo de regencia.

Guillermo III no tuvo parte en cuanto sucedió durante su juventud: empeñado Cromwel en privar de todo recurso á la desgraciada familia de Stuard, exigió con imperio que se le quitase al nieto de Cárlos el título de stadhouder; y lo hicieron así los holandeses, obligandose á no conferirsele jamas. A pesar de esta condescendencia se desavino el protector de Inglaterra con la Holanda sobre los honores del pabellon y algunos intereses de comercio. Necesitaba Cromwel divertir al pueblo para que no atendiese á su modo de gobernar, y se persuadió á que una guerra de honor y de intereses, por lisonjear igualmente al orgullo y codicia de su nacion, daria á su administracion tanto lustre, que ninguno pensaria en sus defectos; y á la verdad no se engañó. Por entonces se vieron los dos almirantes holandeses, Tromp y Ruiter, que balancearon el poder de los ingleses con inferiores fuerzas. Hicieron las dos naciones la paz, como rivales que se estiman, aunque con alguna ventaja hácia la Inglaterra.

La destitucion del stadhouder, mandada por Cromwel, no habia desagradado á la clase de los mas ardientes republicanos. Decian estos que era una laguna en las pretensiones de la casa de Orange, interrupcion que se figuraban podia ser muy útil á la república, creyendo que importaba mucho sostener esta especie de suspension. Guillermo, por el contrario, cuando llegó á la edad de veinte años con toda la ambicion de su padre, se abrasa-

ba en deseos de conseguir el título de stadhouder, y las otras dignidades que habian tenido sus mayores. Procuró ganar al pueblo, y lo consiguió; pero así como su tio Guillermo I se halló cortado en sus proyectos ambiciosos por el gran pensionario Barnevelt, así tambien Guillermo III tuvo que vencer los obstáculos que le oponian los dos hermanos, Juan y Cornelio de *Wit*, de quienes se desembarazó casi del mismo modo que su tio se habia deshecho de Barnevelt.

Acababa Luis XIV de declarar guerra á la Holanda, y avanzaba con paso rápido en su conquista. Se esparció la voz de que sus victorias eran fruto de la inteligencia de los dos hermanos Wit, que le habian vendido la libertad de su patria, y se decia que no habia medio de salvar la república como conferir el gobierno á Guillermo con todas las prerogativas de sus mayores. Juan, uno de los dos hermanos, era gran pensionario de Holanda, y á Cornelio le miraban con mucho respeto. Viendo estos la locura del pueblo temieron que en el ardor de su zelo, á favor del príncipe, le hiciese el pueblo á Guillermo señor de su libertad, y le diese indiscretamente un poder de que pudiese abusar. Se negaron estos patriotas ilustrados á firmar el acto, que le restituia la dignidad de stadhouder con el mando de mar y tierra.

Los emisarios de Guillermo dijeron y persuadieron á la multitud, que si no querian firmar, era solo por favorecer á los progresos de Luis XIV. Con esto fue inesplicable la rabia del populacho: derribó las estátuas levantadas en honor de los Wit, que habian sido sus ídolos: saqueó sus casas: persiguió sus personas; y Juan, que habia resignado

:

el oficio de pensionario, acometido en una calle pública por algunos perversos, quedó por muerto. Un hombre de los mas despreciables del pueblo acusó á Cornelio, de que le habia ofrecido una cantidad considerable por atentar á la vida del príncipe de Orange. La acusacion era absurda; pero el pueblo quiso que fuese oida, y que el acusado fuese sentenciado, y sentenciado á muerte. Intimidados los magistrados con las amenazas, y creyendo salvar la vida de Cornelio con otro género de suplicio, le condenaron al tormento: á este se habia de seguir la confiscacion de sus bienes y el destierro perpetuo. Penetró Juan á la prision mientras atormentaban á su hermano: se estuvo á su lado todo el tiempo que duró la tortura: le consolaba, enjugaba sus lágrimas, y le alentaba en los tormentos. Ya estaba determinado á seguirle en su destierro; pero irritado el populacho de que dejasen á los dos hermanos con la vida, rompió las puertas de la cárcel, se arrojó sobre ellos, los mató, arrastró ignominiosamente sus cuerpos por las calles, é hizo bárbara subasta de sus miembros.

1702. Guillermo IV es famoso por su profunda política, por su capacidad militar, aunque muchas veces fue desgraciado, y por la revolucion de Inglaterra, que él escitó, ó de que á lo menos se aprovechó hábilmente para colocarse en el trono de su suegro. Por su muerte nombraron los estados ge-
1711. nerales stadhouder á su sobrino Guillerno Cárlos Henrique, que fue el que hizo hereditaria en su familia esta dignidad; pero dejó á sus sucesores grande dificultad que vencer para llegar á ser soberanos, que es el blanco á que siempre habia mirado esta familia.

Los hermanos Wit.

Calumniados Juan y Cornelio Wit de inteligencias con los enemigos de la república de Holanda, cayeron en la indignacion del deslumbrado populacho, cuyo furor, no satisfecho con su prision y proceso, los extraxo de la carcel, los quitó la vida, y arrastrando sus cadáveres por las calles, vendió en subasta sus miembros. Quantas veces el crédulo sirve de instrumento al perverso para su propia ruina.

T. L. Raquid.t de ag. fic. Jf. Garrido sc.

Los estados generales se componen de las siete provincias por este órden: la Güeldres, Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Over-Isel y Groninga. Todas son independientes entre sí; pero ninguna puede hacer alianzas con los estrangeros, ni declarar la guerra, ni hacer la paz sin que las otras concurran. Cada ciudad es, respecto de su provincia, lo que esta respecto de todo el cuerpo de la república, esto es, absoluta en su gobierno particular, y solo dependiente del consejo provincial en los intereses comunes.

La soberanía reside en los estados generales, formados de los diputados de cada provincia que se juntan en la Haya. Se nombran estos diputados de entre la nobleza, llamada *el Orden Ecuestre*, y de entre los ciudadanos. A los estados generales se les da el título de *altos y poderosos señores*, ó el de *Alti Potencias*; y á los estados particulares de cada provincia el de *Nobles y grandes Potencias.* Cada provincia preside por su turno, y propone el gran pensionario la cuestion, examinando el *pro* y el *contra*, en lo que se ve cuanta influencia puede tener su opinion. Cuando un diputado cree que no tiene la suficiente autoridad por su provincia para la decision de algun punto, es preciso que vaya á comunicarle con ella, y que reciba nuevos poderes, lo cual es causa de mucha lentitud en las operaciones. Ademas de los estados generales hay un consejo de estado, compuesto de doce diputados, que presiden por semanas. Este se ocupa en los negocios interiores, principalmente en los subsidios, fortificaciones, administracion de hacienda, y otros objetos de policía: se junta todos los dias en la Haya y es responsable á los estados generales.

El stadhouder vela sobre el egercicio de la policía, y en la conservacion del poder, privilegios y derechos de cada provincia: da ausilio á la ley, y afianza la religion dominante. Esta es la reformada; pero se cree que habrá como la tercera parte de católicos con corta diferencia. El stadhouder es el único que tiene el derecho de mandar los egércitos de mar y tierra, y puede asistir á la asamblea de los estados para proponer en ella: y aunque las gracias se conceden en su nombre, siempre es con el consentimiento de los estados. El stadhouder es mayor de diez y ocho años. Esta dignidad se hizo hereditaria en los varones y en las hembras, y aun en los colaterales, desde 1747, y advertian los historiadores que esto podia dar lugar á grandes pretensiones; pero todas ellas se acaban de estrellar contra el poder frances que ha hecho mudar la forma de la república holandesa.

El comercio de los holandeses abraza el mundo entero. Los llaman los factores, y con nombre menos honorífico, los arrieros del universo, porque llevan de una parte á otra lo que les encargan otras potencias. Tienen tres célebres compañías de comercio, que son como unas repúblicas particulares, dentro de la república, pues hace cada una sus leyes, goza de sus rentas, nombra oficiales, tiene su marina y sus fuerzas de tierra. Entre estas compañías, la menos considerable es la de Surinam; pero comercia por todas partes, y la ciudad de Amsterdam es su centro. La de las Indias Occidentales está reducida á la América y á la Africa. La de las Indias Orientales abraza toda el Asia, y pudiera por sí sola formar una potencia formidable. En la India se ven sus represen-

tantes con todo el fausto oriental. No hay otros que los holandeses, que despues de haberse visto en estado tan brillante, puedan regresar sin conservar pretension alguna, y confundirse en Europa con sus conciudadanos en el estado de simples particulares. Unos atribuyen á virtud republicana esta moderacion, y otros al hábito que han hecho, y se censura á aquella nacion de no conocer complacencia mas que en las riquezas.

DINAMARCA.

Con la Dinamarca, compuesta de muchas islas en el mar Báltico y una península que confina con la Alemania, se cuenta el reyno de Noruega, y una isla grande, que es la Islanda. La capital de Dinamarca está en otra isla bañada por las aguas del estrecho del Sund, que es el mas famoso de la Europa, por donde al año pasan y repasan del Océano al Báltico de cinco á seis mil navíos; el derecho que estos pagan, es una de las principales rentas del rey de Dinamarca.

El suelo en general, aunque no es rico, provee de suficientes víveres á sus habitantes. El clima es áspero y frio; pero no llega su rigor al de la Noruega, que está aneja á la corona de Dinamarca. Allí el invierno es cruel, como que sus montañas estan siempre cubiertas de nieve. Las riberas son escarpadas, y por todas partes son tantos los escollos y pequeñas islas que hacen peligrosa la navegacion; pero tambien ofrecen varios abrigos á las embarcaciones. En aquellos mares andan jugueteando las ballenas, y se encuentran muchas juntas. Los observadores sensatos piensan que el krakrin, que dicen haberse visto, y que tiene una

legua ó mas de largo, es un pescado fabuloso; y para concordar con lo verisímil algunas relaciones, que parecen bien fundadas, se conjetura que lo que les pareció un pescado solo, seria una bandada de ballenas ó de otros monstruosos peces, que nadaban unos á la cola de otros; que como seria peligroso acercarse á tan enorme masa, que causa grande movimiento en el mar, nunca los han visto sino á grande distancia; y que el miedo y el espíritu de anunciar prodigios, serán los que de esta multitud de pescados habrán hecho uno solo.

Cerca de la isla de Moskoe hay una famosa corriente ú olla, que en el tiempo del flujo y reflujo describe con su rapidez un círculo mas notable. Entonces se levantan las aguas, hacen espuma, y hierven con un ruido espantoso. Allí se ven arrebatados los navíos desde muy lejos si no toman las precauciones necesarias, y tragados en los remolinos que se forman como conos huecos. Otra olla semejante se ve cerca de Islanda, que tambien corresponde á Dinamarca.

Esta isla, llena de montañas, es como un monton de hielos colocados sobre la bóveda de un horno, y el principal respiradero de sus volcanes es el Hekla, de donde saltan fuentes de agua hirviendo. Arroja piedras y fuegos, y sus convulsiones causan frecuentemente terremotos en la isla. Este pais rústico é irregular presenta al observador los mas curiosos objetos, como precipicios sobre los montes, terrenos que tiemblan, y fuentes intermitentes. Los mayores dias del año son allí de veinte horas; y cuando menguan corresponde igual duracion á las noches. En sus pastos miserables engordan los renos, una especie de ciervos, que

sirven para la carrera y la carga, y son la riqueza del pais. Descubren debajo de la nieve por el olfato y á mucha profundidad una especie de musgo con que se alimentan en la necesidad. Los renos, uncidos á los trenos, que son el carruage del pais, llevan al caminante como volando sobre la nieve. Los aplican á todos los trabajos, beben su leche, y comen su carne.

En Dinamarca se halla caza en grande cantidad. Los dinamarqueses, por lo general, gastan menos pan que pescado, así salado como fresco, queso y legumbres. La industria está reducida á lo que es necesario. Allí no se hallan ricas minas, y pudieran aplicarse, con especialidad á las partes septentrionales, aquellos versos de un célebre poeta:

Naturaleza, madrastra
De climas tan espantosos,
Solo soldados y hierro
Produce allí en lugar de oro.

Con efecto, son los dinamarqueses por lo comun valientes, de alta y robusta talla; pero esta corpulencia, que es hermosa en los hombres, desagrada en las mugeres, las cuales son desairadas, y no saben corregir este defecto con las gracias del vestido. Beben sin mas moderacion que los hombres aguardiente y licores fuertes, y muchas veces con esceso. La sobriedad no conoce allí mas regla que los medios de cada uno, y la gente del pueblo rara vez deja desocupar la mesa de viandas cuando puede. La nobleza vive con delicadeza: es generosa y afable: las ciencias no estan despreciadas: la religion es la luterana. El gobierno, despues de muchas variaciones, ha parado en una monarquía absoluta. La aficion de los dinamarqueses á la guerra, se ve consagrada en la historia,

pues son muy pocos los paises adonde no hayan llevado sus armas. Todavia las potencias de la Europa los llaman para sus egércitos, y la caballería danesa, sobre todo, es muy estimada.

No es posible dejar de sorprenderse á vista de que un pais, como el que acabamos de pintar, poco cultivado y menos civilizado, ha conservado suficientes tradiciones, para que su historia suba hasta mas de mil años antes de nuestra era comun. Dicen que su primer rey llamado Dan, vivia 1038 años antes de Jesucristo; y que llegó al trono porque sus grandes prendas determinaron al pueblo á suplicarle que se encargase del gobierno. El mejor de sus hijos le sucedió, y fue derribado del trono por un hermano suyo, que llegó á hacerse un tirano; pero el pueblo, á quien la opresion no habia quitado toda la energía, le desterró, recobró sus derechos, y dió la corona á su hijo Skioldo. En un tiempo, en que la fuerza del cuerpo era título recomendable, se adquirió mucha reputacion este príncipe, matando un enorme jabalí, y triunfando de dos famosos luchadores; bien que adquirió mas estimable fama cultivando las artes, castigando el vicio, y animando la industria, de tal modo, que el nombre de Skioldo llegó á ser en Dinamarca el sobrenombre de los buenos reyes.

A su hijo Gram le mató un rey de Suecia en la guerra, y no pudiendo sufrir los dinamarqueses que su hijo Guthorm se sujetase á un tributo por conservar la diadema, mostraron tanto desprecio al desgraciado monarca, que murió de pesadumbre. Hadding lavó en la sangre del monarca sueco la mancha de su padre. A este le seguia en los combates Harpinga, guerrera danesa, que participaba de

sus fatigas y peligros. Modelo Harpinga de aquellas amazonas que no han sido raras en los reinos del Norte, acompañó en el trono tambien á su amante pasando á ser su esposa.

En tiempo de Frotho, su hijo, hicieron los dinamarqueses la primera salida mas allá de sus mares 771 años antes de Jesucristo: desembarcaron en Inglaterra, y se apoderaron de la capital, á la cual ya los historiadores llaman Londres. Esta salida, como la mayor parte de las que despues hicieron, no debia tener mas objeto que el botin, pues volvió Frotho á su reino sin que se hable de establecimiento en la gran Bretaña. Haldan su hijo quitó la vida á sus hermanos, temiendo tener compañeros en el trono. Lo contrario hizo su hijo Roë, el cual no quiso ocuparle por muerte de Haldan, sin que se sentase con él su hermano Helgo. Roë fue legislador, y murió jóven. Aprobó Helgo las instituciones de su hermano; pero no le imitó en la práctica, pues violentó á su propia hija; aunque no pudiendo sufrir los remordimientos de su conciencia se mató de sentimiento, y le sucedió Rolfo, hijo que tuvo de ella. Son tantos los elogios que los escritores dan á Rolfo por su valor, generosidad, justicia y magnificencia, y tantas las virtudes que le atribuyen, que se sospecha haberle pintado al gusto de la imaginacion. No dejó mas que una hija, y los dinamarqueses la buscaron esposo de su familia. Este fue Holher su pariente, criado en la corte de Dinamarca; y le dieron la mano de la princesa, prefiriéndole á Balder, príncipe del Norte, que la pretendia. Le desafió su rival: aceptó, perdió la vida, y dejó á su viuda jóven, y madre de un hijo que reinó des-

pues. El nieto de este último se espuso tambien á un desafio; pero fue mas feliz. Muchas veces practicaron los monarcas de este reino el mismo modo de poner fin á las guerras, sin que lo padeciesen los pueblos.

333. La historia de Dinamarca, que hasta el principio de la Era vulgar está reducida á la sequedad de las crónicas, reinando Fridleff, que vivia por aquel tiempo, toma un carácter heróico ó romanesco, que poco mas ó menos viene á ser lo mismo. Este príncipe halla gigantes en Noruega: combate contra ellos, y los mata; pero se observa que en las antiguas historias siempre son estos monstruos los vencidos; bien que para no ser así no se tomarian el trabajo de fingirlos.

Frotho V, uno de los sucesores de Fridleff, mata á su hermano que reinaba con él, y persigue á sus dos sobrinos: los oculta un señor de su corte, los cria en un subterráneo, los descubre el rey cuando ya eran grandes, y manda quitarles la vida: piden los dos hermanos por gracia que se les permita matarse uno á otro con sus propias armas: manda Frotho que les den espadas, y ellos las vuelven contra el tio cruel, y le traspasan.

Sigar pasó por un príncipe indolente, que entregó el egercicio del gobierno á Alfo su sucesor. Este se propuso conseguir la mano de Abilda, princesa de Gocia; pero no se lograba su corazon por el mismo medio que los de otras, pues esta princesa varonil tenia gusto particular por las armas, y se divertia en ir en sus navíos dedicada enteramente á la piratería. Intentó Alfo la conquista de esta amazona por el único modo que podia asegurarle el triunfo. Acometió, duró dos dias el combate, y las

Sobrinos de Fróto V.

Decretada por el bárbaro Fróto V. la muerte de sus dos sobrinos, obtuvieron de su implacable tio, por única gracia, que les permitiese matarse uno á otro con sus propias armas. Mandó darles espadas; pero volviéndolas ámbos repentinamente contra el pecho del tirano, cayó á sus pies aquel feroz verdugo. Muy necio es el que armando al que tiene ofendido, no conoce que le estimúla él mismo a la venganza.

T. L. Enguid.e de 24. fec.

Alex.o Palance conc.

pruebas de valor que allí dió, le hicieron dueño de la valerosa Abilda. No tuvo Alfo la misma fortuna contra tres hermanos irlandeses, que tambien recorrian los mares; pues aunque quitó la vida á dos, perdió la suya á manos de Hagaberto, que era el mas jóven.

Habia oido hablar Hagaberto de la belleza de Signa, hija del rey de Dinamarca; pero la victoria que acababa de ganar contra Alfo, y sobre todo su muerte, le quitaron al parecer toda esperanza de obtener á la princesa por los medios comunes. Se disfrazó pues de muger, y consiguió como Aquiles que la princesa le recibiese en calidad de dama de honor. Algunas señales demasiado ciertas hicieron bien presto conocer que aquella nueva Deidamia no habia sido insensible á tanto esceso de amor: y mirando Signa como intolerable afrenta la accion de Hagaberto, le hizo ahorcar sin forma de proceso; y poniendo fuego al palacio que ella habitaba, se quitó desesperada la vida.

Los anales de Dinamarca ofrecen todavía otros rasgos singulares en aquellos tiempos remotos. Un Haldan, por sobrenombre el *Fuerte*, que quitó la vida á doce hombres de los mas intrépidos que hacian la guardia á Gurith, princesa de Dinamarca, heredera del trono, y que le ofrecia con su mano al que venciese aquella guardia. Olo ú Olao II mataba solo con mirar, como el basilisco. En tiempo de Omundo se ve una doncella guerrera llamada Rafla, que habia quitado el trono de Noruega al rey su hermano. Llamado Omundo por este infeliz rey, fue vencido; y para no esponerse de nuevo á la afrenta de que le venciese una doncella, se valió del oro para separar de ella á los no-

ruegos, los cuales la abandonaron; y cayendo en manos de Omundo, este la entregó á su hermano, el cual la quitó la vida. Para que nada falte á la historia de Dinamarca, Broder, hijo del rey de Jarmeria, fue acusado por su madrastra, de que la tenia torpe pasion; pero á diferencia de la aventura de Teseo y de Hipólita, aquí el marido, escesivamente confiado en la nueva Fedra, fue el rendido, pues le mató su hijo; pero hizo tambien que todos reconociesen su inocencia.

Veamos ahora la causa singular de la primera emigracion de los dinamarqueses á Alemania. Hácia el año de 383 sobrevino una grande hambre en este reino. Haggo y Ebbo, dos nobles, propusieron sin escrúpulo que se quitase la vida á los ancianos y niños para salvar el resto. Entró en el consejo Magga, madre del rey; y haciendo presente la barbaridad de semejante propuesta, dijo: "Mas digna resolucion será de la generosidad de los dinamarqueses enviar vuestra juventud á espediciones fuera del pais, para que la edad inocente y la mas débil tenga mas parte en las provisiones públicas." Adoptaron este medio; y sacando uno de nueve, entre los que podian llevar las armas, formaron un egército suficiente, el cual, acaudillado por Haggo y Ebbo, fue á establecer una colonia en la costa del Báltico en frente de Dinamarca, entre el rio Elba y el Oder.

A esta primera emigracion siguieron otras muchas en un espacio de mil años, y este es el tiempo de los gigantes, hechiceros y magos, que mandaban á los vientos, alborotaban las olas, obscurecian el cielo en lo mejor del dia, y hacian brillar el sol en las tinieblas de la noche. Ellos eran

los que del fondo del mar sacaban fantasmas, que llevaban las naves dinamarquesas á las playas enemigas, y protegian los desembarcos. Despedazadas las barcas, incendiadas ó sumergidas, al punto hacian que se hallasen otras cerca de la costa para transportar el botin y los prisioneros de Alemania. Sin duda les pareció mejor á los cronistas dinamarqueses atribuir las hazañas de sus compatriotas á estas causas sobrenaturales, que á su prudencia, prevision y valor. Ya, por los tiempos de Carlo Magno, las luces de la religion cristiana hicieron desaparecer aquellos prodigios. Penetró este príncipe por aquellos paises persiguiendo á los sajones, y halló un competidor digno de él en Godrik, capaz, segun dicen, de disputar á tan gran monarca el imperio del mundo, si en lo mejor de su edad no le hubiera quitado la vida un asesino.

Se introdujo el cristianismo en tiempo de Regner, que fue el rey cincuenta y seis, y se le cree contemporáneo de Luis el *Débil*. Reconquistó este príncipe su reino contra Froe, rey de Suecia, que tambien habia usurpado la Noruega, y que cuando la tomó habia hecho prisioneras la muger y las hijas del rey, esponiéndolas á los mas viles ultrajes, como á todas las doncellas jóvenes que cayeron en sus manos. Lutgarda, una de estas doncellas, que huyó de la prision, viéndose en el egército de Regner, se entró por las filas del enemigo, acometió á Froe en persona, y le hizo caer á sus pies.

Esta accion la valió la mano de Regner; pero sea porque no siempre una heroina tiene las prendas de buena esposa, ó por desenfrenada pasion de Regner, de quien se dice que se espuso al combate

contra dos toros furiosos por conseguir una princesa de Suecia de quien se habia enamorado, repudió á Lutgarda: agravio de que se vengó ella de un modo digno de su generosidad. Viendo á su infiel esposo empeñado en una guerra peligrosa contra los cimbros, equipó una armada de ciento veinte velas, y fue á socorrerle. "Si mis gracias, dijo á su atónito marido, se han marchitado para vuestros ojos, yo supliré esta pérdida con otras prendas mas útiles para vuestra gloria, y el bien de vuestro reino." No se dice si con esto, á falta del corazon, que rara vez vuelve á ganar una muger desgraciada, recobró la clase en que habia estado.

Regner era capaz de acciones estraordinarias. Acababa de perder un hijo muy querido por un cobarde asesinato: desgracia que le puso en tal desesperacion que se acercaba á un furioso frenesí. Mas sosegado luego se armó contra un monarca, calificado rey del Helesponto, autor del asesinato; y haciéndole prisionero, le dió con desprecio la libertad, diciendo: "Ve, y disfruta una vida que no es digno sacrificio para ofrecerla á los manes de mi hijo, y sea tu verdugo tu misma conciencia." De este Regner, á quien hacen vencedor del Helesponto, se dice que subyugó á la Inglaterra.

Erico usurpador, pero contado por el rey se-
858. senta, dió en 858 estabilidad al cristianismo, fundando iglesias, y enriqueciendolas; pero Gemon, monarca sesenta y cinco, persiguió la religion cuando ya estaba floreciente, demolió las iglesias, y desterró los clérigos. El emperador Enrique I, llamado el *Pajarero* por su aficion á la caza de volatería, le hizo reparar estos perjuicios, y llamar á los desterrados.

Rescate de Suenon.

Prisionero de los Vándalos Suenon, Rey de Dinamarca, solo pudo conseguir su rescate sujetándose á pagar en oro puro el doble peso de su propio cuerpo completamente armado; y le fué forzoso sufrir la humillacion de verse en la balanza para saciar la codicia de sus enemigos. Tal vez nunca hasta entonces recelaría Suenon que aquel metal que tanto buscan los homóres pudiera avergonzar á un monarca.

T. I. Vaugund.t de ag. fec.

Jf. Fonseca sculp.

Haraldo, que reinó en 940, juntó las calidades 940.
de monarca justo y pio con los títulos de conquistador de Inglaterra, y príncipe muy vigilante. Estableció obispados, fundó y dotó monasterios, hizo bautizar á Swen ó Suenon, y criarle en la religion cristiana. Sin duda el zelo de Haraldo descontentó á los que eran afectos á los ídolos. Suenon, jóven ambicioso, se les mostró favorable; y haciendose muchos partidarios entre los paganos se sublevó contra su padre. Llegaron á las manos; y despues de un combate largo é indeciso, los mas prudentes de los dos partidos propusieron una composicion. Estaban ya aceptadas las condiciones cuando asesinaron á Haraldo; pero ninguno imputa esta maldad á su hijo.

Suenon, por complacer á sus partidarios, vol- 981.
vió á levantar los ídolos; pero sin abjurar la religion cristiana. Le hicieron prisionero los vándalos, y no rescató con menor precio su libertad que con el doble peso de su cuerpo con toda su armadura completa, en oro puro; y para completar su rescate vendieron las señoras dinamarquesas voluntariamente sus joyas: generosidad que él reconoció concediendolas ciertas ventajas en los pactos matrimoniales. Tambien fue vencido Suenon por el rey de Suecia, y huyó á Escocia. Le restableció el monarca que allí reinaba; y reintegrado en su reino, atribuyó sus desgracias á la especie de apostasía en que habia incurrido desterrando el clero, y violentando el egercicio de la religion. Reparó en cuanto pudo esta culpa, confesandola públicamente, y esbortando á los dinamarqueses á que volviesen á la religion, que por su mal egemplo habian abandonado. No solamente consiguió Suenon en su vejez

borrar el oprobio de sus desgracias, sino que se cubrió de gloria conquistando una parte de Inglaterra, y allanando el camino á las victorias de su hijo Canuto, por sobrenombre el *Grande*. Se conoce cuanto fue el poder de este último príncipe por el repartimiento que hizo de sus estados entre los tres hijos; pues dió á Haraldo la Inglaterra, á Hardi-Canuto la Dinamarca, y á Suenon, que era el último, la Noruega.

De las manos de Hardi-Canuto cayó el cetro de Dinamarca, por convenio que siguió á las guerras, en las de *Magno*, príncipe de Noruega, y llamado el *Bueno*, epíteto que vale por una larga historia.

1048. Suenon II, hijo de Magno, tuvo cinco hijos, y por un pacto que hizo firmar á los señores dinamarqueses, del cual no hay egemplar en la historia, estipuló que irian subiendo sucesivamente al trono, y le cumplieron esta condicion. Por los sobrenombres que dieron á estos cinco príncipes, se 1074. puede formar idea de lo que fueron. A Haraldo le 1080. llamaron el *Sencillo*: á Canuto el *Piadoso*, y pudieran haberle dado los nombres de *Casto*, *Justo* y *Amigo de los sabios*: á Olao le llamaron el *Hambriento*, y no porque lo era, sino porque habiendose declarado una grande hambre en su reino, murió de pena por no poder aliviar la miseria de su pueblo: á Erico, como á Magno su abuelo, le apellidaron el *Bueno*.

En la corte de este se presentó un músico de tan singular talento, que con la fuerza de su armonía hacia pasar los oyentes de la calma al furor. Quiso esperimentarlo Erico; y en la fuerza del frenesí, que le causó el músico, mató á cuatro de sus

guardias. Fue calmando el acceso mudando el músico de tono; y sintió tanto las muertes que habia hecho, que para espiar su culpa votó una peregrinacion á la Tierra Santa. Partió pues, á pesar de las representaciones de sus vasallos, que le amaban mucho, y murió en la isla de Chipre. Tenia dos hijos, Haraldo y Canuto, y dejó al mayor gobernando su reino durante su ausencia. Parecia que la muerte de su padre le colocaria naturalmente en el trono; pero aun vivia Nicolao, uno de los cinco hijos de Suenon, que estaba prisionero en Flandes. Cumplieron los dinamarqueses con tanta fidelidad la estipulacion hecha con Suenon, de que reinarian sucesivamente sus cinco hijos, que pagaron el rescate de Nicolao, y le pusieron la corona en la cabeza.

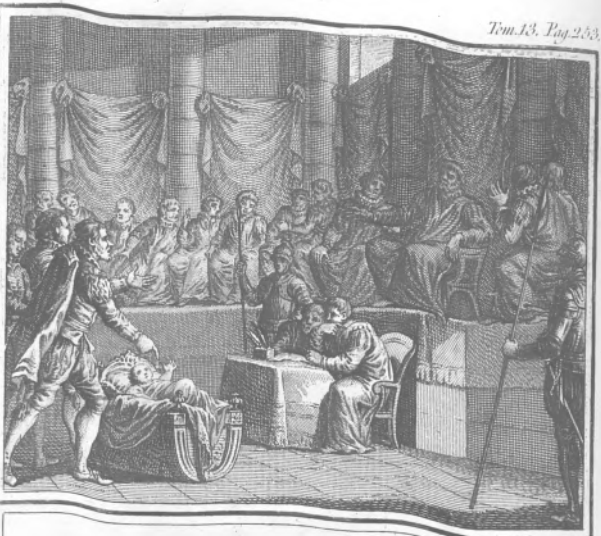
Su reinado fue una cadena de alborotos, y no los causaba Haraldo, que vivió poco, sino Canuto, otro sobrino, hijo de Erico. Vió con mucho sentimiento que habiendosele caido de las manos el cetro de su padre, pasó á su tio. Para suavizar su pesadumbre le confirió Nicolao el gobierno del ducado de Sleswick: en él se dió á sí mismo Haraldo los honores de la soberanía. Una irrupcion de los vándalos y de los esclavones en Dinamarca le presentó ocasion de manifestar su prudencia y valor, retirando á los primeros con una negociacion pacífica, y rechazando á los segundos con la fuerza. Estos servicios juntos con otras estimables prendas, hicieron á Haraldo amable á los dinamarqueses, principalmente porque sus calidades hacian singular contraste con la altivez y la indolencia de Nicolao. Tenia este monarca un hijo llamado Magno, que tomó zelos de su primo Canuto, y se dividió

:

la corte entre los dos rivales. Tenia Canuto en favor suyo á la reina, esposa de Nicolao, que sin duda no era la madre de Magno, y este contaba entre sus partidarios los propios hijos de su primo, hombre de madura edad. De este modo estaban divididas las familias; pero el pueblo seguia enteramente á Canuto, y tenia por amigos empeñados y activos á Haraldo y Erico, los que se cree haber sido sus hermanos naturales.

El indolente Nicolao, aunque descontento con el imperio que tomaba su sobrino, lo habria sufrido tal vez si no le hubieran escitado contra este príncipe. No omitieron medio alguno de perderle en su concepto: conjeturas, calumnias, siniestras interpretaciones de sus acciones, nada se olvidó. Por desgracia dió Canuto lugar á estas funestas preocupaciones en un viage que hizo Nicolao á Sleswick. Se vió allí el sobrino en un trono igual al del monarca; y aunque dió algunas escusas de su imprudencia, siempre le quedó al tio en el corazon la saeta, y la manifestó en todos los proyectos que intentaron contra su sobrino. Se aprovechó Magno de aquellas circunstancias; y con fingidas caricias atrajo á Erico su sobrino á la corte, en donde habia formada contra él una conspiracion, en que el rey mismo entraba. Erico, aunque advertido, se aventuró, y cayó en el lazo.

La noticia de su muerte causó un sentimiento general. El pueblo inconsolable cargó de maldiciones al que le habia quitado la vida, y sus amigos pidieron licencia para hacerle públicos funerales. Eludió Nicolao con prudencia esta pretension, temiendo las consecuencias que podria producir el espectáculo de un cadáver cubierto de sangrientas



Los tutores fieles.

Para vengar al asesinado Canuto los dos tios y tutores del reciennacido Valdemaro, presentaron el niño en una junta tenida en Slevvick, desplegaron allí el ensangrentado manto del difunto padre, é implorando la proteccion y venganza del pueblo, le sublevaron contra el asesino. ¡Con quanto horror miraron estos tutores fieles el vil exemplo de los que suelen convertir en usurpacion la tutela!

T. L. Enguid.e de ag. fic. Jf. Benifaz. con.

heridas; pero no consiguió mas que dilatar el efecto. Tenia Canuto una esposa jóven, que ocho dias despues de la muerte de su marido dió á luz un hijo, á quien llamó Valdemaro. Le señalaron por tutores á sus dos tios Haraldo y Erico, los cuales presentaron su pupilo en la cuna á una junta que se tuvo en el ducado de Sleswick. Allí deploraron la muerte funesta del príncipe: hicieron memoria de sus bellas prendas, espusieron á la vista su manto ensangrentado rasgado con las puñaladas, é imploraron la venganza del pueblo y su proteccion para el desgraciado renuevo del príncipe que lloraban.

Esta escena patética escitó una sublevacion, que desde allí se comunicó al resto del reino, y acudieron á las armas. No halló Nicolao otro medio de sosegar aquel movimiento sino desterrar á su hijo Magno con los cómplices mas notables; pero volviendolos á llamar, pasado algun tiempo, se renovó con su vuelta la fermentacion. Erico y Haraldo juntaron el pueblo, hicieron declarar á Nicolao privado del trono, y á su hijo Magno indigno para siempre de la corona. En los combates que se siguieron estuvo en poco que Erico no hiciese prisionero á Nicolao; pero mató con su propia mano á Magno, y entonces, no viendo ya heredero de Nicolao, descendiendo él de Erico III, aunque por nacimiento ilegítimo, no reparando en los derechos de Valdemaro su pupilo, ó con pretesto de defenderle mejor, tomó el título de rey. Nicolao, irritado con esta audacia, y prefiriendo ver su corona en la cabeza de cualquiera otro enemigo mas bien que en la de Erico, presentó el cetro á Haraldo, hermano de este, y le declaró su heredero. Esta fue su última accion; pero tuvo la imprudeu-

cia de entrarse en una ciudad en donde era muy amado el nombre de Canuto Sleswick. Habia formado en ella este príncipe una asociacion, que entre otras condiciones se obligó con juramento á proseguir la venganza contra cualquiera que ofendiese á alguno de los miembros que la componian. Se hallaba Nicolao en el caso, por ser á lo menos cómplice en la muerte de Canuto. Aunque rey no creyeron los habitantes que era exento de la ley que habian jurado: acudieron pues á las armas, cerraron las puertas, y no hallando Nicolao salida alguna, le mataron en medio de sus guardias.

1135. Se hallaba Haraldo muy embarazado con el cetro que le habia dejado Nicolao: conocia el carácter de su hermano, y sabia que era peligrosa la competencia con él: ¿pero qué no puede el atractivo de una corona? Buscó auxilio en Noruega, cuyo rey, llamado Magno, le estimaba, y volvió con un egército. A la primera noticia de su regreso hizo Erico quitar la vida á cinco hijos de los seis que Haraldo tenia, y solo pudo librarse uno llamado Olao. Poco tiempo despues cayó Haraldo bajo el hierro de un asesino, por las pérfidas disposiciones de su hermano. Apoyó Erico una sublevacion contra Magno, rey de Noruega, y los sublevados entregaron á este príncipe infeliz al cruel Erico, el cual le hizo pagar muy caro el socorro concedido á su hermano; pues no contento con tenerle aprisionado en un monasterio, le hizo sacar los ojos y privar de las señales de su sexo. Entre tanto se formaron diferentes facciones contra este bárbaro; y aborrecido igualmente del pueblo y de la nobleza, le mataron á puñaladas en el mismo tribunal en donde estaba administrando justicia, sin que

su muerte causase el menor movimiento.

No era fácil fijar la sucesion al trono, pues era 1139.
dudosa entre Sueno, hijo natural de Erico, último poseedor; Canuto, hijo de Magno, declarado indigno de la corona por la muerte de su primo, duque de Sleswick; y Valdemaro, hijo póstumo de aquel príncipe amado. Su madre, Ingoburga, presentó su hijo á la asamblea, que era la que habia de escoger entre los pretendientes. Logró los votos; pero no quiso aceptar la diadema para este hijo, sino con la condicion de que se le nombrase un tutor que gozase de la autoridad soberana; y así nombraron á Erico V, de la familia real, el mismo que al parecer deseaba esta princesa. A la verdad no se engañó en su deseo; porque Erico V, por sobrenombre el *Cordero* á causa de su benignidad, conservó el trono como en depósito, y le defendió contra Olao, aquel hijo de Haraldo, que se libró del cuchillo asesino de su tio Erico IV. Le mataron en una batalla; pero esceptuando este acto de constancia, vivió Erico el *Cordero* en la mayor indolencia.

La poca precaucion que tomó al morir dió atre- 1148.
vimiento á Swen, bastardo de Erico IV, y á Canuto el proscripto, hijo de Magno, para disputar el trono al jóven Valdemaro; pero mas que con él disputaban entre sí la corona. Valdemaro se acomodaba ya al uno, ya al otro; recibia provincias, las tomaba por sí mismo, y las volvia entre guerras y negociaciones. Por nueve años que duró este conflicto tuvo que intervenir en estas diferencias el emperador de Alemania, dando sentencias á su arbitrio sin que los competidores que la solicitaban se sometiesen sino cuando eran de su gusto. Los sajones y los vándalos, llamados para componerlos,

las dieron mas decisivas con la punta de su espada. En la mayor parte de este tiempo, Valdemaro, por no ser el mas fuerte, se acomodaba á las circunstancias, y dejaba á los rivales pelear uno contra otro. El mas terrible era Sueno, que reinó con esplendor, y aun conquistó la corona de Suecia. Se vió Valdemaro reducido á recibir de su mano algunas provincias como por gracia; pero fue insensiblemente adquiriendo fuerzas hasta que pudo pelear con su competidor, y le venció. A Sueno le mataron en el campo de batalla, y Valdemaro se concordó con Canuto, tomando su hija por esposa; y de este modo se halló dueño único del reino de Dinamarca.

1177. Dió Valdemaro principio á su reinado con muchos actos de clemencia, pues no castigó entre sus enemigos sino á aquellos que en cualquiera otra circunstancia hubieran merecido el suplicio. Su educacion, comun con los otros niños de su edad, le habia proporcionado muchos amigos; pero él supo discernir el mérito de cada uno. Absalon, su compañero en los estudios, consiguió su confianza: le dió un eminente ministerio eclesiástico, y este prelado fue siempre como su primer ministro. Tambien consiguió Valdemaro por esta educacion comun el hábito de vivir sin fausto con los hombres, aunque los mandaba, y examinar con ellos los negocios, lo que le dió grande influencia en el senado. El de Dinamarca se componia sin duda de los mas grandes señores. Por último, la turbulenta situacion en que Valdemaro habia tenido que vivir desde que nació, las hostilidades y las negociaciones le hicieron desde su juventud tan valiente guerrero como buen político. Subió con estas cualidades al trono,

é hizo que conociesen sus talentos militares los vándalos, que saliendo de Juthlandia infestaban las costas de Dinamarca. Su habilidad en el gobierno se vió en las buenas leyes que dió á sus vasallos, y en sus negociaciones con los estrangeros.

Venció Valdemaro á los vándalos en varios reencuentros: perdió su rey la vida, y pidieron la paz. Por haberle faltado al respeto un obispo de genio altivo, se valió de esta ocasion para quitar al prelado las plazas fuertes y su tesoro, disminuyendo de este modo el poder secular del clero. Los de Noruega, descontentos con su rey y llenos de estimacion á Valdemaro por sus virtudes, le ofrecieron la corona: él la aceptó; pero dispuso para el monarca destronado una suerte en que vivió contento. Los dinamarqueses estaban tan satisfechos de su gobierno, que ellos mismos le propusieron que asociase al trono á su hijo Canuto, niño de cuatro años. Este afecto general no impidió el descontento de algunos particulares, y asi se vió espuesto Valdemaro á dos conspiraciones, bien que las descubrió, y previno sus efectos. La bondad con que se portó con los primeros conjurados fue tal vez la que dió atrevimiento á los segundos. No obstante, no cansaron sus delitos la bondad del rey; pero no hizo mas que mudar de asesino, pues murió de una droga que le administró un empírico.

Aunque su hijo Canuto VI casi desde que nació fue compañero de su padre en el trono, se le disputaron algunos malcontentos; pero erraron la empresa. Habia encargado su padre á este príncipe algunas operaciones militares, que desempeñó con honor; pero viendose rey, dejó los honores y fatigas de la guerra á su hermano Valdemaro, reser- 1182.

vandose el cuidado de un gobierno moderado y justo. Convocó un sínodo nacional, en el cual se dió á todo el reino la misma liturgia. Murió sin sucesion, y entró á reinar su hermano Valdemaro con general aplauso.

1209. Las hazañas bélicas de Valdemaro II daban grandes esperanzas, y las aumentaron los sabios reglamentos que hizo en la asamblea congregada para su coronacion; y á la verdad no se engañaron, pues fortificó las fronteras: estendió sus cuidados á las ciudades anseáticas sus vecinas: aumentó á Hambourgo: reparó á Lubeck incendiada: edificó á Stralsund: subyugó la Pomerania: fueron felices sus espediciones en la baja Sajonia, en la Livonia, y aun en Rusia, por lo que le dieron el nombre de *Victorioso*. Puso ademas en buen órden la hacienda, entonces mal cuidada. Con ella por sus sabias disposiciones, aunque parecerá cosa exorbitante, podian mantenerse cuatrocientos bajeles para la guerra entre pequeños y grandes, y se podia dar sueldo á ciento sesenta y nueve mil y cuatrocientos combatientes.

En este estado de opulencia y de grandeza sobrevino á Valdemaro una catástrofe de bastante abatimiento; porque en la ribera del mar le sorprendió en una diversion Enrique, conde Palatino: se le llevó en un navío; y llegando á Alemania, le encerró en un castillo, y solo pudo conseguir su libertad á fuerza de súplicas, de grandes sumas, y sacrificando muchos de los paises antes conquistados. No queria el prisionero sujetarse á estas condiciones, prefiriendo sus cadenas á un tratado oneroso y de poco honor para su reino; le suplicaron sus vasallos que consintiese; y volvió á Dinamarca

menos rico, pero mucho mas amado de sus vasallos.

Creyó este monarca que les hacia un gran servicio en arreglar su sucesion entre sus hijos; y así nombró á Erico, que era el mayor, por heredero de Dinamarca: dió el ducado de Juthlandia á Abel, que era el segundo, y á Cristóbal, el tercero, el de Bleking, con prerogativas que casi hacian soberanos á los dos príncipes. Celebró tambien Valdemaro una dieta general, en la cual quedaron arreglados los derechos del monarca y de la nacion, con todos los casos criminales, los civiles y los eclesiásticos. En esta época empezó la constitucion, que se conservó en su vigor por mas de cuatrocientos años.

La precaucion que tomó Valdemaro distribuyendo los estados á los tres hijos con intencion de asegurar á su pueblo la tranquilidad, fue la causa de los alborotos que inquietaron el reinado de Erico VI. Aspiraron sus hermanos á la independencia: el pretendió sujetarlos, y de aquí nacieron muchas guerras. Abel era el hermano que se portaba con mas atencion; pero, segun parece, la empleaba para disfrazar mejor su ambicion, de lo que dió prueba bien cruel á su infeliz hermano. Habia ido Erico á hacerle una visita de amistad; y recibiendole con mucho agrado en lo esterior, le hizo Abel llevar en un barco, y cuando le tenian lejos de la ribera le mataron á puñaladas, y arrojaron su cuerpo al mar. Echaron la voz de que su muerte era efecto de una casualidad, y de una quimera entre los marineros; pero nadie lo creyó. No obstante, como en el estado en que se hallaba el reino por la repentina muerte del rey era dificil darle sucesor que 1240.

no fuese este príncipe, que era muy poderoso y no sufria á otro alguno, le confirieron el trono, haciendole primero jurar que no habia tenido parte en la muerte trágica de Erico.

1250. Aunque Abel era capaz de engañar á otros, no podia engañarse á sí mismo: continuamente los remordimientos de su conciencia le ponian delante su delito. Estos se redoblaron cuando, reconociendo los papeles de su hermano, vió que al que acababa de asesinar habia resuelto retirarse á un monasterio, nombrandole á él por sucesor, y destinandole un legado particular en prueba de su síncero afecto. Este descubrimiento le rasgaba el corazon; pero reinó gloriosamente; y recibiendo el placer de hacer felices á otros, tambien á él le resultaba la felicidad en cuanto puede sentirla el hombre que se ve atormentado sin cesar con la reprension y el espantoso grito de su conciencia. Pereció con muerte violenta en una accion contra los sublevados; y la mancha que no pudieron imprimirle viviendo, cayó sobre su hijo Valdemaro, pues los estados le desecharon como fruto peligroso
1252. una venenosa planta, y dieron el trono á Cristóbal su tio, tercer hijo de Valdemaro II. Tuvo este príncipe guerras con sus vecinos, de las cuales salió felizmente, y algunas diferencias con el clero que le causaron bastantes inquietudes. Su muerte le sobrecogió en lo mas fuerte de los alborotos consiguientes á estas discordias; y fue tan repentina, que no la tuvieron por natural.

1257. Dejó un hijo en la menor edad, llamado Erico, bajo la regencia de su madre; y á la tutora y al pupilo les opusieron grandes contradicciones la nobleza y el clero, de suerte que se vieron pre-

cisados á huir á una provincia remota. A su regreso, que sin duda no debió manejarse con la mayor prudencia, pusieron en una prision á la reina y su hijo. La primera que logró libertad fue la tutora, y despues el rey. Mientras vivió la madre, esta fue su consejo y su ministro. Con su prudencia prosperaron los negocios; pero despues de su muerte cargó el rey al pueblo de impuestos, y se abandonó á los escesos de la torpeza, por lo que irritando á la nobleza y al clero le asesinaron en la flor de su edad.

A Erico VII su hijo le dieron el sobrenombre de *Piadoso*, en lo que se conoce que no se pareció á su padre. Se nota que tuvo un tutor bajo la autoridad del senado. A este piadoso monarca le escomulgó el pontífice con motivo de las inmunidades eclesiásticas. Tuvo que sufrir toda especie de desgracias, siendo la primera sus disputas con el clero que retiraban de él al pueblo; la segunda el disgusto de verse en precision de desagradar á una parte de la nobleza, castigando á los asesinos de su padre; y despues de estas los reveses de fortuna en las guerras con sus vecinos, y las altercaciones con Cristóbal su hermano, que fue preciso poner en la consideracion de los estados: las conspiraciones, sublevaciones; y por último, para colmo de su desgracia, de catorce hijos no le quedó uno vivo. Fue muy ajustado y religioso, y todos convienen en que si no hacia la guerra con felicidad, siempre la concluia con tratados ventajosos y honoríficos. 1259.

Sin duda por entonces tenia la Dinamarca el derecho de eleccion, pues tuvo que pasar por ella Cristóbal II, y salió en su favor por los grandes presentes que hizo al clero y á la nobleza, y el 1320.

abatimiento de sus súplicas al pueblo. Le hicieron jurar artículos, que restringian considerablemente la autoridad real: á todo se sujetó; pero cuando creyó que tenia bien asegurado el trono, asociando á él á su hijo Erico, volvió sobre sí faltando á sus promesas. Se armaron los señores dinamarqueses para obligarle á cumplirlas: sobre esto hubo una batalla, en la que el rey no se halló; pero su hijo Erico, que la presentó, fue hecho prisionero. Con esta novedad empaquetó Cristóbal sus tesoros, y se salvó en Alemania; pero los señores, para quitar al fugitivo la esperanza de la corona, se la dieron á su pariente Valdemaro, duque de Sleswick. No por esto desesperó Cristóbal, antes bien puso en movimiento á los graves alemanes; y con el auxilio de las inteligencias que mantenia en su reino, se apoderó de las principales ciudades arrasando las campiñas. No pasaba Valdemaro de doce años, y estaba bajo la tutela de Gerardo su tio. Reflexionaron pues los dinamarqueses que les convenia mas obedecer á un rey esperimentado, y á su hijo, que ya estaba en edad perfecta, que á un niño y á su tutor. Pusieron pues en libertad á Erico, y restablecieron en el trono á Cristóbal con condiciones todavía mas duras que las primeras; pero las aceptó con la misma intencion, pues renunciando Valdemaro, correspondió Cristóbal con la misma infidelidad á las segundas promesas. Le acometieron de nuevo los grandes, y haciéndole á él mismo prisionero, no se pudo librar de las cadenas sino sacrificando casi todo cuanto le habia quedado de la autoridad real, por lo cual murió de pesadumbre.

Sin duda Erico su hijo le habia precedido á la sepultura; pues habiendo llevado la corona con su

padre, es muy creible que la hubiera conservado, principalmente cuando no se mostró indigno de reinar. Dejaba Cristóbal otros dos hijos, Valdemaro y Oton: el primero estaba en la corte de Brandembourg, patria de su madre: el segundo apenas habia salido de la infancia. Se presentó Valdemaro de Sleswick, y reclamó contra su misma renuncia. Gerardo su tio trabajaba para sí mismo con pretesto de ayudarle; y las miras que llevaba este infiel tutor prolongaron una especie de interregno que duró siete ú ocho años.

Noceris, dinamarques, persuadiéndose á que el mejor medio y el mas corto camino de restituir la tranquilidad á su pais era deshacerse de aquel artífice de alborotos, se resolvió á sacrificarse. Observó los pasos de Gerardo, le mató en su propia tienda en medio de su egército, y logró la fortuna de huir. De este modo quedó todo arreglado; pues Henrique, hijo de Gerardo, reunia los derechos que de cuando en cuando alegaba su padre para conservar la autoridad. Valdemaro de Sleswick se retiró de sus pretensiones, dandole dinero, tierras y el casamiento de su hermana con Valdemaro, hijo mayor de Cristóbal. Dispuso este príncipe para Oton, su menor hermano, un mayorazgo á su satisfaccion; y él tomó el cetro con el consentimiento general, pues con su coronacion cesó la anarquía que asolaba al reino.

A Valdemaro III le dieron por sobrenombre una palabra danesa, que significa *tiempo hay*; porque en efecto, nunca se apresuraba, y siempre lograba su intencion. Se hizo amar del pueblo, asegurandole privilegios, y tuvo talento para agradar tanto al clero, que cada iglesia le ofreció un pre-

sente. Pensó despues en recobrar las tierras de la corona, enagenadas durante los últimos alborotos, y en sujetar á su dominacion las provincias que se habian separado. Se ocupaba despues principalmente en fundaciones pias y proyectos de cruzadas contra los paganos que habia al rededor de Dinamarca, ó en alianzas con los caballeros teutónicos contra aquellos idólatras; y todo esto terminó con una peregrinacion á Jerusalen. Murmuró el pueblo; pero regresó el rey, y supo ganarle la confianza. Menos por gusto que tuviese de intrigas, que por una política bien entendida, y deseo de ocupar el espíritu turbulento de los dinamarqueses, se determinó Valdemaro á tomar partido con bastante actividad en los asuntos de Alemania; pero no consiguió lo que deseaba, porque sus vasallos no vivieron mas tranquilos dentro por tenerlos empleados fuera; y así se vieron en su reinado muchas sublevaciones.

Aunque este príncipe fue loable en muchos puntos, no por eso fija la estimacion su conducta general, porque le notan de inconstancia y ligereza. Una imaginacion caliente, unas pasiones fogosas, y unas preocupaciones violentas, pervertian muchas veces su juicio. Era un compuesto estravagante del libertinage é hipocresia, de sobriedad y de intemperancia. En la pasion á las mugeres fue estremado, menos con la suya. La Dinamarca, la Suecia y la Noruega deben su mejor princesa á la inconstancia de Valdemaro, y á su deseo de mudar. Por sospechas mal fundadas habia encerrado á la reina en un castillo; y la resolucion de pasar la noche con una de sus damas, de quien estaba enamorado, le llevó á aquel lugar de destierro. Fiel la dama á la reina su señora, la puso entre los brazos de su

esposo sin que él lo advirtiese, y de este modo el amor dió á este himeneo la célebre Margarita, que reunió en su trono las tres coronas del Norte.

Gustaba Valdemaro de viajar, de visitar, y le agradaban los recibimientos y ceremonias. En la guerra parece que lo que principalmente pretendia era cambiar de lugar, segun los muchos parages adonde mudaba el teatro. La hizo casi toda su vida, y por algunos aciertos que tuvo pasó por hombre grande; pero varias de sus acciones debieron con mas razon darle la fama de hombre singular; y si no ¿qué diremos por egemplo de las que se siguen? Se formó una liga formidable entre los príncipes vecinos y algunos señores dinamarqueses: se juntaron los egercitos, y estaban ya para entrar en campaña cuando Valdemaro, en lugar de prepararse á la defensa, publicando que tenia hecho voto de ir á Roma, partió con efecto, y dejó al senado el encargo de retirar la tempestad, lo que consiguió con algunos sacrificios. Estaba el rey en la corte del emperador esperando el fin de la tormenta; y así que tuvo la noticia, renunció el viage de Roma en donde tal vez le hubieran recibido mal, pues parece que no estaba el papa muy satisfecho de su conducta. Con efecto, cuando ya habia vuelto á su reino le escribió el pontífice con reconvenciones bastantes firmes; y Valdemaro, no agradandole el sermon, respondió con poca religion: "Yo he recibido de Dios la vida, de mis vasallos la corona, y de vuestros antecesores la ley; pero si la vendeis muy cara, ahí os la vuelvo por estos presentes." La oferta de semejante restitucion descubre demasiado cual era la religion de Valdemaro.

No dejó hijo varon: Margarita su hija, que lo

era del amor, y aun se puede llamar de la fortuna, habia estado casada con el rey de Noruega, se hallaba ya viuda, y con un hijo llamado Olao. Tu-
1375. vo esta reina habilidad para que eligiesen rey de Dinamarca á este hijo, en perjuicio de su sobrino Alberto, que lo era tambien del rey de Suecia, hijo de Ingelburga, su hermana mayor. Aunque tutora de su hijo gobernó Margarita los dos reinos,
1387. como si en ambos fuera soberana; y no tardó mucho en serlo por la muerte del jóven Olao, cuyo mérito principal fue haber sabido obedecer á una madre tan hábil para el mando.

Viéndola sus vasallos con las dos coronas de Dinamarca y de Noruega la instaban á que volviese á casarse. Recibió esta proposicion con frialdad; mas por no descontentarlos del todo, consintió en nombrarse un sucesor; bien que le eligió tan jóven, que no la quedase rezelo de haber de defender contra él su autoridad si aspiraba á tener parte en ella. Le escogió pues en una rama de la familia Meklembourg, con la cual estaba aliada, é hizo que el jóven príncipe se mudase el nombre de Henrique, y tomase el de Erico, por ser mas agradable á los dinamarqueses.

Alberto, el sobrino de Margarita, no dejó de vindicar los derechos que tenia á Dinamarca por parte de su madre, hermana mayor de Margarita. Como estaba tan resentido de que no le hubiese elegido por sucesor, tomó la satisfaccion de mezclar su queja personal con los motivos de sus manifiestos; y porque el abad de Sorce entraba mucho en palacio á título de director de la reina, empezo Alberto á publicar chistes que picaron á la reina en lo vivo: procuró hacer que se arrepin-

tiese de su imprudencia, y no la fue muy difícil.

Alberto, llegando á ser rey de Suecia, se gobernó mal; porque cargaba al pueblo de impuestos sin el consentimiento del senado: trataba con altivez á la nobleza, y hacia al clero varias vejaciones. Esta conducta tenia sublevados los espíritus de todos, y Margarita aumentó el descontento por medio de sus emisarios. Tuvo maña para ganar á los dalecarlianos, obreros y poseedores de las minas, que son la principal riqueza de la Suecia: en términos que Alberto, por la retirada que hicieron sus vasallos, puede decirse que habia perdido el reino antes que se le quitasen; y así una sola batalla decidió de su suerte. Cayeron en manos de Margarita el rey y su hijo con sus principales partidarios. Los encerró en las fortalezas de Dinamarca, se entró por la Suecia como conquistadora, y fue recibida como soberana.

Este título la dieron todas las órdenes del estado; pero no le tuvo bien asegurado hasta que se celebró la célebre junta, que se tuvo en Calmar en 1397; y el tratado que allí se hizo se llamó *la union de Calmar*. Se reducia este á tres condiciones principales: primera, que los tres reinos de Dinamarca, Noruega y Suecia no tendrian en adelante mas que un solo rey; segunda, que el monarca distribuiria igualmente su residencia entre las tres coronas, y la hacienda de la una no pasaria á la otra: tercera, que cada reino conservaria sus leyes, sus costumbres y su senado, y los vasallos del uno no serian elevados en otro á los cargos ni dignidades. Estas condiciones parecen á primera vista dictadas por la misma sabiduría; pero la esperiencia, que es la que imprime el sello de la estima-

cion en las resoluciones de los hombres, manifestó los vicios de este convenio; pues fue para los tres reinos un manantial de guerras, que duraron un siglo.

Habia mudado Margarita, á favor de Erico, el título de su sucesor en el de rey con ella, así en Noruega como en Dinamarca; y lo mismo hizo despues en Suecia, en donde estaba tan asegurada su autoridad que no temia dar libertad á su sobrino. Alberto, que habia perdido su hijo durante su prision, no sintió perder una corona, que no podia traspasar á sus sucesores directos, y así aceptó las ventajas que le proporcionó Margarita para vivir como simple particular.

Se aplicó esta princesa sin descansar al gobierno de sus tres reinos, y á todos los hizo igualmente florecer; porque comercio, hacienda, egército, marina, leyes civiles y criminales, en fin, en todos los puntos de administracion dispuso utilísimos reglamentos. La llamaron la Semíramis del Norte; y si creemos á algunos historiadores, pudiera entenderse este nombre no menos como sátira que como elogio; porque si Margarita igualó á la Semíramis de Oriente en ingenio y poder, tambien la imitó en gustar de favoritos, y en entregarse al placer. Las grandes reinas deben esperar aquellas sombras que sirven á los ojos envidiosos para sufrir el resplandor de su gloria. Decia de ella Valdemaro su pariente: "Que la naturaleza se habia equivocado en hacerla muger, pues su intencion habia sido hacerla hombre."

1411. Erico, ya monarca, ocupó solo el trono por muerte de su bienhechora. No hubo príncipe que subiese con mayores aplausos: ¿quién podria pen-

sar que antes de morir habia de descender con vergüenza y confusion? Con la misma imprudencia se portó con los dinamarqueses que con los suecos; y trató desde luego á la Noruega como un reino pequeño, de cuyo resentimiento tenia poco que temer; pero á Suecia y Dinamarca no las manifestó al principio los proyectos que habia formado contra su libertad, y se fue entrando poco á poco hácia el despotismo.

Por demas seria advertir que Erico tenia ministros ambiciosos y codiciosos, pues la tiranía nunca va sin estos instrumentos. Los dejaba engordar con la sustancia de los pueblos, y los sostenia á pesar de las murmuraciones y quejas. Brillaba este príncipe mucho mas en las juntas y dietas, en donde basta hablar, que á la cabeza de los egércitos, en donde es necesario hacer. Tan fácilmente prometia como se retractaba, y para él era lo mismo dar palabras que no cumplirlas. Las esperanzas con que se lisonjea á los pueblos suelen adormecerlos; pero cuando despiertan son terribles.

Dinamarqueses y suecos, igualmente descontentos de su indolencia en el gobierno, de verle encaprichado hácia sus favoritos, y de la indiferencia despreciadora de sus representaciones, resolvieron renunciar á su obediencia y poner otro rey en su lugar. Entre tanto que se tramaba la conspiracion, y no muy secretamente, vivia Erico con tranquilidad en la isla Gothland, en donde habia construido para sí una deliciosa habitacion, y no se dignó de asistir á la dieta en que iban á decidir de su suerte. A los veinte años de su reinado le dijeron que ya no era rey; y no mostró

sentir esta afrenta sino enviando de tiempo en tiempo desde su isla los corsarios que habia tomado á su sueldo para que saqueasen los navíos dinamarqueses y suecos que pasasen por allí; pero dejó que los tres reinos arreglasen á su gusto los negocios, y eligiesen el rey que les pareciese.

1439. Eligieron pues á Cristóbal, hijo de su hermana y duque de Baviera. Permitió el sobrino la confusion de su tio en un decreto del senado de Dinamarca, que públicamente le daba en rostro con las faltas que habian dado para su degradacion. No hay duda que este diploma era muy del caso para la confirmacion de Cristóbal, que por su parte trató á Erico con el mayor respeto. Es verdad que armó contra él, que desembarcó con tropas en la isla de Gothland; pero cuando todos pensaban que el tio y el sobrino habian llegado á las manos, estaban pasando el tiempo juntos y muy gustosamente.

Cristóbal dejó vivir al destronado rey entre las delicias en su nueva *caprea*, bien que sin los desórdenes que se reprenden en *Tiberio*. Aseguró este duque de Baviera su trono de Dinamarca con el sacrificio que hizo al pueblo y al senado de parte de su autoridad, por lo que los historiadores dinamarqueses le pintan como un prodigio de moderacion; pero los suecos le retratan con los colores de un déspota orgulloso, y de un tirano, sin duda porque no le pareció del caso portarse con ellos con las mismas atenciones: de lo cual podemos inferir, que no tenia otras virtudes sino las que convenian á sus intereses. Murió jóven, sin dejar hijos de su esposa Dorotea de Brandembourg, princesa amable.

Se inclinaban los dinamarqueses á dar la corona á Dorotea; pero se recelaban de su juventud, y del marido que podria elegir. Los sosegó la viuda, prometiendo que no aceptaria sino el que ellos la diesen. Los estados pusieron los ojos en el conde de Oldembourg, que tenia una floreciente posteridad, y este les dijo francamente: "Yo tengo tres hijos de calidades muy opuestas. El uno es en estremo apasionado por las mugeres. El otro no respira mas que guerra, sin atender á la justicia de la causa: el tercero es mas moderado, y prefiere la paz á la gloria de las armas; pero nadie compite con él en valor, generosidad y grandeza de alma." Se declaró el senado en favor de este príncipe á quien el padre retrataba con tan buenos colores; y bajo de estos felices auspicios, empezó la grandeza de la casa de Oldembourg, que todavía ocupa el trono de Dinamarca. 1447.

No creyeron los suecos que por la eleccion de los dinamarqueses estaban obligados á reconocer á Cristierno; antes suponiendo que esta eleccion era contraria al tratado de Calmar, dieron la corona á Carlos Canutson su compatriota. La guerra que se levantó entre los dos rivales llenó de alborotos los dos reinos mientras ellos vivieron. Se quitaron uno á otro el cetro: le dejaron, y le volvieron á tomar; pero estas alternativas fueron muy costosas para los dos pueblos. Habian empezado los suecos las hostilidades, y cayeron estas sobre el infeliz Erico, á quien quisieron arrojar de su isla de Gothland, suponiéndola perteneciente á Suecia. En vano procuró el desgraciado monarca mover á compasion á sus antiguos vasallos: "Vosotros, les decia, me habeis hecho amarga la vida

con vuestras frecuentes sublevaciones: vosotros me habeis depuesto, y todavía quereis arrojarme de este infeliz pedazo de tierra aislada en medio del mar, y asilo en que yo me prometia acabar mis dias en paz: no me priveis de esta esperanza." Esta reconvencion sirvió únicamente para que le permitiesen retirarse á una pequeña ciudad de Dinamarca. Luego que lo supo Cristierno le envió embajadores, y le suplicó, en nombre de la nacion, que se fijase en su antiguo reino. Agradeció mucho este paso Erico, como que basta con tan poco para consolar á un desgraciado. Estuvo dudoso; pero al fin se resolvió á pasar á Pomerania. Los diputados dinamarqueses le obsequiaron, y acompañaron por respeto hasta las fronteras.

Este rasgo de justicia y de bondad de Cristierno merece que no nos admiremos de que en Suecia se levantase á su favor un partido considerable. Era Canutson soberbio, activo, absoluto, no seguia en su gobierno otra voluntad que la suya, atropellaba sin distincion los privilegios de todos, y se declaró principalmente contra el clero. Este cuerpo, al cual Margarita habia favorecido mucho, conservaba una secreta pasion por los monarcas dinamarqueses; y fue tanto lo que influyó con la nobleza y el pueblo, que depusieron á Canutson, y llamaron á Cristierno en 1458; pero no le duró esta fortuna mas que seis años, porque no supo fijarla. Dió lugar á quejas bien fundadas, porque contra el tenor del tratado con los suecos se iba á gastar en Dinamarca las riquezas que exigia de Suecia. Ademas se desavino con el clero, ó por lo menos con el arzobispo de Upsal, que le gobernaba á su voluntad. Prendió Cristierno al prelado, y

le envió prisionero á Dinamarca. Katil, obispo de Liwkoping su sobrino, reclamó su tio; y Canutson, que vagaba por las fronteras, aprovechándose de esta desavenencia, se presentó, y le restituyeron el trono en 1664.

Todo esto fue un relámpago de fortuna; porque se reconcilió Cristierno con el arzobispo, y le dió libertad con la condicion de que le restableceria en el trono de Suecia. Cumplió el prelado su palabra; y en el siguiente año, peleó en persona contra Canutson, bajo los muros de Stockolmo: le encerró en la ciudad, y le precisó á rendirse á discrecion, y á renunciar la corona. Sobrevivió poco este príncipe á su dimision, y reconocieron de nuevo por rey á Cristierno con mayor seguridad de retener este título, porque con hábil política dejaba toda la autoridad al senado. Su condescendencia y sus atenciones merecieron que se celebrase un congreso entre los tres reinos, los cuales renovaron la union de *Calmar*. Los dinamarqueses hicieron se estipulase que en muriendo Cristierno elegirian á su hijo Juan, á quien ya ellos habian reconocido. Estas prosperidades, y el placer de ver que á su hijo, casado con Cristina, princesa de Sajonia, le habia nacido un príncipe, coronaron el sepulcro de Cristierno. Murió á los treinta y tres años de reinado con la reputacion de que pocos monarcas le igualaron en justicia, valor, magnificencia y grandeza de alma.

A pesar del convenio hecho con Cristierno, la Suecia no reconoció por de pronto el derecho de Juan, antes bien creó un administrador llamado Steen-Sturo; pero no por esto el dinamarqués se creyó escluido del trono, y despues de algunos de-

bates entre él y el administrador, consintió este en reconocerle por rey, y aun asistió á su coronacion. A la ceremonia se siguió un gran convite, al cual fue llamada la principal nobleza, y Juan con el gozo de su felicidad, mirando al general aleman, que habia contribuido mucho á sus victorias, le dijo: "¿Qué te parece que falta á esta ceremonia para hacerla completa?" "Faltan, respondió el rústico aleman, las cabezas de algunos de esos nobles para que otros aprendan á ser mas fieles." Júzguese ahora la inquietud que se pintó en todos los semblantes. Ninguno pensaria sino que la pregunta se habia hecho para proceder á una matanza general; pero Juan, pasado un instante de silencio, que pareceria demasiado largo á los convidados, mirando al aleman con indignacion, le dijo: "Mejor quisiera yo ver pendientes de una horca á los que dan tan malos consejos, que manchar mi fama con una accion tan bárbara: Dios me guarde de oprimir la libertad, ni de impedir que un pueblo libre disfrute el derecho de elegir sus gobernadores."

Se aprovecharon los suecos de esta buena voluntad del monarca, y continuaron en mantener un administrador. Era difícil fijar los límites entre estas dos potencias, y así unas veces estaban de acuerdo, otras veces opuestas, de lo que resultaba alternativamente la paz y la guerra. En un reencuentro hicieron prisionera á la reina de Dinamarca, y la dieron libertad con gran gusto de ambos pueblos, á los cuales reconcilió esta princesa igualmente amada y estimada. Esperimentó Juan algunas desazones en Noruega, y se vió precisado á llevar allá sus armas. La guerra mas porfiada fue

Humildad de Juan I.

Paseándose con su corte Juan I. por una costa adonde los había arrojado y detenia un recio temporal, dixo mirando al mar: Con solo este elemento nos tiene bloqueados el Rey de los reyes; y así los que no hemos doblado la rodilla á potestad alguna de la tierra, postrémonos al Señor á quien cielo, tierra y mar obedecen. *Mas le ensalzó esta humildad, que á otros los tesoros, el fausto y las victorias.*

T. L. Enguid.e de 44. fte. Jf. Fonseca con.

la que tuvo contra los habitantes de Lubeck, los cuales auxiliados de otras ciudades anseáticas le resistieron valerosamente, y solo cedieron con ventajosas condiciones.

Por lo demas se alabó la moderacion de este príncipe, su amor á los pueblos, su amabilidad en la sociedad, su paciencia y su prudencia grande. Parece que sabia apreciar las grandezas humanas. Pasando un brazo de mar con la reina, su hijo y toda su corte, le sorprendió una tempestad que le arrojó á la costa. Las aguas que habian salido de madre le tuvieron en aquel lugar incómodo mas de lo que él quisiera. Paseándose en la ribera con su compañía, se paró; y mirando al mar, dijo: "Bien se conoce que es obra del Rey de los reyes; pues no necesita de egércitos, cañones ni máquinas de guerra para tenernos bloqueados: este elemento le basta; y así los que nunca hemos doblado la rodilla á ninguna potestad de la tierra, postrémonos humildemente delante del Señor del cielo, á quien obedecen la tierra y el mar." La academia de Copenhague reconoce por su bienhechor á Juan I, el cual empleaba con gusto á los sabios en los negocios públicos; y á la verdad son los mas útiles, salvo el espíritu de sistema que muchas veces contradice á la esperiencia.

Le sucedió por eleccion Cristierno II su hijo; 1481.
y así como la clemencia del padre ganó el corazon de los vasallos, una injusticia horrible, acompañada de crueldad, empezó á retirar del hijo los ánimos de los dinamarqueses. Aunque casado con Isabela, princesa de Austria, alianza de que debia esperar grandes socorros, mantenia una dama llamada Columbula. Esta murió jóven, y se cree que

con veneno. No hay razon para creer que la que no era fiel á la virtud lo fuese al monarca, y así no se duda que gustaba de la galantería; pero sospechó Cristierno que un caballero llamado Torberne habia disfrutado sus favores, y en la alegría de un convite, instándole el rey á que confesase el hecho, respondió: "Es verdad que he querido á Columbula, y deseado sus favores, mas nunca pude conseguir alguno." ¡Atreverse á levantar los ojos á la favorita de su señor! ¡Osar solicitarla! ¡Oh qué audacia! y por solo esto le citó delante del senado. Los jueces le declararon absuelto por la sola razon de que la ley no señala castigo por una simple concupiscencia. Descontento el rey con esta decision, hizo que se juntase de nuevo el senado: le rodeó de un populacho armado, que con sus gritos llenaron de terror las almas de los senadores, y pronunciaron estos: "Nosotros no juzgamos á Torberne, pero sus palabras le condenan." "Pues le condenan, dijo el rey, morirá;" y así se egecutó.

Esta atrocidad asombró á todos, y mucho mas sabiendo que Cristierno se dejaba absolutamente gobernar por Sigebrita, madre de Columbula, *mejera* insolente, intrigante, desapiadada con los pobres, desatenta con los ricos, sin respeto á las leyes, como que no conocia otras que las pasiones del monarca á las cuales favorecia con tanta destreza, como desvergüenza. Ella mandaba despóticamente, disponia de los empleos, tenia al senado en sujecion, imponia contribuciones, y las hacia exigir con dureza. Se vendian públicamente los muebles, y aun los andrajos de los que no pagaban, y el pueblo, sobrecogido de asombro, no proferia una queja.

Pero Sigebrita se propuso irritar á unos pobres estudiantes que viviendo de la caridad pública, acostumbraban á solicitarla por las casas, y para ser conocidos llevaban un trage particular. Sigebrita les quitó este trage: mandó que no pidiesen limosna, y que no se la diesen. Se resintió todo el mundo contra esta resolucion arbitraria; y con este motivo se acordaron de que el rey en algunas circunstancias habia mostrado inclinacion al luteranismo. Se enardeció el clero, y abrazó el partido de los estudiantes. Aunque por entonces todo se sosegó, siempre quedaron sospechas contra Cristierno sobre su inclinacion á la nueva secta, y esto mismo dió aliento al luteranismo, y le propagó. La tolerancia, muy agradable á los luteranos, mortificó mucho á los católicos, y de esta diversidad se formaron los dos partidos; pero la mala conducta de Cristierno en Suecia los reunió contra él, y no permitió que se sirviese del uno contra el otro.

Parte por las negociaciones y parte por los sucesos militares habia conseguido que le reconociesen y coronasen en este reino, bien que con restricciones que dejaban al senado alguna autoridad. Le persuadieron sus ministros, y Sigebrita principalmente, que nunca se veria allí en posesion tranquila y libre de sublevaciones si no abolia el senado. "Es preciso, añadian, humillar tambien la nobleza, y mostrar afecto á los paisanos y artesanos, clase de hombres mas faciles de ganar con donativos de poca consideracion, y la menos interesada en oponerse á la voluntad del soberano." En consecuencia de este plan de gobierno convidó Cristierno á una grande funcion á los senadores y nobles

principales; y viéndolos juntos, los hizo arrestar.

Parecia al principio que su ánimo era proceder contra ellos en juicio arreglado, pues eligió un tribunal de comisionados dinamarqueses; pero pareciéndole demasiado largas estas formalidades, los hizo caminar al suplicio. Erico Vasa, cuyo hijo subió despues al trono, iba el primero, y los otros le seguian en una larga fila. Mas de noventa fueron sacrificados en el mismo dia. No hizo distincion el atroz monarca entre los que se habian declarado enemigos suyos, y los que no tenian mas culpa que poder llegar á serlo; y de este modo fue castigada la cobarde condescendencia de los que con su inaccion habian contribuido á la esclavitud de su patria. Los iban á buscar en sus asilos, y hasta las mugeres y muchachos, que apenas habian salido de la infancia, no fueron perdonados. No contento con la sangre de tantas personas nobles entregó Cristierno á los verdugos muchos de los mas notables y ricos ciudadanos, que habian visto con indiferencia, y tal vez con secreta alegría, la destruccion de un cuerpo distinguido, cuyos privilegios escitaban su envidia.

El grito de horror que se levantó en Suecia resonó tambien en Dinamarca, y con tanta mayor fuerza cuanto fue mayor la crueldad que allí egerció el rey. Como un tigre, que habiendo gustado la sangre humana, no puede pasar sin ella, así Cristierno la hizo correr en Dinamarca, sin que el mismo clero se librase de sus furores. La impaciencia y el cansancio de sufrir hizo por último que el pueblo pasase de la murmuracion á la resistencia, y de la resistencia á la agresion. Fue la insurreccion tan general, que no veia Cristierno al rede-

dor de sí mas que enemigos y espadas levantadas sobre su cabeza.

Por otra parte los suecos, que ya habian vuelto de su pasmo, acudieron á las armas. Por mas que haga un tirano, siempre quedan algunos vengadores de las víctimas de su furor. Gustavo Vasa, hijo de Erico, jóven intrépido, firme contra la desgracia, que habia estado por algun tiempo como fugitivo en las minas de la Delecarlia, de los compañeros de sus trabajos hizo soldados. En lugar de sus instrumentos les dió espadas, y salió capitaneándolos de las cuevas tenebrosas. La primera luz que les dió en los ojos ilustró sus aciertos. Asustado el cobarde Cristierno envió á decir á Gustavo, que si no dejaba las armas, quitaria la vida á su madre y á su hermana, pues las tenia en sus cadenas. A esta amenaza se detuvo el jóven, y dudó; pero bien fuese arrebatado por la fuerza de las circunstancias, ó porque no creyó que el monarca llegase á tanto esceso de barbarie, continuó en combatir y vencer. Hizo el cruel Cristierno ahogar á las dos princesas; pero este fue el término de su brutalidad. Por todas partes se sublevaron sus reinos, le acometieron y persiguieron. Los dinamarqueses, aunque los menos maltratados, le depusieron, é hicieron intimarle el acto en persona. Pidió algun tiempo; y despues de promesas, súplicas y lágrimas, pero de las que la adversidad arranca á la arrogancia humillada, renunció. No creyendo que habia para él recurso ni asilo, equipó una armada: juntó en ella sus tesoros, las joyas de la corona, las memorias, cartas, actos públicos del gobierno, con sus hijos, su esposa, y la odiosa Sigebrita, y se hizo á la vela en alta mar.

Creia que en llegando adonde mandaba el emperador su suegro, veria armarse toda la Alemania en su favor; pero no halló mas que indiferencia y frialdad. Por todas partes donde se presentaba arrastraba la soga del oprobio de su conducta, que le habia dado el sobrenombre de *Neron del Norte.* No obstante, no estaba tan destituido de valor que no aventurase algunas tentativas, y se presentó en Dinamarca; pero no halló mas que un calabozo en que gimió por veinte y siete años. En los últimos se le concedió algun alivio, mas no dejaba de ser un cautiverio; y demasiado enseña la esperiencia que una prision es siempre un suplicio.

1523. La renuncia de Cristierno allanó el camino del trono á su tio Federico de Holstein, príncipe que molestado de su sobrino no reconoció la obligacion de socorrerle; y como en los alborotos habia permanecido tranquilo, recogió el fruto de su neutralidad. Proclamaron sin dificultad rey de Dinamarca á Federico; y aunque esta corona le traia á la memoria la de Suecia, ya se la habia llevado un hombre que podia defenderla; y por otra parte Federico, á quien llamaron el *Pacífico*, no mostró afan por conquistar un reino que miraba como perdido. Recibió con mucha atencion las proposiciones de Gustavo, y le respondió, enviándole con honor los prisioneros suecos que Cristierno habia distribuido por las fortalezas de Dinamarca; y en consecuencia hicieron alianza los dos reyes.

La tranquilidad que resultó de aquí sugerió á Federico el atrevimiento de cambiar en su reino la religion; y declarandose luterano, hizo que la Dieta general dejase á cada uno en libertad de profesar la religion catolica ó la protestante. Desde

la indiferencia de cultos, que estaba autorizada, se propasaron muchas ciudades á prohibir la Misa, á desdedazar las imágenes, y á borrar en las iglesias cuanto podia perpetuar la idea de la verdadera religion. Tradujeron la Escritura en lengua vulgar, y dieron las cátedras de teología, nuevamente fundadas, á doctores protestantes. Se quejaron los obispos, y el rey los sosegó, prometiendo diariamente juntas que arreglasen con mas particularidad los asuntos de la religion. Murió á los diez años de su reinado, dejando en incertidumbre al clero; y á la sombra de esta fue tomando fuerzas, y creciendo el protestantismo.

La grande obra del reinado de Cristierno III se redujo á consolidar el error de los protestantes. Bastante dificultad hubo en darle la corona; porque un partido poderoso la destinaba para su hermano Juan por ser católico. Otro, aunque de menos fuerzas, trabajaba en favor de Cristierno II, aunque se hallaba preso; y no era despreciable este partido, porque se decia que le habia de apoyar la casa de Austria con todo su poder; pero consiguió el hijo de Federico desembarazarse de estos dos conquistadores, dando á Juan por estados el Holstein en comun con su hermano Astolfo, y suavizando las cadenas de Cristierno II, aunque sin romperlas. Despues de algunas pretensiones que propuso el rey de Suecia, acabaron los dos príncipes por una composicion.

Cristierno III, libre ya de estos estorbos, y sostenido por el senado y la nobleza, que habian contribuido mucho á poner la corona sobre su cabeza, pensó en destruir el poder temporal de los obispos y del clero, que se habian esforzado para

impedir su eleccion; y juntando una Dieta, con pretesto de arreglar la disciplina, halló los motivos buenos ó malos para abolir el obispado, y mandó arrestar á todos los obispos, sin dejarles otro arbitrio que el de someterse á la voluntad del rey, significada con el título *de Leyes reglamentarias*, ó de ser depuestos. Muchos no quisieron sujetarse á esta infamia, y murieron en las cadenas. Dispusieron despues una profesion de fe, y la presentaron con la misma alternativa á los eclesiásticos. Muchos de estos quisieron mas salir del reino que admitir la falsa religion; y como los pueblos se vieron sin sus pastores, fueron abrazando la doctrina que los presentaban. Tambien influyó para ganarlos el que les daban alguna parte de los despojos del clero; pero tierras, ciudades, lugares, fortalezas, y los bienes mas importantes todo se entregó á la corona.

Trató Cristierno III al clero con tanto rigor, que el mismo Lutero le reconvino, y presentó al rey por escrito la observacion política, de que aboliendo enteramente el poder de la Iglesia, privaba á la corona del apoyo de sus prerogativas; porque quitando con el poder de los obispos el equilibrio del gobierno, resultaria una preponderancia en favor de los nobles, perjudicial á la autoridad de los reyes y á la felicidad de los pueblos. Con efecto, se ha verificado que despues se han visto los ciudadanos y paisanos sujetos á unos señores altivos, y reducidos á un estado mas servil que cuando les hacia contrapeso el poder eclesiástico: pues antes si queria elevarse demasiado, fácilmente le reprimia con el auxilio de la nobleza; pero cuando esta se vió con el dominio absoluto, solo una re-

volucion en el gobierno pudo librar al pueblo del tirano yugo de los nobles. Los efectos de la imprudencia de Cristierno III se vieron mucho despues, porque él tuvo paz en lo interior de su reino, y la transmitió á su hijo.

A este, llamado Federico II, le da la historia el mismo caracter de su padre. Las circunstancias en que se hallaron son semejantes, á escepcion de que el hijo completó lo que su padre habia empezado. No brilló por los talentos militares; pero supo escoger escelentes almirantes, y buenos generales de tierra: tuvo sus reveses y sus fortunas en la guerra con la Suecia, que duró casi todo su reinado. No obstante, se dice que en su tiempo fueron felices los dinamarqueses, ó porque los horrores de la guerra se detuvieron en las fronteras, ó porque el mar fue con efecto el teatro de casi todos los combates. Tuvieron en esta guerra gran parte las ciudades anseáticas, reclamadas por las dos naciones. La ciudad de Lubeck conservaba todavía mucho de su antiguo poder. Se cuenta que en los bellos dias de su gloria se lisongeó de la conquista de Dinamarca; pero lo que mas admira es que vendió este reino á un rey de Inglaterra, dándole este á cuenta otro. Federico mantuvo la balanza entre estas ciudades comerciantes, y tomó tal ascendiente, que este le dió influencia en los negocios de Europa; y sus respetos á los privilegios y propiedades de los vasallos le aseguraron su afecto y estimacion. 1558.

Once años de edad tenia su hijo Cristierno IV, y le nombraron cuatro regentes, que no solamente se aplicaron á hacer el gobierno útil á la monarquía, sino que se picaron de una noble emulacion entre 1588.

sí sobre dar educacion al pupilo, en lo cual nada se omitió, porque de todas partes llamaron los maestros mas capaces de formarle el espíritu y el cuerpo. El suceso escedió á sus esperanzas, pues á la edad en que un príncipe apenas sabe seguir un discurso, ya se hallaba en estado de dictar ó describir las instrucciones á sus ministros, y de responder á los embajadores en sus idiomas; y en los egercicios corporales habia adquirido gran destreza, de la cual daba con mucho gusto pruebas en público.

Le provocó el rey de Suecia; pero por fortuna ocupaban los dos tronos príncipes que se estimaban. Se vieron pues, se esplicaron, y arrojaron las armas. Hubiera sido el reinado de Cristierno uno de los mas pacíficos sino se hubiera mezclado en los asuntos de la Alemania; pero el vil interes que tomó en ellos causó poco antes de morir un rompimiento con la Suecia; y aunque se finalizó con una paz, que no carecia absolutamente de ventajas, fueron las hostilidades muy perniciosas para Dinamarca, pues debilitaron su marina y arruinaron su hacienda.

Para su restablecimiento habia formado Cristierno un proyecto que pareció quimérico por ser muy vasto. Consistia este en trasladar á Dinamarca el comercio de Levante, y sobre todo el de Persia por los rios que desembocan en el Báltico. Se trataba de abrir un canal atravesando una legua de tierra del Holstein para no pasar por el estrecho del Sund, é impedir que los estrangeros inquietasen este comercio. Le puso Cristierno por obra; pero era este uno de aquellos proyectos que solo tienen buen éxito á largo tiempo, y es fortuna, cuando del todo no se arruinan. Ya hemos visto

mudar el comercio su curso por medios menos costosos. Por lo demas podia esperarse mucho de la actividad de Cristierno, y de su constancia en las resoluciones una vez tomadas. Conservó hasta una edad avanzada el ardor y vehemencia de su juventud, y por desgracia estaba sujeto tambien á las mismas pasiones. La que tenia á las mugeres ha marchitado un poco su reputacion; pero no puede negársele la gloria de haber sido un monarca constante, guerrero, iutrépido, y un príncipe de grande ingenio, generoso y magnánimo.

Federico III, digno hijo de Cristierno IV, 1648.
mostró igual habilidad en el gobierno y en la guerra. Dos rasgos principales de su reinado acreditan sus talentos en ambos géneros. Tuvo que pelear con un monarca, cuyas hazañas por sí solas podian hacer famoso á su competidor. Este monarca era Cárlos Gustavo rey de Suecia, que enseñó á sus soldados á desafiar los elementos, á convertir en campo de batalla un sumidero cubierto con el hielo, y á hacer que las estaciones y sus metéoros sirviesen á la egecucion de sus proyectos. Estaba esperando navíos de transporte para atravesar el estrecho que le separaba de Dinamarca: sobrevino una helada fuerte, y á la cabeza de sus tropas avanzó sobre el mar que se habia puesto sólido: atacó á los navíos dinamarqueses que estaban presos por el mismo hielo: este se abrió, y se tragó el mar tres regimientos. Poco importó esta pérdida á aquel conquistador: pues los demas pasaron y llegaron con él delante de Copenhague.

Allí esperaba Federico á Cárlos Gustavo, dotado del genio y valor propios para aquellas circunstancias. Sin precipitacion ni demora, siempre

pronto á obrar por sí mismo, velaba sobre las medidas que debian tomarse para preparar los sucesos y aprovecharse de ellos: tenia arte para que fuesen corriendo á los peligros los que por su profesion estaban separados de estos, para hacer que sufriesen con alegría las fatigas, y para inflamar los espíritus en un zelo patriótico. De este modo hizo soldados intrépidos á los ciudadanos de Copenhague, y combatieron estos á pie firme en simples barcas contra los navíos de los sitiadores, arrojándose al medio de los fuegos. Sus mugeres y sus hijos animaban su ardor con el egemplo de la reina, que con su presencia les daba aliento. Con afectuosa ternura la veian seguir á su esposo sobre la brecha, y proveer igualmente á las necesidades de los combatientes y de los heridos. Apenas hay género de heroismo, de que no nos diese egemplares aquel memorable sitio. El rey, despues que se retiraron los suecos, premió el valor y fidelidad de los ciudadanos con privilegios bien merecidos.

El estado en que se halló el reino por la paz que se hizo de resultas de este sitio, abrió los ojos para ver los vicios del gobierno y buscar los modos de remediarlos. Se habia realizado lo que dijo Lutero cuando el rey quitó los obispos, pues la nobleza habia llegado á conseguir un poder muy pernicioso para el pueblo. Por todas partes habia tomado á renta los bienes del clero, sujetos al dominio real; y de rentera se habia hecho insensiblemente como propietaria. Con el pretesto de sus antiguas prerogativas se negaba á pagar los impuestos con que en otro tiempo estaban gravados aquellos bienes, y así venia á recaer sobre el pueblo toda la carga. Es verdad que todavía se conserva-

ba una especie de obispos y de clero; pero como estaban despojadas de sus riquezas las prelacías, no las pretendian los nobles, y así recaian en ciudadanos, de cuya influencia se desdeñaban los nobles. No obstante, un ciudadano, obispo de Copenhague, llamado Juan Suano, se propuso abatir el coloso heráldico ó la nobleza, y se unió para ello con Juan Nausen, negociante, y cabeza del orden de los ciudadanos, que era hombre capaz de formar una grande empresa y de egecutarla.

Estos dos hombres, con muchos de su clase que se les asociaron, meditaron el modo de precisar á la nobleza á soportar con la debida proporcion las cargas del estado; y observando que si se la señalaba impuesto no dejaria de exentarla el senado, como que se componia de nobles, concluyeron que era preciso empezar por debilitar el senado. ¿Mas cómo habia de ser esto? Pensaron pues que se conseguiria dando estension á la prerogativa real, y sentándola sobre bases tan sólidas que no tuviese que temer movimiento alguno.

Las circunstancias eran favorables, porque se hallaba la dieta congregada en Copenhague, y los habitantes estaban enteramente entregados al rey y á la reina, cuyas grandes prendas admiraban, y acababan de esperimentar su bondad durante el sitio. Habia una semilla de discordia entre los ciudadanos y la nobleza. Estaba esta muy zelosa de los privilegios concedidos á los ciudadanos; y estos acostumbrados á las armas, y orgullosos con sus victorias, no podian ver que les envidiasen las gracias que tanto habian merecido.

A la primera sesion de los estados, pusieron los confederados en la secretaría un memorial, que

contenia su sentir sobre los medios de ocurrir á las necesidades del reino con un impuesto general. La nobleza pretendió al principio exentarse: despues convino en sujetarse con ciertas restricciones, y solamente por dos años.

Persuadida á que habia hecho suficientes sacrificios, y que no podian pedirla mas, dispuso por su parte un memorial de quejas, en el que insertó algunos rasgos picantes contra los populares; pero los dos órdenes iban obrando mientras ellos gastaban el tiempo en sus apasionados escritos, y se declaró que las contribuciones, segun se habian propuesto, aunque las admitiese la nobleza sin restriccion, no eran suficientes, y así el mejor medio era dar en renta al que ofreciese mas los feudos y dominios de la corona, que hasta entonces habia tenido esclusivamente la nobleza con retribuciones muy moderadas. La nobleza, herida en lo mas sensible, se quejó vivamente: hubo personalidades aun en la misma sala de los Estados; y fuera se miraban muy mal los diputados de las diferentes órdenes. Encontrando un noble á un ciudadano notable que salia del palacio del rey, le dijo descortesmente: " ¿Qué ha tenido vmd. que hacer ahí? " y mostrándole con el dedo, sin esperar la respuesta, la torre que servia de prision de estado, añadió: " ¿Conoce vmd. aquel lugar, y para lo que está destinado? " El ciudadano sin contestarle le mostró la torre de la iglesia principal, en donde estaba la campana con que tocaban al arma, y con cuyo sonido se podia juntar en un instante el paisanage contra la nobleza.

Mientras estaba todo en fermentacion esperaba Federico los sucesos, ó por mejor decir, los di-

El Noble y el Notable.

Preguntó con ceño un Noble á un Notable que salía del Real palacio: ¿Que ha tenido U. que hacer ahí? y con ademan amenazador le señaló la torre-prision de estado; pero sin contestar el Notable le señaló en la torre de la iglesia la campana de alarma con que podia convocarse al pueblo contra la nobleza. Los nobles orgullosos se adquieren los desprecios en vez de los respetos que les deben los populares.

T. J. Vingaud. de ag. fte.

Jf. Benifaz de Ven.

rigia muy sosegado en su palacio. No hay duda en que se hallaba bien instruido en el proyecto de las dos órdenes, y menos en que le agradaba, pues se trataba de darle un poder absoluto, y declarar la corona hereditaria en su familia; pero como el paso era resbaladizo, caminaba el rey con la mayor precaucion, y ni aun dejó que se propusiese la cuestion en la sala de los Comunes, hasta que las cabezas le hicieron ver que ya estaban en estado de que todo se decidiese á su gusto; y con efecto se adoptó unánimemente la proposicion.

Sin dejar que se entibiase este primer calor, se encaminaron las dos órdenes hácia el lugar de las sesiones de la nobleza, acompañadas de un tropel inmenso de pueblo que con sus aclamaciones manifestaba el contento. En un discurso sucinto, pero enérgico, hizo Nausen la pintura de los males del estado, añadiendo lo mucho que debia este al rey; y representando que solo el que le habia salvado era el que podia conservarle: concluyó con espresiones de reconocimiento, y de la necesidad de hacer hereditaria la corona en la familia de Federico. Aseguró que este era el deseo de las dos órdenes y su voto: presentó esta resolucion firmada de todos los miembros á la nobleza, y así la empeñó en concurrir con su consentimiento.

El orden Ecuestre, que no esperaba resolucion tan pronta y decisiva, respondió como vacilando: "Que no se negaba á hacer tan buen presente al rey y á su posteridad; pero que deseaba se mirase obra tan grande con prudencia y madurez para evitar cuanto pudiese dar á esta determinacion el aire de una revolucion hecha con violencia." Los nobles, entre tanto que detenian á

los otros dos órdenes con sus discursos, enviaron á sondear el pensamiento del rey, y á saber si se contentaria con que la corona fuese hereditaria en la línea masculina, pues con esta condicion estaban prontos á acceder al voto de los dos órdenes. Respondió el príncipe: "Que estimaba sus buenas disposiciones, y que esperaba que nunca la pesaria á la nacion de lo proyectado á favor de su familia; pero que no podia menos de decir que lo que ellos querian hacer no seria de su gusto, sino se estendia á las mugeres el derecho de suceder en el trono." Durante este secreto mensage estrechaban los dos órdenes á la nobleza, y por último declaró Nausen, que pues los órdenes habian tomado su resolucion, si no queria la nobleza ceder, iban á ver al rey, que los estaba esperando; y fueron con efecto.

Los recibió el monarca muy afable; y agradeciendo su buena voluntad, dijo: "Que no rehusaba la oferta; pero que era preciso el unánime consentimiento y el de la nobleza, que era condicion necesaria: que nunca olvidaria el zelo y afecto que manifestaban, y que así continuasen sus juntas hasta que sus intentos llegasen á una feliz conclusion con la reunion de los tres órdenes."

Sabia muy bien el rey que tenia en su mano los medios de acelerar el asunto; porque los ciudadanos de Copenhague, aguerridos durante el sitio, todos estaban por él, y entre los nobles y senadores habia sugetos con quienes podia contar. Entre tanto que se detenia y deliberaba el mayor número de los nobles, y en el momento en que asistian juntos á la ceremonia de los funerales de uno de ellos, les fueron á decir que habian cerrado las

puertas de la ciudad, y no se permitia salir á nadie. Con esta noticia se llenó la asamblea de pasmo y de terror, y envió diputados al rey para saber el motivo de aquella novedad; pero él les respondió: "Que se habia dado aquella orden con motivo de la evasion furtiva de algunos de ellos, y rezelando que los imitasen otros para romper los Estados; pero que podian continuar con seguridad en sus deliberaciones."

Estas no fueron largas. Despues de una breve consulta enviaron los nobles á decir, así al rey como á los otros órdenes, que estaban prontos á egecutar lo que se les habia propuesto, y á subscribir en todo á la voluntad de S. M. Desde aquel punto se ocuparon en el cuidado de dar á la revolucion todas las señales y caracteres que la podian hacer solemne y durable; y porque el rey en adelante habia de ser absoluto, rompieron las actas que restringian su autoridad, aunque en otro tiempo las habia jurado. Le prestaron nuevo juramento de fidelidad; y él, despues de cierta ciencia y pleno poder, sin el concurso de otro alguno, arregló todas las partes del gobierno, principalmente la forma de sucesion, y dió lo que se ha llamado *la Ley Régia.*

Desde 1660, que es la época de este suceso, 1660.
se mira la Ley Régia como el código de la nacion, en cuanto á la sucesion y poder del monarca. Añadió Federico unas ordenanzas, cuya prudencia y moderacion son tales, que ninguno ha tenido de qué quejarse. Ya tenia la estimacion de la nobleza; pero la ganó el afecto, así como poseia el de los otros dos órdenes. El mayor elogio que jamas ha merecido un rey, es tal vez la reu-

nion de los votos en iguales circunstancias; y para concluir diré: "Que fue un príncipe que con las virtudes morales juntó los talentos políticos. Así que se vió con el poder absoluto, moderó la pasion de gloria y fama que habia manifestado antes emprendiendo algunas pequeñas guerras, y se aplicó á restablecer con su egemplo la modestia en los adornos, y la frugalidad de la mesa; á poner en buen órden la hacienda, y alentar el mérito, el comercio y la industria; á premiar á los que le habian servido fielmente, á corregir los abusos, proteger los oprimidos, y aliviar á los necesitados; y por último á mostrarse padre de sus vasallos y amigo del género humano."

1670. La posteridad de Federico ha seguido sus pisadas. Su hijo Cristierno pasa en la historia por uno de los mejores monarcas de Europa: valeroso, prudente y afable. Solo le tachan de demasiadamente desconfiado de sus talentos, y de haber dado mucho poder á sus ministros; pero cuando abusaban de él, los castigaba rigorosamente. Sabia la mayor parte de las lengua modernas: le agradaban las ciencias: habia hecho progresos grandes en la parte militar de las matemáticas; y los descubrimientos que en este punto hacian otros, hallaban en él acogida favorable.

1699. Federico IV, su hijo, fue por mar y tierra mas afortunado que ninguno de sus antecesores; pero su prosperidad le hacia emprendedor y fácil á escuchar los proyectos exagerados de sus cortesanos, á quienes distribuia mas que generosamente el dinero del público.

1730. Su hijo Cristierno VI, aunque ha pasado por avaro, muy lejos de establecer nuevos impuestos,

suprimió algunos de los antiguos. Habia uno bien oneroso sobre el aguardiente; y los tratantes, advirtiendo que el rey queria abolirle, imaginando tal vez que lo hacia porque no producia bastante, ofrecieron aumentar la renta; pero respondió Cristierno: "Demasiado produce ya, pues mi pueblo se queja de las exacciones que ocasiona;" y le suprimió.

Al subir al trono Federico V, sucesor de Cris- 1746.
tierno, resolvió pagar las deudas de la corona: los principales acreedores del estado quisieron separarle de esta intencion, y ofrecieron disminuir el interes si este le parecia demasiado. Respondió el rey: "El dinero que yo pudiera guardar en mis cofres no traeria al público utilidad alguna; pero si yo le entrego me harán grande servicio mis vasallos en tomarle prestado con muy corto interes, y los veré estender su comercio y conservar sus manufacturas." Fue este príncipe benigno y pacífico, dos veces casado, y tuvo de su primera muger, Luisa de Inglaterra, un hijo y tres hijas. De la segunda, María de Brunswick, á la cual dejó jóven, tuvo un hijo llamado Federico. Aun vivia Sofía de Brandembourg su madre cuando él murió.

Cristierno VII que le sucedió se hallaba en los 1766.
diez y siete años de su edad. Encantaba con las gracias naturales de su figura, é interesaba con las de una elocucion fácil, limpia y corriente. Su afabilidad, prenda ordinaria de la juventud, y la esperanza que siempre inspira un reinado nuevo, llamaron á la corte las diversiones que habia retirado de ella la austeridad del rey difunto, y se aumentaron mas con la llegada de la princesa Carolina

Matilde, hermana del rey de Inglaterra, con quien se casó Cristierno en el mismo año que subió al trono. Se hallaba esta señora en la edad de diez y seis años; y á unas facciones regulares juntaba una blancura que deslumbraba. No obstante, la trataba con frialdad su esposo; y reprendiendole por esto su abuela, la reina Sofia, la respondió: "Que no era del buen tono manifestar amor á su muger:" respuesta que le habrian sin duda inspirado los jóvenes aturdidos y libertinos con quienes habitualmente se acompañaba. De noche y de dia se entregaba con ellos, aun en las calles de la capital, á turbulentos placeres, que muchas veces le pusieron en riesgos.

Para romper, si fuese posible estas inclinaciones, le empeñaron en viajar; y dos años despues de su casamiento dejó á su esposa, que acababa de darle un hijo, y partió á Inglaterra. Se detuvo allí poco; no hizo mas que pasar por la Holanda, y se entró en Francia. Su llegada á Paris escitó una especie de entusiasmo, y se llevó las atenciones de la corte y de la ciudad. Todos estaban pasmados, dice un escritor de aquel tiempo, de ver en un monarca del Norte un aire delicado, un talle suelto y modales casi finos.

Cuando se disponia para ir á Italia recibió noticias que le hicieron volver de repente á su reino. Creyeron unos que le llamaron razones políticas, otros que las desavenencias entre las tres reinas. Lo que parece es, que la reina viuda María de Brunswick, madrastra del rey, que hasta entonces se habia mostrado tímida y reservada, y solo cuidadosa de la educacion de su hijo, era en el fondo resuelta, emprendedora, y capaz de aventurarlo por do-

minar. La jóven reina Carolina abusaba tal vez de las distinciones de su clase con un rival que no habia tenido tiempo todavía para olvidarse de las suyas. La reina Sofía se hallaba algunas veces sin saber qué hacerse entre las dos; pero la llegada del rey puso en su lugar las pretensiones de todas, y apareció que se habian concordado.

Habia llevado el rey en sus viages, y traia consigo, un médico llamado Struenzee, á quien trataba como favorito. La reina, desechada de su marido en los primeros momentos de su union, recibia casi siempre con indiferencia, y dominada por un temperamento de fuego, buscaba alguno que la vengase de sus desdenes. El palacio de su marido no la ofrecia señor alguno propio para este esceso de osadía, porque sería muy fácil de penetrar el secreto de su intimidad con ella. Imaginó pues que la profesion de Struenzee, que le daba el privilegio de ser admitido á todas horas, podria ocultar á los cortesanos un amoroso comercio.

Estaba Struenzee en la flor de su edad, y era bien formado, hermoso, galan y espirituoso. El amor hizo á Carolina olvidar la distancia que habia entre una soberana y un médico. Le manifestó deseos, que él fue cultivando y aumentando por aquellos medios que nunca faltan á un jóven voluptuoso con una muger apasionada. Tanto se supieron las circunstancias, que se dice hasta el tiempo de la poco disputada victoria de este médico.

Habiendo llegado los dos amantes á este estremo, ya no observaron precauciones, y todos los lugares y momentos eran buenos. Procuró no obstante Struenzee inspirar alguna prudencia á la reina; pero todas sus persuasiones se perdieron, y aun

él se dejó arrebatar de la pasion. Para ocultar su trato resolvieron retirar, así de hombres como de mugeres, á todos aquellos cuya curiosidad pudiera inquietarlos. Todavía duraba el favor de Struenzee para con el rey; y se valió de él con una audacia que pasma. Procuraron los cortesanos investigar las causas de un favor tan imperioso, que todavía cuidaba de animar mas la reina; empezaron las sospechas; y comunicandoselas unos á otros pasaron á persuasion.

Cayó Struenzee en la imprudencia de chocar con los ministros, haciendoles dificil la entrada para ver al rey, en la de descontentar á la guardia de infantería, y en la de dar la plaza de gefe de la guardaropa á un amigo suyo llamado Brandt, hombre obscuro, y únicamente conocido por haber ocupado un empleo de subalterno en los espectáculos. Entre las personas cuya entrada en palacio le incomodaba, tenia particular aversion á un oficial llamado Keller, que se hallaba estrechamente unido con el conde de Rantzan, uno de los principales del reino, y era muy estimado de la reina María. A este maltrataba ya con el gesto y ya con las palabras. Tenia por otra parte esta señora muchos motivos de queja por el modo de portarse la reina jóven, que á fuerza de malos tratamientos hubiera querido que esta continua observadora se determinase á dejar la corte. La reina Sofía, que con sus acertados consejos y la autoridad de sus años pudiera prevenir ó cortar los desórdenes de la esposa de su nieto, murió cuando esta princesa dió á luz una niña.

No tuvo el rey de la legitimidad de la niña las mismas ideas que el público; y continuaba di-

tido en los mismos entretenimientos pueriles que le ocupaban antes de su viage; pero otros tenian por él las sospechas; y el deseo de vengar el ultraje hecho al honor del monarca los movió á lo que emprendieron.

No se sabe cuáles fueron los preparativos secretos para una accion tan arrojada; y lo que únicamente se sabe es que habia muchos malcontentos, aunque no se ven otros agentes directos en la empresa que la reina María, el conde de Rantzan y Keller.

En 17 de febrero de 1772 hubo un baile de máscara en la corte; y fuese casualidad, ó bien que le tocaba por su turno, estaba de guardia el regimiento de Keller. Salieron el rey y la reina del baile; y cuando les pareció que ya estaban acostados, juntó Keller sus oficiales, y les dijo: "Que tenia órden de arrestar á la reina Carolina, á Struenzee, á Brandt y sus amigos. Creyeron aquellos oficiales á su gefe sobre su palabra, y no les ocurrió pedir que les manifestase la órden. Mandaron tomar las armas, y los soldados siguieron á Keller al cuarto de la reina María, en donde estaba el conde de Rantzan. Fueron todos tres al cuarto del rey, le despertó la reina, y le presentó para que la firmase la órden de poner preso á Struenzee y sus cómplices. Se detuvo el rey; mas al fin se determinó, y firmó. Al punto le pidieron otra órden para arrestar á la reina; pero á esto resistia con calor, hasta que le asustaron tanto con una supuesta conspiracion que le dijeron iba ya á romper, que cedió, y escribió toda la órden de su mano, como para su seguridad lo pedian todos tres. 1772.

Al instante se puso en egecucion. A Struenzee,

á su hermano, á Brandt y otros personages mas obscuros, sorprendidos y sin defensa los llevaron á la ciudadela de Copenhague. La reina Carolina, despertada con sobresalto, manifestó mas sentimiento por su amante que por sí misma. Fue corriendo casi desnuda á su habitacion: le llamaba á gritos, se desesperaba; y á no haberla detenido, se hubiera arrojado por una ventana. Como se defendia con violencia, y se aseguraba de Keller sin dejarle, mandó que entrasen los soldados, se la llevasen á un coche que tenian preparado, y la transportaron al castillo de Cronembourg.

El medio de que se habia valido la reina Carolina para que su esposo nunca fuese instruido de su conducta, habia sido rodearle, en cuanto pudo, de personas que estuviesen de su parte; pero lo mismo hizo luego la reina María para asegurarse del rey: pues no solo retiró todos aquellos y aquellas que pudieran hablarle en favor de su esposa, sino que le tenia en una especie de cautiverio, sin que él mismo lo advirtiese; porque sus carceleros, si se me permite esta espresion, le dejaban sus ordinarias diversiones. Temiendo sin embargo que Cristierno, atendido su carácter, cayese en algun sentimiento de indulgencia para con su esposa, resolvieron separarlos para siempre con un divorcio.

El proceso ni fue largo ni dificil, porque habia demasiadas pruebas, y por otra parte Carolina convino en todo así que la leyeron la confesion de Struenzee. A este le castigaron con el último suplicio, y lo mismo á Brandt, aunque no se le podia acusar sino de no haber revelado el secreto de su amigo, que se le habia confiado una sola vez.

Declarado el divorcio ofreció el rey de Inglaterra asilo á su hermana en los estados de Hannóver, en lo cual consintió la corte de Dinamarca. Pasó Carolina en un castillo aislado, en medio de los bosques, una vida triste, hasta que se la quitó una calentura maligna á los veinte y cinco años de su edad, cuando tal vez estaba para volver á la gracia de su marido, pues se comunicaba con él por cartas, sin que la reina María lograse saber del rey, aunque en todo lo demas le dominaba, quién era el agente de aquella misteriosa correspondencia que habia sorprendido ella misma. El descubrimiento de este secreto, por coincidir con la muerte de la reina Carolina, ha hecho creer que la dieron veneno.

Debe observarse que ningun reino ha sido mas feliz en reyes que Dinamarca. No contando con que arruinaron la verdadera religion por enriquecer la corona con los bienes de la Iglesia, admira que entre tantos monarcas hayan sido pocos los que no han merecido el trono. Los que opinan que para los mejores reyes son preferibles las monarquías electivas, observen que desde que la corona de Dinamarca es hereditaria, la han tenido los mejores príncipes sin mezcla de malos. Tan grande es la diferencia entre mirar el reino como patrimonio para sus hijos, ó considerarse como únicamente usufructuario y sin esperanza para su familia.

SUECIA.

La Suecia apenas ofrece mas que dos estaciones, la de invierno y la de verano. La primera dura los dos tercios del año, pero en ellos el cielo

:

está hermoso, porque el aire puro, la luna, la nieve y los crepúsculos hacen las noches menos largas y mas claras. El verano es muy caluroso, pero goza de la misma serenidad. El suelo está como sembrado de lagos, bosques y montañas, que ocultan minas de hierro, de cobre, y aun de plata y oro. La que entre estas merece mas la curiosidad es la de Sala. Se baja á ella en un medio tonel, pendiente de una maroma; y en subir se tarda como media hora. En esta especie de tonel se va en compañía de un hombre ennegrecido con el humo, que lleva una antorcha de opaca luz, y va entonando de cuando en cuando una cancion con voz lúgubre. En el camino se esperimenta un grande frio, y al rededor corren arroyos, cuyos ecos multiplican el ruido de su caida. Se llega por fin á un grande subterráneo, en el cual se ven casas dispuestas en línea, como en una ciudad: allí hay una Iglesia, un riachuelo de agua dulce; y la bóveda, sostenida por columnas, que parecen incrustadas de plata, y reflejan hácia todas partes una luz resplandeciente. Esta es la pintura que de esta caverna subterránea nos hacen los viageros. ¿Si habrán hecho lisonjero el retrato para que no les den en rostro por haberse tomado tanto trabajo para una cosa de poca importancia?

La Laponia, provincia de Suecia, presenta un horrible aspecto. Allí dura el invierno diez meses: aunque en los otros dos el sol apenas se pone, y toda la tierra se cubre de plantas y de flores como de repente; pero al mismo tiempo se levantan nublados de crueles moscas que ponen á los lapones en precision de llevar al rededor de sí un humo espeso. Viajan en trineos, de los cuales tiran los re-

nos, especie de ciervos, que algunas veces corren en un dia treinta leguas.

La Suecia es monarquía con alguna sujecion á los estados, que todos los años se congregan, y en ellos suponen algo los paisanos, como que forman un órden. Hay un senado siempre subsistente: la economía del gobierno está bien arreglada: las leyes son sabias; y así citaremos una sola, que es la perteneciente al duelo ó desafio. Este se castiga con la muerte del que sobrevive, y los dos quedan deshonrados. Si no muere ninguno, á ambos los encierran, y los tienen por dos años á pan y agua. Por esto si se da queja en los tribunales condenan al agresor á una satisfaccion pública: freno muy útil en una nacion irascible y demasiado delicada.

Los anales suecos se remontan mas allá de nuestra Era comun; pero hasta que se estableció el cristianismo á mediados del siglo IX, apenas contiene sino fábulas mas ó menos absurdas; y aunque hay una serie de reyes, no se hallan datas fijas ni sucesion cierta. Tan exageradas están en la historia sus bellas cualidades como sus vicios. Como siempre los hombres han gustado de lo maravilloso, de aquí proviene que en vez de atribuir los grandes hechos de sus monarcas al valor ó la capacidad, nos los presentan los analistas suecos como resultados de operaciones mágicas.

Sus primeros reyes casi todos se nos describen como hechiceros, y así cuando no podian sus soldados pasar por una montaña la quitaban de delante: si los detenia un rio, con solo estender la mano le secaban ó le hacian volver atras: con un soplo derribaban los árboles de los bosques; y si

necesitaban de una calma ó de una tempestad, en hablando obedecian á su voz los elementos. Estos mismos hechiceros en muriendo se convertian en dioses. Los motivos de sus guerras rara vez eran los de conquistar paises; porque en aquellos climas helados eran pocos los atractivos, y sobraban las tierras. La guerra se hacia por un tesoro que habia juntado un rey avariento, ó por la mano de alguna bella princesa prometida al mas valiente. Parece que la caballería nació en aquellos paises salvages; á lo menos es preciso reconocer que en ellos eran comunes los escesos de esta asociacion estravagante, como provocaciones, buscar las aventuras, hacer hermandad de armas, y los pactos de amistad á muerte ó á vida.

Tal es el de Hunding con Hading, rey de Dinamarca. Despues de muchos combates inútiles, en que derramaron arroyos de sangre, y agotaron el tesoro de las dos naciones, abjuraron los dos príncipes el odio con que se miraban, y se prometieron una amistad eterna, en la cual fue condicion principal que cuando alguno de los dos tuviese noticia de la muerte del otro, se habia de matar á sí mismo. Mientras el rey de Suecia estaba en su corte disfrutando las dulzuras de una vida tranquila, despues de la fatiga de sus hazañas, le dijeron que ya el rey de Dinamarca no vivia. Hunding, sin examinar la verdad de la noticia, juntó su corte: dió un gran convite, y al fin se arrojó á un tonel de hidromiel, y se ahogó allí. Hading supo con dolor la muerte de su amigo; y aunque pudiera regatear sobre los motivos del suicidio, que debieran pesarse mas, solo miró á la obligacion del pundonor en cumplir la palabra de no sobrevivir á su

amigo: juntó su corte, dió un gran convite, y se ahorcó á presencia de todos.

En 853 se convertian á la religion en tropas los suecos: el monge Anschairo, enviado por Luis el *Afable*, los bautizaba á centenares; pero su fe estaba un poco pendiente de las circunstancias. Sucedió una hambre que desolaba el reino cuando estaban en el fervor de la conversion; y persuadido el pueblo á que aquel azote podia venir del enojo de sus antiguos dioses, irritados por el abandono de su culto, quiso precisar á Olao su rey á que se les ofreciesen de nuevo sacrificios, y rehusandolo el monarca le quitaron la vida En aquellos tiempos todo era escesos; y si un rey era muy piadoso, su sucesor era hechicero: el uno respetaba á los misioneros hasta adorarlos: el otro los mataba: mientras en un territorio despojaban las iglesias, en otros las hacian dones exorbitantes. Los eclesiásticos que envió Ethelredo, rey de la Gran Bretaña, juntaron una ofrenda de seiscientos marcos de plata en solo una misa; y así no debe admirarse que el clero de Suecia llegase á ser tan opulento, y por consecuencia necesaria tan poderoso. No siempre fue voluntaria la sujecion á la religion; pues se hallan persecuciones contra los que no querian abrazarla, y vengadas estas persecuciones con la muerte de los reyes que las autorizaban. Por estas alternativas en la historia eclesiástica de Suecia se ve tanta confusion como en la civil. Para poner en una y otra algun órden, empezaremos por la época que igualmente conviene á las dos.

En 1141 reinaba Erico, por sobrenombre el *Santo*. Fundó muchos monasterios, publicó admirables leyes, y las hizo observar exactamente. Pero 1141.

como nada se libra de la mordacidad de los críticos, suponen algunos que en su reinado degeneró la religion en supersticion, la justicia en rigor, y aun en crueldad. Poseia Erico el trono por un compromiso con Cárlos hijo de un rey que le habia precedido, y era yerno del rey, antecesor de este. Sus virtudes le dieron la preferencia, bien que con la condicion de que en muriendo recaeria en Cárlos la corona.

1160. Muerto Erico tuvo Cárlos que vencer algunas dificultades para ocupar el trono que le pertenecia por la estipulacion, y provinieron estas de haberse sospechado que habia contribuido á la muerte de Erico cuando le mataron en una batalla. Quisieron que sucediese á Erico su hijo Canuto Ericson. No obstante, se llevó Cárlos la corona; y Canuto, por temor de su resentimiento, se salvó en Noruega. Era Cárlos muy afecto á la Santa Sede, que le habia ayudado á sentarse en el trono; y en reconocimiento concedió al sumo pontífice toda la herencia de los suecos que no dejasen hijos, y parte de los bienes de los que los dejaban.

1168. Viéndose Cárlos bien establecido en el trono no temió la competencia de Canuto; y así le convidó á que volviese, prometiendole el título de heredero presuntivo de la corona; pero el fiero Ericson despreció el presente de mano de aquel á quien miraba como asesino de su padre. Volvió á Suecia, pero capitaneando un egército que habia levantado en Noruega. Hizo prisionero á Cárlos, y le condenó á muerte; pero no se sabe si este juicio fue obra de la justicia ó de la ambicion; pues no está libre Canuto de la presuncion de haberse dejado dominar de esta pasion, y de que no era muy escrupu-

loso en los medios de satisfacerla. En lo demas pasa por un gran rey, y hace una honrada figura en los anales suecos.

Le sucedió su hijo Suercher, con la condicion de que por su muerte habia de pasar el cetro á Erico, hijo de Cárlos; y para confirmar esta disposicion se casó Erico con la hija de Suercher, y nombró por heredero, sin duda por no tener hijos, á su cuñado Juan, hijo de Suercher, y á este le sucedió el hijo de Erico X, que fue Erico XI. 1191. 1216.

A este, y á poco tiempo de haber subido al trono, le atacó una paralísis que le dejó sin uso un brazo y una pierna: le tocó en la lengua, y le puso tartamudo, que fue el sobrenombre con que le distinguiéron: y quedó con una especie de aparente inutilidad que no permitia formar de él alta idea; pero en realidad conservó claro su entendimiento, de lo cual dió pruebas en los casos bien dificiles. 1223.

Habia en Suecia una familia poderosa, llamada los Falkenger; esperando interesar la ambicion de esta familia con su bondad, dió sus hermanas á dos de ellos, y se casó él con una de sus hijas. Esto no obstante, el primogénito, llamado Canuto, que estaba dotado de una elocuencia seductora, y en esto era muy superior al tartamudo Erico, se hizo proclamar rey; pero no le ganaba en la capacidad ni en el valor, pues Erico le hizo prisionero, y mandó cortarle la cabeza. Tenia otro cuñado llamado Birger-Jerl, y se sirvió de él últimamente en la guerra. Cuando el rey murió eligieron á Valdemaro, hijo de Birger, y á este le declararon regente.

La familia Falkenger competia con la de Flockenger, no menos poderosa y ambiciosa. Birger,

declarado contra esta última, sorprendió á todos los de la familia y los degolló, á escepcion de uno llamado Cárlos. El regente conservó en cuanto pudo su autoridad, y no la cedió á Valdemaro hasta que murió. Segun parece habia dado parte de ella á otro hijo llamado Magno. Vivian los dos hermanos tan unidos, que partiendo Valdemaro en peregrinacion á Roma y á Jerusalen confió el gobierno de su reino á Magno, y este á su vuelta se le entregó con mayor fidelidad. Se introdujo entre ellos la discordia, y no hallaron los succos otro medio que repartir la Suecia entre los dos: mal espediente, y que causó una guerra civil. Perdió Valdemaro la corona: Magno se la llevó gloriosamente; y la retuvo con tal firmeza, que la trasladó á su hijo Birger por mas esfuerzos que hizo Magno por recobrarla.

1290. Tenia Birger once años, y le dió su padre por tutor y regente á Forkel-Canutson. Con la edad manifestó Birger buenos talentos, y con ellos se iban descubriendo fuertes zelos contra sus dos hermanos Valdemaro y Erico. Habia caido Magno en la falta de haber dado á estos unos mayorazgos, que los hacian tan poderosos, que pudieran declarar guerra al rey su hermano. No puede decirse bien de qué parte estaba el agravio; pero la suerte favoreció á los hermanos, pues hicieron al monarca prisionero, y no le dieron libertad hasta exigir de él tales privilegios, que convirtieron en soberanías verdaderas las tierras de sus mayorazgos.

Puesto ya Birger en libertad, pensó no solamente en recobrar su autoridad, sino en estender su venganza contra las mismas personas de sus hermanos. Siete años conservó esta perversa intencion

con el mayor secreto, y no hubo en todo este tiempo caricia y muestras de confianza que no emplease con ellos. De este modo fue reiterando diestramente de sus corazones toda sospecha, hasta que los atrajo á una fortaleza en donde él residia: los recibió el pérfido con las demostraciones mas amigables; pero aquella noche, cuando dormian el primer sueño, entró en el cuarto con una tropa de satélites. Al punto se apoderaron de Valdemaro: quiso Erico defenderse, y le hirieron en muchas partes. Birger los llenó de injurias, de burlas y desprecios: los hizo cargar de hierro y ponerlos en un calabozo. En él murió Erico por no curarle las heridas, y Valdemaro de hambre.

Esta atrocidad sublevó toda la Suecia, y no pudo resistir Birger á la conjuracion general. Fue á ponerse en salvo en Dinamarca por estar casado con una hija de aquel rey. La acogida que allí encontró, aunque demasiado buena todavía para un malvado, se redujo á frialdad é indiferencia. Habia dejado en Suecia un hijo llamado Magno; y era tal la indignacion contra el padre, que recayó sobre el hijo; pues aunque pareció á la Dieta que estaba inocente, le condenó en el odio del padre á perder la vida.

Pusieron en el trono á Magno, hijo del des- 1320.
graciado Erico, aunque no pasaba de tres años, y le dieron por tutor, con el título de protector del reino, á Kettlemunson, amigo de los dos hermanos asesinados. En su gobierno fue la administracion prudente, constante y política; pero llegó á ser caprichosa en el de Magno, el cual se dejó guiar de sus favoritos, y entregado á una juventud inconsiderada, empezó á manifestar á la Dinamarca pre-

tensiones altivas, que á nada menos se dirigian que á la soberanía absoluta. Malogradas sus demandas, se volvió contra los rusos, haciendoles una guerra desgraciada. Al mismo tiempo cargaba al pueblo de impuestos, empleando pródigamente el dinero en enriquecer á sus cortesanos, y entre otros á un jóven, al cual creó duque de Halland, al mismo tiempo que la reina le dispensaba otros favores que no deshonraban menos al rey.

El pueblo, resentido de esta mezcla de debilidad y tiranía, pasó del desprecio al odio. Los grandes, conociendo la incapacidad del rey, le propusieron que se redujese á vivir como particular, y diese sus dos coronas á sus hijos, á Erico, que era el mayor, la de Suecia, y á Hacquin, que era el segundo, la de Noruega. La reina, que tenia sobre su corazon mucho imperio, no le dejó entrar en este proyecto; pero le obligaron, y Erico fue elegido.

Se encendió la guerra entre padre é hijo, y se concluyó con la reparticion del reino entre los dos; pero descontenta la reina por no tener ya mas que la mitad de su autoridad, dió veneno á su hijo. Entonces recobró Magno su poder todo entero; pero conociendo su debilidad, y pasando de estremo á estremo, se entregó al rey de Dinamarca, á quien habia querido despojar, y le dió una de las mas bellas provincias de la Suecia, con la condicion de que le auxiliase en caso de necesidad. Esto indignó á los estados; y para evitar los efectos de la cólera de sus vasallos, se refugió Magno en Noruega, cuya corona habia cedido á su hijo Hacquin. Representaron los suecos á este príncipe las vivas quejas que tenian de la conducta de su padre, y le supli-

caron que no le dejase volver á Suecia. Hacquin, para no enojarlos, y temiendo cerrarse á *sí* mismo el camino para el trono de Suecia, convino en retener á su padre, y en romper toda conexion con Valdemaro rey de Dinamarca, cuya ambicion y nuevas maniobras temian los suecos; pero el mismo Hacquin, infiel á su palabra, se casó con la célebre Margarita, hija de Valdemaro. Irritados los suecos depusieron al padre, y declararon nulos todos los derechos del hijo á la corona de Suecia, dandosela á Alberto, duque de Mekembourg.

Se portó tan mal Alberto, y los alemanes que componia su corte y egército cometieron tantos desórdenes y robos, que los suecos, aunque detestaban el yugo dinamarques, quisieron mas sujetarse á este, que sufrir el de los alemanes. Margarita, todavía jóven, habia perdido á su marido Hacquin, que solo habia dejado un hijo llamado Olao, que murió jóven. Continuó su madre gobernando la Noruega con tal prudencia, que cuando murió su padre Valdemaro contaron los dinamarqueses por fortuna que recayese su cetro en la hija; ademas de que la pertenecia por haber muerto los otros hijos de Valdemaro. Mostró Margarita la misma capacidad en la administracion de este segundo reino; y teniendola los suecos por capaz de gobernar otro mas, la ofrecieron su corona; pero esta no fue solamente adorno de su cabeza, antes bien se valió como soberana de todos los derechos que la daba, y por renuncia de Alberto unió los tres reinos, segun el tratado de Calmar. Aunque se obligó á no preferir en sus cuidados un reino á otro, no pudo menos de mostrar su predileccion al de Dinamarca por ser herencia suya. Esta parcialidad

1365.

1387.

se advierte en el consejo que al morir dió á Erico, pariente distante, á quien nombró por sucesor: "La Suecia, le dijo, os debe sustentar, y la Noruega vestir; pero á Dinamarca es preciso tratarla como almacen de vuestros recursos en caso de necesidad."

1412 No hay pais que haya sido mas infeliz que la Suecia, por las mismas causas con que pensaban hacerle dichoso. De tiempo inmemorial estaba en guerra con la Dinamarca: ya habian corrido arroyos de sangre, y las paces no habian sido otra cosa que desgraciadas treguas para tomar aliento, y darse despues golpes mas mortales. Cansados los suecos se prestaron á la union de Calmar, mirandola como el medio mas propio para procurar para sí y para sus hijos el descanso que no habian gozado sus padres. Creyeron hallar en los reyes protectores las ventajas de un gobierno libre; pero desde el reinado de Margarita sintieron las estrecheces de la opresion, y en el de Erico haciendo esfuerzos para romper sus cadenas, solo consiguieron hacer mas sensibles sus contusiones. Apenas son creibles los males que oprimieron á la Suecia en el reinado de este príncipe indolente, y los escesos con que trataron á los suecos los insolentes gobernadores que enviaba. Ellos arruinaban la nobleza, obligandola á servir á su costa en las guerras de los dinamarqueses en el continente, y á rescatarse con su dinero cuando caian en manos de sus enemigos: ellos introdujeron á los dinamarqueses en las prelacías de Suecia, y repartian con los intrusos lo que robaban al clero. Uno de estos gobernadores, llamado Erikson de Westerans, se declaró enemigo jurado de los paisanos, de esta clase de hombres inocentes y laboriosos. Los hacia degollar por divertirse, y

los ponia en crueles tormentos: á uno los hacia ahogar con humo: á otros los salaba vivos, y los asaba. Se complacia en uncir las mugeres al arado, y picarlas como á bueyes.

No hay que estrañar que semejantes violencias, aunque reducidas á un territorio, escitasen una sublevacion general. El senado, con el cual guardaban mas atencion, dudó por algun tiempo sustraerse de la dominacion de Erico, principalmente porque veia, que no el deseo del bien público, sino la ambicion de colocarse en un trono casi desamparado, era la que empeñaba á los grandes señores en pretender una revolucion. A la cabeza de los competidores estaba Cárlos Canutson, gran mariscal de la corona; mas no le faltaron rivales, y entre otros su cuñado Nicolas Stenon. Se aprovechó de este conflicto el rey Erico; y despues de haberle depuesto solemnemente le restablecieron, suscribiendo á ciertas condiciones segun se las propuso el senado. Se aseguró lo bastante para traspasar su corona de Suecia á Cristóbal, que era su sucesor en Dinamarca. Este Cristóbal gobernó á los suecos con el cetro de hierro, y ya iban á deponerle cuando murió. Se congregaron en una dieta; y mientras pensaban en el partido que se habia de tomar sobre hacer rey, nombraron por regentes á dos hermanos, Bengt y Nils Jonson.

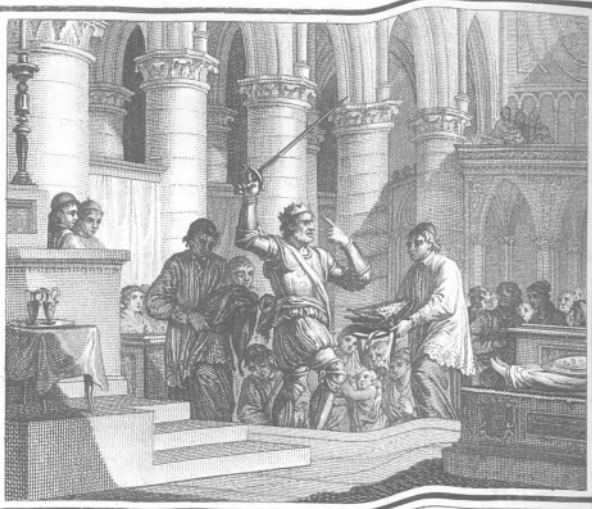
Canutson en estas circunstancias no se olvidó 1447.
de lisonjear tanto á los regentes que consiguió le nombrasen por rey, y al mismo tiempo ciñó su frente con la corona de Noruega que le ofrecieron, y de esta doble felicidad despertó el deseo en él de conseguir tambien la de Dinamarca; pero mejor le hubiera sido pensar bien en asegurar las dos pri-

meras. Hizo lo contrario, y ademas de la guerra desgraciada que emprendió contra la Dinamarca, se desavino con su clero, y el arzobispo de Upsal se declaró contra él abiertamente. En un manifiesto leido y fijado á la puerta de su catedral, le acusó de haber oprimido al clero y al pueblo, de que era herege, y de que daba todas las plazas á sus infames jóvenes favoritos.

Hecha esta proclamacion se entró el prelado en su iglesia: dejó los ornamentos pontificales, vistió una cota de malla, se puso la corona, y juró no volver á tomar el trage de eclesiástico hasta ver feliz á su reino: entendiendo por esta felicidad la espulsion de Canutson, que habia concertado con Cristierno I, rey de Dinamarca; y trabajó con tal eficacia, que fue fortuna de Canutson, encerrado en Stockolmo, poder huir con su tesoro, y pasarse á Dantcizk, y entonces dieron la corona á Cristierno.

1416. No tardó el arzobispo en recibir el castigo de su venganza; porque Cristiern, no hallando en él la docilidad que esperaba, le mandó arrestar y transportar á Dinamarca. Esta violencia le quitó al monarca la proteccion del clero, por lo cual hizo Cristierno entonces la corte al arzobispo su prisionero; y volvió á enviarle á Suecia aplacado y lisonjeado con la promesa de poner en sus manos toda la autoridad régia si él le conseguia el título. El prelado con esta esperanza hizo tanto, que despues de una sangrienta batalla se vió precisado Canutson, no solo á retirarse como antes, sino tambien á jurar no volver á tomar el cetro aun cuando se le ofrecieran.

Juramento de ambicioso, pues murió el arzo-



El Arzobispo de Upsal.

Resentido contra Canutson el Arzobispo de Upsal, se despojó públicamente en su Iglesia de los ornamentos pontificales; y vistiéndose una cota de malla, juró no volver á tomar el trage eclesiástico hasta que hubiese arrojado de Dinamarca á Canutson, que aspiraba á aquel trono. ¡La espada sustituida al cayado! ¡A la oracion la alarma! ¡Qué ciega es la venganza!

T. L. Enguid.s de aq. fte.

Jf. Fonseca sc.

bispo, y se olvidó Canutson del juramento. Recibió otra vez la diadema, y no tardó mucho en morir condecorado con esta insignia, que tan costosa fue para sus vasallos, pues la habian comprado con veinte y siete años de trabajos y desgracias. Nada ganó Cristierno con su muerte; porque la Suecia, cansada del yugo dinamarques, eligió un administrador ó protector de una de las principales familias llamado Steen-Sture. Su gobierno, que duró casi veinte años, fue muy agitado; pues aunque tenia de su parte al pueblo, el senado no estaba en su favor. Le acusaron, le depusieron, y le volvieron á restablecer en su dignidad. Tuvo el gusto de ver que los estados se sustrajeron de la autoridad del rey Cristierno; pero tuvo muy presto la pesadumbre de verlos reconocer de nuevo en el rey Juan un monarca dinamarques, á quien hubo de sujetarse tambien el protector renunciando á su dignidad.

Asistió Steen-Sture á la coronacion de este príncipe; y entonces se le advirtieron ciertas señales de su despecho, que daban á entender que no tardaria mucho en hacer los esfuerzos posibles por recobrar su autoridad y el asiento que le habian quitado. Así fue, porque valiéndose de los desaciertos de Juan supo manejar y fomentar á los malcontentos, en términos que volvieron á nombrarle administrador. Poseia esta dignidad cuando murió en 1504, y se la confirieron á Steen-Sture, descendiente como él de la familia que en otro tiempo habia llevado la corona; y muerto este en 1412 eligieron en su lugar al hijo de Steen-Sture, jóven de muy buenas prendas. 1483.

Cristierno II invadió la Suecia favoreciéndole 1519.

Gustavo Trollo, aquel arzobispo de Upsal que habia competido con Sture en la pretension al protectorato. El por sí mismo proclamó al dinamarques; y en una disposicion provisional consiguió Cristierno llevar en rehenes algunos miembros de los mas distinguidos de la nobleza, y entre ellos á Gustavo Vasa, que pasó con los demas á Dinamarca. No desconfió el administrador por la superioridad que daba al monarca dinamarques el haberse llevado tantas personas de importancia; antes bien sostuvo los derechos de la patria con valor; peleó, cayó, le sacaron los suyos de la batalla, y murió de las heridas; pero esta muerte proporcionó á Cristierno la egecucion del horrible proyecto que formó de oprimir la Suecia.

La política cruel de los tiranos es semejante al feroz instinto de aquellas bestias, que para devorar el rebaño acometen y matan primero á los pastores. Cristierno quitó la vida por mano del verdugo á los primeros de la nacion. Todo el senado fue llevado al suplicio á vista de los ciudadanos de Stockolmo, mirando todos la matanza sin manifestar la menor lástima. Los habitantes de los lugares no miraban en este suceso sino el castigo de la nobleza por las vejaciones con que habia reducido la monarquía á una especie de aristocracia, y se lisonjeaban con la esperanza de ser mas felices con el gobierno de uno solo; pero estas esperanzas se desvanecieron; porque Cristierno, viéndose dueño absoluto, sin freno y sin temor, saqueó á toda clase de personas: levantó cadahalsos y horcas, y fue paseando por las cabezas la guadaña de la muerte. No le bastaba matar, sino que se complacia en prolongar el instante del suplicio con la vista de

los preparativos que antes habian de preceder, queriendo, por decirlo así, que deseasen la muerte. Entre otras barbaridades se cuenta la de hacer que las mismas mugeres, á quienes mandaba echar al mar, se cosiesen los sacos en que las metian para ahogarlas.

El jóven Gustavo Vasa, descendiente de una familia emparentada con la antigua casa real, encerrado como uno de los rehenes en Dinamarca, manifestaba unas prendas que se llevaron la atencion peligrosa de Cristierno; y despues de haber el tirano pretendido inútilmente atraerle, mandó quitarle la vida. Erico Banner, caballero dinamarques, fue á quien dió tan odiosa comision; pero este en lugar de egecutar la órden, consiguió que se revocase, y aun dió esperanzas de reducir al jóven á favorecer al gobierno dinamarques. Se encargó de su custodia con la condicion de pagar treinta y seis mil libras si se le huyese.

No estuvo Gustavo Vasa mucho tiempo en la casa de Banner sin grangearse la estimacion y amistad de su familia; por lo cual le concedieron una honrada libertad aun para divertirse en la caza, y otros alivios que pudieran mitigar el sentimiento á poderse olvidar de que era prisionero. Se le hizo muy molesta la sujecion, y mas irresistible el deseo de ponerse en salvo cuando supo la matanza de Stockolmo, en la cual habia sido comprendido su padre. Desde entonces se consideró encargado del destino de su patria; y tomando un caballo con pretesto de ir á caza, se entró por un bosque, tomó un vestido de paisano, y desques de haber marchado dos dias atravesando las montañas por sendas impracticables, llegó á la última ciudad de Dina-

marca, en la cual no podia entrar sin pasaporte. Por fortuna estaban allí en una feria de ganados: se presentó Gustavo como uno de los compradores al gobernador; y no conociéndole pasó á Lubeck. Banner, que le seguia los pasos, le alcanzó, y le reprendió de que hubiese abusado de su amistad. Se escusó el fugitivo alegando las circunstancias: aplacó á su huésped prometiendo darle las treinta y seis mil libras de su rescate; y sin detenerse marchó á Succia, aunque sabia que en todas partes tenian órden de arrestarle.

La primera ciudad en donde se dió á conocer pertenecia al administrador difunto: vivia en ella la viuda con sus hijos, y una guarnicion alemana. Estos soldados estrangeros hacian mercado con los emisarios de Cristierno, y no esperaban mas que el aumento de las ofertas que les hiciesen para entregar la plaza. Entró Gustavo en conversacion con ellos, y recurrió con elocuencia á los lugares comunes de la gloria de vengar la sangre inocente, y de hacer que el tirano se arrepintiese de sus violencias. Le preguntaron qué recursos, qué egércitos, y qué tesoros tenia. Entonces se quedó como si fuera mudo: le tuvieron por loco, y creyeron que le hacian mucha gracia en no arrestarle.

Estas diligencias de Gustavo no estuvieron tan secretas que no tuviesen los dinamarqueses alguna noticia: le buscaban sus guarniciones, y se veia casi perdido. Estaban ya para prenderle cuando se huyó escondido en un carro de heno, y se refugió en un territorio retirado en donde habia un antiguo castillo de su familia. Escribió desde allí á todos los suecos valientes que conocia interesados en el honor de su pais; pero el espanto que habia cau-

sado la matanza de Stockolmo tenia como en grillos sus alientos, y el pasmo general habia sobrecogido á los habitantes de todos aquellos campos, bien fuese abatimiento ó bien indiferencia. Se esparcia Gustavo con ellos, recorria las villas, se hallaba en sus asambleas y convites, escitándolos con sus discursos á sacudir el yugo del rey de Dinamarca; pero ellos respondian: "Bajo de su gobierno tenemos arenques y sal; y salga como saliere una revolucion, nosotros no podemos salir de pobres: somos aldeanos, y sea nuestro rey el que fuere, siempre hemos de quedar aldeanos."

Viendo que allí no hacian caso, y que no estaba seguro en aquel dominio de sus mayores, resolvió Gustavo pasar á la Dalecarlia, en donde si no conseguia sublevar á los habitantes, esperaba á lo menos estar oculto, y vivir seguro en los asilos de las montañas y espesos bosques que cubren esta provincia. Volvió á tomar su vestido de paisano: y acompañado de solo un hombre, que tomó para que le enseñase el camino, atravesó un pais áspero y de malos pasos. Ya estaba cerca cuando la guia le robó, le desamparó, y él se halló sin dinero y sin conocer á nadie. Estrechándole el hambre, tuvo que refugiarse en la mina, y ganar con su trabajo la subsistencia. Advirtió una muger que debajo de aquel vestido rústico llevaba una camisa fina bien labrada, y sospechó que podia ser algun hombre de distincion, que perseguido buscaba asilo en aquellas cuevas. Comunicó su descubrimiento á un caballero vecino, y la curiosidad le llevó á la mina con el fin de ofrecer su proteccion al desgraciado. Así que llegó conoció á Gustavo, como que habia estudiado con él en la universidad de Upsal. Disi-

muló prudente su sorpresa; y haciendole una seña, le fue siguiendo el jornalero de la mina hasta su casa.

¿Qué alegría hay tan dulce como el traer á la memoria con su compañero de la primera edad los inocentes placeres de aquel tiempo? ¡Pero cuán agradable movimiento escita el poder juntar con estas memorias los tiernos desahogos con los objetos amados: la prision de sus parientes y amigos: su sangrienta muerte, y la suspension en que su suerte tiene á los que sobreviven, sin saber el que así se desahoga lo que le sucederá! De todo esto hablaba el buen dalecarliano con entusiasmo, y citaba con fuego y complacencia los rasgos de valor de sus compatriotas, lo mucho que aborrecian á los dinamarqueses, su afecto á la familia de sus antiguos señores, y los medios de ataque y de defensa que ofrecian la naturaleza del pais, y el valor de sus habitantes. Le escuchaba Gustavo como estático, y le palpitaba el corazon de gozo. Concebia las mayores esperanzas; pero cuando habló de poner en práctica todos aquellos medios, la idea de esponer su muger y sus hijos, de abandonar su casa, aquel delicioso sitio y aquellos jardines que él habia plantado, y la dulce satisfaccion en que pasaba sus dichosos dias, entibiaron el ardor del dalecarliano. No era capaz de hacer traicion á Gustavo; pero no se sentia con valor para ayudarle. Advirtió el fugitivo Gustavo que su presencia no podia servir mas que para perturbar el reposo de un hombre que habia nacido para la vida tranquila, y así le dejó asegurado de su discrecion; y confiandose á la buena fortuna sin guia y por entre las selvas y montañas, llegó á la casa de un caballero llamado Peterson, á quien habia conocido en el egército.

Le reconoció Peterson, se arrojó á sus brazos, escuchó con embeleso la relacion de sus desgracias, y parecia sentirlas mas que el mismo príncipe. Esclamó contra la tiranía de los dinamaqueses, entró en todos los proyectos de Gustavo, y le nombró los caballeros y paisanos vecinos que él podia emplear. Encantado Gustavo Vasa de haber encontrado por último un sueco valiente, de sus mismos pensamientos, y dispuesto á ser compañero de su suerte, le descubrió todos sus planes y el modo de egecutarlos. El traidor Peterson, bien informado, fue á buscar un oficial dinamarques; y con la esperanza de alguna grande recompensa, vendió á Gustavo y sus proyectos. Embistió el dinamarques la casa; pero la compasion, ó tal vez algun sentimiento mas tierno, velaba sobre la vida del fugitivo; porque la muger de Peterson le advirtió á tiempo la traicion de su marido para que se pusiese en salvo, y le procuró un retiro en casa de un eclesiástico de la vecindad.

Era este uno de aquellos que algunas veces se encuentran en los pueblos, que ocupado en estudiar á los hombres, y sin preocupacion por ningun partido, podia dar consejos escelentes. Recibió á Gustavo con respeto y amor; y muy lejos de asustarse con el proyecto que tenia el príncipe jóven de desafiar el poder dinamarques, le señaló el camino para el acierto. "No debeis, le dijo, tentar la nobleza, porque esta, contenta con su seguridad, y en la independencia que goza en nuestras montañas, se interesa poco en las revoluciones de corte; y así con dificultad resolverá armar sus vasallos, pues consisten sus riquezas en el trabajo de estos, el cual cesa con la guerra. Es preciso pues

que los vasallos se armen por sí mismos."

Para esto se encargó de echar la voz de que los dinamarqueses venian á la provincia á establecer con violencia nuevas contribuciones, y se valió de sus parientes y amigos para acreditar la noticia. Cuando ya la opinion habia prevalecido, aconsejó á Gustavo que se presentase en una pequeña ciudad, y en una fiesta, en que todos los años juntaba los paisanos del territorio. "Nunca, decia él, están mas dispuestos para sublevarse que en estos concursos, porque cuentan la fuerza por la multitud." Se presentó el héroe jóven: ya estaban preparados los espíritus, y su aire de resolucion y de intrepidez, templado con la mezcla de tristeza por la muerte de su padre y de los demas senadores, conmovió á los concurrentes. Habló de aquella horrible matanza, del estado deplorable del reino, de las persecuciones que sufria, y de las que amenazaban. Le interrumpieron los gritos de furor contra los dinamarqueses; y aprovechandose Gustavo de aquel momento de ardor, llevó consigo á los mas determinados, y se precipitó con ellos á la fortaleza en donde residia el gobernador, bien distante de esperar semejante ataque. La tomó por asalto, y pasó á cuchillo al comandante con todos sus dinamarqueses.

Desde este punto ya no es la vida de Gustavo mas que una serie no interrumpida de triunfos. A la cabeza de sus dalecarlianos aventuró las acciones de guerra mas peligrosas, y siempre acudió la victoria á coronar sus esfuerzos. La hazaña mas pasmosa fue el asalto que dió á pie firme en plena mar á la escuadra dinamarquesa. Estaba sitiando á Stockolmo, y estrechaba vivamente á la guarni-

Arrojo de Gustavo Vasa.

Encallada en el hielo la esquadra dinamarquesa que iba á socorrer á Stockolmo, y noticioso de ello Gustavo Vasa que sitiaba esta plaza, escogió parte de sus tropas, las llevó á pie por el mar helado, asaltó en medio de la noche á sus enemigos, los llenó de terror, é incendiando parte de sus navios, logró la mas extraordinaria victoria. Talento, oportunidad, presteza y valor aseguran los triunfos.

T. L. Enguid.º de ag. fin.

Jf. Fonseca sc.

cion. Acudieron los dinamarqueses al socorro; pero una fuerte helada sobrecogió sus navíos, y los tenia presos lejos del puerto. Resolvió Gustavo aventurarse á ir á quemar la armada: avanzaron sus soldados sobre el hielo con la espada en una mano y el fuego en la otra: intentaron escalar los navíos: tronó la artillería; y sus fuegos, unidos á la claridad de las hachas abrasadoras, presentaban un terrible espectáculo. Se incendiaron muchos navíos á pesar de la diligencia de los dinamarqueses. Los estallidos del hielo que se quebraba, los gritos de los heridos, los aullidos de los que perecian en las llamas, y la misma obscuridad de la noche llenaban de terror el alma de los dinamarqueses. Libraron del incendio la mayor parte de los navíos; pero ninguno hubieran salvado si la blandura que sobrevino no hubiera estorbado el ataque que Gustavo meditaba para el siguiente dia. Esta victoria, conseguida á vista de la capital, determinó en su favor aun á los indiferentes; y en la dieta que se congregó para deliberar si se nombrarian un rey, el pueblo, á pesar de que los senadores querian un administrador, pidió un monarca: decidió que este fuese Gustavo, y lo fue con efecto.

Desde la union de Calmar habia sido la guer- 1523.
ra continua, y siempre bárbara, porque en aquellos tiempos de frenesí se prohibia muchas veces hacer prisioneros: se mataban sin piedad: desmantelaban las ciudades, asolaban los campos, y reducian los lugares á cenizas. La Suecia no presentaba mas que un espectáculo de horror; y sobre á quien se habia de favorecer se cometian tantas barbaridades. Con la reunion en favor de Gustavo ce-

saron aquellas sangrientas disputas; aunque se suscitaron otras con motivo de religion, porque se aconsejó este príncipe con la política, y por algunos resentimientos que tenia contra el clero introdujo en sus estados el luteranismo; pero ya que desterró en muchos la religion verdadera, puso con prudencia humana la falsa, procurando que en la revolucion de los dogmas no produjese las violentas convulsiones que suele. Asistia á las disputas, descubria las malas intenciones de la codicia, distinguia el falso zelo perseguidor; pero no sin muchos tormentos suyos y de otros: ¡infelices aquellos que tienen que esperimentar los males de una revolucion!

Aunque Gustavo introdujo la heregía, y no dejó intactas las propiedades, no perdió el amor de sus vasallos. Gustaba de las ciencias; y al valor de soldado añadia el talento de general y el de estadista. Su esterior era noble, y su continente amable y magestuoso. La elocuencia, que tan útil le habia sido en sus desgracias, le sirvió tambien en el tiempo de su prosperidad. Recibia al pueblo con afabilidad, á los grandes con atencion, y á los sabios con tal gracia, que no tanto veian en él un protector, cuanto un amigo. Fue insensiblemente suavizando los modales selváticos de la nacion; y atrayendo á la corte la nobleza que vivia en sus castillos muy altiva, y era peligrosa por su independencia, la dió empleos y diversiones. La justicia se administraba con rectitud, y las artes y el comercio florecieron en sus estados.

Reconocida la nacion, y agradecidos los estados, nombraron para sucederle á Erico su hijo mayor, de edad de once años, y declararon la corona hereditaria en la posteridad de Gustavo. A

otros tres hijos, Juan, Magno y Cárlos, les dió estados, en cuanto á la renta, grandes, pero cargados del homenage á favor del rey su hermano, y sin derecho alguno de soberanía. Murió antes de la vejez entre los de su familia, y le lloraron los vasallos como los hijos lloran á un amado padre.

Muerto Gustavo hubo muchas inquietudes so- 1560.
bre el sucesor. Era Erico, sobre haber tenido muy buena educacion, elocuente en su propia lengua, y hablaba las estrangeras: su esterior era agraciado y de mucha magestad al mismo tiempo: todo lo hacia con fuego, pero tambien se dejaba llevar de la fogosidad de sus pasiones; y cuando se dejaba arrebatar del enojo era con tal violencia, que se ponia como furioso, y parecia haber perdido la razon. Su padre, que le conocia, habia pensado en que pasase la corona á su hermano el duque Juan, que era el hijo segundo, y no lo egecutó así por temor de alguna guerra civil; pero si lo hubiera dispuesto como lo pensó habria prevenido muchas desgracias. Lo que al amor de un padre parecia un furor pasagero, se debe contar, segun las acciones de su vida, por una verdadera locura, y locura acompañada de presuncion, crueldad, perfidia y amores viles. No le faltó estravío alguno; pero pues mostró arrepentimiento pueden perdonársele sus escesos, escusándole con decir que los cometió por los malos consejos de sus infames privados; bien que los pagó muy caros.

Habia pedido Gustavo para Erico la mano de Isabel reina de Inglaterra; y dilatándose demasiado al parecer del monarca jóven el consentimiento, creyó que podria apresurarle con su presencia, y equipó una armada de tanta fuerza como galante-

ría; y cargándola de regalos hizo vela hácia Inglaterra. Dispersó una tempestad sus navíos, y á él le rechazó á sus mismas costas, en las cuales padeció naufragio. El mismo viento que le causó esta desgracia le apagó el fuego de su pasion. Se dirigieron sus deseos á María Stuard, reina de Escocia: volvió á Isabel: pretendió al mismo tiempo conseguir una sobrina del emperador: hizo sus amorosos rendimientos á la hija del landgrave de Hesse-Casel, y envió por delante doce navíos de guerra antes de saber su consentimiento; y todo paró en casarse con una aldeana llamada Catalina. Esta le habia agradado desde niña por su hermosura, y la habia hecho dar una distinguida educacion. Tal vez no pensaria en colocarla en el trono, pero ella lo consiguió por su destreza.

El duque Juan, hermano del rey, que era mas prudente y político, logró la mano de Catalina, hija de Segismundo, rey de Polonia, cuya proteccion era gran recurso en las circunstancias dificiles que le hacia prever la estravagancia de su hermano.

Con efecto, bien fuese por su malicia ó por los malos consejos, concibió Erico una furiosa envidia contra el duque Juan, á quien con levísimo pretesto mandó encerrar en la ciudadela de Stockolmo. La duquesa se hizo compañera de su esposo en la prision, y en las aflicciones que pasó en los cuatro años de su duracion. Antes de entrar en ella le habian ya condenado los estados á muerte, sin mas causa que ser ellos incapaces de resistir á las órdenes del tirano, y así su vida estaba pendiente á cada instante del capricho de un hombre sin juicio y rodeado de pérfidos consejeros. Se dice que Erico fue muchas veces á la prision de su her-

Ferocidad de Eríco XIV.

Unos injustos zelos arrastraron á Eríco XIV. á que, en la misma carcel en que por una supuesta conspiracion tenia á un jóven de la familia Sture, diese á éste una puñalada, dexando clavado el hierro en la herida. Le sacó el desgraciado, y besándole se le presentó al Rey; pero lejos éste de enternecerse, mandó que sus satélites le acabasen. Rara vez se queda en cruel sin llegar á feróz el hombre zeloso.

T. L. Enguild.s de ag. fte. Jf. Garrido conc.

mano con intencion de mandarle quitar la vida; pero que al punto que le veia se apoderaba de su corazon la lástima. En aquellos instantes de arrepentimiento le confesaba con lágrimas en los ojos la intencion sanguinaria con que habia ido, y le decia: "Yo sé que está destinada para tí la corona de Suecia, y te suplico que cuando estés en el trono perdones mis faltas." Este presentimiento tardó demasiado en cumplirse para su honor, y la dilacion le dió tiempo para incurrir en aquellos delitos que han hecho odiosa su memoria.

Le habian inspirado un odio mortal contra la familia Sture, ilustre y descendiente de los antiguos administradores; y escitado por un infame favorito llamado Person, exigió del senado, al cual miraban todos siempre con indignacion lisonjero vil del tirano, una sentencia de muerte contra veinte y seis desgraciados señores, suponiéndolos cómplices de una conspiracion que se les imputaba. El objeto particular del odio del rey era uno de los Sture, creyendo que la reina le miraba con inclinacion. Fue el mismo Erico á la carcel, hirió á este jóven con un puñal, dejando el hierro en la herida, y el infeliz le sacó, le besó y se lo presentó al rey, el cual, sin enternecerse, mandó que le acabasen sus satélites. Este fue el primer acto de crueldad que proyectó el malvado Peerson, y despues quitaron la vida á los que estaban ya sentenciados.

Apenas habia cometido Erico este jurídico asesinato, cuando como si le persiguieran las furias vengadoras, se fue á los bosques, y vivió en ellos por muchos meses como un salvage, vestido de paisano, y no volvió sino á fuerza de instancias de

su esposa Catalina. Desde este punto hizo un papel muy diferente. Se presentaba magníficamente vestido: daba el oro y la plata pródigamente á los parientes de los que habia muerto, culpando en todo á Peerson, y así le entregó á los verdugos. Para borrar las malas impresiones de su pasada conducta, dió libertad al duque Juan y á su esposa.

Todavia le quedaban desconfianzas por la alianza que este príncipe habia contraido con la Polonia en su casamiento; y pensó Erico en asegurarse por medio de una contraalianza con la Moscovia. Habia querido el Czar á la princesa de Polonia esposa del duque Juan: no se la habian dado, aunque la pidió, y por esta negativa conservaba un vivo resentimiento. Con poco escrúpulo de uno y otro pidió el ruso que le entregasen la princesa, y el sueco se empeñó en ello. Poco antes de la egecucion se descubrió el concierto de los dos, y el duque Juan dejó la corte con toda su familia, y con su hermano Cárlos, que siempre le fue inseparable aun en la prision. Dicen que Magno habia muerto de pena por haber firmado la sentencia que condenaba á su hermano Juan.

Levantaron los fugitivos el estandarte contra Erico, y lo infame de su último proyecto inspiró tal horror, que se declararon por el duque una multitud de partidarios. Estos sitiaron al rey en Stockolmo: les abrieron por la noche las puertas: y cuando Erico iba á huir cayó en sus manos. Le pusieron en las de los parientes de los Sture, como mas interesados en guardarle bien. El senado, tan infiel en la desgracia de Erico, como cobarde y condescendiente en el tiempo próspero, retractó el juramento de fidelidad. Lo mismo hicieron los es-

tados juntos, y declararon unánimes rey de Suecia al duque Juan. A pesar de su catástrofe no fue en todo despreciable el reinado de Erico, pues era valiente; y bajo de su mando se distinguieron muchas veces las tropas suecas contra las de Dinamarca; siendo de presumir que no hubiera sufrido las duras condiciones que los dinamarqueses impusieron á su sucesor.

No hay duda que Juan III se vió en las circunstancias mas dificiles; porque al mismo tiempo tenia contra sí á los dinamarqueses, enemigos natos de la Suecia, y á los moscovitas, cuyo czar, irritado con el mal éxito de su empresa, le hizo premeditados insultos. Isabel, que no estaba olvidada de que Erico la habia pretendido, mostraba alguna lástima de su desgracia; y la Alemania protestante, viendo la demasiada clara inclinacion de Juan á la religion católica, le amenazaba con el rompimiento. Por último, el mismo Cárlos, que se le habia mostrado tan constante durante su prision, le manifestaba mas que indiferencia sin embargo de haberle dado el rey un considerable mayorazgo, en donde vivia como monarca. Todas estas dificultades se aumentaron por haberse declarado Juan por el catolicismo á instancias de su esposa. Al czar le aplacó dejándole algunas provincias: á la Dinamarca la satisfizo renunciando á toda pretension sobre Noruega; y de este modo padeció la Suecia considerables desmembraciones. 1568.

Erico, aunque preso, inquietaba tambien á su hermano. Se dispuso que compareciese este infeliz príncipe en dieta plena para sufrir la vergüenza de una acusacion pública, y la de su deposicion. Mostró mas firmeza que esperaban, y escitó compasion

en algunos de aquella numerosa junta. Juan tuvo la dureza de no sacarle de las manos de los Sture, y estos le trataron con inhumanidad hasta darle golpes, y hacerle pasar hambre y frio. Por último, como era costosa su custodia, en el tiempo de los esfuerzos del rey por introducir la religion católica, y despues de diez años de carcel, le dieron veneno. Si esto fue orden de Juan no era verdadero su zelo por la religion, sino fanatismo.

Tambien veremos que Cárlos era de esta misma errada opinion sobre las licencias sanguinarias que suponen concede la política; y asi es que ninguno de los hijos del gran Gustavo tuvo las francas y generosas virtudes de su padre.

Siguió el rey Juan para destruir el luteranismo los mismos pasos que su padre para arruinar la verdadera religion, exhortando, teniendo conferencias y coloquios; pero persiguió á los hereges, y de este modo confirmó en la religion católica á los que titubeaban, y atrajo á otros á la creencia de sus mayores. Así llegó á igualar de algun modo una y otra profesion: bien que creyó preparar cierta preponderancia á la verdadera religion, criando á Segismundo su hijo en los principios del catolicismo. Su zelo fue causa de la division entre el rey y su hermano; pero no puede dudarse que Cárlos, disimulado y ambicioso, se alegraba en su corazon de ver que su hermano se declaraba mas por los católicos, porque así podrian resultar alborotos, y él aprovecharse de la ocasion. Con efecto, se declaró altamente protector de los protestantes: recibió en sus pequeños estados á los que iban huyendo del zelo de su hermano: se tomó la libertad de hacerle reconvenciones y amenazas, y aun de solicitar-

las de parte de los estados, principalmente sobre la educacion católica, que habia dispuesto dar á su hijo Segismundo.

Ya este príncipe se hallaba rey de Polonia despues de una eleccion muy reñida que se habia fijado con las fuerzas de la Suecia. Cárlos su tio favoreció los esfuerzos del rey con los estados para que á su sobrino le diesen socorros. Puede conjeturarse, sin riesgo de equivocacion, que el astuto Cárlos se complacia en ver á Segismundo con una corona que la religion hacia incompatible con la que él esperaba de su padre. Era preciso que la una perjudicase á la otra, y esperaba Cárlos ver disensiones de que él pudiese aprovecharse. Con efecto, aun viviendo Juan hubo en el senado disputas sobre si debia permitirse al príncipe el egercicio esterior del catolicismo. En estas disputas se halló comprometido Cárlos, y no parece que procuró sosegarlas, y así se remitió la decision al tiempo en que Segismundo heredase el cetro. Murió de repente Juan, mas estimado que amado. Era hombre de entereza, y firme en sus resoluciones; su muger le habia interesado mucho en restablecer la religion verdadera que ya espiraba; y aunque dió alguna respiracion al catolicismo, no pudo conseguir la resurreccion perfecta.

Se hallaba Segismundo en Polonia, y le costó 1492.
bastante trabajo conseguir de los polacos libertad para pasar á Suecia. Tardó en lograrlo algunos meses; y entre tanto gobernó en su nombre la Suecia el duque Cárlos. Este dejó tomar imperio al senado: juntó una dieta, y se manejó de modo que cuando llegó su sobrino halló tomada ya la resolucion de reducir á estrechos límites el culto ca-

tólico, como tambien al rey en el egercicio público de su religion, y en el número de sacerdotes y prelados que podria retener consigo. Se habia encargado su tio de disponer que en este artículo diese satisfaccion á los estados; hubo entre ellos una escena violenta; y como á Segismundo le estrechaban para que regresase á Polonia, lo cedió todo. No obstante se dice, que indignado de ver que Cárlos habia tramado tan malignamente ponerle en precision de ceder, quiso hacer que le asesinasen. Se erró el golpe; y por una inconsecuencia bastante comun en los tiempos tempestuosos, cuando partió Segismundo tuvo que dejar la regencia á aquel mismo tio, de quien no habia podido deshacerse.

Juntó el tio los estados, y consiguió que en ellos se decidiesen artículos poco análogos á las miras de su sobrino; pero no habiendo podido conseguir que se adoptasen todas sus ideas, se dió por sentido de esto, y dijo, que pues le pagaban con aquella ingratitud el trabajo que se habia tomado en la administracion del reino, la renunciaba. Se aprovechó el rey de este despecho, y confió el gobierno al senado. Entonces fue cuando rompieron entre sí el tio y el sobrino. Volvió Segismundo á Suecia con un egército aleman y polaco, y obligó á Cárlos á someterse. Se ausentó nuevamente despues de esta victoria; y se manejó Cárlos con tal destreza, que haciendo se juntasen de nuevo los estados, tomó en ellos el mas declarado ascendiente. La conducta mudable de Segismundo, sus ausencias, y el no poder sufrir que pusiesen restriccion á su culto, fueron la causa de que se tomase contra él una resolucion estremada. Le de-

pusieron públicamente los estados; á él y á su hijo Uladislao los declararon incapaces del trono para siempre, y se le dieron á Cárlos y á sus descendientes.

Mucha política y destreza mostró Cárlos en la revolucion que le colocó en el trono. En público era su conducta franca, ingenua y moderada; en secreto fomentaba la division en los estados; y para satisfacer á su ambicion se valia de todos los medios útiles para no esponer su reputacion. Por último, indispuso los ánimos en tales términos que su eleccion pareció ser obra de la necesidad por la mala administracion de su sobrino. Determinaron los estados que si faltaba la línea masculina, volviese la corona á la posteridad de Juan, y despues á los hijos de las hijas del gran Gustavo casadas en Alemania. Se decretó tambien que ningun príncipe hereditario podria aceptar corona estrangera, ni casarse el rey en otra parte sino con muger de familia protestante. Ademas de esto se hicieron todas las rigurosas leyes, que son regulares en tiempo de revolucion. Se obligaron á seguirlas, pero sin juramento de sostenerlas; proscripcion para cuantos se mostrasen contrarios: bastaba ser católico para hacerse sospechoso; los católicos sufrieron todas las trabas y triunfaron los luteranos. 1604.

Segismundo no hizo sino un ligerísimo esfuerzo para recobrar su corona de Suecia; y la fortuna de Cárlos estuvo en que distraido aquel príncipe con otros negocios, no siguió sus primeras victorias. Era el nuevo rey hábil en el gabinete, y era valeroso, aunque desgraciado en el egército. Le tenia por otra parte debilitado un ataque de apoplegía, y desde luego entregó las armas á Gus-

tavo Adolfo, su hijo, contentándose él con darles egemplos de gobierno con aquella especie de justicia que puede practicarse cuando se hace empeño de violentar las conciencias, y mandar á los hombres con sus mismas ideas. Dicen que Cárlos era fiel á sus promesas; pero no lo fue con el duque Juan su hermano, ni con su sobrino Segismundo. Era severo en castigar delitos, y liberal en premiar el mérito. Fue protector de las artes, de las ciencias, del comercio y de la agricultura. Fue violento y colérico; pero los enojos le duraban poco.

1611. Un héroe jóven, á cuya frente ceñida con la corona antes de los doce años de su edad hacen sombra los laureles de la victoria, causa una justa admiracion; pero esta crece al ver que un sabio senado confia ya entonces al hijo de Cárlos la autoridad suprema. Por último, llega la sorpresa á su colmo, oyendo que el monarca jóven gobierna con toda la prudencia de la edad madura. Es verdad que tuvo Gustavo buenos consejeros; pero siempre es gran mérito de un rey oirlos, y saber conservarlos á pesar de las intrigas de las cortes.

Entre estos hombres preciosos se cuenta un hermano de Segismundo, primo de Adolfo, que tenia derecho al trono, y le sacrificó á las esperanzas que concibió de las grandes prendas de Gustavo para el bien de la patria. Otro consejero, cuyo nombre permanece en los fastos de los hombres grandes, es el célebre canciller Oxenstierno, que á unas costumbres estoycas, reunia superior habilidad en los negocios, mucha rectitud, un mirar filosófico, y el gusto y práctica de las ciencias. Con estos y otros hombres ilustrados hizo el jóven rey útiles mutaciones en su reino, tanto en la hacien-

da como en la justicia. Tomó á su cargo las operaciones militares, y continuó la guerra con Dinamarca en términos que hizo una paz ventajosa. Lo mismo le sucedió con los moscovitas; pero las hostilidades con su primo Segismundo duraron por mas tiempo, y fueron ocasion de los sucesos que dieron á Gustavo Adolfo un lugar muy distinguido entre los mas famosos guerreros.

No podia el rey de Polonia olvidar la corona de Suecia que la naturaleza le habia dado, y sin la cual se veia por la poca política de su padre Juan, y por su propia culpa. Armó á Gustavo, á quien trataba de usurpador, los lazos que este eludió con habilidad: le acometió de mano armada, pero con poco efecto; y aunque no hubo victorias decisivas, bien puede decirse que llevó Gustavo la ventaja, pues quedó en posesion de la corona. La guerra que le fue forzoso sostener muchos años le sirvió para hacer buenos soldados á los suecos, y formar aquellos capitanes intrépidos que tuvieron en suspension á la Europa, y balancearon la suerte de los príncipes.

Tenia Segismundo en su favor á los católicos de Alemania, y sobre todo á la casa de Austria, que sentada en el trono imperial movia aquel vasto cuerpo, acostumbrado á obedecer á sus impulsos, y amenazaba con que le haria caer con todo su peso sobre la Suecia. No esperó Gustavo el terrible golpe, y en 1601 entró en Alemania como un rayo. Querian los estados oponerse á esta invasion, temiendo las consecuencias; pero respondió el monarca: "Los que voy á acometer son ricos y afeminados; mis soldados tienen valor, y mis capitanes inteligencia; enarbolarán mis estandartes en el

pais de mis enemigos, y estos pagarán nuestras tropas."

Tenia sesenta mil hombres, los mejores soldados del universo, penetrados de estimacion para con su gefe; sus generales, de capacidad esperimentada, los habia atraido con su generosidad de todos los paises á sus banderas; pero tambien tenia contra sí ilustres capitanes, como un Walstein, un Mansfield, un Tillí, nombres famosos en los anales de Marte; pero á todos los arrastró Gustavo, como un caudaloso torrente. El obligó al elector de Brandembourg á juntar sus tropas con los batallones suecos, é invadió la Sajonia que queria permanecer neutral. Le esperaban los imperiales en las llanuras de Leipsick: pero allí los acometió, los puso en fuga, entró en Baviera y exigió contribuciones en las opulentas tierras de Alemania, donde alojó sus tropas en buenos cuarteles; pero tenia tan acostumbrados sus soldados á los trabajos y fatigas militares, que lejos de desear el reposo de las poblaciones, no podian sufrir el de los campamentos.

La suerte de la guerra llevó á Gustavo siempre victorioso á los campos de Lutzen, cerca de Leipsik. Se trataba de la suerte del imperio, defendido ya segunda vez por tropas y generales escogidos. Cayó la infantería sueca con ímpetu sobre los imperiales: rompió su línea, se apoderó de la artillería, y el enemigo huyó. Resonaron en la llanura gritos de victoria, llamaron al rey, le buscaron, y le hallaron tendido entre los muertos. Por haber sido muy ventajoso para la casa de Austria suceso tan funesto, dijeron, pero sin prueba alguna, que se habia valido de un asesino. Bien poseido estaba

Muerte de Gustavo Adolfo.

Victorioso siempre Gustavo Adolfo del poder formidable de Alemania, llegó á los campos Lutzen, donde su exército derrotó y puso en fuga al del imperio; pero buscándole sus vencedoras tropas para cantar el triunfo, hallaron el de su Rey entre los demas cadáveres. Porque deben morir todos los hombres, mueren los dignos del renombre de héroes; pero solo estos merecen las lágrimas del mundo.

T. L. Esquid.^s de ag. fte.

Jf. Fonseca conc.

el emperador de la confianza, pues cuando salió Gustavo de entre los hielos de la Suecia, dijo: "Este es un rey de nieve, que se derretirá en los paises templados."

Los triunfantes egércitos de Gustavo mantuvieron su reputacion bajo el mando de Horn, Bannier, Weimar y Tortenson, generales dignos de llevar contra el enemigo los soldados del héroe difunto. En la guerra de Alemania llamaron á estos batallones por muchos años varios príncipes, teniendo por segura la victoria cuando juntaban á sus estandartes las banderas suecas. Muchos de aquellos formidables cuerpos se deshicieron insensiblemente gastados con sus propias hazañas. Los que volvieron á su patria llevaron á ella el espíritu militar: y aquel deseo de gloria que les habia comunicado Gustavo le trasmitieron á sus descendientes. Aquel valor hereditario, puesto en accion por uno de sus sucesores, destronó á un rey de Polonia, é hizo titubear el del emperador de Rusia. 1653.

Con la guerra estrangera, que tenia ocupados los espíritus, se mantuvo la tranquilidad en Suecia durante la menor edad de Cristina, que tenia solos cinco años cuando sucedió á su padre Gustavo. El hábil Oxenstierno, siguiendo los planes del padre, conservó para la hija la preponderancia que tenia el gabinete de Suecia en los negocios de Alemania. Desde luego mostró esta princesa prendas estimables; pero mezcladas de alguna estravagancia. La causaba vergüenza su sexo, y despecho el verse muger. Deseó con ambicion la gloria conveniente á una reina, esto es, el gusto de las ciencias y las artes, y la proteccion de los sabios, teniéndolos al rededor de sí; pero en el trato de las gentes no

tenia gracias ni afabilidad; antes bien lo varonil de su alma se pintaba demasiado en su rostro y acciones. Tuvo Cristina mucho entendimiento y juicio sólido, y así gobernó con estimacion de los estrangeros y aplauso de sus vasallos hasta el momento en que renunció.

El primer deseo de dejar el gobierno le manifestó á los veinte y dos años de su edad. Todos se admiraban de ver que no la agradaba el matrimonio, y ella dió claramente al senado la razon, diciendo: "No me agrada ese estado, porque hay en él obligaciones que me repugnan." No se sabe si estas serian las complacencias que llevan á la maternidad, ó la sujecion á la voluntad de otro: pues no habiéndose esplicado Cristina mas, quedó en ella su secreto. Determinada á no partir su autoridad, creyó conveniente á lo menos no dejar á su reino la triste perspectiva de guerras y alborotos para cuando ella muriese. En 1650 se nombró, con el consentimiento de los estados, un sucesor, y fue su primo Carlos Gustavo, conde Palatino.

Se cree que en esto quiso hacer prueba del caracter de este príncipe antes de darle su mano, y con mas razon, porque á lo que parecia le miraba con mas que estimacion. Carlos por su parte observó con ella una conducta, que podria asegurar al ánimo mas espantadizo. Hacia su corte como hombre mas atraido por el amor de su prima, que deseoso de su dignidad, y así no se mezclaba en los negocios de estado sino cuando le llamaban, y como violentado. No obstante, fuese que la desagradaban los negocios, que la molestaba el gobierno, ó por deseo de inmortalizarse con una singularidad, que es casi única en su especie, á los

veinte y ocho años, que es la edad de la ambicion, congregó Cristina los estados, subió al trono, y llamó á su primo; y despues de un discurso elocuente, dicho con serenidad, bajó del trono, dió á Carlos el cetro, y se quedó para siempre confundida en la multitud de los vasallos.

No parece haberse arrepentido de este paso mientras vivió su primo, el cual á pesar de la pobreza del reino siempre habia procurado pagarla sus pensiones, y cumplir con todas las obligaciones que la debia. No lo hizo así su sucesor, por lo que nadie se debe admirar de que escuchase las quejas de algunos malcontentos, y que á su instancia manifestase algun deseo de volver al trono, bien que esto no pasó de una veleidad sin esfuerzos ni resultas. Se habia retirado Cristina á Roma, centro de las ciencias y las artes, á las cuales miraba con pasion: allí abrazó la religion católica, y sin mas fundamento que este, tomaron ocasion los escritores protestantes para denigrar su reputacion de muchos modos.

Quiso ver la Francia y presentarse en ella; y los franceses, principalmente las francesas, muy hábiles en hallar que ridiculizar, ó en calificar de ridículo todo cuanto no es conforme á sus usos y modas, no vieron en la reina del Norte sino modales demasiado libres, la conversacion con hombres, un descuido afectado á costa del aseo, y un genio áspero y rústico sin delicadeza; pero Cristina las pagaba con el tanto, censurándolas de ignorancia, frivolidad y pasion desenfrenada por los adornos y placeres.

Hubiera salido victoriosa de esta especie de lucha, y con renombre, á la verdad, de persona sin-

gular, pero estimable, si no se hubiese advertido que con su filosofia y despego aparente de los placeres, acaso se dejaba arrastrar demasiado de sus pasiones. Tenia un escudero llamado Monadelschi, hombre hermoso, de salud florida, y que lograba mucho favor con ella. Sin que hasta ahora se sepa el motivo, le mandó llamar á una galería del palacio de Fontainebleau en donde ella habitaba. Le mostraron unas cartas; se le mudó el color; vió espadas que amenazaban á su pecho; pidió perdon, y le dijeron que era preciso morir. Cristina, en un aposento separado, mandó que le hiriesen para precisarle á confesar. El fue arrastrando, y echando sangre hácia la puerta de donde salian órdenes tan crueles: gritó ella que le acabasen, y allí le asesinaron; por lo que se sospechó que esto habia sido venganza de infidelidad ó de secreto revelado. La corte de Francia envió á decir á Cristina que saliese del reino, por lo cual se volvió á Roma, y allí murió en 1689.

1664. El reinado de Carlos Gustavo fue todo militar; y habiendo caido del trono de Suecia, en consecuencia de las guerras entre él y el hijo de Segismundo, se vió dueño del de Polonia, y pronto á entrar en la capital de Dinamarca. Esta se libró porque la casa de Austria sublevó contra él toda la Alemania, bien que la hizo frente, y se desembarazó con habilidad de los enemigos que le suscitaron. Era Carlos Gustavo valiente, atrevido, inaccesible al miedo, activo, y muy propio para sostener los esfuerzos de sus conjurados enemigos. Cuando despues de una defensiva gloriosa estaba pronto á llevar la guerra al centro de las posesiones de sus contrarios, murió de una enfermedad

Rigor de Cristina.

Por causa que se ignora dispuso Cristina que fuese asesinado el jóven Monadelschi, su criado, en una galería de palacio. Imploró en vano el infeliz la piedad de los executores; se arrastró herido hácia la puerta de donde salian órdenes tan crueles; pero allí oyó á su Reyna gritar que le acabasen, y allí le asesinaron. La muger, compasiva siempre y hasta el extremo, quando llega á irritarse es implacable.

T. I. Enguid.º de 44. fls.

Alex.º Blanco cons.

epidémica, dejando por sucesor un hijo de poca edad.

Esta menor edad, durante la cual fue preciso suspender los proyectos bélicos, dió algun descanso á la Suecia; pero este no duró mas que hasta que Carlos XI se vió en edad de seguir los pasos de su padre. El invadió el Brandembourg, y volvió á empezar con Dinamarca una guerra, que fue igualmente ruinosa para ambos reinos, y terminó con una paz que dejó tiempo á Carlos para dar al gobierno sus cuidados. Publicó leyes de justicia y de policía; arregló la hacienda; declaró religion dominante al luteranismo; prohibió el egercicio de todos los demas cultos, bien que con una tolerancia secreta del calvinismo, y de las demas sectas que ocultan el odioso nombre de heregías con el de reformas. 1666.

Para aumentar Carlos XI la prerogativa real, se aprovechó de una disputa que se levantó, ó que él mismo suscitó entre los estados y el senado. Suponian los senadores ser ellos mediadores entre el rey y el pueblo, encargados de hacer presente á uno y otro sus recíprocas obligaciones, y de precisarlos á cumplirlas. En esto se atribuian un gran poder; pero Carlos persuadió con destreza á los estados, que era un poder contrario á los derechos del pueblo que ellos representaban. Se examinó con calor la cuestion en aquella junta, y ella dió esta decision sugerida por el rey: "Que el monarca gobernaria, segun el parecer del senado; pero que solo al rey pertenecia juzgar si era negocio que se debia comunicar al senado, y solo él podria hacer mutaciones en la constitucion." De este modo se hizo despótico el gobierno de Suecia. Murió Car-

los XI con la reputacion de príncipe muy hábil, dejando á su hijo un reino libre de enemigos, y el egército y la armada en un pie respetable. Este hijo fue Carlos XII.

1697. Lo que han visto nuestros padres, y lo que nos han dejado escrito de este príncipe, hace probable, aun para los incrédulos, lo que las historias refieren de aquellos héroes destructores que inspiraron á los hombres las pasiones que á ellos les dominaban, y que ciegos con el fanatismo de adquirir fama los arrastraron á aquellos escesos que causan la desgracia de los pueblos y la ruina de las naciones. El carácter dominante de Carlos XII era la obstinacion. No tenia mas de quince años cuando subió al trono, y por las leyes no podia gobernar hasta los diez y ocho; pero casi al instante se desembarazó de la tutela de su abuela, se puso á la frente de los negocios, y manifestó en su conducta una firmeza y resolucion, que se le aficionaron invariablemente sus ministros y generales.

Con la esperanza en la poca esperiencia de un rey tan jóven, se unieron el de Polonia, el de Dinamarca y el Czar, para quitarle las provincias que habian cedido por fuerza á sus dos antecesores. Empezó el de Dinamarca las hostilidades; y viéndose Carlos provocado, sacó la espada para no volverla á la vaina. Dejó su capital para siempre, se embarcó; y puesto á la vista de Copenhague, sorprendió al dinamarqués, que no esperaba aquella repentina espedicion; le hizo pedir la paz, y volvió al sitio de donde habia partido; siendo á los diez y ocho años el terror y admiracion de la Europa.

Entonces toda la nacion, con el egemplo del

monarca jóven, se arrebató de un entusiasmo que no dejaba lugar á la reflexion. Si para la guerra se necesitaban impuestos, todos los ofrecian con grande prontitud; parecian las contribuciones un tributo de honor; y cada familia queria tener algun soldado. Habituó sus tropas á no conocer estaciones ni necesidades, y todo cuanto pedia un sueco se reducia á pan, agua y armas. Acostumbró su egército á jugar, por decirlo así, con el peligro. Le matan un caballo, y monta en otro; á este le lleva la cabeza una bala; y al subir al tercero, dice alegremente: "Esta gente parece que se divierte en hacerme empezar cada instante el egercicio."

Tenia Carlos aquella firmeza que inspira la confianza y prepara los aciertos. Como marchase hácia Rusia, despues de haber puesto grillos á la Dinamarca, y le dijesen que el número de las tropas enemigas escedian formidablemente á las suyas, respondió: "¿Y qué dudais que el rey de Suecia pueda vencer con ocho mil hombres al czar de Moscovia con sus ochenta mil? Con efecto, no necesitó mas que aquellos ocho mil hombres para arredrar al egército enemigo delante de Nerba, y hacerle rendir las armas. Con esta ocasion el czar Pedro, aquel hombre tan singular que siendo bárbaro civilizó una nacion de salvages, dijo: "Yo espero que mi hermano Carlos con sus victorias ha de enseñarnos á vencerle."

La intencion del rey de Suecia era rechazar á los rusos á sus desiertos, é interceptar el socorro de la Polonia, de la cual sacaba el czar los soldados, que iban disciplinando á los suyos, y así le pareció que era lo mejor acometer á la misma Po-

lonia. Antes de la batalla de Nerba escribió al gobernador de una ciudad que estaba en el camino por donde habia de pasar: "Voy á vencer á los moscovitas: tenme dispuestos almacenes en esa plaza, porque pasaré por ahí para ir á vencer á los polacos y sajones."

Era rey de Polonia el elector de Sajonia Augusto. Se habia unido con el czar para sujetar con las fuerzas rusas á la Polonia, en donde la autoridad que le habian dado con la eleccion no le parecia tan absoluta como la deseaba. Esta alianza le precisaba á llegar á las manos con el rey de Suecia, que se consideraba ofendido con sus provocaciones. A la sazon habia alborotos en la Polonia: supo Carlos ganar de tal modo á los malcontentos, que cuando entró en este reino, halló un partido pronto á seguirle: este le facilitó la toma de Varsovia, y entró el héroe sueco en ella como conquistador. Huyó Augusto á Sajonia; pero no le dejó Carlos descansar hasta que hubo firmado su renuncia, y se procedió á otra eleccion. Bien pudiera el vencedor procurar para sí los votos; pero declarando que él no tenia pretension alguna, hizo elegir á un señor polaco llamado Estanislao.

Algunos dias despues de la destitucion de Augusto, hallándose Carlos á cuatro leguas de Dresde, en donde estaba el rey depuesto, dejó su egército, y acompañado de solos cinco oficiales, fue al palacio, como si entre él y el sajon no se hubiera tratado mas que de una leve disputa, terminada amigablemente. Llegó al cuarto del elector: conversó con él familiarmente: bebió, comió con sosiego, y se marchó. Retirándose á galope con sus cinco caballeros, dijo: "Ahora vereis como se

quedan deliberando sobre lo que debian haber hecho."

Lo que habia predicho el czar, vencido en la batalla de Nerba, se verificó en la de Pultava; porque Carlos, precisado á pelear con sus tropas cansadas, y continuamente perseguidas por los rusos en un camino largo, fue derrotado enteramente. Mostró en la batalla el valor y habilidad que siempre habia caracterizado sus acciones guerreras. Por hallarse herido de resultas de una accion anterior le llevaban en unas angarillas para dar las órdenes: dos veces se trastornaron las angarillas, y en la segunda se rompieron. Cuando ya se habia concluido la derrota le pusieron con trabajo en un caballo: se le unieron quinientos caballeros, y le sirvieron de escolta hasta la primera ciudad turca, distante todavía treinta leguas.

Todo el resto del egército sueco quedó muerto ó prisionero. Envió el czar muchos de aquellos prisioneros á la Siberia y á otros parages: la necesidad les hizo industriosos, y cada uno egercitó las artes y oficios en que tenia algun conocimiento. Entonces se vieron desterradas todas las distinciones que la fortuna pone entre los hombres; porque el oficial que no entendia de profesion alguna, se vió reducido á rajar y llevar madera al soldado carpintero, ó á servir al sastre, al ensamblador, al albañil ó al platero. Otros se hicieron pintores, arquitectos, y se establecieron escuelas públicas, siendo en las artes maestros de sus vencedores. De este modo Pedro el Grande, con la victoria de Pultava, no solo fundó el poder y seguridad de su imperio, sino estableció en él la industria y las ciencias que allí no se conocian.

Carlos XII fue recibido con toda atencion y respeto en los estados del gran señor. Fijó su habitacion en Bender, ciudad de Besaravia, poco distante de las fronteras de Polonia; y entre el regalo asiático, cuyas delicias le ofrecian pródigamente, siempre vivió como soldado. Era para los turcos un objeto de admiracion, y así iban en tropel á ver un príncipe tan célebre por sus victorias, tan igual en las adversidades, y tan singular en el modo de vivir. Le ofreció el divan dinero, y todos los medios de volver á sus estados, sin que nadie le inquietase; y aun pudiera haber vuelto sin pasaportes, admitiendo las ofertas que le hizo la Francia de embarcarle en el Mediterráneo para que entrase en su pais por el Océano.

Pero no era esta su idea. Habia resuelto no presentarse en sus estados á no ser á la frente de un egército, queria que se le diese la Puerta otomana, y poco faltó para que se verificase este proyecto. Como era príncipe tan generoso, todo cuanto dinero le daban le prodigaba inmediatamente en los que componian el divan, á quienes ya tenia cautivados la admiracion que los inspiraba, pero se agotaron sus recursos; y el tesoro del czar por el contrario, aumentado con los despojos de la Polonia y la Sajonia, que halló en Pultava, y que repartió con profusion en el serrallo, mudó la disposicion de los ánimos. El refugiado de Bender halló medio, sin embargo, para deshacer el partido que le era contrario en el serrallo, para que cayese en desgracia, y para que el gran visir fuese desterrado.

El que le sucedió, examinadas por los gefes de la religion las proposiciones de Carlos contra el czar, dijo al gran señor: "La ley te prohibe aco-

meter al czar porque no te ha ofendido; pero la misma ley te ordena socorrer al rey de Suecia por ser un desgraciado que se ha acogido á tu casa." En consecuencia de esta obligacion, envió el emperador otomano á su huésped una gran cantidad de dinero para su viage. Acompañó el gran visir este presente con una carta en que le aconsejaba con el mayor respeto que se volviese tranquilamente á sus estados por la Alemania, en donde hallaria toda comodidad y seguridad; pero esto era volver al espediente de los pasaportes para atravesar como fugitivo por paises que antes habia conquistado: espediente ya desechado; y Carlos se obstinó en su primera resolucion de no partir, y de precisar obstinadamente á la Puerta á que entrase en sus miras.

Una mutacion de ministerio dió nuevas esperanzas al rey de Suecia. Se resolvió en Constantinopla la guerra contra el czar; y se le hizo con tal actividad, que puso su corona en peligro. Reducido en las riberas del Pruth, como Carlos en Pultava, á pelear con mucha desproporcion de fuerzas, se libró de aquel peligro por la destreza de Catalina, que no era aun emperatriz; y á fuerza de liberalidades ganó al gran visir y á su consejo. Llegó el rey de Suecia al campo de los musulmanes el dia siguiente al tratado. Como conocia los lugares, y la posicion de los egércitos, creia que no habia que hacer mas que recibir la espada de su enemigo, si existia, y que iba á disponer de su corona.

¡Qué admiracion fue la suya cuando supo que se le habia huido la presa! Allí vomitó contra el gran visir todas las injurias y baldones que

pueden sugerir la rabia y el despecho contra un cobarde y un traidor. El ministro, persuadido á que el monarca nada omitiria para perderle, se previno contra sus empresas. Dispuso espías que interceptasen las cartas y memoriales que dirigiese el príncipe al divan y al gran señor; pero Carlos, sin embargo, consiguió pasar algunas cartas. Creyendo el gran visir sujetarle por hambre, le cercenó la pension; pero Carlos afectaba hacer mayores gastos. Le instaron á que partiese, amenazándole con la fuerza; pero él dijo que se defenderia. Le propuso el gran señor una escolta de cuatro mil turcos, la cual, por las medidas tomadas con la Polonia, seria respetada; pero el fugitivo siempre insistia en pedir un egército.

Por último, fatigado el sultan al ver inutilizadas sus tentativas, juntó su divan, y dijo: "Yo casi no he conocido al rey de Suecia mas que por la derrota de Pultava, y por la súplica que me hizo de darle asilo en mi imperio. No me parece que tengo necesidad de él, ni motivo para aborrecerle ni para temerle; y con todo eso no he cesado de derramar sobre él el rocío de mis favores. Tres años y medio he estado colmándole de regalos, como á sus ministros, oficiales y soldados. Me ha pedido dinero para pagar sus gastos; y aunque yo los he hecho todos, le he enviado mas que me pedia. Le he ofrecido una escolta de cuatro mil turcos, y con el pretesto de que no es suficiente no quiere partir, porque necesita un egército. ¿Será ya violar los derechos de la hospitalidad mandar salir de mis dominios á este príncipe y valerme de la fuerza sino hay otro medio?"

Esta sencilla esposicion fue la condenacion de

Carlos, y todos á una voz resolvieron, que en caso necesario se recurriese á la fuerza. Le encomendaron al gobernador de Bender que hiciese presente al rey la decision del divan, y la pusiese en egecucion. En premio de la suavidad y respeto que este gobernador observó en su comision, oyó esta brutal respuesta: "Obedece á tu señor, si te atreves, y retírate de mi presencia." Inmediatamente fue embestida la casa sin fosos ni baluartes que habitaba el rey de Suecia. Se montaron los cañones, se dispusieron los morteros, se retiró la guardia de honor que tenia de genízaros, y solo se quedó con trescientos suecos. Se arrojaron á sus pies los oficiales, le descubrieron el pecho abierto de heridas, y él respondió: "Bien sé que hemos peleado juntos con valor: hasta ahora habeis cumplido con vuestra obligacion: haced tambien hoy lo mismo." Su capellan se atrevió á representarle el peligro, y él le dijo: "Te he traido para que reces, y no para que me des consejos." Distribuyó por sí mismo los suecos, señalándoles los puestos; y se cree que interiormente se estaba lisonjeando con el honor de resistir con trescientos hombres al esfuerzo de veinte mil turcos.

Antes de llegar á la última violencia se le presentaron sesenta genízaros ancianos, respetables por sus barbas canas, y que le eran apasionados, llevando un baston blanco en la mano, y le suplicaron que se entregase á ellos, pues le servirian de guardia, y le llevarian con honor y seguridad á la presencia del gran señor, para que allí esplicase los agravios de que se quejaba; pero él les mandó que se retirasen, y los amenazó con

que si no obedecian les haria cortar la barba: afrenta la mayor que puede hacerse á un oriental. Ya habia amenazado al mismo bajá con que le ahorcaria si reiteraba sus instancias. Los genízaros le dejaron, y decian á voces: "Anda cabeza de hierro, pues quiere morir, que muera."

Dieron la señal para el asalto, disparó Cárlos, y mandó disparar sin piedad contra los turcos, los cuales no tiraban á matarle. No obstante, entraron, y le fueron persiguiendo de sala en sala: él les oponia puertas atrancadas con los muebles, porque todo le servia de armas: les arrojaba toneles de pólvora con mechas encendidas; pero entre tanto, retrocediendo para poner entre sí y ellos la última puerta, cayó porque se le enredaron las espuelas. Se arrojaron á él, le asieron por las piernas y los brazos como á un frenético peligroso, y le llevaron al bajá, el cual, segun las órdenes que tenia, le hizo partir á Demótica, ciudad pequeña á diez leguas de Andrinópoli, en donde estaba el gran señor con su corte.

Apenas llegó cuando el sistema otomano varió por la deposicion del visir. Su sucesor, poco favorable á los rusos, envió á decir á Cárlos que se viese con él para conferenciar sobre las medidas que debian tomarse para la renovacion de la guerra. Picado el monarca por esta familiaridad, y temiendo al mismo tiempo desagradar al ministro con la negativa, pretestó una enfermedad y se estuvo diez meses en cama, tratado y cuidado como verdadero enfermo. Por último, se cansó de una vida tan poco conforme á su genio activo, y tomó la resolucion de partir.

Pidió escolta y dinero. Los pasaportes estaban

despachados para los estados del imperio, con órden á todos los gobernadores de que observasen con él las atenciones debidas á su clase; pero no queria Cárlos que toda la Alemania viese al prisionero de Bender, y así llegando á la frontera, despidió la escolta turca, y dijo á los suyos: "No os dé pena por mí, sino poneos cuanto antes os sea posible en Stralsund." Solo se llevó consigo un coronel jóven, muy querido suyo; y disfrazado con el uniforme de un oficial aleman, corrió la posta. A la tercer jornada tuvo que detenerse el coronel imposibilitado con la fatiga; pero el rey continuó su ruta por la Hungría, la Moravia, Austria, Baviera, Witemberg, el Palatinado, la Westfalia y el Meklemburg, y llegó á los diez y siete dias á las puertas de Stralsund á media noche. No queria el centinela avisar al gobernador, y le amenazó con que le ahorcaria al dia siguiente. Le abrió pues; y entrando á ver al gobernador, este, que estaba medio dormido, le preguntó si traia noticias del rey, pues corrian voces de su próxima llegada: "Qué es esto Duckher, respondió Cárlos, ¿es posible que me han olvidado mis fieles criados?" El gobernador le reconoció, y se arrojó á sus pies. Al punto se estendió la noticia de su llegada por toda la ciudad al toque de campanas y ruido de la artilleria, y todos se levantaron, dandose la enhorabuena, y abrazandose. El viagero se echó en una cama, como que habia diez y seis noches que no se acostaba: durmió algunas horas: se levantó, y pasó revista á la guarnicion.

Mientras el rey de Suecia estaba perdiendo el tiempo en Bender y en Demótica, asaltaban sus enemigos por todas partes á su abandonado reino.

Los dinamarqueses hicieron valer sus antiguas pretensiones: los moscovitas se apoderaron de provincias enteras: Brandembourg y Hannóver aumentaron los estados á su costa: Augusto habia quitado la corona de Polonia á Estanislao. Los senadores de Stockolmo no sabian como oponerse á estas invasiones; porque si proponian que se tratase de composicion, les preguntaban qué confianza se podria tener en un senado tan esclavizado, que en una ocasion en que habian querido hacer alguna representacion á lo que Cárlos mandaba, habia escrito: "Si resisten, les enviaré una de mis botas para que les presida." No se atrevian pues á tomar medidas algunas, porque sabian que ni por las mejores razones, ni por las mas urgentes circunstancias, se conseguiria que este príncipe aceptase ó ratificase condiciones que no fuesen de su gusto. En Bender, cuando nada podia, ni esperaba recursos, y le habian recibido como por gracia, habia respondido á Estanislao, el cual no pedia mas que renunciar la corona para vivir tranquilo: "Si no quieres ser rey de Polonia, elegiré á otro." Sabiendo que este mismo príncipe iba á Bender á solo suplicarle que consintiese en su dimision, respondió al enviado que Estanislao dispuso llegase antes: "Querido Fabricio, vuelve corriendo, y dile, que jamas haga paces con Augusto: asegúrale que presto mudarán de faz nuestros negocios."

Este era Cárlos XII en su mayor miseria: ¡con cuánta mas razon se redoblaria su tenacidad cuando vió algun relámpago de esperanza! El descanso que tuvo en Stralsund fue hacer los preparativos de una guerra mas viva que nunca: despachó correos á sus estados por todas partes, mandando y

apresurando las levas y reclutas, y así se hicieron con la mayor actividad, y se completaron en poco tiempo, porque el frenesí de la gloria sacaba de sí á los suecos, y todos los jóvenes corrian á las banderas, no quedando para la agricultura sino los enfermos y ancianos, incapaces de libertar á la Suecia de la hambre que la amenazaba.

En el instante supieron los enemigos la llegada de Cárlos á Stralsund, y dirigieron todos sus esfuerzos contra esta fortaleza, esperando que allí moriria el rey, le harian prisionero, ó le obligarian á hacer la paz. Cárlos sostuvo el sitio en persona. Los reyes de Dinamarca y de Prusia le atacaron por sí mismos por mar y por tierra: le observaban con la mayor atencion, y dieron á sus generales las órdenes mas estrechas de no dejarle escapar. Hizo, como siempre, prodigios de valor, y dejó á Stralsund cuando ya no era mas que un monton de cenizas, confiando al gobernador el cuidado de salvar el resto de la guarnicion capitulando.

Se habia mudado en este momento el sistema de Cárlos; porque el baron de Gortz, ministro activo y lleno de recursos, acababa de hacerle adoptar un plan de guerra diferente del antiguo. Penetraba muy bien las dos pasiones dominantes del rey, la tenacidad y la venganza. La primera le escitaba á restituir á Estanislao el trono de Polonia: la segunda le alentaba á castigar á Guillermo, rey de Inglaterra, elector de Hannóver, por haberse declarado contra él en su desgracia sin mas motivo que el de apoderarse de sus despojos.

Le hizo presente Gortz que no pondria á su protegido otra vez en el trono de Polonia, mientras tuviese por contrario al czar, y se reconcilió con

el moscovita. Por otra parte le representó el ministro que era poca venganza morder los estados de Hannóver, y aun invadirlos todos, y que así era preciso quitar á Guillermo la corona de Inglaterra, y darsela á su suegro Jacobo II. Para conseguirlo hizo Gortz que se aliase la Suecia con la España, interviniendo Alberoni, un italiano tan activo y emprendedor como el sueco.

Estos dos hombres, mediante otras alianzas secundarias, y la impetuosidad de Cárlos XII, iban á trastornar toda la Europa. Mientras se completaban los preparativos de la grande empresa, le pareció del caso al rey de Suecia pasar á Noruega, y que quitada su posesion á Dinamarca sería buen desquite de las provincias que cedia al czar. A pesar de la cadena de montañas escarpadas que separan los dos estados, y en el mes de Octubre, cuando la tierra está cubierta de nieve y de hielo, penetró Cárlos hasta el centro, y puso sitio á Frederichal, plaza bien fortificada, y en la que consistia la suerte de Noruega.

El rigor del frio hacia como imposible abrir la trinchera; pero Cárlos se obstinó: le obedecian los soldados con ardor, y les costaba tanto trabajo como si ahondaran en una piedra. Los animaba el rey con su presencia: nunca habia conocido el peligro; pero aquí se espuso tanto como si pretendiera desafiar á la muerte. No se ha sabido la razon que tuvo para estarse, como lo hizo, delante de la trinchera, y en el mismo parage adonde el cañon de la plaza disparaba á metralla, como no fuese tal vez el gusto de resistir á las instancias que le hacian para que se retirase. El último mensagero que enviaron los generales, á quienes tenia puestos á dis-

Muerte de Carlos XII.

Sitiando Carlos XII. á Federichal, se colocó, sin necesidad alguna, y se mantuvo, contra el consejo y representaciones de sus Generales, no solo delante de la trinchera, sino en el mismo sitio adonde disparaba á metralla el cañon de la plaza; y allí le halláron muerto. Habia sido extraordinariamente feliz en sus obstinaciones con los hombres; y se lisonjeó, acaso, de que las respetase tambien la muerte.

T. I. Esquid.e de ag. fec. Jf. Fonseca. conc.

tancia, le halló muerto y tendido sobre el parapeto con la mano sobre el puño de la espada por un movimiento natural. Le habia penetrado la cabeza una bala, y así murió á los treinta y seis años, cuatro menos que la edad de Alejandro á quien se habia propuesto por modelo. No habia sido casado, ni se le conoció concubina; y si tal vez, como se supone, se permitió alguna libertad en este asunto, sería como la de un soldado particular, pasagera y poco escrupulosa.

Dieron la corona á su hermana Ulrica Eleonora, casada con Federico, príncipe de Hesse, y no hubo eleccion porque tomó el cetro como hereditario; bien que el senado puso unas condiciones que le sacaban de la sujecion en que le habia tenido Cárlos XII. Aunque por las soberbias vejaciones no se quejaba tanto del rey como de su ministro Gortz, tan altivo con los vasallos como condescendiente con el príncipe, tuvieron oculta su venganza los senadores mientras vivió Cárlos; pero luego que murió pagó Gortz con su cabeza el favor que habia logrado, y el uso arbitrario é imperioso que habia hecho. Eleonora, aceptando las condiciones que ponian algun equilibrio en el gobierno, agradó á la nacion, y consiguió la asociacion de su esposo en el trono.

El estado en que nos pintan la Suecia cuando empezaron á reinar estos soberanos estremece y hace deplorar la suerte de los reinos gobernados por príncipes poseidos por la pasion de la guerra. Ya habian muerto ó estaban prisioneros todos los soldados viejos, que son la fuerza de un egército, y no quedaba mas que una juventud nueva en el oficio de las armas, que no tenia el tino y 1718.

egemplo de Cárlos para aguerrirse. Gemia el pueblo con el peso de las contribuciones opresivas, no habiá crédito ni dinero, el comercio estaba arruinado, la industria sin actividad, y la marina destruida. Provincias enteras se veian cubiertas de ruinas. Quinientas aldeas y veinte y ocho parroquias quemaron los rusos en una irrupcion por solo conseguir del gobierno las condiciones que deseaban; pero tuvo su efecto este gracioso convite, porque Federico cedió lo que quiso el czar, y logró la paz. Lo mismo le sucedió con las demas potencias beligerantes. El y su esposa empezaron como hábiles médicos á restablecer la salud del estado con remedios suaves, y adaptados á las circunstancias; pero habia un vicio interno y una fuerza rebelde y resistente que se oponia á la curacion. El senado, soberbio con el poder que habia reconquistado, casi siempre se mostraba opuesto á la voluntad del rey. Fue precisa toda la prudencia y moderacion de Federico, principalmente despues de la muerte de su esposa Ulrica muy amada de la nacion, para sostener su autoridad, y hacer arreglar la sucesion sin alborotos. Nombraron príncipe hereditario á Adolfo Federico, de la casa de Holstein, y pariente cercano de la difunta reina.

1734. Los largos reinados de Federico II y de Adolfo Federico, aunque tranquilos en cuanto era posible, no fueron esentos de alborotos. Se formaron facciones, cuyos nombres vulgares llegaron á ser contraseñas de union en todo el pueblo. Se llamaron estas facciones *los sombreros y los gorros.* Los *sombreros* eran los aficionados á la prerogativa real, y querian restablecer la administracion de Cár-

los IX, Gustavo Adolfo, y Cárlos Gustavo; y sabiendo que los favorecia el rey y su consejo, se agregaron á ellos la nobleza y el clero. Los *gorros* eran de pensamientos absolutamente contrarios, y muy afectos á los privilegios del senado: con estos se reunian los ciudadanos principales, y lo mas distinguido del órden de los populares. Habia tambien allí gorros cazadores, los cuales habian salido de todas las clases, y andaban revoloteando entre las dos facciones; y segun que se juntaban á ellas ó se separaban, daban ó quitaban la preponderancia al uno ú al otro partido.

El senado, poco contenido por Federico II, y menos reprimido aun por Adolfo Federico, habia tomado un imperio que muchas veces mortificaba á los monarcas. A fuerza de reconvenciones y de resistencia á su voluntad en materias que parecia interesar á la felicidad del pueblo, habian conseguido un crédito que hacia dominantes *á los gorros*. Estos monarcas se habian visto obligados á abandonar á la justicia ó á la venganza popular generales estimables y ministros zelosos, solo porque habian desagradado con su deseo de mantener la autoridad real. No habia podido Adolfo conservar algunos de ellos sino amenazando con que si continuaban en atormentarle renunciaria la corona; y si lo hubiera efectuado, se quedaba el reino en una horrible confusion. El senado aplacó al rey con algunas concesiones políticas; pero no supieron *los sombreros* aprovecharse del ascendiente que tomó el monarca en una dieta general que convocó. En estas fueron los *sombreros* los mas fuertes; pero como no tenian plan fijo, y la opinion de hoy no era la de mañana, no produjo al rey utilidad alguna esta

asamblea. Este príncipe, lleno de candor, cuya bondad de alma hace todavía amable su memoria, cedió con su muerte la corona á su hijo Gustavo, que habia sentido ya sus espinas.

1769. Viajaba á la sazon este príncipe no tanto por curiosidad cuanto por retirarse de los disgustos que daban á su padre: disgustos que por la viveza de la edad no hubiera podido sufrir con paciencia. Le dieron en Francia la noticia de la muerte de su padre, y partió al punto, atravesando á grandes jornadas la Alemania, sin que se supiese su llegada á Stockolmo hasta que se presentó; pero le recibieron con grandes aclamaciones. Presto le mereció el amor del pueblo su conducta: daba audiencia dos veces á la semana, y oia al menor de sus vasallos con la dignidad de soberano y la ternura de padre. No se le oyó espresion de la cual pudiese sospecharse que tenia designio alguno contra la constitucion; pero se dudaba, porque á pesar de la imparcialidad que afectaba, todos sus favoritos eran de la faccion de los *sombreros*. Trabajaban los *gorros* por reforzarse en la dieta que se abrió al principio de su reinado, y tomaron sus medidas tan bien que fueron en ella los dueños, y esta grande preponderancia los escitó á dar pasos que descubrieron el proyecto de los principales, que no se dirigia á menos que perpetuarse en las plazas de senadores, asegurandolas en algunas familias, y tal vez á reducir la monarquía á aristocracia pura.

Se asustaron los señores, que no eran del número de los privilegiados, y uno de ellos se fue á ver con el monarca, y le dijo: "Todo está perdido, si no tomais las mas eficaces medidas para destruir la tiranía que nos amenaza." Estas medi-

das se arreglaron en un consejo entre pocos. Lo primero que se acordó fue agitar al pueblo y ocuparle escitando movimientos en algunas provincias. Sobrevino una escasez estraordinaria, y se imputó la culpa á la negligencia del senado. Resonaron en todo el reino las murmuraciones y las quejas, y decian los emisarios á los malcontentos: recurrid á Gustavo, que él os consolará. Bien conocian los senadores que los *gorros* eran los que volvian contra ellos las quejas del público; y la disencion entre el rey y el senado, aunque no rompia abiertamente, se manifestaba en unos preparativos que sobresaltaban. El rey tenia una guardia de ciento y cincuenta hombres valientes que nunca le dejaban. El senado se habia apoderado de los parages fuertes de Stockolmo, habia nombrado en ellos un gobernador de su devocion, habia procurado tambien que los principales gefes del egército fuesen de los *gorros;* y sin quitar los que les eran sospechosos de afectos al rey, los retiró de su cuerpo con pretesto de diferentes comisiones: de suerte, que podia lisonjearse de reunir á su favor los regimientos siempre que lo mandase.

Pero un capitan llamado Heliquio fingió que se sublevaba, y se apoderó de Christiansthadt, fortaleza la mas importante del reino, y esta razon pretestó el rey para juntar cinco regimientos, á cuya frente puso á Cárlos su hermano dando á entender que le tenia muy afligido esta rebelion, y abrazando al mismo tiempo todas las medidas imaginadas por el senado para prevenir sus consecuencias. Con el motivo de una sorda fermentacion que habia en la capital recorria Gustavo con su escolta las calles, y se mostraba al pueblo en lo es-

terior del modo mas capaz de seducir, halagando y acariciando á todos. Acompañaba á las patrullas, y en poco tiempo aquellos hombres armados por el senado se convirtieron en partidarios los mas fieles del monarca. El senado, testigo de esta seduccion, y temiendo las consecuencias, envió por regimientos, resuelto á mandar arrestar al rey cuando llegasen.

Gustavo, informado de que habian de entrar en Stockolmo en 19 de Agosto de 1772, tomó por su parte la resolucion de recobrar su autoridad ó morir en la demanda. Por la mañana llamó á todos los *sombreros* que tenia por afectos á su persona, y antes de las diez estaba á caballo, y pasó revista al regimiento de artillería. Recorrió las calles mostrandose mas afable que nunca. Volviendo á su palacio hizo entrar á los oficiales y sus subalternos en el cuerpo de guardia: se encerró con ellos, y declaró en un enérgico discurso, que su vida y el estado estaban en peligro: "Si pensais en serme fieles, les dijo, como á Gustavo Vasa y á Gustavo Adolfo, yo aventuraré mi vida por vuestro bien y el de la patria." Reinaba un triste silencio en la asamblea: ¡Qué, ninguno me responde! esclamó sorprendido: "Sí, dijo un oficial jóven, nosotros os seguiremos. ¿Habia de haber entre nosotros ninguno tan vil y tan cobarde que abandonase á su rey?" Estas palabras fueron decisivas, y cada uno de los presentes se apresuró á asegurar al monarca de su fidelidad.

Se dio órden á los oficiales de juntar los soldados: fue Gustavo adelantandose hácia la tropa sin dar á entender la menor inquietud, la dijo lo mismo que á los oficiales, y halló la misma resolucion.

Habia tenido la precaucion de colocar un destacamento á la puerta del edificio en donde estaban congregados los senadores para que ninguno saliese ni diesen órdenes. Entre tanto publicaban los emisarios del senado que el rey estaba arrestado. Esta voz llevó hácia el castillo grande multitud del pueblo; y todos, viendo que el rey estaba libre, acreditaron su alegria con reiteradas aclamaciones.

Los senadores, estrañando aquel ruido, y viendo desde las ventanas el tumulto, quisieron enviar á algunos de ellos mismos para que se informasen; pero treinta ganaderos con bayoneta calada les hicieron saber que la voluntad del rey era que no saliesen, y para mayor seguridad los cerraron con llave. Fue Gustavo atravesando la calle, y por todas partes le recibian con aplauso. Hizo cerrar las puertas de la ciudad; y á las tropas que venian avanzando, y estaban á una legua de distancia, las envió órden de parte del senado para que se volviesen á sus anteriores destinos. Como los comandantes ignoraban lo que estaba pasando en la ciudad, creyeron que la órden era del senado, y regresaron. Con la misma facilidad se apoderó el rey de todos los puestos, y el pueblo le prestó de nuevo juramento de fidelidad.

Al dia siguiente fue al senado despues de haberle tenido encerrado toda la noche, y leyó una constitucion que ya tenia prevenida. Todos los miembros, hasta los *gorros* mas zelosos, se dieron prisa á firmarla. Daba esta al rey el derecho de convocar, prorogar y disolver los estados á su voluntad; confiaba á solo el rey la comandancia del egército y la marina, el manejo de la hacienda, y el nombramiento de los empleos civiles y mili-

tares. No estaba establecido positivamente que el rey tendria derecho para imponer tributos, sino que los existentes se perpetuarian; que en caso de invasion del enemigo, ó por otra necesidad urgente, sería dueño el monarca de aumentarlos hasta que le fuese posible juntar los estados; y que estos no podrian deliberar por sí mismos sino en los puntos presentados por el rey.

Se envió esta constitucion á las provincias, y en todas la recibieron sin queja ni oposicion. De este modo un rey de veinte y seis años, con su intrepidez y prudencia, hizo en una hora y sin derramar gota de sangre, la misma revolucion que habia costado tantas penas y cuidados á Gustavo Vasa y á Cárlos IX.

Este reinado, que habia tenido unos principios tan brillantes, tuvo un fin prematuro y trágico. Aquellos nobles, que contra su voluntad se veian privados de la parte que habian tenido en el gobierno, no perdonaron á Gustavo. Constantemente se le opusieron en los egércitos y en las dietas que le era preciso juntar para pedir subsidios. Despues de una victoria contra la Rusia, y cuando Gustavo podia avanzar hasta Petersburgo, no quisieron sus principales oficiales seguir su valor; y por haber sido leve el castigo de este delito, la blandura del rey dió atrevimiento á los malcontentos para resoluciones mas osadas.

Se formó entre ellos una faccion resuelta á atreverse á todo para estorbar y hacer que se le desgraciasen al rey todos sus proyectos; pero se malograron sus esfuerzos. En una dieta junta en Gefla en Enero de 1792, logró el rey cuanto quiso por la preponderancia del órden de ciudadanos

y del de los paisanos, que hacian justicia á las buenas intenciones del monarca, aunque estuvo neutral el clero.

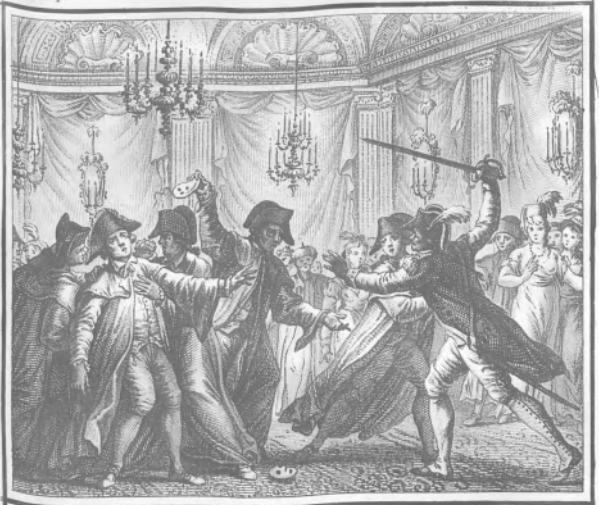
En la faccion de la nobleza, irritada con los buenos sucesos del rey, en aquella faccion ardiente y rabiosa, si así puede llamarsela, habia jóvenes arrojados que con el ímpetu de su edad, creian que se tardaba demasiado en poner límites á los proyectos del rey, y que detenerse en los medios era arriesgarse á verle aumentar sus pretensiones. Se juntaron pues y convinieron en quitarle la vida. Echaron suertes entre tres sobre quién habia de dar el golpe, y dice el historiador: "La fortuna, que tenia indicado á Anckarstroem para ser el asesino del rey, le oprimió con favor tan abominable."

Por algun tiempo anduvo buscando ocasion sin poder encontrarla. Ya por último le pareció favorable la de un baile que habia de haber en 15 de marzo de 1792. Gustaba mucho el rey de esta especie de diversiones. Cuando iba al baile recibió un billete que entregaron á uno de sus pages por mano desconocida; su contenido era este: "Todavía soy amigo vuestro, aunque tengo motivos para no serlo. No vayais esta noche al baile, porque os importa la vida." Mostró el príncipe el escrito á un señor que le acompañaba, y este le instaba sobre que no fuese, ó que á lo menos se precaviese con una cota de malla. "Vamos, dijo, y veremos si se atreven á asesinarme." Entró en la sala, le rodeó una turba confusa, se oyó un pistoletazo, cuya esplosion fue como ahogada, y cayó el rey diciendo: "*Me han herido.*" La herida era mortal, y ni su buena constitucion, ni los socorros del arte pudieron librarle.

Así murió Gustavo III á los cuarenta y seis años de edad, con reputacion de valiente guerrero, de prudente administrador y de gran político. Se cree que iba á entrar en las inquietudes de la Europa como parte activa. Era apasionado de las bellas artes, alegre, afable y atento. Tantas buenas prendas no consiguieron que los conspiradores le perdonasen, porque creian que en él vengaban á la patria que ellos suponian oprimida. El asesino Anckarstroem tenia descontento; sobre esto agravio personal; no era mas que teniente de guardias; pero no hay enemigo pequeño. Le castigaron con el último suplicio, y desterraron á los otros dos: tal vez porque alguno de ellos sería probablemente el que obligado de sus remordimientos escribió al rey el billete que debió haber impedido que se espusiese al riesgo de que le avisaba. Por muy bueno que sea un soberano no puede lisonjearse de no tener enemigos; y la desgracia de Gustavo es un egemplar, sobre otros muchos que hallamos en la historia, de cuánto arriesgan, si por seguridad ó intrepidez desprecian los indicios de conspiracion ó de atentado, sea el que fuere el conducto por donde les viniere el aviso.

RUSIA.

Contiene la Rusia la mitad mas de terreno que el imperio romano, el cual era diez veces mayor que el reino mas grande de Europa. No corresponde la poblacion á la estension; porque una grande porcion de este imperio está llena de desiertos, lagos y selvas inmensas. Le habita una multitud de naciones diferentes, entre las cuales se hallan tambien salvages. Puede contarse allí con un tercio por



Muerte de Gustavo III.

Despreciando con intrepidez Gustavo III. el aviso, que le dió mano oculta, de que importaba á su vida no concurrir á un bayle de máscara dispuesto para aquella noche, concurrió; y cercado inmediatamente por muchos, fué herido mortalmente, aunque sobrevivió algunos dias. Es en un Soberano la pusilanimidad defecto gravisimo; pero la nimia confianza no lo es menos, y son peores sus conseqüencias.

T. L. Esquid.r de ag. fte.

Jf. Fonseca sculp.

lo menos de las lenguas que se hablan en la superficie del globo, y con un gran número que son desconocidas aun á los sabios. Las ciudades están separadas á grande distancia unas de otras, la mayor parte mal edificadas y de madera, tales que no se contarian entre nosotros sino por miserables aldeas. Se divide la Rusia en Europea y Asiática. El clima, las producciones y las costumbres es imposible que sean las mismas en sus vastas provincias, por lo que nos contentaremos con indicar en estos puntos las particularidades morales y físicas, que son mas dignas de notarse.

En el fondo del golfo de Filandia, y en un parage en donde por los años de 1703 no se veian mas que barracas de pescadores, se levanta la corte de Petersburgo edificada por Pedro el *Grande*. La adornan magníficos palacios, bellas iglesias, grandes edificios públicos, y se hallan en ella almacenes provistos de las mercancías de Asia y de Europa. Hay una escuela de cadetes, una célebre academia, salas de justicia, y cuanto puede hacer considerable una ciudad. Por ser la habitacion del soberano se la mira como capital del imperio, en perjuicio de Moscow, que lo fue en otro tiempo y que siempre es ciudad muy grande, aunque la ausencia del monarca ha disminuido su poblacion. A poca distancia de Petersburgo está el puerto de Cronstat, en donde se arman los navíos rusos, que en nuestros dias hemos visto atravesar el Océano, recorrer el Mediterráneo, y hacer temblar los Dardanelos.

Entre los habitantes de este vasto imperio señalaremos algunos que merecen atencion particular. A los lapones los conocieron los antiguos con

los nombres de trogloditas y de pigmeos, denominaciones que indican su pequeña estatura, que rara vez llega á cuatro pies, y nunca pasa, y la costumbre de vivir en los agujeros que hacen debajo de tierra. Sus manos y sus pies son de una pequeñez estraordinaria, y parece estar formados á propósito para trepar por las rocas de que la Laponia está erizada. Es tal el apego de estos pueblos á su pais, que les es casi imposible vivir en otras partes. Tienen muy pocas ideas, y por consiguiente su lengua está reducida á pocas palabras; y no conocen el *tuyo ni el mio*, pues se dice que hasta las mugeres propias se las ofrecen á los estrangeros con la esperanza de hermosear su casta, como si una nacion entera creyera ser toda fea. Su religion es un culto ceremonioso, pero sin dogmas: viven largo tiempo, padecen pocas enfermedades, y en aquel helado clima no beben mas que agua.

A lo largo del mar Glacial, estendiendose á lugares que no han podido conocerse todavía, viven los samoyedos, muy pobres, muy simples, de corta estatura como los lapones; pero que se diferencian de ellos en que son de carrillos abultados: tienen los ojos prolongados y casi cerrados: su tez es cetrina; y sus mugeres por una singularidad bien notable tienen el pecho negro. Adoran estátuas de madera de mala escultura, y reconocen dos principios. Aquellos á quienes los moscovitas han hablado de Jesucristo, le colocan entre otros dioses que tienen, y á esto se reduce todo su cristianismo. Consisten sus riquezas en sus cobachas, en tener mas ó menos renos (especie de ciervos) en los vestidos que para verano hacen de pieles de pescados, y en invierno de pieles de animales terrestres, las

cuales son las mejores del mundo. Las bestias, que les proveen de vestidos, les sirven tambien de alimento juntamente con algunas legumbres, pero no conocen el pan. Entre ellos está en uso la poligamia; y cuando llegan á viejos, los anegan sus hijos para ahorrarles los trabajos de la vida. La magia y hechicería, esto es, la descarada ignorancia de algunos charlatanes, tiene estimacion entre ellos. Por meses enteros ven continuamente al sol, y por meses enteros se les desaparece; pero en estas largas noches la reberveracion de la nieve y la luz de la luna, que no deja su horizonte, dan suficiente claridad para sus viages, que ellos hacen en trineos tirados de renos. Los rusos han tenido la ambicion de subyugar á estos infelices, y de dominar en sus desiertos.

En los cosacos hallaron los rusos guerreros mas dignos de su valor; porque son una casta de hombres altos, bien formados, vigorosos y valientes, endurecidos con la fatiga, inconstantes, alegres y de mucha viveza. Son nacion poderosa. Consisten sus fuerzas en la caballería, y están repartidos en muchas tribus ó familias, bajo de una cabeza que ellos llaman hetman. Su lengua parece tener un tronco primitivo, en el que han insertado locuciones rusas, suecas y polacas, segun la proximidad con estas naciones.

Se distinguen los cosacos por los territorios en que habitan, y así se llaman cosacos del Don, del Jaik y del Nieper, porque viven en las riberas de estos rios. Tambien hay cosacos zaparoges, cuyo orígen se ignora. Estos eran una numerosa nacion que habitaban en las islas que forma el rio Nieper, y por haberse declarado á favor de

Cárlos XII, Pedro el *Grande* envió contra ellos un fuerte destacamento con órden de pasarlos todos á cuchillo. Puede llamarse amazonas á los zaparoges, si es aplicable á hombres este término, pues se dice que no sufrian muger alguna en sus ordinarias habitaciones; pero iban á buscarlas á las islas destinadas para ellas, y no era caso raro que el hermano se encontrase con la hermana, el padre con la hija, y el hijo con la madre. No obstante, decian ellos que eran cristianos; bien que en el fondo no conocian mas que sus costumbres, y estas no tenian otra regla que las necesidades de la naturaleza y de la vida. Ademas de la matanza que hicieron las tropas del czar, hizo este transportar muchos á las riberas menos pobladas del mar Báltico; pero á pesar de sus esfuerzos para estirpar esta nacion belicosa, no lo consiguió enteramente; y así todavía se han quedado en sus islas en las cuales han conservado alguna cosa de la singularidad de sus costumbres.

En la Rusia Asiática ó Tartaria Rusa, está la Circasia, parte de la cual pertenece al czar. Las mugeres son famosas por su hermosura, y las llaman las tártaras francesas porque gustan mucho de las modas. Tambien los hombres visten con mucha gala; y respecto de sus vecinos están civilizados. Practican la circuncision, y esto es todo lo que tienen del mahometismo, al que añaden paganismo y cristianismo.

Los tártaros cubren en el imperio ruso una inmensa estension del pais; y por lo general son feos, pero recios, gruesos y muy vigorosos. Sus caballos tienen alguna analogía con sus dueños por la fuerza y el ardor. Sería necesario estudio

particular para solo retener la simple nomenclatura de estos pueblos. Están divididos en infinidad de familias, las cuales esparcidas por los campos que habitan con preferencia, miran á las ciudades como prisiones; y así no hay pais en el mundo en donde se hallen menos ciudades que en la Rusia Tártara; pero no siempre estuvo tan sin ellas, pues existen montones de ruinas, que no pudieron menos de ser ciudades, y muy considerables. Algunas esculturas que hay en ellas han surtido de monedas griegas, siriacas, árabes y romanas á los curiosos.

Los mismos vestigios de antiguas habitaciones se hallan en la Siberia, pais inmenso, ó por mejor decir, horrible desierto, que ahora sirve de destierro á los moscovitas. Se cree que de aquellas selvas salieron los hunnos, que trastornaron el imperio romano, y antes habian ido del Norte de la China. Les sucedieron los tártaros usbekes, y á estos los han reemplazado los rusos. De este modo se estuvieron degollando los hombres siglos enteros por uno de los peores paises de la tierra. Allí es el frio muy largo y tan riguroso, que se han quedado los hombres helados en sus caballos; pero se abrigan con pieles, que entre ellos son muy comunes, como que la caza es el egercicio mas ordinario de los habitantes. Abunda el pais en toda especie de minerales, y aun se hallan huesos fósiles, que son restos ó de grandes elefantes, cosa muy estraordinaria en pais tan frio, ó de otra especie de animales que se ha perdido. Los naturalistas no están acordes sobre este punto; pero debe saberse que los huesos enterrados que llegan á petrificarse, crecen enormemente con el tiempo.

Los actuales habitantes de Siberia, mas bien puede decirse que viven en aduares esparcidos que en poblaciones regulares. Cada aduar tiene sus costumbres, gobierno y religion, si así pueden llamarse algunas prácticas esteriores, y las fórmulas que aprendieron en la infancia, repetidas sin reflexion, y que se reducen á las que pudieron aprender de los mas ignorantes rusos, que son á los que tienen por vecinos. Estos habitan solo la Siberia para el comercio, ó por mejor decir, no hacen mas que recorrerla hasta enriquecerse, y van á disfrutar de sus caudales en otra parte. Sale un ruso de Moscow, va de feria en feria; allí se deshace en parte de sus mercaderías europeas, y guarda otras para los chinos, que sabe que ha de encontrar en tiempo señalado en los confines de los dos reinos. Hechos los cambios vuelve el ruso á las ferias de Siberia, en donde se provee, se completa y pasa á Moscow á los cinco años cargado de riquezas bien merecidas.

A la Siberia no la sujetaron con la benignidad, pues en una ciudad pequeña, llamada Tara, hizo Pedro el *Grande* empalar en un solo dia setecientos habitantes, que suponia ser rebeldes, para inspirar terror á los demas. En las cercanías de esta ciudad desgraciada hay una especie de junquillo, que mezclado en la bebida hace un efecto en los que la usan bien estraordinario. Todo se aumenta á su vista, de modo que una paja les parece una viga, algunas gotas de agua les parece que forman un lago, y un agujerito se les representa como un precipicio. Supuesto que los infelices habitantes de Tara tenian un preservativo tan bueno, ¿por qué no enviaron algunos toneles de vino ó de

aguardiente con esta mezcla á los moscovitas que los amenazaban?

En la parte mas retirada del hemisferio oriental está Kamtschatka, península bastante bien habitada. Desde allí salen los navíos rusos que van hácia la America á adelantar sus descubrimientos, de los cuales, hasta ahora, no nos han dado noticia; pero tal vez nos esplicarán algun dia, que por esta parte fueron á poblar el nuevo mundo.

En una estremidad del imperio de Rusia es la hora de medio dia cuando va á ser la de media noche en el estremo opuesto. En tan vasta estension el sol, el clima y las producciones son muy diferentes, variando tanto las costumbres que es imposible esplicarlo; y así nos contentaremos con presentar las de la nacion por mayor, tomandolas en las ciudades ó en los parages mas habitados.

Se dividen los rusos en tres clases: los nobles, caballeros de título, llamados *knees;* los simples nobles, llamados *duorninos*, los cuales están obligados al servicio militar; y los paisanos. No se habla de comerciantes ni artesanos, porque no hacen clase aparte, y se confunden en las otras.

Los paisanos son como una especie de bestias aplicadas al campo, y le cultivan en utilidad de los otros dos órdenes. Los venden y los cambian por mercancías y muebles. No tienen nada propio sino algunos malos utensilios de menage de casa en miserables cobertizos. Como verdaderos esclavos, son la riqueza de los dueños de la tierra que cultivan. Un paisano ruso se tiene por feliz cuando puede llegar á ser soldado, porque no siempre se le permite. La vida laboriosa y endurecida al trabajo, la obediencia pasiva, la incomodidad á que están acos-

tumbrados aquellos paisanos, y la indiferencia con que miran una vida tan poco gustosa, los hacen tropas escelentes. El gobierno es despótico; pues aunque hay un senado no se le puede considerar sino como el consejo del príncipe, escogido por este y sujeto á su voluntad. Pedro el *Grande* introdujo en su corte todos los medios de administracion que se ven en los estados mas civilizados.

Los rusos profesan la religion griega, y su respeto á las imágenes casi no se queda en veneracion. Sus ayunos son frecuentes y rigurosos: los observa el pueblo exactamente; y los grandes, que generalmente sacrifican bastante á la opinion pública, los observan á lo menos en la apariencia. Hay entre ellos sectas diferentes como en otras partes, y se habla de una que renovaba los errores y torpezas de los gnósticos. Pedro el *Grande* intentó destruirlos violentamente; pero ellos mas bien que abjurar se encerraban en sus casas, en las cuales se quemaban con sus familias; y se consiguió el fin despreciandolos. El clero fue en otro tiempo muy poderoso, pues el patriarca era mirado como igual con el emperador, si no se creia superior, y á proporcion se portaban los demas prelados; pero Pedro el *Grande* destruyó el poder del clero, quitandole las riquezas. Allí son muy numerosos los conventos, así de hombres como de mugeres. Los que los habitan son muy ignorantes, y generalmente los ministros del culto, mas se precian de exactos en las prácticas esteriores que de sabios.

El bautismo se da en la iglesia; mas para el de los adultos que se convierten se elige algun lugar separado en el remanso de un rio, en donde los sumergen hasta cubrir la cabeza, haga el tiem-

po que hiciese, aun en el frio mas riguroso. Las ceremonias del casamiento son muy solemnes á proporcion de los medios de cada uno: los esposos no se ven sino el dia de las bodas: los adornan delante de un espejo comun á los dos, y pueden acercar á este las megillas; pero siempre hay entre ellos una tela. Tienen en estos casos cabalgatas, cánticos, convites, danzas; pero siempre las mugeres estan separadas de los hombres, y por conclusion todo cuanto se hace es un emblema de la fecundidad. El lecho se estiende sobre haces de la cosecha, y se ponen las hachas en barriles de cebada y avena. Cuando avisa un criado haberle dicho el marido que la novia es ya su muger, resuenan los tambores y las trompetas; pero á todo esto ha precedido el consentimiento dado en la iglesia. Los entierros son muy suntuosos: antes de poner el cuerpo en la sepultura abren la caja, y van los parientes acercando su rostro al del muerto, y diciéndole la última despedida. Esta costumbre tiene por lo menos la ventaja de que no se precipite el entierro, y se sepa con certidumbre que está muerto. Todos los años bendicen los rios; y aunque se haga esta ceremonia en las estaciones mas ásperas, hombres y mugeres se precipitan en tropel vestidos ó desnudos. Ya esta devocion, como tambien las costumbres que acabamos de pintar, han perdido mucho desde que Pedro el *Grande* se declaró por los usos europeos, que van venciendo á los suyos.

No son los rusos inhábiles para las ciencias ni las artes, antes bien si se aplican las cultivan con fruto. Se dice de ellos que son desconfiados y querellosos; pero se sujetan mucho á las órdenes de sus superiores. Los grandes gustan del fausto, y el

pueblo es muy apasionado á los licores fuertes: sus vestidos son anchos y ricos. En otro tiempo las mugeres se animaban la tez pintándose de encarnado; y tambien las han atribuido el deseo de que sus maridos las golpeasen en señal de amor. Los hombres estimaban mucho la barba, y hacian ostentacion de tener gran vientre, pero Pedro el *Grande* hizo hundir los vientres y quitarse las barbas; bien que la repugnancia en este artículo llegó hasta sublevacion. ¿Quién procedió menos cuerdo en esto, el príncipe ó los vasallos?

Las casas, aun en las ciudades principales, son casi todas de madera, y como es muy comun la embriaguez son frecuentes los incendios; pero el pueblo se repara muy presto de esta pérdida, porque los muebles son de valor tan corto, que por poco dinero que hayan salvado, hallan casas de uno ó de mas altos que se venden, y no hay mas que sentarlas en donde quieran.

Apenas hay género de industria que no se practique en este imperio; pero no son tantas ni tan activas las manufacturas que puedan pasarse sin las estrangeras. Ademas del comercio interior tienen el esterior, y el principal es el de la China. No quieren los rusos que otros tengan parte en él; y si algunas veces sufren á los ingleses es con muchas precauciones contra los planes engañosos de este pueblo dominador. De los rusos se dice, que son tan diestros y hábiles en el comercio, que los judíos apenas hallan que respigar por donde ellos han pasado, por lo cual en la Rusia hay pocos judíos.

No hay monarca mas absoluto que el czar; pero debe advertirse que no le hay menos seguro

en su trono. En la ceremonia de la coronacion hay una fórmula que supone el consentimiento del pueblo; pero no hay título contra la fuerza. La hacienda, el egército y la marina todo está sujeto á reglamentos muy prudentes: la justicia es muy rigurosa, y los castigos horribles. Los deudores incurren en prision, en penas aflictivas, y por último en esclavitud. Los premios del czar, son dinero ó tierras, que se estiman mas ó menos por el número de paisanos ó vasallos, y los títulos de honor. Hay dos órdenes de caballería, una para hombres y otra para mugeres. No hay mayor suntuosidad que la del palacio del príncipe: todos los dias, dicen, que se ponen ciento y cincuenta mesas, en las que se sirven mil y ochocientos platos.

Puede considerarse á los rusos como á aquellas familias que por antiguas ignoran de donde traen su orígen, y apenas saben mas que el nombre de los que empezaron á hacerlas famosas. A la verdad seria bien dificil buscar sus padres entre los escitas, los hunnos, los cimbros, getas, sármatas, y otros antiguos habitantes de los paises que hoy estan reunidos en los dominios del czar. Hasta la mitad del siglo XV no se ven en toda aquella estension mas que aduares de salvages, que avanzan, retroceden, pelean, se echan de sus tierras, y vuelven á ellas, hasta que sobreviene algun gefe emprendedor y mas afortunado que reune las familias dispersas, las forma en cuerpo de nacion, y al morir las reparte entre sus hijos. Éstos vuelven á empezar la confusion, hasta que llega otro que vuelve á tomar el imperio, y le vuelve á perder por desmembrarle entre los suyos. A este modo la Rusia, espuesta continuamente á las fatales va-

riedades de los soberanos y de las guerras intestinas, oprimida por los debates sangrientos de sus príncipes desunidos, fue muchas veces una conquista fácil para los polacos y los tártaros.

1462. En medio de esta confusion, y en el siglo XV, se presentó Juan Basiliowitz, á quien cuentan por fundador del imperio ruso, no obstante que sucedió á los que, aunque con interrupciones, habian reinado anteriormente. Habia tenido el trono Basilio su padre; y un usurpador llamado Demetrio, no contento con quitarle la corona, le hizo sacar los ojos. Los rusos indignados á vista de esta barbaridad, aunque al principio le recibieron bien, le arrojaron del trono, y restablecieron á Basilio. Su hijo Juan halló tan degradada la corona, que el gran duque de Moscovia, único título que entonces se daba á aquel soberano, pedia con humildad audiencia á los ministros que el emperador de Tartaria mantenia en la capital de los rusos. Sofía, esposa de Juan, se empeñó en que su esposo sacudiese un yugo tan infame; y no solo le sacudió sino que llegó á ser monarca de aquellos mismos tártaros que le tenian sujeto, ciñendo la corona de estos en Casan.

No se debieron todas sus conquistas al valor; pues aunque no le acusan de cobarde, todos le suponen mas política que talentos militares. Hay historiadores que dicen, que una sola vez se puso á la frente de sus egércitos; pero que los aciertos de sus generales se debieron por la mayor parte á sus instrucciones. Otros aseguran que hacia la guerra por sí mismo, y que fue el que estableció la disciplina entre aquellos hombres que jamas habian conocido regla alguna de ataque ni de defensa. Te-

nia Juan un aire imperioso, estatura gigantesca, prodigiosas fuerzas, un mirar fiero y terrible. Castigaba severamente la embriaguez en los otros, y la perdonaba en sí mismo, pues rara vez pasaba dia en que al comer no se embriagase. Le adormecia el esceso de la bebida, pero despertaba alegre; y sin embargo de que tenia otros defectos, le dieron el sobrenombre de *Grande.*

Debia pertenecer la corona á Demetrio su hijo mayor, y de otra muger; pero Sofía hizo que recayese en Basilio, que habia nacido de ella. Demetrio, separado con las astucias de su madrastra, y á lo que parece encerrado en una prision, murió de hambre ó de veneno. Tenia el padre guerra con los polacos, y el hijo la continuó. Sublevaron estos á los tártaros, y acometieron juntos á la Rusia. Los de Crimea penetraron hasta Moscow, y se la entregó Basilio; pero se la dejaron mediante un tributo, que él redimió con las armas venciendo á los tártaros. 1505.

Dicen los analistas que cuando determinó casarse le presentaron por lo menos diez y seis mil doncellas para que escogiese: y sin duda seria un fénix en hermosura y en toda suerte de prendas la preferida. Se llamaba Salomea, y vivió con ella veinte años, sin que le diese sucesion. Cansado por su esterilidad ó por otros motivos, la repudió y la encerró en un convento. Apenas habia entrado en él cuando corrió la voz de que estaba en cinta. Envió el czar mugeres que se certificasen del hecho, y dijeron ser verdad: le pareció al emperador cosa estraña; pero Salomea protestó que no habia conocido á otro hombre. Basilio no habló mas sobre este punto, y la dejó que pariese sin

estorbo: dió á luz un hijo, y le ocultó. El emperador se casó con otra llamada Elena, cuyo hijo, llamado Juan, fue colocado en el trono en la edad de cinco años.

La madre, viviendo su marido, habia conseguido un renombre poco honrado; pero el buen príncipe, bien porque lo ignorase, ó porque le mereció poco cuidado, no por eso la miró mal. Los tutores del monarca niño no fueron tan indulgentes; y como continuasen sus desórdenes, la encerraron en un convento, y asaron vivo al galan. Apenas puede creerse que hubiesen llegado á tal esceso, si Elena, y tal vez su amante, no hubiesen, sobre su mala conducta, tenido la intencion ambiciosa de apoderarse del gobierno.

1533. Tenia Juan Basiliowitz II grandes deseos de civilizar su pueblo, y envió por dos veces á Alemania á pedir sabios, artistas, arquitectos y trabajadores. La primera colonia fue detenida por los habitantes de Lubeck, escitados por las ciudades anseáticas, y confesaron francamente que su objeto era impedir que los rusos se diesen á las artes, y estableciendo manufacturas perjudicasen á su comercio. No por esto se detuvo el czar; y así envió de nuevo á Alemania, suplicando que con los artistas le enviasen hombres capaces de formarle un regimiento de caballería y otro de infantería, prometiendo que se valdria de ellos contra los turcos y no contra los cristianos. No se dejó alucinar el emperador de Alemania con la obligacion que hacia el moscovita, y temiendo los adelantamientos que podrian hacer disciplinados aquellos salvages, no les envió artistas ni oficiales.

A Juan no le hacia falta la táctica europea

Triunfo de Juan Basiliowitz II.

Debian los rusos su pericia militar á los alemanes; y celebrando luego Juan Basiliowitz II. un triunfo que sobre ellos había logrado, dos Monarcas tártaros, antiguos prisioneros, viendo al General aleman atado al carro de su vencedor, le dixéron: Bien lo mereceis, por haber puesto en manos de los moscovítas el azote que os castiga. *Instruir al enemigo es sin duda forjarse las cadenas.*

T. I. Enguid.t de ag. fec.

Alex.r Blanco sc.

contra los tártaros, que la ignoraban como él, y así les ganó grandes victorias, é hizo prisioneros dos de sus reyes. Tambien fue feliz contra los suecos y los dinamarqueses. Se cree que debió en gran parte sus progresos á la disciplina alemana, y que por no ser los príncipes germanos tan políticos como el emperador, dejaron pasar á Rusia soldados que formaron á los moscovitas, ó bien sin que ellos lo supiesen, los llevó Juan, y con su ausilio venció á los mismos alemanes. Llevaba un dia un general de esta nacion atado al carro de su triunfo, y dos reyes tártaros prisioneros, testigos del espectáculo, le escupieron en el rostro, y le dijeron: "Bien merecido lo teneis perros alemanes, por haber puesto en manos de los moscovitas el azote que sirve para castigarlos."

No se contentó el czar con lo que podia servirle en la tierra, y así envió tambien á pedir á la reina Isabel de Inglaterra marineros y constructores de navíos, y aun asilo en sus estados para él y su familia, en caso de que se sublevasen sus vasallos y le quitasen el reino. Con efecto, las novedades que procuraba introducir en las costumbres, causaron descontento; y cansado de que se opusiesen á sus buenas intenciones propuso renunciar; pero arrepentidos sus vasallos le retuvieron en el trono prometiendo ser mas dóciles.

No debia estrañar que su pueblo sintiese repugnancia en dejar sus feroces costumbres, pues él, con todos sus esfuerzos por reformarse, esfuerzos que es preciso alabar, no pudo reprimir en sí mismo algunos rasgos de aquel carácter selvático que no habia vencido la reflexion. Se dice que habiendo confiado á un señor ruso la administracion del reino durante

una espedicion distante, quiso el depositario aprovecharse de su ausencia para hacerse propietario; y que cuando regresado el emperador hizo arrestarle, mandó que le revistiesen con el manto real, obligándole á sentarse así en el trono, y que le hizo un cumplimiento irónico sobre la felicidad de haber conseguido lo que tanto deseaba; pero que acercándose despues al infeliz, le atravesó con un puñal, le entregó á sus guardias, los cuales le hicieron pedazos. Procuran escusar esta crueldad diciendo, que segun las leyes de Rusia debia el emperador egecutar por sí mismo su sentencia; ¿pero qué escusa admite el preliminar?

En su propia familia dió una prueba del imperio que la bárbara costumbre conservaba en sus pasiones. Tenia un hijo digno de la mayor estimacion: las tropas, enamoradas de aquel jóven, le pidieron por general para una guerra proyectada. Imaginó Juan que su hijo las habia inspirado esta proposicion; y aunque el príncipe se presentó para justificarse, su padre no le quiso oir. Tenia en la mano un baston herrado; y haciendo un gesto como para apartar á su hijo, le dió tal golpe en la cabeza con el baston, que cayó el príncipe sin movimiento á sus pies. Del estremo de la cólera pasó de repente el padre al estremo del dolor: se arrojó sobre su hijo, le tomó en sus brazos, y le estrechó á su pecho con las espresiones de la ternura mas afectuosa. Vivió todavía aquel jóven el tiempo suficiente para justificarse, y dejar clavada en el corazon de su padre la saeta que con la certidumbre de su inocencia se le estuvo rasgando siempre.

Fuera de estos dos pasages fue Juan Basilio-

witz un gran príncipe, igualmente político y guerrero. Estuvo siempre en guerra con los tártaros, polacos, suecos, dinamarqueses y turcos: muchas veces los venció, y nunca en sus derrotas perdió sus esperanzas: siempre ganaba alguna cosa en los tratados, cuando no los hacia del todo ventajosos. Era para aquellos tiempos muy instruido: aborrecia á los perezosos como gangrena de los estados, y detestaba á los que se embriagaban como capaces de las mas horribles acciones. A los que contraian deudas sin poder satisfacer, los miraba como perniciosos á la sociedad: los notaba de infamia, y los desterraba. Siempre que tenia que nombrar sugetos para las plazas de oficios escogia los mas capaces. Apenas se ha visto príncipe mas amigo de la justicia y buen órden. Se casó siete veces, y tuvo muchas concubinas. Los casos de torpeza que de él cuentan los historiadores, deshonrarian su memoria; pero la gloria de un monarca se acredita mas que con su conducta particular con el bien que hace á sus pueblos.

Dejó dos hijos, á Teodoro de edad de veinte años, y á Demetrio, niño cuya tutela encargó al caballero Bagdam Bieliski. Pensó este tutor colocar en el trono á su pupilo, en perjuicio del hermano mayor, el cual por su simplicidad y poco ingenio no prometia proporcion alguna para llevar el peso de la corona. Los grandes sin embargo libertaron á Teodoro de las empresas de Bieliski; mas como era inepto para gobernar por sí mismo, dejó que toda la autoridad cayese en manos del knees Boriz Gadenow, con cuya hermana estaba casado. No puede dudarse que desde entonces habia forma- 1534.
Boriz el proyecto de ocupar el trono de su cuña-

do en llegando el momento de emprenderlo, porque entre tanto solo se aplicó á ir allanando el camino. El principal obstáculo era el jóven Demetrio; pero envió quien le asesinase; y para borrar las señales de su delito quitó por sí mismo la vida al asesino.

Unos dicen que el asesinado fue el verdadero Demetrio; otros que su madre tuvo aviso, y substituyó por él un muchacho: la verdad se ha quedado en problema; pero del delito no hay duda. Los rusos, que sobre la intencion no podian engañarse, miraron con horror al culpado. Boriz, para divertir la atencion del pueblo que siempre le estaba asustando, hizo poner fuego á Moscow, y como el incendio estaba bien preparado se hizo presto general. Boriz iba por todas partes aparentando compasion; y al dia siguiente llamando á su presencia á los infelices, á unos les dió dinero, á otros les prometió restablecer sus casas, y á todos los despidió maravillados de su buen corazon y su generosidad.

1597. Se sospecha, y no sin razon, que cansado de ver reinar á su cuñado mas de lo que él esperaba, le dió un veneno lento; y creyendo la emperatriz que era delito de su hermano aquella enfermedad, no le quiso ver ni hablar mientras su marido estuvo enfermo. Tal vez el mismo Teodoro llegó á sospecharlo; pues no teniendo heredero parecia regular que dejase el cetro á aquel cuñado que siempre habia gobernado la mano del que le llevaba; pero no fue así, pues Teodoro, conociendo que se moria, le presentó á un primo suyo llamado Teodoro Romanow, el cual no le quiso; y aun otros dos no le admitieron. El cuarto le tomó solamente

para ofrecerle á un knees que no quiso aceptarle. Teodoro, cuando el cetro llegó á él, por no quererle los demas, le arrojó sobre el tablado diciendo: "El que le alzare sea emperador," y le tomó Boriz con mucho descontento de una grande parte de la nacion.

No le pareció suficiente título para apropiarse la corona lo que habia pasado con la muerte de su cuñado; y acabado el tiempo del gran luto, juntó la nobleza y los principales habitantes de Moscow. "Os restituyo, dijo, el cetro del último czar, porque hecha la esperiencia, no me puedo resolver á llevar el peso de una corona, y así dejo el trono para que le ocupe el que vosotros quisiereis." Dichas estas palabras se retiró á un monasterio que estaba á distancia de una legua, dejando á la asamblea indecisa sobre lo que debia hacer. Despues de algunos debates le nombraron, y él continuó en resistir esparciendo la voz de que iba á tomar el hábito de monge. Publicaban á un mismo tiempo sus emisarios que venia el kan de los tártaros con tropas innumerables á invadir la Rusia, sabiendo que no tenia soberano. Con esta noticia acudieron los rusos en tropel al convento; y desmelenado el cabello golpeaban sus pechos como desesperados, jurando que no se apartarian de allí hasta que Boriz les diese palabra de ser su czar. Hizo como que aceptaba la corona por fuerza, y dijo: "Yo, ¡ay de mí! seré vuestro príncipe, pues la Providencia lo ordena."

Mandó pues que la nobleza y los soldados acudiesen al parage que les señaló en la frontera, y se juntaron hasta quinientos mil hombres para rechazar á los tártaros, cuando estos no pensaban en

cometer la menor hostilidad, y antes bien vino un embajador con un mediano tren á proponer la alianza. Boriz fingió que se admiraba: dió al embajador el espectáculo de su egército formado en batalla: el de aparentar un combate, el de una fiesta militar, y le despidió con muchos regalos. A la nobleza y á los soldados hizo grandes dones, que le valieron un nuevo juramento de fidelidad; y por seis dias consecutivos convidó á diez mil hombres escogidos, sirviéndoles en ricas tiendas esquisitos manjares con grande profusion.

Mientras se ocupaban en estas celebridades fueron á Moscow hombres de confianza, que envió él mismo, y dijeron, que intimidados los tártaros con la prudencia y los preparativos del nuevo czar, no se habian atrevido á pasar adelante. Creyó el pueblo la noticia, salió al encuentro al vencedor pacífico, le recibió en triunfo en Moscow, y allí se hizo coronar. En esta ceremonia el humano y compasivo Boriz hizo voto de no derramar sangre, y de no condenar á los delincuentes mas que á destierro. En consecuencia de este voto muchos nobles, que no eran de su partido, salieron al punto desterrados con diferentes pretestos. A los que tenian alguna pretension á la corona les prohibió que se casasen; y á Teodoro Romanow, entre otros, á quien el último czar habia ofrecido su cetro, le puso en una prision separado de su muger. Despues les obligaron á todos á entrar en conventos, á profesar y á mudar de nombre: Teodoro tomó el de Fidalete.

En medio de sus felicidades se veia Boriz devorado de pesadumbres. Sobrevino en Rusia una hambre, que tiene pocos egemplares, pues en mu-

chas familias mataban á los mas gruesos para que sirviesen de alimento á los otros, y comian los padres y madres á sus hijos. Cuenta un testigo ocular, que juntándose algunas mugeres, y metiendo en una casa á un paisano, le mataron, y se le comieron á él y á su caballo. A pesar de las providencias del emperador perecieron solo en la ciudad de Moscow quinientas mil personas.

A este azote se juntó la inquietud que dió á Boriz la resurreccion de Demetrio, á quien habia mandado quitar la vida. Téngase presente, que segun una opinion acreditada, supuso la madre otro niño que entregó al asesino, y ocultó el suyo en un monasterio en donde le criaron. Fuese casualidad ó imprudencia, se esparció una voz de que vivia, y llegó á los oidos de Boriz, el cual no dejó piedra que no moviese por averiguar la verdad. Examinaron á muchos, y á otros les dieron tormento. Sin duda no se satisfizo con las respuestas de la madre, pues la desterró á un convento retirado. Todo cuanto pudo saber con sus pesquisas fue, que habian huido de un convento dos monges, que estos estaban en Polonia, y que uno de ellos llamado Griska Utropeya, por la edad y la figura, podia ser el que buscaban. Les hizo el czar seguir los pasos por sugetos encargados de prenderle ó de asesinarle. Por último, practicó muchas diligencias para hacer creer que no dejaba de estar persuadido á que pudiera muy bien haber sido otro que Demetrio el niño que mataron.

Por una concurrencia de circunstancias bien estrañas, el jóven Utropeya, á quien llamaremos Demetrio, ganó la confianza de un señor lituano: este le dirigió al palatino de Sandomir, y el pa-

latino tuvo las pruebas del proscripto por dignas de presentarse al rey y á la república de Polonia, que entonces celebraba una Dieta. Esta las examinó; y hallándolas convincentes, le reconoció por heredero legítimo de la corona de Rusia: levantó un egército encargado de colocarle en el trono de sus mayores. Entonces la existencia de Demetrio no solo causó á Boriz inquietud, sino que renovó este sus tentativas por deshacerse de su contrario; pero Demetrio le atacó á fuerza abierta, y habiéndole ganado la batalla, se apoderó de Boriz tal pesadumbre que murió de melancolía.

1605. Dejó un hijo de quince años llamado Teodoro, el cual solo subió al trono para esperimentar los reveses de la fortuna, que al punto le precipitó, y para ver toda la Rusia declarada por Demetrio. No fue la última la capital Moscow, la cual llamó al rival de Boriz; y Demetrio envió delante la orden de quitar la vida á Teodoro y á su madre, como se egecutó. Todo le salió bien, y así le coronaron con grande solemnidad y aplauso general. No obstante, se levantó contra él un partido, á cuya frente estaban tres hermanos de antigua nobleza, llamados Zuski, los cuales esparcieron contra la legitimidad de Demetrio sospechas, que empezaban ya á conmover. Mandó prenderlos el czar, condenó á los dos menores á destierro, y á Basilio, que era el mayor, á ser degollado. Se hicieron estraordinarios preparativos para la egecucion, con el fin de que á vista del egemplar se contuviesen en respeto los malcontentos. Estaba el delincuente de rodillas en el tablado esperando el golpe, y ya tenia el egecutor levantado el brazo cuando Demetrio le envió el perdon, contentándose con desterrarle como á sus

hermanos; pero hizo el gran desacierto de llamarle casi al punto, y aun el de concederle su favor.

El czar, que debia su fortuna á los polacos, guardaba con ellos atenciones que dieron zelos á los rusos; y el palatino de Sandomir, de protector que fue, llegó á ser su suegro. El casamiento de Demetrio con la princesa palatina introdujo las costumbres alemanas, á las que parecia inclinarse mas el esposo agradecido. Afectó tambien desprecio de las prácticas rusas, de sus frecuentes lavatorios, de la multitud de imágenes, y comia ternera, que allí se miraba como vianda impura. El ingrato Zuski, no solo hizo reparables estas imprudencias, sino que fomentó y exasperó el descontento que causaban.

Demetrio, demasiado confiado, despreció los avisos que le dieron sobre las intenciones de los conjurados, y tanto que no tenia consigo mas de treinta guardias cuando Zuski se entró en el palacio á la frente de una multitud amotinada. Demetrio, viéndose acometido, saltó por una ventana con el sable en la mano, se rompió un muslo, y quedó inmóvil. Le llevaron á una sala adonde todos pudiesen entrar á verle, y esperaba Zuski hacerle confesar con amenazas la falsedad de haber supuesto su madre otro niño; pero él protestaba la legitimidad de su nacimiento, citando el testimonio de su madre. No se la presentaron; pero le dijeron que su madre confesaba que el asesinado habia sido su verdadero hijo. Demetrio refutó con tan buenas razones esta confesion, supuesta ó arrancada con el miedo, que rezelando que llegase á persuadir le asesinaron. Entregaron su cadáver á los insultos de la plebe, y le arrastraron por el lodo hasta el

lugar en donde recibió Zuski el perdon cuando iban á degollarle. ¿Diremos que esto fue una condenacion indirecta de la demasiada bondad del infeliz, ó una reconvencion de la ingratitud del que mandó matarle? Cuantos polacos encontró el pueblo en su furor fueron pasados á cuchillo. No respetaron el honor de las damas de aquella nacion, y hasta la misma emperatriz, si evitó la última afrenta, fue porque una dama rusa la ocultó bajo de sus ropas.

Procuró Zuski publicar cuantas razones pudieran hacer creer que Demetrio era impostor; pero aun entonces parecieron insuficientes los testimonios con que las apoyaba, no sosteniéndose sus pruebas contra las que parece que la misma naturaleza dispuso para Demetrio. Cuando era niño habian notado que tenia una pierna mas corta que la otra, y una berruga debajo del ojo derecho; y Demetrio emperador tenia las mismas señales. Por otra parte ¿es creible que una nacion tan sabia como la polaca se engañase en un punto que examinó con tanto cuidado? Y suponiendo que el deseo de ocupar la Rusia con alborotos pudiese hacer que los polacos favoreciesen la impostura, ¿cómo es creible que el palatino de Sandomir sacrificase su hija á un hombre, de cuyo estado y nacimiento tuviese la menor sospecha?

1606. Hubo dificultad en declarar emperador á Zuski, porque la nobleza no estaba por él; pero lo consiguió con el favor del populacho. Si la memoria de Demetrio no le causó remordimientos, á lo menos turbó su tranquilidad una sombra de este príncipe; porque así puede llamarse una especie de fantasma de Demetrio que jamas se presentó. Dos

señores malcontentos publicaron que existia, aunque no le hicieron ver: alistaron soldados bajo de sus banderas, combatieron contra Zuski y le vencieron; pero despues fueron vencidos ellos, los prendieron, y los degollaron.

A la sombra sucedió otro ser real, que llamaron el tercer Demetrio. Este era maestro de escuela en una pequeña ciudad de la Rusia polaca, el cual suponia que á pesar de su pierna rota cuando saltó por la ventana le habian recogido sus vasallos fieles, á favor de la confusion, y que le habian transportado á aquella ciudad retirada, en donde para subsistir habia resuelto enseñar niños. Si esta vez se engañaron los polacos fue porque quisieron, pues le faltaba mucho á este Demetrio en las señales características del primero, á quien solamente se parecia en el rostro, en la edad y en la mucha audacia.

Le proveyeron los polacos de un egército, con el cual puso sitio á Moscow. La viuda del primer Demetrio, y su padre el palatino, que se habian huido de las cadenas de Zuski, ayudaron á la ilusion de que este segundo Demetrio necesitaba. Por vengarse del que mató á su marido, sufrió que el nuevo pretendiente al trono la tratase como esposa, aunque solo esteriormente segun dicen. La recibió con toda la pompa imaginable, y con un gozo que no parecia fingido; pero aunque ella por su parte correspondió á sus afectos, no debió ser con sinceridad ni con buen corazon, pues no le conservó la amistad ni el socorro de los polacos.

Como estos no habian ayudado al impostor sino con el objeto de conseguir del emperador Zuski lo que querian, asi que les dió satisfaccion, ayu-

daron ellos mismos al czar para rechazar al maestro de escuela, el cual se salvó en la Tartaria, en donde algun tiempo despues le asesinaron. Cansados de Zuski y de su gobierno los moscovitas, le imputaron las desgracias que los afligieron durante su reinado; y como estas, entre las cuales se deben contar principalmente los horrores de la guerra, les venian de los polacos, creyeron los rusos reparar mas fácilmente las pérdidas pasadas y librarse de otras nuevas, tomando un emperador de aquella nacion. Depusieron á Zuski; y cortándole el cabello, le encerraron en el monasterio, en donde murió de pena, sino se envenenó él mismo.

1610. Ofrecieron la corona á Ladislao, hijo de Segismundo rey de Polonia, el cual en lugar de presentarse para recibirla envió delante un egército de polacos, que cometieron toda especie de desórdenes. Se sublevó contra ellos Moscow, en donde los habian recibido bien; y abandonando la ciudad por no poder sostenerse en ella, la pusieron fuego, y segun dicen, consumió ciento y ochenta mil casas. En el reinado de Ladislao, que solo duró tres años, se presentó un cuarto Demetrio, á quien hicieron traicion los suyos, y murió ahorcado.

1613. Se hallaban los rusos sin saber que hacer de su corona. Muchos de ellos deseaban un príncipe estrangero, como menos capaz de inclinarse á favorecer á tal ó tal familia; y otros, zelosos de la gloria de su nacion, pedian un príncipe del pais. En medio de las altercaciones que producia la diversidad de pareceres, habló alguno de Miguel Teodorowitz, hijo de Fidalete, aquel pariente á quien Teodoro al morir habia presentado el cetro, y á quien Boriz, dueño del trono, habia separa-

Eleccion de Miguel Teodorowitz.

Presentado el jóven Miguel Teodorowitz á la asamblea de magnates rusos que habian de juzgar sobre su idoneidad para el imperio, aunque á todos agradó generalmente, se detenian algunos en su corta edad; pero la mayor parte exclamó: Dios que le ha escogido le asistirá; *y le diéron el cetro. No les engañó su confianza; ni el que humilde la pone en Dios, puede dudar jamas de su asistencia.*

T. L. Enguid.t de ag. fec.

Jf. Bonifacio.

do de su esposa y desterrado á un convento. Le habian transportado prisionero á Polonia, bien que condecorado con el título de obispo.

La madre, á quien habian dejado su hijo, le habia criado con mucho esmero, y se hallaba entonces en la edad de diez y siete años. Los señores rusos que le conocian se le pintaban á los demas como capaz de restituir al imperio su antiguo esplendor; pero la junta quiso juzgar por sí misma, y así mandaron que la madre le enviase. Esta tierna madre recibió el mensage con un susto que se declaró por un torrente de lágrimas, pues creia que pedian á su querido hijo para que pasase por la suerte que los últimos czares acababan de esperimentar. No obstante, asegurada por las instancias de sus amigos, le dejó partir. Agradó Miguel á la asamblea; solamente se detuvieron algunos en su poca edad; pero la mayor parte esclamó: *Dios que le ha escogido le asistirá.*

Su primera accion fue llamar á su padre, cuya edad habia madurado en las aflicciones, y envejecido en las desgracias. En nada se habia mezclado de las turbulencias anteriores, y así no tenia venganza que satisfacer. Su hijo se impuso la ley de gobernarse por sus consejos, y siempre mostró una deferencia respetuosa á sus avisos.

Las sostenidas demostraciones de su piedad filial le ganaron el corazon de la nacion, y siempre mereció que le estimase su pueblo por su grande aplicacion á cuanto pudiese influir en su felicidad.

Se casó con la hija de un caballero que hallaron arando cuando le anunciaron la honra que hacia el czar á su familia. Eudosia, de tanta virtud como hermosura, se mostró digna de esta elec-

cion, ayudando á su esposo, segun sus fuerzas, y en la proporcion conveniente á su sexo, á llevar el peso del gobierno. Cuando Miguel perdió á su padre, era tan respetado por su justicia, piedad y prudencia, que ademas de la multitud que llevaba á la corte la veneracion de sus vasallos, siempre estaba condecorada con la presencia de los embajadores de los vecinos príncipes de Europa y Asia. Todos querian conservarse en la alianza de tan grande monarca: gloria pacífica, mas estimada que las de las conquistas. Tomó el nombre de czar, que significa emperador, y cuando murió dejó la corona á su hijo, que tenia entonces diez y seis años.

1645. Alejo Teodorowitz no tuvo como su padre la felicidad de que le dirigiese en los primeros pasos de su carrera algun Mentor interesado en su felicidad y la del pueblo. Creyó Miguel que se le habia asegurado, dándole por primer ministro un tal Boriz Moroson, hombre estimado y de talento, pero por desgracia notado de ambicioso; y la primera prueba que de esto dió fue hacerse cuñado del czar, casándose con la hermana de la emperatriz. En Miloslauki su suegro encontró Moroson un hombre propio para favorecerle en sus proyectos; y asociándose ambos con Plescon, juez principal de la corte, formaron un triunvirato que se apoderó del gobierno mientras el jóven emperador se dormia en el seno de los placeres que le proporcionaban.

Egercieron su autoridad con tal desvergüenza que irritaron al pueblo. Vendia Plescon la justicia, Miloslauki los empleos, y Moroson ostentaba su favor con una altivez y fausto que indignaban. Los habitantes de Moscow, acostumbrados al go-

bierno paternal de Miguel, los sufrieron por algun tiempo; pero acabándose la paciencia llegaron todos al esceso de una licencia desenfrenada, y no contra el czar, porque le perdonaban su poca esperiencia, y le respetaban como á inocente, sino contra sus infieles ministros, y contra los agentes y cómplices de estos, cuyas cabezas pedian; y con grande dificultad salvó Alejo la de su suegro sacrificando á los otros. Esta venganza popular fue para Moroson una advertencia que le hizo mas afable, justo y servicial, y para el czar fue una leccion que le enseñó á gobernar por sí mismo, y no fiarse todo á sus ministros. De este modo fue su reinado tranquilo, á escepcion de algunas guerras de poca duracion con los suecos, polacos y otros vecinos.

Durante su reinado se vieron dos impostores y un sublevado peligroso. Considerando las aventuras del primero, pasma el ver que la vida de un hombre fuese suficiente para tantos acontecimientos. Se llamaba este Ankudina, y era hijo de un mercader de paños de Wologda. Advirtiendo en él su padre algo de estraordinario, le hizo aprender á leer y á escribir, con lo que era un gran personage entre sus compatriotas, hombres los mas ignorantes. Tenia una bella voz, cantaba con gracia en la iglesia los signos y cánticos. Enamorado el arzobispo de sus talentos le llevó á su casa, en donde se portó tan bien, que le casó el prelado con una nieta suya. Esta fortuna empezó á trastornarle la cabeza: tomó el título de Vayvoda ó gobernador de Wologda: se portaba como tal; y con escesivos gastos se arruinó. Fue á Moscow con su familia, y consiguió un empleo lucrativo, pero

de mucha responsabilidad; y volvió á su tren y á sus placeres á costa de los que le prestaban por complacerle. Uno de los mas crédulos fue un amigo, á quien con pretesto de una ceremonia que debia practicarse con esplendor, pidió prestada la pedrería de su muger. Se divirtió como siempre; y cuando fue preciso restituirla, negó haberla recibido. Su esposa, la nieta del arzobispo, le reprendió su mala fe; por aquel mismo tiempo le pedia cuentas el fisco; y viéndose perseguido, é importunado con las represiones de su muger, la encerró en una estufa, puso fuego á la casa y se huyó.

Cuando creian que Ankudina habia perecido en el incendio, iba él caminando hácia Polonia, adonde el czar enviaba una embajada. Determinó el tramposo ir á verse con el general de los cosacos, hombre de grande autoridad en aquel reino. Se puso en sus manos como pariente cercano del difunto emperador Basilio Zuski; y suponiendo que la embajada no tenia otro fin que reclamarle, pidió al general que le protegiese en pago de la confianza de ponerse en sus manos. Le prometió el cosaco su favor; pero como el nombre que habia tomado el ruso empezaba á hacerle famoso, con peligro de ser descubierto, creyó que no le era suficiente la proteccion del general. Dejó sin despedirse la Polonia: pasó á Constantinopla, se circuncidó, y abjuró la religion cristiana. Tambien allí contrajo deudas; huyó á Roma, y abrazó la religion católica.

De Roma fue Ankudina á Venecia, de allí á Transilvania, y no se sabe como consiguió del príncipe Ragoslki cartas de recomendacion para la

reina de Suecia. Llegando á Stockolmo públicamente se llamaba no ya pariente cercano, sino hijo de Basilio Zuski. Unos comerciantes moscovitas establecidos en Suecia dieron aviso á su corte: esta acumuló pruebas de aquella impostura, y las envió á Suecia. Desengañada la reina mandó prenderle; pero huyó, se fue á Bruselas, y se introdujo con el archiduque Leopoldo. Sin duda, descontento del modo de recibirle, ó del poco remedio que esperaba, pasó á Leipsick, en donde se hizo luterano: de allí al ducado de Holstein, en donde por cartas que tuvo el duque del czar le puso preso, y le envió á Rusia.

Despues de haber estado tergiversando por algun tiempo en su prision, volvió Ankudina á sostener descaradamente que era hijo de Zuski. Compuso una novela, en la cual el episodio de mas importancia era que el kan de Tartaria habia querido emplearle contra el czar á la cabeza de cien mil hombres; pero que era mucho su amor á la patria para que fuese á inquietarla, y que asi le habia preservado Dios de aquel atentado. Entre tanto le enviaron un hombre tan diestro que le hizo confesar su enredo aun por escrito; pero cuando le mostraron el papel para convencerle, y lograr de su boca una formal confesion, no quiso reconocer por suyo el escrito, obstinándose mas desde entonces en llamarse hijo de Zuski. A pesar del testimonio de su madre, de sus parientes y de todos cuantos le habian conocido en sus empleos y diversiones, se mantuvo inconfeso aun en el tormento, hasta que sufrió en Moscow el suplicio.

El otro impostor decia ser hijo de Demetrio y de la princesa hija del palatino de Sandomir.

Llevaba en prueba de esto unos caracteres grabados en sus espaldas, que no eran conocidos de nadie, sino de un hombre, sin duda buscado á propósito, el cual en una junta pública, en donde el embustero descubrió sus espaldas, leyó sin dificultad: *Demetrio, hijo de Demetrio.* Durante el reinado de Ladislao, necesitando este príncipe suscitar alborotos en Rusia, mostró afecto al falso Demetrio. Este se coligó con Galga, príncipe de Tartaria, prisionero en Polonia, y verdadero heredero de la corona de los tártaros. Fatales casualidades privaron de esta proteccion al impostor. Se retiró á Holstein, escollo de sus semejantes, y así le entregó el duque, y murió en Moscow como el falso Zuski, con el castigo de los reos de lesa magestad. Estos dos egemplares prueban lo que pueden la audacia por una parte, y la credulidad por otra, en un pais entregado á la ignorancia.

El rebelde, de quien voy á hablar, no necesitó de imposturas para levantar un egército contra el czar. Era Stenko-Razin, hermano de un hombre, á quien siendo gefe de los cosacos del Don, habian quitado los rusos la vida por haber querido sostener los privilegios de su nacion. Decian los cosacos que ellos no eran vasallos, sino que estaban bajo la proteccion del imperio ruso. No tuvo que hacer Stenko-Razin sino levantar el estandarte de la libertad para ver á los cosacos acudir á sus banderas. Al principio dió á entender que no le animaban otros motivos que el amor á la patria, la gloria de su nacion, y el deseo de vengarla; pero su ambicion se esplicó con las primeras felicidades.

Empezó por el pillage, que es el mejor medio

Ferocidad de Stenko Razin.

Paseando en la ribera del Volga Stenko Razin con una Princesa persiana, su prisionera, y refiriendo los regalos que habia hecho á sus partidarios, le ocurrió que habiéndole servido el Volga mucho, nada le habia dado; y para desagraviar al rio asió de la Princesa, y la arrojó en él con toda la pedrería y perlas de su adorno. Quizá hombres tan brutales exîsten solo para humillar nuestro orgullo.

T. L. Enguid.e de ag. fte.

Alex.e Blanco sc.

de atraer á los soldados. Su crueldad aterraba, y no tenia resistencia. Por lo siguiente puede formarse juicio de su brutal ferocidad. Tenia prisionera á una princesa de Persia muy hermosa y agradable; y paseándose con ella por las riberas del Volga, en un momento de alegría y embriaguez, contando los ricos presentes que habia hecho á sus partidarios, se le puso en la cabeza este apóstrofe: "Y tu, ilustre rio, que me has servido para conducirme tanto oro, plata y efectos preciosos, tú mi defensor, á quien debo mi fortuna y dignidad, nada te he dado hasta ahora; pero voy á darte la prueba de mi reconocimiento." Acabando de decir estas palabras, asió á la princesa, la levantó entre sus brazos, y la precipitó al rio, con todas las perlas, diamantes y ricos adornos que llevaba.

La política de Stenko-Razin, que le atrajo muchos soldados, era no pretender preeminencia entre los cosacos, fuera del momento de la accion, diciendo que era su igual, y que no tenia otro deseo que el de hacer reinar la libertad. Les permitia todo desenfreno para hacerlos tan culpados como él; y así cuando fue vencido sucedió, que por justa represalia cayó el castigo tambien sobre el pueblo, cómplice de sus maldades.

Dolgoroski, general que venció á Stenko, levantó en Arsamas un tribunal tan severo, que las avenidas de esta ciudad representaban la horrorosa pintura que los poetas hicieron del Tártaro. A un lado se veian montones de cuerpos muertos, degollados y cubiertos de sangre; al otro infelices empalados vivos, que daban espantosos gritos, y padecian á un mismo tiempo mil muertes. En el espacio de tres meses pasaron por las manos de los

verdugos once mil personas condenadas jurídicamente.

Viéndose Stenko sin asilo, despues de una completa derrota, cayó en la simpleza de figurarse que le cumplirian la palabra de perdon, y así se rindió, y le hicieron creer que el czar estaba deseando ver á un hombre de su mérito, por lo cual era preciso llevarle á la corte, pero que en el camino veria como acudian los pueblos á honrarle. Con esto esperaba él un triunfo en llegando á Moscow; pero no encontró en vez de un carro triunfal sino una miserable carreta que enviaron para conducirle con una horca en medio: anuncio de su muerte, que no tardó, despues de haberle hecho sufrir el tormento.

Se cree que costó esta rebelion mas de cien mil hombres á la Rusia: esto se entiende de los que llevaron armas; pues dicen que fueron mas los que perecieron con las enfermedades y el hambre, que los que murieron en el campo de batalla. Tan terribles castigos repugnaban al buen corazon de Alejo, y sentia mucho verse reducido á la triste necesidad de quitar tantas vidas; pero los historiadores notan que hay circunstancias en que son indispensables semejantes egecuciones para precaver mayores males. Se le debe á este príncipe la justicia de que no omitia medio alguno de gobernar con la benignidad posible. Aunque era valeroso, solamente hacia la guerra cuando no podia evitarla, y trabajaba infatigable por la felicidad de los pueblos. Toda su vida la empleó en reparar con una prudente administracion las faltas que en su juventud le habia hecho cometer su escesiva confianza en los ministros.

Dejó Alejo de su primera muger á Teodoro, á Juan y la princesa Sofia, y de la segunda á Pedro y la princesa Natalia. Le sucedió Teodoro á los diez y nueve años de su edad, y con todas las buenas prendas de su padre: tenia por desgracia un temperamento delicado, que no prometia larga vida. Le fue preciso hacer á los turcos una guerra fuerte; pero no fue desgraciada. A esta se siguió la paz con aquella potencia y con todos sus vecinos; y con esta calma pudo ocuparse en el bien de su reino. 1676.

A egemplo de su padre aspiró Teodoro á civilizar la Rusia, y hacer en ella establecimientos útiles. Estaba persuadido á que no podian estos fundarse sólidamente sino sobre el mérito; y para él era una injusticia ó un absurdo que el nacimiento solo y sin talentos diese entrada á los empleos y dignidades, y abriese el camino á las honras. Dicen que mandó á los nobles que fuesen á verle con sus títulos; y que tomándolos en su mano, los arrojó al fuego, declarando que en adelante las prerogativas pecuniarias y honoríficas se darian á la capacidad y á la virtud, y no al nacimiento. Este principio siguió el czar en la disposicion del trono estando para morir. Juan, que era el mayor de sus hermanos, se hallaba en edad competente; pero era de poco espíritu, de vista corta, y padecia accidentes. Pedro solamente era hermano de padre; pero aunque muy jóven, manifestaba gusto á las ciencias y conocimientos útiles, por lo que daba esperanzas de poder realizar los proyectos dirigidos al bien de la Rusia; y así Teodoro le nombró sucesor suyo.

No agradó esta preferencia á su hermana Sofía,

que ambiciosa, y con deseo de gobernar, se hubiera acomodado mejor á la debilidad de Juan que á la juventud de Pedro, el cual manifestaba ya poca disposicion á la docilidad. Los emperadores rusos, como todos los déspotas, se habian formado una guardia para sus personas, semejante á la de los genízaros del gran señor. Se llamaban estos Strelitz. Supo Sofía disponerlos de modo que se mezclasen en el gobierno. Declararon que les parecia mal que el difunto emperador hubiese preferido al hijo menor, y que esto precisamente se lo habrian sugerido algunos traidores. Se esparció pues la voz de que Alejo habia sido precisado por una faccion; y que esta, arrancándole por fuerza el nombramiento, le habia envenenado para que no se retractase.

Sofía dispuso una lista de cuarenta culpados, comprendiendo el primero á Von-gaden, médico de Teodoro. Los demas eran grandes señores enemigos de los Strelitz, y por consiguiente los suponian enemigos del estado y dignos de muerte. Se introdujeron los furiosos en palacio, y fueron buscando por la ciudad las víctimas señaladas, siendo la principal Von-gaden. Encontraron con uno de los compañeros del médico, le asieron, y dijeron: "Tú eres médico, y si no has envenenado á nuestro rey Teodoro, has envenenado á otros, por lo que mereces la muerte," y le mataron. No se libró Von-gaden de su crueldad; y por mas que las damas de la corte pedian de rodillas el perdon, los alborotados erigieron un tribunal, entre cuyos miembros solo uno sabia escribir, y estos le condenaron á muerte como á médico y como á hechicero, porque hallaron en su casa un sapo disecado y una

gran serpiente. Los mismos jueces sentenciaron á los señores denunciados, y los mataron á sablazos.

Estas crueldades terminaron con proclamar á Juan y á Pedro soberanos juntamente de Rusia, asociándoles á Sofía en el gobierno. Esta aprobó los homicidios de los Strelitz: les dió en recompensa las haciendas de los proscriptos, permitiéndoles erigir una columna con los nombres de los muertos como traidores á la patria; y por último, les dió letras patentes en que les agradecia su zelo y fidelidad.

Ocho años egerció Sofía una autoridad mas absoluta que la de sus hermanos. Dió esposa á Juan; pero Pedro no quiso recibir de su mano la suya, como que estaba acompañado de una faccion contraria á la princesa. Como aquellos malcontentos la dificultaban sus disposiciones resolvió deshacerse de ellos, y aun de su mismo hermano Pedro. Tambien llamó para la egecucion de esta empresa á sus amigos los Strelitz; y aunque esta vez no los halló tan poderosos, y tan zelosos de servirla, casi llevó su conjuracion á efecto, pues Pedro se vió precisado á dejar tan precipitadamente la capital, que á haberse detenido una hora hubiera sido destronado, y tal vez muerto; pero esta hora fue bastante para desconcertar las medidas de su hermana. Arrestaron á esta, dispersaron ó castigaron á sus partidarios; y Sofía, confinada á un convento, privada de toda autoridad, estuvo sufriendo hasta su muerte un castigo, que parecerá suave en comparacion de sus crueldades, pero muy duro para una ambiciosa como ella. Volvió Pedro triunfante á la capital; y Juan, que no se habia mezclado en cosa alguna, le recibió con afecto á la

puerta de palacio. Se abrazaron los dos hermanos, y desde este punto se debe mirar á Pedro como á único soberano. Desde el año 1690 hasta el de 96, en que murió Juan, vivió como un particular, sin hacer mas papel en la administracion que poner su nombre en las actas públicas.

Hay algunas cosas que para escitar la admiracion bastará escribirlas sin particular estilo ni adornos, y tales son las acciones del czar Pedro I. Para apreciarlas debidamente debe no olvidarse el estado de la Rusia cuando empezó él á gobernarla. Se hallaba aferrada á los antiguos usos, groseros y estúpidos por la mayor parte, pero tan apreciados de la nacion, que dificilmente podia esperarse su reforma. Puede juzgarse de la dificultad por este egemplo: Habiéndose apoderado de algunas provincias de Rusia un rey de Polonia, quiso introducir mutaciones en las costumbres de ellas. Entre otras cosas le parecia mal que cuando un paisano habia cometido alguna culpa, el noble su señor le hiciese azotar con varas hasta derramar sangre; y pensando el polaco abolir aquel bárbaro castigo fueron los paisanos á echarse á sus pies, suplicándole que no hiciese novedad, porque habian esperimentado que toda innovacion era peligrosa. De este modo la obstinacion en sus preocupaciones, la ignorancia que la supersticion habia hecho sagrada, la complacencia en una vida ociosa, el orgullo con que miraban sus ceremonias de luto ó diversion, como preferibles en la pompa y magestad á cuanto observan las demas naciones, y la aversion á los usos y modales estrangeros por mas útiles que los conociesen, fueron las preocupaciones que tuvo que estirpar el emperador Pedro, y

las cabezas de la hidra que necesitaba destruir, y que renacian siempre.

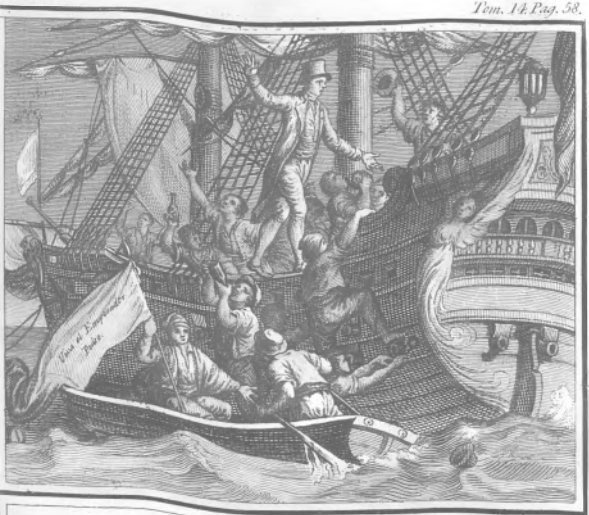
Ya sus antecesores habian combatido contra esta hidra, pues hemos visto que uno de ellos habia buscado sabios, artistas, y maestros civiles y militares; pero consiguieron muy poco los cuidados de este príncipe y los de sus sucesores, á pesar de las exhortaciones, favores y liberalidades. Solo restaba el medio del egemplo, que cuando le da el soberano es tan poderoso para el pueblo. Determinó el emperador Pedro tentar este medio; y para ello partió mezclado en la comitiva de una embajada que enviaba á visitar muchas cortes, sin distinguirse entre los demas, aunque todos sabian quien era. Ya monarca, ya particular, entraba en conferencia con los reyes, y se mezclaba con los profesores de las artes. Otros soberanos han viajado por curiosidad, y han manejado los instrumentos de los trabajadores por gusto y por diversion; pero solo Pedro intentó hacérselos familiares con la práctica, para poder formar juicio y guiar á los que enviase para la instruccion de su reino.

Mirado así este emperador, ¡qué espectáculo mas grande que verle dejar á los veinte y cinco años las delicias de su corte, condenarse á una vida laboriosa, y vencer con valor toda delicadeza y repugnancia! En consecuencia de un accidente que habia padecido cuando niño, tenia tal miedo al agua, que cuando era preciso pasar un arroyuelo le costaba sudor frio y convulsiones: ¿qué hizo pues? Se arrojó con resolucion al rio, y así venció los temores de la naturaleza, y el elemento que abominaba vino á ser uno de los principales teatros de sus triunfos.

Llegando á Holanda fue corriendo al astillero de Sardam, se alistó en el cuerpo de carpinteros de navío. Vestido y mantenido como ellos, trabajaba en las forjas, en los cables, y de la construccion de un barco subió á la de un navío de sesenta cañones, empezado por él, y acabado por sus manos ó á su presencia. Estas ocupaciones no le impedian tomar lecciones de anatomía, cirugía, mecánica y otros puntos de la filosofía usual de Holanda. Pasó á Inglaterra, en donde se perfeccionó en la construccion, aplicando la teórica á la práctica. Nada se le ocultaba, ni la astronomía, ni la aritmética, ni la relojería, ni la hidráulica, como que pretendia llevar todos los talentos á su reino, y así envió un gran cargamento, si así puede decirse, de hombres hábiles en todas las artes.

Habia tomado tan bien las medidas, que la Rusia estaba bien gobernada en su ausencia; y mientras el carpintero de Sardam manejaba la hacha y la sierra, estaban sus tropas ganando victorias en las fronteras. El por sí mismo las habia formado, y su egercicio y disciplina fueron, por decirlo así, los juegos de su niñez. Apenas podia llevar el fusil cuando juntaba los muchachos de su edad, y se iba con ellos acostumbrando á las maniobras; y los hacia pasar, como él mismo pasó, por todos los grados militares. Fue aumentándose esta tropa, y llegó á ser un egército valeroso, á cuyos soldados conocia uno por uno.

Al mismo tiempo que este emperador era sucesivamente tambor, sargento, teniente ó capitan, se daban las órdenes, y se egecutaban mandando Lefort, un caballero piamontes, que le habia merecido su confianza. Como el czar sin maestro ni



Pedro el Grande en Sardam.

Para llevar á Rusia el Czar Pedro I. los conocimientos con que se propuso ilustrarla, no solo viajó por Europa, sino que en el astillero de Sardam aprendió y practicó la construccion naval hasta ver empezado por él, y concluido por él mismo, ó bajo de su direccion un navio de 60. cañones. ¡Quantos bienes procuró á su nacion! pero ¿quándo dexará de honrar la posteridad sus desvelos y sacrificios?

T. L. Enguidag. fec.

Jf. Bonifaz conc.

aprendizage se hizo general, tomó ciudades, y ganó batallas en tierra. Asímismo, y casi sin haber visto el mar, ganó victorias navales, bien que tambien fue pasando por todos los grados de la marina. Su egemplo alentó mucho á la nobleza, y esta no despreció los empleos inferiores de la milicia, viendo que el emperador, muy distante de desdeñarlos, se honraba con ellos. Despues de sus primeras victorias contra los turcos y los tártaros, con el fin de inspirar á los rusos el gusto de la gloria militar dispuso que entrase su egército en Moscow por arcos triunfales, hermoseados de pomposas decoraciones, y acompañados de iluminaciones y fuegos de artificio. Iban los generales delante del soberano, y este llevaba en la marcha el lugar correspondiente á su grado. Concluida la alegría de la ceremonia hubo premios para los valientes, y castigos para los cobardes.

Ya por las órdenes de este emperador habian dejado las tropas el vestido largo, llevándole corto, mas desembarazado, y mas propio para sus movimientos. Con el fin de connaturalizar, digámoslo así, estas mutaciones entre sus vasallos, envió una multitud de nobles jóvenes á viajar como él á las cortes estrangeras para que tomasen sus costumbres. Persuadido tambien á que la cortesía y civilizacion no pueden introducirse ni subsistir sino con la concurrencia de los dos sexos, dispuso asambleas, y él mismo se hallaba en ellas, animando la emulacion del adorno, del baile, de un juego moderado, y de una decente familiaridad. De este modo fue insensiblemente mudando la costumbre rusa de aquellos vestidos anchos, que no dejaban distinguir la hermosura del talle de las mugeres,

y se desaparecieron las barbas largas. La antigua gravedad, que parecia tristeza, hizo lugar al despejo, precursor de la alegría. Sobre esto se formalizó el clero; pero Pedro el *Grande* le minoró las riquezas, abatió su poder, y suprimió la dignidad de patriarca, cuya autoridad competia con la de los emperadores. Desterró de los casamientos la ceremonia estravagante de no verse los novios hasta aquel punto en que ya no les quedaba arbitrio para no consentir en verse enlazados para toda su vida. A pesar de la repugnancia de la Iglesia griega cismática hizo que su nacion adoptase el calendario romano, é introdujo los números árabes en su chancillería, y en las secretarías de hacienda, y de ellas pasaron al comercio; pero la mayor parte de estas mutaciones no se verificaron hasta despues que el czar dejó la Holanda. Regresaba tranquilo á sus estados, lisonjeándose con la esperanza de hacer que en ellos floreciesen las útiles producciones de todos los géneros que consigo llevaba; y estaba ya en Viena cuando un suceso imprevisto le obligó á partir precipitadamente.

Rompió en sus estados una rebelion, causada en parte por los viejos *boyardos*, estraordinariamente adheridos á los antiguos usos, y en parte por el clero, que miraba como sacrilegios todas las innovaciones de este emperador. Bien puede creerse que Sofía, desde su retiro, no se quedó indiferente, pues los revoltosos hablaban de ponerla en el trono en lugar de un príncipe, que con pretesto de civilizar su reino le tenia entregado á los estrangeros, poniendolos á la frente en todas las administraciones. Antes de ausentarse el czar habia dispersado los Strelitz por las fronteras, sepa-

rándolos lejos unos de otros para que no se reuniesen con facilidad. No dudaban que el príncipe no les era afecto, y que tarde ó temprano habia de destruirlos. Con este rezelo dejaron sus guarniciones, se juntaron en número de diez mil, y avanzaron hácia Moscow diciendo: "Que querian asegurarse de si era verdadera la noticia de haber muerto el emperador;" y demostrándoles su falsedad los regentes, procuraban con amenazas y súplicas que se volviesen; pero los Strelitz persiguieron en su resolucion siempre avanzando. Fue preciso llegar á las manos: hubo una accion sangrienta: fueron derrotados los Strelitz, y entregaron las armas.

Llegó Pedro aun antes que se supiese que habia salido de Alemania, y llegó determinado á usar con aquellos infelices del derecho que para el rigor le daba su sublevacion. Llenaronse al punto las cárceles: dos mil Strelitz pasaron por la mano del verdugo: á los gefes los rompieron vivos: á las mugeres cómplices las enterraron vivas, y á los demas los ahorcaron á las puertas y sobre los muros de la ciudad. A muchos los cortaron la cabeza, y como estos castigos se egecutaron en lo mas fuerte del invierno, se helaron al punto sus cadáveres. A los que habian cortado la cabeza los dejaron en el suelo, tendidos en fila, y al lado de cada uno su cabeza. Los que fueron ahorcados por las murallas, ó en las avenidas de la ciudad, pasaron allí el invierno á la vista del pueblo. Todos los que se libraron del suplicio salieron con sus familias desterrados, unos á la Siberia, otros á los cosacos, en donde se les distribuyeron tierras. A algunos particulares de los menos sospechosos los incorporó el

emperador en otros regimientos. Los Strelitz quedaron tan enteramente destruidos, que hasta su nombre fue borrado; porque el czar confió la guardia de su persona al cuerpo de cadetes que habia creado y disciplinado.

A estos sucesos siguió la guerra con la Suecia, y debe notarse que esta guerra, con ser tan temible por las intenciones y talentos de Cárlos XII, no le impidió al czar para trabajar como siempre en las empresas y planes de adelantar su reino. Entre tanto que el rey de Suecia asolaba y destruia, juntaba Pedro el mar Caspio con el Báltico y el Ponto Euxino por la comunicacion del rio Don y del Bolga. Cubria sus campos de hermosos rebaños sacados de Sajonia con sus pastores: establecia manufacturas de paños, de telas y de papel: abria las minas de la Siberia: llamaba y protegia herreros, caldereros, fabricantes de armas, fundidores y artesanos de toda especie: ponia imprentas, escuelas, y levantaba hospitales. Por último, iba edificando á Petersburgo, rival de Moscow, y aun la presencia del soberano la ha hecho la corte principal.

Lo que le determinó á emprender esta grande obra no fue la manía de ser fundador, ni la gloria estéril de sacar una soberbia ciudad del cieno de una laguna, sino el proyecto sabio de abrir la comunicacion del Báltico, y hacerse considerable en Alemania, y así llevó fuerzas terribles. Mientras el sueco, refugiado en Bender, pretendia dar leyes á los turcos en sus casas, y someter el divan á su voluntad, arrojaba Pedro del trono de Polonia al monarca que habia colocado Cárlos, y volvia á restablecer á Augusto. Entre tanto tuvo el

succo destreza para empeñar á la Puerta Otomana en una guerra contra la Moscovia, y fue fortuna de Pedro que no se diese la direccion de ella á su enemigo, pues no le hubiera dejado escapar cuando el ruso, con tanta imprudencia como su rival, se espuso en las riberas del Pruth contra un egército muy superior al suyo, como Cárlos en Pultava.

Pedro debió la conservacion de su ejército, y aun la suya, á Catalina, que entonces era su dama. Esta muger, que llegó á ser tan ilustre, parece no haber conocido á su padre y apénas á su madre, ni el lugar de su nacimiento. Casada en la flor de la edad con un soldado sueco, cayó en manos de los rusos cuando tomaron la ciudad de Marienbourg en Livonia, que tal vez seria su patria. Pasó á las cocinas del general, y su espíritu y sus gracias hicieron que este primer dueño las advirtiese. Menzicoff, favorito del czar, la vió en la casa del general, la pidió y la consiguió; y Pedro la halló en casa de este. Era conocidamente la suerte de esta muger que no la mirasen con indiferencia. Gustó su espíritu al emperador; y acercándose á su persona comprendió maravillosamente su caracter, y se apoderó de su genio, de modo que le sosegaba en sus iras, le consolaba en sus penas, y cuidaba de su salud. El hallaba en Catalina los cuidados de una amiga, las complacencias de una dama, y el recurso de un escelente consejo.

Por fortuna la habia llevado Pedro consigo en su espedicion contra los turcos. Representémonos á este grande hombre aterrado con su desgracia, y á la vista de un egército mucho mas numeroso, estando el suyo sin víveres ni medio de retirarse. Se abandonó solo en su tienda á sus dolorosas re-

flexiones, sin permitir que nadie entrase. Penetró Catalina adonde él estaba, sin embargo de que no habia orden, y consiguió que la diese una carta para el gran visir. Dispuso acompañar la carta con ricos presentes sacrificando su pedrería: fue ella misma á tratar de composicion, y consiguió condiciones, duras á la verdad, pero muy ventajosas en aquellas circunstancias, pues libraban á Pedro y á su egército del estado mas funesto.

Por una de las condiciones exigia el gran visir que le entregasen á Cantemir, príncipe de Valaquia, con sus cortesanos, por quejas que de ellos tenia la Puerta; pero Pedro, á pesar del peligro en que se hallaba, respondió: "Mas quisiera yo perder la mitad de un imperio, pues me quedaba la esperanza de recobrarla; pero el honor, si una vez se pierde, es irreparable." Premió este servicio de Catalina dándola la mano, y poniendo en su cabeza la corona imperial. No habia cosa mas comun en Rusia y en los reinos del Norte que estos casamientos entre los soberanos y las hijas de sus vasallos. Pero no se halla en los anales del universo otro egemplar de una pobre estrangera, hallada en las ruinas de una ciudad entregada al saqueo, que llegase á ser soberana del imperio, en donde habia sido cautiva. Estaba reservado para Pedro el *Grande* reconciliar de un modo tan ruidoso el mérito con la fortuna.

No es pequeño motivo de elogio en Catalina madrastra de Czarowitz, hijo de Pedro, no haber tenido parte alguna en la catástrofe que hizo descender al sepulcro á este príncipe todavía jóven. Su natural indolencia, lo irregular de su conducta y una declarada aversion á los estrangeros, dieron

á su padre tan mala opinion de él, que decia: "Si no se corrige será preciso quitarle el cabello y encerrarle en un monasterio." Quiso esperimentar el emperador si mudaba de costumbres con casarle, y le dió por esposa una princesa alemana, amable, benigna y dotada de las mejores prendas; pero el porte brutal de su esposo la causó pesadumbres, que despues de algunos abortos la quitaron la vida.

Viéndose libre de este freno se entregó sin reparo á sus desarregladas inclinaciones: se acompañó con lisongeros, aduladores, y hombres de malos consejos, aborrecidos de su padre. En la representacion que produjo Pedro, acusando á su hijo, dice, que le habia advertido, suplicado, y aun amenazado de desheredarle. Sin duda desagradaron al príncipe estas amenazas, y se aprovechó de un viage que hizo su padre á Dinamarca para dejar la Rusia y salvarse en Alemania. Le recibió bien el emperador; pero le dió á entender que no queria por servirle esponerse á una guerra con el czar que le reclamaba. Despues de algunas negociaciones por las que es claro que el hijo se confesó culpado, pero no que el padre le hubiese prometido el perdon, volvió el Czarowitz á Rusia.

Cuando llegó le entregó el emperador á un tribunal de justicia que creó espresamente. No le acusó de delito alguno directamente contra su persona; pero en el acto de desheredarle, insistió principalmente en la certidumbre de que habia de destruir cuanto él habia hecho para bien de su nacion, y arruinar todas sus instituciones civiles y militares, poniendo á su pueblo en peor estado que antes; y en consecuencia de esto le declaró indigno del trono.

Los jueces pasaron mas adelante porque le condenaron á muerte. Solamente algunos dias sobrevivió el Czarowitz á la intimacion de esta sentencia; y hay historiadores que dicen haber perecido con hierro, lazo ó veneno; pero es mas verisimil que solo el miedo de la muerte, y las amargas reflexiones sobre su desgracia, le causaron una revolucion interior de que murió. Pidió que le dejasen ver á su padre, y el czar acudió apresurado: le perdonó, le dió con ternura la bendicion paternal que pidió el hijo. Visita fue esta bien dolorosa; y pudiera sin duda haberla evitado un padre con un hijo que podia reconvenirle con que moria víctima de su crueldad.

Siendo Pedro severo con su propia familia, en lo que pertenecia á mantener el orden establecido en su gobierno, no podia ser indulgente con los otros. Sus mas amados favoritos le hallaban siempre inflexible en lo tocante á la administracion. Los superiores respondian de los que ellos empleaban; y en caso de contravencion, los castigaba á proporcion del delito y de su clase. No puede dudarse que la eleccion que hizo de Catalina para sucederle, no tanto fue efecto de su amor cuanto de su estimacion, y de la persuasion en que estaba de su capacidad y propension á sostener sus instituciones.

Todas las acciones del czar se dirigian á asegurar en su nacion los usos que en ella habia introducido; y para consolidarlos se valia de lo cómico como de lo serio. Un dia convidó á los señores y damas de su corte á la boda de uno de sus bufones, y mandó que todos se vistiesen á la moda antigua. Sirvieron la comida como solian doscientos años antes. Fuese supersticion ó estravagancia, era

Muerte de Alexiowitz.

Viéndose el Alexiowitz no solo declarado indigno del trono, sino sentenciado judicialmente á muerte, el horror de esta situacion le conmovió tanto que le quitó la vida. Quiso antes de espirar ver á su padre; y acudiendo prontamente el Emperador, le concedió el perdon y la bendicion paternal que pedia con ansia. ¡Inútiles arrepentimientos los que por retardados no salvan ya la vida ni la honra!

T.L. Enguid.t de ag. fec.

Alex.r Blanco conc.

regla entonces que no se encendiese fuego en dia de bodas, aunque hiciesen los mayores frios; y mandó el czar que se observase escrupulosamente esta costumbre. En semejantes ocasiones no bebian vino los rusos sino solamente hidromiel y aguardiente, y por mas que los convidados se quejaron no permitió el emperador otros licores, diciéndoles: "Este fue el uso observado de vuestros mayores, y siempre son mejores las costumbres antiguas." Semejantes escenas las ennoblece el fin; y si bien se reflexiona, tan grande parece el czar en aquella concurrencia del bufon, como cuando rodeado de sus soldados adornados de coronas, recorria como triunfador las calles de una nueva capital para escitar y perpetuar en sus pueblos el gusto de las artes y la emulacion de la gloria.

La vida de Pedro el *Grande* fue como se ha visto, una continuacion de trabajo útil aun en sus diversiones. Bien pudo ser curiosidad la visita de la Francia que no habia visto en sus primeros viages; pero se advirtió que entre los objetos de su curiosidad principalmente fueron los que mas interesan, cuales son las artes, las ciencias y el comercio. Todavía se advirtió cierta rusticidad en su cortesanía, y no se dejó de traslucir que los franceses le parecian un poco frívolos. Los verdaderos sabios y los hombres de estado observaron en él un juicio sólido, mucha variedad de conocimientos, y una profunda política, ciencia que le sirvió tanto como las armas para la estension de su imperio; pues por ella se puede decir que tuvo el cetro de Asia y de Europa. Al contar sus acciones parecerá que vivió mas de un siglo; pero murió á los cincuenta y tres años.

Compró Catalina los mas preciosos mármoles, y llevó de Italia los mas sobresalientes escultores para erigir un mausoleo digno de este héroe. Le adornó con emblemas, con inscripciones, y con un epitafio que comprendia toda su historia; pero esta misma historia se ve representada en accion en una medalla que hizo grabar, y distribuyó con abundancia entre los embajadores estrangeros y los grandes de su imperio. Por un lado se ve el busto del emperador, y al reverso la emperatriz con la corona en la cabeza: á su lado una mesa con un globo y un cetro: delante una esfera, cartas de marear, planes, instrumentos de matemáticas, armas y un caduceo. En distancia se levanta un edificio en la ribera del mar. Allí se ve un arsenal y un navío á la vela. Pedro el *Grande*, entre nubes, llevadas por la inmortalidad, está mostrando tantas riquezas á Catalina, y la dice: "Mira cuanto te he dejado."

1725. Si el legado era digno de Pedro, Catalina hizo ver que le merecia. Asi el pueblo como los soldados asociaban con gusto estos dos nombres, y gritaban: "Si murió nuestro padre, todavia vive nuestra madre." Esta señora habia tenido del emperador Pedro I muchos hijos: solas dos hijas Ana é Isabel Petrowna sobrevivieron, y ocupan su lugar en la historia. Debiera haber sucedido en la corona el hijo del desgraciado Alexiowitz; pero ni aun se penso poner en duda el derecho que tenia Catalina por la suprema autoridad del difunto emperador su esposo. Al punto la prestaron juramento de fidelidad el senado y la milicia, y la obedecieron todos desde aquel instante como si hubiera tenido siempre la corona.

Con decir que durante su administracion no se

advirtió que el imperio habia mudado de cabeza, queda hecho en pocas palabras su elogio. Su zelo infatigable por el bien de sus vasallos y su agradecimiento la empeñaron en seguir escrupulosamente el plan de su difunto esposo para civilizar á su pueblo. Parecia que el genio de aquel gran príncipe se habia pasado á ella, dirigia el gobierno, y velaba sobre la gloria del imperio. Miró con particular cuidado por el hijo de Alexiowitz, que era el único príncipe que habia de la sangre de los czares; y para abrirle el camino al trono le declaró gran duque de Rusia. Siguiendo las intenciones que el difunto habia manifestado al morir, casó á su hija Ana Petrowna, que era la mayor, con el duque de Holstein. Debe escribirse en los anales de las letras que fue Catalina la que abrió la academia de Petersburgo, no habiendo tenido tiempo su esposo para darla la última mano, y que presidió á la primera sesion. Como si no tuviera ya que hacer mas con este acto solemne, que echaba el sello á la gloria de su difunto marido, murió á la edad de treinta y ocho años, y dos despues que él.

Dejó el trono á Pedro II hijo de Alexiowitz, 1727.
bajo de un consejo de regencia. A la frente de este puso al príncipe Menzicoff, egemplar como ella de los caprichos de la fortuna; pues siendo muchacho pregonaba bollos por las calles de Moscow; y con una respuesta ingeniosa agradó al emperador, y le recibió en su comitiva. El jóven bollero manifestó proporcion para diferentes empleos, y subió de grado en grado hasta el de general, siempre con la confianza de su señor. En la casa de este halló Pedro á Catalina, y siempre se acordó ella de haber sido suya; pero no se cree que conservase

con él mas conexion que la del reconocimiento, y así lo acreditó confiándole la principal parte en la tutela de su sucesor. Dejó encomendado que casasen á este con una de las hijas de Menzicoff; pero el príncipe jóven, por influjo de los enemigos del ministro, le despojó de todos sus bienes, y le desterró con toda su familia á las estremidades de la Siberia. Murió de viruelas Pedro II á los diez y seis años de su edad, un dia antes de casarse con una de las primeras doncellas de Rusia.

1730. Habian quedado dos princesas, hijas del emperador Juan, hermano mayor de Pedro, á saber, Catalina Iwanouna, esposa del duque de Meklembourg, y Ana Iwanouna, hermana menor, y viuda del duque de Curlandia. Dió á esta la preferencia el consejo congregado de los señores, porque podia volver á casarse con algun grande del pais, y dar al trono un heredero ruso. La prescribieron condiciones que limitaban mucho su autoridad; pero ella supo despues librarse de esta sujecion.

Fue la primera de las cuatro princesas que han ocupado sucesivamente el trono de Rusia. Como nunca falta malignidad en las cortes, se dijo, que tenian grande inclinacion á la galantería, aunque variada en grados diferentes; y por ser Ana de temperamento robusto y corpulento, se dice que no fue delicada en este punto.

Cuando se vió sólidamente establecida en el trono llamó de Curlandia á Ernesto Juan Biren, su favorito principal, que era nieto de un palafrenero; pero su padre, que del mas bajo servicio de la caballeriza llegó á ser caballerizo, dió buena educacion á tres hijos que tenia. Ernesto, que era el mayor, fue adelantando en la corte; y no con-

tento con la riqueza, aspiró á las dignidades; mas por ser demasiado conocido fue desechado por el cuerpo de la nobleza, con la cual pretendió alianza. Igualmente, rechazado en la corte de Petersburgo, en donde probó fortuna, volvió á Curlandia y tuvo la felicidad de agradar á su soberana.

Viéndose con el favor de esta se acordó de los desprecios que habia sufrido en Rusia y en su patria. Se vengó de los primeros, haciendo que muriesen en un cadahalso, con pretesto de conjuracion, la mayor parte de los señores moscovitas que le habian sido contrarios. A los segundos los castigó haciéndose nombrar duque de Curlandia, y soberano de los que le habian despreciado. Se mostró Biren muy capaz para los negocios, y los seguia con la mayor firmeza, con la cual hizo glorioso en los paises estrangeros el reinado de Ana Iwanouna; pero lo interior del suyo fue manchado con sangre humana, bajo una princesa naturalmente buena y enemiga de violencias. Biren supo determinarla á persecuciones y la dominó hasta el fin, tanto que al morir esta señora consiguió que dejase algunas disposiciones, con las cuales contaba él para perpetuarse en la autoridad.

Ana, por una especie de restitucion, llamaba á sucederla á su sobrina Ana de Meklembourg, hija de aquella Catalina hermana mayor, privada del trono de Rusia cuando se dió á Ana. La princesa de Meklembourg se habia casado con un príncipe de Brunswick, del cual tuvo un hijo llamado Ivan; y la emperatriz Ana declaró gran duquesa á su sobrina, y emperador al sobrino. Toda esta disposicion la inspiró Biren, el cual se hizo nombrar por testamento regente del imperio y tutor

del jóven príncipe, con la esperanza de reinar en su nombre largo tiempo; pero la gran duquesa le suplantó; y haciéndole condenar á muerte, conmutó la sentencia en destierro á la Siberia.

A esta princesa nos la pintan muy descuidada, y sin otra ocupacion que la sensualidad. Una favorita, llamada Julia Mengden, mereció su entera confianza, y la conservó con unas condescendencias, que fueron objeto de crítica. Un conde de Linar, enviado de Polonia, entraba con tanta familiaridad que no le agradaba á su esposo el duque de Brunswick, y manifestó este su descontento; pero la favorita se casó con Linar para que tuviese en palacio entradas libres y exentas de sospecha. El público estuvo muy lejos de engañarse con esta astucia, pues la gran duquesa, enemiga de sujecion, cuando la contenian se abandonaba á su pasion sin respeto á lugares ni á circunstancias, y por una consecuencia de su descuido no puso la menor atencion, por mas que se lo advirtieron, en las intrigas que al rededor de ella se iban formando.

Tenia una tia llamada Isabel Petrowna, hija de Pedro el Grande y de Catalina, nombres siempre amables para los rusos. Bajo los descendientes del emperador Juan habia vivido la hija de Pedro, contenida en la obscuridad, pero estimada por su prudencia. A esta llamaron al trono los grandes, despreciando un gobierno sin vigor, y no sin escándalo, y subió al trono sin efusion de sangre. No se habia visto revolucion mas tranquila, pues parecia que no habia tenido parte en ella la ambicion ni otras pasiones. La gran duquesa, su esposo, y el emperador su hijo, fueron sorprendidos en su

cama. Se habia resuelto enviarlos á Alemania; pero deteniéndolos en las fronteras los encerraron en una fortaleza. Salieron de ella los dos esposos; y su infeliz hijo, nacido en la púrpura, vivió en duro cautiverio hasta la edad de veinte y cuatro años.

De esta princesa dice el historiador de Rusia, 1741.
que era de espíritu vivo, jugueton y penetrante, que solia decir á sus confidentas: "No estoy contenta sino cuando estoy enamorada." Hablaba muchas lenguas, gustaba del buen órden y magnificencia, preferia todos los estilos franceses, y la repugnaba la crueldad. "Ninguno podia verla sin amarla, prosigue el historiador: se sonreian en ella el placer, las gracias y la felicidad. Calmaba el dolor al eco de su voz: con su presencia el secreto de los infelices irresistiblemente se ponia en sus labios; y parecia que al salir las lágrimas se pasaban al corazon de la reina, y ella las disminuia con su sensibilidad antes de enjugarlas para siempre."

Los talentos políticos de Isabel no fueron inferiores á sus prendas benéficas: á ella debió el gabinete de Petersburgo el ascendiente que tomó en los negocios de Asia y de Europa. Nombró por sucesor suyo á su sobrino Pedro de Holstein, y le dió por esposa á Sofia Augusta, princesa de Anhalt-Zerbs, la cual iniciada en la religion griega cismática, en la ceremonia de su coronacion recibió el nombre de Catalina. Este nombre no fue menos ilustre en la segunda que en la primera. Al casarse se la declaró grande duquesa de Rusia, y quedó arreglado que si sobrevivia á su esposo le sucederia en la corona.

No fue feliz este matrimonio. Tenia la princesa catorce años, y estaba el gran duque en la flor de su edad: en ambos se advertia á los principios grande deseo de estar juntos sin testigos importunos y curiosos: se retiraban de la corte muchas horas del dia, como si las noches no fueran suficientes para la vivacidad de sus afectos. Todo el imperio esperaba ver un heredero, no creyendo que dos esposos jóvenes gastasen aquel tiempo en hacer el egercicio militar con un fusil al hombro como sucedia. Contando estas menudencias, solia decir Catalina: "Me parece que yo seria buena para otro empleo;" y con efecto, la gran duquesa juntaba en su fisonomía y su presencia la magestad y la gracia. Dominaba no obstante la gravedad; pero sin escluir ciertas señales que anuncian el deseo de agradar. Todo lo contrario se veia en el gran duque, porque era feo y ridículo en todos sus modales. Afectaba el trage prusiano; pero era estremado en la forma que le llevaba. Un disforme sombrero estravagantemente armado cubria su pequeño rostro, feo al mismo tiempo y maligno; y tenia el mal gusto de desfigurarse con gestos continuos á que se habia acostumbrado por diversion. No le faltaba espíritu, pero tenia poco juicio; y así decian de él, *que apreciaba lo grande con pequeñez.* Su héroe era el rey de Prusia, ó por mejor decir, era su divinidad; pues se le vió arrodillado delante del retrato de Federico, esclamando: "Hermano mio, nosotros conquistaremos juntos el universo."

Pasaron muchos años sin que el afecto conyugal, mal cultivado, hubiese producido algun fruto. Unos dicen que cansada Catalina de las es-

Extravagancia de Pedro III.

Tal era y tan pueril la pasion de Pedro III. por el Rey de Prusia Federico II, que sobre vestir con ridícula afectacion el trage prusiano, se le vió arrodillado delante de un retrato de Federico comparándose á este, y lisongeándose de conquistar con él todo el universo. Federico vestido á la rusa hubiera sido siempre un gran monarca; y Pedro III. á la prusiana solo podía ser un extravagante.

T. L. Enguid.t de ag. fec. J. Fonseca conc.

téríles caricias de su esposo, se procuró la maternidad con un señor jóven de su corte; pero otros cuentan estos amores con unas circunstancias que les dan cierto aire de novela. Era preciso, dicen, un heredero del trono: le deseaba la política de la czarina Isabel para que olvidasen los moscovitas al príncipe Ivan, cuyos derechos, á pesar de su cautiverio, tenian todavía partidarios. Sospechas de algun defecto natural del czar hacian perder las esperanzas de ver descendencia suya; y se resolvió en un consejo secreto hacer pruebas de la complacencia de la gran duquesa. Alentaron á un jóven cortesano, que era el conde de Soltikof, de bellísima figura, á cuyo favor parecia advertirse en la princesa cierta disposicion á que fuese su amante; pero como esta no pasase de ciertos indicios de preferencia, la dieron á entender de parte de la emperatriz, su tia, la necesidad de asegurar el trono con el nacimiento de un heredero. Representó ella que era precaucion inútil; pues por la cláusula del contrato matrimonial, si llegaba su marido á morir, la pertenecia por derecho reemplazarle. Pero si no dejaba heredero, la replicaron, ¿qué será del imperio? ¿Qué alborotos no le amenazan? Tenia Catalina mucho amor á los pueblos sobre quienes debia reinar, para esponerlos á estas desgracias, y así dijo: "Ahora bien, que venga esta noche." Lo mas singular en esta noticia, si es verdadera, es que el encargado de tan honorífica comision para con la princesa era el personage mas grave del estado, y nada menos que el gran canciller de Rusia. La gran duquesa tuvo un hijo, y pudo lisonjearse Isabel, antes de morir, de que su trono, por falta de heredero conocido, no queda-

ba espuesto á los movimientos que trastornan tal vez los imperios.

Cuando no se dudó que la gran duquesa estaba en cinta dieron á Soltikof una embajada, que afligió mucho á la princesa; pero se consoló con un amante de su eleccion, que fue el conde de Poniatowski, noble polaco, á quien habia llevado consigo á Rusia el embajador de Inglaterra. Era de buena disposicion y muy amable. Agradó á la gran duquesa en una visita secreta que le hizo disfrazada; y en ella resolvieron que para ponerse á cubierto de todo azar por el privilegio de inviolabilidad emanado del derecho de gentes, se retiraria Poniatowski á Polonia, y volveria con la dignidad de embajador. No fue inútil esta precaucion; pues le sorprendió el mismo gran duque al tiempo que iba entrándose al cuarto de la grande duquesa, y los derechos de su carácter le libraron del primer movimiento de furor. Se dice que tuvo Catalina valor de confesárselo todo á su marido, escusándose con que eran represalias merecidas por la conducta de un esposo que mantenia públicamente una dama. Prometió Catalina mirar por ella, y, lo que no habia hecho el gran duque, la señaló una pension. El mismo gran duque, á peticion de su dama, contentándose con que llamasen de Polonia á Poniatowski, le dejó que marchase.

Este golpe fue tan sensible para Catalina, que se dice que toda bañada en lágrimas se arrojó á los pies de la emperatriz para que no permitiese que la quitasen su amante; pero Isabel, aunque sus flaquezas la hacian compasiva de las agenas, no se atrevia á dejar en su familia un motivo de discordia, que podia tener funestas consecuencias; y se negó á este ruego.

Desde este punto empezó la gran duquesa á vivir en la corte como en un desierto, sin tener conexiones conocidas sino con las mugeres jovenes, que por las gracias de su figura no habian sido bien recibidas en la corte anterior. Se levantaba siempre antes de amanecer, y estaba dias enteros entregada á la leccion de buenos libros franceses; frecuentemente sola, y nunca por mucho tiempo en la mesa ni en el tocador; pero en este tiempo fundó toda su grandeza. Se la oyó muchas veces que cuanto sabia de intrigas lo habia aprendido de una de sus damas, que parecia la mas indolente y simple. Entonces aseguró amigos para los casos de necesidad; y todas las personas de importancia se lisonjearon de que segun las secretas conexiones que conservaba con ellas, llegarian con el tiempo á valer mas si ella gobernase; y que al fin, cubriendo algunas aventuras el velo de una pasion desgraciada, podrian varios lograr en su corte la plaza de favorito. En esta disposicion se hallaba cuando murió la emperatriz Isabel á 5 de enero de 1762.

El gran duque tomó el cetro con el nombre de Pedro III, y con este motivo se acercó á él su esposa. Esta le dió buenos consejos, y al principio pareció que los admitia; pero fuese por malos influjos, ó por antiguos resentimientos, no tardó en manifestarla su mala voluntad. Casi negó al hijo, pues no le reconoció por sucesor; y dió á entender, que lo menos que podia hacer con la madre era divorciarse, desterrarla ó encerrarla. 1762.

Empezó su reinado por mutaciones efectivas, y anuncios de proyectos, que asustaron é inquietaron á todos los órdenes del estado. Solo la nobleza

pudo consolarse con algunas concesiones de exenciones y privilegios; pero los quebrantó casi al mismo tiempo de concederlos. Advirtieron que pensaba en reformar el clero, quitarle los bienes, y de propietario que era reducirle á pensionista. El código prusiano, llamado de Federico, se publicó de su órden en sus estados, y obligó á su observancia, lo cual descontentó generalmente á los moscovitas, como tan adheridos á sus antiguas leyes. Tambien hizo el desacierto de irritar al regimiento de guardias, queriendo sujetarle al egercicio prusiano, precisandole á seguirle á Alemania en una guerra inútil, que emprendió por solo el entusiasmo con que miraba al rey de Prusia, cambiando el servicio tranquilo del palacio con los penosos trabajos de la campaña. Por último llamó á todos los desterrados de los reinados anteriores, sin advertir que rara vez el hombre que ha tomado el gusto á las intrigas, deja de volver á ellas luego que halla ocasion.

Entre tanto que el emperador suscitaba contra sí la indignacion y el desprecio con sus estravagancias, reformas intempestivas, y aversion á las costumbres de su pueblo, se iba conciliando la emperatriz el afecto y la estimacion con su afabilidad, igualdad de conducta, y gran cuidado en observar las prácticas civiles y religiosas del gusto de los moscovitas; bien que privadamente suavizaba el rigor de la etiqueta con las aventuras de que hemos hablado. Entre estas puede darse el primer lugar á su amistad con Orlof, á quien distinguió á pesar de ser de una nobleza poco cierta; pero era tal vez el mas hermoso del imperio. Admitido con gran secreto por una camarera confidente, estuvo por

mucho tiempo creyendo que servia á una muger de la primera distincion, pero nunca sospechó que fuese la emperatriz. En la pompa de una ceremonia reconoció en el trono á la que le favorecia en secreto.

La inteligencia de los amantes, que con las señales en que se habian convenido se manifestaba para ellos en las acciones mas claras, siempre se ocultó á los curiosos, y aun á la princesa de Askoff, dama jóven, á quien Catalina confesaba que debia toda su ciencia en el arte de ocultar el corazon. Al mismo tiempo se vió, por un feliz concurso de circunstancias, que Orlof era igualmente proporcionado para los negocios; pero las miras que llevaban la confidente y el favorito, trabajando uno y otro por el buen éxito del proyecto que meditaban, eran absolutamente diversas. Orlof pretendia que su soberana tuviese una autoridad despótica; y la confidente, que con preferencia gustaba de los embajadores de las repúblicas, no queria contribuir á escitar partidarios á favor de la emperatriz, sino con la esperanza de que viendose sola en el trono pondria límites á su poder con algun consejo ó senado, y otras formalidades republicanas. La emperatriz la dejaba en esta misma esperanza, que la alentaba á ganar á los grandes señores con el cebo de ser admitidos á la participacion del gobierno. Orlof por su parte, como oficial de guardias, favorecido de dos hermanos que estaban en el mismo cuerpo, y con la caja de la artillería que la emperatriz habia hecho entregarle, iba ganando á los soldados con dinero, regalos y promesas. Los dos ocultos conciertos se encaminaban á un mismo punto, dirigiendolos la emperatriz sin que la princesa

de Askoff supiese que tenia compañero; y aun lo ignoró hasta que la necesidad de las circunstancias puso á Catalina en la precision de reunir sus esfuerzos mas al descubierto.

Estaba ya Pedro para partir al Holstein, en donde se reunia su egército para juntarse con el rey de Prusia; pero se hablaba de que antes de su partida habia de verificarse un gran suceso. Se decia que tenia intencion de declarar por sucesor suyo al príncipe Ivan; y era cierto que habia hecho traerle á una fortaleza de Petersbourg, que habia ido á visitarle; que queria desconocer por hijo al jóven gran duque; y á la verdad, habia hecho llamar de los paises estrangeros al conde Soltikoff, aquel primer amante que habian dado á la emperatriz, por la supuesta necesidad de asegurar la sucesion. La dama del emperador, que por una notable singularidad era amiga de la princesa de Askoff, afectaba esterioridades activas; y no ocultaba su ambicion. Añadian á esto que la intencion de Pedro era hacer divorciar en un mismo dia doce de las mas jóvenes y mas hermosas damas de su corte, que habia llevado á Oranienbaun, casa de placer, á doce leguas de Petersbourg. Por último, no habia noticias, por mas absurdas que fuesen, de las cuales no corriese voz, y todas eran creidas, porque todo lo hacia posible la inconsecuencia, estravagancia, é imprudencia de Pedro.

Entre los sustos con que afligian al pueblo, esparcieron diestramente el de que la emperatriz estaba en peligro. Se habia retirado esta á Petershoff, palacio de campo, á ocho leguas de Oranienbaun, para que su distancia de la capital previniese las sospechas que los pasos precisos suscitan al-

gunas veces en el momento de la egecucion de semejantes empresas. Con efecto, uno de los principales cómplices cometió una indiscrecion, que dió motivo á que le arrestasen. Con esto se tomó la resolucion definitiva, sobre que hasta entonces vacilaban.

El 8 de julio de 1762, á las nueve de la noche, envió á llamar la princesa de Ascoff al conde Panin, ayo del gran duque, y le propuso, que en el instante se empezase la revolucion. A él le pareció que era mejor dejarla hasta que amaneciese, mientras se daba parte á la emperatriz. Como á la media noche, esta misma muger, jóven de diez y ocho años, se vistió de hombre, montó á caballo, y fue á apostarse en un puente, que sabia ser la concurrencia ordinaria de los conjurados. Allí se hallaba Orlof con sus hermanos y algunos otros. La novedad de la prision de su cómplice les causó una especie de estupor; pero al primer susto sucedió la repentina resolucion de poner al punto manos á la obra. 1762.

Señalaron los puestos, y quedaron prontos los principales cómplices que habian de obrar, grandes y pequeños. Uno de los Orlof fue volando á Petershorff, y por entradas secretas penetró al cuarto de la emperatriz, la despertó con sobresalto, y la dijo: *Venid señora, el tiempo urge*, y desapareció. Ella se vistió como pudo; volvió Orlof con un carruage que siempre tenian pronto en una casa vecina: entró en él Catalina con una camarera; é iba él solo delante, y un soldado detras, sin mas escolta.

Orlof, el favorito, la salió al encuentro á alguna distancia de Petersbourg, y dijo á gritos: *Todo está pronto*, y volvió á correr delante. Llegaron

al amanecer: reinaba en toda la ciudad el mayor sosiego, y era necesario atravesarla para llegar á las casernas. Creia la emperatriz ser recibida por el regimiento sobre las armas, y solo se presentaron unos treinta soldados, que apenas se habian vestido. Esta especie de soledad la asustó de modo que se quedó pálida; pero muy presto se presentaron en fila los soldados, á quienes sus gefes llamaron, y despertaron. Consiguió que la hiciesen juramento de fidelidad sobre un crucifijo que llevó el capellan del regimiento. Acudieron los señores de la conjuracion; y antes de las once de la mañana ya rodeaban á la emperatriz mas de diez mil hombres, entre soldados y otros que gritaban *hourá.* Esta palabra no tiene precisa significacion, y sirve igualmente en todos los sucesos que inspiran alegría. En toda aquella multitud tal vez no pasaban de treinta personas las que sabian por qué la pronunciaban, ni si sería para proclamar emperador al gran duque, ó regente á su madre, ó para dar á esta la enhorabuena de haberse librado del hierro asesino de su esposo, ó por alguna victoria, ó cualquier otro motivo de contento.

Tambien se esparció la voz de que el emperador habia muerto; y se vió en la plaza un convoy que la atravesó con lentitud, y se perdió entre la gente. Vieron despues á los gefes del clero ruso, todos ancianos venerables, que llevaban los ornamentos de la consagracion. Pasaron gravemente por entre el egército, que por respeto guardaba profundo silencio, y subieron al palacio para consagrar á la emperatriz.

A las ceremonias graves de la religion sucedió un tocador guerrero, por decirlo así. Se vistió Ca-

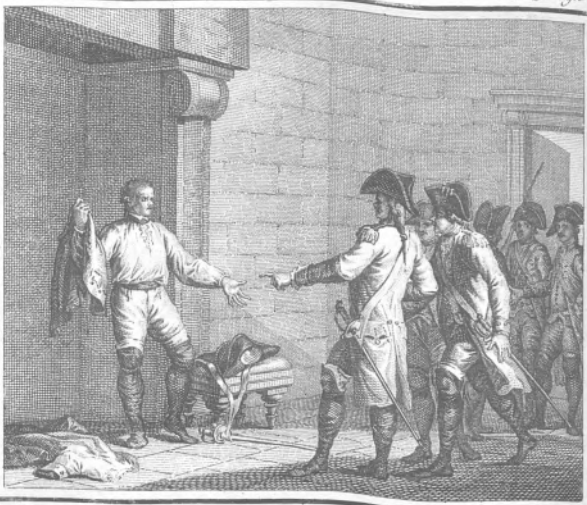
talina el antiguo uniforme de guardias: tomó con mucha gala de los señores que la rodeaban, del uno la espada, del otro el sombrero, de otro las órdenes militares: se hizo servir una comida ligera: saludó con un vaso de vino al pueblo, que la estaba mirando, y que la correspondió con una larga aclamacion, le presentó su hijo, se hizo reconocer por los gefes del egército, montó á caballo, y partió á su frente, acompañada de la princesa de Askoff, vestida de guardia. A las seis de la tarde estaba todo sosegado en Petersbourg sin la menor señal de agitacion.

Iba á pelear contra su marido. Partió de Oranienbaun este príncipe el 20 de julio con su tropa de locos para Petershorff, y contaba con pasar allí algunos dias en diversiones antes de presentarse á su egército. Un espreso, despachado de aquel palacio, le dijo, que la emperatriz se habia desaparecido. Avanzó no obstante; y llegando al palacio un enviado, que á pesar de las precauciones para que ninguno saliese, se habia huido de Petersbourg, le dió imperfectas noticias de la revolucion, y se las confirmaron otros que sucesivamente fueron llegando. Supo que avanzaba la emperatriz al frente de un egército: se apoderó de la tropa la consternacion: se turbó el emperador: ordenó, prohibió, pedia consejos, ya los adoptaba, ya los despreciaba. Solo uno convenia en aquellas circunstancias, y era el que daba el general Munick, de ir al punto á apoderarse de la division de la armada que habia en Cronstadt, y que esta transportase al czar á Revel, en donde estaba la otra division para pasar en sus navíos al Holstein, en donde le esperaba su egército, y volver á la frente

:

de él para pelear contra su esposa sublevada.

Despues de disputas, que solo sirven para perder el tiempo, aprobó Pedro el consejo: puso toda su tropa en los yacks: bajó por el rio, y se puso delante de Cronstadt; pero ya era demasiado tarde, porque la guarnicion, ganada por un emisario mas activo que el emperador, no quiso recibirle, y le precisó á retirarse. Volvió Munick á aconsejar que fuesen á Revel: representó la tropa asustada, que no habia remeros suficientes; *¿y qué?* dijo, *nosotros mismos remaremos.* Pero [illegible] era resolucion conveniente para unos cortesanos jóvenes, que solo entendian de partidas de recreo. Tanto insistieron, que consiguieron del emperador que se echase pie á tierra con pretesto de defenderse en algunas malas fortificaciones del castillo de Oranienbaun, construidas en otro tiempo para diversiones militares. Apenas se vieron allí cuando les dijeron que estaba para llegar el egército enemigo reforzado con muchos cuerpos de las tropas destinadas para el de Holstein. Viendose Pedro tan estrechado escribió á su muger, pidiendo que le permitiese retirarse con su dama al Holstein; pero la contestacion de Catalina fue enviarle una fórmula de renuncia, mandando que la firmase. Munick, le dijo indignado: "¿No sabreis morir como emperador á la frente de vuestras tropas? Si temeis las cuchilladas, tomad en la mano un crucifijo, y no se atreverán á tocaros, que yo me encargo del combate." Inútil fue esta representacion: pues persuadido á que no habia otro recurso, se puso en camino para presentarse á Catalina en el castillo de Petershorff, de donde habia salido ella dos dias antes fugitiva, y volvia á entrar triunfante.



Humillacion de Pedro III.

Entregado Pedro III. á infieles vasallos suyos, le mandaron estos con altivez que se desnudase; y padeció la dura humillacion de obedecerlos desarmándose, desnudándose y quitándose las insignias de su dignidad por su propia mano, sirviendo así de objeto á la burla de los soldados. El que debe y no sabe hacerse respetar quando puede, queda despues juguete de los atrevidos.

T.I. Enguid.ᵗ de ag. fec.

Alex.ᵒ Blanco con.

Así que los soldados vieron al desgraciado príncipe, esclamaron unánimes: *Viva Catalina.* Fue pasando el emperador por medio del egército con el despecho en el rostro y la rabia en el corazon. Al subir por la escalera del castillo separó los pocos cortesanos que le habian seguido, y le quitaron la dama. Le llevaron á un cuarto, y le dijeron con mucha sequedad: *Desnúdate.* El mismo se quitó el vestido, arrojó la espada, se despojó de las insignias de su dignidad, y se quedó en camisa hecho el objeto de las risotadas de los soldados. Despues de una escena de tanto abatimiento, le hicieron partir á Robschak, castillo á seis leguas de Petersbourg.

Dos dias despues, uno de los Orlof, y el mas vigoroso de los tres hermanos, fue allá con un compañero robusto y determinado como él. Dijeron al emperador que iban á comer á su mesa; y segun la costumbre de Rusia empezaron por un vaso de aguardiente, en que le dieron veneno. Lo advirtió el czar en el fuego que le devoraba las entrañas, y no quiso tomar otro vaso que le presentaron. Queriendo que por fuerza le tragase, se resistió cuanto pudo; pero los dos convidados le arrojaron al suelo, y le ahogaron con un cordel. Se volvió Orlof á palacio en donde estaba la emperatriz comiendo: se presentó desmelenado el cabello y desaliñado el vestido: hizo una seña á Catalina, esta se levantó, pasó con él á un gabinete, en donde estuvo por un instante, y volvió con serenidad á la mesa. Al dia siguiente se publicó la muerte del emperador, como causada por una cólica hemorroidal.

Llevaron el cadáver á Petersbourg, en donde estuvo por tres dias espuesto á vista del pueblo. Te-

nia el rostro denegrido, y el cuello acardenalado; pero mas bien quisieron presentarle así con peligro de las sospechas y de lo que pudieran discurrir, que esponerse al riesgo de que por no haberle bien reconocido las gentes tomase su nombre algun aventurero, y escitase en el imperio alborotos, de que ya tenian egemplares.

Los grandes, que habian contribuido á la revolucion, esperaban, como les habia dicho la princesa de Askoff, y como ella lo creia, que Catalina en subiendo al trono estableceria un senado ó consejo que limitase su autoridad, y aun algunos se persuadian á que no tomaria mas título que el de regente. Pero Orlof, que tenia seguridad en las tropas, no quiso sufrir límites en el poder de su soberana, sobre lo cual se esplicó imperiosamente, y nadie se atrevió á contradecirle. La princesa de Askoff dió á entender descontento, y aun creyó poder censurar el hecho por la intimidad de la emperatriz con Orlof, y la familiaridad que descubrió con grande admiracion suya. No fueron bien recibidas sus observaciones; se cansó de esperimentar indiferencias de aquella misma de quien esperaba grande reconocimiento, y se retiró de la corte. Nunca olvidó la emperatriz sus servicios, y así la llamó á palacio; y para tener ocupado aquel espíritu altivo, la hizo, sin egemplar, presidenta de la academia de Petersbourg.

En los primeros dias del reinado de Catalina se introdujo el general Munik entre los cortesanos, y viendole la emperatriz, le dijo: "Tú has querido pelear contra mí:" y él respondió: "Sí señora; pero ya es de mi obligacion pelear á favor vuestro." Le mostró Catalina tanta bondad y estimacion,

que sinceramente se aficionó á ella. A Orlof y sus hermanos los colmó de riquezas y dignidades dandoles el título de condes. El favorito de Catalina cesó de serlo; pero quedó como ministro de la emperatriz, y no se ofrecieron asuntos grandes en que no le emplease con distincion y confianza, hasta el momento ó despues de haber pretendido públicamente la mano de la emperatriz: pretension que le dictó su orgullo, pero que fue rechazada con indignacion por Catalina. Recibió una órden de viajar, y cien mil rublos decontado, con una pension de cincuenta mil, una magnífica vagilla de plata, y una tierra con seis mil paisanos.

El reinado de Catalina II, que empezó en 1762, duró treinta y cuatro años, y fue de los mas brillantes entre los que ilustraron á la Rusia. Nada era capaz de separarla de los designios que una vez habia concebido. Determinada á efectuar los proyectos de sus antecesores sobre la Polonia, colocó en el trono de esta á su amante Poniatowski, y supo inspirarle entera seguridad cuando introdujo sus tropas en su reino, como si no tuviese otra intencion que la de dar fuerza á la autoridad del monarca contra la de la república. Cuando él advirtió que estaba cargado de cadenas, y quiso sacudirlas, las atenciones de la amante hicieron lugar á la severidad de la déspota, y así le hizo sufrir el yugo, consentir y aun concurrir á la primera division de la Polonia, que dejó el reino mas que debilitado, y por último á la segunda que le aniquiló. Nada resistió á la política de Catalina ni á sus armas: pues con la primera consiguió una influencia preponderante en Alemania y en las otras cortes de la Europa; y con sus victorias se hizo te-

mer de los chinos, respetar de los persas, y buscar de los tártaros. El sultan de los turcos, invadido hasta en el corazon de sus estados, temió perder su capital; y Catalina estuvo ya para substituir en Constantinopla el águila de Rusia en lugar de la media luna de los otomanos, y para resucitar el imperio griego. Sus armadas, saliendo del fondo del mar Báltico, vinieron recorriendo la inmensa estension del Océano y del Mediterráneo á desafiar á los Dardanelos; y unos navíos construidos en los puertos que ella misma habia abierto ó reparado, desplegaron su pabellon en los mares que el rezelo otomano les habia hasta entonces prohibido.

Gustaba esta princesa de las letras, y siempre se preció de protegerlas. En el código que casi sola ella compuso, hay un monumento de la estension de sus conocimientos y prudencia. Hasta la edad avanzada conservó sus pasiones y sus gustos, y aun entonces se tomaba menos sujecion que en la juventud. Su corte era magnífica; y Catalina, agradable en su trato privado, como lo son de ordinario las mugeres galantes, sabia juntar con esto la severidad y la magestad en el público. Se cree que era asustadiza en política, y á esto se atribuyen las desgracias, destierros y precauciones escesivas, tales como la muerte de su marido y la del jóven príncipe Ivan, que murió á puñaladas en una ciudadela, sin haberse hecho justicia de los asesinos; pero es desgracia de algunos soberanos verse rodeados de gentes, que siempre los están estudiando para aprovecharse de sus temores y deseos, y apresurandose á cargarse con los delitos, que no castigan los que cogen el fruto de ellos.

1797. Cuando murió Catalina II en 1797, dejó á su

hijo Paulo I un imperio, tal vez tan dilatado como el de los romanos, si no es mayor; bien que se estiende por paises de temples contrarios, de menos poblacion y cultivo. Pero un escritor, que acaba de darnos una vida de esta princesa, dice: "La desigualdad de los climas, la falta de poblacion, y la esterilidad de una parte del suelo, no impiden á sus estados ofrecer al comercio inmensos recursos; porque como están en la Europa y en el Asia pueden fácilmente los rusos traficar con el mundo entero. El mar Caspio les sirve para la comunicacion con la Persia y la India: el mar de Zabache y el mar Negro les proporcionan la venta de las producciones del Norte en el Mediterráneo, y llevar al Norte las de Levante. El Kamstschatka les abre por una parte camino á la América, y por otra á la China y el Japon. Por último, el mar Blanco y el Báltico los ponen en relacion con la mayor parte de las naciones de Europa, á las cuales se ha hecho indispensable ya su comercio." ¿Quién pudiera pensar cuando Juan Basiliowitz juntó bajo de su cetro, en 1462, los aduares de scitas, hunnos, sármatas y otros pueblos, hasta entonces errantes y vagos, que en tres siglos habia de llegar este imperio á ser el mas vasto y temible del universo?

TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO SEPTIMO.

VENECIA. *En el golfo Adriático.* . . . 3
Juan Lucas Anafesto, I dux. 6
Marcelo, Urso, Teodato Urso, Galla, Monegario. . . . . . *id.*
Mauricio Galbayo, Juan, Mauricio, Obelerio, Beat, Angelo Participacio. . . . 7
Justiniano Participacio, Juan Participacio, Pedro Tradonico. . . . . . *id.*
Urso Participacio, Juan y Pedro Participacio, Pedro Candiano I, Juan Participacio, Pedro Tribuno. 8
Urso Participacio, Pedro Candiano II. . . 9
Pedro Badoer, Pedro Candiano III, Pedro Candiano IV. . . . . . *id.*
Pedro Urseolo I. 11
Vital Candiano, Tribuno, Pedro Urseolo II. . . . . . *id.*
Oton Urseolo, Pedro Centranico ó Barbalano, Domingo Urseolo, Domingo Flabanico. 12
Domingo Contareno, Domingo Silvio, Vital Falier, Vital Michieli, Odelufo Falier, Domingo Michieli, Pedro Polani. . . . 13
Domingo Morosini, Vital Michieli II. . . 14
Sebastian Ziani, Orso Malipier, Henrique Dandolo. 15
Pedro Ziani. 16
Jacobo Tiépolo, Marin Morosini, Renario Zeno. . . . . . *id.*
Laurencio Tiépolo, Jacobo Contarini, Juan

Dandolo, Pedro Gradénigo. 17
Marin Giorgi, Juan Soranzo, Francisco Dandolo. 18
Bartolomé Gradénigo, Andres Dandolo. . 19
Marin Falier, Juan Gradénigo, Juan Delfino, Laurencio Celsi, Marco Cornaro. 20
Andres Contarini, Miguel Morosini. . . *id.*
Antonio Venier, Micael Steno. 21
Tomás Mocénigo. 22
Francisco Fóscari. 23
Pascual Malipier. 26
Cristóbal Moro, Nicolas Trono, Nicolas Marcelo, Pedro Mocénigo. . . . . . *id.*
Andres Vendramino. 27
Juan Mocénigo, Marcos Barbarigo, Agustin Barbarigo. 28
Leonardo Loredano. 30
Antonio Grimani, Andres Gritti, Pedro Lando, Francisco Donato, Marco Antonio Trevisani, Francisco Venier, Lorenzo Priuli, Gerónimo Priuli. . . 32
Loredano, Luis Mocénigo. . . . . . *id.*
Sebastian Venier, Nicolas de Ponté. . . . 33
Pascual Cigoña. 34
Marin Grimani, Leonardo Donato, Marco Antonio Memo, Juan Bembo, Nicolas Donato. 35
Antonio Priuli, Francisco Contarini, Juan Cornaro. 36
Nicolas Contarini, Francisco Erizzo. . . *id.*
Francisco Molino. 37
Cárlos Contarini, Francisco Cornaro, Bertucio Valier, Juan Pésaro, Domingo Contarini, Nicolas Sagredo, Luis Conta-

rini. 38
Marco Antonio Justiniani, Francisco Morosini. 39
Silvestre Valier, Luis Mocénigo, Juan Córnaro. 40
Sebastian Mócenigo, Cárlos Razzini, Luis Pisani, Pedro Grimaldi, Francisco Loredano, Marcos Foscarini, Luis Mocénigo, Pablo Renier, Luis Manin. . *id.*
RAGUSA. 46
TOSCANA. *Entre el Mediterráneo, el estado Eclesiástico, el ducado de Módena y los Apeninos.* . . . . . *id.*
Cuerpos de oficios, presidentes de los oficios. 49
Confalonero. 52
Egecutor de la justicia: Roberto, rey de Nápoles. 53
Gefes de las tribus: dos consejos. . . . 54
General estrangero: ancianos ó señores. . 55
Lando, confalonero. 56
Notables y populares. 57
Juan de Médicis. 58
Cosme I de Médicis. 60
Pedro I. 63
Laurencio, Julian. 65
Pedro II. 67
Julian II. 73
Laurencio el jóven, Julio de Médicis. . . *id.*
Alejandro, I duque. 85
Cosme II. 86
Francisco María. 89
Fernando I, Cosme III, Fernando II. . . *id.*
Juan Gaston, Francisco de Lorena, Pedro

Leopoldo José, Fernando José Juan. . 90
Luis, rey de Etruria; Cárlos Luis, rey de Etruria; María Luisa de Borbon, reina viuda de Etruria y regente del reino. *id.*
PISA. 91
LUCA. 95
SENA. 100
SAN MARIN. 103
MÓNACO. 105
NÁPOLES Y SICILIA. *Nápoles entre los estados de la Iglesia, los mares de Venecia, de Africa, de España y de Francia. La Sicilia en la estremidad de la Calabria.* 107
Rugero II. 110
Guillermo I. 113
Guillermo II. 117
Tancredo. 118
Guillermo III. 120
Henrique I, Federico. 121
Conrado I. 122
Conrado II, llamado Conradino. 123
Manfredo. 124
Cárlos I de Anjou. 126
Pedro I, rey de Sicilia. 133
Cárlos II, el Cojo, rey de Nápoles. . . 135
Roberto el Sabio, ó el Bueno, rey de Nápoles; Juana I, reina de Nápoles. . . *id.*
Cárlos III, rey de Nápoles. 142
Ladislao, rey de Nápoles. 144
Juana II. 146
Alfonso I. 148
Fernando I, Alfonso II. 150
Fernando II, Federico. 153

Fernando de Aragon, el Católico. . . . 154
Cárlos V, Felipe II. 155
Felipe III. 156
Felipe IV. 157
Cárlos II. 160
Felipe V, Cárlos VI. 161
Don Cárlos, despues rey de España; Fernando IV. . . . . . *id.*
HELVECIA Ó SUIZA. *Entre el Franco Condado, la Alemania, los estados de Venecia y la Saboya.* 162
Uri, Underval, Schweits. 165
Lucerna, Zurich. 174
Glaris, Zug. 177
Berna. 178
San Gall. 184
Neuf-Chatel. 185
Valés. 186
Friburg, Soleure. 190
Basilea, Shaffusa, Appenzel. 191
Grisones. 192
GINEBRA. 197
ALEMANIA. *Entre la Francia, el mar de Alemania, el Báltico, la Turquia europea, la Italia y la Suiza.* 203
Conrado I. 206
Henrique I, el Pajarero; Oton I, el Grande. *id.*
Oton II, el Sanguinario; Oton III, el Niño. 207
Henrique II, el Santo. 208
Conrado II, el Sálico; Henrique III, el Negro; Henrique IV. 209
Henrique V, el Jóven. 214
Lotario, Conrado III. 216
Federico I, Barbaroja. 217

527
Henrique VI, el Severo. 219
Felipe, Oton IV. 220
Federico II. 221
Interregno. 223
Rodulfo. 226
Adolfo de Nassau. 228
Alberto I, de Austria. . . . . . *id.*
Henrique VII, de Luxembourg. 230
Luis IV, de Baviera. 231
Cárlos IV. 232
Wenceslao. 235
Roberto. 237
José, Segismundo. 238
Alberto II, Federico III. 242
Maximiliano I. 246
Cárlos V. 247
Fernando I. 251
Maximiliano II. 252
Rodulfo II. 253
Matías. 254
Ferdinando II. 256
Ferdinando III. 259
Leopoldo I. 260
José I, Cárlos VI. 261
María Teresa, Francisco I. 262
José II, Pedro Leopoldo, Francisco II. . . . 263
HUNGRÍA. *Entre el Drava, los montes Carpacianos, lindando con la Polonia y la Rusia, la Transilvania, la Valaquia, la Austria y la Moravia.* . . . . . *id.*
Geysa I, Esteban I, Pedro. 264
Andres I, Bela I, Salomon, Geysa II, Ladislao I, Coloman, Almo, Esteban II. 265
Bela II, Geysa III, Esteban III, Bela III,

Emerico. 266
Ladislao II, Andres II, Bela IV . . . 267
Esteban IV, Ladislao III. 268
Andres III, Ladislao IV, Oton de Baviera. 269
Caroberto, Luis I, María y Segismundo. . 270
Segismundo Solo, Alberto de Austria, Ladislao V, Ladislao VI. . . . . . *id.*
Matías Corvino, Ladislao VII, Luis II, Fernando I. 271
Maximiliano, Rodulfo, Matías II, Fernando II, Fernando III. 272
Fernando IV, Leopoldo, José, Cárlos, María Teresa. . . . . . *id.*
ESTADOS DEL IMPERIO. 273
BOHEMIA. *Entre la Moravia, la Sajonia, la Franconia y la Baviera.* 274
Botzivoi I, Spilígneo I, Wenceslao I, Boleslao, el Cruel. 275
Boleslao II, el Piadoso; Boleslao III, el Ciego; Jaromiro, Udalrico, Bresislao I, Spilígneo II, Wratislao I, Conrado I. 276
Boleslao II, Botzivoi II, Suantapluc, Uladislao III, Sobreslao I, Sobreslao II, Uladislao, Henrique I, Uladislao, Primislao. 277
Primislao II, Wenceslao III, Primislao, Wenceslao IV, Wenceslao V, Henrique II, Rodulfo. . . . . . *id.*
Juan de Luxembourg, Cárlos I. 278
Wenceslao VII, Segismundo. 279
Alberto, Ladislao, Jorge Podiebrado. . . . 280
Uladislao, Luis, Fernando de Austria. . *id.*
AUSTRIA. *Entre la Moravia, la Stiria, la*

529
Ungría y la Baviera. 281
BRANDEMBOURG. *Entre la Pomerania, la Polonia y la Alta Sajonia.* . . . . . *id.*
PRUSIA. *Entre la Polonia, la Sajonia, la Pomerania y el Báltico.* 282
Caballeros teutónicos. 283
PRUSIA MODERNA. 285
Federico I, Federico II. 286
Alberto III, Juan, Joaquin I, Joaquin II, Juan Jorge, Joaquin III, Juan Segismundo, Jorge Guillermo, Federico Guillermo I, Federico III. 287
Federico Guillermo II. 289
Federico II. 290
SAJONIA. *Entre la Lusacia, Brandembourg, Anhalt y Misnia.* 294
BAVIERA. *Entre la Bohemia, la Austria, la Suavia, la Franconia y el Tirol.* . . . 295
PALATINADO. *El Alto entre la Baviera, la Franconia y la Bohemia. El Bajo entre la Maguncia, Alsacia y Tréveris.* 296
BRUNSWICK-HANNÓVER. *Entre el Lunebourg, el Magdebourg, el Alberstuat y la Lippa.* 298
MAGUNCIA, TRÉVERIS Y COLONIA. . . . 299
HOLANDA. *Entre los mares del Norte y de Alemania, la Westfalia, y la Flandes austriaca.* 301
Federico Guillermo, stadhouder. . . . 315
Mauricio. . . . . . *id.*
Henrique. 319
Guillermo II. 321
Guillermo III. 322
Guillermo IV, Guillermo V. 324

DINAMARCA. *Entre el Océano, el Báltico y la Alemania.* 327
Haraldo, Suenon I. 337
Canuto II, Hardi-Canuto III, Magno, Suenon II, Haraldo, Canuto IV. . . 338
Olao IV, Erico III., Nicolao. . . . . *id.*
Erico IV. 342
Erico V. 343
Sueno y Canuto, Valdemaro I. 344
Canuto VI, Valdemaro II. 345
Erico VI. 347
Abel, Cristóbal I, Erico VII. 348
Erico VIII, Cristóbal II. 349
Erico IX, Valdemaro III. 350
Olao V, Margarita. 354
Erico X. 355
Cristóbal III. 358
Cristierno I. 359
Juan I. 361
Cristierno II. 363
Federico I. 368
Cristierno III. 369
Federico II, Cristierno IV. 371
Federico III. 373
Cristierno V, Federico IV. 380
Cristierno VI, Federico V. . . . . . *id.*
Cristierno VII. 381
SUECIA. *Entre la Dinamarca, la Noruega, el mar Glacial, el mar Blanco, la Libonia y la Polonia.* 387
Erico IX, Cárlos VII. 391
Canuto. 392
Suercher, Erico X, Juan I, Erico XI. . 393
Valdemaro I, Magno I, Birger II. . . 394

Magno II. 395
Alberto, Margarita. 397
Erico XII. 398
Cristóbal I, Cárlos Canutson. 399
Cristierno I. 400
Juan II, Cristierno II. 401
Gustavo Wasa. 409
Erico XIV. 411
Juan III. 414
Segismundo. 417
Cárlos IX. 419
Gustavo Adolfo. 420
Cristina. 423
Cárlos X. 426
Cárlos XI. 427
Cárlos XII. 428
Urica Eleonora, y Federico II. 441
Adolfo Federico. 442
Gustavo III. 443
RUSIA. *Entre el Océano Glacial, la gran Tartaria, el Océano oriental, la Persia, la Georgia, el mar Caspio, el mar Negro, la Polonia y la Suecia.* . . . 450
Su division. . . . . . *id.*
Petersburgo, Cronstadt, lapones. . . . 451
Samoyedos. 452
Cosacos. 453
Circasia, tártaros. 454
Siberia. 455
Kamtschatka: clases de rusos. 457
Religion, bautismos. 458
Casamientos, entierros, talento de los rusos. 459
Sus casas, su industria, su comercio. . . . 460
Despotismo de su Monarca. . . . . . *id.*

Su gobierno, orígen de los rusos. 461
Juan Basiliowitz I. 462
Basilio. 463
Juan Basiliowitz II. 464
Teodoro I. 467
Boriz Gadenow 469
Teodoro II. 472
Basilio Zuski. 474
Ladislao. 476
Miguel Teodorowitz. . . . . . *id.*
Alejo Teodorowitz. 478
Ankudina, impostor. 479
Stenko-Razin. 482
Teodoro Alejowitz. 485
Pedro I. . . . . . *id.*
Juan, Pedro I y Sofía. 486
Pedro I, único czar. 488
Catalina I. 500
Pedro II. 501
Ana Iwanowna. 502
Ana de Mecklembourg. 503
Isabel Petrowna. 504
Pedro III. 509
Catalina II. 519
Paulo I. 521

ERRATAS.

Pág. 7, lín. 9, dice Obelario, léase Obelerio.
Pág. 16, lín. 23, dice Martin, léase Marin.

AH 1502

ANQUETIL

HIST. UNIVERSAL

7